ABEL BASTI

HITLER EN COLOMBIA

La foto de la CIA, los testimonios de quienes lo vieron, los lugares que visitó, las historias que no habían sido reveladas.



La historia oficial dice que Adolfo Hitler se suicidó junto con su esposa, Eva Braun, el 30 de abril de 1945 en su búnker de Berlín, Alemania. El periodista y escritor argentino Abel Basti sostiene una teoría contraria. Según él, el Führer organizó un intrincado escape, con la anuencia de parte de los aliados, y se radicó en Sudamérica. Durante veinte años, Basti ha seguido pistas, entrevistado testigos y reunido documentos que dan cuenta de la presencia del máximo jerarca nazi en Argentina, Paraguay y Brasil. Uno de los archivos que llegó a sus manos, un informe desclasificado de la CIA, lo trajo hasta Colombia, donde un testigo aseguró que se reunió con Hitler en Tunja y para demostrarlo se tomó una foto con él. ¿Qué podría estar haciendo el líder germano en la capital boyacense en 1954? En este libro el argentino responde esta pregunta y cuenta por qué esta población era el escenario perfecto en esa época para que se diera esta insólita visita. Basti abrió una caja de Pandora de la que salieron nazis refugiados, encuentros con Josef Mengele, submarinos hundidos en la costa Caribe, criminales de guerra y espías internacionales, y testimonios de personas que vieron a Hitler en Colombia.

Abel Basti

Hitler en Colombia

Testimonios de quienes lo vieron, los lugares que visitó, las historias que no habían sido reveladas

Fue en esta terraza donde, a principios del verano de 1933, estuve presente en una conversación que fue de lo más reveladora de las opiniones políticas de Hitler sobre América. Me mostró hasta qué punto sus planes eran de largo alcance, incluso entonces […] Un destacado miembro de confianza de las SA acababa de regresar de América del Sur y Hitler lo animó a participar en la conversación y le hizo numerosas preguntas… Estaba claro desde 1933 que para Adolf Hitler y para los principales lideres del Tercer Reich el sueño del futuro, una vez conquistada toda Europa, comenzaría en Sudamérica.

HERMANN RAUSCHNING, *Hitler Speaks: A Series of Political Conversations with Adolf Hitler on his Real Aims*

Mi jefe nos reunió y nos dijo que esa persona que venía era Hitler, pero que no lo podíamos decir… Se hacía llamar «Don Miguel», pero todos sabíamos que era Hitler.

ANA BEATRIZ PINZÓN HERRERA, Bogotá, 2017

Prólogo

En 2017 fui invitado a Colombia por Editorial Planeta para presentar mi libro *Los secretos de Hitler* en la Feria del Libro de Bogotá (FILBo). No esperaba que ese corto viaje de cuatro días, con un objetivo tan claro, derivara en una investigación sobre la presencia del máximo jerarca nazi en ese país sudamericano. Para ese entonces, contaba con un documento de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) que alertaba sobre la presencia de Hitler en la ciudad de Tunja, situada a ciento sesenta kilómetros de la capital colombiana, en 1954. Ese sorprendente informe fue publicado por primera vez en mi libro *Tras los pasos de Hitler*. Dicho documento de inteligencia, excepcional, da cuenta de que el jefe del Tercer Reich se reunió con un camarada nazi llamado Phillip Citroen, exintegrante de las SS. Según el documento de la CIA, el encuentro se realizó en las Residencias Coloniales, administradas por un alemán llamado Vicente Edes. Lo inédito es que, además de los significativos detalles que se publican en la documentación oficial, se adjunta una foto en la que aparece Hitler junto al mencionado Citroen en Tunja. En el informe de la agencia que se analizará en esta investigación también se explica cómo ese servicio de inteligencia de los Estados Unidos accedió al negativo y al positivo de papel, una imagen en blanco y negro, documento que hoy es accesible al público, por haber sido desclasificado.

Tras la presentación de mi libro en Bogotá, me contactó el escritor Edwin Cristian Umaña, quien me brindó un dato asombroso: su abuelo contaba que Hitler había estado en el poblado de Paipa, a unos ochenta kilómetros de Tunja, una localidad famosa por sus aguas termales. Según el abuelo de Umaña, Laureano Gómez, líder conservador y presidente de Colombia entre 1950 y 1953, junto con un pequeño grupo de personas, le había tributado un homenaje al jefe nazi, quien, por razones de salud, se había bañado en las termas locales, famosas desde la época prehispánica por sus virtudes curativas.

Es interesante saber que el presidente colombiano Enrique Olaya había designado a Laureano Gómez en 1930 como ministro plenipotenciario en Alemania, donde pudo apreciar el paulatino ascenso de Hitler al poder, siendo desde esos años un ferviente admirador del nacionalsocialismo y de su indiscutido líder. También es conocido, tal como se verá, el rol de Gómez para lograr que durante la Segunda Guerra Mundial se instaurara un gobierno pronazi en Colombia, lo que intentó fomentando sucesivos intentos de golpes de Estado, que siempre fueron frustrados por el oficialismo liberal, alineado con los Estados Unidos.

La narración de Umaña me sorprendió porque el hecho que contaba coincidía geográficamente con la descripción del informe de la CIA. Cuando en una investigación

hay datos cruzados, especialmente si provienen de fuentes diferentes que no tienen relación entre sí, en este caso un documento oficial y el relato del abuelo de Edwin Umaña, hay que comenzar a prestar atención, ya que se podría estar ante una pista segura, y es posible que si uno comienza a escarbar un poco aparezcan nuevos datos.

Hasta ese momento, mi investigación se había basado en testigos y documentos que narraban la presencia de Hitler en Argentina, donde vivió varios años amparado por el presidente Juan Domingo Perón, quien dio refugio a miles de nazis después de la Segunda Guerra Mundial. Hitler llegó a Sudamérica en 1945, tras un viaje transoceánico en submarino que lo alejó para siempre del Viejo Continente. En Argentina, uno de los refugios del jerarca nazi fue en una gran estancia austral, llamada San Ramón, comprada en 1910 por el principado alemán de Schaumburg-Lippe, cerca de San Carlos de Bariloche, en la Patagonia, ciudad donde resido desde 1978. A partir de los años noventa, en mi condición de periodista, me dediqué a estudiar cómo Hitler pudo escapar de Berlín, la capital de Alemania, que en esa época estaba rodeada por las tropas soviéticas y envuelta en llamas. La investigación de estos hechos la desarrollé en detalle en el libro *El exilio de Hitler* (2016).

El hecho de vivir en una de las zonas donde se escondió Hitler me ha dado una gran ventaja, ya que durante años me permitió buscar y encontrar, relativamente cerca de mi casa, testimonios relacionados al caso, algunos de los cuales, aunque parezca increíble, fueron detectados en tiempos muy recientes, como el de una mucama que atendió al jefe nazi, una anciana octogenaria a la que entrevisté en 2016, filmando la totalidad de su relato. En los últimos veinte años, siguiendo estas pistas pude reportear a un importante número de personas y acceder a variada documentación, reconstruyendo con esos datos, presentados en mis libros, la vida del Führer en la Argentina. Si bien publiqué en su momento el documento de la CIA antes citado, carecía de información adicional, no conocía Tunja y no había buscado testimonios o más documentos relacionados con este acontecimiento que no registra ningún libro de historia.

Ante una detenida lectura de ese informe de inteligencia, inevitablemente surge la pregunta: ¿es posible que Hitler, fugitivo y con la posibilidad de ser perseguido y asesinado, paseara, así como así, por el continente? En principio, por lógica, uno a boca de jarro y sin dudarlo contestaría con un rotundo *no*. Sin embargo, durante la investigación me sorprendieron los datos que surgieron en relación con reuniones que él mantuvo en distintas ciudades de Argentina, por ejemplo, con el exiliado presidente de la Croacia nazi, Ante Pavelic, quien también escapó a Sudamérica junto con todo su Estado Mayor. Esos encuentros se realizaron a principios de los años cincuenta en la ciudad balnearia de Mar del Plata, en la provincia de Buenos Aires, según me reveló Hernán Ancín, un testigo de esas reuniones que trabajaba para Pavelic. Ancín contó que

Hitler iba allí protegido por tres guardaespaldas y acompañado por Eva Braun. También aseguró que mientras el Führer se reunía por un lado con Pavelic, la mujer de Hitler charlaba aparte, en la misma sala del edificio, ubicado en el radio céntrico, con una amante del jefe de los croatas nazis llamada María Rosa Gel.

También pude constatar que el Führer se había reunido con el matrimonio Eichhorn, Walter e Ida, ella decía ser prima de Hitler, que financió desde la Argentina al Partido Nacionalsocialista a partir de la década del veinte. En ese sentido, pude verificar por lo menos un encuentro que mantuvieron en 1949 los tres, según me lo reveló Catalina Camero, la hija adoptiva de la pareja germano-argentina, en el chalet de los Eichhorn, en la localidad argentina de La Falda, en la provincia de Córdoba. La anciana Catalina me dijo que, tiempo después de esa visita de la cual ella fue testigo, «todos los domingos» Hitler llamaba a su prima desde la provincia de Mendoza, limítrofe con Chile. Sabía que esto era así, que la llamada provenía de allá, porque era ella quien atendía el teléfono siempre y la operadora le informaba el sitio de origen de la comunicación. «¡Deme con la señora!», era lo único que le decía Hitler con voz cortante, enfática y acento alemán, recuerda doña Catalina.

Estos son solo algunos ejemplos de viajes que Hitler realizó en la Argentina para mantener diversas reuniones, tanto con civiles como con militares sudamericanos. En este contexto, las dudas surgen por demás y las preguntas, por lo fascinante del tema, no pueden contenerse, ya que los interrogantes son varios. Si el jefe nazi podía moverse así, lógicamente tomando ciertas precauciones, con identidad falsa y con su fisonomía cambiada simplemente por haberse cortado su bigotito y haberse rapado, debía ser porque existían pactos de inmunidad que le garantizaban ciertas seguridades y hasta protección oficial. En ese sentido, el comisario Gauna, de la Policía Federal Argentina, confesó que integró un grupo especial de esa fuerza, llamado Cóndor, que tenía como misión proteger a Hitler en territorio argentino. Según se desprende de este testimonio, existía una cobertura del Estado implementada a veces por fuerzas policiales, pero también por otras militares, tal como lo reveló un soldado, un excelente francotirador, con convicciones nazis, apellidado Sánchez, asignado por sus superiores a la función de custodia cuando Hitler residía en la Patagonia.

Ahora bien, además de moverse dentro de la Argentina, ¿es posible que él viajara, e inclusive residiera en el exterior por determinados períodos de tiempo, con los riesgos que ello suponía? De ser así, tendrían que haber existido acuerdos internacionales, pactos de poder desconocidos para nosotros, que le permitieran movilizarse a otros países de la región. Digo pactos porque hoy, merced a copiosa información de inteligencia desclasificada, podemos afirmar que todos los servicios secretos del mundo sabían que el jefe nazi había escapado de Berlín. Esto es notorio por la documentación

producida por el espionaje de la época, liberada en parte al público, que da cuenta de que después de terminada la Segunda Guerra Mundial, y por muchos años, las agencias de inteligencia continuaban acopiando datos sobre un Hitler vivo, residiendo en el exilio. Por ende, si la información existía, pero nunca siquiera se intentó la captura del jerarca nazi, parece obvio que eso no ocurrió por los acuerdos secretos que le daban ciertas garantías e inmunidad absoluta.

La respuesta a la pregunta de si Hitler viajó desde Argentina a otros países surgió durante mi investigación, ya que pude comprobar que cuando el presidente argentino Juan Domingo Perón fue derrocado por una revolución en 1955, Hitler escapó a Paraguay tal como lo hizo el mismo Perón. Con la caída del presidente los fugitivos que estaban en Argentina se sintieron inseguros y cruzaron la frontera, siguiendo los pasos del mandatario depuesto. En Asunción del Paraguay, el profesor de historia Mariano Llano me dijo que cuando el dictador Alfredo Stroessner estaba exiliado en Brasil, él le preguntó si Hitler había entrado a su país en los años cincuenta. «Sí, así fue, a mí me lo pidió Perón, y yo no le podía decir que no a Perón», le contestó Stroessner. Llano tenía información sobre este hecho porque tenía una relación familiar con el general Emilio Díaz de Vivar, mano derecha de Stroessner. En Paraguay pude entrevistar a testigos que confirmaron la presencia del jefe nazi en esa nación, lo que me permitió reconstruir en parte la vida de Hitler allí, incluyendo sus reuniones con el presidente paraguayo y un grupo de militares que conformaban una logia ultranacionalista, a una de cuyas reuniones plenarias asistió el jerarca nazi, según lo confirmó un testigo directo encargado de recibirlo. Ahora bien, si Hitler se reunió con Perón en Argentina y con Stroessner en Paraguay, todo indica que el Führer agradeció personalmente la seguridad que le garantizaban sus anfitriones en sus respectivos países. ¿En Colombia hizo lo propio con el presidente de turno? Hablamos en primer lugar de Laureano Gómez, de acuerdo al relato que antes se mencionó del abuelo de Umaña, pero también del general Gustavo Rojas Pinilla, ya que durante el mandato de este último Hitler habría estado en Tunja, según el informe de la CIA.

Durante mi investigación también encontré un documento del FBI, fechado el 5 de junio de 1947, informando sobre una reunión de nazis de la cual participó el Führer en un hotel ubicado en Praia do Cassino, en el sur de Brasil, país que contó siempre con la colonia alemana más grande del continente. En esos momentos, esa nación era gobernada por el mariscal Eurico Gaspar Dutra, un militar anticomunista que hizo que Brasil rompiera relaciones con la Unión Soviética y declaró ilegal al Partido Comunista Brasilero (PCB). Un confidente del FBI que se encontraba en ese hotel en marzo de 1947 aseguró que vio a los germanos reunidos alrededor de una mesa y que con seguridad uno de los comensales era Hitler. En ese sentido, no tiene ninguna duda y explicaba que estaba un poco demacrado, afeitado y con el pelo muy corto. También dijo que el jefe

nazi se encontraba acompañado por una mujer rubia y una joven de unos diecisiete años. Estaban sentados junto a varios alemanes, uno fue identificado por el FBI como un nazi reconocido, quienes participaron del encuentro, que duró más de un día porque vahos miembros del grupo se alojaron en el hotel.

Todos estos datos me permitieron inferir que Hitler efectivamente viajó por el continente, lo que da sustento a la posibilidad de que haya estado en Colombia. La falta de datos al respecto cambió tras mi brevísima visita a Bogotá en 2017. Estando allí sumé al relato de Umaña, que mencioné antes, la opinión del doctor Javier Ocampo López, presidente de la Academia Boyacense de Historia, un reconocido y laureado intelectual colombiano, autor de más de cien libros y de una gran cantidad de artículos y trabajos de investigación. En ese sentido, debo hacer una reflexión. El mundo académico no se toma con seriedad el tema de que Hitler escapó, los historiadores descartan esta ¡dea de plano, con lo cual anulan toda posibilidad de analizar los datos sobre su presencia en Sudamérica después de la guerra. Se atienen a la versión oficial del suicidio, supuestamente ocurrido el 30 de abril de 1945, en el búnker de Berlín, junto a su amante Eva Braun. Por lo que acabo de mencionar, cuando fui a entrevistar al doctor Ocampo López, en Tunja, esperaba recibir una respuesta categórica de ese tipo. Me equivoqué de plano. Él no se sorprendió, como yo esperaba, cuando le pregunté sobre la reunión que habría mantenido el jefe nazi en Tunja. Por el contrario, me aseguró que en esos años la presencia del Führer, «que había llegado desde Argentina», según dijo, había corrido como un reguero de pólvora en la población y que él se enteró porque en los años cincuenta era un hecho muy comentado en ciertos círculos intelectuales locales. Como si esto fuera poco, una anciana octogenaria me contó que ella trabajaba en un laboratorio farmacéutico de alemanes, Sanicol, que funcionaba en Bogotá, y que el dueño, Boris Beschiroff, era amigo de Hitler. La mujer reveló que este se reunió más de una vez con su jefe, que les prohibió a sus empleados de confianza contarles a terceros sobre la presencia del jerarca nazi en el lugar. «Él se hacía llamar "Don Miguel", pero todos sabíamos que era Hitler», me dijo ella con absoluta seguridad. Si en cuatro días de estadía en Colombia surgió este cúmulo de datos impresionantes, que me dejó perplejo, tuve la convicción de que con una investigación planificada podría obtener más piezas del rompecabezas que se estaba empezando a armar.

Este libro es el resultado de esa investigación posterior que corrobora la presencia del jefe nazi en territorio colombiano después de la guerra. Una nación que tenía sectores muy afines al nacionalsocialismo y en la que, como en tantas otras del continente, los nazis en fuga encontraron refugio seguro. Una tierra fértil, receptiva y amigable para el viejo Hitler que, en el exilio, pero sin perder sus convicciones, visitaba a sus amigos y camaradas, quienes lo veneraban como un semidiós. Ya retirado, el Führer se reunió con aquellos militares, políticos y empresarios sudamericanos que

tanto lo admiraban, algunos habían realizado importantes aportes para la causa desde los años treinta, y que ahora cumplían con el deseo de verlo y escucharlo en persona. Un verdadero milagro para ellos. Un sueño impensado durante la guerra, una idea fantástica en sus cabezas, que se concretó en un joven continente llamado Sudamérica, un refugio seguro para los nazis, contracara de la antigua Europa, destruida y arrasada después del mayor conflicto bélico del siglo XX.

Finalmente, debo decir que la investigación de Hitler en Colombia abrió una caja de Pandora. En principio, es difícil establecer cuánto tiempo estuvo él en territorio colombiano y responder si viajó más de una vez, lo que al parecer hizo. Incluso tres cartas anónimas, de personas supuestamente vinculadas a la operación de fuga del Führer, aseguran que Hitler arribó primero a Colombia, lo que implicaría que tiempo después se trasladó a la Argentina, y no al revés. Esos relatos perdieron su carácter privado cuando fueron publicados por el diario *El Tiempo* en 1948, y esto, además de causar una conmoción, obligó a que interviniera el FBI, según lo revelan los archivos de esa agencia. Uno de los informantes, que decía llamarse Ludoro Llama Seltz, aunque este es un nombre falso, aseguró ser un acaudalado colombiano que había trabado amistad con el Führer en Europa y que luego actuó de anfitrión del jerarca en Colombia. Llama asegura, y aquí siguen las sorpresas, que Hitler en 1948 estuvo detrás del Bogotazo y del asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, con el propósito de generar un escándalo internacional cuando estaba sesionando la Novena Conferencia Panamericana en la capital de Colombia. El informante asegura que el plan del jefe nazi era que se acusara a los comunistas por estos hechos; el fallecimiento de Gaitán desató el Bogotazo, que causó cientos de muertos y heridos, amén de la destrucción de buena parte de la capital, pensando que este incidente causaría que los países americanos, cuyos representantes estaban debatiendo en Bogotá, rompieran relaciones con la Unión Soviética. En síntesis, dice Llama que, de acuerdo con el plan pergeñado por Hitler, el trágico Bogotazo encendería la mecha que haría estallar la guerra entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Sea verdadera o no la versión de Llama, lo cierto es que, tras el Bogotazo, Colombia y varios países de la región rompieron relaciones con Moscú, mientras aumentaba la tensión en el mundo como consecuencia de la Guerra Fría.

Cuando hablo de caja de Pandora, lo digo en el marco de las informaciones inesperadas que comenzaron a aparecer. Si Hitler estuvo en Colombia, tal como se intenta demostrar en esta investigación, ¿cuál era la razón de su presencia?, ¿estaba solamente escondiéndose o había otros motivos para viajar a territorio colombiano?, ¿con quiénes se reunía en Tunja y para tratar qué temas? Si realmente tenía encuentros con líderes políticos, como Laureano Gómez, ¿de qué hablaban? ¿Dónde se reunían? ¿Hitler tenía intereses especiales en territorio colombiano? Si los tenía, ¿podía tratarse

de capital nazi fugado de Alemania cuando caía el Tercer Reich? ¿Parte de esas divisas fue puesta en resguardo en Colombia? ¿Qué rol estaba jugando él durante la Guerra Fría, que enfrentó a los mundos capitalista y comunista?

En principio y sin tener respuestas concluyentes, la presencia de Hitler coincide con la inauguración de Acerías Paz del Río, ubicada cerca de Tunja, una empresa industrial al parecer vinculada a los intereses de los alemanes. Entonces, en esta línea de hipótesis, ¿visitó Hitler Acerías Paz del Río? ¿Quería comprobar *in situ* la magnitud del mayor polo minero y metalúrgico de la región, donde los nazis habían puesto sus fichas? Consideremos que este emprendimiento era estratégico en Sudamérica, tanto por administrar un área extractiva, minas de carbón, hierro y calizas, que claramente estaban en manos de los alemanes, como por la gran producción del acero, producto que escaseaba después de la Segunda Guerra Mundial y que era necesario para la fabricación de armas de los países del bloque occidental que conformaban la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Sorprende descubrir en esa empresa la presencia de algunos nazis, por ejemplo el caso de Wolfgang Karl Hinz, quien estaba en el búnker de Berlín en abril de 1945 y salió de ese refugio subterráneo con un encargo personal de Hitler. Lo insólito es que Hinz terminó trabajando de ingeniero en Acerías Paz del Río, donde sufrió dos atentados al parecer porque los agresores habían identificado quién era y su pasado en las filas del Tercer Reich. Pero no es el único ejemplo: Gunter Schwochau Steinke, tras dejar su uniforme nazi, trabajó un tiempo en Paz del Río, y luego formó parte del servicio secreto colombiano, durante el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla. ¿Hay más casos similares? ¿Estos alemanes llegaban en el marco de un plan de fuga que contemplaba como destino a Colombia? La respuesta es que sí, y en este libro se demostrará cómo funcionaba esa estrategia tendiente a dar refugio seguro y trabajo a los germanos en fuga. Como ejemplo, se citarán nazis que llegaron a Colombia e inclusive famosos héroes de guerra alemanes que encontraron tranquilidad para sus vidas en ese país. En ese contexto, no se puede pasar por alto la forma de traslado de los nazis cuando escapaban a Sudamérica. Varios de los jerarcas se fugaron en submarinos y era una modalidad hundir esos navíos, tras desembarcar, para no dejar rastros. ¿Ocurrió esto en Colombia? Al respecto, durante esta investigación se accedió al testimonio del general Belarmino Pinilla Contreras, un octogenario militar de la Fuerza Aérea, quien aportó un dato clave: piloteando un helicóptero sobre el mar, pudo ubicar el casco de un submarino alemán hundido en el área de La Guajira, en aguas jurisdiccionales colombianas. Se trata de una zona marítima donde no hay antecedentes de que algún submarino nazi haya sido hundido por los aliados o la Armada de Colombia, con lo cual efectivamente podría tratarse de uno que fuera utilizado por los fugitivos tras desembarcar.

En este libro se presenta también otro testigo directo que estuvo en una reunión que se realizó en Bogotá, donde Hitler se encontró con un pequeño grupo de alemanes. En ese caso, el lector se asombrará cuando descubra cómo el jefe nazi cambiaba de fisonomía para despistar a sus potenciales perseguidores. Esta caja de Pandora de la historia — según la mitología griega, la esposa de Epímeteo debía mantenerla cerrada, pero no lo hizo, con lo cual liberó los males de este mundo — ha sido abierta y las verdades que estaban escondidas, durmiendo por años apaciblemente, salen a la luz para, desde el pasado, que es de donde provienen, sacudir al presente. Ahora, con la mente receptiva y sin prejuicios ni preconceptos, deslicemos estas páginas y dejémonos sorprender.

Capítulo I

Militares colombianos en la Alemania nazi

Es urgente restablecer la Escuela Superior de Guerra de una manera útil y verdadera bajo las normas severas de la Academia de Guerra del Reich, para obtener jefes verdaderos en el Alto Comando y excelentes oficiales de Estado Mayor.

GENERAL JORGE MARTÍNEZ LANDÍNEZ

Socios temporales

En 1936, tres años antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, el general Jorge Martínez Landínez — una leyenda en la institución militar porque cuando era coronel fue el único colombiano que disparó contra los sublevados responsables de la separación de Panamá — encabezó una importante misión al Tercer Reich. Junto con otros oficiales, constató lo que habían contado otros compañeros de armas, el general Alejandro Uribe y el coronel Alfonso Escallón, que habían estado dos años antes en Alemania y otros países europeos comprando armas para el ejército nacional. Uribe y Escallón llegaron en 1934, el año en que el entonces canciller Adolfo Hitler se proclamó jefe de Estado tras el fallecimiento del presidente Paul von Hindenburg, y se sorprendieron al encontrar que la nación derrotada y empobrecida tras la Primera Guerra Mundial se había convertido en un país pujante, brioso y orgulloso. Los informes que presentaron de su visita fueron muy positivos y elogiosos. El general Martínez los conocía y confirmó que no eran exagerados ni mentían. Sus expectativas al llegar a Alemania fueron colmadas con creces. El presidente de Colombia entonces era el liberal Alfonso López Pumarejo, quien fortaleció la relación con los Estados Unidos, primer socio comercial del país, y tuvo un auténtico vínculo de amistad con el presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt. Este fue el impulsor de la política del Buen Vecino, con la que se pretendía lavar la imagen de los Estados Unidos como una potencia invasora y con injerencia permanente en los gobiernos de la región por la de un aliado amigable y cercano que frenara la influencia socialista y fascista en el continente.[1] Esta iniciativa política fue presentada por Roosevelt a fines de 1933 durante la celebración de la Séptima Conferencia Panamericana, que se llevó a cabo en Montevideo, Uruguay. Los Estados Unidos pretendían crear una «solidaridad hemisférica» que pudiera ser funcional ante amenazas exteriores al continente, en

especial por parte de Alemania, una nación con la que competía comercialmente y que ya, con Hitler en el poder, Washington avizoraba como un potencial enemigo.

En 1935, el presidente López Pumarejo, cuyo gobierno mantenía buenas relaciones con el Tercer Reich, recibió al comandante Günther Lütjens, capitán del crucero ligero *Karlsruhe* de la Kriegsmarine, como se llamaba la armada de guerra alemana. La nave, con más de 700 tripulantes, arribó a Colombia el 8 de febrero de ese año en el marco de un «crucero de representación» por puertos americanos. Este tipo de giras cumplían un objetivo propagandístico por parte de la Alemania nazi, y se caracterizaban por una agenda diplomática que incluía la visita a las máximas autoridades del país anfitrión. En secreto, los alemanes utilizaban ese viaje para contactarse con los espías germanos desplegados en toda la región; efectuar relevamientos del litoral (Berlín mantenía una cartografía detallada de Sudamérica muy actualizada); y preparar una red de bases clandestinas para aprovisionamiento de la flota de submarinos. Esas unidades navales, conocidas como U-Boot, fueron responsables del hundimiento en aguas del golfo de México y el mar del Caribe de una gran cantidad de petroleros y barcos mercantes durante la Segunda Guerra Mundial.[2] Se reabastecían en ignotos puertos naturales ubicados en el Atlántico y el Pacífico. Las áreas utilizadas por los marinos alemanes incluían puntos en las costas colombianas, tal como se verá más adelante, donde pobladores ribereños colaboraron con los alemanes. Desde lo estrictamente protocolar, Lütjens, además de entrevistarse con el presidente de la nación, cumplió una nutrida agenda que incluyó una visita a Cali y al gobernador del departamento del Valle del Cauca, Luis Felipe Rosales, así como a autoridades eclesiales y civiles de distintos ámbitos. Los marinos provenientes del Tercer Reich se encontraron con compatriotas que vivían en Colombia, algunos de los cuales estaban trabajando para la armada colombiana. En el ambiente naval era conocida la actividad de varios de ellos. El año anterior el capitán de navío alemán Erich Richter había sido contratado por el gobierno para dirigir la Escuela de Grumetes. Reinhard Taske, otro ejemplo, había erigido un astillero en la base naval de Puerto Leguízamo, en el río Putumayo. Taske prestó importantes servicios de mantenimiento y arreglo de unidades navales que antes tenían que ser llevadas al Brasil para su reparación. En las tripulaciones de las cañoneras colombianas ARC Bolívar había varios alemanes, especialmente con el rango de técnicos. Entre ellos se destacaron los ingenieros Hans Spanradt, quien fue ascendido a capitán de corbeta, y Fritz Haggale, ingeniero mecánico naval que se desempeñó con el rango de teniente de navío.

Mención aparte, respecto a la presencia alemana en esos años en territorio nacional, merece el caso de los pilotos que conformaron una aerolínea en Colombia y que fueron acusados de realizar tareas de espionaje para los nazis. Al finalizar la Primera Guerra Mundial, un grupo de aviadores alemanes emigraron a Colombia y crearon la Sociedad

Colombe Alemana de Transporte Aéreo (Scadta), la primera aerolínea de Colombia y América, y la segunda del mundo. Se debe decir que la llegada de pilotos germanos a América no era un hecho excepcional. Tras la derrota de su país en la Primera y Segunda Guerra Mundial, varios cruzaron el Atlántico para recomenzar sus vidas lejos de la patria natal. Lo excepcional en este caso es que los pilotos se reagruparon en una empresa aérea. De los socios fundadores de Scadta, cinco eran colombianos y tres extranjeros. Desde 1924, los aparatos de esa compañía volaban destinos nacionales. En agosto de 1925, cumplieron una verdadera proeza al emprender desde Colombia una expedición por Centroamérica en dos hidroaviones Wall: volaron a Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Guatemala y El Salvador. Su papel e importancia se afianzaron durante la guerra colombo-peruana, en la que fue clave el rol de los pilotos germano-colombianos. Durante esas hostilidades, la Scadta puso a órdenes de las Fuerzas Aéreas de Colombia (FAC) sus aviones e hidroaviones Junker-F13, Junker-52 y los hidroaviones Dornier Merkur, Dornier Wall y Dornier Do 24T. Como comandante de la Fuerza Aérea de Combate de la FAC, el ministerio de Guerra envió al teatro de operaciones en la Amazonia al coronel alemán Herbert Boy, piloto de guerra y cofundador de Scadta, quien combatió en compañía de otros aviadores germanos.[3] El grado de afinidad del gobierno de esa época con los pilotos alemanes se puede sintetizar con un solo ejemplo: el 27 de agosto de 1933, el presidente liberal Enrique Alfredo Olaya Herrera inauguró la principal base aérea del país, Palanquero, construida por Scadta bajo la dirección de su representante, Hermann Kuehl, en el municipio de Puerto Salgar, Cundinamarca. A la ceremonia llegó desde la base aérea de Madrid, un municipio cercano a Bogotá, a bordo del flamante avión presidencial Junker-52 n.º 62 de la FAC, piloteado por Boy, y escoltado por varios aviones de Scadta.[4] Pero no todo fue color de rosa para la aerolínea. En esa misma década, fue acusada de estar al servicio de los nazis en secreto.

El profesor uruguayo, Hugo Fernández Artucio, aseguró en su libro *The Nazi Underground in South America* que Colombia había sido escogida por los nazis como base para tomar el canal de Panamá y que en esa invasión sería muy importante Scadta. Esta versión, a la que adherían investigadores y periodistas, era alimentada por los estadounidenses y se basaba en los siguientes puntos: la mayoría de los pilotos de la empresa estaban en el registro del ministerio de Aviación del Reich y varios conformaban los planteles de reservas de aviadores de guerra, existía una relación y contacto permanente de los dueños de Scadta con altos funcionarios de Berlín (el principal accionista era el austríaco Peter Paul von Bauer, quien nació durante el Imperio Astro-Húngaro, pero tenía nacionalidad alemana), los aviones de la empresa podían ser adaptados para uso militar, Scadta había realizado un trabajo aerofotográfico muy importante del territorio colombiano y las tripulaciones se habían convertido, de acuerdo con estas acusaciones, en una suerte de red de espías que manejaban información privilegiada que tenía como destino final Berlín. Otro dato que

no pasaba por alto es que el coronel Herbert Boy, un héroe condecorado con la Cruz de Boyacá por sus destacados servicios al país en el conflicto con Perú, era dirigente del Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores de Colombia y amigo de la infancia de Joseph Goebbels, el ministro de propaganda del Tercer Reich. En el partido, Boy cumplía funciones en el Estado Mayor de la «dirección de operaciones» junto con sus camaradas Braun, Bock, Heartel, Luta y Thiel.[5] En Scadta, de manera simultánea, además de cumplir funciones como piloto, Boy fue representante-apoderado y director de la empresa. En los años treinta, una gran cantidad de alemanes radicados en Colombia se habían afiliado al partido nazi — se calcula un 10 % de la comunidad germana, estimada entre cuatro mil y cinco mil personas — o simpatizaban con esa ideología, por lo tanto, no sorprende que en el personal de la aerolínea Scadta hubiera nacionalsocialistas. Esto podía incluir a alemanes contratados por las fuerzas armadas colombianas. Es interesante hacer notar que cuando Hitler accedió al poder el ministerio de Guerra de Colombia contaba con varios expertos alemanes: 14 pilotos, ocho observadores, un especialista en bombas, un técnico en radio y 18 mecánicos. Desde el punto de vista legal, Scadta era una compañía privada que llegó a ser socia de la estadounidense Pan American.[6]

Con los estadounidenses, la influencia nacionalsocialista en la empresa fue contrarrestada de manera exitosa. En 1938, la falta de adhesión de Scadta a la causa nazi creó un serio conflicto con varios pilotos y el caso inclusive fue discutido en Berlín, pues Hitler pretendía poner bajo la órbita del Tercer Reich a todas las empresas alemanas radicadas en el extranjero.[7] Si bien inicialmente los nazis habían tenido influencia en la aerolínea, cuando se avecinaba la guerra esa injerencia fue anulada. Los nazis cesaron en sus intentos de control de la firma cuando fueron informados por los directivos de la empresa de que esta había pasado al control de Pan American.

Si bien durante el conflicto bélico Berlín tuvo una red de espías operando en Colombia, no pudo contar para tareas de espionaje con la estructura y los hombres de Scadta. El embajador estadounidense Spruille Braden presionó para que se realizara un proceso de «desgermanización» de la compañía, consistente en reemplazar pilotos, personal y empleados alemanes por colombianos. El 27 de octubre de 1939 se anunció que la Scadta se fusionaba con el Servicio Aéreo Colombiano (SACO), empresa que dejaba de operar al día siguiente.[8] Posteriormente, el 14 de junio de 1940 se firmó la escritura de constitución de Aerovías Nacionales de Colombia S. A. (Avianca), fusión de Scadta, ya en manos estadounidenses, y SACO. En este caso, como en otros, la neutralización de los nazis fue mediante la superioridad comercial ejercida por los Estados Unidos.

La batalla comercial

Las relaciones comerciales entre Alemania y Colombia eran de vieja data, pero llegó a sus máximos niveles a principios de los años treinta. Los Estados Unidos veían con desagrado ese vínculo, perjudicial para sus intereses, y se preocupaban por el aumento de las exportaciones e importaciones entre ambos países. Al mismo tiempo, a nivel internacional se desarrollaba una disputa entre alemanes y estadounidenses por el registro de patentes y licencias de desarrollos e inventos similares, que empresas de ambos países se adjudicaban haber hecho primero. Lo cierto es que los alemanes en el plano comercial comenzaban a pisar cada vez más fuerte en Colombia y las relaciones entre ambos países se fortalecieron. ¿Cómo era este vínculo? ¿Cómo miraban los alemanes a los colombianos, y viceversa? ¿A qué parte beneficiaba más ese comercio binacional? En ese sentido, para los investigadores:

La relación colombo-alemana y la influencia alemana sobre la industrialización del país latinoamericano no se basaban precisamente en el principio de una sociedad ecuánime. La sociedad con carácter oligarca de Colombia celebró la presencia de mineros expertos, ingenieros o comerciantes alemanes, en parte, porque no creían en sus propias capacidades para modernizar y desarrollar el país. Es así como desde el principio se podía observar que las actividades alemanas estaban conectadas a intereses económicos que estaban más al servicio de la transferencia de beneficios a Alemania que al desarrollo de Colombia.[9]

Entre 1931 y 1939, el intercambio comercial entre ambas naciones casi se quintuplicó, tanto en exportaciones como importaciones, siendo el saldo de la balanza comercial favorable a Alemania. En 1935, llegó a Colombia la Misión de Comercio Alemana para Suramérica, que impulsaba el canje de productos, y ese mismo año se creó la Cámara Colombo-Alemana. Las exportaciones alemanas entre abril de 1934 y 1935 se habían duplicado, ascendiendo a 1,7 millones de *reischmark* (el marco imperial), la moneda oficial alemana desde 1924. Los colombianos importaban «hilo y telas de algodón, productos de cuero y caucho, papel, productos de hierro, acero y cobre, instrumentos cortantes, maquinaria textil, químicos y farmacéuticos, artículos de oficina, juguetes — todos estos en detrimento de exportaciones norteamericanas — y productos en arcilla, herramientas y herramientas para la agricultura».[10] Por su parte, los germanos estaban interesados en importar café, lana, pieles, semillas oleaginosas, cobre y maíz. Esta relación comercial, caracterizada por el aumento de importaciones y exportaciones entre ambos estados, convirtió a Alemania en el segundo socio comercial de Colombia después de los Estados Unidos, aunque la diferencia entre ambos, respecto al negocio con los colombianos, era notable favoreciendo en un gran porcentaje, de más del 30 %, a los norteamericanos.[11]

La competencia entre dichos estados era evidente y no escapaba ese dato a los ojos de las autoridades colombianas. Al respecto, el investigador Luis Bosemberg dice: «Estaba presente la rivalidad con las otras potencias y los intereses económicos: Alemania tiene una posición relativamente buena, las empresas — la Scadta, el Banco Alemán Antioqueño, la Guttehoffnungshütte — realizaban un buen papel, sin embargo, los Estados Unidos estaban entrando "sistemáticamente" para tomarse el país, lo que se demostraba en las concesiones petroleras y en el interés por la aviación».[12]

No era un secreto y los germanos tenían claro que en Colombia a sus empresas se les opondría cada vez más resistencia. «Hay una influencia alemana que se hace sentir, de ahí que algunos estén interesados en acabarla», indicaba el 14 de agosto de 1934 un informe de la legación alemana en Bogotá. Es importante tener en cuenta el respeto del que gozaban por esos años los germanos en Colombia. Intercambios, cursos, invitaciones a Berlín para políticos, militares, empresarios y profesionales, grandes eventos culturales y científicos formaban parte de una poderosa propaganda del Estado alemán que impacto fuertemente en los sudamericanos, generándose una admiración casi reverencial en algunos sectores influyentes de la sociedad criolla, un sentimiento a tener en cuenta a la hora de entender las simpatías que despertó Adolf Hitler y sus políticas entre los colombianos. Se entiende que por una cuestión ideológica los conservadores tuvieran afinidades y simpatías con los nazis, lo que no queda claro es que el liberal López Pumarejo coqueteara con el Führer y que políticos de su partido fueron seducidos por el nazismo. En Berlín, el cónsul general plenipotenciario Joaquín Quijano Mantilla no ocultaba sus simpatías por el nacionalsocialismo. Sus dos hijos, Jaime y Joaquín Quijano Caballero, se educaron en Alemania y formaron parte de las *Hitlerjugend*, Juventudes Hitlerianas creadas en 1926 junto a otros muchachos colombianos que residían en esa nación. El coronel retirado Wilhelm Faupel, en su condición de presidente del Instituto Ibero-Americano de Berlín, recomendó a uno de los hijos del diplomático, Joaquín, para que ingresara a la Universidad Friedrich-Wilhelm. El texto de la recomendación demuestra cómo la ideología nazi había calado en algunos funcionarios colombianos. Faupel fundamentó el pedido en el hecho de que el diplomático, padre del postulante, «de la manera más desinteresada siempre ha abogado por los asuntos alemanes […] ha escrito en la prensa colombiana a favor de la nueva Alemania y trabaja estrechamente con la representación alemana en Bogotá».[13]

Para algunos investigadores, en esos tiempos la opinión de la sociedad colombiana sobre los germanos que residían en Colombia estaba dividida:

A esos extranjeros se los endiosaba o se los odiaba con exageración; posiblemente ellos mismos daban motivos suficientes para ambas actitudes. Sin olvidar los grandes

esfuerzos que muchos alemanes hicieron por adaptarse a condiciones objetivas muy difíciles, conviene añadir que en muchos casos los alemanes que ya habían logrado una significativa posición en su medio despreciaban profundamente las diversas manifestaciones de lo auténticamente «chollo» y asumían una actitud muy arrogante. De otra parte, también habría que hacer diferenciaciones en la actitud de los colombianos hacia los extranjeros, que dependía del nivel de cultura y educación. Había personas de la clase alta que habían viajado mucho, estudiado o trabajado en el extranjero y que llegaban a una franca y servil exaltación de lo foráneo; despreciaban profundamente a la «guacherna» colombiana. Para otros los extranjeros eran invasores, entrometidos, imperialistas, expoliadores.[14]

Para el investigador Wolfang Kiebling, los alemanes radicados en América Latina eran «conservadores y nacionalistas». Cree que esto se debía a la animadversión por los gobiernos de la región, generalmente inestables, y con injerencia inglesa o norteamericana. Por esta razón:

La propaganda pangermánica, la política del «Deutschland über alles» (Alemania por encima de todo, estribillo del antiguo himno de Alemania), echó hondas raíces en los alemanes en el extranjero. La imagen de la patria se iba transfigurando… Sus ¡deas se iban conservando según la imagen de la Alemania de la época previa a 1914, tal como les fue transmitida o tal como ellos mismos la formaron… Era preferible formar parte de un pueblo respetado y poderoso, que humillado y pobre… El fascismo alemán de 1933 logró en poco tiempo influenciar marcadamente a los alemanes de América Latina.[15]

En este discreto intento de comprender aquí la influencia germana en Colombia, hay que recordar el papel preponderante que tuvieron los extranjeros también en el sistema de enseñanza de ese país. Entre 1924 y 1935, desarrolló sus tareas en dicho país la Segunda Misión Pedagógica Alemana, que impuso nuevos criterios en materia educativa. Uno de sus integrantes, el profesor Julius Sieber, sorprendentemente jugará un rol clave varios años después como anfitrión de Hitler en la ciudad de Tunja, tal como se verá más adelante. Además, se debe destacar que a partir de 1934 los profesores de escuelas alemanas en el exterior debían jurar lealtad al Führer y que esas entidades recibían periódicamente textos de propaganda del régimen nazi, libros que formaban parte de los programas escolares. Becas, concursos y otros estímulos eran parte de la batería de herramientas alemanas de penetración educativa y cultural en terceros países. Masivamente, los nazis también utilizaron periódicos y programas radiales, tal como lo harían en toda la región, en el marco de una orquestada campaña de difusión internacional. Para ese entonces, el diario *El Tiempo* «recibía noticias de la agencia de noticias Transocean, que era dependiente del Ministerio de Propaganda, lo

que, según el ministro alemán, facilitaba la comprensión sobre la verdad, de modo que la transformación en el Reich se apreciaba cada vez más».[16]

No se pretende analizar aquí cómo reaccionaron los colombianos ante la penetración de las ideas nazis ni tampoco evaluar cómo incidió esa campaña propagandística en Colombia, país donde colisionaban los intereses de los Estados Unidos con los de la Alemania de Hitler. Lo cierto es que López Pumarejo se podía jactar de poder mantener buenas relaciones con ambos países en su primera presidencia, lo que no ocurrió en la segunda, que tuvo lugar en el marco del conflicto bélico más grande de la historia. Colombia se había mantenido neutral durante la Primera Guerra Mundial y López Pumarejo intentaba continuar con esa tradición, de modo que la nación se situara en forma equidistante de ambas potencias.

En la correspondencia con Hitler, el primer mandatario trataba al jerarca nazi como de «mi buen amigo». Por ejemplo, esto se puede leer en la misiva que le envió al Führer el 6 de junio de 1938, para presentarle al doctor Jaime Jaramillo Arango como nuevo enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Colombia en Alemania. En dicha carta oficial, el jefe del gobierno colombiano al dirigirse al Führer lo hace refiriéndose como «mi grande y buen amigo». Luego, al terminar la misiva, Alfonso López se despide de Hitler en estos términos: «… hago fervientes votos por la grandeza del Reich y por la ventura personal de vuestra Excelencia de quien soy leal y buen amigo».[17]

Esta intensificación de las relaciones entre Alemania y Colombia, durante el Tercer Reich, se debe principalmente a razones de tipo comercial, acercamiento que era aprovechado por los nazis para exportar su ideología. En ese sentido, Bosemberg dice que «lo primero que salta a la vista es que las relaciones no fueron motivadas por razones ideológicas pues de haber sido así, en un país de hegemonía liberal, se habrían rechazado de plano: diarios influyentes, como *El Tiempo*, *El Espectador* y *El Colombiano*, todos liberales, apoyaban el comercio con Alemania».[18] Con el transcurso de los años, esta situación cambió. La ruptura de relaciones y la posterior declaración de guerra de Bogotá a Berlín terminará paralizando totalmente el intercambio comercial, poniendo un paréntesis a ese vínculo que se reanudará después de haber terminado el conflicto bélico.

Misión militar

Entre 1934 y 1936, período que separan las dos giras de militares colombianos realizadas a Alemania, el Führer se afianzó en el poder, su política antisemita estaba más clara que nunca y también sus deseos de que Alemania recuperara territorios

perdidos durante la Primera Guerra Mundial.[19] En ese entonces, López Pumarejo autorizó de buen agrado la misión encabezada por el general Martínez Landínez, quien partió a Europa junto con los tenientes Horacio González Quintero, Alfredo Borda Martínez y el mayor Gustavo Rojas Pinilla, quien en 1953 llegaría a ser, mediante un golpe palaciego y con el grado de general, presidente de Colombia. Para ese entonces, Martínez Landínez gozaba de popularidad, ya que era célebre por su participación en la Guerra de los Mil Días.[20] El general colombiano compartía con los nazis un fuerte sentimiento antinorteamericano generado a partir del rol decisivo que cumplió los Estados Unidos en el proceso que llevó a que la entonces provincia de Panamá se independizara de Colombia en 1903. El viaje tenía como objetivos visitar industrias de armas, comprar material e insumos y visitar escuelas y academias de guerra, así como instalaciones militares. También realizar «estudios y observaciones sobre el Ejército de Alemania».[21] Su llegada coincidió con que ese año, 1936, era especial para los alemanes porque la nación se aprestaba a celebrar las Olimpíadas, un gigantesco evento deportivo que Hitler aprovechará al máximo para usarlo como instrumento de propaganda. En el marco del mismo el Führer presentará al mundo la «Nueva Alemania», organizada, pujante, ambiciosa y exultante por las metas alcanzadas de la mano de su fogoso líder en poco tiempo. Por otra parte, en julio de ese año el general Francisco Franco, que al sublevarse a sus mandos naturales había desatado la guerra civil española, solicitó ayuda militar a Hitler, la que le fue enviada de inmediato. Esto posibilitó que en el plano militar la balanza se inclinara a favor de las fuerzas franquistas en detrimento del bando republicano. El debut internacional de la renovada Luftwaffe, la fuerza aérea alemana, fue de la mano de una tragedia mundial: el terrible e infame bombardeo contra la ciudad de Guernica, que inmortalizó Picasso en un cuadro.[22]

La gira de los sudamericanos no era un suceso aislado, se enmarcaba en las excelentes relaciones que para ese entonces mantenía Colombia con el Tercer Reich. En ese contexto, los uniformados de ambas naciones creaban sus propios espacios — compartían experiencias, establecían contactos y mantenían vínculos institucionales e informales—, mientras tanto Adolf Hitler fortalecía su poder como el Führer de aquella nación europea que, tal como él lo había prometido en sus campañas políticas, renacía de sus cenizas después de la debacle causada por la Primera Guerra Mundial. Derrotada, empobrecida y sometida al Tratado de Versalles — con el que a Alemania se le impusieron reparaciones de guerras y restricciones de todo tipo, además de quitarle territorio—, Hitler apareció ante los ojos de gran parte de la sociedad como el salvador que lideraría una nueva etapa para sacar a los alemanes de aquel pozo profundo en el que habían caído y para convertir a la patria, otrora vencida, en una gran potencia mundial.

En esos nuevos tiempos, los militares colombianos querían aprender de las prestigiosas fuerzas armadas alemanas, mientras esa nación emprendía un vertiginoso proceso de rearme luego de que Hitler decidiera transgredir el mencionado tratado que taxativamente se lo impedía.[23] La Sociedad de las Naciones, sorprendida e incapaz de reaccionar, no se animó a ponerle un freno, y la industria bélica germana comenzó a producir armas, carros de combate, cañones, aviones, barcos y submarinos, así como todo tipo de pertrechos y materiales de uso militar. Sin decirlo, el jerarca nazi pensaba preparar a Alemania para una guerra si las potencias europeas reaccionaban y oponían resistencias a sus planes de anexionarse Austria y parte de Polonia, primeros pasos a dar para la expansión germanista que el jefe nazi estaba elucubrando en silencio. Mientras la industria bélica funciona a pleno, y Hitler hace sus planes para cambiar el mapa de Europa, el Tercer Reich mantiene una política de intercambio con los uniformados de otras partes del mundo, especialmente con los sudamericanos.

Los colombianos no eran ajenos a estos programas de «acercamiento» preparados por los germanos para con los países considerados amigos: cursos de instrucción, intercambios, suministros de bibliografía, conferencias y visitas a instalaciones militares, entre otras actividades, caracterizaban esa relación armoniosa entre ambas partes. La guerra con el Perú había permitido estrechar esos lazos porque, como dice el historiador Ricardo Esquivel, «favoreció un programa de equipamiento del Ejército, para el cual se recurrió a Alemania. Por eso, desde los años 30, el uniforme y el casco de los militares colombianos, los fusiles Máuser, los morrales y otros implementos, eran los mismos que usaban las tropas de la Wehrmacht».

Había también otros componentes, unos comerciales y otros ideológicos. Por un lado, los colombianos estaban deseosos de adquirir armas e insumos producidos por la moderna y pujante industria bélica alemana, que anhelaba hacer jugosos negocios con países incapaces de producir sus propias armas. Por otra parte, esa relación caracterizada por un sentimiento de respeto y admiración por los germanos era utilizada por los alemanes para «exportar» su visión del mundo y sus ideales, en el marco de una campaña de propaganda del Tercer Reich. Se trata de ganar aliados para la causa. Se debe señalar que, tal como se expresó antes, esta estrategia de seducción se extendía a distintos ámbitos del mundo civil y fue implementada por Alemania con éxito en otros países de la región. Las ¡deas nazis llegaban a los colombianos mediante la prensa afín, diarios y radios, y a través de organizaciones como las escuelas y los clubes alemanes, y el trabajo propio del partido nacionalsocialista local. Respecto a lo estrictamente militar, desde principios del siglo XX había «intercambios» entre las fuerzas germanas y las sudamericanas, pero estas relaciones se intensificaron cuando Hitler llegó al poder.

En Colombia no hubo misiones germanas como tal, pero la doctrina alemana llegó a los militares por medio de sus discípulos dilectos en Latinoamérica, los chilenos, que sí participaron activamente en la formación e instrucción del ejército colombiano, y también por la misión suiza. El ejército de este país, dice Esquivel, «estaba influenciado por los alemanes y el general Ulrich Wille era simpatizante del Reich». En la Escuela Militar colombiana no faltaron los manuales de guerra germanos, introducidos por asesores como el teniente coronel Hans Schüler y el mayor Hans Berwing, que luego de ser traducidos al español eran incorporados a las bibliotecas y servían como textos de instrucción.

El Instituto Iberoamericano en Berlín, dirigido por el coronel retirado Wilhelm Faupel, tenía el objetivo oficial de promover relaciones culturales entre Alemania y los países de habla hispana y portuguesa.[24] La institución contemplaba tener injerencia en las fuerzas armadas sudamericanas: «Faupel lanzó un proyecto de penetración en las fuerzas armadas con la revista *Ejército-Marina-Aviación*, que era una publicación mensual bajo su dirección y financiada por el Ministerio de Propaganda del Reich y propuso que sus ejemplares deberían estar en todos los casinos de militares de América Latina, señalando que se canjeaba con revistas militares de varios países, entre otros con Colombia».[25]

El investigador Luis Bosemberg dice que «Faupel tenía claro el propósito de las instituciones que presidía, cuando afirmaba que «es de nuestro interés influir en la opinión pública colombiana».[26] Bosemberg también cree que Faupel «estaba muy convencido del éxito cuando expresaba que en Colombia había abundante material ilustrativo sobre el movimiento cultural alemán».[27] En esos años, llegaba al ejército colombiano la revista *Ibero-Amerikanisches Archiv*, publicación periódica del Instituto Iberoamericano que comandaba Faupel. Además de aspectos profesionales relacionados con la preparación militar, estrategias, armamentos y técnicas de combate, ¿el adoctrinamiento ideológico de los nazis mediante la estructura militar había penetrado en las fuerzas armadas colombianas? Si bien es difícil evaluar qué porcentaje de militares nacionales adhirió a la ideología nazi, parece evidente que un sector de los uniformados, admiradores del ejército alemán, sí fue receptivo a esas ideas provenientes del Tercer Reich:

[…] uno de los problemas en que sí coinciden tanto el FBI como las memorias del embajador de Estados Unidos Spruille Braden, y la correspondencia de Werner Otto von Hentig (ministro alemán entre 1934-1936), radica en que había una influencia nazi sobre jóvenes oficiales del ejército y, según Hentig, en los jóvenes aviadores. La influencia era, por lo menos, sobre los jóvenes. Lo cuenta Braden en sus memorias

cuando se refiere a que sus hijas una vez conocieron a un hijo de López de Mesa a la sazón oficial del ejército y simpatizante nazi.[28]

En la gira de 1936, los militares sudamericanos tuvieron una cautivante agenda que incluyó reuniones, visitas a instalaciones militares, maniobras bélicas, ceremonias y actos de carácter político.[29] Entre estos últimos, la comitiva fue invitada a participar de los festejos por el cumpleaños de Hitler, el 20 de abril. Los uniformados colombianos subieron a la tribuna de honor en la parada militar de ese día, menos el general Martínez por no llevar el uniforme, tal como se indicaba en el protocolo. Otro acto político del que participaron fue el multitudinario congreso anual del partido nazi en Nüremberg, presidido por el Führer. Tras asistir a este, así como a maniobras e imponentes paradas militares, el general Martínez Landínez, deslumbrado, informó a sus superiores:

Desde el primer momento comprendí que se trataba de una demostración de fuerza; pero después de haber asistido y presenciado los actos a que hago referencia debo asegurar a esa Superioridad que se han hecho fantásticas demostraciones de organización político-militar que demuestran un estado dinamógeno de la Nueva Alemania […] asistimos a una transformación total del materialismo, que algunos pregonan, por el mayor idealismo en el pueblo más poderoso de la Europa central.[30]

Los alemanes lograron interesar a los colombianos en la compra de armas y otros materiales bélicos, producidos por la industria germana, y en la realización de cursos de capacitación e instrucción militar. Los sudamericanos hicieron copias de los diversos reglamentos militares alemanes para aplicarlos en las fuerzas nacionales y fueron invitados especiales para presenciar ejercicios y maniobras militares de las fuerzas germanas. La admiración de los uniformados sudamericanos por el Tercer Reich quedó evidenciada en un cúmulo de informes presentados por el general Martínez Landínez a sus superiores al regresar de Alemania (mientras que los restantes son sobre instituciones militares francesas). En estos se incluían los siguientes temas: organización, el ejército alemán, Academia de Guerra de Berlín, las otras academias de guerra en Alemania y las escuelas de guerra, escuelas de aplicación de infantería de Alemania, Escuela de Artillería, Escuela de Caballería y Escuela de Zapadores.[31] Como muchos de sus pares americanos, los militares colombianos quedaron impresionados por los logros del Tercer Reich consistentes en grandes avances tecnológicos, fuerte organización militar, obras descomunales y bonanza económica tras una gran crisis, características que no dejaban dudas sobre el posicionamiento de Alemania como una nueva potencia mundial. Tras haber visitado los centros de formación de los militares alemanes, las recomendaciones del general Martínez a sus superiores son concluyentes: «… es urgente restablecer la Escuela Superior de Guerra de una manera útil y

verdadera bajo las normas severas de la Academia de Guerra del Reich, para obtener jefes verdaderos en el Alto Comando y excelentes oficiales de Estado Mayor…».[32]

Los extensos informes ponderaban también la tecnología de radiocomunicaciones, la producción de armas e insumos militares y las nuevas unidades de transporte y ataque, especialmente las referentes a las tropas motorizadas. En ese sentido, Rojas Pinilla recomendó el uso de «camiones-tractores» alemanes, al considerarlos aptos para la topografía de Colombia. Finalmente, Martínez Landínez sugirió a sus superiores «contratar una misión militar alemana compuesta por oficiales de todas las armas».[33] Por otra parte, como consecuencia de la misión militar a Alemania, el gobierno adquirió maquinaria para fabricación de municiones.

Como demostración de las buenas relaciones militares, casi cuatro meses antes de que comenzara la Segunda Guerra Mundial, ambos países reconocieron el servicio militar del otro mediante la firma de un convenio sobre este tema, según un acuerdo suscrito el 11 de mayo de 1939. Mediante este los alemanes nacidos en Colombia, y que por consiguiente tenían doble nacionalidad, podían hacer en este país su servicio militar en tiempos de paz, siendo reconocido por Alemania. A los colombianos nacidos en Alemania se les reconocía el mismo derecho. El convenio, que está vigente, fue aprobado en Colombia por la Ley 88 de 1939. Los documentos específicos sobre este acuerdo fueron intercambiados en Berlín el 23 de mayo de 1941, en medio de la guerra.

Resumiendo, los militares alemanes tenían varios propósitos al intensificar la relación con sus pares sudamericanos: uno comercial, consistente en la venta de armamento y equipamiento; otro estratégico, infiltrando a los ejércitos extranjeros, y mediante estos a los gobiernos de la región. Dicha penetración implicaba en esos años la difusión de la ideología nazi. De este modo, los alemanes intentaban contrarrestar la injerencia norteamericana en Colombia y en toda Sudamérica.

Hasta aquí se han dado algunos datos aislados de la relación entre Colombia y Alemania en la década del treinta, especialmente desde el momento en que Hitler accede al poder, pero no es la finalidad de esta parte del libro analizar esos vínculos, sino llamar la atención del lector sobre la misión militar de 1936. Trataremos de mantener esa información en la memoria para más adelante, porque luego veremos que dos de sus protagonistas, el general Martínez Landínez y el entonces mayor Gustavo Rojas Pinilla, volverán a aparecer mencionados en esta obra por estar relacionados, de un modo u otro, con la presencia de Hitler en Colombia después de haber terminado la Segunda Guerra Mundial. También hemos citado al profesor Julius Sieber, enviado a Colombia en la segunda misión educativa alemana, cuyo nombre reaparecerá al detallarse en este libro la visita de Hitler a Tunja en 1954. Recordemos además que en

1930 el presidente Enrique Olaya Herrera designó al caudillo conservador Laureano Gómez como ministro plenipotenciario en Alemania, tal como vimos en el prólogo de este libro, donde pudo observar el paulatino ascenso al poder de Adolf Hitler, además de posiblemente haber conocido a referentes del nazismo. Si Hitler llegó a Colombia a comienzos de los años cincuenta cuando Gómez era presidente, ¿habrá sido su anfitrión? Pero no nos adelantemos a esas historias apasionantes, caracterizadas por un cúmulo de intrigas y misterios; por ahora tengamos presente que ambos militares visitaron al Tercer Reich, quedaron gratamente impresionados con la Alemania nazi, y establecieron relaciones con sus camaradas germanos que perdurarán en el tiempo. El resto de los datos, relacionados con la presencia del jefe nazi en territorio colombiano, aunque nos devore la ansiedad por conocerlos, los veremos más adelante.

Capítulo II

La guerra toca a Colombia

Hitler está desesperado por incrementar las actividades nazis hasta el punto de provocar golpes de Estado con el fin de distraer la atención de los Estados Unidos hacia países suramericanos en lugar de concentrarse en su ayuda a Inglaterra. La situación de Colombia no es estable y creo que empeorará.

INFORME DE 1941 DE SPRUILLE BRADEN, embajador estadounidense en Colombia

Espionaje

De acuerdo con algunos autores, aunque con diferencias entre ellos, el número de alemanes en Colombia en 1938 era de entre 2500 y 2900 personas, y más del 50 % de esta población se concentraba en dos ciudades: Bogotá y Barranquilla. En 1940, el diario *El Tiempo* informó que «de 9 millones de habitantes que hay en Colombia, 50 000 son extranjeros» agregando que «los alemanes apenas pasan de cinco mil».[1] El Departamento de Estado de los Estados Unidos, por su parte, calculaba en 4000 y 5000 el número de germanos que se encontraban en Colombia y Venezuela, respectivamente.[2] Una consideración acerca de esa cifra: si bien la comunidad resulta pequeña en relación con la totalidad de la población, también es importante resaltar que era el grupo de origen europeo más grande en el país y uno de los de mayor incidencia en la sociedad colombiana por cuenta de sus actividades en la industria, el comercio, la educación, *etc*.[3] Se estima que por lo menos un 10 % de esos alemanes estaban afiliados al partido nazi y un número indeterminado simpatizaba con el nacionalsocialismo.

Cuando los nazis consolidaron su poder en Alemania, tras el nombramiento de Adolf Hitler como Canciller en 1933, desplegaron una organización de espionaje y de propaganda en todo el continente americano con directivas concretas emanadas de Berlín.

Por un lado, adelantaron un plan con objetivos políticos similares para todos los estados americanos, consistente en instaurar en la región gobiernos afectos a la causa del Tercer Reich. Estos podían llegar al poder en las urnas, ayudados por los alemanes, o por medio de golpes de Estado impulsados por la oficialidad de orientación filonazi

que existía en los ejércitos locales. Estos últimos, si bien se intentaron en Colombia, no tuvieron éxito, cosa que sí ocurrió en Bolivia, por ejemplo.

El plan de los nazis en Colombia, ante la inminencia de la guerra, fue similar al instrumentado por el Tercer Reich en otras naciones suramericanas. El espionaje alemán se desplegó para trabajar en conjunto con simpatizantes locales en la detección y anulación de sus potenciales enemigos. En Colombia, de acuerdo con los archivos del FBI desclasificados después del conflicto, los aliados detectaron tres espías: Heriberto Schwartau-Eskildsen, Hermann Heinrich Rullhusen y Max Vogel. Estos se dedicaron a conseguir con funcionarios locales pronazis y miembros de la comunidad alemana, que siempre estaban bien relacionados, información clave de lugares, organizaciones, empresas, personas que pudieran servirles como piezas del complejo ajedrez geopolítico que se avecinaba. Además, se desplegó una maquinaria de propaganda en medios de prensa, pagando espacios si era necesario o inclusive creando publicaciones propias, escuelas, clubes y otras entidades civiles que podían ser receptivas a las ideas de Hitler. Este modelo de acción se replicó en diferentes países, algunos contaron incluso con delegaciones de varias organizaciones del Tercer Reich y partidos nacionalsocialistas locales.

Las disputas y acusaciones entre las embajadas de los Estados Unidos y Alemania, por acciones de espionaje y propaganda realizadas en Colombia, se convirtieron en moneda corriente desde antes de que empezara la guerra. La denuncia de la actuación de una «Quinta Columna» germana en territorio colombiano pasó del rumor a ser una afirmación concreta en los documentos de servicio de inteligencia norteamericano, en los que se alertaba sobre el crecimiento del número de adeptos a la ideología nazi, que respondían a una organización cada vez más importante que operaba tras bambalinas.

El 7 de agosto de 1938 el abogado y periodista liberal Eduardo Santos Montejo se convirtió en el presidente número 39 de Colombia. Meses antes, en marzo, Hitler hizo su entrada triunfal en Viena. Sin combatir y como consecuencia del Acuerdo de Múnich, los nazis habían conseguido anexionarse Austria, lo que se conoció como el Anschluss. Los planes del Führer para expandir el Tercer Reich estaban en marcha y en un comienzo no tuvieron la oposición del resto del mundo. El 15 de marzo de 1939 las tropas alemanas invadieron Checoslovaquia. Luego, tras firmar un acuerdo secreto con la Unión Soviética, Hitler ordenó invadir Polonia el 1.º de septiembre. Esta fue la gota que rebosó la copa. Gran Bretaña y Francia le declararon la guerra a Alemania.

Como consecuencia de las alianzas preexistentes, al poco tiempo otros países entrarían en el conflicto. A partir de ese momento, se activó toda la maquinaria nazi en el exterior — diplomacia, propaganda y espionaje — para conseguir que las naciones

que tenían buenas relaciones con Alemania se alinearan con Berlín o se declararan neutrales. En el caso colombiano, los nazis aplicaron una doctrina vigente desde comienzos de siglo que buscaba que este país, Venezuela, Ecuador y Perú, funcionaran como una especie de barrera de contención para frenar a los Estados Unidos y así ellos poder concentrarse en los negocios e inversiones que tenían en el Cono Sur, donde los gobiernos eran más afines a su causa. En Colombia hubo un factor de interés adicional: el canal de Panamá. Se rumoró con fuerza entonces que los nazis querían establecer un gobierno ultranacionalista, apoyado por ellos, que se animara a invadir Panamá para recuperar ese territorio, perdido tras la guerra de los Mil Días, el tres de noviembre de 1903, por cuenta de la intervención de Estados Unidos. En esa lógica conspirativa, se creía que el pueblo apoyaría esta acción.

En julio de 1940, el embajador estadounidense Spruille Braden aseguró en un informe al Departamento de Estado que una «bien organizada red de nazis» operaba en Colombia, y que el Partido Nacionalsocialista mantenía estrechos vínculos con la embajada alemana en Bogotá. El diplomático aseguró que «la propaganda se hace a gran escala y hay mucho proselitismo entre los colombianos, en especial dentro del Ejército. Es imposible diferenciar entre las actividades de la Legación, los consulados alemanes y el partido nazi».[4] Braden informaba a sus superiores que espías alemanes se encontraban trabajando en diferentes estamentos del Estado y en empresas radicadas en territorio colombiano, en muchos casos subsidiarias de compañías germanas. Citó como ejemplo de lo que decía a la empresa Bayer, la Casa Helda y la Fábrica de Máquinas de Coser Pfaff, las que, según él, servían de centros de distribución de propaganda.

El estadounidense acusó a su par alemán Wolfgang Dittler, enviado extraordinario y ministro alemán, de comandar acciones de espionaje bajo la supervisión del agente de la Gestapo Jürgen Schlubach. La paradoja radicaba en que este era representante de la compañía petrolera norteamericana Pennzoil y tenía su despacho en la legación alemana en Colombia. Para el FBI, el capitán Fritz Hertzhauser, piloto de Scadta, era el responsable de las «operaciones militares especiales» de los nazis en Colombia y dependía de Hans E. Riegner, quien según los estadounidenses cumplía el doble rol de ser secretario de la embajada alemana y jefe de la Gestapo en Colombia.[5] En marzo de 1941, Edgar Hoover, director del FBI, aseguró en un documento que el político conservador Laureano Gómez trabajaba bajo inspiración de los ideales nazis y que la legación alemana en Bogotá había hecho una importante inversión en su diario *El Siglo*, que propagaba ¡deas nacionalsocialistas y criticaba al gobierno liberal de turno.[6]

Estalla la guerra

Antes de la guerra, el presidente Eduardo Santos acordó con los estadounidenses el envío de una misión naval, que sustituiría a la inglesa, y de otra para apoyar a la aviación militar. El mandatario trataba de mantener un arriesgado equilibrio: por un lado, apreciaba la contribución económica y social de la colonia alemana en el país, en la que tenía amigos y conocidos; y, por otro lado, era consciente de que el país no podía negarse al abrazo de la política del Buen Vecino que le daba Estados Unidos, su primer socio comercial y con el que tenía acuerdos que no podían ser soslayados.

Según el historiador David Bushnell, considerado el padre de los colombianistas, es decir, los estudiosos extranjeros del país:

Hubo una época en que a Santos lo miraban desde la legación de Estados Unidos con suspicacia, como de tendencia antinorteamericana. Pero el antinorteamericanismo de Santos había tenido que ver con problemas que no eran tan candentes desde la inauguración de la llamada política de Buena Vecindad del presidente Franklin D. Roosevelt. Santos ya era un buen amigo (aunque no incondicional) del Buen Vecino. Por otra parte. Santos, al parecer desde siempre, había sentido una profunda empatía por Francia, un país donde él mismo había estudiado y vivido. En el plano ideológico, además, él era un liberal doctrinario que aborrecía el nazi-fascismo en todas sus expresiones.[7]

Por otra parte, Laureano Gómez, jefe del conservadurismo, era partidario de una política de neutralidad ante los sucesos que ocurrían en Europa. Los simpatizantes de los nazis en Colombia se agruparon y operaron bajo diferentes organizaciones que conspiraban con el objetivo de instaurar un gobierno nacionalista pro-Hitler. Es cierto que gran parte de los colombianos tenían un sentimiento antiestadounidense derivado de la pérdida de Panamá, que achacaban a un ardid para quedarse con el famoso Canal, y del resentimiento que causaba la creciente influencia económica de los Estados Unidos, mientras que no tenían nada que achacarle a Alemania. En los últimos años del gobierno de Santos, la Armada estadounidense colaboró, por solicitud del gobierno nacional, en operaciones para encontrar las estaciones de agentes germanos que enviaban información clandestina desde Colombia y Ecuador.

El sucesor de Santos, Alfonso López Pumarejo, que ya había gobernado el país entre 1934 y 1938, tuvo un acercamiento sin precedentes con los Estados Unidos, país que se mantuvo neutral hasta que Japón atacó la base de Pearl Harbor. Los pactos suscritos, en forma secreta, por Santos y ratificados luego por López Pumarejo, garantizaban el envío

de tropas estadounidenses a territorio colombiano en caso de una hipotética invasión nazi.

Santos permitió que funcionara en la isla de Providencia una base de combustible para los aviones militares norteamericanos, aunque públicamente se presentó como si fuera a ser usada por los vuelos comerciales de Pan American Airways. Estos acercamientos a Washington y varias medidas adoptadas, como poner a su disposición la producción y explotación de caucho natural (las plantaciones asiáticas habían quedado en poder de Japón), mientras se les negaba a empresas germanas el aprovechamiento de recursos mineros, generaron descontento entre los conservadores, que urdieron planes para derrocar a Santos e instaurar un gobierno que, de ser exitosa la revolución proyectada, posiblemente presidiría Laureano Gómez.[8]

En Europa las tropas alemanas eran imparables. En abril de 1940 invadieron Dinamarca y Noruega, y en mayo Hitler ordenó atacar Francia, invadir Países Bajos, Luxemburgo y Bélgica. El 22 de junio de 1940 el mundo se conmocionó con la rendición gala. Vendrían más sorpresas. Un año exacto después, rompiendo el pacto de no agresión, el Führer ordena invadir la Unión Soviética por medio de la Operación Barbarroja. Ese año en Colombia se desbarató un complot. A un suboficial del Batallón Guardia Presidencial le encontraron cinco cuadernos con anotaciones de un inminente golpe. En la intentona estaban involucrados unos doscientos miembros del ejército y «numerosos elementos civiles», entre los cuales se contaban los ascensoristas de los edificios más importantes de Bogotá, según lo reveló el ministro de Guerra José Joaquín Castro Martínez en un informe presentado al Senado. Laureano Gómez, que fue vinculado al golpe porque uno de los involucrados dijo que su retrato pendía en los lugares donde se reunían los conjurados, negó cualquier participación en estos hechos. Sobre este incidente, al evaluar la situación en Colombia, el embajador Braden informó a Washington: «Hitler está desesperado por incrementar las actividades nazis hasta el punto de provocar golpes de estado con el fin de distraer la atención de los Estados Unidos hacia países suramericanos en lugar de concentrarse en su ayuda a Inglaterra. La situación de Colombia no es estable y creo que empeorará».

El 17 de julio de 1941, el gobierno de los Estados Unidos difundió la primera versión de la denominada Lista Negra, que incluía los nombres de personas o empresas de capital alemán radicadas en Latinoamérica que supuestamente tendrían vínculos con el enemigo. El objetivo era bloquear comercialmente a los denunciados, así como a quienes quisieran comerciar con ellos. Colombia era el tercer país con más personas y empresas en el listado: 218. Lo antecedían Argentina, con 289, y Brasil, con 265, naciones que tenían grandes colonias alemanas en su territorio.[9] El listado fue modificado en varias oportunidades, se agregaban y quitaban nombres de acuerdo con

los justos reclamos de ciudadanos y compañías, que muchas veces terminaban ahí por simples habladurías y calumnias de competidores. Aparecer en el listado provocó el colapso de antiguas firmas y empresas radicadas en Colombia desde principios del siglo XX, como el tradicional Banco Alemán Antioqueño, fundado en 1912.[10] El capital de esas sociedades pasó a ser administrado por un fondo fiduciario de acuerdo con lo ordenado por el gobierno colombiano.

Protesta de los Estados Unidos

El 11 de septiembre de 1941, Franklin Roosevelt, presidente de los Estados Unidos, pronunció un discurso en el cual protestó por el hundimiento de barcos, civiles y militares, torpedeados por submarinos alemanes. Además, durante la alocución, denunció que los nazis tenían campos de aterrizaje en Colombia, dato que generó un verdadero escándalo y que obligó a un pronunciamiento del país caribeño. En una agitada sesión en el Senado — durante la cual se interpeló al ministro de Relaciones Exteriores, López de Mesa —, el legislador Laureano Gómez dijo que no creía en la información dada por Roosevelt y opinó que esta se basaba solamente en los rumores y en las versiones recogidos en la calle, pidiendo que el gobierno se pronunciara al respecto. Cuando hizo uso de la palabra el canciller López de Mesa, este aseveró que si el gobierno colombiano «supiera de la existencia de esos campos de aterrizaje y lo ocultara, cometería una felonía […] repito que el gobierno, después de una prolija investigación, no tiene conocimiento de la existencia de esos campos».

El caso se cerró con una resolución del Senado colombiano, que afirmó que en Colombia no existían pistas de aterrizaje clandestinas, tal como lo había asegurado Roosevelt.[11]

Ruptura de relaciones

Tras el sorpresivo ataque japonés a la base militar de Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, Estados Unidos entró en las hostilidades. Al día siguiente le declararon la guerra a Japón, aliado de Alemania e Italia, y el 11 de ese mismo mes ambas naciones europeas hicieron lo propio con Estados Unidos, con lo cual el conflicto se extendió formalmente a América. Ese mismo mes Colombia, influenciada por Washington, rompió relaciones con los países del Eje. En un comunicado oficial informó: «El Gobierno de Colombia ha roto en la fecha de hoy, 19 de diciembre de 1941, sus relaciones diplomáticas y consulares con los gobiernos de Alemania e Italia, en vista de la declaración hecha por

estos dos países en contra de los Estados Unidos, para solidarizarse con el Imperio del Japón».

A principios de 1942, en la Conferencia de Río (originalmente llamada III Reunión de Consulta entre los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas) los países de la región acordaron que «las Repúblicas Americanas, siguiendo los procedimientos establecidos por sus propias leyes y dentro de la posición y circunstancias de cada país en el actual conflicto continental, recomiendan la ruptura de sus relaciones diplomáticas con el Japón, Alemania e Italia, por haber el primero de esos Estados agredido y los otros dos declarado la guerra a un país americano». Esa reunión se realizó en Río de Janeiro, entre el 15 y el 28 de enero de 1942, y la postura neutral de Argentina fue lo único que impidió que se adoptara una resolución más radical — en la que se les declarara la guerra a los países del Eje, enemigos de la «libertad y la democracia» —, siguiendo los intereses estadounidenses, que abogaban razones de «seguridad hemisférica». A partir de ese momento y de manera progresiva los países participantes en la Conferencia rompieron relaciones con las naciones del Eje y algunos terminaron declarándoles la guerra, como querían los Estados Unidos. Los países que más resistieron la postura estadounidense fueron Paraguay, Chile y Argentina; los dos primeros no le declararon la guerra a la Alemania nazi hasta febrero de 1945, y el último, un mes después.

Colombia rompió relaciones diplomáticas y esta medida le permitió al gobierno mantener un estricto control legal sobre los súbditos, empresas y bienes de alemanes, italianos y japoneses. A finales de enero de 1942, un decreto suspendió las cartas de naturalización de los extranjeros nacionalizados que estuvieran comprometidos en actos que vulneraran las leyes colombianas. Poco después, se tomaron medidas más efectivas y se ordenó la deportación de medio centenar de personas acusadas de espiar o hacer propaganda para los nazis.

Fondo fiduciario

En 1942 el gobierno colombiano sancionó el Decreto n.º 59, que establecía normas generales relacionadas con el control y la administración de bienes de ciudadanos o entidades extranjeras. Posteriormente, mediante el Decreto n.º 99, del mismo año, estableció que el Fondo de Estabilización del Banco de la República podía ser designado como fideicomisario para ejercer la administración de bienes extranjeros.[12] Basado en esa norma, el Fondo de Estabilización — un instituto de crédito autónomo, con personería jurídica, filial del Banco de la República y fiscalizado por la

Superintendencia Bancaria — comenzó a administrar los bienes de alemanes, italianos y japoneses incluidos en la Lista Negra. Un ejemplo:

En febrero de 1942 se le informaba a la empresa «Unión Industrial SA» con sede en Barranquilla, que de sus 1600 acciones el Banco de la República había sido nombrado administrador fiduciario de las 1300 que en esa empresa tenía el consorcio alemán Guttehoffnungshütte Oberhausen A.G. Las otras 300 acciones estaban repartidas entre Georg Scharz (100), Joaquín Gutiérrez (155), Campo Hermanos (10), M. T. Mendoza Amaris (29) y Manuel de la Rosa (6). Cada acción tenía un precio nominal de $250, por lo que las 1600 acciones de la empresa debían costar $400 000.[13]

Para cumplir con el rol que se le había asignado al Fondo Fiduciario, el Banco de la República contrató más empleados y abrió oficinas dedicadas exclusivamente a ese tema. Varios de los perjudicados buscaron alternativas para evadir el bloqueo y control de sus bienes por parte del Estado. Según el especialista Joaquín Viloria de la Hoz, «para eludir la administración fiduciaria, algunos ciudadanos oriundos de los países del Eje arrendaron sus propiedades a colombianos, lo que con el tiempo derivó en problemas entre las partes o en sospechas del administrador fiduciario». Otro ardid de los propietarios o socios de empresas de capitales alemanes consistió en cerrar esas sociedades y reabrir otras a nombre de testaferros colombianos.

Submarinos nazis

El 17 de enero de 1942, el almirante Karl Dönitz, comandante de la armada alemana, ordenó enviar un grupo de U-Boote al mar Caribe, en lo que se consideró una de las más ambiciosas campañas navales de la Kriegsmarine en la batalla por el Atlántico: la Operación Neuland (Tierra Nueva). Al respecto, el jefe naval germano en sus memorias relata: «Cada uno de los submarinos debía operar delante de Aruba, Curazao y en la costa oeste de la península de Paraguaná». El almirante reconoce que fijó el 16 de febrero como día del ataque y por esta razón, la noche del 15 de febrero, el submarino U-502 capitaneado por Jürgen von Rosenstiel ingresó a las aguas del golfo de Venezuela. A las 2:44 de la madrugada atacó al tanquero Tía Juana, de la Compañía Lago Shipping, 17 de sus 25 tripulantes perecieron. Luego le disparó dos torpedos al *Monagas*, perteneciente a la Mene Grande Oil, y al final abrió fuego contra el buque San Nicolás, acción en la cual murieron siete de sus 26 tripulantes.[14]

Desde ese momento, los submarinos nazis hicieron presencia en aguas del Caribe y fueron un constante dolor de cabeza para los Aliados. También fueron la razón por la que los Estados Unidos le solicitó a Colombia y a otros países vecinos la creación de

bases costeras, patrullaje constante en el litoral y la instalación de estaciones de radio para detectar las comunicaciones de los temidos «lobos grises», como eran llamados los submarinos nazis.

Con abundante información documental, en su libro *U-Boats del III Reich en Cuba* (Edit. Entrelineas, Madrid, 2009) el investigador Máximo Gómez da cuenta de los movimientos de submarinos alemanes en el Caribe, así como otros detalles relacionados con esa actividad, especialmente la red de espías nazis y los grupos de apoyo que desde tierra facilitaban sus tareas.

Académicos de la talla de Bridget Brereton, presidenta de la Asociación de Historiadores Caribeños, revelan datos importantes como que los submarinistas alemanes desembarcaban periódicamente en la isla de Granada, donde las tripulaciones descansaban, realizaban ejercicios, tomaban sol y se aprovisionaban. Para Brereton, las aguas que rodean Trinidad eran el refugio que elegían los submarinos para protegerse de los ataques de la aviación aliada. También asegura que las playas desoladas de Granada y San Vicente, dos islas del Caribe, eran utilizadas con frecuencia para el reabastecimiento de agua y comestibles. Además, Alemania tenía el apoyo de países amigos. En ese sentido, se debe mencionar que «Antes de la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, Ubico (presidente de Guatemala) concedió a los submarinos alemanes el derecho a aprovisionarse de combustible en Puerto Barrios…».[15]

Los alemanes también accedían a información precisa sobre los movimientos de barcos, merced a la eficiente red de espionaje que los nazis habían establecido en el continente, especialmente en las zonas portuarias. Esos informantes suministraban datos exactos sobre horarios de salida e itinerarios de las naves, para que la Armada alemana ordenara a los submarinos qué ataques realizar, especialmente a los cargueros y buques cisternas. Este trabajo de los espías era importante también para identificar a las naves que zarpaban con bandera de los países amigos del Eje, para que no fueran agredidas.

Durante los primeros años de la guerra, los submarinos alemanes provocaron un daño importantísimo a los Aliados atacando frente a las costas estadounidenses, en aguas del Caribe y del golfo de México. Hacia 1942, el 35 % de los barcos hundidos por submarinos germanos correspondían a esas áreas del planeta. Winston Churchill le envió un cablegrama a Franklin D. Roosevelt, en el cual le expresaba su inquietud: «Me siento profundamente preocupado por la enorme cantidad de hundimientos de petroleros al oeste del meridiano 40 y en el mar Caribe. La situación es tan grave que es necesaria una acción drástica de algún tipo».[16]

Combustible

Durante la guerra, los nazis disponían de submarinos cisternas, llamados vacas lecheras (*Milchkühe*), mediante los cuales abastecían a los U-Boote en la misma zona de operaciones. Esas naves también transportaban herramientas, repuestos, mecánicos y especialistas, de modo de que se pudieran arreglar daños o solucionar los desperfectos que pudieran presentar los sumergibles durante sus misiones en distintos mares del mundo. El primer submarino tanque que comenzó a operar en el Atlántico fue el U-459, que alcanzó esas aguas el 21 de abril de 1942. Un mes después, las «vacas lecheras» comenzaron a funcionar sistemáticamente para reabastecer a toda la flota de sumergibles. Antes de esta fecha, los submarinos ya se movían en aguas del Caribe y del golfo de México, lo que presupone que había otras formas de abastecimiento. Uno de los métodos pergeñados por los alemanes consistía en ubicar en sitios estratégicos enormes depósitos cuadrados, con un sistema de lastre, que podían almacenar toneladas de combustible. Estos tanques eran sumergidos en distintos puntos siempre cercanos a la costa y llenados con combustible que era trasladado en goletas habilitadas con matrículas de Key West, una pequeña isla en el estrecho de Florida, y Santo Domingo, un procedimiento que era financiado por las mismas redes nazis que operaban en la región. Estas naves contaban con tripulaciones cubanas, españolas, dominicanas y de otras pequeñas naciones caribeñas. En las operaciones trabajaban buzos germanos que activaban los sistemas de lastre para hacer emerger (se cargaban cuando salían a superficie) y sumergir los tanques. Una gran cantidad de depósitos de este tipo fueron ubicados en proximidades de las costas cubanas y de la Florida, siendo un secreto tan celosamente guardado del que los aliados nunca se enteraron.[17]

Como el accionar de los submarinos era muy exitoso, los expertos de los Estados Unidos trataron de dilucidar cómo los capitanes de los U-Boote tenían datos precisos sobre la ubicación de los barcos atacados. Al respecto, el comando Eastern Sea Frontier llegó a la conclusión de que los submarinos muy probablemente establecían contactos con los petroleros que enarbolan banderas neutrales, con los que intercambiaban datos precisos. También se consideró que se suministraba información desde células nazis ubicadas en «algunos pequeños Estados insulares, como Corn Island frente a Nicaragua».[18] Por esta razón, se recomendó que se practicara «un minucioso registro a todos los pequeños petroleros y cargueros en la zona y de las pequeñas islas frente a Nicaragua y Honduras».

A inicios de septiembre de 1942, las autoridades de los Estados Unidos le pidieron a Colombia instalar una base en las proximidades de Cartagena. El Consejo de Estado aprobó esa petición. El permiso otorgado contemplaba «el estacionamiento de hidroaviones y buques de guerra en aguas nacionales, con los fines de cooperación y

defensa del hemisferio».[19] A fines de ese mismo año, el presidente Alfonso López Pumarejo recibió una petición del gobierno estadounidense para que se permitiera que sus barcos patrullaran en aguas jurisdiccionales colombianas en la costa Atlántica. El primer mandatario accedió a este pedido y para inicios de 1943 una nave SC-530 comenzó a vigilar desde la frontera de Colombia con Venezuela hasta Puerto Colombia. A la vez, otro navío, el SC-677, empezó a patrullar desde cabo Tiburón hasta Puerto Colombia.[20]

Entre tanto, el curso de la guerra comenzaba a cambiar. En febrero de 1943, los soviéticos rompieron el cerco sobre Stalingrado, la batalla dejó dos millones de muertos y es considerada la más cruenta de la historia, y en su contraataque las tropas de Stalin aniquilaron al 6.º Ejército alemán. Poco tiempo después, las tropas alemanas recibieron un segundo mazazo demoledor en la batalla de Kursk, en la que participaron tres millones de soldados, 6300 tanques y unos 4400 aviones. Este tremendo combate culminó con la derrota alemana y marcó el inicio del avance soviético hacia el oeste, que no se detendría hasta la toma de Berlín.

Intentos de golpe

Nazis y conservadores crearon agrupaciones clandestinas que tenían como objetivo derrocar al gobierno para instalar una dictadura pro-Hitler en Colombia. Algunos de estos grupos fueron la Organización Nacional, la Acción Nacional Militar Católica, la Legión Cóndor y la Legión Colombiana. Según el embajador Braden, existía un acuerdo entre el Partido Nacionalsocialista y el Partido Conservador, o por lo menos la fracción de esa agrupación política orientada por Laureano Gómez. Mediante el periódico *El Siglo*, que él mismo dirigía, Gómez ironizaba y desmentía la existencia de una Quinta Columna, a la vez que aseguraba que los Estados Unidos eran la «verdadera amenaza para la soberanía nacional». Por esos días, los agentes secretos estadounidenses actuaban libremente en Colombia con el objetivo de detectar espías y activistas nazis, así como a los colombianos que conspiraban contra el presidente López Pumarejo. La injerencia de los Estados Unidos en Colombia durante esos años fue pública y desembozada. En ese sentido, la investigadora Silvia Galvis afirma que «agentes secretos del FBI actuaron libremente en el territorio nacional, y tanto la embajada norteamericana como el Departamento de Estado — que veían a Colombia como un hervidero de actividades nazis, debido a su proximidad con el Canal de Panamá y al interés que debía tener Hitler de controlar tan estratégica zona — intervinieron en los asuntos internos de Colombia sin miramientos ni rubores».[21]

Anteriormente se ha citado el desbaratamiento de golpe de Estado contra el presidente Santos; los posteriores intentos revolucionarios ocurrieron durante el gobierno de López Pumarejo.[22] Respecto a los golpistas, un jefe del FBI informó a sus superiores a mediados de 1943:

El movimiento responsable de la revolución se conoce como Organización Nacional, está integrado por oficiales del ejército y la marina, sacerdotes, abogados, prominentes personalidades y una masa de seguidores de todas las clases sociales. El objeto del movimiento es iniciar una revolución en diferentes ciudades del país con el fin de establecer un régimen totalitario similar al de Franco en España. Mi fuente informa que la señal para comenzar la revuelta la dará una emisora de radio en Bogotá y la consigna ya está arreglada.[23]

Según el informe del FBI, la señal para iniciar la insurrección se daría a través de la emisora *La Voz de Colombia*, propiedad de Laureano Gómez. Debido a algunas denuncias precisas, que daban detalles del plan subversivo, el intento de revuelta fue descubierto por las autoridades y desbaratado. «Varios de los responsables del complot fueron descubiertos y enviados a prisión para ser juzgados. El líder del movimiento era un barranquillero, Venancio Ferreira, confeso nazi».[24] Los oficiales involucrados fueron detenidos y les decomisaron unas sesenta ametralladoras y más de un millón de proyectiles para esas armas y también para fusiles. Según *El Tiempo*, «el grupo se reorganizó bajo el nombre de Acción Nacional Militar Católica (ANMC) y organizó otro alzamiento para el 3 de agosto, pero un arrepentido hizo público el plan y lo desbarató». El delator declaró que el primer objetivo del movimiento era asesinar al comandante de la Brigada de Barranquilla, atentado que, de acuerdo con la estrategia golpista, desencadenaría la revolución. El denunciante también afirmó que Laureano Gómez era uno de los dirigentes más activos de la ANMC, comprometido con la sedición que pretendía derrocar a López Pumarejo.

Declaración de guerra

El 27 de noviembre de 1943 Colombia declaró el Estado de beligerancia contra Alemania, luego de que submarinos germanos hundieron una goleta con pabellón nacional en el Caribe. Este fue el tercer ataque perpetrado contra barcos civiles colombianos durante la guerra. Las pequeñas e indefensas naves mandadas a pique por los torpedos de submarinos alemanes fueron la Resolute y la Romar, atacadas el 23 de junio y el 22 de julio de 1942, y el *Ruby*, hundido el 17 de noviembre de 1943. Ese día la embajada de los Estados Unidos en Bogotá dio a conocer un comunicado con el siguiente texto:

El Cuartel General del 15.º Distrito Naval, confirma oficialmente hoy el hundimiento causado a la goleta colombiana «*Rubby*» por el cañoneo de un submarino enemigo en el mar Caribe, durante un viaje que hacía de San Andrés a Cartagena, Colombia, con la pérdida de cuatro miembros de la tripulación y heridas de los cuatro tripulantes restantes, y de tres pasajeros, dos de los cuales son una madre y su hijo de seis años.

Para el gobierno, este último ataque fue la gota que colmó el vaso y ese mismo mes le declaró la guerra al Eje. La declaración de beligerancia de Colombia, el viernes 26 de noviembre de 1943, tuvo respaldo del Congreso por 33 votos contra 13 de la bancada conservadora. También generó un fuerte respaldo internacional. Los fundamentos de la declaración fueron muy discretos: «El gobierno nacional deja pública constancia de este hecho (el ataque a la goleta) y declara que se halla en la obligación de tomar las medidas necesarias para defender al pueblo colombiano de la agresión externa y para preservar su soberanía, su honor y sus derechos».

Mientras toda la prensa se refirió positivamente a la postura del gobierno colombiano, con amplia repercusión internacional, el periódico *El Siglo* criticó editorialmente «la estrafalaria declaración del gobierno». Los conservadores llegaron a poner en duda que el ataque hubiera sido realizado por un submarino alemán, pues corría la versión, a la que adhería Laureano Gómez, de que las goletas habían sido hundidas por submarinos norteamericanos, haciéndole creer a la gente que eran nazis, para forzar a Colombia a una declaración de guerra contra los alemanes. En las calles hubo algunos incidentes entre conservadores y liberales y fueron atacadas sedes del Partido Conservador.

Tras la declaración de guerra, en diciembre de 1943 el gobierno sancionó el Decreto n.º 2643, mediante el cual se prohibió el uso de la lengua alemana en Colombia y se ordenó el confinamiento de alemanes, italianos y japoneses en el hotel Sabaneta del municipio de Fusagasugá, Cundinamarca. Los más de cien extranjeros que inicialmente fueron enviados fueron elegidos por el gobierno de acuerdo con su peligrosidad o grado de relación con las potencias enemigas. Sin embargo, se supo luego que varios alemanes de ideología nazi no fueron llevados allí debido a sus relaciones con funcionarios importantes y con militares poderosos e influyentes.

Entre otras medidas, el gobierno confiscó propiedades de súbditos de estas naciones y expulsó a los representantes diplomáticos del Tercer Reich. Además, el artículo 3.º de la citada norma prohibió las escuelas alemanas, que fueron cerradas, así como a propietarios, profesores y directivos de establecimientos docentes de esa nacionalidad: «Los alemanes residentes en Colombia, cualquiera que sea su condición, no podrán dirigir ni mantener bajo su responsabilidad establecimientos de educación. En

consecuencia, todos los que estén funcionando en la actualidad, deben ser clausurados por el Ministerio de Educación».[25]

Las restricciones no solo alcanzaron a las escuelas, sino también a las instituciones intermedias, ya que se estableció que «todas las asociaciones alemanas de carácter social, deportivo, cultural, etc., serán clausuradas por la Policía Nacional en todo el territorio nacional y cancelada su personería jurídica, si la tuvieren». Durante los procedimientos realizados, se cerró la agencia de noticias alemana Transocean, cuyos servicios eran utilizados, entre otras publicaciones, tanto por diario liberal *El Tiempo* como por *El Siglo*, que supuestamente recibía aportes financieros de los nazis. En diciembre de 1943, fue noticia también que aviones aliados destruyeron una base clandestina de abastecimiento y apoyo logístico de submarinos nazis, descubierta entre Ciénaga y Santa Marta, en la costa Atlántica.

En 1943, el presidente López Pumarejo ordenó también mediante un decreto la liquidación y expropiación de las empresas alemanas radicadas en territorio nacional. La decisión obedecía a una estrategia impuesta por el gobierno de Estados Unidos, acatada por casi todos los países latinoamericanos. El gobierno determinó que aquellas empresas germanas que fueran consideradas importantes para la economía nacional no serían cerradas sino expropiadas, de modo que continuaran abiertas y funcionando en manos del Estado. En julio de 1944, el gobierno además ordenó la expropiación de los bienes pertenecientes a los alemanes, que se encontraban en administración fiduciaria, para cubrir el pago de indemnizaciones y reparaciones de guerra.

Los golpistas insisten

Luego de los intentos fallidos de golpe de Estado antes mencionados, los golpistas se reorganizaron bajo el nombre de Legión Colombiana. Su estandarte discursivo ante la opinión pública fue la lucha contra la corrupción política y la necesidad de refundar la Gran Colombia.[26] Los integrantes de la Legión profesaban la religión católica, no disimulaban su fuerte sentimiento antisemita y tenían un exacerbado nacionalismo. Si bien no lo mencionaban abiertamente, estaba claro que el objetivo político de corto plazo seguía siendo derrocar al gobierno liberal para instalar uno dictatorial de corte totalitario que pudiera alinearse con el Tercer Reich. El nuevo intento golpista, caracterizado por una seguidilla de sorprendentes enredos, fue también descrito en los informes del FBI que seguía de cerca cada paso de los conspiradores, ahora llamados «legionarios».

Se había establecido que el golpe se daría el 31 de diciembre de 1943, a la hora del Te Deum en la Catedral de Bogotá; y si por alguna razón se debía postergar el inicio del alzamiento, entonces comenzaría en la madrugada del día siguiente, 1.º de enero del nuevo año. Según el plan subversivo, el incidente inicial estallaría en Barranquilla, una de las ciudades con más simpatizantes nazis, con un corte general de la energía. A partir de ese momento, el Ejército tomaría el cuartel de la policía y los militares tratarían de convencer a los agentes del orden acerca de los beneficios que traería a la patria el cambio de gobierno.[27] Cuando el estallido era inminente, la Legión envió al sacerdote jesuita Ángel Ramírez, delegado de los alzados en Bogotá, a Barranquilla para comunicar a los sediciosos que se debía aplazar la fecha del golpe. La razón era que algunos delatores le habían avisado al gobierno sobre el movimiento revolucionario con detalles que incluían el momento exacto programado para el inicio de la revuelta. Ramírez les explicó a sus camaradas que la nueva fecha para tumbar al gobierno sería el 6 de enero de 1944, pero esta debió ser cambiada luego al 9 de febrero.

Los planes golpistas parecían que iban a quedar sin efecto debido al viaje del presidente López Pumarejo a los Estados Unidos, existía la versión de que el jefe de Estado no retornaría al país, pero tras la gira volvió a sentarse en su despacho. Para ese entonces, los sediciosos habían sumado adeptos de la jerarquía católica, militares y círculos intelectuales colombianos.[28] El plan seguía siendo iniciar los incidentes en Barranquilla, donde residía una importante comunidad alemana, para que luego se extendieran al resto del país. También se acordó que el piloto de Avianca, Alfonso Cuéllar, controlaría el aeropuerto de Soledad. Además, se confirmó que los rebeldes contarían con el asesoramiento del alemán Max Groegel, especialista en el «problema judío». El 9 de febrero, Laureano Gómez, líder político en las sombras de los revolucionarios, fue denunciado por haber acusado desde el periódico *El Siglo* al ministro de Gobierno, Alberto Lleras Camargo, de interferir en la investigación judicial relacionada con el asesinato de Mamatoco. Inmediatamente Gómez fue detenido y encarcelado.

Mamatoco era el apodo del periodista y boxeador Francisco A. Pérez, muy famoso en Colombia, cuyo nombre aparece como integrante de los grupos sediciosos, según un informe del FBI que el organismo oportunamente entregó al presidente López Pumarejo. En este, con la firma de Edgard Hoover, el director del FBI, se anunció un posible golpe de Estado, a la vez que se adjuntó una lista de nombres de sacerdotes, militares y ciudadanos alemanes, todos golpistas. En particular, se destacaban las «actividades peligrosas» de Pérez, «más conocido como Mamatoco».[29]

La detención de Laureano Gómez enardeció a los subversivos, se pensó que había que iniciar el golpe inmediatamente, hubo idas y vueltas, pero finalmente esto no

ocurrió. Entre tanto, el detenido fue liberado al día siguiente y *El Siglo* inició una campaña tendiente a demostrar que la muerte de Pérez era un homicidio político, motivado por las críticas contra el gobierno liberal que publicaba ese mismo medio: «la principal tribuna periodística de opinión de los conservadores, afirmó que lo habían matado (a Mamatoco) para silenciar la voz de uno que estaba destapando la podredumbre del régimen y de la familia presidencial. De aquí surgió el interés del periódico por afirmar que tal asesinato no era un hecho aislado ni casual, sino un crimen de Estado».[30]

El golpe proyectado contra López Pumarejo se volvió a posponer, esta vez para los primeros días de marzo, pero también fue cancelado. Los golpistas sabían que recibirían las consignas para iniciar el alzamiento mediante *La Voz de Colombia*, emisora radial que debían escuchar todos los días de siete a ocho de la mañana y de ocho y media a diez de la noche, franja horaria en que se darían los mensajes claves, y diferentes, durante tres días. El texto del último que se irradiaría, para iniciar la revuelta, diría: «El rosario salvará a Colombia. Propague usted esa devoción y suscríbase a la revista *El Santísimo Rosario*, apartado aéreo 232, Bogotá».

El gobierno mantenía sus servicios de inteligencia muy activos obteniendo información permanente sobre los planes de los golpistas y hacia junio de 1944 varios legionarios fueron detenidos. Al respecto, Arthur Bliss Lane, nuevo embajador de los Estados Unidos en Colombia, elevó un informe al Departamento de Estado en Washington con el siguiente texto:

El presidente López, espontáneamente ayer, se refirió al asunto de los consejos de guerra. Dijo que cerca de 67 casos han sido juzgados; algunos condenados a prisión y otros dados de baja del ejército. También hay cargos contra *La Voz de Colombia*, la estación de radio acusada de transmitir las señales para comenzar la revolución. El presidente dijo que, aunque el movimiento estaba ampliamente infiltrado en el Ejército, él confiaba en que la situación estaba satisfactoriamente bajo control.[31]

El ataque al submarino

Mientras el gobierno parecía poder controlar cada intento de golpe de Estado, fundamentalmente por contar con información anticipada de esos intentos, se produjo un famoso incidente en aguas colombianas cuando la Armada nacional atacó a un submarino alemán frente a costas de la nación sudamericana. El 29 de marzo de 1944 el destructor colombiano *Caldas*, mientras escoltaba al buque tanque naval *Cabimas* desde Colón a Cartagena, detectó al U-154 en superficie y le disparó un cañonazo desde mil

metros de distancia que no hizo impacto. El submarino se sumergió y el *Caldas* lanzó seis cargas de profundidad en un círculo cerrado, el primero de los cuales produjo una columna de aguas negras. Tras evaluar los resultados del ataque, el comandante, capitán de corbeta Federico Diago, consideró que había hundido al submarino y así lo informó a sus superiores. El ministro de Guerra, General Domingo Espinel, confirmó a la sociedad el hundimiento del U-154 y exultante dijo: «Estamos comenzando a cobrar la deuda que las armas nazis habían contraído con Colombia, al hundirle en forma artera y criminal varias goletas». *El Tiempo* tituló «Brillante victoria de la marina colombiana» con una bajada que decía: «Hundido un submarino nazi por el *Caldas* en el Mar Caribe. Inmensa sensación y regocijo en todo el país».[32] En medio de festejos de la población, en un acto solemne el capitán Diago fue condecorado con la Cruz de Boyacá. Al día siguiente del ataque, a miles de kilómetros de distancia, el cuartel de submarinos de Keroman, ubicado en Lorient, en la Francia ocupada por los nazis, recibió un mensaje del teniente Kush, capitán del U-154: «El destructor de bandera colombiana *Caldas* nos atacó en la noche del 29 al 30 de marzo. Sumergidos estuvimos toda la noche bajo ataque».

El golpe de Perón

El 6 de junio de 1944, jornada decisiva que la historia mundial recuerda como el Día D, los Aliados comenzaron el fenomenal desembarco en Normandía en el marco de la Operación Overlord. Mil doscientas aeronaves participaron de la primera etapa: un asalto aerotransportado que precedió al desembarco anfibio del que participaron cinco mil barcos. Ese día, 160 000 soldados cruzaron el canal de la Mancha de Inglaterra a Francia con la intención de liberar esa nación para luego avanzar hacia Alemania. Un mes después del inicio de la invasión, el 10 de julio, oficiales golpistas del Ejército colombiano lograron detener al presidente López Pumarejo en la ciudad de Pasto, la capital del departamento de Nariño, en el sur de Colombia. La noticia sacudió al país, todo parecía indicar que por fin los insurrectos se habían salido con la suya tras varios años de intentos frustrados. Según los informes del embajador estadounidense, el mandatario estaba al tanto de lo que ocurría y habría viajado a Pasto para enfrentar la situación, seguro de poder abortar el intento de golpe.

Lane aseguró que el presidente López no era popular entre los militares y que por varias razones se creó una situación de malestar interno: sus planes de reorganización del Ejército, su intención de disminuir el número de efectivos para financiar una policía nacionalizada y liberal; y las antipatías que su ministro y primo, Alberto López, se había granjeado durante su primer mandato.[33] El periódico *El Siglo* insistía, número tras número, en señalar que las políticas del gobierno tenían como objetivo debilitar al

Ejército, generando con sus publicaciones un mar de fondo entre los uniformados, quienes terminarían adhiriendo al golpe que se preparaba en secreto.

El 10 de julio de 1944, el presidente López, que se encontraba en el hotel Niza en Pasto, fue despertado en la mañana por un teniente coronel que le comunicó su detención. Poco después, el uniformado le presentó un documento de «renuncia voluntaria» que el mandatario debía firmar en ese momento, aceptando que quedaría al mando el coronel Diógenes Gil. El presidente se negó, alegando su calidad de prisionero. López fue llevado por el capitán Olegario Camacho a la hacienda Consacá, donde se le mantuvo incomunicado. Ya siendo pública la situación, Darío Echandía se puso al frente del Poder Ejecutivo y decretó el Estado de sitio en su calidad de primer designado presidencial.[34] Entre otras medidas, dispuso la suspensión del periódico *El Siglo*, impuso censura sobre los medios de prensa, implantó la ley seca y estableció el toque de queda. Por otra parte, se aseguró el respaldo al gobierno de los comandantes de las Fuerzas Armadas, siendo clave esa adhesión de los altos mandos militares.

Así, a la hora de la verdad, es decir, cuando cada militar debía decidir de qué lado estaba, se supo que las tropas asentadas en Bogotá se habían declarado leales a las autoridades constitucionales. El ministro Alberto Lleras Camargo fue el encargado de informar a los ciudadanos lo que estaba ocurriendo, a la vez que le pidió que el pueblo saliera a las calles para respaldar al presidente depuesto por los militares sublevados. La estrategia oficial consistió también en recordarle a los uniformados que el cabecilla del golpe, el coronel Gil, era un oficial de graduación intermedia que en su momento había tenido que afrontar un consejo de guerra por actos de cobardía durante la guerra con Perú. Mientras se diluía el apoyo militar a los golpistas, la exhortación del gobierno al pueblo daba resultado ya que en varias ciudades se produjeron manifestaciones de apoyo a López Pumarejo, reclamando su inmediata libertad.

López estuvo preso hasta que, debilitada la fuerza del movimiento golpista, fue liberado por un grupo de soldados.[35] Para la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS, por sus siglas en inglés) de los Estados Unidos, el intento sedicioso representaba «la culminación de un período de dos años de lucha por el poder por parte de influyentes conservadores y elementos simpatizantes del Eje contra López». Ese organismo de inteligencia aseguró que «el Partido Conservador está dirigido por Laureano Gómez, de quien hace rato se sospecha que recibe ayuda nazi y quien trabaja con el agente de la Falange, Luis Roldán». En la información de la OSS, también se señalaba que Álvaro Gómez Hurtado, abogado, e hijo de Laureano Gómez, había tenido una estrecha participación en el complot, preparando a los líderes revoltosos en Barranquilla y en otras ciudades colombianas.

Respecto a la intentona, los autores del libro *Colombia nazi*, Silvia Galvis y Alberto Donadío mencionan documentos de la OSS que aseguran que el intento de golpe fue llevado adelante por rebeldes «inspirados en el nazismo y el peronismo». En ese sentido, los informes norteamericanos señalaban que «en Pasto, el coronel Diógenes Gil, líder de la insurrección y supuesto miembro de América Alerta, una organización secreta orientada por el vicepresidente argentino Juan Domingo Perón, detuvo al presidente López». Pero no todo terminaba allí, el gobierno tendría más sobresaltos.

La crisis del órgano

Luego del golpe de Pasto, todas las miradas se centraron en el jefe de los conservadores al presumirse que era el autor ideológico de la intentona, aunque no hubiera pruebas concretas en su contra. En un discurso emitido por radio, el expresidente Eduardo Santos no dudó en utilizar el calificativo de «nazi» cuando aludió a Laureano Gómez y al Partido Conservador. En ese sentido, en su alocución textualmente se refirió al «jefe de la oposición nazi de quien el gobierno no ha recibido críticas razonables, sino ataques calumniosos».[36]

Para los Estados Unidos, estaba claro el papel de Laureano Gómez en relación con los intentos revolucionarios. Al respecto, para ese entonces el embajador John Wiley, que había sido designado en 1944, decía:

Indudablemente Laureano Gómez ha estado comprometido a distancia en muchos de estos movimientos subversivos. Se sabe que ha expresado admiración por los métodos de los dictadores europeos y no sería adverso a asumir el poder si alguno de sus complots tiene éxito. Su mayor interés, sin embargo, en esas actividades subversivas ha sido uno: utilizar cualquier método concebible para hacer insostenible la posición del gobierno.[37]

No se acallaban los ecos del intento revolucionario de Pasto, cuando el presidente López Pumarejo fue notificado de que en el marco de tareas de remodelación de la Catedral de Bogotá se descubrieron explosivos escondidos en el triforio del órgano. La conmoción fue enorme y el gobierno ordenó allanamientos, con resultados sorprendentes: bombas y explosivos fueron encontrados en diferentes establecimientos religiosos y también en casas de miembros del Partido Conservador. El presidente colombiano le aseguró al embajador Wiley que el movimiento rebelde «estaba formado por parte del clero y el cuerpo de oficiales del ejército y que el sentimiento de oposición estaba inspirado en un agudo temor a la penetración comunista en Colombia».[38]

En la medida que la prensa ampliaba la información sobre el caso, el escándalo crecía:

el número de detenidos redondeaba los cincuenta. Entre ellos figuraron 3 coroneles retirados y Manuel Mudero, reconocido como líder de la Legión Colombiana, organización pronazi con sede en Barranquilla. Seis sacerdotes fueron arrestados en Bogotá, Cúcuta y Pasto, incluidos tres Hermanos Cristianos, uno de ellos, el organista de la Catedral, Regito Gioanetti, fascista y falangista confeso. El Liberal hizo notar que las bombas encontradas en la Catedral eran de la misma fabricación de aquella utilizada por Adolfo Guisa Mateus, el Hermano Cristiano que murió cuando intentaba asesinar al juez que ordenó la captura de Laureano Gómez.[39]

A pesar de estas nuevas detenciones, el río continuaba revuelto y el gobierno no podía cortar de raíz al movimiento rebelde. Como una pesadilla que para López Pumarejo parecía no tener fin, el 31 de mayo nuevamente fue desbaratada otra intentona golpista que al parecer pretendía matarlo. Varios arrestos fueron realizados en Bogotá y en Medellín. Se aseguró que se trataba de la misma organización, la denominada Legión Colombiana, que había perpetrado el intento revolucionario de Pasto y que luego había escondido los explosivos descubiertos por las autoridades en la frustrada conspiración del órgano. En este caso, la información de inteligencia señaló que el intento subversivo «parece estar directamente dirigido contra el presidente con planes para asesinarlo».[40] Si originalmente la pretensión de los golpistas colombianos era instaurar un gobierno que se alineara con el Tercer Reich, esto ya no podría ser. El 8 de mayo de 1945, las autoridades alemanas firmaron la rendición ante las fuerzas aliadas mientras Hitler desaparecía de escena.

Capítulo III

Una Sudamérica nazi

Les hicimos saber a los alemanes que les íbamos a declarar la guerra para salvar miles de vidas. Intercambiamos mensajes con ellos a través de Suiza y de España. Franco entendió de inmediato nuestra intención y nos ayudó.

JUAN DOMINGO PERÓN

Argentina y los alemanes

Antes de avanzar sobre la presencia de Hitler en Colombia, la sola mención del nombre de Juan Domingo Perón como uno de los autores intelectuales del golpe de Pasto, citado al final del capítulo anterior, nos obliga a hacer una síntesis de lo que ocurría en Argentina durante esos años, tal como se hizo con la historia de Colombia, para trazar un paralelo entre estos dos países y así comprender mejor una concatenación de hechos y relaciones, como por ejemplo la comunión de intereses que unía a los militares de la región y seguidores de las ideas de Hitler. Solo así se explica que Perón, líder natural de los uniformados sudamericanos afines al Eje, se viera involucrado en el golpe de Pasto.

Así como los norteamericanos querían a los países de la región alineados con Washington, para enfrentar en conjunto a los nazis, Perón buscaba exactamente lo contrario: gobiernos americanos proalemanes que se opusieran a la injerencia de los Estados Unidos en la región. Respecto a la relación con los nazis, y salvando algunas diferencias, Perón fue en la Argentina lo que Laureano Gómez en Colombia: ambos simpatizaban con el nazismo y los dos, además de ser influyentes personalidades políticas, llegarían a ser presidentes de sus respectivos países. Hacia fines de la guerra, Perón es el hombre fuerte de Argentina, con influencia en los gobiernos sudamericanos, en momentos que Hitler escapa de Alemania, protagonizando una fuga que culmina con su arribo a Sudamérica, donde residirá varios años como fugitivo hasta su muerte.[1]

A comienzos de los años cincuenta, cuando los nazis están llegando de a miles a Sudamérica, ambos ostentan la primera magistratura de ambos países, creando las condiciones necesarias o mínimas de receptividad para los fugitivos que estaban cruzando el Atlántico. Como Hitler estuvo en Argentina y también visitó Colombia,

vale la pena tratar de descubrir estas correspondencias entre dos naciones geográficamente distantes — la distancia en avión entre Buenos Aires y Bogotá es de 4664 kilómetros —, pero cuyos gobiernos estaban tan cercanos ideológicamente, a pesar de la extracción militar de Perón, quien llegó al poder mediante sufragios, y el carácter civil de Gómez.

En marzo de 1943, se creó dentro del ejército argentino la logia nacionalista conocida como Grupo de Oficiales Unidos o Grupo Obra Unificada (GOU), uno de cuyos cerebros era el joven y brillante — las altas calificaciones durante su carrera así lo acreditan — coronel Juan Domingo Perón. Desde julio de 1939 hasta mediados de 1940, Perón había estado en Italia. Allí visitó varias unidades militares y se desempeñó como asistente del agregado militar en Roma, lo que le permitió establecer relación con líderes fascistas. También había asistido, el 10 de junio de 1940, al acto multitudinario realizado en la plaza Venecia cuando Benito Mussolini anunció que Italia había decidido entrar en guerra como aliado de Alemania.[2] El viaje de Perón había estado precedido, en los años treinta, por otros de sus camaradas que habían visitado Italia y la Alemania de Adolf Hitler.

En ese sentido, se puede trazar un parangón ya que esas visitas son similares a las realizadas por los uniformados colombianos al Tercer Reich, entre 1934 y 1937, tal como se vio en el primer capítulo de este libro. La logia militar argentina GOU, y Perón en particular, inicialmente estaba cautivada con el accionar del dictador italiano, fundador del fascismo. Los militares también comenzaron a ver con admiración a Adolf Hitler, en la medida que sus ejércitos avanzaban sobre media Europa y nada ni nadie parecía poder detenerlos. A partir de entonces, se establecieron contactos entre los uniformados argentinos — interesados, entre otros temas, en comprarle armas al Tercer Reich — y los alemanes.

En septiembre de 1943 terminaba el mandato del presidente Ramón Castillo y se debía llamar a elecciones nacionales. El exmandatario y general Agustín P. Justo aparecía como el candidato a sucederlo, pero falleció. Surgió entonces, como figura que podría ganar los comicios, Robustiano Patrón Costas, miembro del conservador Partido Demócrata Nacional, agrupación que era liderada por Castillo. Costas era simpatizante de los Aliados y se rumoreaba que si él ganaba las elecciones inmediatamente Argentina rompería relaciones con el Eje, lo que resultaba inconcebible para los hombres del GOU.

Los cabecillas de ese grupo militar creían que, dadas las circunstancias que se vivían, la democracia no era conveniente para Argentina y por tal razón los uniformados se propusieron tomar el poder mediante una revolución militar, que se concretó en junio

de 1943. A diferencia de los fallidos intentos golpistas que, durante esos años, fracasaban en Colombia, en Argentina el ala militar pronazi tomó el poder y no estaría dispuesto a cederlo al menos durante toda la duración de la guerra. Así, mientras el gobierno colombiano se escudó tras los Estados Unidos, como lo hizo la mayoría de los países del continente, el gobierno militar de Buenos Aires declaró su neutralidad, y Argentina mantuvo esa posición casi hasta terminar el conflicto.

Revolución pronazi

La revolución en Argentina fue liderada, al menos en los aspectos formales, por los generales Arturo Rawson y Pedro Ramírez, este último ministro de Guerra de Castillo. Rawson fue presidente durante dos días, y luego asumió Ramírez, quien gobernó hasta 1944. Perón y los hombres del GOU movían los hilos del poder tras bambalinas. Las primeras medidas que adoptaron fueron la disolución por decreto de todos los partidos políticos y la imposición de la enseñanza religiosa católica en las escuelas. A nivel continental, tejían una red con los uniformados que compartían su ideología y trataban de influir en las políticas internas de otros países de la región, para que esos gobiernos no respaldaran a los Estados Unidos, país líder de los Aliados. También fomentaban o inspiraban golpes militares, como el de Pasto, para que se instauraran gobiernos simpatizantes del nazismo. El objetivo del GOU era mantener la neutralidad de Argentina y de las naciones americanas, postura que defendió el gobierno en cada conferencia internacional que se convocaba para plantear el tema de la relación de los países del continente con el Tercer Reich.

Entre tanto, en secreto, los militares argentinos negociaban con los nazis. Para ese entonces, sin que se supiera, barcos petroleros de bandera argentina abastecían a los U-Boote en aguas internacionales, mientras además se mantenían funcionando algunas bases de apoyo para los submarinos alemanes en las costas de Buenos Aires y de la Patagonia. Desde principios de la década del cuarenta, esos sumergibles arribaban en forma subrepticia a la Argentina. Transportaban personas, documentos, divisas y diversos materiales, incluyendo los que necesitaban las empresas germanas, radicadas en la Capital Federal. Se reabastecían de combustible y partían llevando documentación, algunas materias primas y materiales estratégicos.[3] Recordemos que, tal como se vio en el capítulo anterior, en Colombia los Estados Unidos participaban, en forma conjunta con las fuerzas nacionales, de los controles territoriales, marítimos y aéreos para impedir que los submarinos nazis se abastecieran o tuvieran algún tipo de apoyo logístico. Sin embargo, por lo que hoy sabemos, los temidos «lobos grises» también llegaron a abastecerse clandestinamente en costas colombianas, según se comentó en el segundo capítulo. En Argentina, el gobierno hacía «vista gorda» de las

actividades de los submarinos alemanes y en Colombia los nazis burlaban las actividades de control de las fuerzas nacionales y de las norteamericanas.

La Sudamérica del Tercer Reich

La jugada de los militares del GOU era una apuesta atrevida. Si Hitler ganaba la guerra la recompensa para los argentinos sería poder ejercer el liderazgo en toda Sudamérica. Por su parte, los nazis, luego de que Brasil rompiera su neutralidad y se pronunciara a favor de los Aliados, tuvieron claro que el gran socio en el continente — inicialmente el Tercer Reich había apostado por los brasileros — tenía que ser Argentina. Ese país del sur sería la plataforma desde la cual se podría ir dominando a las naciones del continente.

Desde antes de la guerra se habían conocido distintas iniciativas de los nazis para cambiar los límites de Sudamérica. Por ejemplo, durante una sesión de la Cámara de Diputados de Argentina, del 18 de mayo de 1938, el legislador Enrique Dickmann, en un encendido discurso, dijo que «los integralistas brasileños, que forman una organización nazi, llevaban como divisa un botón, en el cual había un mapa de Brasil donde figuraba el Uruguay como futura provincia brasileña. Digo esto ante la Honorable Cámara de la Nación Argentina para que se conozca en toda Sudamérica la gravedad de ciertos hechos».[4]

En tanto, en el anuario de ese año de la Deutscher Volksbund für Argentinien se publicó un mapa sin división política entre Argentina, Brasil y Uruguay, señalándose con puntos negros las colonias alemanas existentes. Esa región recibió el nombre de «Antártica Deutschland».[5] En ese mismo sentido, durante las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, Washington afirmó que el gobierno militar argentino tenía como objetivo «conspirar con países enemigos de los Estados Unidos para secretamente formar con los gobiernos de Chile, Brasil, Bolivia, Paraguay y Uruguay, un bloque favorable a las potencias del Eje y socavar y destruir el sistema interamericano». El gobierno norteamericano no dudó en calificar a Perón como «el principal dirigente de los oficiales argentinos comprometido en las relaciones con el enemigo».[6]

Un embajador brasileño retirado, quien en los años cuarenta fue espía en Buenos Aires, explicó que Perón quería que Argentina anexara el territorio de otros países si los nazis resultaban vencedores. Al respecto, ese diplomático — se trata de Sergio Correa da Costa, quien fue embajador de Brasil en Washington y Londres — se explayó sobre ese plan confidencial en su libro *Crónica de una guerra secreta*, publicado en el 2005. En su obra, Correa da Costa aporta varias informaciones para explicar el acercamiento del

régimen militar argentino a Adolf Hitler. También asegura que Perón esperaba dominar todos los países sudamericanos si las fuerzas del Eje resultaban triunfadoras. Esto explicaría el interés de Perón en que el golpe de Pasto, en Colombia, resultara exitoso, con el fin de poder instalar en Bogotá un gobierno pronazi.

El trabajo de investigación del diplomático brasilero se basa especialmente en un mapa hallado por los Aliados en Sudamérica en la valija de un espía alemán. Ese documento, elaborado «por el alto comando alemán», exhibía un croquis de Sudamérica con solo cinco países. Según ese mapa, Argentina aumentaría su extensión territorial al ocupar otras naciones enteras, como Paraguay y Uruguay, y se dividiría con Brasil parte del territorio de otras, como Bolivia y Perú. De acuerdo con ese mapa nazi, Colombia anexionaría a Ecuador y Venezuela, y su territorio sería similar al de la Gran Colombia, que como Estado funcionó entre 1821 y 1831. Esa nación, según el proyecto nacionalsocialista, se llamaría Neuspanien. Los otros dos países del continente, hasta totalizar cinco, tal como se ha mencionado, serían Chile — que sumaría territorios de Perú y parte de Bolivia — y Guyana. Aludiendo a Sudamérica y a los planes de Hitler para la región, para Correa da Costa «los nazistas soñaban convertir a este continente de mestizos en un protectorado alemán».

En su momento, el hallazgo del mapa provocó la reacción del presidente Franklin D. Roosevelt, quien deploró los planes de Hitler para la región, mediante un discurso pronunciado el 27 de octubre de 1941, el Día de la Armada, expresando: «Este mapa deja claro el diseño nazi, no sólo contra América del Sur, sino también contra los Estados Unidos».[7] La exhibición del mapa exasperó a varios gobiernos latinoamericanos, tal como se esperaba y deseaba en Washington, predisponiéndolos contra el gobierno de Adolf Hitler.

Por otra parte, los norteamericanos también tuvieron información que involucraba a militares argentinos, nuevamente Perón en escena, en un golpe realizado en Bolivia, por uniformados nacionalistas, que impuso en el poder al mayor Gualberto Villarroel. La revolución, acaecida el 20 de diciembre de 1943, derrocó al presidente general Enrique Peñaranda — representante de la oligarquía minera— y convirtió en mandatario *de facto* a Villarroel, quien era fundador del movimiento nacionalista militar Razón de Patria. En Argentina ya gobernaban los militares fascistas — que se habían apropiado del gobierno en junio de ese año—, así que Buenos Aires reconoció inmediatamente al nuevo gobierno boliviano. No ocurrió lo mismo con los Estados Unidos, que se negaron a hacerlo argumentando que era ¡legítimo porque las nuevas autoridades no habían accedido al poder por la vía democrática.[8]

En América del Sur hubo otras intentonas golpistas pronazis que no llegaron a buen término, como la protagonizada en 1938 por los líderes del Movimiento Nacional Socialista de Chile, partido creado por los germanófilos racistas Jorge González von Marée y Carlos Keller, que llegó a tener representación parlamentaria. Además de los sucesivos intentos fallidos de revoluciones, que, tal como se vio, fracasaron en Colombia.

Relaciones rotas

En octubre de 1943, los Aliados capturaron en Europa al cónsul honorario argentino Osmar Alberto Hellmuth y después de interrogarlo concluyeron que tenía la misión de comprar armamento en la Alemania nazi para el ejército de su país, que infructuosamente había tratado de adquirirlo de los Estados Unidos. Esto era escandaloso, especialmente teniendo en cuenta que Argentina era un país neutral y en calidad de tal no podía realizar esas acciones comerciales con los países beligerantes. Entonces, los Estados Unidos aprovecharon el caso — avisaron a las autoridades argentinas que evaluaban denunciar públicamente el hecho — para presionar al gobierno de Buenos Aires con el objetivo de que abandonara la neutralidad. Vía diplomática, desde Washington se advirtió que se iban a publicar pruebas sobre el caso Hellmuth y sobre la participación de los argentinos en el golpe de Bolivia.[9]

Además, se le hizo saber al presidente Ramírez que, a partir del día 24 de enero, los Estados Unidos, Inglaterra y los países americanos retirarían sus misiones diplomáticas y que adicionalmente se implementarían sanciones económicas contra el país. A modo de intimidación, los norteamericanos amarraron dos barcos de guerra —uno era un portaaviones— en el puerto de Montevideo, en la vecina república de Uruguay. El presidente Ramírez se sintió acorralado, creía que no tenía salida, y al día siguiente para entrar en sintonía con las exigencias norteamericanas, el gobierno argentino anunció que había descubierto una red de espionaje nazi en el país, siendo este el pretexto que usaría el gobierno para romper relaciones con las potencias del Eje. Los hombres del GOU, que fueron sorprendidos por esta resolución, se enojaron y, tras cortas deliberaciones, no dudaron en reemplazar al primer mandatario que, sin haberlos consultado, había firmado esa ruptura de relaciones contra el bando preferido por los generales fascistas. Así como lo habían sentado en el Sillón de Rivadavia — esto es el sitial presidencial—, ellos sacaron a Ramírez y pusieron en su lugar al hasta entonces ministro de Guerra, general Edelmiro Farrell. Entre tanto, Perón, quien venía desarrollando su accionar oficial desde la Secretaría de Previsión — creada y asumida por él desde noviembre de 1943— y afianzó su poder en el gobierno del que luego sería vicepresidente.

En 1944, a poco de la caída de Ramírez, el noticiero norteamericano *The March of The Time*, que se emitía en cines y radios, denunció la situación argentina en un informe titulado «South American Front»:

Hoy Argentina ha dejado de ser una república para convertirse en una dictadura militar. Su ejército está inspirado en la Wehrmacht en la cual muchos de sus instructores y oficiales han hecho instrucción. Sus generales y coroneles están a diario en contacto con la España de Franco, la nación europea que más admiran. Para nada amigo de las democracias y las Naciones Unidas es el nuevo jefe de la Argentina, coronel Juan Domingo Perón. Fue él quien destituyó al presidente Pedro Ramírez mediante una revuelta militar. Luego dictó la renuncia de Ramírez a favor de un nuevo presidente, el general Edelmiro Farrell, un hombre menos inclinado a desafiar sus deseos. Pues en los Estados Unidos ven a la potencia que puede destruir los ambiciosos planes de la Argentina que ya están en desarrollo en Bolivia y Paraguay, para incluir a todos sus vecinos en un bloque político para la posterior dominación argentina de toda Sudamérica y para amenazar a su gran rival, Brasil. En Washington, el secretario de Estado Cordell Hull ve el giro de la Argentina hacia el fascismo como un gran atraso para la largamente deseada política de buena vecindad del Departamento de Estado.

¿Realmente en guerra?

Argentina le declaró la guerra al Eje el 27 de marzo de 1945, luego de haberse celebrado una conferencia continental en Chapultepec, México, donde las otras naciones americanas presionaron al gobierno de Buenos Aires para que se adoptara tal medida, so pena de que, de no hacerlo, la mencionada nación no podría ingresar a la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Finalmente, la injerencia de Estados Unidos daba sus frutos a pesar de que se estaba en las semanas finales de la Segunda Guerra Mundial. Invocando exclusivamente el acta de Chapultepec, y no otras razones, el gobierno del general Edelmiro Farrell, con el beneplácito de Perón, que además de hombre fuerte era un estratega excepcional, declaró las hostilidades contra el Eje. Pero en realidad se trataba de una formalidad, ya que la nueva posición del gobierno, la salida de la defendida neutralidad, era una especie de pantalla que ocultaba las intenciones reales de los militares argentinos: esto es, recibir en el país a los nazis fugitivos. Así lo reconoció el mismo Perón, durante su exilio en Madrid, en una entrevista concedida al periodista Eugenio P. Rom.[10] Escuchemos al mismo jefe del Partido Justicialista, quien textualmente afirmó que:

Si la Argentina se convertía en «país beligerante» tenía derecho a entrar en Alemania cuando se produjera el desenlace final; esto quería decir que nuestros aviones y barcos

estarían en condiciones de prestar un gran servicio. Nosotros contábamos entonces con los aviones comerciales de FAMA (Flota Aérea Mercante Argentina) y con los barcos que le habíamos comprado a Italia durante la guerra. Hicimos como se nos pidió. El presidente Farrell declaró la guerra, previa reunión de gabinete a tal efecto. Así fue como un gran número de personas pudo venir a la Argentina. Toda clase de técnicos y otras especialidades con que no contábamos en el país pasaron a incorporarse al quehacer nacional. Gente que al poco tiempo fue muy útil en sus distintas especialidades y que de otro modo nos hubiese llevado años formar… Después, cuando ya en el gobierno tomamos a nuestro cargo los ferrocarriles ingleses, más de setecientos de esos muchachos venidos de Alemania entraron a trabajar para nosotros. Ni qué decir en las fábricas de aviones militares y civiles u otras especialidades. Fue un aporte sumamente útil para nuestra naciente industria. Esto lo sabe muy poca gente, porque a muy poca gente se lo dijimos. Nosotros preferíamos hacerles creer a los imperialismos de turno que habíamos cedido finalmente a sus solicitudes beligerantes. Para ese entonces nos convenía hacer un poco de «buena letra», sobre todo para ganar tiempo.[11]

Perón dice «hicimos como se nos pidió», pero no aclara quién realizó esa petición de ayuda que, indudablemente, debía venir del bando de los vencidos. También dice que Argentina, en el marco de ese acuerdo secreto, recibió «toda clase de técnicos y otras especialidades…»; quizá en esa última definición vaga también se incluye a los criminales de guerra que llegaron al país.

Perón, con mucha claridad, también se refiere al mismo tema en una entrevista concedida a Tomás Eloy Martínez, realizada en Madrid en 1970, que fuera publicada en la revista argentina *Panorama*. Durante ese reportaje, el político argentino dijo:

Mucho antes de que terminara la guerra, nosotros nos habíamos preparado ya para la posguerra. Alemania estaba derrotada, eso lo sabíamos. Y los vencedores se querían aprovechar del enorme esfuerzo tecnológico que había hecho ese país durante más de diez años. Aprovechar la maquinaria no se podía porque estaba destruida. Lo único que se podía aprovechar eran los hombres. A nosotros también nos interesaba eso. Les hicimos saber a los alemanes que les íbamos a declarar la guerra para salvar miles de vidas. Intercambiamos mensajes con ellos a través de Suiza y de España. Franco entendió de inmediato nuestra intención y nos ayudó. Los alemanes estuvieron de acuerdo. Cuando terminó la guerra, esos alemanes útiles nos ayudaron a levantar nuevas fábricas y a mejorar las que ya teníamos. Y de paso, se ayudaron a ellos mismos.[12]

El fin de López Pumarejo

¿Qué ocurría en Colombia por esos años? Los colombianos asistían a la última etapa del gobierno de López Pumarejo, debilitado por las críticas cada vez más fuertes de la oposición, agravadas por los problemas internos de los propios liberales. Respecto a su accionar político, en 1944 se dedicó a impulsar una reforma laboral y al año siguiente una constitucional que incluyó la concesión de la ciudadanía a la mujer, pero sin derecho a votar; la prohibición para los militares de sufragar y la disminución del número de debates para la aprobación de leyes, entre otras medidas, que, según su opinión, buscaban la modernización del Estado.

Mientras los nazis, y el mismo Hitler, se daban a la fuga — Alemania se rindió en mayo de 1945 — el gobierno de Pumarejo comenzaba a zozobrar. El 26 de junio el presidente manifestó al Congreso la grave situación de orden público y la «desatención de las directivas liberales a la solución de los problemas nacionales». Por su parte, el conservatismo exigía al gobierno presentar las pruebas sobre su supuesta participación en el golpe de Pasto y, en ese contexto, un tribunal revocó una orden de captura contra Laureano Gómez, que le había sido librada por su supuesta participación en la fallida intentona golpista. La decisión judicial se constituyó en una derrota para los liberales en un clima social cada vez más efervescente. Poco tiempo después, el expresidente Eduardo Santos renunció a la dirección del Partido Liberal y anunció públicamente sus desacuerdos con el primer mandatario, aun cuando pertenecían a la misma agrupación política. Todos estos incidentes crearon las condiciones que llevaron a López a presentar la renuncia al cargo presidencial en 1945.

Al momento de hacerlo ofreció su dimisión como una «contribución para provocar el acuerdo político que ha buscado inútilmente mi gobierno». El Congreso aceptó su renuncia y eligió a Alberto Lleras Camargo para que terminara el período de López. Este último ocupó el cargo hasta el año siguiente cuando se realizaron las elecciones que dieron el triunfo al candidato conservador Mariano Ospina Pérez, ingeniero en minas, quien ganó con menos del cincuenta por ciento de los votos. Recordemos que para esos años ya habían llegado nazis a Sudamérica y lo continuarían haciendo durante varios años.

Varias de las empresas alemanas expropiadas, al terminar la guerra, volvieron a manos de sus dueños y el capital germano volvió a operar en Colombia sin inconvenientes.

A febrero de 1948, el Fondo de Estabilización había logrado reunir, por concepto de cuota de indemnización de guerra, cerca de doce millones cuatrocientos mil pesos ($12

400 000) y faltaban por recaudar cerca de cinco millones de pesos ($5.000 000). Para la misma fecha, se habían presentado ante el Fondo 384 reclamaciones de particulares colombianos por perjuicios sufridos en sus personas o en sus bienes, cuyo monto ascendía aproximadamente a once millones quinientos veinte mil pesos ($11 520 000).[13] Durante la Segunda Guerra Mundial, el Fondo de Estabilización administró fiduciariamente más de 4000 propiedades, de las cuales 2500 eran de ciudadanos alemanes, 1500 de italianos y japoneses, así como aquellas pertenecientes a los ciudadanos o empresas de los países ocupados por las potencias del Eje durante el conflicto bélico.

En cumplimiento de la Ley 39 de 1945, el Fondo de Estabilización liquidó las cuotas de 1200 ciudadanos alemanes con intereses comerciales en Colombia, entre abril de 1946 y junio de 1948. Se destaca que una gran cantidad de esas empresas eran laboratorios que producían medicamentos y determinados productos químicos.

Nuevo gobierno conservador

Durante el mandato del presidente Mariano Ospina Pérez comenzó el periodo que se conoció como La Violencia, una especie de guerra civil no declarada en la que se enfrentaron civiles liberales y conservadores, que dejó miles de víctimas y millones de desplazados. En esas circunstancias, el 9 de abril de 1948, en Bogotá se produjo el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán Ayala, jurista, escritor y jefe único del Partido Liberal. Su crimen produjo enormes protestas, con cientos de muertos, en un levantamiento popular conocido como «el Bogotazo». El magnicidio se produjo durante las sesiones de la IX Conferencia Internacional Americana, donde se adoptó la Carta de la Organización de Estados Americanos que dio origen a la organización del mismo nombre.

De acuerdo con una versión desconcertante, que veremos y analizaremos más adelante, detrás del crimen y el levantamiento popular estaba Adolf Hitler, quien, desde las sombras, pretendía que todos estos incidentes fueran atribuidos al comunismo para tensar aún más las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, los ganadores de la Segunda Guerra Mundial, y provocar una conflagración bélica entre estas dos potencias.

En medio de un clima enrarecido, Ospina convocó a un gobierno de Unidad Nacional, que fracasó al tiempo que el liberalismo le intentaba iniciar un juicio político al primer mandatario. En 1949, el presidente cerró el Congreso y convocó a elecciones nacionales, que se celebrarían en el mes de diciembre. Laureano Gómez se convirtió en

el único candidato a la presidencia, tras la renuncia del candidato liberal Darío Echandía, quien argumentó, tras una terrible ola de asesinatos de la que fue víctima su propio hermano, que no existían condiciones de seguridad para realizar los comicios. Gómez, en solitario, obtuvo más de un millón de votos (el primer candidato en alcanzar esta votación en la historia del país) y fue electo para el periodo 1950-1954, precisamente uno de los lapsos más críticos para esta investigación ya que, como veremos en el documento de la CIA que se analizará más adelante, Hitler habría estado en Colombia en 1954, partiendo a principios del año siguiente con rumbo a la Argentina.

Desde 1930, con la presidencia de Enrique Olaya Herrera, y hasta 1946, el destino del Estado colombiano había sido dirigido por los liberales, antinazis acérrimos, cuyos gobiernos siempre fueron de la mano con los Estados Unidos. Pero a partir del mandato del presidente conservador Ospina, primero, y el de Laureano Gómez, después, las condiciones políticas cambiaron radicalmente, ya que ese partido siempre mostró su simpatía por los regímenes fascistas de Francisco Franco, Benito Mussolini y Adolf Hitler. A partir de este cambio significativo, los alemanes en fuga podían llegar tranquilos a Colombia, ya que tendrían la seguridad de que no serían perseguidos por las autoridades.

Hacia un modelo fascista

Laureano Gómez asumió el poder con un objetivo claro: echar abajo las reformas liberales logradas durante las últimas dos décadas. Para tal efecto, convocó una Asamblea Nacional Constituyente con la que intentó darle forma a una constitución de tipo corporativista como la de Franco en España. En el documento en el que se planteó la necesidad de la reforma quedaba claro el talante de lo que se planteaba: «las instituciones de la República se apartan de la influencia perniciosa de las ideas rousseaunianas y marxistas y se inspiran por entero en las evangélicas y bolivarianas, a fin de realizar la democracia cristiana». Con esta ¡dea, se proponía que la educación volviera a estar monopolizada por la Iglesia católica. También se le ponían trabas a la libertad de crítica, al trabajo de la prensa y se restringía el voto universal.

A la par, se incrementó la persecución a los opositores liberales y comunistas, en la que participaron autoridades armadas legítimas y grupos de civiles armados conocidos como «los chulavitas». Estos últimos se caracterizaron por la sevicia y crueldad con la que asesinaban a sus víctimas. Los perseguidos se organizaron para defenderse y enfrentar al Gobierno, que trató de minimizarlos llamándolos de manera despectiva como simples bandoleros.

Para la derecha reaccionaria, y para la jerarquía de la Iglesia católica colombiana, Gómez era un caudillo que había llegado al poder para poner orden en el país, que realmente estaba inmerso en un caos, con lo cual justificaban su accionar, a pesar de las reiteradas violaciones a los derechos humanos que cometía el gobierno. Laureano Gómez promovió una ideología nacionalista, que en materia económica se plasmaría en la creación de empresas estatales y una petrolera nacional.[14]

El presidente Gómez tuvo un discurso populista nacionalista, de corte oligárquico y anticomunista, pero tuvo que moderarse frente a los Estados Unidos que, como consta en documentos de la CIA de la época, lo consideraba líder de una sección de su partido «violenta e inflexible», que calificó su periodo de Estado de sitio como de «régimen conservador despiadado» que tenía como meta crear «una de las constituciones más reaccionarias jamás ideadas en América Latina». Como una muestra de amistad y con la idea de conseguir que le vendieran armas, el mandatario envió el Batallón Colombia para apoyar a Estados Unidos en la guerra de Corea. Fue el único país sudamericano que participó en este conflicto.[15]

En octubre de 1951, Gómez tuvo problemas del corazón y por tal razón el 5 de noviembre de ese año asumió la presidencia Roberto Urdaneta Arbeláez. Durante los meses siguientes, el caos social fue en aumento en Colombia, continuaron los abusos del oficialismo, caracterizados por asesinatos de los opositores, y se extendió una ola de temor entre la población debido a la violencia generalizada. Gómez seguía moviendo los hilos del poder desde su convalecencia.

Fue entonces cuando comenzaron a circular versiones referentes a un posible golpe de Estado para sacarlo del juego. Sin estar repuesto aún, intentó reasumir el cargo presidencial, pero no tuvo éxito. Un golpe palaciego y sin derramamiento de sangre, llevó al poder al general Gustavo Rojas Pinilla el 13 de junio de 1953.

El presidente *de facto* de Colombia contaba con el apoyo de los expresidentes Mariano Ospina Pérez y Roberto Urdaneta Arbeláez, y de los políticos del mismo partido Gilberto Alzate Avendaño, Lucio Pabón Núñez y otros que le ofrecieron su respaldo. Lo secundaron además las Fuerzas Armadas, la Policía Nacional, el Directorio Nacional Conservador y algunos políticos de ambos partidos.[16] La Asamblea Nacional Constituyente, que había sido convocada por el presidente Laureano Gómez, reafirmó la legalidad de su asunción.

Según el argumento de la Asamblea, el 13 de junio había quedado vacante el puesto del titular del Poder Ejecutivo y consecuentemente «es legítimo el título del actual

presidente de la República, teniente general Gustavo Rojas Pinilla, quien ejercerá el cargo por el resto del período presidencial en curso».[17]

No hubo una reacción popular, ya que vastos sectores de la sociedad estaban descontentos con el gobierno caído que, a esa altura de las circunstancias, no había frenado la ola de violencia que se extendía por el país. Rojas Pinilla gobernó con mano de hierro desde el 13 de junio de 1953 al 10 de mayo de 1957. Es clave la fecha de su mandato, ya que documentos de la CIA, que se verán en un próximo capítulo y que incluyen una foto de Hitler en Colombia, corroboran que el jerarca nazi estuvo en Tunja durante la presidencia del general Rojas Pinilla, con lo cual, si hubo complicidad oficial, este lo podría haber conocido personalmente cuando el fugitivo estuvo en territorio colombiano.

El hombre fuerte

En su condición de militar e ingeniero, Rojas Pinilla se había desempeñado en la Fábrica de Municiones y Maestranza del Ejército y, cumpliendo esas funciones, fue enviado en misión especial al Tercer Reich en 1936, para comprar la maquinaria necesaria para fabricar municiones. En ese viaje tuvo su primer encuentro con los nazis, justo en el momento en el que Hitler afianzaba su poder y se preparaba para mostrarle al mundo la mejor imagen de Alemania con la organización de los Juegos Olímpicos.

La crisis posterior a la Primera Guerra Mundial parecía superada y el país se encaminaba a convertirse en una potencia mundial resultado de una rápida recuperación económica. Tras regresar de la misión en Europa, Rojas Pinilla fue nombrado ingeniero jefe del departamento técnico de la Fábrica de Municiones del Ejército.

Luego tuvo un bache en su carrera que sorteó con audacia y le permitió seguir ascendiendo en la institución. En 1944 fue designado subdirector de la Escuela Superior de Guerra, y en 1945 lo nombraron jefe del departamento de aeronáutica civil de la dirección general de la fuerza aérea. Después de ascender a coronel lo asignaron como comandante de la Primera Brigada en Tunja, su ciudad natal, en 1946. Durante el Bogotazo, el 9 de abril de 1948, se encontraba al frente de la Tercera Brigada en Cali y la manera como manejó la insurrección popular ese día lo congració con el entonces presidente, el ingeniero conservador Mariano Ospina Pérez. El año siguiente fue ascendido al grado de general y en diciembre de 1949 incursionó en la política como ministro de Correos y Telégrafos del gabinete de Ospina. La cercanía de este con el general fue una de las causas de las desavenencias que tuvo con el siguiente presidente,

el también conservador Laureano Gómez. Cuando el mandatario enfermó y llevaba las riendas del país el designado Roberto Urdaneta, el militar tomó el poder en una opereta de golpe de cuartel, un golpe blando o de opinión, como lo denominaron algunos sectores, en el que no hubo violencia ni derramamiento de sangre y en el que intervinieron tras bambalinas muchos civiles. La Asamblea Nacional Constituyente hizo a un lado la nueva carta magna en la que estaba trabajando y legitimó al militar como mandatario hasta el 7 de agosto de 1954. Poco antes de esta fecha, lo reeligió hasta agosto de 1958.

El generalato continental

Tal como lo veremos más adelante, Hitler estuvo en Tunja en 1954, o sea cuando gobernaba en Colombia el general Rojas Pinilla. Si tomamos ese año como referencia y echamos un vistazo a los gobiernos de la región, veremos que en la mayoría de los países existían gobiernos militares.

Estos eran uniformados nacionalistas y fuertemente anticomunistas; algunos respondían directamente a los intereses de Estados Unidos, otros eran más esquivos y renuentes con la política de Washington, como Perón en Argentina. Este ambiente favorecía los intereses de los nazis fugitivos, quienes en muchos casos se aliaron con sus antiguos enemigos, los estadounidenses, para luchar contra el comunismo. A Hitler este marco le garantizaba cierta seguridad a nivel continental y por ende la posibilidad de viajar con ciertas garantías.

En 1954 estaban en el poder, además de Rojas Pinilla, los generales Juan Domingo Perón, en Argentina; Alfredo Stroessner, en Paraguay; Carlos Ibáñez del Campo, en Chile; Manuel Odría, en Perú y Marcos Pérez Jiménez, en Venezuela.[18] Los países que ese año no estaban gobernados por militares terminaron siéndolo como resultado de un plan orquestado desde Estados Unidos. Un caso particular fue el de Brasil. En agosto 1954 el presidente populista Getúlio Vargas se suicidó en una situación extraña que dejó dudas respecto a si realmente se había matado o lo habían asesinado. A partir de ese momento se presentó una gran inestabilidad política en medio de la cual llegaron oleadas de fugitivos nazis. Lo mismo ocurrió en Colombia a una escala menor, como lo veremos más adelante.

La Guerra Fría entre la Unión Soviética y los Estados Unidos motivó a las autoridades de este país a imponer en la región gobiernos uniformados de derecha que garantizaran una lucha sin cuartel contra el comunismo.

Durante esos años, Washington adoptó la estrategia de no exaltar a viva voz los valores de la democracia en el continente — como lo hacía en Europa para restregársela a los estados prosoviéticos de la Cortina de Hierro —, porque temía que en las elecciones se impusieran candidatos de izquierda. Los uniformados sudamericanos en el poder responderían mejor a las exigencias de los Estados Unidos que una endeble y frágil democracia, alineándose esos militares criollos detrás de la gran potencia del norte, en el marco de una gran «cruzada» mundial contra el «peligro rojo».

La Iglesia católica fue otro actor de peso en este plan. Las autoridades religiosas eran conscientes de que su gran enemigo era el comunismo ateo y estaban dispuestas a ayudar a los nazis y a los norteamericanos a combatir este flagelo. Lo hicieron en silencio, ayudando a los fugitivos a escapar y a entrar a los países que los recibían en América Latina, facilitándoles la posibilidad de conseguir nuevas identidades, y sirviendo de intermediarios entre los nazis y las autoridades de turno del gobierno anfitrión. No faltarían los fugitivos que se recluirían en un convento colombiano, tal como lo veremos más adelante. Al ser Colombia un Estado confesional, el rol de la Iglesia habría sido muy importante para encubrir y proteger a los nazis justificando, desde el púlpito, este accionar bajo el argumento de la defensa de los valores cristianos.

Capítulo IV

Colombia, la Iglesia y Von Kurtz

A partir de 1945 me sentí obligado a dedicar todo mi trabajo benéfico principalmente a antiguos nacionalsocialistas y fascistas, especialmente a los llamados «criminales de guerra».

OBISPO ALOIS HUDAL

La apasionada labor del obispo Hudal

El obispo austríaco Alois Hudal fue consejero espiritual de la comunidad germana en Italia y rector en Roma del colegio alemán Santa María dell'Anima durante treinta años. Siendo un influyente representante de la iglesia austríaca, en 1937 presentó su libro *Los fundamentos del nacionalsocialismo* (*Die Grundlagen des Nationalsozialismus*), en el que intentó demostrar las coincidencias que, a su juicio, existían entre el catolicismo y la visión «cristiana» y «conservadora» del nazismo.[1] Durante la guerra fue un acérrimo defensor de las políticas implementadas por Hitler, lo que le generó elogios y críticas hacia su persona en el seno de la misma Iglesia.

Información muy valiosa surgió de los archivos de Hudal, revisados por el historiador e investigador Matteo Sanfilippo, en el marco del trabajo realizado para la Comisión de Esclarecimiento de las Actividades Nazis en Argentina (Ceana).[2] Los datos que presentaré, entre otros los que vinculan a Colombia como destino posible para nazis en fuga, precisamente surge de ese archivo, donde se destacan algunas cartas enviadas y recibidas por Hudal.[3]

El papa Pío XII dividió la Pontificia Comisión para la Asistencia (PCA) en veinte subcomités regionales, nombrando a Hudal a cargo de la Assistenza austríaca, esto es, la sección austríaca de la mencionada organización.[4] A partir de esta designación, y ante la inminencia de la caída del Tercer Reich, Hudal comenzó a tejer una red de ayuda para los nazis, con base en Roma, que funcionaría a plenitud al terminar la guerra. Él mismo reconocería la actividad realizada en ese sentido con estas sinceras palabras:

Doy gracias a Dios de que me abriera los ojos y me concediera la gracia inmerecida de poder visitar y consolar a muchas víctimas en sus cárceles y campos de concentración en el período de la posguerra y de haber podido arrebatar a no pocos de ellos de las

manos de sus torturadores, ayudándoles a escapar a países más felices con documentos de identidad falsos. A partir de 1945 me sentí obligado a dedicar todo mi trabajo benéfico principalmente a antiguos nacionalsocialistas y fascistas, especialmente a los llamados «criminales de guerra».[5]

Tal como se dijo antes, al concluir el conflicto bélico Hudal trabajó activamente en la implementación de la Ruta de los Conventos — despectivamente conocida como «Ratlines», Línea de las Ratas— que facilitó la fuga de miles de nazis a Sudamérica. De esta red hizo parte también el sacerdote croata Krunoslav Draganovic, del Instituto San Girolamo en Roma, cuyos edificios sirvieron de refugio a los fugitivos.[6] Además, participaban activamente monseñor Jorge Heinemann — de la iglesia Santa Maria dell'Anima—, y monseñor Karl Bayer, con oficinas ubicadas en un edificio que lindaba al que había sido la embajada alemana en la Santa Sede, entre otros sacerdotes.[7] Otros curas involucrados era el húngaro Dömöter y el croata Carlo Petranovic. No se puede dejar de mencionar el papel que también jugaron algunos curas salesianos en la fuga de los nazis hacia Sudamérica, entre ellos el capellán castrense argentino José Clemente Silva, quien, en acuerdo con el gobierno de Juan Domingo Perón, tenía la misión de organizar la emigración de europeos hacia la Argentina, al terminar la Segunda Guerra Mundial.[8]

Hudal, merced a sus múltiples relaciones — tenía contactos poderosos en el Vaticano, Alemania occidental, Austria, y entre los representantes norteamericanos en Europa —, llegó a acordar hasta con las autoridades policiales italianas el modo de garantizar la protección a los fugitivos: «Hudal había establecido un acuerdo secreto con la policía italiana. En lugar de arrestar a los nazis que estaban en busca y captura, los carabinieri aceptaron dirigirles a las iglesias, conventos y monasterios, especificados por Hudal».[9]

La labor del obispo Hudal fue incansable como coordinador de una aceitada organización de ayuda que se hizo conocida por su efectividad. Las tareas de esa red eran múltiples y consistían en dar un refugio inicial a los fugitivos nazis o sus aliados, brindarles ayuda financiera, conseguirles documentos falsos, y finalmente garantizarles la partida de Europa, para que los nazis pudieran encontrar un destino seguro en otras partes del mundo:

En 1945 Hudal comenzó a ayudar a prisioneros alemanes en Italia y Francia. En una carta enviada de Milán, fechada el 5 de septiembre, se le pedía ayudar a prisioneros alemanes en los campos de concentración italianos en Módena, Pisa, Leghorn, Scandicci y Várese. Al mismo tiempo, Hudal se ocupó de buscar prisioneros alemanes y austríacos en Francia y otros países. El 16 de noviembre escribió al «aumônier général

des Prisonniers de Guerre Allemands» en Lyon, interesándose por la situación de los campos franceses y por la posibilidad de liberar al menos a los sacerdotes católicos prisioneros. Durante años, hasta presentar su renuncia, continuó el seguimiento de la situación en Francia, los Países Bajos y Gran Bretaña. Además, Hudal ayudó o intentó ayudar a residentes alemanes en Italia que estaban acusados de haber sido nazis. El 15 de noviembre de 1945 también intentó interesar a Pío XII sobre las necesidades de los migrantes alemanes, pidiendo una acción misional según el modelo de los Padres Scalabrinianos, quienes estaban ayudando a los migrantes italianos en todo el mundo.[10]

Hudal fue muy efectivo respecto a las tareas que él mismo se había impuesto, por absoluta convicción ideológica, las que se desarrollaron secretamente durante algunos años con resultado exitoso, ya que un gran número de nazis, gracias a esa ayuda, escaparon de Europa. Al decir del investigador italiano Matteo Sanfilippo,

en realidad, la migración fue el gran problema que Hudal tuvo que encarar en sus últimos años como rector del Colegio Alemán. Todos los días llegaban a Italia pequeños grupos de alemanes y austríacos: muchos de ellos eran exnazis o, al menos, exsoldados del ejército alemán, que buscaban trabajo y/o pasajes para ir a las Américas, a Australia y a Nueva Zelanda. Roma era un centro de refugiados y desbandados en el que la Cruz Roja y la IRO (International Refugees Organization) trataban de ayudar a todos.[11]

Génova se convirtió en el puerto más importante de Italia para la salida de los fugitivos hacia Sudamérica. Por otra parte, la diócesis genovesa se preparó para recibir a cientos de alemanes — también croatas y austríacos — que llegaban hasta allí para luego poder embarcar en diferentes naves mercantes. En ese marco, el arzobispo Giuseppe Siri creó allí el Comitato Nazionale Emigrazione di Argentina y un comité diocesano, el Auxilium, para ayudar a los refugiados. Entre tanto, la Pontificia Commissione di Assistenza había abierto una oficina en la estación ferroviaria más importante de la ciudad.[12] Estos movimientos de hombres cobraron una gran envergadura. Por ejemplo, en una carta fechada el 31 de agosto de 1948, Hudal le pidió a Perón dos mil visas para austríacos y tres mil para alemanes. En ese sentido, en 1997 el abogado Pedro Bianchi, quien se había desempeñado como funcionario de Perón, reveló que el presidente argentino le vendió a los fugitivos unos 2000 pasaportes y 8000 cédulas en blanco.[13] Si bien las tareas de ayuda a los nazis el obispo las había realizado con cierta discreción, en 1949 la agencia alemana Nord Press dejaba al descubierto sus actividades al informar que «Hudal es considerado en los círculos de la Iglesia como el "obispo pardo" (en alusión al color de la camisa de los SA nazis) […] Durante un tiempo, entre 60 y 100 personas diarias le decían que querían ser contrabandeadas a América del Sur».[14]

A los pocos días, el diario católico bávaro *Passauer Neue Presse* reveló detalles de las actividades del obispo, de protección y colaboración para con los nazis en fuga, lo que provocó el comienzo de un gran escándalo al quedar al descubierto cómo funcionaba la red pacientemente tejida por Hudal. El citado medio publicó un artículo acerca de organizaciones montadas para permitir la fuga de criminales nazis hacia la Argentina (se citaba expresamente Córdoba y Buenos Aires) y hacia el Cercano Oriente (en este caso, se mencionaba Damasco y Beirut). El diario nombraba al Colegio de Santa Maria dell'Anima como la central desde la cual se coordinaban viajes para permitir la salida de nazis, especialmente aquellos que tenían como destino a la Argentina. El artículo de este medio periodístico aseguraba, sin aportar datos concretos, que el Vaticano había intervenido logrando cerrar la «central» allí montada por Hudal. No obstante, agregaba que las Hermanas Suizas de Monteverde, un barrio de Roma, eran amigas del «obispo pardo» Hudal y que ese grupo religioso se encontraba ayudando a los fugitivos.[15] Las críticas públicas contra el jerarca de la Iglesia no cesarían, aunque algunos medios católicos — como en su momento lo hizo el semanario *Vita* — saldrían en su ayuda recordando que durante la guerra Hudal había ayudado a judíos, lo que era rigurosamente cierto. Durante sus últimos años como rector del colegio alemán, su principal actividad fue salvar a los fugitivos. También pasaba horas en las cárceles italianas, ayudando e intercediendo por altos oficiales alemanes allí detenidos, como Felten, Feuchtinger, Kappler, Mai, Mayer, Reder, Schulen y Wagener, entre otros.[16]

En los archivos del obispo Hudal, el investigador Sanfilippo encontró cartas intercambiadas con la IRO. Allí encontró boletines de la IRO «sobre ofertas de trabajo, principalmente en el Commonwealth británico o en los Estados Unidos, pero también en Colombia, Ecuador, México, Perú y Uruguay».[17]

Tiempo después, en 1952, fuertemente cuestionado por su relación con los fugitivos, debió renunciar como rector del Colegio Santa Maria dell'Anima, aunque esto no fue un obstáculo para que siguiera ayudando a los nazis hasta el final de sus días.[18]

Reinhard Kopps

Para relacionar a Colombia con la fuga de los nazis, y la complicidad de la Iglesia, también es necesario citar a Reinhard Kopps, quien durante la guerra se desempeñó como agente de inteligencia alemán, bajo las órdenes del famoso almirante Wilhelm Canaris, jefe de la Abwehr, el departamento de inteligencia militar alemana.[19] Kopps, como espía de Hitler, durante la Segunda Guerra cumplió misiones en Francia, Albania y en Bulgaria, entre otros destinos. Al caer Berlín, estuvo preso en un campo de detención inglés, pero escapó, trasladándose a Roma donde, para pasar desapercibido,

adquirió otra identidad. Allí, con el nombre falso de Hans Mahler (Juan Maler), se desempeñó en el Vaticano, en una secretaría para refugiados alemanes, desde donde trabajó, en coordinación con el obispo Hudal, en el marco del plan para facilitar la evasión de los nazis hacia Sudamérica.[20]

Mahler fue a Génova con intenciones de partir hacia Sudamérica — este nazi tenía muchas expectativas de ir a Colombia —, y en ese contexto Hudal, en marzo de 1948, escribió una carta de recomendación a favor de él y de los fugitivos Georg Vesalka y Alfred Hadesiger, con el objetivo de que le brindaran un refugio y le dieran trabajo tras cruzar el Atlántico. En el borrador de la carta, hallada en los archivos de Hudal, se puede leer todo el texto de la recomendación citada, pero no se encuentra su destinatario. Este dato, a quién iba dirigida, sí se pudo saber al encontrarse la respuesta, contenida en una misiva que Hudal recibió proveniente de Colombia. Quien respondió fue Karl Hans von Kurtz, un alemán que para ese entonces vivía en Fredonia, un municipio al suroeste de Antioquía.

Von Kurtz era un médico germano quien tras emigrar de Europa después de la Segunda Guerra Mundial —desconocemos su actuación en Alemania durante el Tercer Reich— se radicó en Fredonia con su esposa, la médica María Winzer Wudzer y su suegra, Cresencia Wudzer.[21] Este hombre se convirtió en corresponsal de Hudal en territorio colombiano y lo asesoró sobre las posibilidades de que se enviaran nazis en fuga al país del café y de las esmeraldas. En el caso que nos ocupa, Von Kurtz le agradeció a Hudal la carta de recomendación que le había enviado para Mahler, ante la posibilidad de que este último viajara a Colombia, tal como lo había manifestado en más de una oportunidad. En ese sentido, el médico alemán le contó a Hudal que había consultado con el «padre Samin», rector de la escuela secundaria de Fredonia, y que, de acuerdo con lo conversado, él (Von Kurtz) podría dar clases allí, mientras que Mahler podría enseñar árabe en el seminario de Medellín. En su carta, Von Kurtz le explica al obispo Hudal que Colombia necesitaba especialistas, aludiendo a la mano de obra faltante en ese país.[22] Este es el primer hallazgo documental donde consta una definición acerca del sesgo que deberían tener los futuros inmigrantes, de la red implementada por Hudal, que fueran a Colombia. Cabe acotar que el plan de escape no solamente consistía en arbitrar los medios para que los nazis pudieran migrar, sino además en conseguirles trabajo en las empresas radicadas en Sudamérica — especialmente las de capital alemán—, e inclusive en cargos oficiales de los gobiernos receptores, cuyas autoridades estaban al tanto del ingreso de estos fugitivos en sus respectivos países. En Argentina, por ejemplo, la Mercedes Benz le dio trabajo a Adolf Eichmann. Como lo veremos más adelante, esta premisa — que los inmigrantes fueran mano de obra calificada— en Colombia se cumplió, y para demostrarlo se citará el caso de algunos nazis que fueron ubicados como técnicos, en empresas radicadas en dicha

nación. Inclusive se mencionará el caso de uno de ellos, también como ejemplo, que fue contratado por el Estado como espía, durante el gobierno del general Rojas Pinilla.

De acuerdo con las cartas halladas en los archivos del obispo: «En mayo (de 1948), Mahler escribió nuevamente, contando a Hudal acerca de una carta del ya mencionado Hans von Kurtz. Éste informaba a Mahler que el problema en América Latina era el dinero. Por lo tanto, Mahler había pedido a Johann Kiem, un exportador de Meran, que le enviara 40 000 liras a Fredonia (Colombia). Mahler dijo que también tenía el dinero para el pasaje, pero que no sabía cómo subsistir en Génova».[23]

En los intercambios de cartas posteriores Mahler manifiesta su intención de escapar ya sea a la Argentina o a Colombia, y aparece como haciendo gestiones para conseguir un pasaje hacia cualquiera de esas dos naciones. En junio de 1948, Mahler escribió nuevamente a Hudal, adjuntando copia de una carta de Von Kurtz, en la cual éste manifiesta su beneplácito por las noticias que le envía su compatriota (Mahler), respecto a sus posibilidades cada vez más cercanas de emigrar con destino a Sudamérica. En esa carta, Mahler le dice a Hudal que prefería ir a Colombia, ya que «adicionalmente, el nombre alemán en Colombia parece estar menos enlodado, debido a una selección más cuidadosa de los inmigrantes que en el caso de Argentina, como país de destino para emigrantes».[24] Posteriormente, desde Meran donde se encontraba, Mahler le escribió a Hudal informándole que ya había conseguido un pasaje para ir a la Argentina, a la vez que le pidió que le contara esta novedad a Von Kurtz.[25] Pero, a pesar de tener el pasaje para ir a Argentina, Mahler-Kopps mantenía sus deseos de ir al país donde ya estaba viviendo Von Kurtz. Esto lo prueba otra carta, escrita ese mismo día, en la que revela que esperaba conseguir también un pasaje para Colombia. Si eso no fuera posible, iría hacia Buenos Aires, y «en Argentina me gustaría hablar con el doctor Schoof». Mahler se refería posiblemente al juez de las SS en Kassel, Karl Werner Paulmann Schoof — afiliado al partido nazi—, quien en octubre de 1946 había logrado escapar con rumbo a la Argentina.[26] A partir de julio de 1948 no se registra la existencia de cartas entre Hans Mahler y Hudal hasta fines de ese año, cuando el nazi le informa sobre su vida en Argentina, destino al que finalmente se trasladó.[27] Reinhard Kopps escapó ese año y el 4 de septiembre llegó a Buenos Aires — utilizando el nombre falso de Hans Mahler—, a bordo del vapor Santa Cruz.[28] En los años cincuenta, el espía de Hitler formaba parte de los círculos intelectuales nazis existentes en Argentina y trabajaba como redactor político de la ultraderechista revista *Der Weg* (El Camino) que se publicaba en alemán y era exportada a varios países, inclusive a Alemania, donde sería prohibida por su línea editorial revisionista.[29]

Las cartas posteriores de Kopps al obispo Hudal se limitan a contar sus actividades en Argentina, a la vez que preguntaba por personas conocidas por ambos, por ejemplo,

menciona a Von Kurtz (en Colombia), Otto Strasser (en Canadá) y al príncipe Zu Löwenstein (en Alemania), entre otros.[30]

Con el transcurso del tiempo, Kopps se convertiría en el principal referente del movimiento neonazi en Sudamérica, manejando cuentas bancarias de la organización, según una investigación realizada en los años noventa por el Centro Simón Wiesenthal. En 1993, publiqué en un diario nacional argentino que un apacible octogenario que vivía en mi ciudad, San Carlos de Bariloche, con el nombre de Juan Maler, en realidad era el exagente de inteligencia nazi Reinhard Kopps.[31] Tras esa publicación, como se desató un escándalo de proporciones al quedar al descubierto su pasado, el hombre escapó a Chile, donde encontró refugio en la comunidad alemana de la ciudad de Osorno. Posteriormente, a pesar de los reclamos del Centro Wiesenthal, especializado en buscar nazis, nunca se libró un pedido de extradición en su contra, ya que no tenía causas penales pendientes.[32]

El interés por Colombia

El obispo Hudal demostró su interés por Colombia, como destino de fugitivos, tal como se desprende del intercambio de cartas que mantuvo con Von Kurtz, este último convertido en su corresponsal en ese país. Que el obispo tuviera muy presente a dicha nación se evidencia por el hecho de que Hudal guardó artículos periodísticos sobre Colombia como tierra de oportunidades.[33]

La correspondencia que mantuvo con Colombia es vahada. Por ejemplo, el dos de febrero de 1945, Karl Hecht, profesor de Derecho Internacional Público de la Universidad de Antioquía, le escribió a Hudal contándole sobre su propio padre, Robert. En ese sentido, le explicó al obispo que su progenitor había muerto en el campo de concentración de Dachau. ¿Quién era Robert Hecht?: «Hecht era un oficial de alto rango del estado autoritario existente en Austria de 1934 a 1938, como un estado de partido único, gobernado por el Frente de Patria, de derecha. Hecht se desempeñó como un influyente asesor legal del canciller Engelbert Dollfus. Sobre la base de las leyes de emergencia que había ayudado a formular (Hecht), muchos nazis austríacos habían sido enjuiciados e internados».[34]

Hecht, que era de origen judío y se había convertido al protestantismo, fue hecho prisionero por los nazis tras la invasión de Austria, y fue enviado al campo de concentración de Dachau, junto con otras autoridades del gobierno austríaco. «En Dachau […] sufrió un trato particularmente violento. Cuando fue encontrado ahorcado en la barraca, en mayo de 1938, los demás prisioneros no dudaron de que los constantes

malos tratos de las SS habían llevado a Hecht al suicidio».[35] Según el investigador Sanfilippo, y de acuerdo con lo que surge de la correspondencia hallada en los archivos del obispo, Karl Hecht «ayudó a Hudal a recopilar información sobre inmigrantes austríacos en Colombia y Canadá», razón por la cual la comunicación entre ambos se prolongó en el tiempo. En otra de las cartas encontradas, la Pontificia Commissione di Assistenza escribió a Hudal respecto a «500 ofertas de empleo en Brasil, Chile, Perú, Colombia, Venezuela y Canadá».[36] ¿Se cubrieron estas plazas? ¿Quién o quiénes ofrecían esos puestos de trabajo para los fugitivos? Aplicamos ese término, fugitivos, porque el «ofrecimiento» era para las personas que salían de Europa utilizando la red clandestina del obispo Hudal que, tal como se vio, no era para evacuar a emigrantes comunes. Algunas «ofertas» laborales provenían directamente de empresas privadas. Por caso, la Compagnia Agrícola Industriale — con domicilio en Via Cairoli 131, Roma — se comunicó con Hudal, para informarle que estaba en condiciones de poder tomar a ciento veinte austríacos o personas «sin nacionalidad». Las mismas serían enviadas a Venezuela como trabajadores rurales de esa compañía.[37]

El hombre de Hudal en Colombia

De acuerdo con el volumen y contenido de las cartas intercambiadas con Von Kurtz, este aparece como uno de los principales corresponsales de Hudal en Sudamérica. En una de las misivas, el médico germano que estaba instalado en Colombia le escribió al obispo «hablando de las partidas hacia América en febrero o marzo de 1948.[38] Se encontraba en Fredonia y dijo que muchos alemanes estaban en Italia y en España esperando cruzar el océano».[39] Según Von Kurtz, «solamente en Tenerife había cinco mil alemanes que querían un pasaje para Venezuela. Sugirió que lo mejor era tratar de lograrlo en Italia, ya que los españoles no estaban bien predispuestos. Además, en España podían tener que esperar seis meses un pasaje, y costaba un tercio más que en Génova».[40]

Durante esos años, Hudal recibió cientos de cartas de personas que manifestaban su necesidad de salir de Europa y por esta razón requerían su ayuda. La mayoría eran solicitudes para viajar a la Argentina, donde efectivamente emigraron miles, incluyendo a jerarcas nazis y el mismísimo Adolf Hitler. Pero también había solicitudes para partir, entre otros países, a Brasil, Chile y Colombia.[41] Por su parte, Maler-Kopps se seguía escribiendo con Hudal y con Von Kurtz, ya que, aunque había huido a Argentina, él seguía teniendo siempre presente en su mente a Colombia:

En mayo (de 1950), Maler anunció que iba a dejar *Der Weg* (donde había comenzado a trabajar el 1.º de febrero de 1949) en manos de Fritsch (de quien se dice que fue el líder

de la juventud hitleriana en la Argentina). En septiembre, Maler envió una circular para ratificar su decisión; entretanto, estuvo reconsiderando su antiguo amor por Colombia. En una carta posterior remite a Hudal la nueva dirección de Von Kurtz en Colombia y habla acerca de la situación en ese país. En octubre, escribió finalmente a Hudal sobre la posibilidad de contrabandear cincuenta alemanes a Colombia.[42]

Durante la década del cincuenta, Von Kurtz mantuvo correspondencia fluida con el obispo Hudal, tocando temas variados, tanto respecto a la huida de nazis como a cuestiones personales, relacionadas con su vida en Colombia, donde ejercía la medicina.[43] El 12 de julio de 1948 felicitó a Hudal con motivo del cumpleaños del obispo y dos meses después, en tono nostálgico, le expresó sus ganas de regresar a Alemania, deseo que luego terminaría cumpliendo. Von Kurtz, lamentándose, le dijo al obispo que desde 1945 «el mundo en el que vivimos es una locura, sin ideales», y que la situación internacional era cercana a una catástrofe. En esa carta, Von Kurtz se mostró apesadumbrado por la crisis moral del mundo occidental, a la vez que advirtió sobre el creciente poder de los Estados Unidos y el avance del «Anticristo».[44] Estos temas, en el marco de la tensión que ocasionaba la Guerra Fría, eran comunes en la correspondencia que compartían Hudal, Maler y Von Kurtz.

La organización de Hudal, por un lado, facilitó la evacuación de nazis, y por el otro, le permitió al obispo tejer una red de contactos en el exterior, precisamente con la gente que él mismo había ayudado. Lo concreto es que el obispo, al haber ubicado a miles de hombres que le habían pedido ayuda en diferentes naciones, podía luego disponer de ellos, como eventuales informantes, sobre temas relacionados con los países que le habían dado refugio. El obispo también intercambiaba opiniones con ellos y les brindaba datos, así como diferentes informaciones y consejos sobre el devenir de la política internacional. El tema recurrente, en ese intercambio epistolar, es la «amenaza soviética» para el mundo «occidental y cristiano». Por ejemplo, en 1961, Hudal le respondió a un tal «Umberto», a secas, sin apellido, que le escribió desde Medellín, acerca de la infiltración comunista en América Latina.[45] Si bien la preocupación inicial de Hudal había sido cómo ayudar a escapar a miles de nazis, concretado con éxito ese objetivo, ahora había que prepararse para aplastar al «peligro rojo», que avanzaba desde Moscú para someter a distintos rincones del planeta. Además de esta amenaza, que era la principal, Maler hacía hincapié en el peligro que representaba la masonería.

Era una época crítica para el continente, pues los Estados Unidos habían apoyado una fallida invasión de exiliados a Cuba, para derrocar el régimen comunista de Fidel Castro. El desembarco de disidentes cubanos, entrenados y armados por los estadounidenses, en Playa Girón fue un completo desastre.[46] Estados Unidos designó a Colombia como la vitrina de la Alianza para el Progreso y al presidente Lleras Camargo

como su principal aliado en la región, para oponerse a los planes cubanos de exportar la revolución a otros países de América Latina. En ese contexto, en 1961 el mandatario estadounidense John F. Kennedy visitó Colombia.[47]

En tanto, en Europa, en la madrugada del 13 de agosto de ese año, comenzó a construirse el Muro de Berlín para dividir la ciudad entre la parte perteneciente a la República Federal Alemana, capitalista, y la correspondiente a la República Democrática Alemana, comunista y miembro del Pacto de Varsovia, que acogía a los países satélites y aliados de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. La Guerra Fría se extendía por todo el mundo y los estadounidenses y la Iglesia se unían para enfrentar la amenaza soviética. Y Colombia era un campo de batalla más de esta lucha mundial.

Capítulo V

De criminal de guerra y espía a gestor teatral

Vajta fue liberado de la custodia británica en 1945 por MI 6. Los británicos lo enviaron a España para buscar a Hitler, Eva Braun y Martin Bormann.

WILLIAMS GOWEN, espía norteamericano en Roma

Un nacionalista húngaro

En la instrumentación del plan de evasión de nazis, uno de cuyos cerebros fue el obispo Alois Hudal, participaron alemanes como el citado oficial de las SS Reinhard Kopps, que escapó a la Argentina, pero de esa extensa red clandestina también hicieron parte hombres de otras nacionalidades que tenían como causa común su anticomunismo. Para dar esa lucha los nacionales de países que habían caído bajo la órbita soviética, como los países del este de Europa, primero tenían que ponerse a salvo y luego reagruparse. Estos, al igual que los nazis alemanes buscados por crímenes de guerra, necesitaban dejar el Viejo Continente. En este grupo se encontraban los sanguinarios y sádicos ustachas croatas, los austríacos partidarios de Hitler, fascistas italianos, colaboracionistas franceses y suizos, y miembros húngaros del pronazi Partido de la Cruz Flechada. En este capítulo analizaremos el caso de uno de esos personajes, que tuvo una vida con ribetes cinematográficos que ejemplifica la fantástica trama internacional de complicidades, negocios y traiciones en la que estaba inmerso el mundo tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Un húngaro que pese a su pasado criminal terminó viviendo en Colombia. Su nombre era Ferenc Vajta, uno de los líderes de la red Intermarium, creada para la lucha anticomunista.

Su historia era parcialmente conocida en Colombia, a donde arribó en la década del cincuenta tras ser deportado de Estados Unidos, luego de que se revelara su pasado en Hungría durante la contienda. Tras ser acusado de colaborar con los nazis, llegó a Bogotá. Allá, lejos de su tierra natal y de su sinuosa vida anterior, encontró algo de paz y sosiego como profesor universitario y gestor teatral. Parte de sus secretos se conocieron en 2006, cuando en el marco del Acta de Divulgación de Crímenes de Guerra Nazi, la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) desclasificó varios documentos relacionados con su caso. La CIA le siguió los pasos y le armó un dosier importante a Vajta porque, entre otras cosas que hizo, y este es un dato

relevante para el asunto que compete a esta obra, en 1945 fue reclutado por el servicio secreto británico para buscar a Adolfo Hitler, Eva Braun y Martin Bormann fuera de Alemania.

Vajta nació en 1914, en Leva, Hungría, una población que tras el fin de la Primera Guerra Mundial y la disolución del Imperio Austro-Húngaro, y como consecuencia de la reconfiguración del mapa europeo, que hicieron las potencias vencedoras, pasó a ser parte un nuevo país: Checoslovaquia. En los años treinta, estudió en el exterior y se jactaba de haber sido «educado en Ginebra, en París y en Italia». Se graduó en 1936 en Ciencias Políticas y en Derecho. Era políglota, hablaba francés, italiano, alemán, húngaro, español e inglés, y casi todas las lenguas eslavas. En esa misma década fue corresponsal en Roma del periódico húngaro *Uj Magyarsag*, hasta que por criticar a la armada italiana fue expulsado de esa nación en 1941. Mientras estuvo en Italia, trabajó para la Abwehr, la inteligencia militar alemana.[1] Entre 1941 y 1942, Vajta se desempeñó como Agregado Cultural de la legación húngara en Berlín y continuó sus colaboraciones con el periódico *Uj Magyarsag*. En esa época, según algunos autores que investigaron Intermarium, también fue conocido como un asiduo visitante del Salón Kitty, un burdel de lujo utilizado por Reinhard Heydrich, uno de los oficiales nazis más sanguinarios, como fachada para hacer labores de inteligencia. De regreso a su tierra natal, fundó y editó en 1943 en Budapest un semanario pronazi llamado *Az Orszag*, que se volvió un órgano semioficial del ministerio de extranjería húngaro. «En esta publicación defendió la causa nazi y demandó la muerte por ahorcamiento de pilotos americanos capturados», según informó la inteligencia estadounidense (Despacho QPLW-384) y agregó que con su habilidad para escribir «su tarea era destruir simpatizantes proamericanos y probritánicos de los lectores de la clase media y alta de su periódico; sus comentarios usualmente eran traducciones literales de la propaganda oficial alemana, y hacía groseros ataques contra el presidente Roosevelt y otros líderes aliados».[2]

En 1944, cuando la suerte de la guerra comenzaba a cambiar para su país, fue designado cónsul general en Viena, Austria. Desde allí organizó la evacuación de un buen número de compatriotas que huyeron tras la caída de Budapest y la nación entera ante la invasión de las tropas soviéticas. Vajta consiguió llegar a los Estados Unidos y pensó que podría ser útil en la lucha anticomunista que se avecinaba. Sin embargo, cuando las autoridades de ese país conocieron sus acciones pasadas pidieron su expulsión por ser un sujeto «indeseable». Cuando se ordenó su deportación, Vajta eligió como destino Bogotá, la capital de Colombia, donde se radicó hasta el final de sus días. Siempre bajo la mirada escrutadora de la CIA, que no le perdió pista.

Una Hungría leal a Hitler

Para comprender la vida de Vajta, es necesario primero conocer, aunque sea en líneas generales y brevemente, la historia de Hungría durante el siglo XX, tan desconocida para los americanos como para los mismos europeos, aunque es parte indisoluble de la conformación del Viejo Continente. El antiguo Imperio Austro-Húngaro fue uno de los grandes derrotados de la Primera Guerra Mundial. Al finalizar el conflicto, Hungría obtuvo su añorada separación de Austria y declaró su independencia el primero de octubre de 1918. En esa primera etapa, tras el armisticio y mientras las potencias vencedoras dibujaban los límites de las naciones europeas y creaban nuevos países, en Hungría sobrevino el caos y en 1919 el comunista Béla Kun tomó el poder mediante una revolución e instauró la República Soviética Húngara. Kun reprimió a su pueblo y creó «tribunales revolucionarios» que sentenciaron a muerte a cientos de ciudadanos que no apoyaban el comunismo, comenzado un breve período conocido como del «terror rojo». Ferenc Vajta, al contar su propia historia durante esa etapa de la vida húngara, recordó los sucesos que lo marcaron de por vida:

siempre tuve un amor casi extremista y ciego por mi gente, por Hungría. También conocía la vida de la «minoría étnica»: nací en el norte de Hungría (en una pequeña ciudad, lo que después de la Primera Guerra Mundial se le entregó a Checoslovaquia) y yo mismo me convertí en ciudadano checoslovaco. Tenía solo cinco años, cuando los comunistas arrestaron a mi padre, y solo siete años cuando, en un amanecer de diciembre, fui obligado a presenciar nuevamente su arresto, en este momento, por parte de la policía secreta de Praga. Su crimen era ser húngaro y patriota […] en la escuela aprendí, que mi nación era la más baja, la peor de Europa y que nosotros, los húngaros, fuimos los responsables de toda la tragedia europea.[3]

El accionar del gobierno comunista de Kun chocó con las pías costumbres de las familias húngaras, educadas según los dogmas religiosos y con una fe ciega en Cristo, que ahora veían con espanto un gobierno que se alejaba de la Iglesia e inculcaba un furibundo materialismo ateo que reñía con sus tradiciones.[4] Al respecto, Vajta comentó que «nuestros padres, como reacción natural de esta tan terrible revolución, se volvieron más conservadores, de lo que ya habían sido siempre, según la historia y el credo de Hungría». En ese sentido, agregó que «el anticomunismo que aprendieron se infiltró no solo en lo intelectual, pero también en nuestra formación instintiva. Esa fue también la razón, por qué nuestra generación se volvió más religiosa, como la juventud promedio de Europa». Al respecto, dijo además: «Hemos estado más apegados a la Iglesia, nunca hemos sido extravagantes o fanáticos, y nunca supimos, solo por nuestro carácter nacional liberal, ese extremismo religioso, que es tan característico en la España de hoy. Nuestro patriotismo o nacionalismo, sin embargo, se transfirió a un sentimiento

muy fuerte, y a veces tal vez ciego».[5] Tres meses después de la revolución prosoviética, Béla Kun fue depuesto por tropas anticomunistas rumanas, tomando el poder el almirante Miklós Horthy, quien asumió como regente «permanente» del Reino de Hungría.[6]

Como durante la Primera Guerra Mundial Hungría quedó en el bando de los derrotados, la denominada Triple Alianza — inicialmente estuvo conformada por los imperios Austro-Húngaro y Alemán, a los que luego se sumó Italia — tuvo que pagar un alto costo. En 1920, las autoridades húngaras se vieron obligadas a firmar el Tratado de Trianon, mediante el cual la vencedora Triple Entente si bien por un lado ratificaba la independencia del país, por el otro lo condenaba a perder las dos terceras partes del territorio.[7] Esto significó que casi un tercio de los diez millones de húngaros étnicos, entre los que se encontraba la familia Vajta, quedaran viviendo en un área que antes era su patria pero que, de la noche a la mañana, se había convertido en parte de otra nación.[8]

Un crítico del nuevo orden

Consolidada esta situación geopolítica, el joven Vajta fue a estudiar al exterior. Durante esos años de formación estuvo en Francia, Italia y Suiza, y en este último país se erigió en presidente de las asociaciones húngaras, manteniendo un discurso crítico respecto del nuevo orden impuesto en Europa, tras la Primera Guerra Mundial. A los 21 años publicó un libro que, a su juicio, «era la historia sociológica de la nación húngara y como era el primer estudio social de nuestra historia, provocó un enorme e inesperado eco en la opinión pública de mi país […] Entonces, cuando en 1936 regresé a Hungría, ya tenía un nombre muy conocido, como escritor, en mi país, y era muy fácil encontrar periódicos para mi actividad».[9]

Se debe destacar que en 1935, cuando en Alemania Hitler se consolidaba en el poder, en Hungría apareció en escena el Partido de la Voluntad Nacional, que más adelante cambiaría su nombre a Cruz Flechada, una agrupación de ultraderecha, fascista y antisemita, a la que adhirió Vajta siendo uno de sus miembros activos.[10] El Partido de la Cruz Flechada estaba dirigido por Ferenc Szálasi, un político y militar húngaro — devoto católico que no obstante participaba de sesiones espiritistas — reconocido por los sectores nacionalistas, y especialmente por las agrupaciones de ultraderecha.

Tras arribar a Hungría en 1936, Vajta fue designado como integrante del cuerpo diplomático de su país, funciones que cumplió hasta el fin de la guerra. Durante ese período publicó seis libros sobre historia y política en diferentes idiomas. Además,

fundó dos medios gráficos: la revista *El Danubio Europeo*, dedicada a temas científicos; y el ya mencionado *Az Orszag*, periódico político, de franca línea editorial conservadora. Como activo militante de la ultraderecha, Vajta conformó el Movimiento Social Turul, que a seis meses de su creación contaba con tres mil miembros en Budapest. Para ese entonces, Vajta dijo que «frente a todas las "ideologías occidentales": la democracia, el fascismo, el sindicalismo, yo predicaba, como siempre lo hacían los conservadores de mi país, el "camino húngaro", nuestra propia solución tradicional».[11]

Pero el nacionalismo húngaro que propugnaba Vajta tendría limitaciones y un destino prefijado por el curso de los acontecimientos del conflicto bélico que se avecinaba. En los próximos años los nacionalistas verían al país navegar a dos aguas: durante la guerra, su gobierno estaría bajo los condicionamientos impuestos por el nazismo, pero a la vez el regente Horthy, que dirigía los destinos de la nación, estaba muy atento a las pretensiones de los soviéticos, inclusive negoció con ellos en la última etapa de la guerra cuando las tropas comunistas invadieron la nación haciendo añicos los sueños de la derecha húngara.

Entre los nazis y los soviéticos

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Hitler prometió a Hungría ayudarla a recuperar territorios que esa nación había perdido por el Tratado de Trianon a cambio de una alianza con el Tercer Reich. Como las autoridades húngaras vacilaron ante esta petición, los forzó a apoyarlo bajo la amenaza de una intervención militar. Así que no les quedó más remedio que aliarse y sus tropas hicieron parte de la denominada Operación Barbarroja, la frustrada invasión a la Unión Soviética, en la que tuvieron una destacada actuación al comienzo y luego fueron aplastados en la batalla de Stalingrado.

A medida que el Ejército Rojo logró frenar el avance germano, equilibrar la situación y lanzarse a la contraofensiva, los húngaros multiplicaron los esfuerzos por negociar con los comunistas e impedir que invadieran su país.

Hitler se enteró de las negociaciones y cansado de las políticas oscilantes de Horthy y de su primer ministro moderado, Miklos Kállay, ordenó en marzo de 1944 la ocupación pacífica y total de Hungría. Esto trajo cambios políticos muy importantes. En reemplazo de Kállay, asumió Dome Sztójay, simpatizante de los nazis, quien legalizó el Partido de la Cruz Flechada. Además, en octubre de ese año los servicios de inteligencia alemanes informaron a Hitler que Horthy y su hijo Nicholas seguían hablando con emisarios del jefe soviético Joseph Stalin. El líder nazi detuvo al almirante, raptó a su hijo, y nombró a Ferenc Szálasi, el líder de Cruz Flechada, quien pasó de ser el jefe de

un partido proscrito a convertirse, por votación del Parlamento, en Primer Ministro y Jefe de Estado.[12]

En Hungría los escuadrones de la muerte leales al gobierno asesinaron alrededor de 38 000 húngaros, 25 000 de los cuales eran judíos. El teniente coronel de las SS Adolf Eichmann se encargó personalmente de las deportaciones masivas de judíos a campos de concentración.[13] En julio de 1944, más de cuatrocientos mil habían sido enviados a campos de exterminio, donde la mayoría fueron asesinados. En medio de este río revuelto, los miembros del Partido Cruz Flechada empezaron a matar judíos por su cuenta y uno de los hechos terribles que cometieron en Budapest fue la ejecución de 200 personas sobre los puentes que cruzaban el río Danubio. Tras ser acribilladas, las víctimas eran arrojadas a las heladas aguas de ese curso de agua.

En paralelo, el territorio húngaro se convirtió en un gigantesco campo de batalla en el que las fuerzas nacionales trataban infructuosamente de impedir el avance de los soviéticos. Vajta fue trasladado a Austria en 1944 como flamante cónsul general en Viena, y no precisamente para cumplir apacibles funciones diplomáticas. Austria, que hasta entonces conformaba parte del territorio del Tercer Reich, era vista por los anticomunistas húngaros como un territorio en el que podían salvarse el pellejo en caso de que los soviéticos, tal como se avizoraba, invadieran y sometieran todo el territorio magiar.

A fines de ese año, el destino de la nación parecía estar irremediablemente sellado y Vajta, de acuerdo con su propio relato, se ocupaba de ayudar a escapar a sus compatriotas: «cuando en noviembre de 1944, los rusos rodearon Budapest y los primeros mil refugiados huyeron a Viena y cuando ya estaba seguro de que Stalin obtuvo toda Hungría, acepté un puesto en Viena en el consulado húngaro para dirigir el problema de los refugiados». Se estima que en diciembre de 1944 ya había 200 000 húngaros en territorio austríaco, y en abril de 1945, justo antes de que Alemania se rindiera, ese número se había duplicado. Vajta aseguró que el asentamiento de los desplazados «fue una tarea enorme dirigir» y que mientras se desempeñaba como cónsul en Viena «ayudé a escapar a 400 000 refugiados a Austria, cooperando con las autoridades nazis austríaca».[14] El accionar de Vajta en esos días postreros fue descrito por Valentino Alexander Toth, quien fue agregado de prensa en el consulado húngaro en Viena:

En el consulado Vajta hizo su actitud pronazi muy evidente. Toth testificó que (Vajta) era «cien por ciento pro Nazi». Vajta hizo arreglos para recibir la evacuación de los oficiales del gobierno de Szálasi. Organizó las emisiones radiales húngaras en la estación alemana en Viena. Hizo esto bajo la dirección general de Ferenc Fíala, el jefe de

prensa de […] de Hungría, para que tomara el lugar de la radio húngara en Budapest, la cual había sido puesta fuera de operación por el avance ruso. Cerca de 30 húngaros participaron en esta transmisión. Cuando Fíala, el jefe de prensa, no estaba en persona, Vajta tenía la voz decisiva respecto de que transmitir en la radio oficial húngara.[15]

Como la arremetida del Ejército Rojo parecía imparable, Szálasi y los funcionarios de su gobierno escaparon de Budapest el 11 de diciembre de 1945, buscando refugio en la ciudad de Kószeg, cerca de la frontera con Austria. El jefe de gobierno huyó con la corona de San Esteban, una joya religiosa de Hungría, que finalmente quedaría en manos del ejército norteamericano con el argumento de que así la reliquia sería protegida de los soviéticos.[16] En tanto, cuatro vagones de ferrocarril cargado con barras de oro, que conformaban el tesoro de Hungría, fueron enviados por los nazis en un convoy especial a Austria, concretamente a la estación de Linz. Se decía entonces que Vajta manejaba los hilos detrás de este tipo de operaciones de transferencias de riquezas y evacuaciones. Ante el avance de las tropas norteamericanas, los alemanes huyeron de dicha ciudad, los nazis dejaron allí el oro húngaro, que también pasó a poder de los estadounidenses. ¿Se trataba de un acuerdo, uno más entre tantos, realizado entre los nazis y los norteamericanos para transferirse el oro que estaba en manos del Tercer Reich? Esta última historia sobre el tren del oro de Hungría me fue contada personalmente por el SS Herbert Habel, durante una serie de entrevistas realizadas en la Patagonia, donde él vivía. El oficial, que fue secretario de August Eigruber, Gauleiter del Alto Danubio, fue el hombre encargado de recibir el convoy con su fabulosa carga que, tras atravesar la frontera procedente de Budapest, llegó a la estación austríaca de Linz.[17] Él mismo me confirmó que, por órdenes de Berlín, dejaron el tren del oro en Linz y huyeron ante el avance de las tropas aliadas. Luego de la partida de Szálasi de la capital, el ejército germano-húngaro continuó luchando durante el Sitio de Budapest, denominación de una de las batallas más sangrientas de la Segunda Guerra Mundial, después de la de Stalingrado.[18] Con Hungría vencida, a fines de 1944 asumió el gobierno el general húngaro comunista Béla Miklós.[19]

Criminal de guerra

En 1945, los húngaros pudieron votar para elegir nuevas autoridades siendo elegido Imre Nagy, representante del Partido de los Pequeños Propietarios, que había estado exiliado en Moscú, donde estudió agronomía. Este nuevo gobierno nacional sancionó el Decreto n.º 81, mediante el cual se establecieron los criterios para determinar quiénes serían considerados criminales de guerra húngaros. El 3 de mayo de 1945 se publicó la primera lista de los acusados, poco después apareció la segunda, en la que fue incluido Ferenc Vajta. Lo denunciaron «por haber realizado trabajo intelectual en el servicio de

muchos de los procesos intensivos de la guerra, apoyando el movimiento Arrow Cross (Cruz Flechada)». A la vez, el gobierno húngaro estableció una Corte de la Gente en Budapest, un tribunal popular, para enjuiciar a los incriminados. Los que fueron capturados, entre quienes se encontraba Ferenc Vajta, debían ser entregados a las autoridades húngaras, junto con todo el historial de sus actividades criminales, según lo dispuesto por los Aliados.

El húngaro fue detenido por el Counter Intelligence Corps (Cuerpo de Contrainteligencia del Ejército de Estados Unidos) y luego sería internado por poco tiempo en el campo de Dachau. El entonces jefe de sección húngara de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) de los Estados Unidos, Martín Himler, recibió directivas para que interrogara a los criminales de guerra húngaros, «en preparación para un juicio bien fuera en Nüremberg o en Hungría».[20] En ese contexto, Himler interrogó a Vajta en Furstenfeldbruck, Alemania, el 20 de junio de 1945:

Vajta le admitió a Himler que había sido editor en jefe del periódico húngaro «Az Orszag», y que, como recompensa por su trabajo, se le nombró cónsul en Viena, Austria, por el líder nazi húngaro, Szálasi, después que los alemanes hubieran ocupado Hungría en 1944. Entre los documentos confiscados se encontró correspondencia en la que Vajta instó al gobierno húngaro a apresurar la deportación de judíos de Budapest, y aseguró que él, sería capaz de distribuirlos a lo largo de varios campos de concentración en Alemania y Austria. La conclusión de Himler de la revisión de los documentos capturados del consulado húngaro en Viena era que Vajta definitivamente se enmarcaba en la definición de criminal de guerra establecida por la Comisión de Crímenes de Guerra de las Naciones Unidas. Sin embargo […] el caso de Vajta fue entregado a los húngaros para el procesamiento, en lugar de un juicio ante el Tribunal Militar Internacional en Nuremberg.[21]

Tras el armisticio firmado por el Tercer Reich, Szálasi y sus hombres de confianza fueron arrestados en Augsburgo por el ejército norteamericano, y el 3 de octubre de ese año fueron entregados a las autoridades húngaras comunistas. El tribunal popular húngaro juzgó a Szálasi en Budapest, y el primero de marzo de 1946 fue condenado a morir en la horca por crímenes de guerra y alta traición. Fue ejecutado el 28 de marzo de ese año junto con otros cuatro exfuncionarios de su gobierno. Durante el proceso judicial en Hungría se dictaron al menos 6200 condenas, por asesinato, contra los miembros del Partido de la Cruz Flechada.[22] Para ese entonces, Vajta era un fugitivo: huyó de sus custodios norteamericanos dos semanas después de haber sido interrogado por Himler. En un confuso episodio, nunca aclarado oficialmente, el criminal de guerra fue liberado por orden de un anónimo oficial de inteligencia británico.

Para todo servicio

Tras escapar de sus captores, ¿hacia dónde huyó Vajta?, ¿a qué se dedicó?, ¿cuáles fueron sus planes? En este sentido, se debe decir que hay puntos oscuros e inclusive versiones contradictorias, respecto a fechas, lugares y sitios de detención, donde siempre permaneció por poco tiempo, escapando gracias a su habilidad y múltiples contactos con sectores de la Iglesia y del bando aliado. Se sabe que el criminal de guerra húngaro huyó a la zona austríaca ocupada por los franceses luego de firmarse el armisticio.[23] Una de las informaciones respecto a la suerte de Vajta al terminar la guerra indica que «fue llevado a custodio por la OSS en junio de 1945 y posteriormente liberado a la custodia de la 7.ª Armada. Escapó de la detención de Dachau y comenzó a trabajar para la inteligencia francesa en Innsbruck, Austria»[24].

Al respecto, su interrogador, Himler, explicó que «Vajta dio información a los franceses que los habilitó para recuperar 6000 kilos de oro que había sido entregado. Como recompensa, Vajta fue empleado como informante por las fuerzas de seguridad francesas. Pese a las promesas de los franceses de entregar a Vajta a nuestras tropas, no fue entregado. En cambio, fue asistido y se le permitió escapar a Italia».[25]

En los documentos oficiales, esta etapa de la vida de Vajta también está descrita de este modo, pero con otra fecha:

Este arresto [de Vajta] se llevó a cabo el 7 de junio de 1946 [quizá haya un error en la fecha del documento], subsecuentemente fue liberado y dejado bajo custodia de la 7.ª Armada. Semanas después, el sujeto escapó a la zona francesa en donde se dice que ingresó en el círculo de las autoridades francesas al entregar información respecto de un escondite de oro y diamantes. Obtuvo empleo como informante del servicio de inteligencia francés en Innsbruck. Cuando oficiales de […] solicitaron su extradición, le fue permitido escapar a Italia.[26]

Vajta reconoció que cuando el Ejército Rojo invadió Hungría él comenzó a colaborar activamente con los aliados, en particular con la inteligencia francesa «para organizar la contrainteligencia anticomunista». Después de escapar de su detención, Vajta despliega una sorprendente actividad de modo incansable, tratando de reunificar a los nacionalistas húngaros en el exilio, a la vez que acuerda con distintos servicios de espionaje aliados una estrategia para seguir en una lucha sin cuartel contra el comunismo. El mismo Vajta contó que «tras la guerra trabajé en Innsbruck por un año en el Servicio Secreto Francés, ayudándolos a organizar la contra inteligencia».[27] De esa actividad sabemos que «Vajta escapó a la Zona Francesa de la ocupación en Austria,

donde su trabajo fue utilizado principalmente por el B. Doc, sección de Europa Central en Innsbruck, bajo el general Bethouard [sic] y un capitán Müller [s/c]».[28]

El criminal húngaro también contó que «fundé dos Comités de Resistencia Húngara, en el Frente Patriótico Hongrois y el Consejo Nacional Húngaro (1946 y 1947). Trabajé con los Estados Unidos, también en Roma y en Madrid (en 1947), principalmente para organizar un frente de refugiados proamericanos en Europa, y cooperé también con el CIC en Roma, ayudando con información sobre la Rusia Soviética y el comunismo clandestino».[29]

De acuerdo con la inteligencia norteamericana, en agosto de 1946 fue fundado en Innsbruck el «Frente Popular Húngaro», compuesto por el general Ferenc Farkas, el escritor Joszef Nyiro, el conde Mihály Teleki, Lajos Liptay, Elemer Korant y Vajta, cuyo grupo fue admitido oficialmente en el Intermarium, una organización que agrupaba sujetos anticomunistas, especialmente de países del este de Europa, que quedaron bajo influencia soviética al terminar la guerra.[30]

En Italia

De acuerdo con los documentos de la CIA,

en junio de 1946, Vajta se fue clandestinamente al norte de Italia, trabajando aún para los franceses. En septiembre de 1946 estaba en Roma. Ahí reclamó ser un seguidor de Hapsburg y presumió de su contacto con (Charles) De Gaulle. Desde Roma hizo al menos un viaje a París. Tuvo varios contactos en el Vaticano, incluyendo Monseñor Zoltan Nyistzor, cabeza de la Oficina de Prensa del Vaticano. En un momento, Vajta fue detenido brevemente por las autoridades Aliadas.[31]

Ese mismo año en Roma «contactó al presidente De Gasperi, al jefe de policía italiano Ferrari, y a diputados de la derecha y partidos del centro».[32] En febrero de 1947, Vajta desplegó su actividad en Madrid — a donde había ido por algunas semanas — y allí estableció contacto con representantes del gobierno español y de la Iglesia. «Se dijo que había asistido ante la Oficina de Extranjería Española declarando representar al movimiento antisoviético Internarium [sic], el cual dijo que era para proveer una armada para combatir junto con los británicos y los franceses en contra de la U.S.S.R.», informó la inteligencia estadounidense. Tras escuchar al criminal de guerra húngaro, «la oficina de Extranjería Española aprobó su plan y lo puso en contacto con el cardenal primado de España, el arzobispo de Toledo. En este momento [Vajta] aseguró que agentes soviéticos trabajaban en España».[33]

¿Con qué financiamiento se manejaba Vajta? ¿De dónde provenían los fondos que le permitían sobrevivir, viajar y dedicarse a la organización de grupos anticomunistas? Al parecer, tenía dos fuentes: ayudas provenientes de la Iglesia y remesas de un fondo millonario que el gobierno húngaro de Horthy se había asegurado en Suiza «para necesidades imprevistas». En Madrid, Vajta «tuvo una gran suma de dinero a su disposición, la cual, a consideración de una fuente, provino del Vaticano».[34] Respecto a los montos depositados en Suiza, «el Consejo Nacional Húngaro (que comandaba Vajta) tuvo éxito obteniendo los fondos que quedaban, que habían sido puestos a su disposición. Originalmente, los fondos sumaban 5.800 000 de francos suizos. La organización de húngaros en el extranjero recurre a este fondo para llevar a cabo propaganda anti-Bolchevique».[35]

Además de estar en España, Vajta, que seguía trabajando para el servicio de inteligencia francés, estuvo algunas semanas en París. Regresó a Roma hacia marzo de 1947 y «se volvió muy activo en los círculos húngaros». Para ese entonces, «estaba en contacto con el padre Tibor Gallus, cabeza del alivio húngaro en el Vaticano, y también estuvo en contacto con el grupo del Intermarium». Respecto a sus negocios personales, «había establecido una fábrica de tejas y compró un *restaurant*». Escritor político conspicuo, ese año terminó de redactar un libelo titulado *Salvemos Hungría*, a la vez que «criticaba amargamente la política americana en Austria y Alemania».[36] Para ese entonces, se sabía que Vajta estaba casado con una segunda esposa y que tenía un hijo de ocho años. Convertido en el líder húngaro en la lucha contra el comunismo, en Roma creó una nueva organización, la Unione Continentale, o Centro de Estudios para los Balkanes o Europa Central con el propósito de ensamblar elementos de emigración anticomunistas y eventualmente reemplazar el Intermarium, al que consideraba penetrado por masones británicos y por agentes soviéticos encubiertos. Es de notar que durante ese período varios grupos anticomunistas fueron infiltrados por espías quienes se hacían pasar por nazis o por extremistas europeos de ultraderecha. Vajta estaba en lo cierto: Intermarium estaba controlada por Kim Philby, un famoso agente de espionaje británico, que en realidad resultaría ser un agente doble al servicio de los soviéticos.[37]

En Italia el flamante Consejo Nacional Húngaro publicó el antes citado texto Salvemos Hungría y esto enfureció a los comunistas húngaros. Por distintas vías, especialmente las diplomáticas, apelaron al gobierno italiano, llamado la atención a las autoridades sobre los antecedentes penales de Vajta. En este contexto, el 11 de abril de 1947 fue arrestado en Italia por la Cuestura Romana. Merced a la intermediación del Vaticano y del primer ministro Alcide De Gasperi, Vajta había gestionado ante el gobierno el traslado de capitales privados húngaros a Italia, fue puesto en libertad. Para la CIA, «el hecho que Vajta fuera liberado por la intervención personal de Gasperi es un

indicio de que posiblemente ya estaba trabajando para los italianos; y juzgando de sus declaraciones, también para los británicos».[38]

Tras salir en libertad, inmediatamente se refugió en un monasterio en Florencia. Italia no podía ocultarlo por mucho tiempo, ya que Hungría reclamaba su extradición, entonces «Vajta fue avisado por el jefe de policía italiana para salir del país y evadir así un nuevo arresto».[39] España fue la nación elegida por el criminal de guerra para huir:

En abril de 1947 Vajta fue arrestado por la Questura Romana por pedido de la Carga Comunista Húngara; el gobierno de Budapest solicitó su extradición como criminal de guerra. Eventualmente Vajta fue liberado por los italianos, pero se le indicó que «desapareciera». La policía guardó sus documentos por algún tiempo, y él fue escondido por los Jesuitas hasta que recuperó sus papeles. El 1.º de septiembre de 1947, el Ministerio de Exterior italiano, expidió una orden de extradición contra Vajta, pero un joven oficial americano de la CIC, actuando extraoficialmente, lo ayudó a escapar en el *S.S. Ciudad de Valencia*, zarpando de Génova a Barcelona. Vajta llegó a Madrid el 25 de septiembre.[40]

Vajta partió hacia España con una visa estadounidense. Los documentos de identidad italianos que utilizó para viajar le fueron entregados por orden del primer ministro italiano, Alcide De Gasperi.[41]

¿Doble agente?

Tiempo después, la CIA luego minimizaría y le restaría importancia a dos testimonios, uno cubano y el otro de un «líder eclesiástico húngaro», quienes aseguraron que Vajta trabajaba para los comunistas. «También es reportado como si hubiera sido un agente soviético, pero hay una duda considerable frente al hecho que sea o haya sido un agente», informaba la CIA, al aludir a esas acusaciones, agregando al respecto que «se siente que estos cargos deben ser revisados con un grado de prudencia, y parece más creíble que el sujeto siempre ha sido un oportunista».[42] El principal argumento para rebatir esas acusaciones siempre fue que precisamente el gobierno húngaro comunista había incorporado a Vajta en su listado de criminales de guerra y que había solicitado su extradición para llevarlo a juicio. De haberse presentado ante un tribunal, seguramente hubiera recibido la condena de muerte como sus copartidarios.

No obstante, se acumularon las denuncias de que era un doble agente. Una fuente no identificada dijo que sus contactos con los comunistas comenzaron cuando, siendo joven, Vajta «estuvo activo en los círculos de juventudes extremistas húngaras durante

sus días universitarios» y que su función «en el movimiento derechista era crear odio hacia los Estados Unidos e Inglaterra, una posición que no hubiera podido asumir fácilmente bajo sus previas filiaciones comunistas».[43] La misma fuente aseguró que Vajta, en acuerdo con los norteamericanos, en particular con un mayor del ejército cuyo nombre no es revelado, trabajó para crear una «gran federación mundial anticomunista» de estudiantes secundarios y universitarios. Pero que luego vendió la información del plan a los comunistas, y que como consecuencia «simpatizantes del movimiento en varios países fueron arrestados posteriormente por representantes de la policía secreta soviética. Vajta, en su capacidad de asesor y organizador, vendió al gobierno militar de los Estados Unidos a la policía secreta soviética. Él estaba recibiendo dinero tanto de Estados Unidos como de la Unión Soviética»[44]. Respecto a sus actividades estando en Roma, se asegura que «había un gran número de refugiados húngaros en Italia en ese momento, y Vajta fue instruido por la Unión Soviética para impedir cualquier contacto entre esos refugiados democráticos húngaros y las autoridades de los Estados Unidos como de la Unión Soviética». Las acusaciones acerca de que Vajta trabajaba para Moscú no pudieron ser demostradas.

En España

Desde que llegó a España Vajta no se detuvo ni un minuto y, mientras se contactaba con referentes anticomunistas de distintos sectores, se dedicaba a desarrollar sus ¡deas para fortalecer Europa y librarla del comunismo. Ese plan lo plasmó en un libro: «Durante el verano de 1947, Vajta escribió y publicó un libro llamado *La Confederazione Danubiana*, en el cual resumió las ideas subyacentes a su actividad post-guerra. De acuerdo con sus declaraciones, los británicos y franceses le ofrecieron a Vajta tareas en la "Unión Europea", una organización patrocinada por esos países, pero indica haberse rehusado a esas ofertas».[45]

En Madrid, ofreció a las autoridades franquistas la creación de un Centro Anticomunista de Europa del Este. La propuesta le fue presentada a Paul Culberson, encargado de negocios en Madrid, mediante un memorando del 3 de noviembre de 1947 entregado por Vajta y por Marjan Szumlakowski, exministro del gobierno polaco. En España, el fugitivo acordó con los norteamericanos viajar a los Estados Unidos para continuar trabajando desde allí «con el fin de cambiar la lealtad de los estadounidenses de descendencia centroeuropea del Intermarium a su nueva organización llamada Unión Continental».[46] Monseñor Zoltan Nyistzor, un sacerdote exfuncionario del Vaticano de extracción húngara, pagó los gastos de Vajta en España y el pasaje en avión para que se trasladara a Nueva York.

Intermarium

Vajta confirmó que trabajó «con el Intermarium influenciado por los ingleses, y luego con los estadounidenses en Europa, brindándoles información y ayuda documental en la batalla contra los comunistas».[47] Originalmente, Intermarium fue un proyecto que tenía como objetivo la creación de una federación de estados desde Lituania, en el norte de Europa, hasta Croacia, en el Adriático, con Polonia en su centro. Intermarium significa «entre mares» y se utilizó esa denominación porque la iniciativa geopolítica hacía referencia a territorios ubicados entre el Mar Negro y el Báltico. La propuesta fue realizada al final de la Primera Guerra Mundial por el mariscal Józef Pilsudski, artífice de la independencia de Polonia, y el objetivo era reunir un grupo de estados federados, que tenían áreas colindantes, integrando a Checoslovaquia, Rumanía, Hungría, Yugoslavia, Bielorrusia, Ucrania, Finlandia, Lituania, Letonia, Estonia y Polonia. La propuesta, que nunca llegó a realizarse, inicialmente tenía como meta debilitar al Imperio Ruso y evitar que se expandiera hacia el oeste, concepto aplicable tras la revolución bolchevique y la caída del régimen zarista, a la Unión Soviética, de modo que esa franja de territorio continuo obrara como un dique de contención ante una posible invasión soviética sobre Europa del Este. Tras la Primera Guerra Mundial, y con el correr de los años, se proclamó la necesidad de que funcionara una poderosa Confederación Pan Danubiana anticomunista bajo el nombre de Intermarium, cuyo objetivo sería el derrocamiento de la URSS.

Se conformó así una organización internacional secreta —laica, católica y anticomunista—, fundada en París en los años treinta por un antiguo general zarista, siendo uno de sus principales líderes el archiduque Otto von Habsburg. Antes de la Segunda Guerra Mundial, Intermarium recibió apoyo y financiación del MI6, los servicios secretos británicos, así como de la inteligencia francesa para sus operaciones.[48] Según los reportes de inteligencia norteamericanos, cuando en los inicios de la Segunda Guerra Mundial las fuerzas germanas marcharon hacia Europa oriental, el Intermarium se convirtió en «un instrumento de inteligencia alemana», aunque manteniendo los vínculos con el británico MI6. Durante la conflagración bélica la actividad de Intermarium fue mínima, pero al terminar el conflicto la organización renació con todas sus fuerzas, teniendo ante sí la configuración de un nuevo mapa continental no deseado que mostraba cómo los soviéticos habían avanzado sobre media Europa, precisamente lo que se deseaba evitar. La versión de Intermarium posguerra estuvo integrada por exiliados de países de Europa central, que escapaban del avance de los soviéticos.

Participaban croatas ustachas, miembros de la Guardia Hlinka eslovaca, integrantes del Partido de la Cruz Flechada de Hungría, veteranos agentes alemanes de la Abwehr,

y extremistas de derecha polacos, ucranianos, eslovenos y letones. También veteranos de otras organizaciones existentes antes de la Segunda Guerra, como la red Prometheus o la Confederación del Danubio que, generalmente manipuladas por los servicios británicos, tenían el mismo objetivo de detener el eventual avance de los comunistas. Ahora Intermarium debía salvar a los elementos anticomunistas de las manos soviéticas, reagruparlos, estrechar los vínculos con los servicios secretos anglo-norteamericanos y franceses, y establecer una estrategia común con los sectores del Vaticano dispuestos a ayudar a los fugitivos.

A su vez, esos grupos de la Iglesia, entre los que se encontraba el liderado por el obispo Alois Hudal, trabajaban relacionados con los servicios de inteligencia aliados. En los comienzos de la Guerra Fría, Intermarium se constituyó en una herramienta de lucha contra el comunismo, e inclusive abogó para que fueran liberados los nazis detenidos por las fuerzas aliadas. En esta etapa posbélica, entre los miembros de Intermarium se destaca la labor de hombres experimentados como el político esloveno Miha Krek, el sacerdote croata Krunoslav Draganovic, el diplomático polaco Kazimierz Papée, el monseñor ucraniano Ivan (John) Buchko, el político nacionalista eslovaco Ferdinand Durcansky y Ferenc Vajta. De este selecto grupo, el criminal de guerra húngaro fue considerado como «un líder de Intermarium y el principal propagandista de la organización en el período 1946/47».[49]

Según un informe del CIC de los Estados Unidos, la rama más activa de Intermarium se encontraba en Roma y se unió al Vaticano, bajo la «conducción directa del Papa» en la batalla contra el «comunismo ateo».[50] El profesor Christopher Simpson, un investigador del tema, acusó al Intermarium de ser «una organización "afiliada" al Vaticano, y de iniciar y dirigir la llamada "ratline", el camino subterráneo, desde Italia a América del Sur, mediante el cual pasaban los criminales de guerra nazi fugitivos […] Simpson encontró que el Intermarium era un belicoso defensor de la guerra contra la Unión Soviética»[51]. Los integrantes de dicha organización trabajaron en diferentes países, inclusive vahos fueron contratados en los Estados Unidos en el marco de una estrategia para combatir el comunismo y «recuperar» los países que habían quedado tras la Cortina de Hierro, como Hungría, Rumania y Checoslovaquia,

varios líderes de Intermarium posteriormente transfirieron lealtades a los Estados Unidos, donde encontraron posiciones de altos cargos en frentes financiados y controlados por la CIA como Radio Free Europe, Radio Liberation y la Asamblea de Naciones en Cautiverio. La existencia de los Comités Nacionales para Europa Libre más tarde ayudó a mejorar su situación, proporcionando «ocupaciones útiles» para los exiliados.[52]

En los Estados Unidos

A pesar de las evidencias que tenían los norteamericanos de que Vajta era un criminal de guerra, reclamado por el gobierno de Hungría, se le permitió viajar e ingresar a los Estados Unidos. Llegó a esa nación el 16 de diciembre de 1947 en avión y en compañía de Terrel W. Fondren, vicecónsul norteamericano en Madrid. Portaba una visa de visitante y ese día fue admitido legalmente al país por un periodo de seis meses. Algunas fuentes mencionan que entró con un pasaporte diplomático. «El Departamento de Estado, y especialmente la Embajada de los Estados Unidos en Madrid, quien me otorgó la visa, sabía todo mi pasado», dirá luego Vajta al recordar su anhelado viaje a la nación del norte, agregando que se le había prometido que el coronel Albert L. Hoffman, Agregado militar estadounidense en Madrid, lo presentaría ante las autoridades del Ministerio de Defensa norteamericano.[53]

Su intención era ponerse a trabajar con los estadounidenses, Vajta dice que eso le prometieron, tal como ya lo estaban haciendo para esa época los nazis contratados en secreto por los Estados Unidos.[54] Muy feliz, Vajta se instaló en esa nación y para cubrir sus gastos inicialmente recibió fondos de un prominente sacerdote jesuita, el reverendo John LaFarge, editor de la revista *América*. Fue recibido como si se tratara de una gran celebridad: «como es sabido, entró al país sin ninguna dificultad; fue bienvenido por "amigos americanos" que organizaron una recepción de bienvenida y una rueda de prensa en la que fue festejado como "el héroe de la libertad"».[55]

Si bien inicialmente todo parecía transcurrir bien para el húngaro, de un día para otro su suerte cambió:

Inmediatamente después de su entrada, denuncias públicas fueron realizadas indicando que era un peligroso «nazi húngaro», cuyo nombre aparecía en la lista de criminales de guerra, y que habían sido «la mano derecha del líder nazi húngaro, Ferenc Szalasi». Después se alegó que había escapado de la custodia americana mientras esperaban el juicio de los cargos como criminal de guerra. Investigaciones entre los elementos húngaros en los Estados Unidos indicaron que estos cargos tenían sustancia. Una orden migratoria de arresto fue emitida el 9 de enero de 1948, y Vajta fue llevado inmediatamente a custodia bajo esta orden.[56]

Inmerso en un escándalo —los diarios informaban que había ingresado a los Estados Unidos un criminal de guerra húngaro —, el Servicio de Inmigración lo arrestó y el 9 de enero fue enviado a la prisión de la isla de Ellis, donde permaneció detenido en una celda, «estrictamente incomunicado», durante varios meses.

La versión de Vajta es que esto sucedió porque a partir del 6 de enero de 1948 el periodista Walter Winchell «comenzó una campaña difamatoria contra mí, asegurando que durante la última guerra mundial "supuestamente" ayudé a Hitler a matar millones de judíos, y que "supuestamente", fui moralmente responsable de la masacre de pilotos estadounidenses en Hungría». Vajta se defendía diciendo que todo esto eran calumnias y que detrás de la gran «campaña» en su contra se encontraban húngaros comunistas que residían en los Estados Unidos «liderados por Ferenc Cóndor, excomisionado de la primera revolución bolchevique húngara (ahora editor en Nueva York) y posteriormente influenciado también por (el periodista) Walter Winchell». Al final, concluía, «yo solo tenía un testigo en mi contra: Martin Himmel, exagente de la OSS, antiguo comunista activo, amigo cercano de Ferenc Cóndor, quien dictó un falso testimonio en mi contra».[57]

Todo parece indicar que los norteamericanos, ávidos de incorporar elementos anticomunistas con experiencia, iban a facilitar a Vajta los medios y las herramientas para que su organización, Unión Continental, funcionara en los Estados Unidos. Para ese entonces, esa nación había facilitado el ingreso de científicos alemanes, especialistas y técnicos germanos, así como militares y espías nazis. Pero, excepto los científicos, estos ingresos se realizaron con mucha discreción, ocultando los antecedentes de los inmigrantes cuando constaba en sus pasados sus afiliaciones al partido nazi y las funciones cumplidas durante el Tercer Reich. El problema para Vajta es que su nombre y su historia trascendieron a la prensa, lo que provocó la reacción de la comunidad judía estadounidense, pues se lo acusaba de ser pronazi y antisemita. En otras condiciones, si su ingreso hubiera pasado desapercibido, posiblemente el gobierno de los Estados Unidos le hubiera permitido la permanencia y hasta quizá habría trabajado para los norteamericanos, pero ante semejante escándalo su suerte estaba echada. Se abrió un proceso para evaluar si debía ser deportado. Durante este, las autoridades consideraron inconveniente solicitar sus antecedentes a Hungría, que lo había incluido en la lista de criminales de guerra, debido a que ese país estaba tras la Cortina de Hierro y era dirigido por un gobierno comunista:

Previo al comienzo de la audiencia para determinar la «deportabilidad» de Vajta, se consideró realizar un intento oficial para procurar que la evidencia estuviera completa frente a la criminalidad de Vajta en la guerra, información que se dijo estaba en posesión de la Corte de la Gente en Budapest, Hungría. Se determinó que no era aconsejable hacer tal intento. Como se sabe, en mayo de 1947, Hungría se convirtió en un satélite soviético a la fuerza. Adicionalmente, este servicio había obtenido de fuentes privadas evidencia que aparentemente era suficiente para sustentar el cargo por la «entrada perjudicial».[58]

Durante el proceso declaró Martin Himmel, un húngaro que, tal como vimos, se había desempeñado como jefe de sección de la oficina de servicios estratégicos y había sido el interrogador de Vajta en Europa, durante su breve detención en Europa. Himmel declaró que, durante la guerra, Vajta había escrito una carta líder nazi húngaro (Isso Székely) para transportar judíos de Hungría a Austria, lo que fue desmentido por el acusado.

El cargo principal contra Vajta era que había entrado a los Estados Unidos en violación de la ley, siendo un extranjero cuya entrada era considerada como «perjudicial a los intereses de los Estados Unidos». El 30 de agosto de 1948, el Comisionado del Servicio de Inmigración ordenó la deportación de Vajta a Hungría acusándolo de ser un «extranjero perjudicial» para la nación. Este apeló esa resolución y se produjo una batalla legal que duró varios meses y que finalmente tuvo como protagonista al juez Samuel H. Kaufman, magistrado que debía dictar sentencia definitiva. Kaufman, argumentando el «poder discrecional» que tenía la Fiscalía General para deportar a Vajta, tal como lo había manifestado en el proceso, ratificó la medida. Para ese entonces, el húngaro estaba muy preocupado porque el clima húmedo de la isla Ellis, donde estaba detenido, podía «reactivar» una tuberculosis (TBC) que había padecido.

Vajta recuerda esa situación con las siguientes palabras:

yo ya llevaba dos años (como la Junta de Apelaciones declaró: ilegalmente) detenido en la Isla Ellis y tenía que temer, que en el clima tan húmedo de la Isla mi enfermedad podría reactivarse, — después de una visita médica al Hospital de la Marina de los EE. UU. el 12 de enero de 1950 (que declaró que es posible que volviera a tener un TBC activo) decidí abandonar los Estados Unidos, incluso por la peor humillación: aceptando salir bajo la orden de deportación.[59]

Vajta temía que lo deportaran a Hungría donde estaba en el poder un gobierno comunista, el cual seguramente lo detendría apenas pisara territorio de esa nación y sería ejecutado. Al respecto, dijo que ante esas circunstancias solicitó la ayuda de algunos senadores citando a los legisladores «Homer Ferguson, McCarran y otro», cuyo nombre no dio. Vajta se defendió con uñas y dientes dejando en claro que él era un acérrimo anticomunista. Explicó que la alianza temporal de su gobierno (húngaro) con los nazis fue precisamente para que los soviéticos no tomaran el control de su país. Agregó que al no conseguirse ese objetivo él siguió luchando desde el exilio por la libertad de una Europa libre. Con esos antecedentes, ¿cómo los Estados Unidos se le ponían en su contra y lo deportaban?

«¿Cómo fue posible que un hombre estimado en Europa, que en la gran batalla de posguerra luchó del lado de los EE. UU., fuera tratado como un gánster o incluso peor como un gánster en los EE. UU.?», se preguntaba a modo de lamento.[60] Además, sostenía que «la campaña» en su contra implementada en los Estados Unidos la habían iniciado comunistas húngaros a quienes, a diferencia de él, paradójicamente, la nación del norte sí les había concedido la residencia. ¿Cómo se explicaba esto cuando el enemigo que había que enfrentar era la Unión Soviética? Él estaba dispuesto a colaborar en esa lucha contra el peligro rojo y ofrecía sus servicios a los norteamericanos. No podía entender la decisión de las autoridades de expulsarlo, y menos las intenciones oficiales de enviarlo a la boca del león, a Hungría, gobernada por los comunistas. La resolución inicial decía que debía partir a Italia, y que, si este país se negaba a recibirlo, lo que efectivamente ocurrió, debía irse a su patria natal.

En esas circunstancias, y en el marco de una negociación con las autoridades, «Vajta propuso un permiso para partir hacia Colombia, reclamando que su vida estaría en peligro si regresaba a Europa. Este permiso le fue concedido».[61] Finalmente, el 2 de febrero de 1950 las autoridades consintieron su «partida voluntaria», calificación que utilizó Vajta para evitar el término deportación, a Colombia. En realidad, se trató de una expulsión amigable — se hizo lugar al deseo de él de no volver a Hungría y se consensuó un nuevo país como destino — que se concretó tres días después cuando partió hacia Bogotá.

Vajta en Colombia

Deportado por los Estados Unidos, llegó a Colombia en febrero de 1950, después de un período de detención de veinticinco meses en la isla Ellis. Al arribar, «inmediatamente se puso en contacto con miembros de la colonia húngara en Bogotá, en particular el padre Sandor Balogh, sacerdote jesuita húngaro. A través del padre Balogh se puso en contacto con la Embajada de los Estados Unidos».[62] Vajta entró a Colombia con una visa de turista, que le permitía estar seis meses en el país, y apenas llegó inició gestiones para conseguir la residencia permanente. Con ese objetivo, el húngaro peticionó denodadamente ante las autoridades colombianas, recorrió oficinas, y utilizó todos sus contactos e influencias proporcionadas por sus amigos estadounidenses. En ese sentido, se sabe que Vajta:

Hizo esfuerzos extenuantes pero infructuosos para que la Embajada de los Estados Unidos interviniera ante el Ministerio de Asuntos Exteriores en su nombre. La Oficina de Relaciones Exteriores se comunicó con el Embajador de Colombia en Washington, quien aparentemente proporcionó información derogatoria, se privó de una nueva

extensión de la visa de turista y no se aceptó su solicitud de visa de residencia permanente.[63]

Mientras batallaba para obtener su residencia permanente, Vajta consiguió trabajo de docente y se desempeñó como profesor de literatura francesa e historia diplomática francesa, donde enseñó en tres escuelas de secundaria de Bogotá, actividad que le generaba un ingreso de seiscientos pesos mensuales. Hacia mediados de 1950, al resultar infructuosas sus gestiones para permanecer en Colombia, Vajta comenzó a evaluar la posibilidad de irse a México y para lograrlo empezó a realizar algunas gestiones en ese sentido. Al respecto, la delegación de la CIA de Bogotá, que no le perdía el rastro, informó que «el sujeto declara que planea ir a México», estimándose que la fecha del viaje sería el 16 de agosto de ese mismo año. Por otra parte, la Agencia también dejó constancia de que en Bogotá Vajta hizo acusaciones «contra ciertas personas (que residen) en los EE. UU. Que pueden ser de interés. Su tema central es que algunos húngaros que son comunistas le impidieron ingresar a los Estados Unidos».[64] El párrafo citado precedentemente es indicativo de que la inteligencia estadounidense seguía con atención lo que decía Vajta, ya que al ser un conocedor de la política de su país podía detectar a los húngaros comunistas que habían llegado a América. Resulta notorio de que, a pesar de que lo habían deportado, los norteamericanos entendían que el sujeto era una fuente de información muy importante. Por otra parte, Vajta no desistió en sus intentos de volver a los Estados Unidos, con la ¡dea fija de ponerse a trabajar en plena Guerra Fría con ellos codo a codo.

Con esa intención, le envió una carta a Francis E. Walter, presidente del Subcomité de la Casa de Inmigración, en Washington. En la extensa misiva, el húngaro se lamentaba de su caso volviendo a utilizar el argumento de que había sido víctima de una «campaña del odio» lanzada por los comunistas húngaros. Tenía la esperanza de que su «injusta situación» se pudiera revertir y apelaba al criterio de equidad que caracterizaba a los funcionarios de un país que admiraba, según aseguró, pidiendo ayuda para lograr reingresar a los Estados Unidos.[65] Fue inútil. Washington no estaba dispuesto a abrirle las puertas. Lo mejor que le podía pasar es que en Bogotá le otorgaran la residencia permanente, de lo contrario también tendría que irse. Tuvo suerte. Los cambios políticos en Colombia le generaron expectativas y le infundieron renovadas esperanzas respecto a la posibilidad de quedarse en dicho país. Vajta así se lo explicó a funcionarios de la delegación en Bogotá de la agencia de inteligencia norteamericana: «El sujeto informó a esta oficina que debido *al reciente cambio de gobierno* en Colombia y los cambios en el personal en el Ministerio de Relaciones Exteriores, decidió quedarse y tratar de regularizar su situación. Él espera que dentro de una semana determine si puede continuar o no en Colombia. La Sede y México serán informados de la decisión en su caso».[66]

Vajta jugaba contrarreloj. Si había ingresado a Colombia en febrero, en agosto se cumplía el plazo máximo de su permanencia, esto es, seis meses, que le otorgaba la visa de turista. Estaba en manos de las nuevas autoridades colombianas, que debían decidir sobre su petición.

Colombia acepta al criminal

Recordemos que en agosto de 1950 asumió el presidente conservador Laureano Gómez, siempre cercano a los nazis, y por esta razón Vajta tuvo confianza de que ahora sí podría conseguir lo que el gobierno anterior le había negado. Otra vez no se equivocaba. El 11 de septiembre de ese año la CIA, mediante un documento confidencial, confirmó que las autoridades colombianas le habían otorgado la residencia definitiva. Al referirse a esa novedad y a la actividad de Ferenc Vajta en Bogotá, la documentación de inteligencia de la agencia norteamericana señalaba textualmente:

1. El sujeto ha accedido a obtener documentación para permanecer en Colombia. Ahora está intentando conseguir un trabajo con una compañía americana. Aparentemente sus únicas cualidades son que es un trabajador activo y que habla seis idiomas. Continuará enseñando en un colegio hasta que consiga otro trabajo que le pague mejor.

2. Vajta no se ha dado por vencido frente a sus planes de llegar a los EE. UU. El cónsul americano en Bogotá le dijo que, aparte de sus dificultades previas y deportación de los EE. UU., no podría ser elegible para una visa en este momento porque no tiene un pasaporte válido. El plan de Vajta es obtener un pasaporte del decano del cuerpo diplomático, el cual cree que sería válido para viajar a EE. UU. como visitante.

3. Vajta clama un deseo intenso de ayudar a EE. UU. en la lucha con Corea o en cualquier otra parte del mundo donde pueda ser útil.

4. Se seguirá informando a la sede de cualquier otro desarrollo pertinente frente al caso Vajta.[67]

Tras leerse este documento, queda claro que seguía indemne la obsesión de Vajta por retornar a los Estados Unidos para ponerse a trabajar en la lucha contra los soviéticos, citando la guerra de Corea — primer conflicto bélico después de la Segunda Guerra Mundial que enfrentó al mundo capitalista contra el bloque comunista —, que había empezado ese mismo año. Hacia noviembre de 1950, ya contando con una visa permanente otorgada por Colombia, Ferenc Vajta «está enseñando en un colegio, pero

está buscando otro trabajo que le pague más dinero», informa una fuente controlada americana.[68] Para ese entonces, él decía que entre la colonia húngara en Bogotá «se están circulando copias de artículos de periódicos en húngaro» que revelaban su pasado, considerando que esas publicaciones, lejos de decir la verdad, lo atacaban, difamando su persona. Al respecto, explicaba que esos artículos eran «reimpresiones de un periódico comunista húngaro de hace algunos años» y hacía responsable de la circulación de esos artículos a Andrés Havas Blan, a quien acusaba de ser un militante comunista, quien se movía entre Viena y Bogotá.[69]

Un comunista húngaro

Imposibilitado de volver a los Estados Unidos para colaborar allí con los servicios de espionaje, tal como lo había hecho en Europa ayudando a la inteligencia británica, italiana y francesa, Vajta mantenía su vocación y ejercitaba *ad honorem* sus habilidades de espía en tierras sudamericanas. Hacia 1951 colaboraba directamente con la delegación de la CIA en Colombia, informando sobre comunistas húngaros que habían llegado al país. En ese contexto, denunció la presencia del comunista Georges Kiredi. El citado personaje llegó a territorio colombiano «bajo el contacto de la Universidad Javeriana (Jesuita) de Bogotá. Porta la cédula de tránsito colombiana n.º 21408. Vive en la Carrera 26 n.º 58-52 de Bogotá», según registraron los servicios de inteligencia.[70]

Vajta se sentía en su salsa denunciando comunistas, brindando a los norteamericanos sus conocimientos de la política húngara que le permitían detectar la presencia de sus compatriotas devenidos en agentes al servicio de los soviéticos. En particular, en el caso Kiredi los aportes de Vajta a la inteligencia estadounidense quedaron así documentados:

Ferenc Vajta, un húngaro bien conocido ahora en Bogotá declaró que (Georges) Kiredi y su hermano Irving Kiredi, quien también se encuentra en un país sudamericano, son agentes comunistas. Vajta declaró que, de su conocimiento personal, Georges Kiredi fue secretario en 1944 y 1945 del Frente Independiente Húngaro, que era una organización Bolchevique encubierta. Vajta descartó fuertemente la posibilidad que Kiredi estuviera haciendo algo en Colombia, diferente a estar construyendo una coartada extremadamente buena. Está convencido que Kiredi es un agente de los rusos y que está adelantando una misión de espionaje en Colombia.[71]

Respecto a los antecedentes de Kiredi como espía comunista, también fueron importantes los datos aportados por monseñor Zoltan Nyistzor, el sacerdote húngaro que le había pagado a Vajta el viaje a los Estados Unidos, por esos años residente en

Bogotá, quien dijo que el sospechoso antes de arribar a Colombia había sido descubierto por la policía española, cuando cumplía una misión de espionaje en ese país, y que por esta razón había sido expulsado de la península ibérica. En Colombia, Kiredi consiguió trabajó en el Estado y en instituciones universitarias. Según la inteligencia norteamericana, «(Kiredi) es jefe de la Investigación Social y Estadística de la Comisión Distrital de Planeación de Bogotá. También es profesor en la Universidad Femenina. Es una persona muy capaz y enérgica, tiene una relación amistosa con el ministro y varios funcionarios del Ministerio de Educación, así como con muchos otros líderes ciudadanos tanto del partido Conservador como del Partido Liberal».[72]

Como llamativa paradoja, Kiredi participó públicamente en Colombia en una campaña anticomunista. En ese sentido, los documentos de inteligencia dicen que «Kiredi se acercó al oficial de relacionamiento público de su embajada (en Bogotá), buscando cooperación en su campaña anticomunista y ofreciendo proveer literatura para distribuir en la embajada, así como ofreciendo facilidades disponibles para él para la distribución de literatura anticomunista en la embajada». También se señala que «Kiredi da un buen manejo al ruido sobre la campaña anticomunista en la que está participando y ofrece copias de literatura anticomunista a cualquiera».[73]

Así como los submarinistas alemanes lanzaban a superficie grandes cantidades de aceite, para que sus enemigos pensaran que las bombas de profundidad que les habían lanzado habían dado en el blanco, también fue una táctica común que los espías soviéticos participaran públicamente en campañas anticomunistas para despistar a los demás sobre sus verdaderas tareas en favor de los soviéticos. Lo cierto es que el accionar de Vajta contra Kiredi tuvo éxito y logró su cometido, porque al poco tiempo este último fue expulsado del país.

Queriendo volver a los Estados Unidos

Vajta en Bogotá «fue contratado como profesor de ciencias sociales en la Universidad de Los Andes y en el Instituto Pedagógico Nacional, un colegio normal para niñas. Adicionalmente hizo parte del equipo de una revista semanal, *Semana*, escribiendo una parte sustancial de cada edición semanal, incluyendo todas las noticias semanales [s/c]».[74] En 1950, teniendo bloqueada su posibilidad de volver a los Estados Unidos, le escribió una carta al contralmirante Roscoe C. Hillenkoetter, director de la CIA, mediante la cual el húngaro le manifestó que «en estos días tan decisivos, cuando Estados Unidos podría verse forzado a pasar de una hora a otra, a luchar nuevamente por la libertad humana y por los ideales, los cuales representé en la batalla de mi pueblo contra la Rusia Soviética, quiero ofrecer mi ayuda incondicional y mi servicio a los

Estados Unidos». En tono dramático, y aludiendo a la tensión existente con la Unión Soviética, Vajta le expresó al contralmirante Hillenkoetter:

no es mi condición ni mi posición lo que quiero ofrecer a Estados Unidos: es mi vida. Un simple soldado u oficial, quiero luchar del lado de los Estados Unidos y de ser necesario, morir por Estados Unidos, porque estoy seguro que si se llega a una nueva guerra, solo Estados Unidos podrá liberar a mi país y el mundo de la tiranía de la Rusia Soviética. Lo que sea y donde sea, puedo hacerlo por su país, estaré contento de hacerlo inmediatamente o en cualquier momento, cuando ustedes me lo permitan.[75]

El tiempo pasaba, pero la terquedad del criminal de guerra húngaro para ir a EE. UU. se mantenía intacta como en el primer día, y en 1952 seguía insistiendo antes las autoridades norteamericanas. Con tal fin, escribió una carta esta vez al senador Pat McCarran, presidente del Comité de lo Judicial, para que intercediera en su caso ante el servicio migratorio estadounidense.[76] Le explicó al legislador que su petición tenía como objetivo poder «continuar» su «lucha contra el comunismo». Pero McCarran, por más que simpatizara y hasta pudiera compartir los objetivos anticomunistas de Vajta, como la mayoría del pueblo norteamericano, estaba con las manos atadas. Los informes que le llegaban, especialmente de la CIA, le aconsejaban que no intercediera en el caso. Para ese entonces, la eventual presencia de Vajta en territorio estadounidense seguía considerándose perjudicial e indeseable. Para que ningún funcionario dudara respecto a los antecedentes del húngaro, se distribuían informes de inteligencia que lo caracterizaban de este modo: «El sujeto es reportado como un hombre sin principios o escrúpulos y peligroso, quien aparentemente ha cambiado de un patrocinador a otro, si el cambio era en su ventaja. Su conexión con el notorio partido nazi húngaro está establecida […] El examen de los archivos de la sede indica que el sujeto fue consistentemente pronazi, antiamericano y antisoviético».[77]

Los enredos de Vajta

En 1952, Vajta enseña Ciencias Sociales en la Universidad de los Andes, en Bogotá, donde se le pagaba 360 pesos mensuales, suma insuficiente para sobrevivir si dependía solamente de ese ingreso.

Por esta razón, intentó que lo designaran como profesor en la Universidad Nacional, pero allí no lo admitieron. Vajta dice que quienes se opusieron fueron autoridades de la Iglesia católica que estaban enojados con él por su participación en el caso de Georges Kiredi, el húngaro comunista que fue expulsado de Colombia. «Kiredi había ingresado al país de la mano de los jesuitas, pero su compatriota Vajta lo denunció de ser un espía

al servicio de los soviéticos, lo que desencadenó la expulsión del primero de los nombrados».[78] Vajta dijo que como consecuencia de ese suceso sectores de la iglesia le impidieron entrar a la Universidad Nacional:

[…] la razón que dio Vajta (de no haber sido admitido en la Universidad Nacional) es que los líderes de la Iglesia Católica en Colombia objetaron sus actividades en contra de Georges Kibedi… [s/c] la expulsión de Kibedi [s/c] del país causó el bloqueo de la Iglesia contra la cita de Vajta. Aunque Vajta es católico, el indica que acá (en Colombia) es conocido como anticatólico por la Iglesia. Ahora está tratando de conseguir un trabajo con un nuevo colegio femenino en Bogotá.[79]

Para ese entonces, Vajta había tejido una relación de amistad con Franz von Hildebrand, director de la Universidad de los Andes. «Hildebrand dice que no aprueba de ninguna manera las ideas políticas de Vajta en el pasado, pero que el sujeto parece que se está quedando por fuera de actividades políticas en Colombia», informaba la inteligencia norteamericana. También se informaba que «Hildebrand se siente seguro con el hecho que Vajta no tiene otro ingreso excepto del que recibe de la Universidad».[80]

En noviembre de 1952, Vajta consiguió trabajo también como profesor en el Colegio Normal de Bogotá, pero no duró mucho en esa casa de estudios: «Declara que no espera continuar trabajando ahí el presente año, por las diferencias que han surgido entre él y los directores del colegio, relacionadas con sus métodos de enseñanza».[81]

Hacia 1953, Vajta además de trabajar en la Universidad de los Andes, ejercía también la docencia en el Instituto Pedagógico Nacional, un colegio normal para niñas. Además, escribía todas las noticias internacionales de la revista *Semana*, y una columna semanal con su nombre. Esta era una publicación «cuyo principal dueño es Mario Laserna, un colombiano adinerado que ha estudiado en la Universidad de Princeton y que ha sido uno de los principales benefactores de la Universidad de los Andes». La CIA estimó que lo que ganaba como profesor de la Universidad de los Andes, más lo que percibía como redactor de *Semana*, 150 pesos por edición, era un monto total «adecuado para sus necesidades».[82]

Gira a Europa

En julio de 1953, Vajta renunció a su trabajo de columnista de *Semana*, «argumentando que algunos de los escritores eran comunistas y que estaban tergiversando las noticias en las publicaciones». El húngaro partió hacia Europa el 30 de diciembre de 1953

esperando visitar Madrid, Londres y Lisboa entre otras ciudades. Se dijo que la intención de Vajta era «contactarse con antiguas amistades, jefes húngaros, en su viaje y que contemplaba formar una Quinta Internacional que uniera muchos grupos exiliados anticomunistas con una campaña y propósito común». También, que esperaban establecer contactos y realizar gestiones para que lo contrataran los franceses o los británicos, pero si esto no era posible «esperaba volver a Colombia en febrero de 1954».[83] Vajta no consiguió ser contratado por los servicios de espionaje de otros países, como él lo esperaba, así que volvió a Colombia, donde continuó trabajando de profesor, sin perder nunca las esperanzas de que los norteamericanos reconocieran que se habían equivocado con él, y de que consecuentemente le abrieran sus fronteras, lo que nunca ocurrió.

Buscando a Hitler

Al comienzo de este capítulo se comentó un dato que conecta a Vajta con el caso de Hitler, ya que el húngaro fue contratado para ubicar al jefe nazi luego de que huyera del búnker de Berlín. Esta sorprendente información la brindó el espía norteamericano William Cowen, quien afirmó que fueron los británicos quienes enviaron al húngaro para realizar esa pesquisa: «A Vajta le había sido confiada una misión secreta por el MI 6 para determinar si Adolf Hitler y Eva Braun aún vivían secretamente en España. Vajta fue liberado de la custodia británica en 1945 por MI 6. Los británicos lo enviaron a España para buscar a Hitler, Braun y Martin Bermann».[84]

Se cree que Vajta fue elegido para esa tarea por su acabado conocimiento de ese país y en particular por su relación con referentes de la Iglesia y de la política ibérica. Se sabe que «durante la guerra civil española, Vajta había sido un periodista acreditado de las fuerzas de Franco. Vajta afirmó que había conocido a Franco y a los principales generales y clérigos españoles».[85]

¿Quién era William Gowen, el hombre que había hecho tamaña afirmación? Un agente de inteligencia norteamericano que, al fin de la guerra, estuvo trabajando en la embajada de su país en Roma, en una unidad secreta conocida como «Operación Círculo». Ese grupo de espías investigó, entre otros temas, el de la fuga de nazis y el apoyo brindado a estos por el Vaticano. William Gowen cobró notoriedad a fines de 2005 durante un juicio realizado en San Francisco cuando, frente a una corte federal norteamericana, vinculó al obispo Giovanni Battista Montini, quien llegó a ser Pablo VI, con una red ligada al otorgamiento de salvoconductos a criminales de guerra croatas y con el robo de propiedades a víctimas judías serbias, rusas, ucranianas y rumanas en Yugoslavia. Según la declaración de Gowen, citada por el diario israelí *Haaretz*, «el

reverendo Krunoslav Draganovic habría estado cooperando con la red (croata) Ustashi. Él tenía un puesto en el Vaticano como visitador apostólico de los croatas, lo que significa que reportaba directamente a Monseñor Giovanni Battista Montini».[86]

Si bien Gowen, ya anciano, dio precisiones sobre la red de ayuda del Vaticano a los nazis y a los croatas, incluyendo al obispo Alois Hudal sobre quien nos hemos referido en el capítulo anterior, en este caso lo que nos interesa es su afirmación acerca de que Vajta buscó a Hitler en España. En ese sentido, mis investigaciones demuestran, tanto con testigos como con documentos, que España efectivamente dio refugio al jerarca nazi cuando este escapó de Berlín, y antes de que el jefe nazi partiera hacia Sudamérica.[87] Sobre este tema basta dar una mirada breve a la historia: Alemania se había rendido la primera semana de mayo de 1945, el mayor Ivan Nikitine, comisario delegado de la Policía de Seguridad Soviética, desde Berlín informaba que «contra lo que generalmente se daba por cierto, ni el Führer se había suicidado en su refugio subterráneo ni habían incinerado su cadáver».[88] Para esa misma fecha, los soviéticos acusaban abiertamente a España y Suiza, dos países que se habían mantenido neutrales durante el conflicto, de darle refugio a los alemanes en fuga. Según informó la agencia United Press, en un despacho del 29 de mayo, «el comentarista soviético Yermashov, en un análisis de la situación internacional, repitió los ataques contra el general Franco y contra Suiza, por dar presuntamente albergue a criminales fascistas». Por su parte, el general soviético Berzarin, comandante militar de Berlín, admitió públicamente que los rusos no habían podido develar el paradero de Hitler, a la vez que opinó que «quizás está oculto en alguna parte de Europa, probablemente en España». La declaración de que Hitler podría estar escondido en esa nación obligó al gobierno español a desmentir de esa versión. El 10 de junio, desde Madrid, el ministro de Relaciones Exteriores español, José Félix de Lequerica, «desmintió categóricamente la afirmación rusa de que Hitler se halle en España».[89] Como si estas acusaciones al gobierno español fueran pocas, el 18 de julio de ese año, durante la cumbre de Potsdam, Stalin en persona le dijo al presidente norteamericano Harry Truman, y a su secretario de Estado, James Byrnes, que Hitler había escapado «hacia España o Argentina». Esta aseveración de Stalin quedó documentada en una carta que le escribió Truman a su esposa.[90] También en las memorias de Byrnes, cuando escribió: «En la conferencia de Potsdam Stalin dejó su silla, se acercó a mí e hizo tintinear su copa de licor con la mía amistosamente, yo le dije: Mariscal Stalin ¿cuál es su teoría sobre la muerte de Hitler? Stalin respondió: No está muerto. Escapó o bien a España o a Argentina».[91]

Si Hitler encontró su primer refugio en la España franquista — lo que avalaría la afirmación del espía Cowen antes citada —, restaría saber si las fuerzas aliadas trataron de rastrearlo en esa nación. Si hubiera sido así, cobraría sentido la posibilidad de que Vajta hubiera sido contratado para verificar si el jefe nazi se encontraba escondido en la

península ibérica. Al respecto, un documento del FBI demuestra que los Aliados, a pesar de las desmentidas del gobierno español de Franco, buscaron a Hitler en España:

Ha habido varias declaraciones controversiales que dicen que Hitler estaría en algún lugar de América del Norte. Muchas de las declaraciones en la prensa alegan que Hitler estaría en Sur América y que habría llegado allí en submarino. Ninguno de estos supuestos puede ser probados y los oficiales del ejército americano no han encontrado el cuerpo de Hitler ni ninguna fuente confiable que indique definitivamente que Hitler está muerto; por lo tanto, existe una posibilidad de que esté vivo. El Ejército de Estados Unidos está trabajando para encontrar a Hitler en España.[92]

Si los Aliados rastreaban a Hitler en España, utilizo ex profeso el verbo «rastrear», que no implica querer atrapar, ya que los servicios de inteligencia norteamericanos por años generaron información de seguimiento del jerarca nazi en el exilio, sin que existiera orden conocida de capturarlo, entonces es posible que Vajta hubiera sido asignado para esa difícil búsqueda. Recordemos que el húngaro trabajó para los servicios secretos británicos y franceses después de la guerra, y el espía Cowen dice que la misión a España le fue asignada a Vajta por el MI6, precisamente la agencia de inteligencia exterior del Reino Unido. No sabemos cuál fue el resultado de esa pesquisa, pero sí que Hitler pudo arribar a Sudamérica tras cruzar el Atlántico.

Ahora bien, con estos antecedentes puede afirmarse que Vajta llegó a Colombia sabiendo que el Führer escapó, información que era *vox populi* en los servicios secretos aliados con los que el húngaro trabajaba. El criminal de guerra arribó en 1950 a Bogotá procedente de los Estados Unidos y Hitler visitó territorio colombiano tiempo después, según surge de la información que manejaba la CIA, tal como se verá más adelante. La pregunta inquietante es: ¿estuvo Vajta al tanto de la presencia del jerarca nazi en Colombia?

En Bogotá, además de ejercer la docencia, Vajta se dedicó a la actividad teatral. Es recordado por haber sido uno de los impulsores del Primer Festival Internacional de Teatro, que se realizó en la capital colombiana entre octubre y noviembre de 1957, y por haber sido un destacado miembro de la Corporación Festival de Teatro de Colombia.

El criminal de guerra húngaro muñó en Bogotá en 1968. Tenía solamente 54 años de edad. No hay informes oficiales conocidos sobre las circunstancias de su muerte, ni siquiera por parte de la CIA, lo que resulta llamativo ya que esa agencia de inteligencia documentó con lujo de detalles cada paso que daba Vajta. Los pedidos de información que se han realizado a la CIA, por ejemplo, los del investigador Jonathan Levy, autor de un libro sobre Intermarium, por ahora no han dado ningún resultado.[93]

Llamativamente, los informes relacionados con el fallecimiento de Vajta no han sido dados a conocer. Más allá de todas las especulaciones que se pudieran hacer sobre su muerte, hay un dato cierto: era un hombre que sabía demasiado.

Capítulo VI

Mengele, los submarinos y un orfanato

Yo vi desde mi helicóptero el casco hundido del submarino alemán, en 1962 lo sobrevolé varias veces.

GENERAL (R.) BELARMINO PINILLA

Un misterioso orfanato

El colombiano Rubén «Pelusa» Pulido Galindo me contactó en 2016 motivado por conocer sus propios orígenes, en particular el de sus antepasados por vía paterna. No era la primera vez que me ocurría una experiencia semejante durante mis años de investigación sobre los nazis que escaparon de Europa y se refugiaron en Sudamérica. En varias oportunidades, me han consultado descendientes de alemanes quienes dudan de la verdadera identidad de sus padres o abuelos y que entraron en crisis al avizorar que el pasado de su familia podría ser distinto del que les habían contado sus propias familias. Ellos me preguntaron sobre apellidos falsos y verdaderos que podrían haber usado esas personas, y sobre diferentes historias que les han llegado a sus oídos y que, después de escucharlas, les ha despertado desconfianza sobre el pasado familiar que conocían. En otros casos, el silencio, la respuesta evasiva ante las preguntas, o una reticencia exacerbada a referirse sobre el pasado, les generaron las legítimas dudas sobre la identidad de sus antecesores. En este libro se verán dos casos relacionados con Colombia, y el de Galindo precisamente es uno de ellos. El día que me reuní con él en Bogotá estaba lejos de suponer que accedería a la increíble historia secreta que luego conocí. Veamos.

Desde pequeño, «Pelusa», el mayor de tres hermanos, tuvo dudas respecto al pasado de su familia. Su padre, Eduardo Pulido Villamil, casado con Zulla Becerra Tejada, le decía que era colombiano, a pesar de que la estampa de su progenitor era notoriamente europea: alto, tez blanca, y ojos claros. A medida que crecía, además de la sorpresa que le producían los rasgos físicos de su progenitor, le asombraron las opiniones que él tenía o los comentarios que hacía sobre asuntos relacionados con Alemania.

«Él veía todos los programas de televisión relacionados a la Alemania nazi, también leía mucho sobre ese tema, y tenía un gran conocimiento sobre armas», asegura

«Pelusa».[1] La otra cuestión que le llamó la atención es que se refería en términos despectivos de los colombianos. «Él decía que "el colombiano es bruto", y también que "ustedes le deben toda la industrialización a Alemania"». Esta forma de expresarse dejaba entrever que su padre se reconocía, sin decirlo expresamente, como extranjero. Teniendo más dudas que certezas sobre sus orígenes, «Pelusa» se propuso indagar en el pasado familiar. Ante sus preguntas sobre este tema, su papá le dijo que había nacido en Facatativá, un municipio del departamento de Cundinamarca, capital de la provincia de Sabana Occidente, ubicado a treinta y seis kilómetros de Bogotá; y que sus abuelos paternos, también colombianos, habían fallecido en un accidente aéreo ocurrido en 1947, cuando él tenía ocho años de edad. Ante su repentina orfandad fue internado en un «colegio», ubicado en un predio donde hoy se encuentra en el parque Los Alcázares, al costado sur de la calle 72 y al occidente de la carrera 24, en Bogotá.

Dos años después de la muerte de su padre, acaecida el 10 de noviembre del 2010, Pulido Galindo inició una investigación para conocer el verdadero origen de su progenitor, pues desconfiaba totalmente de la versión que le había contado. Recorrió lugares, visitó instituciones, fue a distintos archivos, conversó con personas de toda índole y no cejó en esa tenaz búsqueda, la que continúa al momento de ser editado este libro.

En principio, buscó el registro del accidente aéreo de 1947, en el que supuestamente habrían muerto sus abuelos. No encontró ninguna noticia publicada en la prensa de la época, ni reportes en documentos oficiales, con lo cual adquirió más fuerza su ¡dea de que esa historia era falsa. Luego, obsesionado con la búsqueda de datos, quiso saber cómo su padre había obtenido el documento de identidad colombiano. Descubrió que había sido emitido a partir de la presentación de su partida de bautismo, y no de un acta de nacimiento expedida por un juzgado civil, una particularidad permitida en ese entonces por la legislación colombiana. Al analizar ese documento eclesial en el que consta como fecha de nacimiento de Eduardo Pulido Villamil el 8 de junio de 1936, observó que estaba vacío el espacio en el que se debería haber puesto el sitio de nacimiento. A pesar de esta anomalía burocrática, igual obtuvo su documento de identidad. O sea que el gobierno de un Estado confesional convirtió en ciudadano a una persona sin comprobar si efectivamente había nacido en Colombia, simplemente por la presentación de un documento religioso que no acreditaba ese dato clave para determinar la nacionalidad.[2] ¿Se habrá repetido esto otras veces? De haber sido así, ¿se trataba de una metodología, de un ardid, para otorgar la nacionalidad a extranjeros que habían llegado al territorio nacional en circunstancias inconfesables?

La inexistencia de un acta de nacimiento de su padre hizo que «Pelusa» se convenciera aún más de que su progenitor era extranjero, alemán concretamente, y que

le había mentido sobre su origen, pero no sabía por qué razón. Se concentró entonces en averiguar todo lo que pudiera sobre el establecimiento educativo en el que su papá le había dicho que estuvo internado desde que quedó huérfano hasta que alcanzó la mayoría de edad.

Parque Alemania

La escuela en la que su papá pasó parte de la niñez y su adolescencia estaba ubicada en la calle 71 con carrera 24, es decir, en una esquina de lo que hoy es parte del parque Los Alcázares. Un día «Pelusa» fue con él a recorrer esa zona y comprobaron que las edificaciones de la época ya no existían porque habían sido demolidas, aunque eran visibles las ruinas de una capilla, que aún hoy se conservan, y a poca distancia una piedra de un metro de alto con la inscripción «Berlín», y la figura de un oso, que es el símbolo de esta ciudad alemana. Este hito lo asombró. ¿Por qué se puso allí esa piedra marcada con el nombre de la capital germana? Pulido descubrió que en 1965 el Concejo de Bogotá denominó oficialmente parque Alemania a ese sector de la ciudad (Acuerdo 42, 23/9/65), y que en esa fecha habrían ubicado la piedra en ese lugar. «No tienen respuesta cuando pregunto», asegura «Pelusa», sobre las indagaciones que hizo en diferentes instituciones distritales.[3]

En las primeras décadas del siglo XX este sector bogotano fue asiento de grandes haciendas entre las que se contaba la finca San León de la comunidad de los Hermanos Cristianos, que daría origen al barrio Los Alcázares. Allí funcionaban dos instituciones en alguna de las cuales debió estar internado Eduardo Pulido Villamil, según dedujo su hijo «Pelusa». Una fue la Escuela San León, de la que surgiría años después el Liceo Hermano Miguel. Respecto a esa institución, en un documento del Proyecto Educativo Institucional (PEI) del Liceo se cuentan los antecedentes de este centro educativo:

La presencia del Liceo en el contexto educativo Distrital, inició desde la Escuela San León el 18 de febrero de 1934, como escuela gratuita, organizada por el Instituto La Salle. Se localizaba en el barrio Los Alcázares. Esta escuela recibió el nombre de San León en honor del entonces rector Hno. Blandelain León, quien empezó su labor con tres cursos y su primer director fue el Hno. Fausto Berchmans. La obra estaba sostenida en su totalidad por el Instituto La Salle. De 1939 a 1951 bajo la dirección del Hno. Celio Miguel (Miguel Granada), se dotó a la escuela con talleres de carpintería, plomería, un restaurante para 400 alumnos y se le compraron a la beneficencia de Cundinamarca unos terrenos en donde se construyó la Escuela Hermano Miguel, bajo la dirección del Hno. Miguel Jorge.

La otra institución vecina era el Asilo San José para niños abandonados, que pertenecía a la Beneficencia de Cundinamarca, pero que, en los años que interesan a esta investigación, finales de la década del cuarenta y toda la del cincuenta, era administrado por los hermanos lasallistas.[4] El licenciado Jaime Gómez Vargas, quien además de vivir en la zona se dedicó a estudiar el pasado de esas instituciones, cuenta que «la escuela San León era pública, es decir, oficial. Los Hermanos de La Salle arrendaban al gobierno las instalaciones y éste nombraba a los profesores».[5] También explicó que además «en un lote contiguo, existía un hospicio para niños huérfanos, con una capilla grande, y con instalaciones adecuadas, que fueron demolidas para dar paso a Los Alcázares».[6] La información obtenida permite aseverar que, al menos durante algunos años, los Hermanos Cristianos se encargaban tanto del asilo como del colegio San León, esto es, del cuidado y de la educación de cientos de niños — en el orfanato había más de trescientos— en esa zona. El asilo San José tenía talleres para aprender oficios y a partir de 1939 tuvo un sistema de organización similar al militar, luego de que el abogado y docente Marco Aurelio Vila, director del asilo, presentara un informe, con recomendaciones, a la Junta de Beneficencia de Cundinamarca:[7] «Bajo esta concepción, se organizó a los muchachos mayores de doce años a semejanza de un régimen militar. La primera división era la compañía y ésta a su vez se subdividía en secciones y escuadras […] El muchacho aprende a dirigirse a un superior — a veces ese superior es un compañero suyo— en la posición de firme y sus respuestas son las de un soldado y no la de un niño».[8]

En el asilo donde estuvo internado el papá de «Pelusa», los menores comenzaban su jornada a las cinco de la mañana, cuando se levantaban hacían sus camas, rezaban y practicaban gimnasia. Luego desayunaban e iban a clases — además de las materias tradicionales, la enseñanza religiosa jugaba un papel fundamental allí— hasta la hora del almuerzo. A la tarde tenían trabajo en los talleres — talabartería, herrería, zapatería, albañilería— y además en el campo hasta las seis de la tarde cuando merendaban, y luego hacían actividades recreativas hasta la cena.

¿Refugio para niños alemanes?

Pulido cree que su padre estaba en el orfanato, pero que a él le dijo que estuvo en una «escuela» y no en un asilo por vergüenza, ya que se trataba de un establecimiento para menores huérfanos y pobres. «Él no quería que se supiera la realidad de su pasado, por eso inventó lo del colegio», explicó. En un informe de la época se hablaba de estos sentimientos que tenían los internados y que por esta razón se quitó la palabra asilo en la denominación del establecimiento. Rafael Delgado Pardo, jefe de protección infantil, expresó que «ya en otros informes había hecho notar el complejo de inferioridad de los

muchachos cuando al salir de paseo, en una actuación pública, casi con sus mismos familiares, les preguntaban a qué escuela o colegio pertenecían. Fueron ellos mismos los inventores del nombre *Instituto San José*». En su intento por dilucidar la verdad, «Pelusa» intentó acceder al listado de niños que habían ido al orfanato en los mismos años que estuvo su padre, pero la Beneficencia de Cundinamarca no accedió a entregárselo aun cuando él fundamentó su pedido en la necesidad de verificar el nombre de su propio padre.

Durante su investigación, Pulido quedó impactado cuando una mujer del barrio le dijo que siendo joven había intentado entrar al orfanato, pero tuvo que desistir cuando guardias armados, y con perros pastores alemanes, la sacaron del sitio a punta de pistola. ¿Custodia armada en un orfanato público, administrado por hombres de la iglesia? Sorprendente.

El relato de la mujer le hizo recordar que su padre le había contado que en el «colegio» donde había estado «se entrenaban (perros) pastores alemanes». Afuera custodios armados con perros entrenados, adentro su padre casi seguro de ascendencia alemana, y posiblemente otros niños de igual condición.

Este extraño cuadro le hizo pensar a Galindo que posiblemente en ese asilo había descendientes de familias importantes, única razón que encontró para explicarse la presencia de esos custodios en una institución de asistencia social.

Cuando su padre cumplió la mayoría de edad y salió del orfanato, los religiosos que lo administraban lo ayudaron a conseguir trabajo, como lo hacían con todos los jóvenes que estaban a su cargo. Pulido Villamil trabajó primero en una fábrica de máquinas de escribir y luego en una mueblería, Muebles Adelhson, propiedad de una pareja judía: Albert Morton y Arianne Adelhson.[9] En dicha empresa trabajaban muchos alemanes y los encargados eran los señores Binery Bold, contó Pulido.

Zilla Becerra, la viuda de Eduardo Pulido Villamil y madre de «Pelusa», me dijo que su esposo «era muy reservado» y que se mostraba reacio a hablar del tema de su origen. Pero ella conoció la verdadera historia de su marido por casualidad en 1974 de boca de uno de los jefes de Pulido Villamil. «Durante una visita extra rápida (a la mueblería Adelhson) mister Bold me alcanzó a decir que mi esposo era alemán, adoptado por gente colombiana y que fue bautizado en Facatativá», recordó la mujer. Haberse enterado por terceros de ese dato fue motivos de discusiones en la pareja, aunque él ante su familia siguió sosteniendo que era colombiano y no alemán. «De los alemanes él nunca habló, era muy reservado, a él lo metieron en ese colegio a la edad de ocho años. Supuestamente un tío a veces los visitaba, pero no sabemos quién era. A veces me da

temor saber cuáles eran sus ancestros», confiesa doña Zilla, aludiendo a la posibilidad de que Pulido haya sido en realidad el hijo de algún nazi importante. Su esposo antes de morir le sugirió a ella que fuera a recorrer un camposanto: «Él quería que yo visitara el cementerio hebreo, pero no fue posible porque siempre estaba cerrado», aseguró al aludir al extraño deseo de su marido, cuyas razones para esa extraña petición desconoce. Hasta ahora no pudo cumplir ese pedido.

«Mi padre fue a trabajar a Muebles Adelhson, cuyos dueños eran judíos, pero me decía que eran judíos que si hubieran estado en la guerra habrían ayudado a Hitler», cuenta Pulido Galindo que nunca entendió bien a qué se refería su papá con esa frase. ¿Tendría algo que ver con la petición de su esposa de visitar el Cementerio Hebreo? No lo sabemos.

Lo concreto es que, luego de años de investigación, Pulido llegó a la conclusión de que su padre de pequeño fue traído desde Alemania, junto con otros niños, pertenecientes a familias que no eran pobres, pero que habían acordado este mecanismo de traslado y resguardo para poner a salvo de la guerra a esas criaturas en Colombia.

«Yo creo que mi abuelo tenía poder, incluso después de muerto, porque aseguró a mi papá en un buen sitio, lo dejó con los curas y a él lo cuidaron unos alemanes en ese lugar, por eso debo tener cuidado con ese tema», señala con cautela. Las averiguaciones realizadas lo llevaron a inferir que esos menores, acompañados de personas mayores obviamente, ingresaron clandestinamente por Puerto Colombia.[10] Esta terminal portuaria fue cerrada definitivamente para toda actividad en 1943, pero Pulido Galindo asegura que, según sus propias investigaciones, en forma clandestina dicho puerto siguió operando para recibir pasajeros que ingresaron al país de modo ilegal. «Al terminar la guerra entraron varios niños por Puerto Colombia, que venían de Alemania, primero estuvieron en Barranquilla y luego los llevaron, a partir de 1947, al asilo de Bogotá […] allí se guardaron niños que tenían importancia social», asegura sin dudar. «Mi papá decía que lo iba a visitarlo un "tío", pero nunca me dijo quién era esa persona», recuerda lamentando no haber podido conocer el nombre de ese sujeto que periódicamente verificaba el estado y la condición de su padre en el asilo. ¿Estaban allí esos hombres armados para cuidar la seguridad de su padre y otros niños alemanes?, le pregunto a boca de jarro. «Sí, yo creo que fue así», responde con seguridad.

La mayor obsesión de «Pelusa» Galindo es saber quiénes realmente eran sus abuelos paternos, y especula que podrían haber sido personajes importantes del Tercer Reich. «Lo único que me interesa es conocer el destino de mis abuelos, y dónde quedaron sus restos», concluye.

La historia de Galindo nos remite a uno de los aspectos más dramáticos de la guerra como es el de las consecuencias que tuvo el terrible conflicto en los menores de edad, miles de los cuales perdieron a sus padres. Firmado el armisticio, en el verano de 1945 solamente en Berlín deambulaban más de 50 000 niños que sobrevivían en las calles y vivían entre los escombros, en sótanos y alcantarillas. Se estima que en ese momento en Alemania había por lo menos unos 250 000 menores huérfanos, aunque algunos autores elevan esa cifra a tres veces más.[11] Cuando se los intentaba ayudar, muchos niños, por ser muy pequeños, no recordaban el nombre de sus padres ni sabían la dirección donde habían vivido antes de los bombardeos que habían destruido sus viviendas. En muchos casos, estos menores formaron entre ellos mismos pequeños grupos para protegerse de las mafias que vendían niños o que los obligaban a mendigar, o formar parte de las redes de prostitución infantil. Muchos de estos pequeños desaparecieron.

Es factible que años antes del fin de la guerra algún reducido sector de la sociedad alemana avizorara el negro futuro que le esperaba a sus hijos en caso de que Alemania fuera vencida y, ante esa eventualidad, elaborara una alternativa para protegerlos. Ellos podían imaginar qué pasaría con sus pequeños especialmente si la familia era diezmada como consecuencia de los ataques y la invasión de las fuerzas aliadas. El mayor temor era el de una invasión de los soviéticos, a quienes los alemanes identificaban como los soldados más sanguinarios, deseosos de vengar las muertes causadas a sus compatriotas durante la frustrada invasión nazi a la Unión Soviética. ¿Podían vislumbrar esos padres las terribles consecuencias de una Alemania arrasada por el enemigo? Seguramente que sí. Y, además, si ellos, los progenitores, morían, ¿qué sería de sus pequeños? Teniendo este angustiante pensamiento en sus cabezas ¿es posible que, ante la posibilidad de que ocurriera ese desastre, hayan organizado la evacuación prematura y en secreto de sus hijos a Sudamérica para ponerlos a salvo? Y si hubieran elegido esa alternativa, ¿seleccionaron a Colombia como destino para los menores? De haber sido así, se podría comenzar a arrojar un poco de luz a la historia de Galindo, que comenzaría a cobrar sentido.

Planteado de este modo el tema, debemos preguntarnos si el hecho de haber buscado una solución extrema de esas características — separarse de sus hijos — fue un procedimiento alocado e inédito. Para tener una respuesta a este interrogante se debe averiguar si existieron antecedentes similares relacionados con el envío de niños desde Europa a América, para salvarlos de las consecuencias de una guerra. Y cuando se analiza la historia la respuesta es positiva y en una fecha cercana al inicio de la Segunda Guerra Mundial. Ocurrió en 1937, luego de que el gobierno de México y el de España alcanzaron un acuerdo para que el país americano recibiera a refugiados españoles. El presidente Lázaro Cárdenas se había comprometido con su homólogo español, Manuel Azaña, en dar refugio a personas que venían huyendo de la guerra

civil española y especialmente a niños de entre 4 y 12 años de edad. En ese contexto, miles de refugiados partieron a México destacándose un grupo de 456 niños que fueron embarcados en el buque Medique, de bandera francesa, que arribó al puerto de Veracruz el 7 de junio de 1937. Los niños procedían de la localidad de Morelia, varios eran huérfanos, otros tenían aún con vida a sus dos progenitores, o a uno de ellos, pero estos prefirieron ponerlos a salvo y separarse de sus hijos. Si bien se los esperaba enviar de regreso cuando terminara el conflicto español, el estallido de la Segunda Guerra Mundial cambió los planes y demoró ese regreso. La espera fue cada vez más larga y la partida masiva de los menores hacia España nunca se concretó. Según una investigación de Alfred López,

con los años tan solo unos pocos [niños] fueron reclamados por sus respectivas familias y volvieron a reunirse con ellos, pero había una mayoría de niños y niñas que eran huérfanos o que sus progenitores no podían hacerse cargo de ellos, por lo que paulatinamente fueron yendo a parar a familias de acogida y con los años adoptados. La mayoría de ellos vivieron el resto de su vida en México, donde crecieron, trabajaron y formaron sus nuevas familias.[12]

Las historias de menores trasladados sin sus padres como consecuencia de la guerra lamentablemente son varias. Por ejemplo, sabemos que

de la mano de la Cruz Roja internacional, 200 niños polacos robados por los nazis durante la II Guerra llegaron a Barcelona en 1946 procedentes del campo de refugiados de Salzburgo [Austria]. Algunos habían sido seleccionados por culpa de sus rasgos físicos pretendidamente arios y arrancados de sus padres, otros eran hijos de los trabajadores esclavos utilizados hasta la extenuación en la industria alemana de guerra.[13]

También es conocido que en la región polaca de Warthegau a los niños de «aspecto ario» los nazis los consideraron de origen alemán y fueron «germanizados». La orden de las SS número 67/1 se refiere a la «gran cantidad de niños en Polonia que por su aspecto son potenciales portadores de sangre valiosa para Alemania». En su libro *El trauma alemán*, la periodista Gitta Sereny sostiene que «en las acciones punitivas contra la resistencia, la norma era ejecutar a todos los hombres y enviar a las mujeres a los campos de concentración, mientras que los niños de entre seis meses y dos años eran enviados a los hogares *Lebensborn*, y los mayores de doce, enviados a trabajar».[14]

Tras esta digresión, respecto a los traslados que sin sus padres padecieron miles de niños como consecuencia de la guerra, la pregunta clave es: ¿también a Colombia llegaron esos menores? Es una pregunta difícil de contestar.

Durante la investigación realizada para este libro, el autor y sus colaboradores chocaron con un muro de silencio, por parte de las autoridades civiles y eclesiales al indagar sobre el pasado del orfanato, especialmente por miembros de los Hermanos Cristianos. Una de las comunidades religiosas que también fue consultada, por presuntamente estar involucrada en el tema, fue la de las Hermanas del Niño Jesús Pobre, comunidad que tiene varios colegios en la ciudad de Bogotá.[15] La respuesta de las superioras del convento de esa orden fue que «hay informaciones de reserva», con lo cual dieron por cerrado toda gestión o trámite para obtener información.

Respecto al caso que nos ocupa, es llamativo que Pulido Villamil, el hombre que estuvo en el orfanato, sabía que Hitler estuvo en Colombia, tal como veremos más adelante. ¿Por qué tenía esa información que pocos conocían? ¿Quiénes era realmente sus padres? ¿Quién el «tío» que lo visitaba? ¿Qué círculos frecuentaba después de haber salido del orfanato?

Para el conocimiento de la verdad histórica urge que las autoridades oficiales, especialmente las de Cundinamarca, permitan el acceso a sus archivos y faciliten los datos relacionados a la institución de bien público que funcionó en el hoy parque Los Alcázares, donde vivieron cientos de niños, tal como se explicó anteriormente. Los nombres de esos menores, la procedencia y todo dato de interés no debería ser negada a sus familiares directos, como ha ocurrido con el caso de Galindo, quien peticionó, con resultado negativo, antes las autoridades de Cundinamarca. También es importante que la jerarquía eclesiástica católica ordene la liberación de los documentos relacionados a los orfanatos u otras instituciones que estaban bajo su órbita que involucraron el alojamiento de menores. Solamente así se despejarán las dudas y se podrá conocer la verdad.

«*Yo sobrevolé un submarino alemán*»

Al misterio del orfanato que funcionaba en Los Alcázares se debe sumar otro: el del submarino alemán cuyo casco se encontraría hundido frente a costas de La Guajira. A fines de 1942, la Armada alemana comenzó la denominada Campaña del Caribe, una planificada operación que tenía como principales actores a sus temidos submarinos con el objetivo de atacar petroleros. Varios meses antes, los temidos «lobos grises» estaban operando en aguas caribeñas, atacando inclusive frente a costas norteamericanas, pero a partir de ese año los ataques se redoblaron y consecuentemente los hundimientos de las naves de carga aumentaron de manera considerable.

Se sabe que los submarinos nazis operaron en aguas colombianas e incluso es posible que se reabastecieran en ignotas bases, ubicadas de forma secreta en el litoral Atlántico de ese país, tal como vimos en el segundo capítulo de este libro. Al respecto, un documento de inteligencia estadounidense señala que «un poderoso submarino alemán presuntamente pasó la noche del 9 de abril de 1942 en Bahía Honda, La Guajira». Respecto a este suceso, se sabe que «de acuerdo con el testimonio de varias personas, consignado en un documento del FBI, el submarino entró sumergido a la bahía y salió a la superficie a poca distancia de Punta Cañón, donde presuntamente fue rodeado de canoas cargadas con suministros».[16] De acuerdo con el informe del FBI, los testigos de ese suceso fueron tres empleados de la concesión Salinas. Según ese relato, el U-Boot habría pasado la noche allí y partió a la mañana siguiente. El documento mencionado destacó la falta de vigilancia militar en la zona, asegurándose que el ejército colombiano, al ser informado por los norteamericanos, negó que esos hechos hubieran ocurrido, solamente para no tener que admitir su inoperancia.

Por los registros históricos, sabemos que hubo actividad de submarinos germanos en aguas marítima jurisdiccionales colombianas y que inclusive se usaron sectores de la costa para el reabastecimiento de dichas naves, tal como se ejemplifica en el caso que se ha mencionado antes. Ahora bien, en esta investigación se intenta dilucidar, entre otras dudas, si cuando la guerra llegaba a su fin, arribaron submarinos a Colombia con el único objetivo de trasladar fugitivos a Sudamérica en el marco del plan de fuga dispuesto por Adolf Hitler. Si esto hubiera ocurrido es posible que, tal como se hizo en la Patagonia, luego de haber desembarcado personas y carga, los submarinos fueran hundidos para que no quedaran evidencias de ese viaje realizado en forma subrepticia desde Europa.

Existe una información muy valiosa que no se conocía, pero que surgió durante la investigación realizada para este libro, la cual fue aportada por el general (r.) de la Fuerza Aérea Colombiana (FAC) Belarmino Pinilla, el primer piloto de helicópteros militares del país. Pinilla, además de sus importantes antecedentes como aviador, al momento de ser entrevistado era integrante de varias academias de historia.[17] El general colombiano refiere que, en uno de sus vuelos, a comienzos de los años sesenta, pudo observar un sumergible alemán hundido en el litoral de La Guajira, a treinta kilómetros de la costa. El casco era visible desde el aire, ya que la nave estaba hundida a poca profundidad, encallada aparentemente en un médano subacuático. A continuación, se presenta el texto del reportaje realizado en el 2017 al general Pinilla, un testigo muy calificado dada su vasta trayectoria militar, quien, además, por interés personal, se dedicó a estudiar el tema de los nazis y su posible entrada a territorio colombiano:

—¿En qué año vio el submarino?

—En 1962.

—¿En qué circunstancias?

—Lo vi desde mi helicóptero [militar] y lo sobrevolé.

—¿Fue porque lo estaba buscando o de casualidad?

—De casualidad.

—¿Qué misión estaba cumpliendo?

—Me dieron la orden de ir a la intendencia de La Guajira para apoyar al intendente allá porque había una epidemia de encefalitis equina. Aterricé en Riohacha, y me explicaron que desde allí tenía que volar a sesenta rancherías llevando medicamentos, con una enfermera y el secretario de Salud de esa intendencia, que fue el médico que vio conmigo el submarino. No me puedo acordar cómo se llamaba el médico, él luego fue durante tres períodos senador de La Guajira en el Congreso.

—¿Cómo se produjo el avistamiento?

—Como en esa zona los vientos son de norte a sur, y ese viento no dejaba avanzar, yo tenía que volar primero quince o veinte minutos hacia adentro del mar, donde no pega el viento, para luego poder volar paralelo a la costa. Estuve cuatro o cinco meses allí, combatiendo esa epidemia. Un día subía en mi rutina, con el médico y la enfermera… cielo azul, miré para abajo y por aquí vi una mancha negra [dice señalando un mapa], que era el submarino.

—¿Apenas vio la mancha se dio cuenta de que era un submarino?

—No, yo dije: «mierda, una ballena». Le dije al médico que llevaba: «doctor, mire hacia abajo en esta dirección». Entonces él me dice: «¿qué es esa mancha que hay allá?». Se me quedó mirando el tipo y me preguntó: «¿usted qué cree que es?». Yo le dije: «una ballena». Dijo: «no, eso no es una ballena, no ve que eso está inmóvil, ¡eso es un submarino! ¿Cómo va a ser una ballena?». Entonces me dijo: «baje un poquito y miramos». Empecé a descender y entonces yo ví la torreta del submarino, la vio también el médico.

—¿Usted cree que es un submarino alemán de la Segunda Guerra?

—Sí, claro, sin lugar a dudas.

—¿Pudo registrar coordenadas exactas de la ubicación?

—No, yo tomé referencias de la costa, la referencia que tomé fue [el corregimiento de] El Pájaro, el submarino está por aquí, frente a El Pájaro (dice señalando en el mapa), más claro no puede ser.

—Si lo vio desde el aire, estaba a poca profundidad, ¿puede calcular a cuántos metros?

—Estaba a poca profundidad, pero no puedo calcular a cuánto.

—¿Estaba dañado?

—No, estaba en perfectas condiciones.

—¿Lo volvió a ver en otros vuelos?

—Muchas veces que bajé y subí lo vi, pero tengo que ser muy sincero, a los tres o cuatro meses ya no lo vi más; entonces le pregunté al médico y me dijo que lo que pasa es que el viento a veces cambia de dirección, y las corrientes marinas que hay en La Guajira son muy berracas, y lo más probable es que esas corrientes marinas hayan trasladado la arena y lo hayan tapado.

—¿Intentó buscarlo nuevamente?

—Sí, diez años después lo volvía a buscar y no lo encontré. Ubicar al submarino es complicado después de tantos años.

—Cuando vio el submarino, ¿lo comunicó a sus superiores?

—Sí, lo reporté, pero me dijeron que estaba loco. Yo lo informé a mi comandante y lo conté a mis compañeros, pero me dijeron que estaba loco; no me creyeron por la edad [tenía 25 años], no me creyeron porque yo era un chico…

—¿Pero usted a sus superiores se lo informó en forma escrita?

—No, en forma verbal. En la base [aérea] no me creyeron, entonces yo no toqué más el tema, porque era bastante delicada la cosa.

—Desde esos años, ¿usted volvió a hablar del tema?

—No, no volví a hablar.

—¿Hay alguien más que sepa esto?

—El hijo del médico que viajaba conmigo en el helicóptero, el médico que después fue senador. El hijo del senador sabe porque el padre le contó.

—¿Por qué cree que estaba el submarino en ese lugar?

—Ese lo hundieron los mismos alemanes y lo dejaron allí.[18]

El general Belarmino Pinilla es un apasionado de la historia y en particular de la Segunda Guerra Mundial. Él está convencido, por sus propias investigaciones, de que Hitler escapó y llegó a Sudamérica. Inclusive de que el Führer estuvo en Colombia. También conjetura con que el submarino que vio pudo haber sido uno de los que utilizaron los nazis para escapar, y que hundieron para no dejar rastros tras desembarcar en La Guajira.

Un submarino hundido en Providencia

El reconocido periodista colombiano Roberto Tovar Gaitán — ganador de tres premios Simón Bolívar— cuenta que buceando en la isla de Providencia, frente a un sitio llamado El Planchón, pudo ver hundido un submarino nazi.[19] Cuenta Tovar Gaitán que hace algunos años estuvo filmando, junto a su equipo, para un programa que se llamaba *Historias del mar*, en Providencia, y que allí se enteró de que en 1945 se había hundido un planchón — una embarcación plana para llevar carga— frente a la costa, lo que le dio el nombre a este lugar.

«Providencia era un puerto pirata de los alemanes, donde abastecían a los submarinos para que pudieran hundir a los barcos norteamericanos», explicó el periodista, agregando que esa embarcación cumplía con dicha función. Aseguró que él hizo tres inmersiones para bucear y para ver con sus propios ojos el planchón hundido — la embarcación se llamaba Los Tres Lirios —, y que en la última bajada se dio

cuenta de que debajo de esa estructura se encontraba un submarino, se podía observar parte de la popa del sumergible. Durante su investigación, comprobó que el casco del submarino, apoyado en el fondo marino, estaba entero y «volteado» hacia uno de sus laterales. Además, que para hundir el planchón se había realizado un trabajo preciso «abriéndolo por abajo», generando un boquete para que entrara el agua. Al consultar en San Andrés sobre la historia del planchón, le dijeron que había sido hundido en 1945, al terminar la guerra, por los lugareños.

El *divemaster* Felipe Cabezas dijo que

a mí los viejos me contaron que ese era un planchón alemán, que estaba fondeado, que le daba combustible a los submarinos alemanes y a los barcos alemanes. Según cuenta la gente de acá, había un viejo que se llamaba Jim Franklin, que cogió gente de la isla, y le sacaron las canecas de combustible [al planchón] y le abrieron un hueco en el fondo para hundirlo, y se hundió y quedó volteado boca abajo.[20]

Para Tovar Gaitán, el trabajo de hundir el planchón no pudo haber sido realizado por los pobladores. «Esa historia no es cierta porque lo abrieron por debajo, y para abrirlo por debajo en 1945 necesitaban acetileno, necesitaban un equipo de buceo muy especial o sea que no fueron ellos los que hundieron el submarino», dice mostrándose escéptico de la versión más popular conocida en esa región.

La reconstrucción que él hizo le permite inferir que expertos mandaron a pique el planchón para que tapara al submarino, al parecer hundido previamente por sus tripulantes. «Después supe que hubo un buque de la marina norteamericana (que) estuvo ahí en la zona, sacaron la gente, la alejaron, y ya el planchón (para ese entonces) estaba hundido», razón por la cual se deduce que ese operativo se realizó después de que la guerra había terminado. Tovar Gaitán, no encontró personas que le contaran sobre el U-Boot, porque en esos años «nadie hablaba de la historia del submarino». Respecto a Los Tres Lirios, se dice que cuando Alemania perdió la guerra los nazis que estaban en Providencia lo hundieron y huyeron a Centroamérica.

La respuesta de la Armada

La historia no registra que ningún submarino alemán fuera hundido durante la guerra en aguas jurisdiccionales colombianas. Recordemos que la Armada Nacional creyó haber hundido al U-154 el 29 de marzo de 1944, cuando el destructor Caldas que escoltaba al buque tanque *Cabimas* lo atacó con seis cargas de profundidad. A pesar de que el capitán del barco de guerra colombiano fue condecorado con la Cruz de Boyacá,

al poco tiempo el U-154 emergió en aguas europeas, con lo cual quedó en evidencia que el mencionado ataque había fallado. Si no hay registros de submarinos alemanes hundidos en aguas jurisdiccionales de Colombia, en caso de encontrarse cascos de esos navíos, la única alternativa es que pertenezcan a tripulaciones que los hundieron tras desembarcar en zonas cercanas.

En el curso de esta investigación, consulté formalmente a la Jefatura de Inteligencia Naval de la Armada de Colombia sobre si existen registros respecto a la presencia de cascos de submarinos en aguas jurisdiccionales.

La respuesta fue la siguiente:

[…] con toda atención me permito informar que ante la petición para acceder a la información no reservada que se tenga sobre registros históricos de submarinos extranjeros que permanecieron o permanecen hundidos en aguas de la jurisdicción marítima colombiana esta Jefatura le informa que mencionado requerimiento fue remitido por competencia a la Dirección General Marítima para que en desarrollo de sus funciones sea resuelta de fondo.

Vicealmirante Evelio Enrique Ramírez Gáfaro,

Jefe de Operaciones Navales.[21]

Dos consideraciones respecto a este trámite. Por un lado, no recibí respuesta de la Dirección General Marítima, al menos al momento de ser editado este libro en febrero de 2018, esto es, tres meses después de que la Jefatura de Operaciones Navales de la Armada hubiera remitido mi petición a esa dependencia. El otro punto a considerar es que en la respuesta que me dio la Armada se hace la salvedad de que se refiere a «información no reservada», lo que daría a entender que existen datos clasificados respecto a la presencia de cascos de submarinos extranjeros hundidos en aguas colombianas. Por ahora, silencio oficial.

El doctor Joseph Mengele

Durante la investigación realizada en Colombia surgió como dato curioso, y por cierto inédito, la información que da cuenta de que el general Belarmino Pinilla, el mismo que asegura haber sobrevolado el casco hundido de un submarino alemán, conoció personalmente al médico nazi Josef Mengele. Pinilla estuvo con Mengele en los años sesenta en Brasil, donde el criminal de guerra pasó la última etapa de su vida, sobre la que poco se sabe, razón por la cual el relato del general colombiano adquiere mayor

relevancia, especialmente porque le contó que tenía una hija brasilera, un dato absolutamente desconocido sobre la vida del fugitivo.

Mengele se afilió al partido nazi en 1937 y al año siguiente se hizo miembro de las SS. Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial fue asignado como oficial médico de batallón y a principios de 1943 fue destinado al campo de concentración de Auschwitz. Tras la guerra, fue acusado de ser responsable de las deportaciones de judíos y de haber realizado experimentos con seres humanos internados en ese lugar. Nunca fue juzgado, pues no lo detuvieron. Como miles de nazis, huyó subrepticiamente a Sudamérica, refugiándose durante los primeros años de su exilio en Argentina, a donde llegó en barco en 1949 bajo una identidad falsa. Vivió en Buenos Aires y en San Carlos de Bariloche, en la Patagonia argentina (cerca de la casa donde yo resido), y ejerció la medicina en la comunidad nazi de esa ciudad, para entonces un pequeño pueblo al pie de la imponente cordillera de los Andes.

Durante mi investigación conocí a un funcionario municipal, Francisco Caló, quien le entregó la licencia de conducir profesional después de que el fugitivo aprobara el respectivo examen. Ese registro le fue otorgado con el nombre falso de Hellmuth Gregor, que utilizaba entonces para no ser descubierto. En principio, Caló no lo reconoció. Se enteró semanas después de que esa persona era el médico nazi, cuando los diarios publicaron la foto del criminal de guerra que estaba siendo buscado. Al ver el retrato del doctor alemán en la prensa, no tuvo ninguna duda de que se trataba de la misma persona a la que en la mano le había dado la licencia, pero, por temor, no lo denunció. «Para sacar la licencia usó otro nombre, pero estoy seguro de que era él. Siempre estuvo el rumor, pero la cosa se supo tiempo después. Vivía en una casa del barrio Belgrano, habrá estado unos cuatro años en Bariloche», recordó Caló.[22] En Bariloche, Mengele en su rol de médico habría atendido a Adolfo Hitler, que estaba escondido en la estancia San Ramón, a quince kilómetros del pueblo, por petición del jerarca nazi. Esa atención se repetirá años después en Paraguay, donde ambos se refugiaron.[23]

Luego de vivir en Bariloche el médico alemán se radicó en Buenos Aires, donde montó algunos negocios y fue accionista del laboratorio farmacéutico Fadro Farm, cuyos socios principales eran Ernesto Timmermann y Heinz Truppel. En 1956, Mengele obtuvo una copia de su partida de nacimiento a través de la embajada de Alemania Occidental y se le concedió un permiso de residencia en Argentina con su nombre real. Con un pasaporte de Alemania a su nombre, viajó luego a Europa y estuvo disfrutando de la nieve en Suiza junto con su hijo Rolf y a su cuñada María Martha Will, que era viuda. También visitó a su familia en Günzburg, la que después de la guerra siempre lo ayudó financieramente, pues tenía una buena posición económica.

Al retornar a Argentina, Mengele, que estaba divorciado de su primera esposa, Irene Schönbein, comenzó a vivir en Buenos Aires junto a su cuñada Martha y a su hijo Karl. En 1958, la pareja se casó en Nueva Helvecia, una ciudad de Uruguay. Para ello presentó su acta de divorcio, entre otros documentos, emitida en Alemania con su nombre auténtico. En esos años, comenzó a viajar al Paraguay, donde se habían refugiado varios nazis luego de la caída del presidente argentino Juan Domingo Perón, tras el golpe militar que lo depuso en 1955. También se refugió en la nación guaraní Adolf Hitler, a quien el médico alemán atendió en por lo menos dos oportunidades, y también al jerarca nazi Martin Bermann, que estaba en Asunción y padecía un cáncer de estómago.[24]

En 1959, consiguió la ciudadanía argentina con su verdadero nombre y fue advertido por sus amigos de que los cazadores de nazis Simón Wiesenthal y Hermann Langbein lo habían descubierto y localizado. Nervioso y preocupado por su posible captura, envió a su familia a Alemania. Él, por su parte, se escondió en una finca en Paraguay con la anuencia del presidente Alfredo Stroessner. Alemania formalizó ante la Argentina el pedido de extradición de Josef Mengele el 30 de junio de 1950, cuando este vivía en territorio paraguayo. Allá residió tranquilo algún tiempo, según testimonios de varias personas que lo conocieron, hasta que sintió que los cazadores de nazis le estaban pisando los talones. Entonces, ayudado por Hans-UIrich Rudel, el famoso piloto nazi conocido como «El águila del Frente Oriental», que vivía en Asunción, se mudó a Brasil, donde permaneció hasta el fin de sus días. Mengele, según la historia oficial, murió ahogado cuando nadaba en el mar en 1979.

Mengele y el general colombiano

¿Cómo se vincularía el general colombiano Belarmino Pinilla Contreras con Mengele? En 1969, el ministerio de Defensa envió a dos oficiales de la Fuerza Aérea Colombiana (FAC), uno de los cuales era él, en comisión al Tercer Simposio de Operaciones Aéreas Especiales, que se realizó en Río de Janeiro, Brasil. El militar colombiano se contactó allá con el mayor Tidio Figueiredo, de la Fuerza Aérea Brasileña, y hablaron entusiasmados de la Segunda Guerra Mundial. Ambos habían estudiado y conocían la historia de ese conflicto, así que mantuvieron charlas apasionadas sobre el tema. El colombiano se ganó la confianza del brasilero y este le confesó que conocía a un jerarca nazi que estaba escondido en Brasil. Pinilla Contreras quedó perplejo y, tras salir de su asombro, le pidió de manera reiterada conocer a ese personaje, aunque no supiera de quién se tratara.

Pinilla Contreras le insistía a diario que se lo presentará: «Yo no sabía que era Mengele, yo quería conocer a un jerarca nazi. Me tocó rogarle (a Figueiredo), le rogué, casi me le arrodillo, le decía por favor vaya hablé con él para que pueda verlo».[25] Para que el médico alemán accediera al pedido, fue determinante que se enterara, por boca del mayor brasilero, de la pasión que demostraba el piloto colombiano por el tema de la guerra y, en particular, por la historia de los nazis. También contaban sus credenciales. Para la fecha, Pinilla Contreras era piloto del presidente Carlos Lleras Restrepo. Lo cierto es que Figueiredo convenció a Mengele de que se reuniera con su amigo, un reconocido militar colombiano, con antecedentes brillantes, apasionado de la historia. La primera reunión se realizó el 25 de julio de ese año en un restaurante de Copacabana. Figueiredo no se lo presentó como Mengele, sino con un nombre propio sin apellido.

Le pregunté a Pinilla qué recordaba de la primera charla.

—Fue totalmente informal, me lo presentaron como Don Pedro. Me hizo muchas preguntas sobre la Segunda Guerra, y yo respondí satisfactoriamente a todas; diez sobre diez me calificó él.

En la medida que Mengele observaba el apasionamiento del militar colombiano sobre el tema y sus sólidos conocimientos fue ganando confianza y le contó algunas cuestiones de su pasado en Sudamérica, pero siempre sin mencionar su verdadera identidad.

Belarmino Pinilla comenta:

[Mengele] Habló de su vida en Argentina, de la vida en Brasil y fundamentalmente de su profesión de médico. Dijo que había tenido un buen consultorio cerca del estadio Monumental de Núñez en Buenos Aires, en la avenida Libertador, y que después que se había desplazado a ejercer su profesión a Paraguay — eso no era ejercer la profesión, era huir, pero a mí me dijo «a ejercer la profesión» — y que finalmente recaló en Brasil, que era un gran país.

La buena impresión que le causó al médico nazi el militar colombiano motivó que algunos días después el fugitivo lo invitara mediante Figueiredo, de manera sorpresiva, a un encuentro de los tres en un apartamento que utilizaba en Río de Janeiro.

—¿Por qué lo invitó a usted, que casi no lo conocía?

—No lo sé. Le dijo a su amigo brasilero, que había congeniado muy bien conmigo, que yo le había inspirado mucha confianza, y que conocía muy bien todos los episodios que me había preguntado sobre la Segunda Guerra. Le mencionó que yo conocía cosas que poca gente conocía como la Línea Sigfrido. Además, yo le había contado que visité algo que a él le gustaba mucho, la casa del Nido de las Águilas.

Pinilla Contreras contó que obviamente aceptó la invitación de buen grado y junto a Figueiredo días después fueron al apartamento de Río de Janeiro — Mengele dijo que tenía otro en Sao Paulo — «a tomar unos vinos y a seguir hablando de Brasil y otros temas». En la reunión, «estábamos los tres y una muchacha brasilera que lo atendía, que cocinaba y limpiaba el departamento, una muchacha de bajo nivel cultural».

—¿Usted ya sabía que su anfitrión era Mengele?

—Yo lo fui adivinando por las charlas, cuando él me comenzó a hablar de su profesión de médico y fui pensando en los médicos famosos del Tercer Reich y claro, me dije: este es Mengele. Él en su departamento me dice espontáneamente: «yo soy el doctor Josef Mengele y todo lo que dicen de mí, el noventa por ciento, son mentiras. Tengo muchos seudónimos, no se los voy a decir a todos, pero uno que uso es Víctor Manuel. Usted tiene que comprender que por obvias razones no puedo dar mi nombre».

Tras la confesión de Mengele, que no sorprendió al colombiano pues estaba seguro de que se trataba de él, el encuentro transcurrió en un ambiente relajado y animadamente conversaron sobre distintos temas. Uno que puso sobre la mesa el médico nazi fue el de su vida familiar. «Nos contó de su familia, que a su hijo y a su señora los tenía en Alemania, pero que para no dejarse atrapar se había casado en Brasil, porque casado con brasilera no lo podían extraditar. Él estaba viviendo con la brasilera y una niña, hija de los dos, de unos ocho años, aproximadamente».

—¿Le preguntó por el submarino de La Guajira?

—Sí, me contestó que «ese es el medio que usaron muchos», y no quiso decir nada más.

—¿Lo volvió a ver?

—No, esa fue la última vez.

Capítulo VII

Falsos jerarcas

Yo sabía que era Hitler, la misma cara, los bigotitos, no tenía dudas de que era él, y un día lo enfrenté y le dije «usted es idéntico a Hitler». Después de eso desapareció del pueblo y nunca más se lo volvió a ver.

LUIS EFRAÍN GONZÁLEZ RAMÍREZ

¿Bormann en la selva de Colombia?

El 20 de marzo de 1972 apareció en la revista *Cromos 7 Días* una nota firmada por el periodista Henry Holguín en la que contaba que había descubierto al jerarca nazi Martin Bermann, viviendo en la selva del Putumayo, a poca distancia de la población de Orito, cerca de la frontera entre Colombia y Ecuador. «Nuestros reporteros Henry Holguín y Rafael Rodríguez, buscaron al alemán y lograron fotografiarlo con la colaboración de las autoridades colombianas. Estas fotos y otras confrontaciones parecen indicar que, efectivamente, "el alemán del Putumayo" puede ser Martin Bormann, el hombre más buscado en todos los tiempos», fue el sumario del informe especial titulado: «Un nazi en las selvas del Putumayo» que publicó la revista.

El descubrimiento de Bormann ocurrió cuando los corresponsables de *C7D* realizaban una nota en el campamento de la Texas Petroleum Company. Uno de los ingenieros de esa empresa les dijo que en el paraje La Hormiga vivía desde hacía casi treinta años Martin Bormann. Sorprendido y sin dudarlo, Holguín y Rodríguez partieron al día siguiente acompañados por un guía local, quien prometió conducirlos hasta la casa del alemán, a la que se llegaba tras varias horas de caminata por la selva y cruzar un río. A esa altura de los acontecimientos, y de acuerdo con lo que les había narrado el ingeniero, así como algunos pobladores, los cronistas contaban con la siguiente información inicial: el hombre «se hacía llamar» Don Juan Ehrmann; vivía con su mujer, una indígena, su hija y un nieto; «nunca sale a ningún centro civilizado y a pesar de no tener bienes de fortuna, nunca le faltan alimentos ni ropa; y llevaba viviendo allí entre veinticinco y veintiocho años», es decir, que había llegado a ese lugar en una fecha cercana a la finalización de la Segunda Guerra Mundial.

Holguín y Rodríguez llegaron a la humilde casa del alemán, pero no pudieron hablar con él. El hombre, desconfiando de los recién llegados, escopeta en mano, dio claras muestras de que no quería ser entrevistado. El guía, asustado, decidió volverse y dejó solos a los reporteros en ese apartado paraje del Putumayo. Estos pasaron la noche en la selva, en condiciones precarias — tenían tres latas de salchichas para comer —, pues no estaban preparados para tamaña aventura. Se durmieron convencidos de que la reticencia y el rechazo del alemán a hablar con ellos se debía al temor de que se conociera su verdadera identidad. A la mañana siguiente volvieron a La Hormiga y le pidieron ayuda a la policía. El jefe del destacamento era un cabo, pero casualmente se encontraba allí el teniente Guillermo Vallejo Trespalacios, jefe de Control de Seguridad en la Selva. Tras conversar con el oficial, este accedió a acompañar a los reporteros con tres policías, y acordaron hacerle creer al alemán que los cronistas eran funcionarios que estaban realizando un censo. Con ese argumento, quedarían justificadas las preguntas que le harían al germano para comprobar si en realidad era Martin Bermann, oculto bajo una identidad falsa.

Un día después, el grupo partió hacia la vivienda del supuesto jerarca nazi a quien ubicaron en su casa, junto a su familia:

Holguín, Rodríguez y el teniente Vallejo, se dirigieron resueltos a la casa. Entró primero el oficial a una habitación con dos camas rústicas, de cedro, cubiertas por mantas indígenas. Varias maletas, una encima de otra y un radio en el que sonaba música clásica. En otra pieza, dos camas recién tendidas. Y en la cocina, al fondo, el alemán. Cuando se topó a los visitantes, el hombre sudaba […] En sus manos, un morral con ropa y al lado, la escopeta. Al ver al teniente, «Don Juan» desarrugó el ceño y se mostró más tranquilo. Aquel anciano que tenían enfrente los enviados de C7D, podía ser Martín Bermann.[1]

El «censo»

La crónica de la revista cuenta que el hombre vestía ropas humildes de campesino, remendada, estaba descalzo y «un pequeño sombrero, que en cierta forma recordaba los típicos de Baviera, cubría su cabeza». Justificando su accionar como funcionarios del gobierno, que llevaban adelante un censo, Holguín comenzó a preguntar y Rodríguez a sacar fotos, produciéndose este diálogo que apareció en la publicación:

—¿Esas fotos para quién? —consultó molesto el supuesto Bormann.

—El gobierno quiere tomar fotos de cómo viven ustedes para ayudarles a resolver sus problemas.

—Yo no tengo problemas. Lo único que quiero es que me dejen tranquilo.

—Usted es extranjero, ¿verdad? — preguntó Holguín.

—Sí, soy alemán.

—¿Y cuántos años hace que vive en Colombia?

—Hace treinta años.

—¿Y desde que llegó se metió en la selva?

—Sí, me gusta la selva. Además, después de andar y andar, uno tiene ganas de quedarse en un sitio y formar un hogar.

—¿Y en qué año llegó usted a Colombia?

—En 1926… [Antes, había dicho que llevaba treinta años en Colombia. La guerra terminó hace veintiocho, en 1945. Ahora afirmaba que había llegado en 1926]. Antes de venir a Colombia estuve en Ecuador. Pero me gustó más Colombia. País muy progresista.

—¿Y qué lo impulsó a venir a la selva?

—Ya le dije que me gusta la selva.

—¿Y usted siempre ha vivido en este sitio?

—No, antes estuve en Mocoa, pero me aburrí.

—Señor, ¿y cuántos años tiene usted?

—Setenta y dos.

Finalmente, tras sacar fotos también a la esposa del hombre y a su hija, los policías y los reporteros regresaron, convencidos de que el alemán mentía y estaba escondiendo

su verdadera identidad. En la redacción de la revista, cuando revelaron las fotos, las compararon con las del auténtico Bormann, y tanto fotógrafos como periodistas y el editor Fernando Restrepo se convencieron de que se trataba de la misma persona. Para comprobar las similitudes fisonómicas, consultaron al dibujante de la sección de arte, Luis Mejía, quien llegó a la misma conclusión. Tras comparar las fotos, los hombres de prensa encontraron catorce similitudes entre las imágenes históricas de Martin Bormann, y las nuevas sacadas al alemán que vivía en la selva de Putumayo.

Así presentó, textualmente, la revista *Cromos 7 Días* las similitudes que encontró entre las fotos de ambos hombres:

1. La cicatriz que identificó siempre al «nazi número dos», partiendo de la comisura del ojo izquierdo, aparece exactamente igual en las fotos del alemán que encontró *C7D* en el Putumayo.

2. El ojo izquierdo de Bormann, en 1945, comenzaba a ser estrábico, a raíz de la herida origen de la cicatriz. Y «el alemán del Putumayo» tiene el mismo ojo, también estrábico.

3. Existe una curiosa similitud fonética entre el apellido Bormann y el que dice tener «el alemán de la selva»: Ehrmann. ¿Al cambiar de apellido acaso quiso guardar, psicológicamente, algún resto de su verdadera identidad?

4. Martín Bormann, como confirman decenas de libros sobre el nazismo, era un hombre de «estatura mediana». En las fotos de nuestro alemán, se comprueba que la estatura también coincide, así como ciertos rasgos característicos del jefe adjunto de Hitler. (La forma de dejar caer los brazos, la estrechez de los hombros enjutos).

5. Los principales rasgos fisonómicos del alemán de la selva (trazo de la boca, belfo, nariz, barbilla, base frontal, arcos superciliares) coinciden exactamente con 17 fotos distintas de Bormann coleccionadas, posteriormente por *C7D*.

6. Actualmente Martín Bermann debe estar calvo, al menos en la parte superior de la cabeza. En las últimas fotografías tomadas al nazi No. 2, poco antes de la fuga de Berlín, se aprecia que tenía poco pelo. (El alemán de la selva, en ningún momento accedió a que se le fotografiara sin sombrero).

7. Interrogado «el alemán del Putumayo» por *C7D*, dijo tener 72 años. Exactamente la misma edad de Bormann, que nació en 1900.

8. Todas las descripciones de Bormann coinciden asombrosamente con las del alemán (hombre de mediana estatura, cargado de espaldas, de facciones toscas, hombros estrechos, etc.). Tal vez la única diferencia entre «nuestro alemán» y el Bormann de 1945 está en la complexión física. El Bormann del Tercer Reich era un hombre robusto, «con cuello de toro» —repiten las crónicas de la época— mientras «el alemán de la selva» se ve delgado y canijo. ¿Pero acaso más de veinte años en la selva no pueden haberlo transformado? ¿Y el propio Bormann, en su afán de no ser identificado, no trataría también de adelgazar?

9. El alemán del Putumayo, no sale nunca a ningún centro civilizado. Huye del contacto con la gente. La Texas Petroleum Company debía pagarle cierta suma por la compra de un terreno y durante tres meses le rogaron «que bajara a Orito», el pueblo más cercano, para recibir su plata. El misterioso alemán se negó a salir y los representantes de la T. P. C. tuvieron que ir hasta «La Hormiga» para entregarle el dinero.

10. Las fotografías del nieto tomadas por *C7D* revelan cierto parecido con el Martín Bormann joven, lo que constituye un interesante dato de coincidencia genética.

11. Las declaraciones suministradas a *C7D* por gentes de la región indican que el alemán llegó a Colombia, poco después de terminada la Segunda Guerra Mundial. (Dos o tres años más tarde).

12. Las manos de Bormann, como es sabido, rara vez son iguales las manos de dos personas. Observando las fotografías de la mano derecha de Bermann, comprobamos que los dedos anular y central o del corazón son del mismo tamaño, mientras que el índice resulta demasiado corto. Las manos del «alemán del Putumayo» tienen exactamente las mismas características.

13. El Departamento de Arte de *C7D*, por medio del dibujante Luis Mejía —a quien no habíamos mostrado ninguna foto del alemán de la selva—, hizo una concepción, sobre un retrato de Bormann, de cómo podía ser ahora, 28 años más tarde. «El Bormann» de Mejía, resultó sorprendentemente parecido a las fotos de nuestro alemán.

14. Posteriormente, el mismo dibujante hizo un bosquejo —a escala— del anciano alemán, «rejuveneciéndolo» paulatinamente hasta lograr que, sobre los mismos rasgos, sin cambiar ningún trazo, apareciera, reveladora, la imagen del Bormann de 1945. Colocando el dibujo de Mejía sobre un iluminador y poniendo encima la foto, encontramos que los rasgos de uno y otro —Bormann y el alemán de la selva— coinciden impresionantemente.[2]

Al ser publicado el artículo sobre «el nazi de Putumayo» la conmoción fue enorme, no solo en Colombia sino a nivel internacional, ya que si bien la historia oficial aseguraba que el jerarca nazi había muerto en Berlín en 1945 — tal como lo afirmaba también para Hitler —, siempre había existido la sospecha de que había escapado, posiblemente con destino a Sudamérica. Como consecuencia de la noticia, Juan Ehrmann fue detenido y trasladado a la ciudad de Pasto, la capital del vecino departamento de Nariño, en el sur de Colombia. La prensa nacional e internacional fue a buscarlo y Ehrmann negó ser Bormann, ratificó su propia historia, y además aseguró: «Yo soy contrario a los nazis, no me gustan los nazis».[3]

Finalmente, las autoridades colombianas cotejaron las huellas dactilares de Martin Bormann con las de Ehrmann, no coincidían, razón por la cual fue liberado, y volvió a vivir, junto a su familia, en su casa ubicado en el medio de la selva. En diciembre de 1972, el mismo año que ocurrieron estos hechos en Colombia, aparecieron los supuestos restos de Bormann en Berlín, en un área cercana al búnker de Hitler. Los huesos encontrados tenían tierra roja, que no existe en Alemania, pero sí en Paraguay, donde murió y fue enterrado realmente Bormann, según los archivos de inteligencia de ese país que he podido investigar. El traslado de esos restos, para hacerlos aparecer en Berlín, tuvo el propósito de hacerle creer a la gente que el jerarca nazi no escapó y que murió en 1945, en la capital alemana, como asegura hasta hoy la versión oficial de la historia.[4]

¿Hitler en Tabio?

El colombiano Luis Efraín García Ramírez está convencido de que la persona que se alojó una temporada en el hotel «Caribe», ubicado en el municipio de Tabio, era Hitler anciano, que llegó allá en los años sesenta y vivió con una identidad falsa, escondido a los ojos de todo el mundo en ese paraje rural. Tabio es un municipio del departamento de Cundinamarca, ubicado en la provincia de Sabana Centro, a tan solo cuarenta y cinco kilómetros de Bogotá. El territorio de Tabio forma un valle plano, ideal para la agricultura, rodeado por sierras y picos montañosos: la cordillera de los Monos, la cuchilla Canica, la peña de Juaica, El Cerro, La Costurera y el monte Pincio. El casco urbano, donde García Ramírez dice que vivió Hitler se encuentra a 2569 metros sobre el nivel del mar, y el corazón de la localidad es la plaza central, donde se destaca la Alcaldía, una clásica construcción colonial española de cubierta inclinada en teja de barro, porche y mucha madera. La base de la economía de Tabio ha sido históricamente la agricultura — tenían cultivos de papa, maíz y arveja— y la floricultura. Actualmente, es un lugar turístico conocido por las bondades de sus aguas termales — frecuentada por los señores de los muiscas desde antes de la llegada de los españoles—, y también

despierta gran interés entre los ufólogos porque se comenta que es activa la presencia de ovnis, especialmente en el área de la peña de Juaica.[5]

García Ramírez nació en 1939 en Tabio y actualmente se encuentra radicado en Cali. Me dijo que no tiene ninguna duda respecto a que en ese pueblo vivió Hitler, a fines de los años sesenta. En ese sentido, el testigo me aseguró que:

Un día apareció un señor que se hospedó en el único hotel que existía en el pueblo, ese personaje era un hombre de apariencia europea lo cual era evidente comparado con los rasgos de las personas locales. No se expresaba fácilmente y hablaba en español, pero con una pronunciación marcada en alemán. Ese hombre, que aparentaba 60 a 70 años, decía llamarse «señor González». Cuando le pregunté por qué hablaba como hablaba me dijo que había sido piloto de la Real Fuerza Aérea Británica (RAF), lo cual aumentó mi curiosidad pues no tenía acento inglés, sino alemán. El «señor González» viajaba casi a diario a Bogotá. Él usaba un paraguas, abrigo y un sombrero de ala caída. El paraguas se lo ponía siempre en el cuello para contener lo que al parecer era un tic nervioso que le hacía girar levemente la cabeza.[6]

Respecto al modo de hablar y expresarse, el testigo dijo que el hombre bajo sospecha «tenía una pronunciación característica de los alemanes, hablando casi en monosílabos en tonos fuertes y a veces inentendibles, y sus palabras eran las básicas, o sea su español era muy rudimentario». García Ramírez también contó que el presunto Hitler tenía el característico bigotito del Führer y además que «cojeaba de una pierna, me indicó que por dicha razón había viajado a mi pueblo para, por medio de los termales, curarse». El testigo agregó que el presunto jerarca nazi «por las mañanas salía a pasear y al frente de mi casa, ubicada a las afueras del pueblo, contemplaba el paisaje, unas verdes y majestuosas montañas. Allí él hablaba solo, gesticulaba y daba órdenes, poniendo las manos en posición como si estuviese viendo por un catalejo». Cuando le pregunté por qué no había dicho nada o denunciado entonces si estaba convencido de su teoría, me respondió que «en esa época yo permanecí callado y no le manifesté a nadie mi curiosidad pues sabía que me tratarían de loco».

Muy parecido

Luis Efraín García Ramírez estaba impactado con la posibilidad de que el «señor González» en realidad fuera Hitler. Por eso, se obsesionó por conseguir información sobre este personaje y, sobre todo, fotos para poder comparar su fisonomía. Las posibilidades de conseguir buen material en ese entonces eran limitadas, especialmente en un pueblo pequeño como Tabio. De todas formas, logró reunir diarios, libros, fotos y

películas sobre el líder alemán para observar sus movimientos, así como su forma de gesticular y hablar. Esa investigación lo convenció de que quien vivía en su pueblo era el verdadero jefe del nazismo.

Le pedí entonces a García Ramírez que me indicara cuáles eran estos rasgos distintivos del señor González, que él había registrado y lo convencieron de que a quien estaba viviendo en Tabio era Hitler. Él resumió esas características con sus propias palabras:

Hombre de estatura mediana de unos 1,65 a 1,70 mt.; tez blanca de características arias; contextura mediana, de entre 60 a 70 kg de peso; cabellos oscuros incipientes, con apariencia de estar tinturado, peinado con el estilo característico de Hitler, hacía un lado; bigote pequeño y despoblado, con las mismas características del cabello; ojos azules, cejas pobladas, y una mirada absolutamente penetrante; vestimenta característica de la época, pero siempre usaba su sombrero de ala, paraguas y abrigo; cojeaba de una pierna y tenía un tic en el cuello que le hacía mover levemente la cabeza. El paraguas lo usaba para sostener el cuello y controlar el tic.

Como el testimonio que escuché me pareció interesante, y los datos fisonómicos coincidían bastante con los de Hitler, le pedí a García Ramírez más detalles sobre ese forastero que vivió en Tabio. En ese sentido, me dijo:

Una de las cosas que siempre me causó curiosidad fue que nunca dio un nombre de pila pues siempre se identificó como «señor González» y me causaba inquietud por qué teniendo un apellido tan latino no hablaba bien el español, ni hablaba de su familia, ni de su procedencia. Jamás se lo vio acompañado de familiares o amigos más allá de las personas con las que hizo amistad en el pueblo, como por ejemplo los dueños del hotel donde se alojaba.

Agregó como dato que el enigmático hombre había comprado un caballo, y que se lo solía ver recorriendo la zona montado en dicho equino.

Hasta aquí, según el relato del testigo, tenemos la historia de una persona fisonómicamente parecida a Hitler, que aparece un día en Tabio y alquila la habitación de un hotel para quedarse por un largo tiempo. Dice llamarse González, y haber sido piloto británico, pero a juicio de García Ramírez el hombre, por su apariencia y su tono de voz, seguramente era alemán. Esta sospecha se acentuó cuando el «señor González» en una oportunidad fue a ver la película *Guadalcanal Diary*, un filme norteamericano que narra la historia de un pelotón de marines durante la Segunda Guerra Mundial, en el Pacífico. Como García Ramírez era el dueño del cine, y ese día estaba presente allí,

pudo observar las virulentas reacciones del forastero cuando veía la película que ensalza a los Aliados en detrimento de los nazis. Confirmó sus sospechas al ver las expresiones y oír los comentarios del supuesto extranjero. Así lo cuenta: «Al ver esa película se puso histérico, por no decir furioso, diciendo que todo era mentira y que era calumnia de los gringos. Indicaba con mucha propiedad que todo era falso y que Churchill, Stalin y otros aliados eran estúpidos, retirándose visiblemente molesto al terminar la película. Este episodio aumentó mis dudas de quién era realmente el señor González…».

A García Ramírez también le llamó mucho la atención que el extraño personaje, alojado en un pequeño hotel de Tabio, coleccionara soldaditos de plomo, así como tanques de guerra y aviones en miniatura. En Navidad ponía esas piezas en el pesebre del hotel, al lado de las tradicionales figuras bíblicas, con el consentimiento del dueño del inmueble, don Abedulio Camargo. Un día tomó coraje y lo encaró en la calle para sacarse la gran duda que lo atormentaba:

Después de varios meses de tratarlo y de hacer un poco de amistad con él yo sabía que era Hitler, la misma cara, los bigotitos, no tenía dudas de que era él. Un día lo enfrenté y le dije «usted es idéntico a Hitler»… Eso no le gustó y se molestó de gran manera, mirándome de una forma tan característica y con mucha sorpresa y algo de rabia, a mi parecer, luego de eso se volteó abruptamente a pesar de que estábamos hablando y se fue sin despedirse.

Después de ese incidente, el señor González fue al hotel y luego lo observaron salir con un paquete debajo del brazo. Fue la última vez que lo vieron en Tabio. «Dejó sus pertenencias en el hotel, era solo ropa y otros accesorios, pero ningún documento… desapareció del pueblo sin destino conocido y nunca más se lo volvió a ver… nunca más regresó», concluye el testigo.

Como me pareció que la historia debía ser investigada, me trasladé hasta Tabio, en compañía del editor de este libro. A Tabio, habida cuenta de que la distancia que separa la capital colombiana de ese municipio es de tan solo cuarenta y cinco kilómetros, llegamos muy rápido. Fuimos en octubre de 2017 y lo primero que hicimos fue visitar al alcalde, Darío Acero, sobrino de Luis Efraín García Ramírez, quien nos ayudó a ubicar a los parientes de Abedulio Camargo, el fallecido dueño del hotel El Caribe, donde se alojó el presunto Hitler en su paso por territorio colombiano. El edificio donde funcionó está ubicado a un costado de la plaza, diagonal a la alcaldía y su dirección es calle 5 n.º 4-38. El Caribe fue en su momento el único hotel del pueblo, constaba de tres habitaciones, cocina, comedor, una sala de estar y baños. Pude comprobar que la habitación, en la que se alojaba el señor González, era pequeña y sin ventanas, dando su

puerta al salón común del alojamiento, un sitio al que se accedía tras trasponer la entrada de la calle, donde los huéspedes podían sentarse en sillones y conversar o entretenerse, por ejemplo, jugando a las cartas, lo que era común. En esos años, de las tres habitaciones una era utilizada por el señor González, otra por el alcalde, Miguel Bedoya, y la tercera por ocasionales visitantes.[7] En el otrora hotel ahora funcionan despachos de la alcaldía local.

En un pueblo pequeño, donde todos se conocen, no fue difícil ubicar a la familia Camargo, que tiene un restaurante ubicado a pocas cuadras de la plaza central. Allí entrevistamos a Margarita Camargo, hija del dueño del hotel El Caribe, quien recordó que ella tenía 18 años cuando el señor González apareció en Tabio. Al momento de la entrevista, ella tenía 72, los que nos permitió deducir que el presunto Hitler estuvo allí a partir de 1965. Doña Margarita dijo que el hotel El Caribe en realidad era «una casa familiar», con habitaciones para visitantes, donde vivía Camargo, su esposa María Gómez y sus cuatro hijas mujeres, ya que el varón, el mayor, estaba estudiando y viviendo en Bogotá. En ese ambiente familiar, los huéspedes compartían con los Camargo el comedor común. «Mi casa fue como una institución, todos se reunían allí, tenía tres habitaciones, y los alcaldes que designaba la gobernación, se alojaban ahí», cuenta Margarita. Como el ignoto protagonista de esta historia vivió varios meses, casi un año, en el hotel, estableció una relación de amistad con la familia Camargo. Por esta razón, las hijas del matrimonio lo llamaban cariñosamente «Papi González», dice Margarita, y reconoce que al huésped extranjero «lo queríamos mucho». Cuando él viajaba a Bogotá, les traía dulces a las niñas de la familia.

—¿Qué recuerda del «Papi González»?

—Leía, caminaba, usaba las termas, tenía muchos libros y una colección de figuritas de militares.

—¿De qué vivía?

—Cobraba una pensión, la iba a cobrar a Bogotá.

—¿Cómo era el aspecto de «Papi González»?

—Tez blanca, bigotito finito canoso, ojos azules, pelo muy cortito, canoso…

—¿Qué edad tendría?

—Unos ochenta años.

—García Ramírez dice que era Hitler…

—Sí, recuerdo, pero era un comentario que nunca le dimos importancia.

—Pero ¿«Papi González» era parecido a Hitler?

—Sí, era parecido.[8]

En Tabio también pude entrevistar a otra de las hermanas Camargo, Marta, quien describió así al huésped de su hogar: «El bigotito era como el de Hitler, los ojos azules, las cejas muy pobladas, se echaba un polvo terracota en el pelo». Esto era, según ella, para teñírselo. Dijo que el hombre solía andar «con botas altas, pantalón color *beige*» y recordó que «tenía un tic en una ceja».

—¿Qué recuerda que hacía este señor?

—Estaba muy metido en la habitación, allí leía y escribía.

—¿Se acuerda de algún texto que él leía?

—Sí, leía una colección de libros llamada *El Tesoro de la juventud*.[9]

—¿Esos libros estaban escritos en alemán?

—No, en español.

—¿Qué recuerda de su carácter?

—Que era dulce y amable.

—¿Después de que se fue no lo volvieron a ver?

—No. Nos habían dicho que vivía en un hotelito de Fusagasugá, Un día fuimos a verlo, pero no lo encontramos, no lo vimos nunca más.[10]

El tercer testimonio que obtuvimos en Tabio fue el de «Lily» Gómez, prima de las hermanas Camargo, quien también vivió en el hotel El Caribe, y cuando era adolescente conoció y frecuentó a «Papi González». «Él me llevaba a Bogotá cuando iba a cobrar la pensión, íbamos en bus, cobraba en un banco y nos volvíamos», recordó, aunque no pudo precisar cuál era la entidad bancaria a la que iban a recibir la jubilación del hombre. «No recuerdo qué banco era, pero se trataba de uno extranjero», agregó. Como las hermanas Camargo, la señora Gómez recordaba la gran cantidad de libros que tenía el hombre. Mencionó *La historia mundial* y *La vida de San Agustín*, así como la colección de «soldaditos alemanes» que en una Navidad desplegó en el pesebre. Lo recuerda vistiendo una «chaqueta corta» y lo calificó como una persona «muy elegante». «Yo pienso que él estuvo en la guerra, pero no lo sé porque no se lo pregunté», indicó. Ella recordó también el tic en la ceja que tenía el presunto Hitler. Dijo que, por esta razón, continuamente se llevaba la mano a la cara para tocarse esa parte.[11]

Le pregunté a la familia Camargo si tenían una foto del señor González, imagen que me parecía muy importante conseguir, ya que podría ser sometida a una pericia para compararla con fotografías del auténtico Hitler. Pero ninguno tenía fotos del hombre, y tampoco recordaban si alguna vez se hubieran fotografiado con él. Con mi editor me trasladé a la oficina de cultura de la municipalidad para buscar en los archivos de esa dependencia fotos de la época, y en particular de los habitantes de Tabio. Tras revisar varias fotografías de antaño, el editor descubrió una de un hombre con el clásico bigotito de Hitler. Grabamos su imagen y se la llevamos a la familia Camargo, para que nos dijera si ese era el «Papi González». Si bien Isabel Camargo dudó un poco, finalmente dijo que no era el huésped que en 1965 se había alojado en el hotel El Caribe. Se trataba de otra persona. Para cerciorarme sobre la identidad del hombre fotografiado, ya que no estaba escrito al dorso de la foto, recurrí a la Alcaldía. La secretaria ejecutiva del alcalde, Alba Lucero Ramírez González, tras realizar consultas y emprender una investigación en los archivos de la comuna, me informó que ese hombre se llamaba Luis Quintero, un poblador de Tabio, que, como tantos otros, usaba el bigotito tipo Hitler, una moda que desde los años cuarenta se había hecho popular en varias regiones de Colombia.

Similitudes y diferencias

¿«Papi González» era Hitler? A favor de esta hipótesis juegan algunos factores. En primer lugar, y según mi propia investigación, para la fecha que mencionan los testigos el jerarca nazi estaba vivo exiliado en Sudamérica. El personaje de Tabio era un

extranjero que en 1965 llegó a ese pueblo solo. A García Ramírez le dijo que había sido un piloto inglés, pero coleccionaba soldaditos alemanes, y por lo menos una vez, cuando vio una película de la guerra, se expresó contra los aliados norteamericanos y británicos. Calculan que tenía aproximadamente unos ochenta años y Hitler en ese año (1965) había cumplido setenta y seis. Su fisonomía parece ser coincidente con la de Hitler, aunque no dispongamos de fotos para comparar (el hombre, si estaba siendo perseguido, podría haber tenido la precaución de no dejarse fotografiar). Era «dulce», «amable» y «elegante», tres adjetivos que más de una vez utilizaron las personas que estuvieron junto al Führer en Alemania.

Además, realizaba algunas actividades compatibles con las del auténtico Hitler: caminaba, escribía y leía, aunque en el caso de González los textos estaban en español, y no tenemos antecedentes de Hitler leyendo libros en ese idioma. Por otra parte, disfrutaba de las termas de Tabio, para ese entonces unas piletas ubicadas en la finca de la familia Martínez, una modalidad terapéutica que también era del agrado de Hitler, tal como se verá más adelante. Una de las coincidencias que tiene el relato de García Ramírez con el Hitler real es que renqueaba de una de sus piernas, de acuerdo con los últimos informes que conocemos de su vida en el búnker de Berlín. Este testigo dice que el señor González tenía un tic en el cuello que le hacía rotar levemente la cabeza, las hermanas Camargo aseguran que el tic era en la ceja. Según el testimonio de Heinz Linge, ayuda de cámara del Führer, el jerarca nazi tenía un tic, pero en uno de sus párpados.[12]

Las prendas de vestir mencionadas — chaqueta corta, sombrero de ala, botas altas—, podrían haber sido usadas por Hitler en Colombia tal y como consta que lo hacía en Alemania, aunque este no es un tema relevante para determinar su verdadera identidad. González andaba seguido a caballo, una práctica no habitual en Hitler, que durante su vida no mostró simpatías por la equitación. Se conoce una sola foto en la que se lo puede observar sobre un equino. González disponía de una colección de soldaditos de plomo y otras miniaturas relacionadas a la guerra, como tanques y aviones, cuyas piezas llegó a poner en un pesebre navideño. A este respecto, se dice — aunque no hay una foto que lo muestre, ni testigo conocido que lo confirme— que Hitler a veces analizaba los frentes de combate en maquetas donde ubicaba soldaditos de plomo y piezas de artillería.

Resulta extraño que un Hitler solitario, sin custodia, se haya alojado casi un año en una pequeña habitación, sin ventanas, ni baño privado, de una casa familiar acondicionada con algunos cuartos como hotel. Por razones mínimas de seguridad, no parece razonable que viviera en una pieza que, ante una situación de emergencia, no tuviera una salida alternativa (como podría ser por lo menos una ventana). Si un grupo

comando pretendía detener a Hitler solamente tenía que pasar por dos frágiles puertas de madera, la primera de entrada que daba a la vereda, y la segunda, la de la habitación, ubicada a escasos tres metros de la primera. También es difícil imaginar a Hitler viajando en bus, luciendo su característico bigote, acompañado de una jovencita colombiana. Hacer ese viaje todos los meses, para ir a un banco de Bogotá, era un despropósito si el jerarca nazi quería resguardarse, ya que esos traslados podrían llamar la atención de eventuales perseguidores. También suena extraño que Hitler fuera a cobrar una pensión a un banco extranjero, con sede en Bogotá, aunque es posible que «Papi González» recibiera una pensión o transferencias de alguna otra persona, montos que le garantizaban su supervivencia. Es evidente que González no era una persona común. Apareció de un día para otro en Tabio, solo y sin dar muchas explicaciones. Era un extranjero que habría estado en la guerra, de la cual nunca hablaba, y por su edad tranquilamente podría haber sido un jerarca. No se refería a su vida, ni la de su familia y no parecía tener problemas económicos. Cuando García Ramírez lo enfrentó y le dejó en claro sus sospechas, el octogenario se puso nervioso y desapareció para siempre de Tabio. ¿Era Hitler? o ¿era otro nazi, de menor jerarquía, de los tantos fugitivos que se refugiaron en Colombia? Se dice que después vivió en Barranquilla, al parecer tenía negocios en la capital del departamento del Atlántico, y luego en Sibaté, otro municipio de Cundinamarca, ubicado al sur de Bogotá. En esa población al parecer murió y fue enterrado en el cementerio de esa localidad, bajo el apellido de González, claro.

¿Hitler en Tunja en 1945?

Vidal Salamanca nació en 1884 y falleció en 1955. En su juventud, cuando despuntaba el siglo XX, trabajó en una hidroeléctrica, lo más probable es que fuera la de El Charquito, que pertenecía a la Compañía de Energía Eléctrica de Bogotá, que tenía negocios con proveedores e ingenieros alemanes. Vidal se familiarizó y aprendió con estos el idioma germano. A mediados de los años cuarenta, cuando transcurre la historia que se presenta a continuación, residía en Tunja y se dedicaba al montaje de minicentrales hidroeléctricas que permitían producir electricidad para fincas o pequeños pueblos. Su hijo, Hugo Salamanca Parra, recuerda que su progenitor «importaba materiales eléctricos, además maquinaria como ruedas Pelton, tuberías, o partes para turbinas hidráulicas» desde Europa. En ese sentido, como preludio del relato que se va a contar a continuación, agregó que «los nexos que mi padre tenía con Alemania eran meramente comerciales, no sé si directos o indirectos».

Lo cierto es que Salamanca Parra vivía con su padre y una hermana en Tunja, mientras que su madre, Margot Parra (1902-1996) residía junto con sus dos hermanos menores en otro municipio por razones laborales. Él recuerda perfectamente que tenía

ochos años en 1945 cuando su padre alojó a una pareja de alemanes y a un joven en la casa familiar de la capital boyacense. Su progenitor le dijo que el hombre recién llegado era un coronel alemán, que venía huyendo de la guerra y debían ser discretos y reservados para que nadie se enterara de la existencia de esos huéspedes. Como apenas era un niño, Hugo no fue consciente de que su padre estaba alojando nazis fugitivos que, tras escapar de Europa, quien sabe por qué razón, habían recalado en esta remota ciudad del centro de Colombia. Al crecer y recordar lo que había visto en esos años, se dio cuenta de la gravedad de la inesperada visita. Durante la mayor parte de su vida no comentó con nadie este suceso, pero después de la publicación de mi libro *Tras los pasos de Hitler* — en el que mencioné primera vez un documento de la CIA referido a la posible presencia de Hitler en Tunja —, se le despertaron los recuerdos de esos años. Al repasarlos en su mente comenzó sospechar que el personaje que él había conocido podría no ser un coronel alemán, como le comentó su padre, sino el propio Hitler. Un renovado análisis de sus propios recuerdos, vistos con una óptica distinta y la distancia que dan los años, lo llevó a escribir un libro inédito titulado *Tunja y sus históricos secretos: Hitler*. En este relata en detalle esos momentos especiales de su pasado. A continuación, se publicarán algunos apartes de esta obra, así como diálogos que tuve con su autor, con el fin de presentar el panorama más amplio posible de lo que vivió y que le permite decir con convicción que Adolf Hitler vivió en su casa.

Salamanca Parra recordó que en la década del cuarenta su padre leía todos los días los periódicos *El Tiempo* y *El Siglo* y escuchaba los boletines radiales. Así fue como en mayo de 1945 se enteraron de que Alemania se había rendido y, algunos meses después, Hugo cree que fue en julio, sucedió algo inesperado. Él lo recuerda así en su texto:

Un día golpearon en la puerta de la casa y aunque me tenían prohibido abrirla sin verificar por la ventana para saber quién era: la abrí. Me encontré de frente con un señor más alto que mi padre, a su derecha una señora, tras de ellos un delgado joven quizá de unos diez y ocho años, unas maletas de regular tamaño y dos perros. Entre tanto, ya se había acercado mi padre, quien me ordenó entrar. Subí la escalera y al intentar quedarme observando desde arriba, con un ademán me indicó seguir a las habitaciones… Todos eran blancos, rubios y de ojos azules…[13]

A partir de ese momento, la vida de esa familia cambió, ya que el matrimonio alemán y el joven se quedaron a vivir desde ese momento en el hogar, ubicado en la calle 3 n.º 1-30, de Tunja.[14] «Cuando mi padre me presentó ante ellos supe que el señor y el joven se llamaban Hans y la señora me dijo su nombre, que no he podido recordar claramente, pero sonaba algo parecido a Deisy», cuenta Hugo. La visita parecía imprevista, no programada, ya que los tres visitantes fueron alojados en habitaciones

vacías de la casa y tuvieron que dormir los primeros días en el suelo hasta que Vidal Salamanca consiguió dos camas, una matrimonial y otra simple, con sus respectivos colchones. Fue en esos días cuando su padre le explicó a su hijo quiénes eran los visitantes germanos a quienes había dado alojamiento: «… mi padre me dijo que era un coronel del ejército alemán y su familia, que estaba pidiendo ayuda porque habían sido desterrados de su país y que no tenían en donde hospedarse ni qué comer. De lo que mi padre sí me insistió mucho y permanentemente fue que no le contara a nadie que teníamos a esos huéspedes en la casa…».[15]

Vidal Salamanca era conservador, orientación política que no ocultaba sus simpatías por los nazis, como vimos en un capítulo anterior, y se movía bien en círculos importantes de la sociedad tunjana. Su hijo reconoce que «las relaciones que tenía mi padre con destacados políticos, militares y clérigos era muy variada», pero estima que esas personas influyentes, que su progenitor conocía, no estuvieron involucradas en el caso de la llegada del coronel germano a su casa. Explica Hugo:

No creo que alguno de ellos fuese a arriesgar su prestigio y perfil nacional o internacional concertando fugas y refugios para ningún militar o político extranjero, puesto que en aquella delicada época pondrían en juego su estatus al ayudar a fugitivos que no solo estaban siendo perseguidos por la comunidad judía, sino nada más y nada menos que por países aliados como Estados Unidos, Rusia, Francia, Canadá, Reino Unido y muchos otros entre los cuales, increíblemente, también estaba comprometida Colombia.

Al editarse este libro, Salamanca hijo no tiene en claro por qué razón ese nazi llegó a su casa y su padre prestamente, sin dudarlo, le dio alojamiento.

—¿Por qué razón su padre recibió al «coronel» en su casa? — le pregunté.

—Son muchas las conjeturas que me he hecho al respecto, pero no me atrevo a expresar ninguna puesto que implicaría a otras personas sin tener certeza, ni contar con la aprobación de sus descendientes, ni los de Hans y Eva.[16]

Su padre ayudó a los alemanes a encontrar su propia fuente de ingresos y en poco tiempo convirtió parte de su casa en una pequeña salsamentaría: «Supe que adquirían gran cantidad de carne y vísceras de cerdo que los alemanes cocían en la caldera, la

molían y fabricaban salchichas, jamones y otros embutidos… sacaban los productos a vender a toda la ciudad».

Dibujos peligrosos, perros y fotos

El pequeño Hugo y el coronel Hans compartían el arte de dibujar. En ese sentido, Salamanca Parra dice que «de esos dibujos no se escapó Hans, a quien dibujé varias veces de frente y de perfil, analizando su angulosa y pesada nariz, al joven (que también se llamaba Hans), por su apatía, no me inspiró dibujarlo y a la señora no la vi detenidamente. Quizá por esto, para evitar que la dibujara esquivaba mi mirada». Parece que al coronel le preocupaba que se conocieran los retratos dibujados de su persona: «Hans me encargó que le regalara todos los dibujos y posiblemente le pidió a mi padre que los recogiera y se los diera, ahora pienso que tenía toda la razón, no quería que su figura saliera de la casa. Mi padre me pidió que se los entregara todos y que en los cuadernos del colegio no los dibujara. Así lo hice, porque sus razones estratégicas eran válidas para las circunstancias de la vida que estaban pasando», explicó Salamanca Parra. Agregó que «Hans, dibujaba muy bien y conjuntamente hicimos dibujos de casas, árboles, animales, carros, personajes de las tiras cómicas, etc.; pienso que muy exitosamente me indujo a otro tipo de dibujo para evitar sus retratos. No creo que él haya guardado los dibujos que le di, pero en cuanto a los que él hizo o hicimos juntos los guardé en mi mesita de noche, pero nueve años después salí de mi casa a estudiar en Bogotá y al regresar ya no estaban. Hubo una mudanza, y en esos casos se desecha todo lo que en el momento se considera inoficioso o basura», asegura.

También recuerda que el alemán lo solía entretener haciendo sombras chinescas de animales con sus manos proyectadas en una pared.

Los huéspedes que se alojaron en su casa tenían dos perros, un pastor alemán y otro pequeño de color negro. El pastor parecía ser muy agresivo, razón por la cual lo mantenían atado. En cambio, con el pequeño jugaba, hasta que se produjo un incidente:

con el perro pequeño de color negro, Hans y yo jugamos en varias ocasiones y breves minutos en las tardes a mi llegada del colegio, corríamos entre las columnas del patio y lanzábamos juguetes y pelotas para que las recogiera, pero mi padre me previno que de ninguna manera le tocara el cuello debajo de la cabeza porque me mordería debido a que estaba entrenado para portar en ese lugar una bomba, meterse debajo del carro que le indicaran y hacerla estallar, y que por ello la defendía a mordiscos. Días después, la curiosidad me indujo a tocarle el cuello al perro y por fortuna logré esquivar el

mordisco, correr y encerrarme en la sala. Salieron al patio los alemanes y se llevaron al perro para el solar, lo amarraron y nunca pude volver a jugar con él.

Hace unos años, Salamanca Parra encontró en internet una foto de Eva Braun y Hitler, tomada en Alemania, junto a dos perros. En la imagen, Hitler sostiene con su correa a su perra pastor, Blondie, y Eva hace lo propio con su perro negro pequeño. Al encontrar esa imagen se quedó boquiabierto porque, a su juicio, tanto las dos mascotas, y, lo que, es más, sus famosos dueños, por supuesto esto último lo más relevante de todo, eran «idénticos» a los que él había visto en sus casas en 1945. «Lo sorprendente es que dos perros de las mismas características que se aprecian en la fotografía coinciden con los dos que un día del año 1945 entraron a mi casa y eran conducidos por unas personas cuyo parecido con los de la fotografía me dejaron aún más pasmado», explica. Otro dato que lo asombró es que el pastor de Hitler, una perra, se llamaba Blondie, y el pequeño perro negro de Eva, Negus. ¡Esos eran los nombres de los perros que habían llevado los alemanes a su casa en 1945!

Ante esta sorprendente información, comenzó a buscar, casi obsesivamente, fotos y videos en internet que mostraran al jerarca nazi y a su esposa, para así poder hacer comparaciones. Salamanca Parra argumenta tener cierta habilidad para analizar imágenes, ya que se dedicó a las artes plásticas, y, además, durante 26 años fue profesor y «administrador educativo en diseño publicitario y gráfico». A su juicio y después de comparar las imágenes de las fotografías «con las imágenes que recuerdo haber visto por varios días, semanas o meses en los patios de mi casa, veo que coinciden totalmente… Para mí, Hans y Deisy eran las dos personas que con otros atuendos figuran en la fotografía, además, lo afirman los dos caninos que asimismo coinciden con las razas y tamaños de los que ellos trajeron y entraron a mi casa».

Párkinson y música

Cuenta Hugo lo siguiente:

Al leer que Hitler sufrió de Párkinson, recuerdo que muchas veces oí esa palabra y pensaba que era un apellido extranjero, uno más de los muchos que se pronunciaban en las noticias de la guerra. También recordé que una noche mi padre salió a traer un médico amigo (en ese tiempo Tunja no tenía teléfonos domiciliarios) para que atendiera a Hitler o a su señora, y al día siguiente me di cuenta de que le temblaba una de sus manos. Yo pensaba que era de nervios porque estaba huyendo, y años más tarde, cuando le dio Párkinson al boxeador Muhammad Ali, supe que esta era una enfermedad.

Otra coincidencia que le llamó la atención es que Hans era músico y tenía «un pequeño piano de consola o un armonio» en el que tocaba diferentes melodías, hábito que se podría comparar con las horas que pasaba Hitler con su piano, ya que desde muy joven se dedicó a la música, componiendo en más de una vez sus propios temas.[17]

Salamanca Parra no recuerda exactamente cuándo se fueron de su casa estos huéspedes, pero habría sido a fines del mismo año en que llegaron a Tunja, esto es 1945. Primero trasladaron la salsamentaría a otro inmueble de la misma ciudad, y tiempo después se fueron a Bogotá. Si bien en su familia no se volvió a hablar del tema, diez años más tarde él encontró una cruz esvástica grabada en una de las columnas del patio de la vivienda, y ropa militar en el entretecho.

Para reparar una gotera en el techo de la casa subí al zarzo y sobre el cielorraso del comedor, vi por última vez unas prendas militares: un casco de parada, una chaqueta y algunas correas… ví que el uniforme tenía una condecoración, la llamada Cruz de Hierro, en ese momento pensé sacarla y llevármela para la Escuela Militar, institución a la que debería presentarme el día seis del mes siguiente [febrero]. Desistí de mi intento puesto que en los requerimientos del equipo personal que debería llevar a esta institución decía claramente que lo único extraño a lo estipulado en el reglamento podrá ser un reloj de pulsera. Estando en la Escuela Militar pude cerciorarme de que el uniforme era similar al del ejército colombiano y que el casco solo difería por el escudo que tenía un águila, en tanto que el de acá tiene el escudo de Colombia.

Dejó el uniforme y no volvió a verlo nunca porque mientras estaba en la escuela militar la casa fue arrendada, primero, y luego vendida en 1972.

«*No le creí*»

Salamanca Parra recuerda que hacia los años sesenta alguien le dijo, él cree que fue su madre, que Hans en realidad era Hitler, lo que él obviamente no creyó, ya que le habían enseñado que el jerarca nazi se había suicidado el 30 de abril de 1945. Asegura Salamanca:

Hablando con una dama de mi familia, se presentó el tema de los alemanes alojados en la casa, y ella, con cierta entonación de desaprobación del hecho, me contestó tajante que Hans era Hitler. Ahí paró la conversación. Ahora, al recordar, le pregunté a mi hermana si ella me había hecho esa afirmación, pero no fue así. De donde deduzco que la única persona me hubiera respondido era mi madre… la respuesta que le oí a mi

madre en aquella ocasión no la creí, puesto que se sabía que Hitler y su esposa habían muerto en las circunstancias que habían publicado en toda la prensa y, asumí que debido a que las campañas contra Hitler habían creado la costumbre de identificar a cualquier ciudadano alemán con ese nombre. Después de esta conversación, nunca volví a tratar el tema con mi madre.

Hugo cree haber visto a Hans a fines de los años sesenta, o principios de los setenta, mientras comía con su familia en un pequeño local que vendía salchichas en Bogotá. Lo pensó al ver pasar fugazmente, por detrás del mostrador, a un anciano octogenario que le pareció era el misterioso huésped de su casa en 1945. Una situación similar vivió en 1975 en un negocio de venta de postres, una casa de tejas de barro, en el noroeste de la capital de Colombia.

Un día haciendo el turno para pagar mi compra ví pasar al fondo del negocio una señora que llevaba una bandeja de postres para colocarla en los anaqueles expuestos al público y quedé como en el caso anterior, pensando en que yo la había conocido en algún lugar. Era una señora de más de sesenta años y un poco gorda, también de «raza aria» y cabello que comenzaba a ser canoso. Con ella también me pasó que hasta ahora vengo a identificarla como Eva, la señora que me ofrecía bizcochos y jugo pero que esquivaba mi mirada en aquellos años de mi niñez en mi casa de Tunja.

El testimonio de Salamanca Parra ofrece una serie de similitudes de Hans con Hitler: su fisonomía, su gusto por la música y por el dibujo, sus dos perros, y el temblor en una de sus manos, un tema sobre el que siempre se ha polemizado ya que no se sabe si realmente el jerarca nazi padeció el mal de Párkinson. Otra similitud es el casi seguro pasado nazi del personaje que llegó a Tunja, confirmado por su mismo padre. Toda la historia hace pensar que Hans venía huyendo y que encontró refugio temporal en dicha ciudad, donde se habría sentido seguro, al punto tal de iniciar un emprendimiento comercial. Respecto a la mujer, Salamanca Parra cree que en realidad se llamaba Eva, y no Daysi. En su casa quedó una fotografía de cuando ella era pequeña, sacada en 1920 en Alemania, siendo sus facciones parecidas a las que se pueden apreciar en las fotos sacadas a Eva Braun en esos años. En 1920, la verdadera Eva Braun tenía ocho años de edad.

Ahora bien, resulta extraño que Hitler llegara de un día para otro a la casa de un tunjano donde ni cama le tenían preparada. ¿Era posible tal grado de improvisación para darle refugio al Führer, tras escapar de Alemania? Recordemos que, según este relato, los tres huéspedes durmieron algunos días en el suelo hasta que Vidal Salamanca les consiguió dos camas, una para el matrimonio y otra para el joven Hans, quien terminaría yendo a un colegio de Tunja. ¿Quién era este muchacho? ¿Habrá sido

el hijo del coronel alemán y su esposa? Con seguridad, no podría haber sido hijo de la auténtica Eva Braun. Esto porque si en 1945 este joven tenía unos diez y ocho años, tiene que haber nacido en 1927. Para esa fecha, quien sería amante del Führer tenía quince y todavía no había conocido a Hitler. Finalmente, tampoco parece razonable que el máximo jerarca nazi y su mujer se hayan dedicado a hacer embutidos como medio de ganarse la vida, menos aún que luego continuaran trabajando en locales gastronómicos en Bogotá.

La investigación sobre la presencia de nazis en Colombia, tras terminar la Segunda Guerra Mundial, tiene en el relato de los testigos uno de los ejes más importantes, especialmente al carecerse de documentación oficial sobre hechos acaecidos hace más de medio siglo. Por lo tanto, uno de los trabajos de los investigadores consiste en comprobar la veracidad de esas historias contadas, que a veces provienen de testigos directos, y que en otras llegan hasta nosotros por trasmisión oral de terceros, quienes a su vez recibieron esos datos de personas que, en la mayoría de los casos, ya han fallecido. Otras veces se descubren datos en los diarios de la época, sin que exista la posibilidad de hacer un chequeo de esa información, también porque el paso del tiempo imposibilita conseguir testigos vivos de esos sucesos descritos por la prensa de antaño. Es una tarea difícil, pero obligada, tratar de verificar cuáles de los datos recibidos son verdaderos y cuáles falsos. Es común, por ejemplo, que la gente crea haber conocido a determinados personajes del nazismo, como Hitler mismo o Bormann, cuando en realidad no ha sido así y se trataba de otra persona. A veces, es posible que esos testigos hayan visto a nazis de poca monta, cuya verdadera identidad no conocieron, y los confunden con auténticos jerarcas del Tercer Reich. En otras oportunidades, creen reconocer a nazis cuando en realidad se trata de alemanes ancianos, que nadan tienen que ver con el nazismo o que, a lo sumo, fueron simpatizantes o partidarios de esa ideología. En estas situaciones el investigador tiene ante sí el desafío de tener que poder separar la paja del trigo, esto es, la información cierta de la que no lo es, con la limitante de que solo cuenta con los dichos de ese testimonio, sin la posibilidad de cotejar esos datos orales con fuentes documentales.

Todo parece indicar que «Papi González» era un nazi que encontró refugio en Tabio, y que Salamanca padre alojó en su casa a un coronel alemán fugitivo, Hans, y a su familia, tal como le contó a su hijo arrancándole la promesa de que no les dijera nada a los demás sobre este asunto. En los próximos capítulos, Iremos directo al grano, dejaremos de lado casos confusos, con el fin de demostrar que varios nazis, incluyendo a Adolf Hitler, llegaron a Colombia.

Capítulo VIII

Hitler, ¿de Alemania a Colombia?

Cuando volví a ver a Hitler, un mes más tarde, en una hacienda de la sabana de Bogotá, supe cómo había efectuado el vuelo. En la madrugada del 26 de julio aterrizaron las avionetas en el campo de aviación de La Florida, en ese entonces abandonado, abajo de la calle 68 en Bogotá.

LUDORO LLAMA SELTZ, 1948

Los diarios dicen que Hitler está en Colombia

Desde marzo de 1945, varios submarinos alemanes comenzaron a evacuar a los nazis con rumbo a Sudamérica, en el marco de una planificada evasión, ante la posibilidad de que Alemania perdiera la guerra, tal como finalmente ocurrió. La eventualidad de ese desenlace no querido fue visibilizada por Hitler con suficiente antelación, razón por la cual preparó un plan B, consistente en escapar él y sus hombres, y a la vez poner a salvo el capital del Tercer Reich. Como se trataba de una evacuación rápida y secreta, era lógico que el Führer diseñara esa estrategia pensando que el transporte ideal para la fuga fueran los «lobos grises», los eficientes submarinos nazis. Luego de partir de Europa, ¿hacia dónde fueron los U-Boote? Gran cantidad de documentos de los archivos de la Armada argentina demuestran que hubo una actividad de submarinos germanos en aguas del Atlántico sur, especialmente durante el invierno de 1945. Incluso dos U-Boote, el U-530 y el U-977, se rindieron oficialmente en Argentina, en julio y en agosto de ese año, en el puerto militar de Mar del Plata, ante la sorpresa del mundo que pensaba que ya no había submarinos nazis navegando, habida cuenta de que Alemania se había rendido en mayo (para ese entonces, los Aliados habían asegurado que los mares estaban libres de la presencia de unidades de la flota submarina germana, lo cual, tal como quedó demostrado luego, no era verdad). A esto se le sumaron las versiones — algunas oficiales, como la del jefe soviético Joseph Stalin — que aseguraban que Hitler había escapado exitosamente junto a su amante Eva Braun.[1] Por esta razón, vahos diarios del mundo dieron informaciones en las cuales se especulaba con la posibilidad de que Hitler hubiera escapado en algunos de esos submarinos fantasmas.

Hitler en Bogotá

Ahora bien, tomando ese marco histórico de referencia, sobre la fuga de los nazis hacia Occidente, ¿hay información pública sobre la presencia de Hitler en Colombia? Sí. ¿Cuándo aparecen esos datos por primera vez? En 1948, año durante el cual se publican ciertas informaciones en los medios de prensa, inicialmente basadas en un anónimo que un sujeto, que se hace llamar «Amigo, amigo, amigo», envió a la dirección del diario colombiano *El Tiempo*. De esa misiva se hace eco ese matutino y el semanario estadounidense *Nueva York al Día*, que se editaba en español en esa ciudad estadounidense. En ambos casos, estos medios transcriben la carta de «Amigo, amigo, amigo» y luego, en siguientes ediciones, agregan información propia y se publican dos misivas más que, desde el anonimato, aseguraban que Hitler había ingresado a Colombia. Una escrita por un colombiano que dice haber trabado lazos de amistad con Hitler en Europa, y que luego lo recibió cuando el jerarca nazi, tras cruzar el Atlántico, se refugió en la nación sudamericana. La otra, de un exagente alemán que dice haber participado del plan que permitió que el jerarca nazi llegara a Colombia.

Como desde 1945, cuando Alemania se había rendido ante los Aliados, se especulaba con la posibilidad de que Hitler se hubiera escapado, y que consecuentemente estaría vivo en algún lugar del mundo, la publicación de la noticia produjo una enorme conmoción. Es de pensar que las autoridades nacionales reaccionaron de algún modo, no públicamente —no hay registro de declaraciones oficiales sobre el caso por parte de los funcionarios de la época—, y que se activó el servicio de inteligencia colombiano ante la inquietante versión que aseguraba que Hitler estaba oculto en algún lugar cercano a Bogotá. ¿Qué hizo entonces el presidente conservador Mariano Ospina Pérez cuando trascendió esa información? ¿Hubo directivas del primer mandatario al servicio de espionaje para que se tratara de confirmar los datos que, sobre el jerarca nazi, sorprendentemente se aportaban desde la prensa? Seguramente esto fue así, pero no lo sabremos hasta que el gobierno de Colombia desclasifique esa información existente, pero hasta hoy secreta. En ese sentido, en un próximo capítulo veremos la suerte que corrió un pedido del autor solicitando al Departamento de Espionaje y Contraespionaje del Ejército de Colombia que libere información sobre la presencia de Hitler en dicho país. Lo cierto es que, en 1948, al conocerse esa información publicada por el diario *El Tiempo*, también reaccionaron, como era de esperar, los soviéticos y los norteamericanos. Los primeros incrementaron significativamente el personal de la embajada rusa en Bogotá — que se había abierto en 1943, en plena guerra mundial— y no con empleados administrativos, sino con hombres de los servicios de espionaje comunista que, desde 1945, estaban al tanto de que el jerarca nazi se había escapado (fueron los soviéticos quienes invadieron

Berlín y llegaron al búnker de Hitler para capturarlo, pero descubrieron que este se había fugado). Si el incremento de efectivos rusos fue tan notorio — hay por lo menos un comentario público, también en el diario *El Tiempo*, sobre el significativo aumento de la dotación de la embajada de la URSS—, es de suponer que los soviéticos trajeron agentes que se dedicaron a corroborar si el Führer realmente había llegado a Colombia. Respecto a los estadounidenses, fue el FBI el que se ocupó del tema, en principio colectando los artículos periodísticos y enviándolos a Washington para su evaluación. Esto consta en un paquete de documentos de ese organismo, hoy desclasificado, relacionados con el exilio de Hitler, que abarca un periodo que va desde 1945 hasta los años sesenta.

El primer informe de ese servicio norteamericano, relacionado con Colombia — los documentos también se refieren a otros países, especialmente Argentina — es del 3 de agosto de 1948. La referencia (*subject*) de dicho informe no presta lugar a dudas respecto al tema que se trata: *Reported presence of Adolf Hitler in Bogotá, Colombia*. Es significativo que el documento haya sido enviado por el director de FBI, John Edgard Hoover, al jefe de la División de las Actividades de Correlación en el Exterior (Foreign Activity Correlation) dependiente del Departamento de Estado, cuyo nombre está tachado en el documento en ciernes.[2] Digo «significativo» porque el jefe del FBI, Hoover, se ocupó de impulsar oficialmente el tema, lo que no habría ocurrido si los norteamericanos tenían la certeza de la muerte de Hitler en 1945.[3]

En ese sentido, Hoover envió al titular del Foreign Activity Correlation copia de la carta anónima que fuera publicada inicialmente por el diario *El Tiempo* y luego por el semanario *Nueva York al Día*, en 1948, firmada por «Amigo, amigo, amigo», quien da detalles de la presencia de Hitler en Colombia. El jefe del FBI envió el informe al titular de la división citada, dependiente de la Secretaría de Estado, para «cualquier acción que considere apropiada». En el documento del FBI se adjunta traducción al inglés de la carta y artículos aparecidos en el semanario *Nueva York al Día* que, en su edición del 22 de mayo de 1948, publicó un gran título en su tapa, que decía: «*Rumorase* [s/c] *que Hitler se halla en Bogotá*».

«*Amigo, amigo, amigo*»

Veamos ahora textualmente el informe del FBI en el que se traduce la carta anónima, tomada tal como fue publicada por el semanario *Nueva York al Día*, en forma resumida, incluyendo el título y sumario del respectivo artículo:

Se rumorea que Hitler está en Bogotá.

Una fantástica carta provee detalles que despiertan curiosidad en las personas más escépticas.

El diario *Nueva York al Día* reproduce la carta mandada al diario *El Tiempo* en Bogotá, por una persona no identificada que firma como «Amigo, amigo, amigo». La carta está mandada desde Oranjestad, isla de Aruba, con fecha el 27 de abril de 1948. El escritor llanamente [directamente] declara que Hitler está ahora en Bogotá. «Amigo, amigo, amigo» dice que Hitler está en perfecto estado de salud. Él la última vez que vio a Hitler fue aproximadamente diez días atrás. Tan pronto la guerra comience entre los Estados Unidos y Rusia, Hitler planea ubicarse a sí mismo como el líder del mundo occidental. Espera armar un ejército de cinco millones de hombres en el hemisferio occidental, para liderar una cruzada general contra el bolchevismo. «Amigo, amigo, amigo» afirma que Hitler ha declarado que «si la guerra estalla, aproximadamente dos tercios de la población del mundo pueden sucumbir, pero quedará suficiente espacio como para permitir que los conquistadores se expandan hacia caminos siderales donde podrán disfrutar de la permanencia de la grandeza y la paz». «Amigo, amigo, amigo» dice que Hitler aspira a la conquista de la Luna y Marte después de derrotar completamente a Rusia[4].

En esta primera parte de la carta tenemos un dato a tener muy en cuenta: la persona que escribe asegura que estuvo con Hitler en Bogotá «hace diez días», o sea que estaríamos hablando de abril de 1948. Respecto a otras consideraciones, se puede decir que desde el fin de la Segunda Guerra Mundial se especuló con que, si realmente Hitler había escapado, su figura podía ser un elemento reunificador en Europa para combatir al comunismo, en el caso de que llegara a estallar una nueva guerra, que esta vez tendría por un lado a los países capitalistas, liderados por los Estados Unidos, y por el otro a los comunistas, encabezados por la URSS. Obviamente, los germanos estarían junto a los norteamericanos en esta «cruzada contra el mal». Respecto a los deseos del jerarca nazi de conquistar la Luna y Marte, en primera instancia pareciera una acotación descabellada pero que aquí se tratará de interpretar. Esta mención al tema se podría encuadrar en el hecho de que, al terminar la guerra, la tecnología espacial de los nazis, así como sus científicos, fueron transferidos a los Estados Unidos donde, comandados por el ingeniero Wernher von Braun, se trabajó en el desarrollo del plan espacial norteamericano que tenía como una de sus metas de mediano alcance que el hombre llegara a la Luna.[5] Por otra parte, la idea de «conquistar el espacio» efectivamente se encontraba en la cabeza de Hitler en los años cuarenta y de ahí la existencia de distintos proyectos secretos, hoy conocidos, que incluían la posibilidad de fabricar grandes cohetes y hasta platillos voladores. Claro que estas cuestiones, en boca del anónimo informante, nada aportan para poder verificar si Hitler realmente estuvo en Colombia, que es el propósito de esta investigación histórica. Entonces, con ese fin, vamos a

continuar analizando qué dice la misiva, para corroborar cuáles de los datos aportados son ciertos y que, en el caso de ser verdaderos, podrían hacer que la historia se tenga que volver a escribir:

«Amigo, Amigo, amigo» provee la siguiente información relacionada al arribo de Hitler a Colombia:

Hitler desembarcó del submarino «R.V.Z. - 1048» en Bahía Honda, costa de Guajira en Colombia al amanecer del 19 de julio de 1945.

Él estaba acompañado por seis hombres: dos de ellos eran expertos en radio e instrumentos de precisión; dos de ellos eran teniente coronel, uno de ellos un oficial de infantería y el otro un oficial de artillería; un hombre era mayor en la fuerza aérea, y el último era un experto en submarinos. Todos estaban vestidos en ropa civiles, disfrazados de campesinos. Llevaban equipos que estaban cubiertos de hule y bolsas de lona, que contenían dólares americanos por tres millones de dólares. Este dinero estaba a su vez camuflado con ropa de uso casero por encima y por debajo. Cuando el «grupo» desembarcó en Bahía Honda fueron recibidos por cuatro fuertes indios guajiros, que los estaban esperando en un punto especial para guiarlos a ellos y sus equipos a los lugares acordados. Dos agentes u hombres de contacto vinieron con estos indios. Ellos habían arreglado todo previamente y tenían caballos y una camioneta esperando en la cercanía. Hitler y su escolta tuvieron un viaje muy arduo. Estaban forzados a viajar de noche y a veces temprano, en el amanecer. Finalmente llegaron a un pequeño puerto en Magdalena, allí ellos abordaron pequeños botes de carga o barcazas y viajaron a otro puerto en el mismo departamento. Viajaron en tercera clase. Desde la capital de Santander a Pamplona volvieron a viajar en camión, y de Pamplona a Bogotá viajaron en un auto especial. Ellos nunca se detuvieron en un hotel de ningún tipo. Los hombres de contacto o agentes de enlace se hicieron cargo de obtener los pasajes en los botes, etc., y de proveer transportes y provisiones. Los camiones y otros vehículos siempre se abordaban en lugares aislados que estaban a una distancia razonable de los pueblos o ciudades[6].

En este párrafo de la carta por primera vez se describe cómo podría haber llegado Hitler a Colombia, esto es, en el submarino nazi U-1048, también el sitio donde habrían arribado, Bahía Honda — un pequeño, pero muy profundo espejo de agua, localizado en el norte de la península de La Guajira —, y se menciona la travesía que hizo Hitler, y el grupo que lo acompañaba, para llegar a Bogotá, donde viviría un tiempo en una hacienda ubicada en cercanías de la capital del país. La carta continúa afirmando que en Bogotá Hitler va mucho al cine «con el mejor propósito de observar los noticieros cinematográficos» y que también «frecuentó desde su llegada los teatros» de la capital

colombiana. Estos datos curiosos, de un Hitler que no se quiere perder películas y obras teatrales, serán desmentidos luego por un colombiano que fue anfitrión del jerarca nazi, quien, como veremos más adelante, confirma el relato de «Amigo, amigo, amigo», en general, pero corrige algunos detalles de esos dichos, como este, asegurando que Hitler, por razones de seguridad, no iba a esos espectáculos y permanecía la mayor parte del tiempo en la hacienda donde estaba refugiado. Respecto a la apariencia del jerarca nazi, el informante asegura que «Hitler usaba anteojos, y una frondosa barba al principio, lo que le daba una apariencia de un extranjero apático que parecía tener una salud delicada». La carta sigue así:

Hitler frecuenta tres haciendas distintas, en las sabanas [s/c] de Bogotá, y posee, en una de estas haciendas, suficientes caballos, postas y otros empleados, que nunca saben ni han sabido hasta el presente, con qué clase de personaje trabajan. De las tres haciendas una está arrendada, otra es de un «conservador» distinguido y riquísimo y la otra es propia, comprada por manos de terceros. Con tres meses de anticipación a su llegada a la capital. Hitler recibe todos los días los diarios principales de Colombia, más periódicamente el «The New York Times», y muchas revistas. Posee tres estaciones de radio clandestinas y no menos de cinco receptores en diferentes puntos estratégicos. Tiene en su hacienda propia, un bosque, donde ha constituido una especie de «montaña sagrada». Esta montaña tiene una eminencia de unos doscientos cincuenta metros de elevación sobre el terreno. Sus agentes coordinadores le han conseguido toda clase de aparatos mecánicos para asuntos de meteorología y bastante música. Casi nadie frecuenta este bosque, sí que Hitler finge visitar, para sólo asuntos de cacería.[7]

En estos párrafos el informante describe los lugares de refugio de Hitler como tres haciendas agregando que una es propia del líder nazi, que fuera comprada por un testaferro. Cabe aclarar que cuando dice «sus agentes coordinadores» — que son quienes en este caso le consiguen instrumental meteorológico y discos —, «Amigo, amigo, amigo» se refiere a sí mismo, pues luego asegurará que esa era su función, un trabajo que le permitía conocer detalles de la vida de Hitler en Colombia. Es cierto que el jerarca nazi era un gran lector de noticias y libros, fue célebre su biblioteca personal en Alemania, así como un amante de la música, razón por la cual tenía una colección de miles de discos. Además, gustaba de tocar el piano y componer desde su juventud. Por esta razón, hubiese sido lógico que, durante su exilio, conservara sus hábitos de leer y escuchar, e inclusive tocar, la música que le agradaba. La misiva continúa así:

Hitler no es conocido por su nombre ni mencionado como tal por ninguno de sus empleados. Sólo sus fieles servicios alemanes saben su verdadera identidad. Sus empleados lo conocen sólo como un mister minero amigo del sosiego campesino y de la cacería. Posee una buena colección de rifles para cazar y dos magníficas carabinas

alemanas. Tiene a su disposición muchos libros que le llegaron después de su arribo en el submarino y algunos archivos que maneja en una gruta secreta en la montaña sagrada donde tiene lámparas especiales.[8]

Respecto a este párrafo del relato, resulta lógico que Hitler utilizara una identidad falsa, y posible que tuviera archivos guardados en una construcción en la montaña que estaba dentro del predio donde se refugiaba, pero el tema de la cacería no concuerda con los antecedentes del Führer sobre esta actividad. Su postura fue siempre abiertamente contraria hacia la caza. Inclusive su mismo vegetarianismo era de origen ético, ya que se oponía a la matanza de animales. Por ejemplo, sobre la cacería Hitler decía que «el elemento más simpático en la caza es el animal, después el cazador furtivo. Él [el animal] por lo menos pone en peligro su vida. El último tipejo puede declarar la guerra a un corzo. La lucha es demasiado desigual entre un fusil de repetición y un conejo, que no ha progresado desde hace tres mil años». Al discutir con Hermann Goering, jefe de la fuerza aérea y empedernido cazador, le dijo: «¿Por qué no siguen el ejemplo del duque de Windsor? Le he preguntado si le gustaba la caza. Le gusta, en efecto… pero no con una escopeta: no lleva más armas que su cámara fotográfica». Otra declaración en ese sentido, mientras Hitler se desempeñaba como Führer, fue: «La caza y las carreras de caballos son los últimos restos de un mundo feudal ya extinguido».[9] Además de estas expresiones, Hitler sancionó tres leyes proteccionistas: la ley de protección de los animales (*Reichs-Tierschutzgesetz*, de 1933), la ley de caza (*Reichs-Jagdgesetz*, de 1934) y la ley de protección de la naturaleza (*Reichs-Naturschutzgesetz*, de 1935). Así que es improbable que él se dedicara a la cacería, si estaba en Colombia, a menos que fingiera ser un amante de esa actividad para crear un personaje, «un mister minero», al decir de los informantes, que despistara a eventuales perseguidores. Y mencionamos la palabra «fingir» porque es la que también utiliza «Amigo, amigo, amigo» en un párrafo anterior cuando se refiere al bosque que tenía Hitler en su finca («que Hitler finge visitar, para sólo asuntos de cacería»).

Sigamos leyendo la carta:

Posteriormente a su arribo llegaron cuatro técnicos más, algunos de los cuales son especialistas en bombas, mecánica y electricidad. Estos técnicos entraron por Venezuela, por la región del Táchira, y desembarcados también de submarinos. El arribo de Hitler a Bahía Honda, se hizo en un convoy de tres submarinos, salidos desde Hamburgo, de una localidad bastante retirada del área de los bombardeos. Los tres submarinos tomaron tres veces combustible, desde submarinos tanques que ya estaban apostados a lo ancho o largo del Atlántico. Estos submarinos tanques también poseen depósitos submarinos de combustible, en puntos cercanos a algunas islas del Atlántico y cerca de la costa colombiana, que es muy solitaria; poseen más de treinta depósitos muy

estratégicamente guardados. Hay una clase de «empaque de goma», que más parecen grandes peces barrigones muertos que un depósito de esencia. Estas bolsas de combustible son por lo tanto «blandas» y refractarias a su chequeo con detectores de minas y otros implementos. De la misma manera, hay alimentos concentrados bien protegidos así, como tapas a tornillo. Hitler posee cuatro bases submarinas a sus órdenes, con seis submarinos cada una. Y éstas a la vez tienen un sistema de depósitos marítimos de combustible suficiente y de alimentos y drogas, que podrían resistir diez años y aún doce. Las bases están tan bien organizadas que en cualquier momento dado pueden hacer una «cadena continental submarina», que rápidamente podrían poner a Hitler en Europa en perfectas condiciones. Entre los personajes que tiene Hitler en Bogotá hay un eminentísimo médico y cuentan con drogas como para abastecer un hospital de primera con doscientos enfermos.[10]

Este tramo del relato se refiere casi exclusivamente al supuesto trayecto que habría navegado un convoy de tres submarinos, en uno de los cuales viajaba Hitler, con rumbo a Colombia (en otro habrían ido los tres especialistas mencionados en el relato). Se mencionan cuestiones técnicas de aprovisionamiento de combustible y, además, de ser ciertas las afirmaciones, se asegura que toda la estructura submarina que usó Hitler para escapar se mantiene operativa al momento de haber sido escrita la carta, incluyendo los submarinos alemanes. A este respecto, se afirma que, así como lo trajo al jerarca nazi a Colombia, lo puede llevar rápidamente a Europa. Esta narración se hace tres años después de haber terminado la guerra y supondría entonces que parte de la flota de U-Boote, lejos de haberse rendido — y por ende haber entregado sus unidades a los Aliados —, se encuentra oculta y preparada ante cualquier eventualidad (por ejemplo, el inicio de una tercera guerra, con la decisión de que Hitler se ponga al frente de un ejército anticomunista). Por otra parte, la mención a la relación del jefe nazi con un «médico eminentísimo», en la medida que no se da el nombre del doctor es meramente anecdótica, hasta que sepamos de quién se trataba.

Continuando con la carta, finalmente «Amigo, amigo, amigo» le propone al director del diario *El Tiempo* darle, a cambio de cincuenta mil dólares, mayores precisiones sobre la historia de Hitler en Colombia.[11] En el párrafo final de la misiva el anónimo informante así lo plantea:

Entre los «agentes coordinadores» estaba el suscripto, que se ha retirado, hace sólo dos meses, y como no veo en Hitler a ningún personaje fatídico para la humanidad ni criminal como lo ha querido afirmar la prensa del mundo, más bien lo considero uno de los grandes genios del mundo, y no siendo alemán de origen, tampoco por este motivo me propongo no perseguirlo ni inflamarlo.

Estoy sólo dispuesto a ganarme 50 000 dólares, por los relatos completos de esta grande y fantástica odisea, suministrando fotografías completas y datos concretos al periódico que me ofrezca, con la única condición de no dar los nombres de las haciendas, ni su localización precisa, a no ser que Hitler abandone Colombia. Si estalla la guerra mundial nueva, entonces comprobaría con mucho gusto su último paradero. Pues no deseo que se le persiga y sólo deseo INFORMAR AL MUNDO de que el salvador occidental está vivo, y muy vivo, dispuesto a tomar su puesto de mando, contra el comunismo que amenaza desatarse sobre el planeta en una horda avasalladora y sangrienta. Por la prensa me daré cuenta de su oferta, para el relato completo de todo, pero antes debe existir la «bonificación» inicial o retribución por este informe.

Muy atentamente,

Amigo, amigo y amigo[12].

En el documento del FBI, que traduce al inglés el artículo que se ha analizado, se omite transcribir el primer párrafo de la carta, que es clave a la hora de querer saber si «Amigo, amigo, amigo» envió la misiva al director de *El Tiempo* para que este la publicara, o si en cambio lo hizo para que, sin que trascendiera su contenido, él pudiera negociar la entrega de mayor información a cambio de cincuenta mil dólares. Al respecto, la carta original comienza diciendo: «Tengo el gusto de dar a Ustedes la más sensacional noticia que pueden dar a su leído y poderoso diario en estos últimos tiempos y en esta hora neurálgica de la humanidad vacilante: Hitler se encuentra en Bogotá». Si interpretamos que el informante se ha propuesto dar a conocer una «noticia» para que los lectores se enteren, parece evidente que lo hace para que los datos de la misiva se publiquen sin más. Ahora bien, ¿es compatible el hecho de hacer pública la presencia de Hitler en Colombia, con la pretensión de querer cobrar luego una suma a cambio de revelar detalles de la vida del jerarca nazi en ese país? Hacer pública la información, significaba alertar a Hitler y también dar pistas a sus enemigos, generando un cuadro no querido, ya que se atraería la atención de todo el mundo, obligando al jerarca nazi a escapar. Tampoco sabemos si hubo negociaciones entre el informante y las autoridades del diario *El Tiempo*, en el marco de la propuesta de pagarle a este hombre una suma a cambio de que diera mayor información sobre la presencia de Hitler en Colombia.

Retengamos los datos de este primer relato, ya que a partir de él se generarán múltiples versiones, se publicarán nuevos artículos y se incluirá esta historia en libros y sitios web hasta el presente.

El Tiempo

En este punto de la investigación debemos saber quién era el propietario y quién dirigía en esos años el diario *El Tiempo*, a la sazón el más importante de Colombia. Simplemente porque esta primera carta, así como otras que veremos, fueron dirigidas al director de ese matutino, que las publicó, así como otras notas complementarias y columnas de opinión relacionadas con el tema de Hitler. Por otra parte, si las hubo, podría haber participado de las negociaciones con el informante que pretendía cobrar cincuenta mil dólares para aportar más datos sobre Hitler. *El Tiempo* había sido fundado en 1911 por el periodista y abogado colombiano Alfonso Villegas Restrepo y dos años después — cuando atravesaba un difícil momento económico — el medio de prensa fue comprado por un joven funcionario del ministerio de Relaciones Exteriores, que se venía desempeñando como columnista de la misma publicación: Eduardo Santos Montejo. No es un dato menor si se considera que este hombre, otrora un discreto periodista, con el paso del tiempo se convirtió en un político influyente que llegó a ser presidente de Colombia en el período 1938-1942.[13]

A partir de la edición número 686 de ese diario, del 10 de julio de 1913, Eduardo Santos figuró como único «director-propietario» de *El Tiempo*, excepto cuando cumplió sus funciones como jefe de Estado, momento durante el cual dejó la dirección a Germán Arciniegas, primero, y a Roberto García Peña, después. Una vez terminado su mandato como presidente de la República, Eduardo Santos siguió figurando en el organigrama del periódico como «director-propietario» hasta su muerte, ocurrida en 1974. Así que la carta de «Amigo, Amigo, amigo» estaba dirigida a Santos, que ya había sido presidente de la nación, y también a él estaría dirigida la sugestiva misiva que a continuación pasaremos a analizar. Esta segunda carta aparece como una respuesta y una confirmación, también anónima, de la primera que hemos analizado anteriormente.

El colombiano Ludoro Llama Seltz

En otro informe del FBI da cuenta de una publicación del diario *El Tiempo*, de su edición del 20 de junio de 1948, donde se presenta la carta de un colombiano que se hace llamar Ludoro Llama Seltz. Al respecto, el mismo informante dice que utiliza un nombre falso y confirma, por haber participado personalmente de la recepción de Hitler en Colombia, la historia contada antes por «Amigo, amigo, amigo». Como en el caso anterior, se presenta textualmente el informe del FBI que resume, incluyendo títulos y bajadas, la carta publicada en *El Tiempo* en la fecha antes mencionada. Veamos primero el título y el encabezado:

Sensacionales afirmaciones del Führer en Bogotá [título principal]

Fantasía o Realidad sobre Hitler

Un colombiano confirma la historia contada por «Amigo, amigo, amigo». El viaje en submarino, la muerte de Eva Braun y el desembarco en La Florida. La muerte de Gaitán habría sido un golpe maestro contra el comunismo por parte de Hitler. El plan «Niebla» y la nota musical. Qué colombianos formaron parte de la aventura. Hitler ya ha desaparecido de la sabana de Bogotá.[14]

Como un elemento nuevo, en esta misiva se relaciona la presencia de Hitler con la política interna colombiana, en particular con el asesinato del dirigente liberal Jorge Eliécer Gaitán, y la posibilidad de que, a partir de esa muerte, se creara una tensa situación internacional que culminaría con un enfrentamiento bélico entre los Estados Unidos y la Unión Soviética — desde antes de que terminara la guerra el Führer deseaba que se desatara la guerra entre el bloque de países capitalistas y la URSS —, tal como lo veremos más adelante. Tras presentar el tema de este modo, el diario colombiano recuerda que, en el mes de mayo, ese mismo medio había publicado la carta firmada por «Amigo, amigo, amigo», destacando que en ese entonces el anónimo informante «pedía cincuenta mil dólares para revelar, con datos más precisos, la existencia de Adolf Hitler en la sabana de Bogotá». Luego, el matutino revela que «ayer recibimos, con procedencia desconocida, pero seguramente distante por razón de la fecha, la carta de un ciudadano que dice ser un colombiano y el cual se desfigura sus apellidos para no ser identificado». El artículo agrega que «el desconocido dice que el relato de "Amigo, amigo, amigo" es la estricta verdad, y cuenta su sensacional intervención en este «*affaire*», y lo relaciona con el asesinato del doctor Gaitán». Veamos ahora el texto de la carta enviada por quien se hace llamar Ludoro Llama Seltz, dirigida al director del diario *El Tiempo*;

Nada de fantástico tiene la relación aparecida en su edición de ayer firmada con el seudónimo de «Amigo, amigo, amigo», en la cual se da cuenta [de] la presencia de Hitler en la sabana de Bogotá. Desde enero de 1945, hace aproximadamente tres años, he estado enterado de los planes del ex canciller alemán para el futuro. Por pura coincidencia vine a formar parte de ellos. Ya que han sido revelados a través de una tercera persona, y con el fin de aclarar, en vez de entorpecer y mistificar, el relato, quiero hacer un recuento escueto de cómo llegué a formar parte de un gigantesco plan contra el comunismo soviético.

Hasta aquí se pueden realizar algunos comentarios. El nuevo informante, Ludoro Llama Seltz, escribió la carta en mayo, al día siguiente que apareciera la misiva de

«Amigo, amigo, amigo», pero es publicada más de un mes después. En ese sentido, el mismo diario afirma que la carta de Llama tardó mucho en llegar, razón por la cual se presume que tuvo origen en un lugar lejano, aunque no se dice de dónde, y entonces no sabemos el sitio de procedencia de esta. Llama, que asegura ser de nacionalidad colombiana, de entrada trata de destacar que conoce, por estar involucrado en el viaje de Hitler a Colombia, la existencia de un gran plan del jerarca nazi para luchar contra el comunismo, esta vez desde su exilio. En síntesis, el escape, lejos de ser un acto de cobardía, es presentado como parte de una gran estrategia secreta. Con este criterio, la fuga tenía como objetivo que Hitler se pusiera a resguardo, no para esconderse por siempre de sus verdaderos enemigos, sino para preparar, desde las sombras, un plan para combatir al comunismo en todo el mundo. El texto continúa así:

Yo soy un colombiano y dueño de extensas propiedades. Fui educado en Europa y he pasado la mayor parte de mi vida viviendo fuera de mi país. Sólo como un capricho, cuando estaba en Berlín, en los juegos Olímpicos de 1936, insistí en conocer a Hitler.

Un ex compañero de clase mío, que era amigo del ministro de guerra alemán, intervino y arregló el encuentro. Estuve extremadamente favorablemente impresionado por la brillantez y genial personalidad de Hitler. Siempre había pensado que Hitler despreciaba la raza latina, en particular los hispanoamericanos, pero la manera en la que él me recibió, la hospitalidad que él extendió hacia mí, y la larga conversación que mantuvimos, cambió mi opinión completamente. Desde ese momento en adelante, cada vez que yo estaba en Alemania, trataba de arreglar para tener una entrevista con él, y de esa manera se desarrolló nuestra amistad. Más de una vez, estuve a sus servicios en asuntos concernientes a diplomáticos sudamericanos. Una vez diseñamos un plan para la industrialización de América Latina con la base de inversiones alemanas. Yo quería poner en práctica un experimento relativo a la industrialización de vahas tierras de las que yo era dueño en ese momento en el departamento de Nariño. Cuando los expertos alemanes que iban a colaborar en estas tareas estaban listos para hacer el viaje a Colombia, estalló la guerra.[15]

En estos párrafos el hombre no solo asegura haber conocido a Hitler, antes de que estallara la guerra, sino haber establecido una relación de «amistad», según sus propias palabras, que le habría permitido reunirse con el jerarca nazi más de una vez. Además, dice que colaboró con el Führer en temas relacionados con los diplomáticos sudamericanos ante Alemania y, como si esto fuera poco, pensó junto a él en un plan para industrializar América Latina con capital alemán. El plan se interrumpió cuando comenzó la guerra, pero ¿es posible que haya continuado al término de la conflagración? No existen investigaciones académicas realizadas para demostrar que efectivamente se realizaron inversiones de capital nazi en Colombia, como sí ocurrió en

otros países al término de la Segunda Guerra Mundial. Si realmente eso pasó, ¿puede hoy ser rastreadle ese flujo de divisas alemanas para crear empresas u otros emprendimientos en territorio colombiano? Esto lo veremos más adelante. Otro dato que se brinda en el relato es que este hombre tenía extensiones de tierras en Nariño.[16] ¿Puede ser hoy descubierta su identidad, inicialmente verificando quiénes eran durante esos años los grandes propietarios en esa zona? Un terrateniente de Nariño que además vivió gran parte de su vida en Europa, tal como él mismo lo asegura. Entonces la gran pregunta, que podría agregar una pieza a este rompecabezas, es: ¿se puede llegar a deducir, mediante una investigación apropiada, quién era el colombiano que se hizo amigo de Hitler, con los datos aportados en la carta que en su momento publicara *El Tiempo*?

Continuemos viendo el texto para analizarlo:

Durante la mayor parte de la guerra estuve en Europa, excepto durante un breve interludio de varios meses en Colombia atendiendo mis asuntos de negocio, y unos pocos días en el verano que pasé en Bermuda, en ese tiempo bajo el rígido control de las autoridades militares británicas. Hacia el final de 1944, cuando estaba en un país europeo, el nombre del cual no puedo divulgar, fui víctima de la GPU soviética [Policía Secreta Rusa] que había definitivamente confirmado mis estrechos lazos con Alemania. Luego de tres días de terrible persecución, tuve éxito en cruzar la frontera hacia otro país donde el gobierno soviético no podía operar con tanta libertad.[17]

En este párrafo de su misiva el informante hace crecer su propia figura. Ya no se trata de una persona que conoce a Hitler, sino que, además, por su relación con los nazis — ha prestado servicios al Reich y asesoró personalmente al Führer —, es perseguido por los servicios soviéticos, de los que logra escapar, huyendo de una nación, que no sabemos cuál es, a otra cuyo nombre también ignoramos, para poder estar más seguro. Si esto ocurrió en 1944, no había muchos Estados confiables que garantizaran cierta seguridad a quienes estaban del lado de los nazis. Quizá las naciones neutrales como España o Suiza, o algunos pocos más donde todavía los nazis mantenían firmes sus posiciones ante el avance de sus enemigos, por caso Dinamarca. En ese sentido, recordemos que para fines de ese año los Aliados occidentales habían avanzado muchísimo desde el oeste, y lo mismo las tropas comunistas desde el este, lo que implicó la ocupación de varios países que quedaron bajo la órbita soviética. Se trataba de una operación en pinzas combinada, entre fuerzas anglonorteamericanas y soviéticas, que estableció un cerco que se iría cerrando sobre Berlín, situación que culminaría con la rendición incondicional del Tercer Reich.

Continuando con la carta, a partir de aquí el informante hace una crónica de los acontecimientos posteriores que le tocó vivir con fechas exactas. A saber:

12 de enero de 1945.- Yo recibí una visita de X, agente alemán conocido. Él me insinuó la posibilidad de la derrota alemana y me dio un plazo de dos días para pensar el punto más conveniente en Sudamérica como refugio para Hitler y un grupo de científicos y oficiales alemanes, en caso de que éstos tengan que «desaparecer» temporalmente del escenario mundial.

13 de enero 1945.- Me devano los sesos pensando qué sitio puede ofrecer mayor seguridad. Opto por recomendar a mi patria, Colombia. Sus inmensos territorios despoblados se prestan para ocultar Hitler y sus acompañantes. Además, allí poseo yo terrenos aislados especialmente adecuados para el propósito que se persigue y, siendo mi patria, podré trabajar con mayor facilidad. El grupo bien puede entrar al país por dos sitios: por la costa pacífica de Nariño, o por la desguarnecida costa de la Guajira. Habiendo estado siendo joven en Riohacha, Castilletes, Bahía Honda y Manaure, y considerando que el viaje por el Pacífico se dificultaría enormemente, pues habría que volar o atravesar el canal de Panamá (aún ignoraba que existiera una ruta de submarinos entre Europa y las Américas, y que el viaje se efectuaría en submarino), decidí recomendar la entrada vía Guajira.

De acuerdo con estos textos, ahora los nazis, en la etapa más crítica para ellos desde que comenzó la guerra, recurren a Ludoro Llama Seltz. El servicio secreto alemán, mediante un agente, le pide consejo para buscar un refugio para Hitler. Su interlocutor, el espía X, lo contacta y le hace esa consulta ante la eventualidad de que Alemania sea derrotada y el Führer se decida a escapar junto con los suyos. Para esa fecha — tras perder su última gran carta en la batalla de las Ardenas —,[18] Hitler ya es consciente de que está vencido, aunque no lo diga públicamente. Comprende que la derrota es solo cuestión de tiempo, mientras comienza a cerrarse el cerco del enemigo y las bombas de la aviación aliada hacen estragos en Alemania. El jefe del Tercer Reich sabe que va a perder la contienda y, ante esa eventualidad, tiene listo el plan B de evacuación (denominado «Generalplan 1945»), que se ha preparado con mucha anticipación. Es en ese marco que se debe entender la supuesta consulta del agente X al colombiano. Es posible que Ludoro Llama Seltz desconociera hasta ese instante dicho plan de fuga, ya que el mismo espía que lo contacta es quien lo entera por primera vez de que Hitler podría llegar a escapar. Por esta razón, Llama asegura que, hasta ese momento, él no sabía que había «rutas» trazadas de antemano para que los nazis escaparan en submarino desde Europa.

Continuamos leyendo el documento del FBI que transcribe la carta de Llama:

15 de enero de 1945.- Me he reunido con X. Recomiendo la entrada por la Guajira, y le entrego una guía de viaje que habrá de llevar al grupo de Hitler desde la Península hasta mi propiedad en Nariño, en forma perfectamente secreta.

30 de enero de 1945.- Hasta hoy he contactado con X. Me instruye viajar inmediatamente a Colombia para arreglar los detalles del plan. X me informa que el viaje será hecho en submarino y que Bahía Honda será el punto de entrada. Su ensenada ofrece las mejores condiciones para este tipo de embarcaciones. Además, a solo 300 kilómetros sureste de Bahía Honda, en el departamento de Magdalena, está el campo de aterrizaje natural más largo de Colombia, «La Loma». Convenimos el método de contacto y las claves musicales a base del primer movimiento de la «Sinfonía de los Juguetes» de Hayden, que debo usar para comunicarme con Alemania por medio de radio.

Una vez en Colombia procedo a seleccionar a mis colaboradores o «hombres de enlace». Dos de ellos son servidores fieles a mi familia; el tercero un alto oficial del ejército colombiano; el cuarto un jefe conservador de Antioquía; el quinto un director liberal violentamente anticomunista; el sexto, una inteligente y riquísima «*heiress*» (heredera) deportista del valle del Cauca.[19]

Siguiendo la continuidad de este texto, Ludoro Llama Seltz le entrega al agente X una «guía de viaje» para que Hitler, ya estando en Colombia, pueda llegar desde la Península (de La Guajira) hasta las tierras que el colombiano tiene en Nariño. Se podría entender que dicha guía era un mapa que tendría marcado el recorrido a realizar por el Führer y su grupo. Llama, al proponer el ingreso por La Guajira, ha tenido en cuenta, tal como se verá más adelante, la existencia cerca de allí de un gran campo de aterrizaje natural conocido como «La Loma». Hay que tener en cuenta que, hasta ese momento, según lo asegura el mismo Llama, él no sabe qué modo de traslado elegirá el Führer para llegar a Colombia. En ese sentido, La Guajira ofrecía la posibilidad de ser un buen lugar para llegar por agua, y La Loma por aire.

En este último punto nos detendremos un momento, ya que no era descabellado pensar que, en ese entonces, Hitler podría escapar de Europa en avión, en un viaje sin escalas, habida cuenta de que, en forma secreta, los nazis habían construido máquinas aéreas con autonomía intercontinental. Se trataba del modelo Junker Ju 390, un aparato gigante propulsado por seis hélices, del cual, hasta donde sabemos, se construyeron por lo menos dos aviones, aunque es un misterio cuál fue la suerte de esas aeronaves.[20] Esta posibilidad de una huida aérea de Hitler no escapaba al conocimiento de la inteligencia aliada y, al respecto, se conoce un documento del FBI, con fecha 4 de septiembre de 1944, que claramente advierte sobre esa alternativa. En dicho informe se alerta sobre un posible escape del Führer «en un avión construido especialmente, con

capacidad para cruzar el Atlántico, o como pasajero de un largo viaje en submarino».[21] También es cierto que el campo de aterrizaje de La Loma podía llegar a ser utilizado como el lugar de partida de Hitler, en una segunda etapa de su periplo, después de haber desembarco del submarino. Si esa hubiera sido la decisión, el jerarca nazi podría haber desembarcado en La Guajira para luego abordar una avioneta en La Loma que lo llevaría a su lugar de destino definitivo.

Hecha esta salvedad, volvemos a la misiva publicada por *El Tiempo*. Llama ha recomendado a Hitler la entrada a Colombia por La Guajira y el Führer, que disponía de un plan de evacuación, acepta esa propuesta. Si damos por cierto esto, podríamos decir que el Hitler había preparado un plan de contingencia, lo que es verdad, teniendo en claro cómo y por dónde se evacuarían hombres, divisas y carga (armas, tecnología de punta, etc.); pero que el jerarca nazi podría haber dejado abierto en la fase final, para decidir a último momento cuál sería su propio lugar de destino, eligiendo, según esta versión, a Colombia. Sigamos viendo el texto de la carta:

Para no hacer demasiado larga esta narración, quiero sintetizarla aún más: después de haber efectuado todos los arreglos necesarios, lo que me llevó más de un mes y medio, durante el cual estuve en permanente contacto con Alemania y el «grupo de Hitler» (del cual «Amigo, amigo, amigo» no dice que formaba parte, como lo hacía Martin Bormann), éste desembarcó, efectivamente, en Bahía Honda el 19 de julio de 1945, al amanecer. Los «indios guajiros» de los que habla «Amigo, amigo, amigo», eran nada menos que tres de los «agentes de enlace» más importantes, No podíamos exponernos a contratar verdaderos guajiros, los que algo hubieran maliciado, y nos hubieran vendido a las autoridades. De aquí en adelante, difiere la realidad contada en su diario por «Amigo, amigo, amigo» (quien creo que es un alto y flaco delgado holandés que era miembro del grupo, y que muchas veces vi en la hacienda que más tarde ocuparía Hitler y su comitiva en la sabana de Bogotá).

La reserva no puede ser la causa de la tergiversación de los hechos por parte de este individuo que ahora ofrece vender sus secretos por míseros 50 000 dólares. Ignoro sus motivos.[22]

En esta parte, el colombiano amigo de Hitler dice que — tras haber recibido directivas expresas de los nazis, tal como se vio antes — viajó a Colombia, lo que habría ocurrido en febrero de 1945, y que al llegar a su país inmediatamente se ocupó de los preparativos para la recepción del jerarca nazi, lo que le demandó un mes y medio de labor. Entonces, a fines de marzo de ese año, aproximadamente, esta tarea estuvo finalizada, con lo cual se presume que a partir de ese momento estaba todo listo para recibir a Hitler, llegando el Führer el 19 de julio (el escape del Führer se había

producido en abril)[23]. A partir de aquí, Llama en su crónica toma distancia de «Amigo, amigo, amigo». Al tratar de identificarlo solo por la carta, y sin tener absoluta certeza acerca de quién se trata, cree que es un holandés que formaba parte del grupo que trabajó en las tareas de recepción de Hitler. Al respecto, piensa que es una persona que él vio en una propiedad donde luego residiría el jerarca nazi, aunque Llama opta por no dar a conocer la identidad de ese holandés, que él sospecha que es quien envió la misiva a *El Tiempo*. Al decir Llama que vio a ese hombre en la vivienda que «más tarde» usaría Hitler, se abre una duda: ¿el holandés estuvo allí solamente antes de que llegara Hitler o también cuando el jerarca nazi vivía en ese sitio? Llama también asegura que en la carta del informante anónimo los hechos fueron tergiversados. En ese sentido aclara que, por ejemplo, los indios guajiros, mencionados por «Amigo, amigo, amigo», no son tales, sino que en realidad eran los hombres que participaban activamente del plan de recepción de Hitler. Pareciera que Llama se muestra sorprendido e indignado por la propuesta del informante de pretender cobrar unos «míseros» cincuenta mil dólares para dar a conocer más información sobre Hitler en Colombia. Esta afirmación, además de expresar sus sentimientos, podría tratarse de un mensaje al «grupo Hitler», en el sentido de dejar en claro que él no tiene nada que ver con las intenciones del holandés, de querer cobrar una recompensa a cambio de dar información sobre Hitler.

En la próxima parte de la carta, Seltz asegura que «esto es lo que realmente ocurrió»:

Seis días emplearon Hitler y sus acompañantes a caballo, y únicamente de noche, de Bahía Honda al campo de aterrizaje de «La Loma». A la hora del *rendez-vous* convenida, esperábamos allí yo y tres agentes de enlace. Habíamos logrado conseguir tres avionetas Stinson, de cuatro pasajeros, para iniciar el viaje de allí a Nariño. Entonces, súbitamente fui informado por un alto oficial alemán que Hitler había cambiado de parecer y que ya no se refugiaría en mis propiedades. Hitler, Bormann, dos físicos alemanes y dos pilotos viajarían en las avionetas, a un destino que yo ignoraba. Se llevarían consigo los planos secretos de la bomba aérea V3, de los proyectados cohetes interplanetarios, y el récord (un registro) completo de la investigación nuclear alemana. El nutrido resto del grupo y nosotros viajaríamos, con el equipo de laboratorio y otros elementos que habían traído de Alemania, en camiones y vehículos hacia La Jagua, para luego hacer el resto del viaje por tierra al interior, en vahas etapas.[24]

A partir de ahora Llama describe el viaje de Hitler, confirmando que llegó en submarino a la bahía La Guajira, donde desembarcó con su grupo, para luego viajar a caballo hasta La Loma. Si bien Llama creía que, desde allí, con las avionetas por él conseguidas, se trasladarían a su hacienda de Nariño, en ese momento se entera de que el plan de Hitler es otro. El grupo de fugitivos usará esas avionetas, pero para ir hasta un sitio que, al menos en ese momento, él desconoce. La totalidad de las plazas aéreas

disponibles para pasajeros eran doce, más los tres aviadores que pilotearon las avionetas hasta La Loma y que se supone que las volverían a manejar desde allí hacia el lugar elegido por Hitler (es de notar que en el grupo recién arribado hay dos pilotos germanos). La otra opción, aunque nada dice Llama al respecto, es que para ir al destino se hubieran usado solamente dos avionetas, con los pilotos traídos de Alemania, y que los otros tres aviadores hubieran regresado al aeropuerto de salida, volviendo ellos en la tercera aeronave. Con una avioneta menos, igual había plazas suficientes para los pasajeros del grupo, ya que eran pocos los que utilizarían ese medio: Hitler, Bormann y dos físicos cuyas identidades no se mencionan.[25] Causa asombro que Hitler llevara consigo los documentos de dos de los desarrollos más secretos de los nazis, y posiblemente la presencia de los «físicos» tuviera relación con esos archivos confidenciales. Llama dice que, por un lado, estaban los relacionados con la investigación atómica. En ese sentido, hay que señalar que a principios de 1945 los nazis ya tenían bombas atómicas operativas, un mínimo de dos, que fueron la prenda de negociación entre Hitler y los militares norteamericanos, para llegar a un acuerdo que permitiría a los nazis escapar hacia Occidente, a cambio de entregar a los estadounidenses la tecnología nuclear alemana.[26] Precisamente, en mayo de ese año, cuando el Tercer Reich está militarmente derrotado, un submarino nazi, el U-234, se «rinde» frente a costas de los Estados Unidos cargado de uranio enriquecido suficiente como para fabricar una bomba, tecnología de punta, y científicos alemanes.[27] Inmediatamente, la carga y los científicos son trasladados a los laboratorios de Los Álamos, en Nuevo México, donde se desarrollaba el Proyecto Manhattan, para preparar el terrible artefacto nuclear que, unos meses después, sería arrojado sobre Hiroshima. Entonces, cuando Hitler llega a Colombia con esa documentación, se puede decir que los norteamericanos ya disponían del uranio y elementos nazis transferidos para construir la bomba, además de los científicos que también viajaron desde Alemania. Por otra parte, los estadounidenses comienzan a planear dónde y cómo lanzar la bomba atómica — el primer ataque nuclear de la historia — contra una ciudad japonesa, lo que efectivamente ocurrió a las 8:15 horas del 6 de agosto de 1945, cuando Hiroshima fue reducida a escombros. Hitler tiene entonces en sus manos los documentos de la investigación completa de los nazis relacionados al campo atómico, lo que supone, si bien Llama no lo dice, la forma de llegar a producir bombas nucleares. En ese momento, era un gran misterio cómo llegar a poseer una bomba de ese tipo, razón por la cual esos documentos tenían un altísimo valor; por esto podían ser, sin duda alguna, nuevamente una carta de negociación con potenciales enemigos o un secreto que podía ser vendido por cifras millonadas. En ese mismo sentido, dice Llama que el Führer llevaba los planos de los cohetes interplanetarios que Von Braun terminaría construyendo para la NASA, luego de dejar atrás su pasado nazi.[28]

Continuemos con el relato del colombiano supuestamente amigo de Hitler:

Cuando volví a ver a Hitler, un mes más tarde, en una hacienda de la sabana de Bogotá, supe cómo había efectuado el vuelo. En la madrugada del 26 de julio aterrizaron las avionetas en el campo de aviación de La Florida, en ese entonces abandonado, abajo de la calle 68 en Bogotá. El vuelo fue accidentado. Hubo la necesidad de volar de noche, sobre la cordillera con aparatos que tenían poco poder, y naturalmente no tenían radioemisoras. La habilidad de los pilotos quedó demostrada bajo estas circunstancias. Una vez que aterrizaron, los pilotos procedieron a incendiar las máquinas y sus restos fueron sumergidos en la cercana ciénaga de Santa Marta. En La Florida, esperaban a Hitler tres personalidades que hasta entonces no habían hecho parte del plan que yo conocía. De una de ellas era la hacienda hacia donde se dirigió Hitler. Éste no había querido confiar en mí solamente y a última hora había cambiado sus planes. Yo seguía siendo, sin embargo, parte de su séquito íntimo[29].

El 19 de julio de 1945 Hitler y su grupo desembarcaron en La Guajira. El contingente de fugitivos tardó seis días para llegar a La Loma, o sea que llegaron a dicho campo de aterrizaje el 25 y en horas de la noche de esa jornada, o pasada la medianoche, viajaron a Bogotá, donde arribaron al día siguiente. Al respecto menciona que las avionetas aterrizaron en una pista abandonada de La Florida — hoy un parque natural de doscientas sesenta y siete hectáreas ubicadas al occidente de Bogotá —, y que las máquinas aéreas fueron quemadas, y sus restos arrojados al humedal de Santa Marta. En ese sentido, en el marco del programa Hunting Hitler, de *History Channel*, en el 2015 un equipo de investigadores norteamericanos trató de encontrar en ese pantano los restos de las avionetas, pero sin resultado. El grupo estaba integrado por el veterano agente de la CIA, Bob Baer; el investigador de crímenes de guerra John Cencich, y Tim Kennedy, de las US Especial Forces; así como por técnicos que, con instrumental específico, trabajaron en esa búsqueda.[30]

En La Florida, Hitler fue esperado por tres personas, una de las cuales era dueña de la hacienda, pero cuyo nombre no es revelado.

Llama va a La Florida en agosto, donde estos hombres le cuentan cómo había sido el viaje de Hitler hasta allí. En ese sentido, explica que el jerarca nazi cambió el plan original del viaje en territorio colombiano por desconfianza, lo que era muy común en él. En los viajes en la Alemania nazi también, a último momento, modificaba el recorrido programado, por razones de seguridad, ante la eventualidad de que sus perseguidores supieran el trayecto y planearan un atentado contra su persona. Llama deja en claro que continúa siendo un hombre que se encuentra en el círculo cercano de Hitler, lo que supone que sigue conversando con el jerarca nazi cuando este reside en la hacienda donde se refugiaba. Vale la pena recordar que «Amigo, amigo, amigo», al referirse a las propiedades donde residió Hitler en Colombia, menciona tres haciendas

asegurando que una de ellas fue comprada por el mismo jerarca nazi, mediante un testaferro.

Continuamos con la narración del colombiano:

Desde esa hacienda sabanera se dirigió, durante meses, la lucha anticomunista mundial. Una sola vez a principios de 1946, cuando la legación rusa en Bogotá comenzó a multiplicar su personal, temimos que los soviéticos hubieran descubierto el verdadero paradero del Führer. Nuestros temores se disiparon semanas más tarde, cuando agentes de la GPU, (policía secreta rusa) frustradas sus pistas por la forma genialmente secreta como Hitler y su grupo conducían su operación «Niebla» [así se llamó todo el plan], regresaron a Moscú desalentados. Ahora sabe la opinión porque la legación rusa en Bogotá contaba con un personal tan numeroso. Pero Hitler sabía cada uno de sus movimientos. El grupo tenía su «hombre», dentro de la mismísima legación. Agentes y científicos alemanes continuaban llegando a Colombia, algunos a través de la ruta secreta submarina a través del Atlántico, y otros camuflados como inmigrantes judíos. En una grata ocasión visitó la hacienda sabanera un jefe político republicano de los Estados Unidos. Otros, demócratas y republicanos, vendrían más tarde. En la tranquila casa solariega se fraguaba la más noble de todas las cruzadas: la lucha contra la sierpe[31] roja del sangriento comunismo moscovita.[32].

Llama asegura ahora que el lugar donde residió Hitler en Colombia pasó a ser como una sede central, a nivel mundial, de la lucha contra el comunismo. A tal punto que importantes políticos de los Estados Unidos llegaban allí para visitar al jefe del nacionalsocialismo con el fin de elaborar juntos una estrategia contra Moscú. Sin decirlo en ninguna parte de sus cartas, esto supone un gran acuerdo entre los nazis y los estadounidenses para combatir al «peligro rojo» en todo el mundo, después de la guerra. Dice también Llama que los soviéticos sospecharon que el jerarca nazi estaba viviendo en Colombia y que por esta razón incrementaron el personal ruso en la embajada, con sede en Bogotá, supuestamente con espías que tenían como objetivo verificar su paradero. También aclara que estas novedades que se producían en dicha embajada, las conocía Hitler y su grupo, porque en esa legación había un agente nazi infiltrado. De esa parte del relato, más allá de que los soviéticos no pudieron encontrar al jerarca nazi en Colombia y dejaron de buscarlo, resulta importante la fecha que menciona Llama, ya que sitúa dichas circunstancias a principios de 1946. Si a comienzos de ese año Hitler estaba en Colombia, tras haber llegado en 1945, se había enterado allí de que los norteamericanos arrojaron las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, lo que significó la rendición incondicional de Japón y el fin de la Segunda Guerra Mundial. También desde Colombia Hitler supo que se había iniciado el Juicio de Núremberg —

para juzgar a los nazis —, proceso del cual el Führer estaba excluido por haber «muerto» oficialmente en su búnker de Berlín.[33]

Así sigue la narración de Llama, quien anuncia «la revelación más sensacional de este relato» que cuenta de este modo:

A principios de este año cuando se agudizaban las diferencias entre los Estados Unidos y el Soviet en el seno de la ONU, Hitler creyó llegado el momento de lanzar la guerra santa contra Rusia. Pero era necesario enardecer a toda América, para que, con su apoyo moral y material, se lograra que los Estados Unidos abandonaran su política defensiva y se lanzara contra la U.R.S.S. La 9.ª conferencia panamericana era una ocasión propicia, no solamente se iba a efectuar en Bogotá, donde le era fácil al «grupo» operar por las cercanías de su base de operaciones, sino que ésta se reunía en momentos de incertidumbre dentro de la política interna colombiana. El genio de Hitler concibió el plan perfecto: se daría muerte al líder del Partido Liberal, doctor Jorge Eliécer Gaitán cuando la conferencia estuviera en su apogeo; la culpa, como en el incendio del Reichstag, se echaría fácilmente sobre los comunistas. El grupo tenía a «alguien» dentro del gobierno del doctor Ospina Pérez, que se encargaría de ello. Agentes alemanes liderarían el pillaje, el saqueo, el incendio de iglesias y edificios sagrados, hechos fácilmente imputables al comunismo internacional. La conferencia se clausuraría inmediatamente, Colombia cortaría relaciones con el Soviet. Luego los Estados Unidos cortaría relaciones con la U.R.S.S., vendría la guerra y la gran cruzada contra el comunismo. Hitler reaparecería entonces para dirigir el mundo occidental contra los moscovitas. El plan era perfecto.[34]

En esta parte del relato, debemos referirnos a la fecha prevista para la realización de la conferencia panamericana, reunión internacional que se usaría, junto con el asesinato del doctor Gaitán, para que los Estados Unidos rompieran relaciones con la Unión Soviética, con la posibilidad de que esto desencadenara el esperado conflicto bélico entre ambos bloques, siempre vaticinado por Hitler, ya que desde antes de que terminara la Segunda Guerra Mundial el Führer había pronosticado que, tarde o temprano, se rompería la alianza entre esas dos naciones, lo que efectivamente pasó cuando comenzó la Guerra Fría. La VIII Conferencia Internacional Americana tuvo lugar en Lima en diciembre de 1938, y allí se acordó que, a petición del presidente de la delegación colombiana, Luis López de Mesa, la sede de la IX Conferencia sería Bogotá.[35] La reunión había sido acordada para 1942, pero debido a la Segunda Guerra Mundial se estimó conveniente posponerla para diciembre de 1947. Así que si realmente Hitler pensaba usar ese evento — se pretendía que los países del hemisferio firmaran un pacto contra la URSS y el comunismo — para aumentar las tensiones entre los norteamericanos y los soviéticos, podría haber inicialmente pensado en esa fecha.

Digo «inicialmente» porque, por decisión de Washington, hubo un nuevo aplazamiento y finalmente la IX Conferencia Panamericana pudo sesionar en Bogotá en 1948.[36] El relato de Llama continua así:

Yo no vine a conocer detalles del fantástico proyecto sino cuando éste ya se había consumado. De lo contrario, me habría opuesto, ya que la vida de Gaitán la consideraba demasiado preciosa. La fecha del golpe había sido escogida por Hitler de acuerdo con su astrólogo personal. El elemento de enlace entre el asesino del doctor Gaitán y el grupo fue un diputado conservador. Sin embargo, nunca supo este individuo a órdenes de quién trabajaba. Una de las tres personalidades que había conocido al Führer cuando éste aterrizara en La Florida, se había encargado de convencer al diputado de la necesidad del crimen, alegando motivos de política interna. A su vez, el diputado no tuvo dificultad en convencer al asesino, un fanático.[37]

Como este plan de Hitler parece ser el meollo de la carta de Llama, una revelación nunca antes escuchada que, de ser cierta, cambiaría la interpretación de la historia, vale la pena detenernos un poco en este punto y tratar de comprender qué ocurrió realmente en aquel momento decisivo para Colombia. En 1948, Bogotá contaba con un poco más de trescientos mil habitantes y, con cierta antelación, las autoridades habían decidido mejorar la imagen de la ciudad capital, de cara a la Conferencia Panamericana, donde iban a sesionar las delegaciones de veintiún naciones, según se ha comentado. Por tanto, se hicieron nuevas obras y se refaccionaron edificios públicos, especialmente el Parlamento, donde se realizaría el esperado y relevante encuentro internacional. Pero además de estas tareas, el gobierno del presidente conservador Mariano Ospina Pérez estaba muy preocupado por la situación de efervescencia social que se vivía en esos momentos, tal como se vio en el segundo capítulo, y por esto sancionó decretos restrictivos de la libertad de reunión y circulación, con el fin de evitar desmanes y disturbios. Los enfrentamientos entre liberales y conservadores, estos últimos ahora en el poder luego de que los liberales hubieran gobernado dieciséis años continuos, se mantenían desde tiempo atrás y se registraban escaramuzas en distintas partes del país. Por otra parte, se sumaba a esta violencia grupos de extrema derecha y de izquierda, así como organizaciones obreras que convocaban a huelgas para reclamar buenos salarios y condiciones dignas de trabajo. En esos tiempos, en un clima de tensión creciente, varios liberales que habían salido a protestar fueron asesinados como consecuencia de la represión oficial en ciudades como Manizales, Pereira y en los departamentos de Santander y Boyacá. Los ánimos de los liberales además se caldearon cuando oficialmente se confirmó que el caudillo de ese partido, Gaitán, no había sido invitado a la conferencia internacional. Con ese clima, el gobierno planificó un fuerte operativo militar y policial, con el objetivo de garantizar la seguridad de los participantes. El 30 de marzo de 1948 se reunieron las comisiones de los diferentes países para dar inicio a la

cumbre, la cual fue presidida por el entonces canciller colombiano Laureano Gómez, a la sazón el histórico líder conservador, quien luego en 1950 sería elegido presidente de Colombia. Mientras sesionaba la conferencia, el 9 de abril hacia el mediodía, Gaitán fue asesinado frente a la entrada de su oficina, en el centro de la ciudad. El crimen, causado por disparos en plena vía pública, desató el caos absoluto. El supuesto asesino, Juan Roa Sierra, fue abatido por la muchedumbre enardecida en un local cercano al lugar donde se había perpetrado el magnicidio, y su cuerpo fue arrastrado por las calles y llevado cerca del Capitolio, donde se encontraban reunidas las delegaciones americanas. Si bien el gobierno aseguró que Roa había sido el asesino, quedó la duda si se trataba del verdadero criminal ya que algunos observadores que allí estaban dijeron que en ese momento había un hombre que acusaba a Roa de ser el sicario, convenciendo de esto a las masas enfurecidas, pero que en realidad el asesino había sido ese mismo sujeto, que así, acusando a otro, logró confundir y despistar a las masas enfurecidas.[38] Más allá de la cuestión de quién fue el autor material, lo cierto es que la situación de violencia se desbordó, los desmanes incluyeron robos, golpizas, y todo tipo de actos de violencia. Además de saqueos, hubo incendios provocados por los manifestantes: se quemaron los tranvías, las iglesias, edificaciones importantes y los mismos locales saqueados fueron devastados por las llamas. Se registraron ciento cuarenta y dos construcciones quemadas, incluyendo casas particulares, hoteles e iglesias del centro de la ciudad. Además, varios policías y militares se sublevaron y entregaron armas y balas a la población civil, mientras que otros uniformados disparaban contra los manifestantes, con lo cual la gravedad de la situación fue absoluta y la tragedia se agigantó. Las delegaciones extranjeras no salían de su asombro, mientras el gobierno trataba de tranquilizarlas a la vez que sumaba esfuerzos para garantizar la seguridad de todos los funcionarios invitados que se encontraban en la capital del país.

¿El Bogotazo de Hitler?

Había comenzado el Bogotazo, que marcaría para siempre la historia de Colombia con una ola de agresiones que continuaría por años. Se estima que durante esa jornada hubo cientos de muertos y heridos, en una cifra que el gobierno no pudo precisar exactamente, que va desde los quinientos fallecidos — según lo aseguró la embajada alemana— hasta unos tres mil, de acuerdo con las distintas versiones. Durante los tres primeros días del Bogotazo, las jornadas se caracterizaron por violentas protestas, desórdenes y represión. A su vez, los manifestantes — se observaba la presencia de grupos civiles armados— se concentraron frente al Capitolio para exigir la renuncia de Ospina Pérez. El presidente, ante la gravedad de la situación y mientras la violencia arreciaba, se vio obligado a suspender la IX Cumbre Panamericana.

¿Estaba detrás de este caos, asesinato de Gaitán incluido, el mismísimo Adolf Hitler, como lo asegurara el colombiano Llama? ¿Se cumplía así parte del plan de los nazis para que los Estados Unidos rompieran relaciones con la Unión Soviética, luego de acusar a los comunistas de haber provocado todos estos incidentes? Sea como fuere, el presidente Mariano Ospina Pérez decretó el toque de queda y convocó a varios miembros del Partido Liberal a formar parte del gabinete presidencial, con el fin de calmar a la muchedumbre, tratando de conformar a los distintos sectores. Pasados algunos días, la Cumbre Panamericana reanudó sus sesiones, ahora en el colegio Gimnasio Moderno, al norte de la capital, en medio de fortísimas medidas de seguridad.

Peronistas y comunistas

Una pretensión del gobierno de los Estados Unidos durante la conferencia — en la cual se establecieron los cimientos de la Organización de los Estados Americanos (OEA)— era alcanzar un acuerdo para declarar el comunismo como una ideología que estaba fuera de la ley. Este implicaba la prohibición formal del Partido Comunista, así como todas sus actividades, en los países de la región. Por otro lado, como contracara a ese evento oficial y en especial a las intenciones de los norteamericanos, la Federación Estudiantil Universitaria de Cuba, liderada por Fidel Castro, en ese entonces un joven estudiante de leyes de veintiún años, decidió organizar en forma paralela un Congreso Latinoamericano de Estudiantes — el evento de universitarios se forjó con el apoyo del peronismo argentino—, que coincidía, en lugar y fecha, con la realización de la conferencia panamericana. En relación del apoyo que del peronismo argentino recibieron los estudiantes, al recordar esos sucesos, Fidel Castro dijo:

Hicimos contacto con algunos delegados del movimiento peronista que por aquellos días visitaban a Cuba, quienes se interesaron por el programa que nosotros queríamos plantear en la reunión estudiantil, en el que estaba la lucha contra la subsistencia del coloniaje de Estados Unidos, que incluía entre otras las Islas Malvinas, en las que estaba interesado el gobierno argentino. En consecuencia, en coordinación con ellos organizamos el Congreso. Ellos se comprometieron a movilizar los centros estudiantiles de las zonas donde tenían más relaciones, nosotros a su vez enviamos delegaciones a Centroamérica, y partimos hacia Colombia, pasando primero por Panamá y Venezuela.[39]

Así las cosas, los argentinos quedaron comprometidos con aspectos financieros del encuentro de estudiantes y, en particular, con el traslado de participantes y dirigentes del sur del continente. Los cubanos con la promoción del evento en los países

centroamericanos. El objetivo del congreso universitario — asistieron estudiantes de Panamá, Costa Rica, México, Venezuela y Cuba, entre otros países — era protestar contra el intervencionismo estadounidense en varias naciones del continente.

El cinco de abril en la sede de la Central de Trabajadores de Colombia (CTC) el abogado Carlos Rey aseguró, ante representantes estudiantiles y sindicales, que el dirigente José Eliécer Gaitán, a quien él representaba, continuaría la lucha iniciada contra un decreto del presidente Ospina Pérez, mediante el cual se había dispuesto una rebaja de salarios de los trabajadores de la Tropical Oil Company, quienes llevaban quince días de paro. Por su parte, el abogado Carlos Guerra, otro dirigente liberal, se refirió al llamado de Gaitán para que «ningún jurista colombiano aceptara poderes de empresas extranjeras que atentaran contra los intereses de los trabajadores. Asimismo, exhortó sobre la necesidad de incrementar el movimiento de defensa de los principios democráticos establecidos en la Constitución a fin de forzar a la delegación colombiana a rechazar la declaración anticomunista propuesta por los Estados Unidos en la Conferencia».[40]

El joven Fidel Castro, quien ya se destacaba notoriamente en el arte de la oratoria, fue elegido para presidir las reuniones del Congreso Latinoamericano de Estudiantes. Realizando activas gestiones, Castro tuvo dos buenas noticias que respondían a sus expectativas, y a las de sus compañeros: por un lado, Gaitán aceptaba abrir las sesiones del evento estudiantil con un discurso que daría en la plaza de Cundinamarca, el mismo día de la apertura de la Conferencia de Cancilleres. Además, el reconocido dirigente político mantendría una entrevista personal con los líderes del movimiento universitario. Para ese entonces, ante la sociedad colombiana, la figura de Gaitán se agigantaba:

Para nadie constituía un secreto que Gaitán ganaría la presidencia de la república, de respetarse los resultados de la próxima consulta electoral. En aquellos momentos, ya Jorge Eliécer Gaitán había trascendido el marco fronterizo colombiano. Se había erigido en una figura de renombre continental. Se contaba entre las personalidades más destacadas de aquel grupo de demócratas que representaban opciones inéditas en la América Latina de posguerra. Había adoptado una posición propia y de franca discrepancia con la dirigencia de su partido. Dos años antes se había opuesto a los elementos oligárquicos que controlaban el ejecutivo del Partido Liberal, cuando estos realizaron un intento de «unión nacional» con sus pariguales [sic] del Partido Conservador, unión nacional del miedo burgués ante el alza de los movimientos huelguísticos y sociales que caracterizaban ese período.[41]

Gaitán se convirtió en el líder popular más importante, pues estaba enfrentado al Partido Conservador, a los líderes históricos de su propio partido y a los intereses económicos de poderosas empresas norteamericanas que operaban en Colombia. Si tenía enemigos era en esos sectores, que lo veían como una verdadera amenaza, mientras él se acercaba a los de izquierda, como en el caso de los estudiantes del congreso latinoamericano.

En el primer encuentro, celebrado entre Gaitán y Fidel Castro, efectuado el 7 de abril en las oficinas del político liberal, se llegó a un acuerdo entre ambos: los estudiantes harían una manifestación que terminaría en la plaza de Bolívar y allí Gaitán daría un discurso a los jóvenes.

Para continuar hablando de cómo sería ese acto, se fijó una segunda reunión entre el líder liberal y el joven cubano, que debía realizarse durante la tarde del 9 de abril, pero esto no se concretó porque Gaitán fue asesinado al mediodía.

Sí realmente el plan de Hitler era que ardiera Bogotá durante la realización de la Conferencia Panamericana, tal como lo asegura Llama en su carta, esto ocurrió y con creces ya que parte de la ciudad fue destruida, hubo muertos, y la violencia se extendió a varias localidades colombianas. La capital se convirtió en un campo de batalla, un teatro de operaciones de liberales, conservadores, grupos de izquierda afines al comunismo y nazis. Se estaba ante un suceso confuso donde, con el aire cada vez más enrarecido, los principales referentes políticos se acusaban entre sí por los desmanes acaecidos y sus fatales consecuencias.

La posibilidad de atribuir esos sucesos a los comunistas fue posible por el hecho de que cientos de estudiantes extranjeros habían llegado a Bogotá para participar de un evento cuyo principal objetivo era denunciar las acciones «imperialistas» de Estados Unidos contra los países americanos. El gobierno, que recibía informes de la embajada de ese país sobre el Bogotazo, no dudó en acusar rápidamente al comunismo, lo que implicaba asegurar que la Unión Soviética estaba involucrada en los incidentes. Desde esos años, comenzó en Colombia una etapa histórica denominada La Violencia, caracterizada por el agravamiento de los enfrentamientos entre los partidarios del Partido Conservador y el Liberal. Fue una época —para algunos historiadores la Violencia dura hasta 1958, para otros hasta 1966— de agresiones extremas, en la que se registraron miles de asesinatos, agresiones, persecuciones, destrucción de la propiedad privada y diferentes actos de terrorismo. En ese contexto, algunos grupos armados clandestinos cobraron gran notoriedad, como «los chulavitas» — que provenían de la zona rural de la región cundiboyacense—, ideológicamente leales a los conservadores.[42] Eran nacionalistas, autoritarios y contaban con el respaldo de un

sector de la Iglesia católica. Estos grupos paramilitares, debido a su exacerbado fanatismo — contaban con la complicidad del gobierno que, mirando para otro lado, los dejaba hacer el trabajo sucio— persiguieron a quienes tenían ideologías diferentes a la conservadora, ya fueran liberales, comunistas o masones.[43] Se puede decir que desde esa época data la semilla del conflicto armado de Colombia, ya que desde entonces se empezaron a formar en el campo los primeros grupos guerrilleros de izquierda antecesores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.[44]

Se realizan estas consideraciones para comprender en qué clima social debían moverse los nazis y Hitler en Colombia en los años posteriores al Bogotazo. Esto si realmente el jerarca nazi estuvo en territorio colombiano alguna vez, y en particular en la localidad de Tunja en 1954, según el texto del documento de la agencia de inteligencia que analizaremos con detalle en un próximo capítulo.

La mano de la CIA

Volviendo al Bogotazo, en el libro *El gobierno invisible* sus autores, David Wise y Thomas B. Ross, aseguran que a partir de 1948 la CIA fue autorizada a realizar «operaciones especiales» en el exterior, y que las primeras se concretaron precisamente ese año en Colombia. Al respecto, ambos investigadores sospechan que la agencia pergeñó y ejecutó el asesinato de Gaitán para precipitar la ruptura de relaciones de las naciones latinoamericanas con la Unión Soviética al atribuirse el magnicidio a una conspiración comunista, ¡dea sobre la cual ya hemos hecho algunos comentarios.[45]

El periodista colombiano de *El Nuevo Herald*, Gerardo Reyes, ubicó y entrevistó en Miami a Carlos Cajaraville, un oficial de los servicios de contrainteligencia del ministerio del Interior de Cuba. El agente cubano — que desertó en 1995 a Miami — le dijo que en su momento había interrogado a John Mepples Spirito, un agente de la CIA, y este le confesó la participación de la CIA en el crimen del líder liberal. El gobierno cubano, según le relató Cajaraville a Reyes, consideró altamente confiable a Mepples Spirito, quien había sido capturado en Escambray, en 1959 o 1960, durante un intento de la agencia para asesinar a Fidel Castro. Desde esa época había dado la misma versión, la cual fue grabada en video por los cubanos.[46] Si para ese entonces los nazis estaban colaborando con los norteamericanos, y si el asesinato de Gaitán lo hubiese realizado la CIA, en el marco de esos acuerdos, la versión de Llama, respecto a la meta de Hitler de que Gaitán fuera asesinado durante la conferencia, cobra sentido.

El evento regional terminó el 30 de abril de 1948, siendo uno de sus principales logros la creación de la Organización de los Estados Americanos (OEA) y el Pacto de

Bogotá.[47] Pero, de acuerdo con el supuesto plan de Hitler, como consecuencia del asesinato de Gaitán, y de los hechos de violencia del Bogotazo, ¿se produciría el enfrentamiento diplomático entre los países de la región contra la Unión Soviética —acusada por estos hechos —, como paso previo a una declaración de guerra de las naciones del bloque occidental contra Moscú? La primera consecuencia en ese sentido fue que Colombia rompió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética el 3 de mayo de 1948. La estrategia de Washington para que la Unión Soviética no pudiera tener influencia en la región, al menos desde el punto de vista político formal, daba resultado:

Las relaciones diplomáticas que los países latinoamericanos establecieron con la Unión Soviética en los tiempos de la II Guerra Mundial, poco después fueron sometidas a prueba. Con Chile, Brasil, Colombia, Venezuela y Cuba no duraron mucho tiempo. La ruptura de las relaciones de Moscú con esos Estados se produjo en pleno apogeo de la Guerra Fría, entre 1947 y 1952. Washington había ejercido una gran presión sobre sus vecinos del sur a fin de aislarlos de la URSS. En aquella época de tensión tres embajadas latinoamericanas siguieron abiertas en Moscú: las de México, Argentina y Uruguay. Los gobiernos de estos países no se sometieron a la presión de Washington y no rompieron las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.[48]

Por otra parte, las tensiones entre soviéticos y norteamericanos fueron en aumento. En junio, la conferencia de Bogotá había terminado en mayo, las disputas entre ambos bloques alcanzaron su punto máximo cuando el líder soviético, Joseph Stalin, ordenó el bloqueo de los accesos terrestres a Berlín Oeste, lo que generó una de las mayores crisis desde el principio de la Guerra Fría.[49] Pero el conflicto bélico a escala planetaria, supuestamente deseado por Adolf Hitler, no ocurrió. Al referirse a las razones por las cuales el Bogotazo no se convirtió en la mecha que hubiera servido como pretexto para desencadenar una guerra contra la Unión Soviética, el ignoto Llama lo explica con pocas palabras, de esta manera: «Hitler había concebido un plan maestro. Sólo falló un detalle: los hombres de confianza del grupo en Washington fracasaron en su intento en que los Estados Unidos rompieran con el Soviet a raíz de los acontecimientos del 9 de abril»[50].

En definitiva, tal como ocurriría en toda la Guerra Fría, las palomas del gobierno norteamericano —partidarios de la diplomacia— prevalecían por sobre los halcones, deseosos de una conflagración contra la Unión Soviética. Estos últimos, a no dudarlo, en su vuelo rasante escuchaban el consejo de sus amigos nazis, pero en este caso, tal como seguiría ocurriendo después, se impuso el criterio del presidente estadounidense, Harry Truman, en el sentido de no declarar las hostilidades contra los comunistas. Claro que cuando hablamos de «palomas» no hablamos de aves mansas — es una adjetivación para contraponer al término de «halcones»—, sino de sectores que, ante la posibilidad de una guerra total, ofrecían la alternativa de focos de guerra controlados y

circunscritos a ciertas áreas geográficas — caso Corea (1951-1953) o Vietnam (1955-1975)—, lo que permitía mantener en forma permanente las ganancias en el negocio de la industria bélica, siendo esta una política constante de los Estados Unidos, desde que finalizó la Segunda Guerra Mundial hasta el presente.

Ahora bien, volviendo a la historia del jefe del nacionalsocialismo, ¿qué ocurrió luego con Hitler en Colombia? Llama responde en su carta a este interrogante con estas palabras:

Desde el 5 de abril había dejado yo de ver a Hitler, cuando regresé a la hacienda, el 15 de abril, la encontré totalmente vacía. Los equipos, el laboratorio, todo y todos había [s/c] desaparecido. La retirada había sido perfecta. No había un sólo indicio sospechoso. La casa y sus alrededores habían recuperado el aspecto normal. Tengo fe que en algún sitio del mundo Hitler y su grupo de militares y científicos prosigan su lucha en espera de la ocasión propicia para desatar el golpe de gracia contra el comunismo internacional.[51]

Finalmente, Llama concluye la misiva aportando el dato de que Eva Braun, la amante de Hitler, viajó con el jefe nazi en el submarino que había partido de Europa, con destino a Colombia, pero que ella falleció en el trayecto:

Es falso, como afirma «Amigo, amigo, amigo» de que Hitler viniese con frecuencia a Bogotá a asistir al cine. Pocas veces salía de la hacienda, y cuando lo hacía nadie sabía a dónde se dirigía. Como dato interesante, puedo informarles que Eva Braun murió durante la travesía submarina, a causa de una embolia. Desde entonces el Führer se había tornado más huraño, silencioso y apático. Sólo lo entusiasmaba la idea de una cruzada mundial contra los rojos. Por obvias razones, algunos datos, fechas y nombres de este relato, así como mi propio nombre, han sido ligeramente alterados.

Del señor Director, respetuosamente,

Ludoro Llama Seltz.[52]

Tras la publicación de la carta de Llama, esa misma semana el diario *El Tiempo* publicó otra misiva, esta vez de un supuesto agente alemán arrepentido — también anónima y firmada con las iniciales H.H.K — fechada en Bogotá el 21 de junio de 1948. En esta el presunto espía nazi confirma las afirmaciones de Llama, al comentar que él (H.H.K) participó del plan para recibir a Hitler en Colombia, asegurando que fue contactado especialmente para ese objetivo. La misiva no arroja nuevos datos, acerca de Hitler, que superen los aportados en las cartas anteriores publicadas en *El Tiempo*, razón

por la cual no se hará un análisis de esta. Pero igual se publica textualmente al final de este libro, como anexo, para un detallado conocimiento del lector de la información pública de la época relacionada con Hitler.

The National Police Gazette

En 1953 el diario colombiano *El Espectador* publicó un artículo titulado «Hay documentos de que Hitler huyó a Colombia», en el que reprodujo revelaciones que habían sido presentadas por un periódico estadounidense especializado en temas policiales. Se trataba del medio gráfico *The National Police Gazette*, fundado en 1845 por los periodistas Enoch E. Camp y George Wilkes. Ese periódico publicó un artículo escrito por el cronista George McGrath en el que se afirma que el Führer y su comitiva estuvieron en territorio colombiano, procedentes de Europa, antes de seguir su viaje hacia el sur del continente (una segunda nota similar, pero con más información sobre el tema fue publicada por el mismo periodista en 1968). De acuerdo con esa información, Hitler luego de haber escapado de Alemania en submarino llegó a Colombia, donde permaneció un tiempo para luego partir presuntamente con destino a la Antártida. Al respecto, hay que indicar que para los nazis el nombre alemán de esa región, Deutschland Antártica, se refiere a un vasto territorio de América del Sur que, además del casquete polar, incluye a la Patagonia. El artículo de McGrath asevera que tanto Hitler como sus colaboradores más cercanos anticiparon la caída del Tercer Reich y lograron escapar:

A la medianoche del 29 de abril de 1945, mientras la capital alemana era atacada e invadida por las fuerzas soviéticas, Hitler empezó una carrera contra el tiempo para embarcar — junto a su esposa Eva Braun y otros acompañantes — en el submarino que lo aguardaba en una base oculta en los fiordos noruegos. Finalmente, el 2 de mayo zarpó en una flotilla de submarinos dotados de combustible y víveres, dejando atrás sangre y ruina.[53]

Lo interesante del artículo original del *National Police Gazette* es que McGrath afirma haber visto copias fotostáticas de las declaraciones oficiales de testigos que dan fe de la supuesta llegada y permanencia de Hitler en Colombia. Según el autor, «un vulgar sobre de color carmelita sobre el cual se halla escrito: "Despacho No. 418". Inclusos números 1, 2 y 3. Fecha, julio 2, 1948, contenía las versiones de tres individuos, cómplices del criminal fugitivo y quienes lo ayudaron a esconder». Esos documentos serían «material desclasificado» de la Secretaría de Estado de los Estados Unidos, según la publicación. En su declaración, uno de los implicados, «el señor X», como denominó el reportero al testigo, cuyo nombre fue guardado en el anonimato, declaró: «Hitler

arribó en el submarino 1048 a Bahía Honda, sobre la costa colombiana de La Guajira, en las primeras horas de la mañana del 10 de julio de 1945».

Si se analiza esta descripción de la supuesta llegada de Hitler, así como la totalidad del texto de esos artículos del *National Police Gazette*, nos damos cuenta de que en realidad se trata de los relatos que casi cinco años antes hicieron Eudoro Llama Seltz y «Amigo, amigo, amigo», publicados por el diario *El Tiempo* en 1948.

El periodista McGrath asegura que los informes que encontró contenían «las versiones de tres individuos, cómplices del criminal fugitivo y quienes lo ayudaron a esconder». Al principal, el periodista norteamericano lo denomina E.LS, y sin duda es el mismo Seltz, cuya carta fuera publicada por *El Tiempo*. Al leerse las notas del *National Police Gazette*, se infiere que no se trata de «declaraciones» de esos testigos a agentes del FBI, ya que se repiten las frases exactas de las cartas publicadas en su momento por el principal diario colombiano y el periódico *Nueva York al Día*, cuyos textos vimos en un capítulo anterior de este libro. Entonces, lo que el periodista McGrath parece haber encontrado es el documento desclasificado del FBI en el cual se reprodujeron en inglés los textos de esas cartas. Luego él hace referencia en sus artículos a la fuga del Führer.

Esta información merece algunas consideraciones: el sitio de zarpada del submarino, una base en un fiordo de Noruega, con rumbo a Sudamérica, así como la fecha de fuga de Hitler desde el búnker, el 29 de abril de 1945, son datos que no son citados por los testigos sino por el periodista que redacta la nota sin citar documento o testimonio alguno que aluda a esa circunstancia. Esta alternativa de escape se corresponde con algunas de las especulaciones de la época sobre cómo habría escapado Hitler, principalmente las lanzadas por los militares soviéticos, incluido el mariscal Joseph Stalin. Uno de los testigos, que el periodista denomina «Señor X» — denominación que se corresponde con la del anónimo «Amigo, amigo, amigo» —, asegura que Hitler llegó en el U-Boot 1048. En ese sentido, según los registros oficiales, esta nave nunca navegó. Si bien aparece en el listado de los U-Boote de la armada alemana, no figura la designación de su capitán, ni tripulación, así como tampoco alguna misión asignada.[54] Hacia el fin de la guerra, los cascos de varios submarinos de igual modelo al citado U-1048, que no habían salido de los astilleros, fueron reciclados para la construcción de los fantásticos modelos XXI, que disponían de la tecnología más sofisticada de la época, pero no parecería ser este el caso (si hubiese sido reciclado, debería tener otra matrícula que se corresponde con ese tipo de U-Boot más moderno).

Sin embargo, a pesar de las aseveraciones precedentes, «Señor X» aseguró que «Hitler arribó en el submarino 1048 a bahía Honda, sobre la costa colombiana de La Guajira». Respecto a la matrícula de los submarinos alemanes, cuyo número se

mostraba en el exterior del casco, en este caso U-1048, ese dato tampoco da absoluta certeza de la entrada o no en operaciones de esa unidad naval. Esto es así porque los nazis tenían varias tretas para confundir a sus enemigos, y una de ellas consistía en tener submarinos gemelos, o sea, con la misma numeración, con lo cual a veces se podía conocer la situación real de uno, pero no del otro, entre otros ardides. Por ejemplo, el verdadero U-1048 podía estar en su astillero, mientras que su doble podría estar dirigiéndose hacia Colombia.

En relación con el área de navegación y arribo del U-Boote de Hitler, debemos señalar que los submarinos nazis, durante la guerra, habían operado en costas colombianas, y que inclusive habían hundido pequeños barcos civiles, lo que definió que Colombia le declarara la guerra al Eje. La actividad de submarinos en el Caribe era importante y era lógico, desde el punto de vista operativo, que estos contaran con una cartografía detallada de las costas. Así, es factible que, terminada la guerra, algún submarino alemán o más de uno aprovechara la información que la Armada había colectado de esa área y recalara en bahía Honda, llevando nazis prófugos, tal como lo sugiere la investigación del periodista McGrath. Tampoco se explica en las publicaciones si el submarino de Hitler, así como los otros dos que lo acompañaban, volvió a hacerse a la mar para retornar a Europa. Según mis investigaciones, para esa época, invierno de 1945, efectivamente había movimientos clandestinos de submarinos alemanes que navegaban desde el Viejo Continente a Sudamérica, trasladando cargas y nazis. Era una práctica de los alemanes hundir su nave, tras completar esas misiones clandestinas, para no dejar rastros.

En el próximo capítulo trataremos de comprobar si varios nazis llegaron a Colombia, tras la guerra, y si realmente entre estos se encontraba Adolfo Hitler. Para demostrar estos supuestos no nos alcanza solamente con las cartas anónimas publicadas por el diario *El Tiempo*, que tanto llamó la atención del FBI. En todo caso, aun cuando no sabemos si en esas misivas se ha escrito la verdad, lo que más llama la atención es que ese organismo de inteligencia analizara las publicaciones y las elevara al gobierno de los Estados Unidos. Si Hitler realmente estaba muerto, esto no hubiera ocurrido y el organismo de inteligencia no hubiera perdido un minuto de su tiempo en ocuparse del tema.

Capítulo IX

Nazis y héroes de guerra alemanes en Colombia

Un hombre anciano salió, oscuro, y me atendió… hizo un gesto y yo le disparé dos veces. El hombre cayó y trató de sentarse, pero yo salté la escalera otra vez y le disparé en la frente, desde muy cerca, mi asistente corrió escaleras abajo, yo lo seguí, cuando escuché a una mujer gritando y los niños salieron a la puerta y gritaron: asesino, asesino…

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF,

Confesiones de un asesino de la Gestapo

Merced a documentación desclasificada, así como por declaraciones de testigos, hoy sabemos que miles de nazis huyeron a América, en el marco de un acuerdo militar de última hora alcanzado entre los nazis y los norteamericanos tras el fin de la guerra. Dicho pacto fue útil para que los soviéticos no se apoderaran de las divisas del Tercer Reich, los desarrollos tecnológicos e industriales, y que tampoco apresaran a la mayoría de los técnicos, científicos o militares alemanes, tal como se lo había propuesto Stalin tras invadir Alemania.[1] Habiéndose salvado de ser capturados, estos hombres cruzaron el Atlántico y fueron «reciclados», pues pasaron a trabajar para los Estados Unidos y otros países de la región, tal como está documentado. Ocurrió lo mismo con las iniciativas científicas y tecnológicas — proyectos aeroespaciales, balísticos, nucleares, de misiles —, que fueron transferidos a los norteamericanos, quienes los desarrollaron en conjunto con los ingenieros y técnicos nazis que huyeron. Con respecto a militares, dos casos emblemáticos, que develan la trama de complicidades existentes, son el del oficial de la Gestapo Klaus Barbie y el del general Walter Rauff. El primero se convirtió en asesor del gobierno de Bolivia, y llegó a vestir el uniforme militar de esa nación.[2] Fue extraditado a Francia por crímenes de lesa humanidad. Respecto a Rauff, este criminal era Standartenführer (coronel), jefe del departamento técnico de las SS en 1942 y creador de las cámaras de gas móvil[3]. En 1946 escapó del campo de detención de Rimini, luego trabajó durante un tiempo, vaya paradoja, para los servicios secretos israelíes, y finalmente se convirtió en asesor del dictador chileno Augusto Pinochet.[4] Otros dos casos muy conocidos son los del doctor Josef Mengele, médico y antropólogo que cumplió funciones en Auschwitz, y el del teniente coronel de las SS Adolf Eichmann, quienes eligieron refugiarse en Argentina junto con otros miles de nazis. El primero nunca fue atrapado y vivió sus últimos años en Paraguay y Brasil, donde la historia oficial asegura que murió ahogado mientras nadaba en el mar en 1979. El segundo fue capturado de manera clandestina por el Mossad en Buenos Aires en 1960,

llevado a Israel, juzgado en Tel Aviv, condenado a muerte y ejecutado. Nuevos documentos desclasificados demuestran que los servicios secretos aliados siempre estuvieron al tanto de dónde estaba Eichmann e inclusive qué nombre falso usaba (Ricardo Klement), razón por la cual esta es una de las tantas historias que quizá haya que volver a escribir.

La fuga de alemanes a América fue colosal, ya que se trató de miles de hombres que cruzaron el Atlántico. ¿Llegaron nazis a Colombia al terminar la guerra? ¿Encontraron refugio en dicho país fugitivos cuya presencia nunca fue descubierta? ¿Llegó el mismísimo Adolf Hitler a territorio colombiano? Como se vio en un capítulo anterior, la correspondencia entre el agente nazi Maler-Kopps, el obispo Alois Hudal y Von Kurtz es reveladora sobre la posibilidad de que Colombia fuera un destino elegido por los alemanes que escapaban del Viejo Continente para rehacer sus vidas en Sudamérica:

La correspondencia entre Hudal y Kopps durante aquellos años revela cuáles eran las obsesiones compartidas por el obispo, los fugitivos nazis, y la clase militar dominante de Argentina: el comunismo, el «capitalismo judío», lo que se percibía como los males de la democracia, y la inevitabilidad de la Tercera Guerra Mundial. En 1951 Kopps y Hudal estudiaron elaborados planes para trasladar clandestinamente nazis de Europa a Colombia. Ocasionalmente, Hudal organizaba transferencias de dinero a Kopps, actuando el obispo como intermediario de misteriosos patrocinadores en Italia.[5]

Entonces, va de nuevo la pregunta: ¿llegaron nazis a Colombia? Si esto fue así, ¿hay documentación que lo acredite? ¿Realizó el Estado, luego de haber ocurrido esos hechos y hasta hoy, algún esfuerzo para aclarar y explicar el ingreso y la actividad de los nazis realizada en Colombia? En ese sentido, cabe destacar que algunas naciones sudamericanas, por ejemplo, Chile en 2017, han puesto a disposición de la ciudadanía los documentos oficiales relacionados con las actividades de los nacionalsocialistas durante la época de la guerra: propaganda, espionaje, difusión de esa ideología en las actividades educativas, culturales, deportivas, *etc.* La documentación liberada en Chile se refiere solamente a la época de guerra, como si la rendición de Alemania significase un punto final al accionar de los nazis en ese país, lo que de ninguna manera fue así ya que siguieron operando de forma coordinada en toda la región. Pero al menos el Estado chileno ha dado a conocer parte de la historia a sus ciudadanos y al mundo todo al hacer pública dicha documentación.

El país sudamericano que más información sobre el tema ha liberado es Argentina, donde abundan documentos académicos, así como gran cantidad de investigaciones, varias de las cuales han sido publicadas, razón por la cual existen libros con detalles precisos sobre los nazis en el exilio. En los años noventa, hubo un inventario de los

nazis llegados a este país austral mediante un trabajo realizado en su momento por la Comisión de Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina (Ceana), creada en 1997, que agrupó a varios expertos que tuvieron acceso a los archivos oficiales para hacer dicha investigación.

El resultado no arrojó grandes sorpresas, pero permitió tener una visión global respecto a la llegada de los fugitivos, cuantificarlos, clarificar las formas de evasión y el mecanismo de traslado y recepción montado por el gobierno argentino de entonces, que recibía a los nazis con los brazos abiertos. Digo que no arrojó sorpresas porque los nombres más notorios que aparecieron en los informes, por ejemplo Adolf Eichmann o Josef Mengele, ya eran conocidos por los investigadores. A la lista histórica se agregaron los de nazis de menor cuantía, que en varios casos también hubiesen sido juzgados en Europa si no hubieran escapado. Así, fueron totalizados 180 criminales de guerra que arribaron a Argentina, obviamente bajo identidades falsas. A estos se deben sumar miles de hombres, no se sabe exactamente cuántos, aunque los especialistas estiman un mínimo de diez mil, que no tenían procesos judiciales en su contra. Hablamos de nazis alemanes y austríacos, colaboracionistas franceses, españoles, belgas e italianos, y croatas ustachas, principalmente.

Como era de esperarse, el informe final descartó que Adolf Hitler, Eva Braun y Martin Bermann — oficialmente los tres murieron en Berlín, en 1945 — hubiesen llegado a la Argentina, al no encontrarse documentación oficial relacionada con ellos. Tampoco se aceptó el hecho de que varios submarinos nazis hubieran llegado al litoral argentino, al carecerse de pruebas documentales sobre esos arribos, aun cuando fue un secreto a voces la ocurrencia de los desembarcos clandestinos de nazis llegados en esas naves en varios puntos de la costa. Se admite que dos se rindieron oficialmente en julio y agosto de 1945 en el puerto de Mar del Plata. El informe oficial de la Ceana confirma que, luego de haber terminado el conflicto, los consulados argentinos en Europa trabajaron en conjunto con el objetivo de captar nazis que luego eran enviados al país con documentación falsa, durante el gobierno de Juan Domingo Perón. En ese operativo secreto trabajaba el agente de espionaje Reinhard Kopps, ya citado por haber planificado que Colombia fuera un destino para los fugitivos.

Respecto al acceso a los archivos oficiales en Argentina, mediante un decreto del Poder Ejecutivo, sancionado en 1992, se ordenó la desclasificación de toda la documentación relacionada con los nazis, aunque — como veremos más adelante — esto no ocurrió planamente. Asimismo, se liberó y digitalizó, siendo posible acceder mediante internet, el archivo de la Comisión de Actividades Antiargentinas del Congreso de la Nación, que durante los años cuarenta se dedicó a reunir abundante documentación sobre la actividad de los nazis (la comisión pudo trabajar hasta el

momento en que el parlamento fue cerrado como consecuencia de la revolución militar de 1943, que impuso un gobierno militar).

En Colombia, a diferencia de Argentina, no ha existido una investigación oficial sobre las actividades nazis, y tampoco se ha ordenado la desclasificación de la documentación relacionada. Los documentos conocidos, que arrojan luz sobre esta temática — por ejemplo, los que dan cuenta de la presencia de Hitler en Colombia — no son de servicios de inteligencia nacionales sino de extranjeros, como el FBI y la CIA. La mayoría de los trabajos de investigación y libros publicados se refieren a la actividad nazi en territorio colombiano durante la guerra, pero casi no hay información respecto a las épocas posteriores, concretamente aquella que podría develar si alemanes fugitivos llegaron a Colombia y vivieron protegidos y seguros, tal como lo hicieron en Argentina y en otros países del mundo.

Resulta muy difícil investigar no teniendo soportes de información oficial, ni auténtica voluntad por parte del Estado de dar a conocer lo que realmente aconteció. Además, se debe investigar con la premura necesaria para conseguir testigos, ya que, en la mayoría de los casos, quienes podrían quedar con vida son personas de una edad muy avanzada. Aun con todas estas limitaciones y exigencias, vale la pena el intento. Veamos entonces algunas pistas sobre el nazismo en Colombia ignoradas por la historia oficial.

Un guardaespaldas de Hitler en Colombia

Recién en 2012 se conoció la verdadera historia, silenciada hasta ese año, de Gerardo Reichel-Dolmatoff, fundador del departamento de Antropología de la Universidad de los Andes en Bogotá. La noticia impactó primero en Europa durante un congreso académico celebrado en Austria, a mediados de julio de ese año, y luego en Colombia cuando una revista nacional, *Arcadia*, se refirió al desconocido pasado nazi de Reichel-Dolmatoff, nacido en Salzburgo, Austria, en 1912. Un personaje al que muchos llaman en el mundo académico el «padre de la antropología colombiana».[6]

«Se trata de una noticia sorprendente, que tiene conmocionado al establecimiento académico colombiano», le dijo Marianne Ponsford, la directora de la publicación, a *BBC Mundo* cuando trascendió la historia oculta del antropólogo que en Alemania llegó a ser custodio de Adolf Hitler y que, en Colombia, su segunda patria, nunca reveló su pasado nazi.[7]

El 18 de julio de 2012, el profesor Augusto Oyuela-Caycedo, docente de la Universidad de Florida, pronunció un impactante discurso en el marco de la tercera jornada del 54.º Congreso Internacional de Americanistas que acababa de comenzar en Viena.[8] Oyuela-Caycedo realizó la apertura de un acto conmemorativo en el que, paradójicamente, se pretendía homenajear al antropólogo fallecido en 1994. Pero durante la ceremonia, el profesor expuso una ponencia titulada «Gerardo Reichel-Dolmatoff: su pasado, legado y problemas», cuyo contenido sorprendió a todos los asistentes, ya que el auditorio solo esperaba que se pronunciaran palabras de elogio para uno de los pioneros de la antropología colombiana. En cambio, presentó ante antiguos colegas y amigos del homenajeado que habían viajado a Austria desde Colombia para participar del homenaje, resultados parciales de una investigación acerca de la vinculación del renombrado profesor con las Juventudes Hitlerianas y con las SS, cuando tenía entre 14 y 26 años de edad. La investigación se apoya en un estudio realizado por Holger Stoecker y Sóren Flachowsky, dos historiadores de la Universidad de Humboldt, de Berlín, especializados en la Alemania nazi.[9]

Como preludio de su investigación, Oyuela-Caycedo había tenido acceso a una tesis de doctorado, escrita por David García Rodríguez para la Universidad de Viena, en la que el autor explica la influencia de Reichel-Dolmatoff en la antropología de Colombia. Respecto a ese texto, el profesor dijo: «Encontré menciones de una posible relación de Reichel-Dolmatoff con el partido nazi», frase que lo sorprendió y motivó a investigar para saber más. Así fue como halló un documento titulado «Cómo un austríaco se convirtió en el padre de la antropología colombiana», en el que la investigadora Dagmar Ulm aseguró que «es un hecho verídico que Reichel tenía contactos con el movimiento nazi desde sus años en Kremsmünster».

Durante la búsqueda de más datos, Oyuela-Caycedo, quien continuó buscando información sobre el caso tras su denuncia pública en Viena, surgió la versión que indicaba que el padre del nazi convertido en antropólogo, el pintor Carl Anton Reichel, había conocido a Adolf Hitler en Múnich, y que su tío, Heinrich Reichel, había sido un fanático de la eugenesia y partidario de la doctrina de la «higiene racial».[10] El profesor colombiano, que no salía de su asombro mientras buscaba la verdad, también encontró un revelador artículo en la revista *Bergland*, de 1938, que se refería a los dibujos de «un tal Erasmus Reichel», el nombre de nacimiento del «padre de la antropología colombiana». En esa nota pudo leer que «por ser nacionalsocialista, a Reichel le fue vetada su tierra natal».[11] Además, encontró en el libro *Britain and the Dictators* una nota al pie de página que daba a conocer «un documento terrorífico, que echa luz sobre los métodos de aquel 30 de junio [de 1934, durante la purga de la Noche de los Cuchillos Largos], se encuentra en […] *Die deutsche Revolution* […]. Se titula "Confesiones de un

asesino de la Gestapo" y contiene el testimonio detallado de un tal Erasmus Reichel, un austríaco de nacimiento, que se adhirió a la SS».[12]

Motivado por esa nota, continuó buscando y halló un resumen de *Confesiones de un asesino de la Gestapo*, publicado en 1940 en Londres, que se refería a Reichel como «un antiguo miembro de los guardaespaldas de Hitler proveniente de la SS».

Confesando el pasado

Mientras no paraba de asombrarse por las informaciones que descubría sobre el hombre que había echado los cimientos de la antropología en Colombia, el profesor Oyuela-Caycedo halló un ejemplar de la revista *Die deutsche Revolution* (La revolución alemana), medio de prensa de un sector del Partido Nacionalsocialista, dirigido por Otto Strasser, que en su momento había entrado en disputa con Hitler.[13] Allí pudo leer un informe y el texto completo de las *Confesiones de un asesino de la Gestapo*, presentadas en la publicación como el diario íntimo de Reichel. En este, se señalaba que «entre los miembros del comando de muerte del 30 de junio de 1934 se encontraba un tal Erasmus Reichel», refiriéndose a los integrantes de la Gestapo, la policía política de Hitler.

La nota principal, contada en primera persona por el mismo Reichel, describe la «limpieza» de más de doscientas personas ordenada por Hitler luego de que sus hombres asesinaron a Ernst Rohm, comandante de la SA, una poderosa milicia nazi. En dicho texto, Erasmus Reichel dice:

Yo subí las escaleras con mi asistente y me apoyé en la puerta donde estaba Salzmann […] mi asistente me pidió que disparara inmediatamente y si alguien salía, si alguien llegaba, él me daría la señal. Yo subí algunas escaleras y me escondí detrás de la pared, y esperé hasta que abrieran, hasta que pude desabrochar o preparar la pistola hasta que la puerta se abrió después de que yo toqué el timbre. Un hombre anciano salió, oscuro, y me atendió […], hizo un gesto y yo le disparé dos veces. El hombre cayó y trató de sentarse, pero yo salté la escalera otra vez y le disparé en la frente, desde muy cerca, mi asistente corrió escaleras abajo, yo lo seguí, cuando escuché a una mujer gritando y dos niños salieron a la puerta y gritaron: asesino, asesino. Después de que alguien salió en el carro, yo salí corriendo.

Los historiadores alemanes Holger Stoecker y Sóren Flachowsky señalan que el título de la nota fue puesto por la revista *Die deutsche Revolution*, y que el informe editado por la publicación incluye dos notas del nazi en las que cuenta cómo trabajaba el «escuadrón» de la Gestapo, dedicado a las acciones de «limpieza», datos de las SS y

sus desacuerdos con algunos procedimientos del Partido Nacionalsocialista. Los académicos que investigaron el caso confirman al menos dos asesinatos realizados por Erasmus Reichel. Cuando se le preguntó sobre esos acontecimientos, y en particular si está comprobado que él haya participado en las matanzas, Flachowsky respondió: «Se sabe que el escuadrón sí llevó a cabo muchas ejecuciones. De Reichel, hasta ahora, tenemos evidencia de dos casos, con nombres y apellidos».

Oyuela-Caycedo viajó a Berlín e investigó en los archivos del Bundesarchiv. Allí encontró el nombre de Reichel en los registros de la SS y del partido nazi. Descubrió en esos archivos cartas firmadas por el antropólogo con el grado de *Scharführer* de la SS y pruebas de que había estado involucrado con las Juventudes Hitlerianas. También comprobó que el hombre había sido integrante de la guardia personal de Hitler e instructor en el campo de concentración de Dachau.

Durante esos años, Reichel-Dolmatoff tuvo un episodio psiquiátrico que sería determinante en su vida ya que, a partir de ese incidente, sus jefes lo dieron de baja de la Gestapo, al entender que padecía una incapacidad que lo inhabilitaba para seguir en funciones. Al aludir a esa situación, Reichel, en un documento escrito por él mismo, confirma que tuvo «dolores de cabeza que me incapacitaron».

¿Arrepentimiento u oportunismo?

A partir de ese momento empieza como una segunda vida de Reichel ya que, tras unas cortas vacaciones en Berlín, emigró de Alemania y sorprendentemente se convirtió en antinazi. ¿Un arrepentido? ¿Un acto de redención, con la intención de pagar sus culpas luchando contra las ¡deas que había defendido? ¿Una postura falsa para no ser perseguido por sus crímenes dentro del régimen nazi? ¿Una consecuencia de la enfermedad psiquiátrica que lo afectaba?

En 1937, llegó a Francia y se vinculó a la resistencia francesa antihitleriana liderada por el etnólogo francés Paul Rivet, quien ese mismo año fundó el Museo del Hombre en París.[14] El nazi vivió en la capital francesa como estudiante de arte y comenzó a interesarse en la antropología.[15] En ese marco y luego de cierto tiempo de trabajo allí, el presidente de Francia, general Charles de Gaulle, le otorgó a Reichel-Dolmatoff, por su activismo, la condecoración de La Orden Nacional del Mérito. En 1939, llegó a Colombia con ayuda del académico francés André Siegfried, quien le pidió al presidente Eduardo Santos que le gestionara un permiso de entrada, recomendándole la figura del austríaco, que había abandonado al Tercer Reich. Cuando llegó a Colombia, donde se radicaría definitivamente, aseguró que venía escapando de los nazis, sin

revelar su actuación pasada en el régimen. Casi inevitablemente, las preguntas vuelve a surgir: un hombre como él, fanático del nazismo, custodio de Hitler, que había llegado a matar por sus terribles convicciones: ¿en poco tiempo había dado un giro de 180.º respecto a sus pensamientos nazis como para combatir a sus antiguos camaradas? O, en realidad, ¿astutamente encauzaba su nueva vida, haciendo gala de su oportunismo, para despegar de su pasado criminal que nunca le revelaría a nadie?

Ya establecido en su nueva patria, inicialmente trabajó como ilustrador, pero al poco tiempo se dedicó de lleno a la antropología con múltiples trabajos que lo hicieron famoso en el mundo académico.[16] Formó parte de un grupo de europeos y colombianos que se dedicaron a investigar la etnología y la arqueología de Colombia en el Instituto Etnológico Nacional creado por Rivet. Nunca habló de su pasado nazi y al parecer tampoco nunca existió una causa judicial por los asesinatos que perpetró en Alemania. Reichel murió reconocido como un gran hombre sin que esto trascendiera. Nadie mencionó públicamente su accionar como nazi hasta que se realizó en Francia el homenaje póstumo, que hemos mencionado anteriormente, donde surgieron esas «novedades» sobre su vida.

Reichel-Dolmatoff era un fanático nacionalsocialista, arrepentido o no, que llegó a tierras colombianas en 1939, precisamente el año de inicio de las hostilidades en Europa. Cuando ingresó cargaba en su espalda con por lo menos dos asesinatos, perpetrados cuando cumplía funciones como miembro de la temible Gestapo. Al comienzo de este libro, vimos la actividad del nacionalsocialismo y sus aliados criollos en Colombia durante la guerra. En este capítulo se intenta dilucidar además si los nazis llegaron a ese país tras haber terminado la conflagración; y bajo dicho supuesto sobresale la posibilidad, asombrosa por cierto, de que el mismo Adolf Hitler haya estado en tierras colombianas.

Se ha considerado el caso de Reichel revelador sobre cómo se puede ocultar el propio pasado en una nueva patria, pero es cierto que no es un ejemplo de un nazi que arribara a Colombia al finalizar la guerra, premisa que tratamos de abordar. Avanzaremos entonces para considerar otros casos que tengan esa misma condición.

Del búnker a Colombia: Wolfgang Karl Hinz

Se narrará a continuación una historia sorprendente, pues se trata de un nazi que estuvo en el búnker de Berlín cerca de Hitler, casi hasta su supuesto suicidio, y luego huyó a Colombia, donde vivió tranquilo más de treinta años hasta el fin de sus días. El pasado de Wolfgang Karl Hinz no era conocido ni por su propia mujer, Cecilia, pero el alemán,

poco antes de morir, decidió contarle a su esposa su verdadera vida. A su vez, años después, la viuda de Hinz fue entrevistada por el escritor colombiano Mario Mendoza, quien la publicó en el número cero de la revista *Gatopardo* en 1999 y me la dio a conocer en 2017, durante las jornadas de la Feria del Libro de Bogotá.[17]

El relato de Hinz comienza en 1945, cuando era un adolescente que formaba parte de la guardia personal de Hitler. A pesar de ser muy joven — rubio, de ojos claros, delgado pero musculoso, serio y de carácter reservado —, su excelente desempeño en las Juventudes Hitlerianas fue la carta de presentación que tuvieron en cuenta sus superiores para recomendarlo como uno de los integrantes de la custodia del Führer durante la última etapa de la guerra. En esa condición estaba en el refugio subterráneo de Berlín, cuando el mismo Führer le ordenó que escapara, pero llevando consigo documentación muy valiosa. Esos papeles oficiales le fueron entregados por Hitler en persona dentro de un sobre de un material especial, al parecer resistente e impermeable. Lo insólito es que el mismo jerarca nazi le dijo al muchacho que la documentación se la debía entregar a él, si lograba escapar de Berlín. Pero si llegaba a morir, debía quemar el sobre sin abrirlo. Como la documentación debía pasar desapercibida, Hinz, por recomendación misma de Hitler, la ocultó debajo del vendaje con el que simulaba tener una herida grande en el torso. Horas después, los integrantes del grupo de custodia, del cual Hinz formaba parte, recibieron la orden de escapar del búnker para no caer en manos de los soviéticos que habían invadido Berlín. Comenzó entonces una huida desesperada, como miles de alemanes. Escondiéndose entre los escombros, las cloacas, sótanos y otros improvisados refugios, Hinz y sus camaradas evitaban las balas enemigas, disparadas a mansalva más de una vez cuando corrían entre las ruinas berlinesas. Varios de sus compañeros fueron abatidos y él mismo tuvo que darle el tiro de gracia a un camarada que agonizaba como consecuencia de esos ataques. Luego, cuando se encontró con un hombre de las SS se enteró de la gravedad de los sucesos que, en un clima de confusión generalizado, él todavía no conocía: Alemania se había rendido y el Führer, a quien él había visto días antes, se había suicidado.

Conmocionado por estas noticias, Hinz atravesó la ciudad en llamas y buscó llegar a su pueblo natal, Strausberg, distante treinta kilómetros del centro de Berlín, en una marcha a campo traviesa. Al arribar encontró a su madre, junto a otras mujeres, ayudando en el hospital, atendiendo a cientos de enfermos y heridos. Luego de un emotivo reencuentro, ambos volvieron a la pequeña granja familiar. El relato no revela si Hinz tenía hermanos, ni tampoco da información sobre su padre. En la seguridad de su hogar, le reveló a su madre el tema del sobre que llevaba debajo del vendaje. La madre se lo quitó y sacaron el sobre de Hitler. Hinz preparó una fogata para cumplir con la orden del jerarca nazi: si él no sobrevivía la documentación debía ser quemada. Y

así lo hizo cuando las llamas comenzaron a chamuscar el sobre, este ardía con dificultad, por lo cual tuvo que rociarlo con gasolina para que su destrucción fuera total.

La zona donde vivían quedó bajo una comandancia rusa que citó a Hinz para interrogarlo sobre sus actividades en el régimen, pero debido a su edad, quince años en ese momento, no generó ninguna sospecha entre los soviéticos y, tras contestar algunas preguntas, pudo volver a su casa sin problemas. Pero semanas después ocurrió lo impensado: aparecieron en el lugar donde vivía un grupo de alemanes que obligaron al muchacho a acompañarlos hasta una finca cercana. Al parecer todos eran militares y uno de ellos estaba al tanto del tema del sobre de Hitler. Hinz no reconoció a estos hombres, aunque se dio cuenta de que uno de ellos, el que parecía saber que se había llevado documentación secreta, visitaba periódicamente el búnker cuando Hitler estaba refugiado allí. Los hombres le advirtieron a Hinz que debía confesar la verdad, esto es, que él había sacado el sobre del búnker y lo tenía en su poder.

Este fue diálogo entre Hinz y los nazis que buscaban el sobre, según la reconstrucción que hizo Mario Mendoza:

—Usted estaba asignado a la guardia especial del búnker, ¿verdad? — preguntaron ellos.

—No —respondió Hinz.

—Usted estuvo en las habitaciones privadas del Führer y él le entregó un documento importante; ¿dónde está?

—No sé de qué me hablan.

Como Hinz respondió que no a todos los interrogantes, lo amenazaron y luego lo comenzaron a golpear en el rostro, el hígado y los testículos. Lo torturaron hasta caer desvanecido. Semiconsciente, escuchó la voz de unos de los hombres que sugería:

—¿Por qué no lo matamos ahora mismo?

Alguien respondió:

—Lo necesitamos; es el único que sabe dónde está el sobre.[18]

Lo dejaron en su granja maltrecho y le advirtieron que regresarían una semana después para un nuevo interrogatorio, advirtiéndole que estaban en juego su vida y la de su madre si no revelaba dónde había escondido el sobre.[19] Durante tres días, Hinz estuvo postrado en cama, como consecuencia de la paliza recibida, atendido por su progenitora. Tras reflexionar, y muy apenada, ella le dijo que la única solución era que escapara, pues los nazis habían prometido volver y no dudarían en torturarlo otra vez. Tampoco le creerían si les decía que había quemado el sobre. Pensarían que estaba ocultándolo y lo torturarían para que revelara dónde lo tenía escondido. Si bien Hinz no quería dejar su casa, su madre lo convenció y lo preparó para partir:

Lo embadurnó con orines y excrementos de varios animales para que no fuese capturado por los perros de las tropas enemigas, le entregó una bolsa con viandas y una cantimplora con agua fresca, y le puso un anorak de piel de conejo fabricado por ella misma. Partió de Strausberg hacia Rathenow, atravesó el Elba hasta arribar a Celle, de allí se dirigió a Osnabrück, cruzó bosques en la plenitud invernal, estepas sin rastro de vida humana y llanuras cubiertas por gruesas capas de nieve. Hizo una parada de dos días en una casa campesina muy cerca de Münster, y, finalmente, cansado y vencido por la fatiga, buscó la línea férrea que lo llevara a Dortmund. Muchas veces sintió miedo de morir abandonado en la gruta de una montaña; también lo visitó el pavor de la soledad y la pesadumbre incómoda de lo que pudiera estar sucediendo con su madre.[20]

Tras una marcha prolongada, y un viaje en tren, en vagones saturados de heridos y familias sin techo, llegó a Dortmund, donde fue hospitalizado de urgencia. Tras salir del nosocomio, su tía y su esposo le dieron alojamiento durante nueve años, donde fue tratado como un hijo más del matrimonio. Allí pudo terminar los estudios de bachillerato y luego se graduó de ingeniero.

Contratado en Colombia

Hasta aquí esta historia transcurre en Europa, ¿cuál es entonces la vinculación con Colombia? Ocurre que, en 1954, el presidente del país, general Gustavo Rojas Pinilla, lo contrató para que fuera asesor de una importante industria colombiana.[21] Hinz trabajaría en Acerías Paz del Río, un gran complejo industrial administrado por la Empresa Siderúrgica Nacional de Paz del Río, constituida en 1948 en Boyacá. Las instalaciones fueron levantadas en la antigua hacienda Belencito, localizada en la jurisdicción de los municipios de Nobsa y Corrales, debido a la cercanía de los yacimientos de caliza, de mineral de hierro y de carbón en el municipio de Paz del Río, aprovechando además la reserva hídrica cercana al lago de Tota.

La producción en pleno se inició en 1954, cuando la compañía pasó a llamarse Acerías Paz del Río S. A. El contrato de Hinz comenzó el 14 de febrero de 1954. Geográficamente, la ubicación del complejo es relativamente cerca de Tunja, capital del departamento de Boyacá, el pueblo donde habría estado Hitler en los años cincuenta, según documentos desclasificados de la CIA que analizaremos más adelante. Tampoco es un dato menor en esta investigación que el presidente de entonces, Gustavo Rojas Pinilla, haya nacido en Tunja, ya que esa ciudad aparece en el centro de esta historia, tal como se verá en el próximo capítulo.[22]

¿Por qué el presidente contrató a Hinz? ¿Sabía Rojas Pinilla que había sido custodio de Hitler? ¿Había otros nazis trabajando en las acerías? ¿Hicieron inversiones los alemanes en la industria del acero? ¿Había allí capitales y socios alemanes? ¿Estas acerías son consecuencia del plan de industrialización de Hitler que menciona Llama en la carta publicada por *El Tiempo* en 1948? Por ahora, varias preguntas, muchas dudas, como no podía ser de otro modo. Veamos si podemos ir encontrando respuestas.

El atentado

Volvamos a la historia del nazi que escapó del búnker y llegó a Colombia. Al respecto se debe decir que la Siderúrgica Paz del Río fue el escenario de un atentado criminal perpetrado contra Hinz, un suceso poco conocido que nunca fue aclarado. La crónica dice que, al poco tiempo de llegar a Colombia, y cuando ya se encontraba trabajando en Acerías Paz del Río:

[…] un grupo antifascista llevó a cabo un atentado contra Hinz: cortó un cable aéreo por el que se transportaba el alemán. En el lugar del sabotaje dejaron una nota que decía: «¡Muerte a los nazis! ¡Viva Colombia!» Hinz fue transportado a Bogotá con graves heridas y semidesangrado. Varias intervenciones quirúrgicas lo salvaron de la muerte. La anestesióloga Cecilia Díaz, quien también cursaba estudios de Derecho, lo atendió en la Clínica Bogotá y se interesó por él durante su convalecencia[23].

Si nos atenemos a este suceso, se puede inferir que quienes quisieron matar a Hinz conocían su pasado nazi y estaban dispuestos a acabar con su vida. Pero nada más sabemos de este incidente, al menos hasta ahora. Lo cierto es que, paradójicamente, como consecuencia del atentado encontró el amor. Él se enamoró de Cecilia Díaz, la anestesióloga que lo atendió durante su convalecencia, con quién se casó cuatro años después, en 1958, teniendo dicho matrimonio dos hijos. Doña Cecilia, ya anciana y viuda, poco antes de morir le contó al escritor Mario Mendoza que su esposo era

un hombre de temperamento recio, fuerte y disciplinado; evitaba las conversaciones sobre la Segunda Guerra, las revistas donde se hablara al respecto o las películas que trataran del tema; además, procuró que sus hijos no se involucraran en discusiones sobre el papel de Alemania en dicho conflicto; era un individuo sin amistades cercanas, alejado, solitario, gran lector de Goethe, de Thomas Mann, y de las novelas sobre la conquista del oeste[24] americano.

Hinz, quien tenía la cédula de extranjería 42590, trabajó en la Acería hasta el 14 de febrero de 1968. Ya retirado, se reunía con un grupo de compatriotas en el restaurante Quinta Setenta, donde jugaban a las cartas a la vez que intercambiaban información y opiniones sobre Alemania y temas de actualidad. Le dedicaba horas a la carpintería, su *hobby*, en un pequeño taller montado en un cuarto de su casa. En 1988, el matrimonio se trasladó a Barranquilla porque los médicos les aconsejaron un clima más benigno que el de Bogotá para la artritis que aquejaba a Cecilia. Dos años después, en el municipio Malambo, cercano a la capital del Atlántico, Wolfgang Hinz contrajo un virus, uno que desató una epidemia que no pudo ser controlada en la región y acabó con la vida de casi un centenar de personas. Su situación era irreversible y, presintiendo que iba a morir, le contó a su esposa aspectos de su vida que ella desconocía, en particular, su pasado nazi y su historia en el búnker cuando debió llevarse consigo documentos secretos de Hitler, que le debía entregar al Führer en caso de que el jerarca nazi pudiera escapar con vida del refugio subterráneo. Hinz murió en la clínica Bautista de Barranquilla el 4 de diciembre de 1990, poco antes solicitó ser bautizado en la fe católica. Si Hitler estuvo en Colombia en los años cincuenta, ¿se reencontró allí con Wolfgang Hinz?

Un nazi en el servicio secreto de Colombia

Entrevistado en el 2003 en su departamento, ubicado al norte de Bogotá, el nazi Gunter Schwochau Steinke afirmó que el Holocausto era un invento de los Aliados, y además aseguró que el gobierno de Colombia necesitaba un grupo especial, al estilo de las SS de Hitler, para así poder acabar con la corrupción.[25] Expresiones de un nazi fanático que, tal como se verá, y esto es muy importante para esta investigación, terminó trabajando para los servicios de inteligencia del presidente Rojas Pinilla; en lo que se constituye en un caso testigo en Colombia de cómo los alemanes de Hitler trabajaron para las dictaduras sudamericanas, ayudando a combatir el comunismo. Esto se daba cuando gobiernos militares *de facto*, impuestos por Washington, gobernaban en los países de la región, en el marco de una estrategia pergeñada durante la Guerra Fría para detener el avance del «peligro rojo» en la región.

Schwochau Steinke dijo que durante la Segunda Guerra Mundial perteneció y fue oficial de la 53 Panzerdivision, unidad de blindados que estuvo luchando en el frente ruso y una de las que más cerca llegó a estar de Moscú, durante la frustrada invasión nazi a Rusia. Esta unidad no está registrada bajo esa denominación pero sí existió la Panzerjager Abteilung 53, que hizo parte de la Quinta División Panzer, que luchó en la Unión Soviética, en el Frente Oriental.

Al terminar el conflicto, logró escapar para evitar ser enjuiciado en los tribunales de guerra. Los rusos, según dijo, «me querían juzgar por la batalla de Kónisberg en que los derroté», aseguró durante la entrevista concedida a Simón Posada Tamayo para la revista *Directo Bogotá*. Para poder huir, se hizo pasar por marinero y logró salir embarcado a Copenhague, Dinamarca. En ese país trabajó para los estadounidenses en tareas relacionadas con la seguridad del área donde se encontraba y en espionaje. Estos le daban cobertura para evitar que fuera apresado por los soviéticos, que querían su cabeza. «Una tarde llegó el coronel gringo que me estaba ocultando, y me dijo que no quería perderme, porque yo había colaborado mucho, pero que los rusos habían preguntado por mí para ver si yo estaba entre los exoficiales que estaban colaborando en la actualidad», aseguró el nazi al ser entrevistado en Bogotá.

Casi nada sabemos sobre la actuación de Schwochau Steinke durante la guerra, excepto lo poco que él mismo ha contado. Lo cierto es que, ayudado por los norteamericanos, se fue de Dinamarca a Francia, donde comenzó a trabajar en empresas cuyos nombres no menciona, destacándose por sus habilidades como soldador. «De la empresa en que trabajaba en París me mandaron para la siderúrgica de Paz del Río», explicó al referirse a los motivos de su ingreso a Colombia. Tenemos, pues, otro nazi que, como Hinz, también va a cumplir funciones a esa empresa del acero. Ambos siguieron la misma ruta, esto es, de Francia a Colombia. ¿Más nazis, además de ellos dos, fueron a Acerías Paz del Río? ¿Esto fue casualidad o formaba parte de un plan? De ser así, ¿qué motivos habría?

Lo cierto es que a principios de los años cincuenta, Schwochau Steinke, tras alejarse de Acerías Paz del Río, fundó el Instituto Alemán de Soldadura, en el sector de Paloquemao, de Bogotá, para desempeñarse por su cuenta en la actividad privada. Para esa época, al parecer los servicios de espionaje colombianos lo confundieron con un «activista comunista», lo que le generó problemas, contó Steinke, pero luego, al averiguar sobre sus antecedentes nazis, le ofrecieron trabajar para ellos.

«Me dijeron que me iban a deportar porque habían creído que yo era un peligroso comunista. Pero ya sabían que yo era todo lo contrario. Entonces me pidieron que, si quería trabajar con ellos en la seguridad del país», contó asegurando que la persona que

le hizo tal propuesta fue el general Tome Acevedo, quien tiempo después murió en un accidente de aviación registrado en los Llanos orientales. La actividad de Schwochau en el Servicio de Inteligencia Colombiano (SIC), creado por el general Gustavo Rojas Pinilla durante su mandato, parece haber sido destacada, teniendo inclusive acceso directo al primer mandatario, tal como lo describe él mismo con estas palabras:

Fui nombrado inspector jefe. Yo destapé ahí un «mierdero». Cogimos a treinta y dos detectives que eran espías comprados por los partidos políticos. Tenía doce directivos bajo mi mando, y me la pasaba en el palacio de Nariño. Entraba y salía de él como si fuera mi casa, y hasta podía interrumpir las reuniones de los ministros con el presidente. Allí asesoré la seguridad del techo (de la casa de gobierno), ya que era increíble que no hubiera ni siquiera ametralladoras contra aviones que fueran a atacar.[26]

Durante el reportaje Schwochau Steinke defendió una y otra vez a Hitler, a quien llegó a conocer personalmente:

Yo no sé por qué han querido pintar a Hitler como un loco… Una de las veces que lo ví en Checoslovaquia estaba llorando al vernos derrotados y heridos. Me dio varios espaldarazos, me preguntó que cómo me llamaba y cómo me habían herido. Luego hablé con él cuando yo era coronel, ahora sí rindiéndole cuenta de la estrategia del frente. Todos sentíamos mucha admiración por él. No trasnochábamos, caminábamos, y tratábamos de ser tan aseados como él. Lo teníamos como modelo. Como a un padre. Era una persona normal, como un padre. Lo único que quería era que Alemania fuera una nación sana, sin criminales ni extranjeros que fueran a llevarnos plagas y a quedarse con nuestro dinero.[27]

En pleno siglo XXI, Schwochau alabó las políticas de Hitler y comparó la sociedad nazi con la colombiana:

Antes de la guerra se les hacía la castración a los violadores, y en las Juventudes nos ponían a hacer ejercicios, a decirnos que no nos masturbáramos, a no trasnochar, y si lo hacíamos entonces nos ponían a rendir el doble, no como aquí que la gente dice que no puede hacer nada porque está trasnochada. Por eso fue que yo terminé cerrando el taller de soldadura. Una vez se me fueron unos trabajadores en un Volkswagen que yo tenía y me lo estrellaron. La gente acá es así, desvergonzada, perezosa.

Para el nazi Schwochau, lo que siempre faltó en Colombia fue «un grupo de SS para quitar la corrupción, y eliminar esa pereza que tienen acá todos los políticos y la gente en general». Al parecer varios militares colombianos pensaban igual que él, ya que «en

una de las fiestas del Cantón Norte se me acercaron varios coroneles a decirme que por qué no trabajaba con ellos para acabar con ese desorden e impunidad que hay aquí», reveló Schwochau.

Respecto al Holocausto, mantuvo la posición del negacionismo:

¿Cómo es posible que, si supuestamente mataron a muchos judíos en los campos de concentración, haya después de la guerra muchísimos más de los que había antes? Eso es pura paja, los judíos inflaron las cifras en detrimento de la nación alemana, y después de ello nos han jodido toda la vida y nos han dado muy mala fama en todo el mundo. ¡Cómo de la persecución de los judíos en Rusia antes de la guerra no se ha dicho nunca nada y luego se nos viene a joder a nosotros con eso! Además, ellos controlan las finanzas de todas las naciones, son una plaga, y aquí en Colombia están muy metidos.[28]

Cuando murió el general Tome Acevedo, aquel que lo había captado para que trabajara para Rojas Pinilla, Schwochau renunció a su cargo tras cuatro años de haberse desempeñado en el espionaje colombiano, entre 1952 y 1956. En 1963, fundó el Club Marina de Guatavita y en su taller se dedicó a construir cuarenta y cinco pequeños veleros, con capacidad para cuatro personas ideales para aprender el arte de navegar a vela, que actualmente se encuentran en uso en el embalse de Tominé.

El carnicero nazi

Un testigo que no desea ser identificado, lo mencionaremos por sus iniciales C.O., recuerda la presencia del nazi Walter Heinz en la localidad de Punza, un municipio de Cundinamarca, al occidente de Bogotá, donde vivió tranquilo hasta su muerte. Tras arribar a Colombia en los años cincuenta, Heinz abrió en esa localidad una importante carnicería de su propiedad, donde trabajaban varios empleados. «Era una carnicería ubicada en un edificio de unos cuatro pisos, frente a la esquina de la plaza principal, funcionó entre los años cincuenta y setenta… En esa época ese carnicero alemán era el único que hacía los cortes y fiambres de gusto de argentinos y europeos, servía a todos los extranjeros y a algunas embajadas», recuerda el testigo. «Yo tuve oportunidad de subir al segundo piso, donde él vivía con su señora colombiana, y eso era un museo de sus recuerdos, de objetos nazis de la Segunda Guerra, había banderas, medallas, fotos», recuerda C.O.[29].

El testigo me explicó que «en esa época yo era un niño, pero recuerdo que se comentaba que era un nazi llegado en la posguerra a Colombia. El carnicero era muy

rico». También aseguró que así como este caso, hubo otras familias de origen alemán llegadas a Colombia, en la posguerra, que surgieron económicamente y por ende fueron muy aceptadas por la alta sociedad colombiana. No era difícil conseguir en Colombia objetos nazis para coleccionistas de antigüedades… Llegué a conocer medallas, pistolas y otros objetos en manos de coleccionistas privados. También circulaban algunas obras de arte que se atribuían a los tesoros nazis. De esas obras pude ver algunas en Cúcuta, frontera con Venezuela, y en Caracas. Por favor, le solicito absoluta confidencialidad de mi nombre.

El altar nazi

El médico Eduardo Londoño-Schimmer me contó que quedó muy impresionado de joven cuando entró a la casa de Alexandra, una amiga, nieta de un alemán que había llegado a Colombia luego de la Segunda Guerra Mundial.[30] «La vivienda estaba ubicada en la carrera 5 con la calle 73 o 75», en el barrio Rosales, en el norte de Bogotá, según recuerda. Asegura que al ingresar a ese lugar no pudo contener su asombro: en un sitio de la casa había «una especie de altar» con objetos nazis como esvásticas, medallas y brazaletes. «En 1983 vi el altar… él era bajito, gordo, y muy duro, hosco… recuerdo que tenía una Cruz de Hierro», cuenta Londoño-Schimmer. A la pregunta de quién era ese hombre, el doctor contesta que se llamaba Manfred Wagner, el hijo del inmigrante que había llegado de Alemania, aunque no tenía más datos sobre el tema y acerca de estas personas. Al investigar el caso, pude comprobar que el abuelo de Alexandra, Manfred Wilhelm Wagner, había combatido en las filas alemanas y luego de la guerra llegó con su familia a Colombia, donde se instaló y trabajó, y terminó por adaptarse a su nación adoptiva.

Alexandra Wagner me contó que su abuelo llegó a Colombia por un trabajo «que consiguió con una empresa de pinturas». Agregó que la familia Wagner fue trasladada a Colombia en barco en el año 1951: el padre Manfred W. Wagner; la madre, Luisa; y sus hijos, Manfred y Barbel Wagner. El hombre llegó con «un contrato de trabajo» asegurado, aunque ella no recuerda el nombre de la empresa. Alexandra me dio algunos detalles más sobre sus ancestros.

—¿Su abuelo reunía periódicamente con sus excamaradas?

—No.

—¿Sabe a qué unidad militar perteneció y qué grado tenía? Se comentaba que era de las SS…

—No lo sé. Le pregunté a mi tía Barbel y tampoco sabe. Mi abuelo estuvo con la Cruz Roja recogiendo en tren a los heridos y a los muertos que se encontraban en las trayectorias a Rusia.

—¿Qué me puede decir de la colección de objetos que vieron en su casa?

—Las piezas son originales y estaba toda la colección en uno de los ambientes de mi casa. Para nosotros, eran historia. Como muchos museos, tiene historias recogidas y puestas en algún sitio. Esta colección fue dividida en tres cuando mi papá murió. Brazaletes no recuerdo ninguno. Las insignias que estaban en mi casa no eran ganadas por mi abuelo, sino coleccionadas por él.

Respecto a su padre, contó que «mi papá, por lo que me acuerdo, siempre trabajó con empresas europeas, alemanas, austríacas, en la industria metalmecánica. Para aprender el español, trabajó en una joyería y luego como gerente regional en Bogotá en Industrias Estra, con sede en Medellín. Después como gerente comercial de Industrias Estra en Medellín, con el respectivo traslado».[31]

Al cabo de los años, volvió a Bogotá, donde tenía su propia compañía de representaciones. De su familia, comentó: «Se conoció con mi mamá, Leonor Luna, en el año 1956. Del matrimonio, hay tres hijos: Manfred Wilhem Wagner, Mariis Wagner y yo, Alexandra Wagner».[32]

La tumba de un héroe de guerra

El Cementerio Alemán es uno de los cuatro que conforman el denominado Conjunto Funerario del barrio Santa Fe, en el centro de Bogotá. Fue creado por Anton Krauss en 1912 y está sembrado de pinos candelabros. Recorriéndolo y leyendo las inscripciones de las lápidas, encontré información valiosa para este libro. Una tumba con una gran cruz de piedra y el nombre grabado de Rudolf Rettberg llamaron mi atención. Algunas de mis fuentes me habían hablado con admiración de este hombre.

Rudolf Rettberg nació el 25 de noviembre de 1916, en Bremerhaven, una ciudad portuaria en la costa alemana sobre el mar del Norte. A mediados de los años treinta, ingresó como voluntario en las SS-Verfügungstruppe (SS-VT), una especie de tropa de

élite de reserva creada en 1934, que estaría disponible para ser llamada a la acción en cualquier momento, en tiempo de paz o de guerra. Seis años después de su surgimiento, se convirtieron en el núcleo de las Waffen-SS, un grupo de combate que no estaba adscrito a las fuerzas armadas tradicionales.[33]

Durante la Segunda Guerra Mundial, Rettberg integró la Hohenstaufen 9.ª División Panzer SS. Era una reserva motorizada que se preparó entre enero de 1943 y marzo de 1944 en diversos lugares de Francia para contrarrestar a las fuerzas aerotransportadas aliadas que esperaban recuperar este país. En marzo de 1944, fue enviada al frente oriental para que rescatara al Primer Ejército Panzer que estaba sitiado por el enemigo en Tarnopol, Ucrania. En abril del mismo año, los retiraron como posible reserva para detener el avance ruso, pero en junio los movilizaron de emergencia a Normandía, Francia, para detener la invasión aliada. Allá fueron diezmados. En medio de su retirada, participaron en la sangrienta batalla de Arnhem, en Holanda, en la que tuvieron una destacada actuación. En octubre de 1944, replegaron a los sobrevivientes a Alemania para reforzar y reorganizar la división. Entre diciembre de 1944 y el primer trimestre de 1945, intervinieron en la batalla de las Ardenas, la última gran ofensiva alemana, y en la Operación Despertar de Primavera, un intento desesperado para contener el avance de los rusos en Hungría. En mayo de 1945, los sobrevivientes se rindieron ante el ejército estadounidense.

El teniente coronel James McGhee en un elogioso artículo sobre esta división, titulado «A la sombra de las élites: la Novena División Panzer SS Hohenstaufen», escribió:

Durante el año pasado (1944), la división había luchado en algunas de las batallas más importantes de la Segunda Guerra Mundial. Los nombres familiares de Normandía, Caen, Hill 112, Falaise, Arnhem, St. Vith y Bastogne aparecen en la historia de la unidad. Combatieron en el bocage (un paisaje boscoso típico) de Francia, a lo largo de los diques de Holanda, en los bosques de Bélgica y en el barro del Frente Oriental, y, sin embargo, la reputación de las divisiones de élite originales eclipsa la de la Hohenstaufen.[34]

Rudolf Rettberg hizo parte de esta división y por su valentía y destacada actuación en combate fue condecorado en dos ocasiones. El 19 de agosto de 1944, cuando ostentaba el cargo de SS-Hauptsturmführer (capitán) recibió la Cruz Alemana en Oro. Ese año se desempeñó como jefe 5.º/SS del Regimiento Panzer 9 Hohenstaufen. Y el 6 de mayo de 1945, con el grado de *SS-Sturmbannführer* (mayor), la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, la máxima condecoración militar entregada por Alemania durante la

Segunda Guerra. Ese año, y hasta el fin de la guerra, cumplió funciones como comandante ll/SS del Regimiento Panzer 9 Hohenstaufen.

El comandante Rettberg aparece en el libro *La élite del Tercer Reich: los portadores de la Cruz de los Caballeros de la Cruz de Hierro 1939-1945*, de Walther-Peer Fellgiebel, quien presidió durante años la Asociación de Portadores de la Cruz de los Caballeros.

No logré precisar en qué momento y condiciones el condecorado oficial llegó a Colombia. Pero sí descubrí que en 1967 ya hacía parte de una compañía llamada Cela Colombiana Ltda., que tenía dos pisos de oficinas en un edificio en la carrera 13 n.º 12-81, en el centro de Bogotá. La empresa era gerenciada por otro alemán: Waldemar Schumacher. Este fue quien entrevistó ese año a Inés Duque, una joven bogotana que llegó recomendada por otra trabajadora de Cela para ocupar el puesto de secretaria de Rettberg, quien tenía fama de estricto y exigente. Schumacher la entrevistó, le dio el visto bueno y le advirtió que si no hacía bien su trabajo la despediría como a las anteriores. Inés aceptó. Cumplió a cabalidad con su trabajo y durante catorce años fue la secretaria de Rettberg hasta su fallecimiento, en 1981.

En el lapso que trabajaron juntos la empresa, tras fusionarse con Merck, pasó a denominarse Celamerck Colombiana S. A. Rettberg era el tercero en el organigrama y estaba al frente de las importaciones y las ventas. Celamerck era una compañía dedicada a la comercialización, producción e investigación de plaguicidas para la industria agrícola. Inés dice que al principio la impresionó la estatura de su jefe, medía más de 1.90 metros, y lo recuerda como un hombre «muy estricto y responsable, que trabajaba de sol a sol. Era el primero en llegar a la oficina. Me enseñó muchas cosas. Defendía mucho a los empleados y no soportaba las injusticias, no se quedaba callado cuando veía una. Hablaba muy rápido. No le gustaba que le tocaran o movieran sus papeles y elementos en la oficina. Sabía muchísimo de matemáticas y hacía cálculos muy rápidos. Fue un buen jefe».

De la guerra nunca contaba nada y solo una vez le mostró de repente una foto de plano medio en la que aparecía uniformado y con casco. Junto con su esposa, la invitó en algunas ocasiones a su casa en el norte de Bogotá. Allá ella lo vio bailar al ritmo del tema «Swingin Safari», del compositor y director alemán Bert Kaempfert, y supo que le encantaba cultivar orquídeas. En Bogotá, se casó con Heidi Beil, una colombiana de padres alemanes, con quien tuvo tres hijos. «Don Rodolfo», como siempre le dijo y conoció Inés, falleció el 28 de octubre de 1981. «Con él conocí y aprendí a querer a los alemanes. Cuando murió, lloré mis ojos», recordó Inés Duque. Ese mismo año, Celamerck desmontó su planta en el país y le cedió su tecnología a otra empresa.

Un as de la Luftwaffe

El legendario piloto de caza alemanes Gerhard Thyben, un as de la aviación durante la Segunda Guerra Mundial, emigró de Europa y, tras un largo periplo que incluyó un paso por Buenos Aires, Argentina, llegó a Colombia, donde volvió a desempeñarse como piloto profesional, al igual que algunos de sus compatriotas que también cruzaron el Atlántico para iniciar una nueva vida lejos del Viejo Continente. Se contará ahora la historia de este héroe de la guerra — por su récord de victorias, era considerado un verdadero ídolo por sus compatriotas —, incluyendo algunas preguntas que le hice a su hijo, de nombre homónimo, y las respectivas respuestas por parte de este, quien reside en Cali.[35]

Nacido en Kiel, Alemania, el 24 de febrero de 1922, Thyben desde joven se involucró con las llamadas Juventudes Hitlerianas de la aviación (HJ-Flieger), y a los catorce años hizo sus primeros vuelos con los planeadores que ellos mismos construían, dirigidos por sus exigentes instructores.[36] Al comenzar la Segunda Guerra Mundial, Thyben tenía diecisiete años y se alistó como voluntario en la Luftwaffe. Al comenzar su carrera cumplió funciones como piloto en el Protectorado de Bohemia y Moravia (hoy República Checa), y posteriormente se especializó en el manejo de aviones caza, siendo fabuloso durante la guerra el número de derribos alcanzados: voló 385 misiones de combate y obtuvo 157 victorias aéreas. Por su trayectoria, le fue concedida en 1944 la Cruz de Hierro con Hojas de Roble, una de las máximas condecoraciones del Tercer Reich. Al terminar la guerra, quedó detenido en un campo de prisioneros británico. Al respecto, Gerhard Thyben hijo indicó: «En el caso de mi padre, el campo de prisioneros de guerra era inglés y quedaba en Kiel o alrededores, su ciudad natal en el estado de Schleswig-Holstein, al norte de Alemania. La permanencia fue breve. No tengo fechas, pero fueron pocas semanas y el trato fue bueno, después de un muy intenso interrogatorio por la última victoria posterior al armisticio firmado en Reims, Francia».[37] Como el aviador Thyben había derribado un avión enemigo, después de que Alemania se había rendido, las autoridades aliadas lo dejaron en libertad solamente luego de que quedó en claro que la aeronave abatida no era ni británica ni estadounidense. Al demostrarse que Thyben había derribado a un avión soviético, lo dejaron salir del campo de prisioneros. «Mi padre nunca escapó de ningún campo. Fue debidamente liberado. Lo que sí hubo fue el interrogatorio en el que la pregunta fue si la aeronave derribada por mi padre, el ocho de mayo (de 1945), fue un avión aliado occidental o no. Solo cuando se constató que no hubo pérdidas de aeronaves inglesas o norteamericanas, y después de que dos oficiales de alto rango alemanes firmaron su compromiso, lo juntaron con los demás», explicó Thyben hijo, al referirse al momento en que su padre quedó en libertad.

Camino a España

En 1948, el aviador Thyben «falsificó unos documentos» con la intención de escapar a España, según me contó su hijo Gerhard.[38] Durante esos años, se obligaba a contingentes de soldados alemanes a realizar trabajos forzados para reparar zonas destruidas. Al cabo de un tiempo, uno o dos años, estos trabajadores comenzaron a recibir un salario e incluso podían viajar a sus casas, llevando víveres que no se conseguían en Alemania. Estos hombres, los «trabajadores de reparación», podían viajar casi libremente entre Alemania y Francia, a diferencia del resto de los germanos, que tenían prohibido salir del país. «Mi padre conocía uno de estos trabajadores de reparación y le pidió que le prestara los documentos y los copió, colocando su nombre en el documento. Contó con la ayuda del oficial naval de inteligencia inglés que vivía en su casa y tenía compasión por su deseo ferviente de volver a volar. El nombre del oficial inglés era Tom Irvin y fue un gran amigo de mi padre», explicó. A partir de ese momento, el piloto Thyben tuvo como meta escapar a España, y para lograrlo emprendió una fuga cinematográfica a través de los Pirineos.

Así lo explica Thyben hijo:

No sé qué camino habrá cogido. Si mal no recuerdo, su tiquete de tren fue hasta Toulouse, pero no se bajó y continuó hasta llegar a los Pirineos, en el País Vasco francés, y caminó. Al principio solo de noche y luego, ya en la montaña, de día también. Caminó solo y con una brújula portátil, usando los caminos menos transitados. Al llegar a la cima, caminó hasta Pamplona, en Navarra. Ahí fue detenido y llevado a la cárcel con la acusación: «por haber ingresado al territorio nacional sin documentación». El trato fue correcto y respetuoso.

Detenido en España, el piloto Thyben tuvo como meta lograr que lo deportaran a la Argentina, país que ya era conocido por su receptividad de los alemanes en fuga. Continuando con la historia, Thyben hijo contó que «una vez en la cárcel, donde se encontraban muchos hombres afines al régimen caído de diferentes nacionalidades, en especial holandeses y rusos que por haber colaborado con el enemigo eran buscados en sus países, mi padre pudo hacer llegar a un juez la documentación que lo identificaba y había encaletado en unos cepillos de lustrar zapatos. Esto llevó a su liberación y posterior buen trato por parte de la Falange».

—¿Cómo fue la deportación por parte de los españoles?

—Mi padre manifestó insistentemente su deseo de volar (cuando estaba detenido en España). Esto llamó la atención de los directivos de la Falange, que gestionaron un tiquete para Argentina. Fue acompañado hasta el barco por dos agentes especiales. Fue una deportación amable; en 1949, le pagaron el pasaje y lo embarcaron a Buenos Aires. Viajó cómodamente, o sea, en una de las clases privilegiadas y no en la de los emigrantes rasos, en el fondo del buque.

En Argentina y Colombia

Tras llegar a Buenos Aires, el piloto alemán se radicó en Villa Ballester, donde habían encontrado refugio una gran cantidad de nazis que huyeron a Argentina. «Mi padre no era nazi, en 1944 le habían ofrecido afiliarse al partido, pero él contestó que no, que no era momento para estar pensando en eso en plena guerra», aseguró Thyben hijo. El aviador en Buenos Aires instaló un taller de lámina y pintura automotriz, aunque siempre mantenía intactas sus ilusiones de volver a volar profesionalmente, en particular cuando conversaba con sus camaradas en un «círculo de aviadores alemanes», que periódicamente se reunía en la localidad bonaerense de Tigre.[39]

Para ese entonces, varios aviadores nazis famosos habían llegado a la Argentina, como el piloto estrella Hans-UIrich Rudel, «El águila del Frente Oriental»; Werner Baumgart, jefe de bombarderos del Tercer Reich; y el general Adolf Galland, jefe del arma de cazas alemanes, entre otros.[40] Galland, a partir de 1948, se desempeñó como asesor del presidente Juan Domingo Perón. Su despacho estaba ubicado en el edificio principal de la Fuerza Aérea Argentina. Como vimos al referirnos a la red montada por el obispo Hudal (capítulo IV), en cada país receptor se estableció una suerte de cupos para dar trabajo a los alemanes en fuga. Lo interesante de esta historia es que Galland, quien durante la guerra había sido jefe de Thyben, le comunicó que no había más lugares para pilotos en Argentina, pero que sí había demanda de aviadores en Colombia. Le pregunté a su hijo por qué enviaría el general a su padre a ese país.

—¿Por qué cree que el lugar elegido era Colombia?

—Porque Colombia necesitaba pilotos y un conocido, algo mayor que él, de nombre Teddy Kónigs, lo buscaba para que se ofreciera a trabajar en Colombia. La aerolínea Avianca tenía una dependencia que se llamaba Aerotaxi, que volaba DeHavilland Beaver y unos Cessna 195 en rutas regionales. El contacto lo hizo Adolf Galland.

—¿Cuándo llega y qué hace al arribar su padre a Colombia?

—A Colombia llega en un vuelo comercial de Panagra en marzo de 1954. Esto fue durante el gobierno de las fuerzas militares de Colombia bajo Gustavo Rojas Pinilla. Todas las autoridades aeronáuticas eran militares activos. Colombia requería pilotos. El gobierno de Rojas había adquirido los primeros *jets* y sus pilotos estaban recibiendo los cursos en los Estados Unidos. Pero a la vez tenían en comodato aviones P 47 Thunderbold, que la llamada Misión Americana les había entregado para su «consumo», pero con una cláusula de horas mínimas de vuelo. Estas horas no se estaban dando. En primer lugar, por la falta de pilotos y también por una buena desconfianza hacia el avión, por incendios en el aire que se daban y que terminaban fatalmente.

—Y entonces contratan a su padre…

—Se enamoraron de su récord como piloto y le ofrecieron un cincuenta por ciento más de sueldo para contratarlo como piloto de mantenimiento. Este contrato se hace efectivo en junio de 1954. Realizó su trabajo de piloto de pruebas en Palanquero. En su segundo año de contrato con la Fuerza Aérea Colombiana [fac], voló en Cali, en la Escuela de Aviación Militar, los aviones Stearman PT-17, Texan T-6 y Mentor T-34. Para agosto [de ese año] trae a mi madre de Buenos Aires. Mi madre alemana, viuda de la guerra y sobrina de un cofirmante del Tratado de Versalles radicado en Buenos Aires.

—¿Ese año adopta la ciudadanía colombiana?

—Cuando Colombia ya había superado su déficit de pilotos, salió un decreto según el cual solo colombianos podían ejercer esa profesión. Por lo tanto, tomó la ciudadanía colombiana. Sin embargo, cabe notar su amor por el país.

—¿Se reencontró en Colombia con alguno de sus compañeros de su grupo de combate?

—Hubo uno solo: Wübke, creo que Herbert era el nombre [se trataba de Waldemar Wübke], también voló en el JG 54 pero sus derribos no llegaron a cuarenta.[41] Wübke no trabajó en la Fuerza Aérea de Colombia, pero sí con Avianca. Se mató al entrar a Medellín con un Beaver de Aerotaxi, de Avianca, al elegir el caño equivocado en un vuelo con meteorología marginal.

El as de la aviación alemana también trabajó en Aerotaxi, de Avianca, donde comenzó a cumplir funciones a mediados de los años cincuenta.[42] Posteriormente conoció a su compatriota Ernesto Breiler, expiloto de la empresa Scadta y de bombarderos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Breiler lo sedujo con la idea de que trabajara en fumigación aérea y que renunciara a Aerotaxi. Los argumentos para que realizara tal cambio eran económicos: los sueldos que cobraban los pilotos por fumigar eran muy superiores a los que se pagaban en Aerotaxi. Thyben siguió su consejo y comenzó a trabajar en la compañía de fumigación Colombiana Agrícola y Trabajos Aéreos (Cayta), fundada por Breiler y otros dos pilotos alemanes, Hans Hoffman y Guillermo Dette. A los sesenta años abandonó la aviación comercial y hasta el fin de sus días, falleció en 2006, solo volvería a volar por placer. «En 1994, la Escuela de Guerra de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas invitó a mi padre a Maxwell, Alabama. Lo invitaron como representante de Colombia y de la Fuerza Aérea Colombiana. Fue un homenaje hermoso y tuve el placer de acompañarle», recordó el hijo del aviador.

Resumiendo, el as de la Luftwaffe, Gerhard Thyben, tras salir de Europa, consiguió trabajo en la Fuerza Aérea Colombiana y también en empresas privadas, tal como lo hicieron miles de sus compatriotas en el nuevo continente. Sudamérica era un destino seguro, una tierra de oportunidades, donde los alemanes podían reconstruir sus vidas, tal como lo habían planeado el obispo austríaco Alois Hudal y sus poderosos amigos germanos.

En este capítulo hemos avanzado un pequeño paso en la investigación al comprobar que, efectivamente, hubo nazis que ingresaron a Colombia después de la guerra. Recordemos que el agente de espionaje Reinhard Kopps, que trabajaba en acuerdo con el obispo Hudal, era un entusiasta de ese país, donde Von Kurtz se encargaba de hacer los contactos necesarios para recibir a los inmigrantes. Las historias de los nazis Hinz y de Schwochau tienen aristas comunes: ambos conocieron personalmente a Hitler y trabajaron en Acerías Paz del Río. Sin dudas, el hecho de que Schwochau trabajara luego para los servicios de inteligencia de Colombia, bajo la presidencia de Rojas Pinilla, es un dato de particular interés.

También es interesante que, entre estos especiales inmigrantes, llegaran desde nazis desconocidos hasta conocidos personajes considerados héroes por su actuación profesional durante la guerra, como el piloto Gerhard Thyben, que también trabajó para el Estado colombiano contratado por la Fuerza Aérea (FAC), o el comandante Rudolf Rettberg. Estamos, pues, frente a la punta del iceberg. ¿Es posible ahora, si profundizamos en la investigación, descubrir el resto de esa masa de hielo que se oculta bajo el mar, oscurecido por una trama de complicidades y de pistas falsas, arrojadas

para impedir que se conozca la verdad? Con estos datos iniciales, a los que se sumarán otros, ¿podremos descubrir si Hitler realmente estuvo en Colombia? Los próximos capítulos realmente serán muy esclarecedores y las dudas se irán disipando. Ver en este libro el iceberg completo, revelador de la presencia del máximo jerarca nazi en tierras colombianas, ahora es solamente cuestión de tiempo. Demos vuelta está página y vamos por más.

Capítulo X

Hitler en Tunja

Phillip Citroen dijo haber contactado a Hitler más o menos una vez al mes en Colombia.

DOCUMENTO DE LA CIA, HVCA-2592, 3 de octubre de 1955.

Los reveladores informes de la CIA

Tal como se indicó en el prólogo de este libro, uno de los principales motivos para creer que Hitler estuvo en Colombia son documentos de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés), uno de los cuales lleva adjunta una foto del Führer junto a un exintegrante de las SS, llamado Phillip Citroen, tomada en la localidad de Tunja en 1954. A continuación, se describen esos informes que dan cuenta de que, en los años cincuenta, Hitler habría estado en Colombia. Si bien se menciona una reunión que mantuvo allí el jerarca del Tercer Reich con Citroen, no se indica cuándo ingresó el jefe nazi a territorio colombiano, lo que podría interpretarse como que su entrada a esa nación no fue conocida por la mencionada agencia extranjera. Ahora bien, durante su oculto exilio en Sudamérica, después de haber escapado de Europa, ¿visitó Colombia una única vez o viajó hasta allá en más oportunidades? ¿Había estado antes de 1954? Tras escapar de Europa, ¿llegó primero a Colombia, como lo sugiere el artículo del *National Police Gazette*, después se fue a la Argentina, para regresar años más tarde y visitar Tunja? Si en los años cincuenta residía en Argentina, ¿qué motivos tendría para hacer ese periplo? ¿Viajaba solo o acompañado? ¿El general Gustavo Rojas Pinilla, presidente de Colombia en 1954, estaba al tanto de la presencia del jerarca nazi? De ser así, ¿lo protegía?

Hasta aquí, no tenemos respuestas a estos interrogantes, ni a otros similares que se podrían plantear, al menos si para tener que responder nos atenemos solamente a la letra fría de estos sorprendentes informes de la inteligencia estadounidense. Para encontrar respuestas a estas preguntas, hace falta información testimonial adicional y también la que podría surgir de la documentación de inteligencia colombiana, que seguramente se encuentra en los archivos del gobierno, en particular, debido a la temática que nos ocupa, en las dependencias del Departamento de Inteligencia y Contrainteligencia del Ejército Nacional de Colombia.

Se quiere sugerir con estas palabras que resultaría muy improbable, comparando con otros antecedentes que el autor ha investigado, que las autoridades de ese país no estuvieran al tanto de la presencia de Hitler, y es probable que hasta lo hayan protegido, tal como lo hicieron en su momento las de Argentina y Paraguay.[1] En este caso, quizá lo que más sorprende es enterarse de que Hitler se habría dejado fotografiar durante una de las reuniones que sostuvo con Citroen, porque si nos atenemos al informe de la CIA parece que fueron varias. Otras situaciones protagonizadas por el jerarca nazi durante la posguerra también están documentadas, pero no existen imágenes de esos momentos. Esa foto, tomada en una propiedad privada en Tunja, llegó luego a manos de la CIA, pero esto ocurrió tiempo después, cuando el jefe nazi ya se había ido de ese país y retornado a Argentina, donde estaba viviendo. Este dato, que Hitler partió de Colombia rumbo a la Argentina — en ese momento gobernaba Juan Domingo Perón, quien enfrentaba intentos golpistas de sus propios militares —, figura expresamente en los informes de inteligencia. Es más, en la documentación se asegura que Hitler partió de Colombia a Argentina hacia enero de 1955, pocos meses antes de que cayera el presidente argentino como consecuencia de una previsible revolución militar, que para esa fecha ya estaba en marcha.

Debe destacarse que los documentos de la CIA, a los que tuve acceso, fechados el 3 y el 17 de octubre de 1955, fueron producidos por la inteligencia norteamericana varios meses después de que el Führer había estado en territorio colombiano. Como se dijo, el interlocutor de Hitler fue el nazi Phillip Citroen, quien para esos años trabajaba para la compañía naval danesa KNSM y para una empresa de ferrocarriles en Colombia, según indica la CIA en sus informes.

En esos momentos, gobernaba en Colombia el teniente general Gustavo Rojas Pinilla, quien asumió el poder tras el golpe de Estado perpetrado el 13 de junio de 1953 y se mantendría en él hasta 1957, así que esa reunión habría ocurrido en esa nación cuando el mandatario era un dictador militar de corte nacionalista y un anticomunista declarado. O sea que cuando Hitler estuvo en Colombia imperaban condiciones políticas favorables, por simpatía ideológica, para garantizar protección a los nazis fugitivos que podrían estar en esa nación.

Recordemos que Hitler vivió en Argentina cuando gobernaba Perón, quien era nacionalista y, como se sabe y está muy bien documentado, dio cobijo a los nazis que escapaban de Europa.[2] Cuando Perón cayó, como consecuencia de un golpe militar que se concretó en 1955, el jerarca nazi se refugió en Paraguay, país que en ese momento era gobernado por el dictador Stroessner, de ideología afín al nacionalsocialismo. Cabe mencionar que Perón se asiló en Paraguay luego de ser derrocado.

Si en Colombia se repitió el patrón de Argentina y Paraguay, respecto a la presencia de Hitler en esos países, entonces el presidente colombiano sabía que el nazi más famoso estaba en su país, como lo supieron Perón y Stroessner en aquellos años. Y es posible que le garantizara protección absoluta, guardando confidencialidad sobre sus movimientos. Esto abre terreno a un cúmulo de preguntas, especialmente a las relacionadas con eventuales reuniones del jerarca nazi con las autoridades, jefes militares, o personajes destacados de esa nación, empezando por el primer mandatario colombiano.

Primer documento

El primer documento de la CIA está fechado el tres de octubre de 1955, e indica como referencia (*subject*) específica textualmente: «Adolph Hitler». El informe está catalogado como «Secreto» y va firmado por David N. Brixnor, titular de la delegación de la CIA en Caracas, Venezuela, quien se lo envió al jefe de la Western Hemisphere División de la agencia. Este es el texto del documento:

1. El 29 de septiembre de 1955 (Cimelody-3) reportó lo siguiente. Ni (Cimelody-3), ni esta estación está en posición de dar una evaluación inteligente de esta información y esto está siendo enviado por posible interés.

2. (Cimelody-3) que contactado el 29 de septiembre del 1955 por un amigo de confianza que sirvió bajo su comando en Europa y que actualmente reside en Maracaibo, (Cimelody-3) prefirió no revelar la identidad.

3. El amigo de (Cimelody-3) declaró que durante la última parte de septiembre del 1955 un Phillip Citroen, ex soldado alemán de la SS, le declaró a él en confidencialidad que Adolph Hitler sigue vivo. Citroen dijo haber contactado a Hitler más o menos una vez al mes en Colombia, en su viaje de Maracaibo a ese país como un empleado de la KNSM (Royal Dutsch) Schipping Co. en Maracaibo. Citroen le indicó al amigo de (Cimelody-3) que tomó una fotografía con Hitler no hace mucho, pero no mostró la fotografía. También declaró que Hitler dejó Colombia, hacia Argentina, cerca de enero de 1955. Citroen comentó que, como habían pasado 10 años desde el final de la Segunda Guerra Mundial, los Aliados ya no podían enjuiciar a Hitler como un criminal de guerra.

4. El 28 de septiembre de 1955, el amigo de (Cimelody-3) sustrajo la fotografía a la que se refería Citroen. El 29 de septiembre de 1955 la foto fue mostrada a Cimelody-3 con el propósito de ver su reacción de la posible veracidad de esta historia fantástica.

Obviamente (Cimelody-3) no estaba en ninguna posición para hacer comentarios, a pesar de eso tomó prestada la fotografía el tiempo suficiente para que esta estación pudiera tomar cualquier acción catalogada como aconsejable. Se tomaron fotocopias de esta foto que están siendo reenviadas. La fotografía tenía que devolverse un día después. La persona a la izquierda se alega que es Citroen y la persona en la derecha es sin dudas la persona que Citroen dice que es Hitler. Al dorso de la fotografía contenía la siguiente información «Adolf Schrittelmayor, Tunga, 1954».

Trataremos ahora de desmenuzar la información que tiene como actores principales a Hitler, Citroen, un conocido de Citroen a quien aquí llamaremos «Juan» (su nombre verdadero no se revela) y un amigo de este último a quien se menciona en el documento con su nombre clave de Cimelody-3, que actúa como informante de la CIA. Entonces, tomando esos nombres propios, y según el punto uno del informe, se puede interpretar que el 29 de septiembre de 1955 Cimelody-3 dio a la CIA, a la delegación de Caracas de dicha agencia, información y una foto de Hitler. Pero esa oficina, cuyos funcionarios se mostraron sorprendidos por los datos aportados, tomó distancia al afirmar que «esta estación no está en posición de dar una evaluación inteligente de esta información». Esos datos debían ser entonces un hierro caliente que nadie quería agarrar. Por esta razón, la información es llevada a sus superiores, sin emitir ningún tipo de comentario o sugerencia. Esto lo confirma el texto del mismo informe que indica que «esto está siendo enviado por posible interés». ¿Qué indica «posible» interés? Si ese era Hitler, sin lugar a dudas el asunto era de interés para la CIA.

Si procedemos a analizar el punto dos del informe, nos enteramos de que el 29 de septiembre de 1955 Cimelody-3 fue contactado por Juan. También Cimelody-3 agrega dos datos: Juan, además de ser su amigo, había sido subordinado suyo durante la guerra (al parecer combatieron juntos) y cuando se encuentran ambos residían en Maracaibo, Venezuela, donde también vivía Citroen.

En el punto tres del informe se asegura que Juan le contó a Cimelody-3 que hacia finales de ese mes un antiguo SS, Phillip Citroen, le aseguró que Hitler estaba vivo. En ese sentido, Citroen le dijo que se había reunido con el líder nazi «más o menos una vez al mes en Colombia, en su viaje de Maracaibo a ese país». Esto parece indicar que Citroen llegó procedente de Venezuela y estuvo bastante tiempo en Colombia, ya que se reunía por lo menos una vez por mes con Hitler. Esa frecuencia de las visitas es reveladora acerca de que el jefe nazi permaneció varios meses en territorio colombiano en 1954. También dice que Citroen hace ese viaje en su condición de empleado de la empresa naviera estatal danesa KNMS. En ese sentido, se puede señalar que en los años cincuenta dicha firma, bajo el nombre Real Compañía de Vapores, tenía delegaciones para la venta de pasajes en varias localidades de Colombia y Venezuela. En ese

entonces, había líneas que realizaban «servicios entre Europa y todos los puertos colombianos», de acuerdo con la publicidad que realizaba la citada compañía nórdica en los diarios de entonces.[3]

Según el documento de la CIA, Citroen le dice a Juan que fue fotografiado junto a Hitler, pero no le muestra la foto (esto supone que por lo menos había una tercera persona en ese encuentro, que actuó como un fotógrafo ocasional). También le cuenta que el líder nazi abandonó Colombia «cerca de enero de 1955». ¿Qué significa «cerca»? Si no es enero, se supone que es fines de diciembre o principios de febrero. En todo caso, estaríamos hablando de ese verano para el hemisferio sur, el de 1954-1955. O sea que, por lo menos durante algunos meses de 1954, no sabemos cuántos exactamente, Hitler permaneció en Colombia hasta que regresó a Argentina a comienzos del nuevo año. Este dato es coincidente con mi investigación en territorio argentino, ya que una anciana, Francisca, me dijo que atendió al jefe nazi, como mucama, ese mismo verano. Esto podría ser en enero o febrero, durante aproximadamente un mes, en Inalco, la residencia patagónica del Führer. Así que Hitler, tras salir de Colombia, viajó al sur argentino y, de acuerdo con el testigo que yo entrevisté, estuvo por un corto tiempo en ese lugar, acompañado de Eva Braun y de un matrimonio alemán cuyos dos integrantes eran menores que Hitler, quien para esa época estaba próximo a cumplir 66 años.

Prescripción y muerte oficial

También se aporta un dato interesante en el documento de la CIA, cuando se dice que Citroen opinaba que Hitler ya no podría ser juzgado porque habían transcurrido diez años desde el final de la guerra. ¿Podemos inferir que Citroen estaba expresando el pensamiento del mismo Hitler? Debe señalarse que el jerarca nazi nunca fue juzgado —podía haberlo sido en ausencia, tal como se hizo con su lugarteniente Martin Bermann en Nüremberg— y que, en consecuencia, nunca existió una causa judicial en su contra, de manera que nunca fue procesado ni condenado. Tampoco se emitió una orden de captura para detenerlo.[4] En cambio, contra Bormann — como en el caso de Hitler, para la historia oficial él también murió en Berlín en 1945—, sí se emitieron órdenes de detención e inclusive sus fichas dactiloscópicas fueron enviadas a la Argentina, para confirmar su identidad en caso de que fuera aprendido.

Debe destacarse que para los años cuarenta el tema de la imprescriptibilidad de los crímenes de guerra era difuso en el derecho penal. Mientras se estaban llevando los juicios de Nüremberg, las Naciones Unidas, mediante la Resolución n.º 3 del 13 de febrero de 1946, sugirieron a los Estados miembros que «se tomen todas las medidas necesarias para que los criminales de guerra que han sido responsables, o han

consentido los crímenes de guerra, sean detenidos y enviados a los países donde se han cometido tan abominables actos, para que sean juzgados y castigados de acuerdo a las leyes de esos países».[5]

Es de notar que mediante esta resolución no se busca establecer tribunales internacionales, como el de Nüremberg, para los criminales de guerra que fueran hallados y que no habían sido juzgados en ese gran proceso judicial.[6] De manera que si algún Estado llegaba a conseguir la extradición de Hitler — lo que antes implicaba poder ubicarlo y luego detenerlo—, el jerarca nazi debía ser juzgado en el país que lo había reclamado bajo las leyes de esa nación. Pero para ese entonces, en la legislación penal de la mayoría de los Estados, regía la prescripción de los delitos — es decir, que nadie puede ser juzgado transcurrido cierto tiempo— luego de diez años de cometidos, inclusive de los crímenes de guerra. Así que aquellas naciones que pretendían juzgar a los nazis, incluyendo a Hitler, corrían contrarreloj.

Como Citroen opina sobre dicho tema casi diez años después de la rendición de Alemania, él entiende que los crímenes que podría haber cometido el Führer habían prescrito, y por ende no existía posibilidad de llevarlo a los estrados judiciales.[7] A decir verdad, más allá de estos argumentos y de la jurisprudencia de la época, existía una limitación legal que impedía juzgar a Hitler: Alemania lo declaró muerto oficialmente, y también a Eva Braun, mediante una resolución del 25 de octubre de 1956, dictada por la comuna de Berchtesgaden.[8] Hasta esa fecha, para el Estado alemán Hitler era una persona viva, ya que no se había encontrado su cadáver y ninguna prueba de su fallecimiento. A partir de esta resolución, él, así como su pareja, adquieren la condición de personas muertas, en presunción de fallecimiento. Y está claro que ya no se podría pedir la captura de un muerto.

La foto de Hitler en Colombia

Tras esta digresión, volveremos a analizar el documento de la CIA, en particular su punto número cuatro, que indica que el 28 de septiembre de 1955 Juan obtuvo una foto inédita que tenía Citroen, al parecer sin que este se diera cuenta, ya que en el informe se dice que la «sustrajo». Al día siguiente, Juan le mostró la foto a Cimelody-3 «con el propósito de ver su reacción de la posible veracidad de esta historia fantástica». Si esta interpretación del relato que se presenta del documento es correcta, luego habría sido Cimelody-3 quien a su vez «tomó prestada la fotografía el tiempo suficiente» para que la delegación de la CIA «pudiera tomar cualquier acción catalogada como aconsejable». Si seguimos este hilo conductor de la historia, Cimelody-3 trabajaba para la CIA o era un ocasional informante. Hay que tener en cuenta que el relato de Citroen, lejos de ser

desechado, fue tomado en cuenta por la central de inteligencia, y la información fue procesada y luego clasificada, una situación que no hubiera ocurrido si hubiese existido el convencimiento, por parte de los agentes norteamericanos, de que Hitler había muerto en 1945 o de que este relato no podía ser cierto.

Respecto al rol de la agencia de inteligencia, se indica que se tomaron fotocopias de la foto y que estas fueron «reenviadas». Se supone entonces que la copia de la imagen fue mandada a las autoridades de ese organismo, ya que en la parte superior del documento se indica que este y la foto fueron llevados al jefe, cuyo nombre no figura y sí en cambio tres iniciales (to *Chief WHD*)[9]. Esa tarea, fotocopiar la imagen, se debía hacer con cierta celeridad, ya que la foto «tenía que devolverse un día después», dice el documento. ¿A quién había que entregársela? Entendemos que primero a Cimelody-3 y este a su vez a Juan. No sabemos si luego Juan, sin que se enterara Citroen, volvió a poner la fotografía en el mismo lugar donde la había sacado, y sin que el SS se enterara de que se la había sustraído. ¿Visitaría asiduamente Juan la casa de Citroen, y aprovechó un descuido de su amigo para quedársela, sin que lo notara? ¿Vivirían juntos? ¿Se la prestó Citroen? En el texto del documento se indica que, al dorso de la foto, escrito a mano, figura la inscripción: «Adolf Schrittelmayor», nombre falso que habría utilizado el Führer. Respecto al sitio en que fue sacada la foto, dice: «Colombia Tunga [sic] América del Sur, 1954». Tras indicar que quien está a la izquierda sería Citroen, en el documento de la CIA se señala que, quien está junto a él, a la derecha de la imagen, «es, sin dudas, la persona que Citroen dice que es Hitler». Así, quien redacta el informe al evaluar la imagen no se atreve, con cierto grado de prudencia, a afirmar taxativamente que se trata del Führer. En esta instancia de la actuación, no hay constancias de que se hayan realizado pericias para comparar con otras fotos de la época y de ese modo comprobar que realmente se trataba de Hitler.

Si esas pericias se hicieron luego — esto parece ser lo más lógico, de acuerdo con los protocolos de criminalística para la identificación por imagen —, el resultado de estas no fue dado a conocer, lo que aumenta más la intriga de las razones por la que esos estudios de los peritos, si existieron, no fueron desclasificados. Es posible que si esas pericias hubieran determinado que no se trataba del jefe nazi, estas se habrían dado a conocer y se hubiera descartado de plano el caso. Pero si las pericias confirmaron que realmente se trataba de Hitler, esos estudios seguramente permanecen clasificados.

En la foto se observa a Hitler y Citroen sentados, uno al lado del otro en sillas separadas, elegantemente vestidos de saco y corbata.

Ambos posan muy serios, Citroen observa la cámara, Hitler mira hacia un costado, quedando así retratados para siempre. El jerarca nazi está con las piernas cruzadas, no

así Citroen, y luce el clásico bigotito que siempre lo distinguió. La foto está tomada en interiores y no hay ninguna referencia, excepto las dos sillas y la pared de fondo. Si bien en el documento de la CIA se indica que el apellido escrito al dorso de la foto es Adolf Schrittelmayor, según una observación del autor, este podría ser Schüttelmayor o Schüttelmayer, o Schrüttelmayer/mayor (la *ü* con diéresis se ve claramente, mientras que al final del apellido, debido a la ilegibilidad de la letra, podría ser *yor* o *yer*).

En la copia de la foto hay un sello que consigna que el material fue microfilmado por la CIA el 26 de julio de 1963, un dato indicativo de que este no fue descartado, tal como se vio anteriormente, sino que en una fecha tan tardía como la mencionada la documentación fue protegida para que, además de su formato en papel, quedara resguardada mediante un microfilme. Dijimos antes que en la foto Hitler luce su bigotito, del mismo tamaño y forma en que se había afeitado, para no ser reconocido, a la hora de huir de Berlín. ¿Es posible que el jerarca nazi en el exilio se dejara crecer su bigote, que era una de las características más destacadas de su rostro? De ser así, sería un detalle que no podía pasar desapercibido y que inmediatamente alertaría a cualquier persona que lo viera, con el consiguiente peligro para su persona. La lógica indicaría que no, que no podía mostrarse con ese mostacho tan llamativo que podía ser una señal casi inequívoca respecto a su identidad.

Según mis investigaciones, esa lógica — estar sin bigote — fue usada por Hitler cuando viajaba o estaba en sitios donde su presencia debía pasar desapercibida. Pero es posible que, en situaciones de aislamiento, en su residencia de la Patagonia, o en reuniones donde se sintiera muy seguro, exhibiera su bigote como en las épocas de gloria del Tercer Reich. Un primer dato en ese sentido me lo confirmó la citada señora Francisca, la mucama que atendió a Hitler en la residencia Inalco, cuando me dijo que allí se mostraba con el bigotito. «Tenía bigotito, y usaba botas altas tipo militar», me dijo la testigo respecto a lo que más recordaba del jerarca nazi, quien nunca le dirigió la palabra a pesar de que ella lo atendía todos los días.

En el caso que nos ocupa, Hitler se encontraba en un pequeño pueblo alejado en el centro de Colombia en los años cincuenta. Mantenía reuniones con Citroen, y posiblemente con otros viejos camaradas, que lo saludaban con el brazo en alto y lo reconocían como el Führer, tal como veremos más adelante. Entonces, ¿es posible que, confiado, sintiéndose seguro entre gente amiga, el jerarca nazi se haya dejado su bigotito en Tunja, tal como lo hacía en su residencia patagónica? ¿Una expresión de nostalgia de sus tiempos de mayor gloria? ¿Una forma de reafirmar su personalidad, ante sus adláteres, demostrándoles la confianza que él mismo se tenía y también la impunidad de la que gozaba?

Otro documento de la CIA

El jefe de la División del hemisferio occidental de la CIA, al recibir el documento que hemos analizado anteriormente, revisó los archivos de la agencia y descubrió que un año antes se había elaborado otro informe de la estación de Maracaibo, basado en la misma fuente, que no sólo afirmaba que Hitler no estaba muerto, sino que además aseguraba que había una colonia de nazis viviendo en Tunja.

Al respecto, el otro documento de la CIA fue emitido el 17 de octubre de 1955, pocos días después del primero (que había sido fechado el día tres de ese mes). Como se hizo anteriormente, se transcribirá el texto completo para después analizarlo. En algunos de los espacios en el documento original se observa una tachadura, pero luego a mano se escribió CIA/LA, al aludir a unas de las delegaciones de la central de inteligencia norteamericana. Esa sigla se correspondería con CIA Los Ángeles. El asunto del informe general es «operacional», y el asunto específico es «Adolf Hitler». Este documento dice:

1. Con referencia a la información enviada a la estación [CIA/LA] acerca del alegado reporte de que Adolf Hitler sigue vivo, los archivos de la [CIA/LA] contienen información similar recibida de la misma fuente que reside en […]

2. Un memorándum sin fecha, que se cree haber sido escrito a mediados de febrero de 1954, refleja que Phillip Citroen era cofundador de la ex Maracaibo Times, (Citroen) le dijo a un ex miembro de esta [CIA/LA] que mientras él estaba trabajando para una compañía ferroviaria en Colombia, él había conocido a un individuo que se asemejaba fuertemente y decía ser Adolf Hitler. Citroen declamaba haber conocido a este individuo en un lugar llamado Residencia Coloniales, en Tunja, (Boyacá), Colombia, que es, según la fuente, excesivamente poblada con ex alemanes nazis. De acuerdo con Citroen, los alemanes que residían en Tunja seguían este supuesto Adolf Hitler, con una «idolatría» por el pasado nazi, refiriéndose a él como «der Führer» y ofreciéndole el saludo nazi y la adulación del soldado de asalto.

3. Citroen también le mostró al miembro de esta oficina una fotografía de él parado al lado del supuesto Hitler. Esta fotografía fue prestada por unas pocas horas para ser reproducida, pero desafortunadamente, la calidad de los negativos era muy pobre para hacer copias de ellos. El original fue devuelto a su propietario y no pudo ser obtenido de nuevo fácilmente. Por esto y por la aparente fantasía del reporte, la información no fue enviada al momento de su recepción.

4. Phillip Citroen reside en Maracaibo con su hermano, François, y reporta ser empleado de una compañía holandesa de barcos a vapor. François trabajó para el

Maracaibo Herald, y hace aproximadamente dos años se asoció con su hermano Phillip y Alexander van Dobben, el cónsul holandés en Maracaibo como editores de un periódico en idioma inglés, el *Maracaibo Times*, que todavía está en circulación. No hay información biográfica disponible actualmente sobre Phillip o François Citroen.

Procederemos ahora, tal como se hizo con el texto anterior, a intentar comprender el documento por partes. En el punto uno se alude a la información y foto que una de las delegaciones de la CIA recibió en septiembre de 1955, tal como se detalló en el documento anterior. En ese sentido, se dice que los nuevos datos «proceden de la misma fuente», o sea que sería Cimelody-3, si seguimos utilizando los mismos nombres para tratar de dilucidar el caso. El segundo punto es importante; por un lado, revela que Citroen era cofundador del periódico *Maracaibo Times*, y que, en esa época, cuando conoció al supuesto Hitler, estaba trabajando para una empresa de ferrocarriles en Colombia. Por otra parte, dice que la información llega a esa agencia norteamericana mediante un exagente de la CIA, que habló con Citroen. Aquí estamos frente a un problema de interpretación, respecto a los testimonios, ya que del primer documento surge que quien habla con Citroen es Juan, y que es Juan quien le transmite la información, y la foto, a Cimelody-3. Si el informe dice que quién habló con Citroen era alguien que había trabajado para la agencia de inteligencia estadounidense, entonces, ¿era Juan, además de nazi, un exempleado de la CIA?[10] El relato también aporta un detalle, respecto a las fechas, que no puede pasar desapercibido, ya que se asegura que la primera información dada por Citroen — cuando dice que conoció a una persona que sería Hitler— estaría escrita en un memorándum de la agencia norteamericana, sin fecha, pero que habría sido escrito a mediados de febrero de 1954. Si ya hay constancia de que Hitler estaba en el verano de 1954 en Colombia, y se fue hacia Argentina en el verano de 1955, tal como lo indica el primer documento, se puede calcular que el jefe nazi estuvo por lo menos casi un año en tierras colombianas. Digo «por lo menos» porque no tenemos la fecha exacta de su ingreso a Colombia. Este punto del documento parece mostrar a un sorprendido Citroen que está impresionado porque conoce al supuesto Hitler en Tunja. También parece estar asombrado porque en ese pueblo hay una comunidad nazi importante, cuyos integrantes al referirse a Hitler lo mencionan como *der Führer*, lo idolatran y le hacen el típico saludo con el brazo en alto. Si Citroen duda en febrero de 1954 — dice que «había conocido a un individuo que se asemejaba fuertemente y decía ser Adolf Hitler»—, parece que luego se convenció de que estaba en presencia del Führer. Por eso después, según el texto del segundo documento, llega a tener expresiones como «Adolf Hitler sigue vivo».

El tercer punto del informe vuelve a referirse a la fotografía, sobre la cual confirma que la CIA, por un tiempo relativamente corto, tiene en su poder la de papel así como el negativo correspondiente. Este dato respecto al negativo es nuevo, ya que no aparece en

el primer documento. Con respecto a los negativos — en el documento se usa el plural, lo que supondría más de una foto —, se asegura que están en un significativo estado de deterioro, por lo cual resulta imposible hacer copia de ellos. Es entonces cuando, como vimos en el documento anterior, se decide hacer fotocopias de la fotografía de papel, que debe ser devuelta en un tiempo perentorio (al día siguiente). Otro detalle es que en el documento se indica que en la foto Citroen está parado («*standing*») junto a Hitler, que está sentado, pero en la fotografía desclasificada puede observarse que ambos están sentados. No sabemos si se trata de un error o hay otras imágenes en los archivos de la central de inteligencia. En el informe se indica que el documento fotográfico, tras haberse hecho las fotocopias, fue devuelto a su propietario, Citroen, y que no «pudo ser obtenido de nuevo fácilmente». Por la ambigüedad con que está redactada esta frase, queda la duda de si alguna otra vez la foto de papel pudo volver a estar en manos de la agencia norteamericana, o si esto nunca más ocurrió. «Por esto y por la aparente fantasía del reporte la información no fue enviada al momento de su recepción», agrega el documento al justificar una aparente demora de la delegación de la CIA en tramitar a sus superiores el informe y la foto, lo que luego sí se concretó. «Por esto» alude a la imposibilidad de hacer copias de la foto, a partir del negativo, y a la rápida devolución que debían hacer del material fotográfico.[11] También se señala que por «la aparente fantasía» de la información, respecto a un Hitler vivo en Tunja, la delegación de la agencia no envió las novedades «al momento de su recepción». Recordemos que los espías estadounidenses tienen los primeros datos en febrero de 1954, y que recién los elevan a sus superiores en septiembre de 1955. ¿Qué es lo que hace cambiar la opinión de los agentes estadounidenses? Si bien es una cuestión de interpretación, parece que es decisiva la foto, la cual, si nos atenemos al primer documento, llegó a sus manos, para analizarla, por primera vez en septiembre de 1954.

El último punto, el cuatro, se refiere a los hermanos Citroen. Phillip trabaja en una empresa naviera de Holanda y François participa de una sociedad junto con su hermano y el cónsul de ese país, Alexander Johannes van Dobben, que edita el periódico *Maracaibo Times*, en idioma inglés. La CIA reconoce que no obra en sus archivos ni conoce información bibliográfica sobre los hermanos Citroen, es decir, antecedentes.

Si volvemos sobre el punto uno, en este se indica que Citroen estaba trabajando para una empresa ferroviaria en Colombia cuando conoce a Hitler en Tunja. Respecto a los trenes, hay que decir que en 1931 llegó el primer convoy a Tunja, esto como consecuencia de la construcción del Ferrocarril del Nordeste, que buscaba comunicar los departamentos de Cundinamarca y Boyacá, trabajos que se habían iniciado en 1925 a cargo de la firma belga Société Nationale de Chemins de Fer.[12] Siete años después, la nación lo compró y lo prolongó hasta la zona de Acerías Paz del Río para facilitar el

transporte del material de las minas de hierro. Tal como vimos, en ese sitio funcionó una acería que tiene historias vinculadas a los nazis, como la de Wolfgang Hinz, quien de pertenecer a la guardia personal de Hitler pasó a desempeñarse como ingeniero en la mencionada siderúrgica.[13]

Hay un dato que no puede ser pasado por alto. En 1954, cuando Hitler está en Tunja, Hinz arriba a Colombia y es contratado por el presidente Rojas Pinilla, para trabajar en Acerías Paz del Río, ubicada a escasa distancia de esa localidad, donde Hitler tiene la reunión con Citroen. Ese mismo año, Hinz sufre un terrible atentado que casi acaba con su vida.

No investigar

Unos días más tarde de producirse los informes de inteligencia antes vistos, el jefe de la estación de Bogotá escribió al jefe de la División del hemisferio occidental de la CIA y preguntó si deseaba hacer más investigaciones sobre el supuesto Hitler: «Si la Sede lo desea, la estación de Bogotá puede hacer una investigación sobre "Adolph Schuttlemayer" en Tunja, Colombia», dice la nota fechada el 11 de octubre de 1955 y firmada por Franklin D. Mallek.[14]

Una semana después, el jefe de la división respondió desalentando a sus subordinados sobre un intento de búsqueda de Hitler. Al respecto, aseguraba que «se podrían dedicar grandes esfuerzos a este tema», pero «sin la posibilidad de lograr establecer nada concreto». En consecuencia, sugirió a sus subordinados que se olvidaran del asunto, lo que fue tomado al pie de la letra por los agentes: los espías no se dedicaron a investigar más sobre la presencia de Hitler en Colombia.

Pedido a la inteligencia colombiana

Además del documento de la CIA, pude entrevistar testigos en Colombia que acreditaban el paso de Hitler por ese país, tal como se verá más adelante, y entonces comencé a tener certezas sobre esta historia. También tuve la convicción de que el gobierno debía tener información oficial, dada la importancia del tema, sobre un asunto que no podía pasar desapercibido por las autoridades. Resulta impensado que, existiendo un documento de la CIA, amén de artículos periodísticos de la época, la inteligencia colombiana no haya investigado el caso, y generado documentos, tanto sobre la presunta visita de Hitler, así como con respecto al informe de la agencia

estadounidense, esto porque los servicios de inteligencia están intercomunicados y comparten información.

A este respecto, el 4 de mayo de 2017 presenté una nota formal ante el Departamento de Inteligencia y Contrainteligencia del Ejército Nacional de Colombia, con sede en Bogotá, invocando el «derecho de petición de información» — regulado por la legislación colombiana tanto para ciudadanos como para extranjeros —, mediante la cual solicité la posibilidad a acceder a los datos relacionados con Hitler que pudiera tener el gobierno. En el texto de mi nota, aclaré que la presentación fue efectuada:

[…] con el fin de que se me permita el acceso a la información no reservada que se tenga en relación con la presencia de Hitler en Colombia, en particular una visita que el jefe del nazismo realizó a Tunja, Boyacá, en los años cincuenta. También solicito acceso a aquella documentación que mencione el nombre falso de Hitler utilizado en Colombia, a saber, Adolf Schrittelmayor, o Adolf Schüttelmayor o Adolf Schüttelmayer. En caso de que dicha información sea reservada, en atención a los años transcurridos, solicito su desclasificación, y se me permita el acceso, con copia de la misma.[15]

Respecto al organismo frente al cual hice el reclamo, en mi presentación indiqué que «esta solicitud se ha formulado atendiendo a que ese Departamento del Ejército Nacional es el que compila los archivos de inteligencia que tengan que ver con la seguridad nacional y asuntos relacionados, de la República de Colombia; de no ser así, solicito se dirija mi petición a la dependencia encargada». El Departamento de Inteligencia y Contrainteligencia cumplió con los plazos establecidos por la ley, diez días hábiles, para contestar. En la respuesta — firmada por el jefe de ese organismo, coronel Carlos Augusto Estupiñán Aponte —, no se descartó la presencia de Hitler en ese país, pero me indicaron que no podían buscar esa información debido a que se desconocía cómo podría haber sido clasificada en los archivos oficiales de la época. Al respecto, el coronel Estupiñán Aponte me aseguró que:

El Departamento de Inteligencia y Contrainteligencia CEDE 2, resuelve su petición de fondo, clara, oportuna, concreta, como lo ordena la ley y la jurisprudencia, haciéndole saber que, hechas las averiguaciones pertinentes, no hay información respecto de su solicitud, toda vez que para la época regían normas archivísticas especiales y de las cuales no se tiene noticia en cuanto a los procedimientos que se aplicaron por parte del Ejército Nacional.[16]

Resumiendo, la inteligencia colombiana no estaba dispuesta a negar la posible presencia de Hitler en Colombia, de la cual existía constancia en los documentos de la

CIA, es decir, que en ese punto no iba a contradecir a esa central norteamericana, negando la información. Pero en este caso quizá el artilugio administrativo fue contestar que no se sabía cómo buscar, porque no se conocían «las normas archivísticas especiales» de la época, esto es, la forma en que antes el Ejército clasificaba la información. Este argumento indica que actualmente tales archivos son poco prácticos, si en verdad no se sabe cómo consultarlos y acceder a ellos. Tampoco parece — a pesar de la gravedad del tema, o tal vez precisamente por eso — que exista una predisposición oficial a liberar la documentación que puede demostrar que efectivamente Hitler estuvo en Colombia.

Capítulo XI

Huellas nazis en Boyacá

Él [Hitler] se vino, se fugó de Alemania y se vino con Eva Braun, se decía que se habían venido para América, que habían estado en Argentina, pero que había estado por el Perú y que había venido a Colombia… y había estado aquí en Tur Ja, donde había un grupo de alemanes, seguramente conocidos de él, de modo que estuvo aquí algún tiempo, no sabemos cuánto tiempo estuvo, digamos no años, sino algún tiempo.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ, presidente de la Academia Boyacense de Historia.

Los nazis en Tunja

Llegué a Colombia con los documentos de la CIA antes citados y la copia de la foto de Hitler en Tunja en la mano. Nada más. Claro que no era poco, pero era solamente papel y la aspiración para un investigador siempre es tener la mayor cantidad de pruebas posibles, especialmente testigos, aunque esto último representa una verdadera carrera contra el tiempo, debido a la avanzada edad que tiene la mayoría de ellos. A veces han fallecido y se debe recurrir entonces al relato recogido por sus familiares, amigos o personas conocidas.

Cuando se tiene acceso a un informe de inteligencia, en este caso relacionado con la presencia de Hitler en Colombia, lo ideal es poder confirmar dichos datos mediante testimonios, fotos y relatos; o sea con todo elemento que sume a la misma evidencia: el jerarca nazi estuvo en territorio colombiano. Si los datos que presenta el documento son coincidentes con las pruebas que se encuentran y con el relato de los testigos, entonces se puede asegurar que se transita por un camino sólido en la búsqueda de la verdad.

Al iniciar la investigación pretendía encontrar respuesta a algunas preguntas: ¿era posible que Hitler hubiera estado en esa ciudad, Tunja, y que esto no hubiera sido conocido por los pobladores del lugar? Si fue una visita tan hermética, sin que nadie hubiera escuchado sobre esa historia, ¿era posible, más de sesenta años después, conseguir algún dato sobre la presencia del Führer en 1954? Si realmente había estado en Tunja, ¿las reuniones allí realizadas fueron conocidas solamente por sus protagonistas? y si, por una natural cuestión biológica, todos ellos hubieran muerto, ¿a partir de qué datos y de qué fuentes se podría reconstruir el paso de Hitler por esa

ciudad?, ¿quedaba viva alguna persona que haya visto o estado con Hitler durante su estadía en Colombia?

En el 2017 hice dos viajes a Colombia, uno para asistir a la Feria del Libro de Bogotá y otro para investigar, y en ambos fui a Tunja en busca de respuestas. Un dato curioso es que por carretera, unos pocos kilómetros antes de llegar a Tunja, en la ruta un cartel dice «Germania», una primera vereda de la ciudad, cuyo nombre llama la atención, especialmente porque nadie sabe explicar la razón por la cual le fue asignado a ese lugar. Tunja es una ciudad muy vieja cuyo casco céntrico — edificios de la época de la Colonia, con tejas rojas, de clásico estilo colonial español — es considerado patrimonio histórico nacional. La antigüedad de la arquitectura de la urbe, visible en los edificios comunales, las iglesias y las antiguas casas, contrasta con la gran presencia juvenil de cientos de estudiantes que arriban desde otros departamentos para concurrir a sus prestigiosas facultades. Cuando llegué, mi primer objetivo fue recorrer las calles y ubicar el hotel Residencias Coloniales, donde, según el documento de la CIA, Hitler se reunió con el SS Phillip Citroen.

Ante de llegar a Tunja, había buscado información respecto a ese edificio y en el blog del consultor Miguel Ángel Castillo Monroy, oriundo de Tunja, encontré los siguientes datos referidos a las Residencias Coloniales:

Esta casa era de la familia Zubieta, en la época de mamá Inés, la matrona de aquella familia, uno de sus descendientes era el Dr. Zubieta, médico, quien recibió a todos mis hermanos al momento del parto, fue vendida o dada en arriendo a una pareja de ciudadanos alemanes de apellido Edes que habían llegado huyendo de la Segunda Guerra. El nombre del ciudadano alemán era Vicente Edes, su esposa era una mujer hermosa y elegante que siempre iba por las calles céntricas de Tunja con boina y abrigo negro largo, la mujer se suicidó lanzándose del tercer piso de un edificio de los señores Molano, ubicado en la esquina sur de la carrera 11 con calle 18 frente a la Caja Agraria y al antiguo banco de la República, los motivos parecen asociarse a las tragedias de dicha guerra unidas a los deslices del marido.[1]

Con esos datos ubiqué y visité el antiguo edificio, Residencias Coloniales, hoy reconvertido en centro comercial. Según Ricardo Motta Vargas, miembro de la Academia Boyacense de Historia, en Tunja para 1954 «la casa colonial era sitio de hospedaje de muchos alemanes que eran conocidos del pedagogo Sieber».[2] El edificio mencionado es el mismo que cita el documento de la CIA, donde se reunían Hitler y Citroen en Tunja. El dato que se aporta de Vicente Edes es importante, ya que tendríamos un primer nexo con los nazis emigrados a Colombia porque, según explica Castillo Monroy, se trataba de un germano que había estado en las filas del Tercer

Reich. Otro dato interesante es que para esos años el alcalde mayor de Tunja era el teniente coronel Carlos Guillermo Hernández Conde, quien gobernaría ese municipio desde enero de 1954 a marzo de 1955.[3] Como se dijo antes, en ese entonces era presidente otro militar oriundo de Tunja, el general Gustavo Rojas Pinilla, un hombre de extrema derecha que tenía simpatía por los nazis. Es probable que él supiera que Hitler estaba en Colombia — como lo supieron sus anfitriones sudamericanos Juan Domingo Perón cuando estuvo en Argentina y Alfredo Stroessner durante su estadía en Paraguay — y que incluso la protección militar del jerarca nazi en territorio colombiano estuviera garantizada por las máximas autoridades, tal como había ocurrido en las dos naciones mencionadas. No nos adelantemos para abordar esta cuestión, pero, tal como veremos más adelante, todo parece que fue así.

Camisas Negras

Al revisar las hemerotecas, se puede encontrar el periódico *Derechas*, una antigua publicación de la Acción Nacional Derechista (AND) de Colombia. En la edición de dicho medio del 10 de diciembre de 1935, se puede apreciar una foto, sacada en los años treinta en Tunja, en la que se destacan un gran grupo de Camisas Negras, en la plaza Bolívar, haciendo el saludo fascista.[4]

Al respecto, el historiador Ricardo Motta Vargas explicó:

En noviembre de 1935 se instala en Tunja el movimiento de derechistas y camisas negras, con la presencia del general Amadeo Rodríguez, y el congresista conservador Silvio Villegas. En esta fecha reunieron jóvenes de toda Boyacá, vestidos de camisas negras, en defensa de su ideología, para combatir el comunismo y darle apoyo a la situación de España con el general Francisco Franco. Este comité lo lideró en Tunja Alfonso Páez Márquez, Rafael Azula Barrera y Francisco Mariño Parra; era el Comando Falangista en apoyo a vahos dictadores europeos, algunos simpatizantes de Adolfo Hitler. La Acción Nacional Derechista adoptó la camisa negra como distintivos para sus afiliados.

Durante esos años, la ideología de extrema derecha se propagó y chocó con las doctrinas de izquierda difundidas por los comunistas, generándose entre ambos sectores desde enfrentamientos verbales hasta una desgarradora violencia que, con el transcurso de los años, cobró miles de muertos. Pero ese no sería el caso en Tunja, una ciudad donde la Iglesia católica, dirigida por obispos ultraconservadores, había ganado la batalla ideológica con los sermones lanzados desde los púlpitos y con la educación impartida en las numerosas escuelas, que eran administradas por la cuña. Los Camisas

Negras podían trabajar tranquilos en colaboración con los curas y con los militares del ejército, admiradores de la Alemania nazi. Después de la guerra, a finales de la década del cuarenta y como consecuencia del Bogotazo, Colombia rompió con la Unión Soviética y prohibió el comunismo. El gobierno de Laureano Gómez, principal referente de Hitler en Colombia, garantizaba impunidad a los nazis fugitivos. Las ¡deas, lanzadas como semillas al viento entre unos quince y veinte años antes por las organizaciones de la ultraderecha (nazis, fascistas y falangistas), habían germinado en un terreno fértil, con el abono ideológico de los conservadores criollos. Hitler se podía mover tranquilo en Colombia, y particularmente en Tunja, una región amigable para él y sus camaradas.

Javier Ocampo López

Sin contactos previos, y sin conocer a nadie en esa ciudad, llegué a Tunja. Hablando con la gente del lugar sobre el tema, me recomendaron que me comunicara con el prestigioso doctor Javier Ocampo López, en esos momentos presidente de la Academia Boyacense de Historia. Sus antecedentes impresionan: escritor, historiador, educador y folclorólogo colombiano. Doctor en Historia del Colegio de México, en 1968, doctor *honoris causa* en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC), en 2007, y autor de más de cien libros y de una gran cantidad de artículos académicos publicados en diferentes medios.

Generalmente, los académicos, profesores, licenciados o doctores en historia son muy escépticos respecto a la hipótesis de un Hitler vivo después de haber escapado de Berlín. Ocurre que en su formación se les enseñó la historia oficial y, con el transcurso del tiempo, han cristalizado en sus mentes esa falsa idea, como millones de personas que nunca escucharon que hubiese existido otra alternativa que explicara realmente lo que ocurrió con el máximo jerarca nazi cuando Berlín se rindió. A pesar de tener este prejuicio con los profesionales de la historia, ubiqué al reconocido investigador en su vivienda de Tunja, donde me recibió amablemente. Contrariamente a lo que suponía, él, ante mi sorpresa, me dijo que pensaba que Hitler había escapado y que efectivamente había estado en Tunja. Esta es la entrevista realizada al profesor Ocampo López:

—¿Desde cuándo reside en Tunja?

—Yo llegué aquí en 1957, tenía 17 o 18 años, venía de Aguadas, Caldas, porque se daban becas a los mejores estudiantes de los colegios de todo el país y yo fui el mejor estudiante de mi colegio y me gané esa beca. Entonces era más bien pobre y fue para mí

un regalazo venir a estudiar aquí. No conocía nada de Tunja, sabía que era una ciudad fría donde habían vivido personajes importantes como la Madre Castillo [la monja Francisca Josefa de Castillo] o Juan de Castellanos [sacerdote y cronista de Indias], ciudad muy fría… Yo llegué a la Universidad Pedagógica, en ese entonces era de Pedagogía, no Tecnológica, solo para profesores, yo entré a la Facultad de Ciencias Sociales por cuatro años.

—¿Usted supo que Hitler estuvo en Tunja?

—Sí. En esa época conocí y estaba la versión de que aquí había estado Adolfo Hitler. Para nosotros era muy raro… ¡Pues sí! Él se vino, se fugó de Alemania y se vino con Eva Braun [escuché], que se habían venido para América, que habían estado en Argentina, pero que había estado por el Perú y que había venido a Colombia y estado aquí en Tunja, donde había un grupo de alemanes, seguramente conocidos de él, de modo que estuvo aquí algún tiempo, no sabemos cuánto tiempo, digamos, no años, sino algún tiempo. Aquí estuvo con alemanes, ya que había varios grupos de alemanes. En Tunja todavía hay muchos profesores alemanes.

—En ese entonces, ¿eso era un rumor?

—Sí, eso era un rumor que conocíamos nosotros los estudiantes y entonces nos parecía algo muy especial que hubiera estado aquí en Tunja… [Hitler] estaba conociendo América, y como aquí había alemanes entonces vino a Tunja.

—¿Qué se decía de él?

—Que era un hombre mayor, que hablaba en español algunas palabras, que lo entendían, pero que él hablaba en alemán con su gente.

—¿Dónde podría haberse alojado?

—Aquí tenía Residencias Coloniales, que era el hotel más generalizado en Tunja. Había otros hoteles pequeños, pero ese era el más conocido e importante.

—¿De quién era el hotel?

—De la familia Zubieta, que se lo alquila a Vicente Edes, que vino después de la guerra y atrajo a muchos alemanes.

—¿A usted le parece posible que esto haya sido así?

—A mí sí me parece posible, porque cuando yo era estudiante de eso se hablaba y se decía que como aquí había alemanes, que entonces él había venido, seguramente conocía a alguno de ellos y aquí estuvo.

El profesor Ocampo López comentó que la información sobre Hitler en Tunja la manejaban los círculos intelectuales de la época de la ciudad, y que en aquellos años esa versión era *vox populi* en la Universidad Pedagógica. ¿Por qué en la citada casa de estudios? A la posible relación de Hitler con sectores militares, políticos y empresarios, ¿se sumaba además algún nexo con la universidad de Tunja? Otro tema que no se puede dejar de investigar y que pasaremos a analizar.

El rector nazi

Además del relato específico sobre Hitler, el profesor Ocampo López me contó que al terminar la Segunda Guerra Mundial habían llegado a Tunja muchos germanos y que varios de ellos habían sido profesores, y que inclusive el rector de la universidad era de esa nacionalidad. En ese sentido, se debe mencionar que el 10 de octubre de 1953, mediante el Decreto n.º 2655, firmado por el presidente Gustavo Rojas Pinilla, se creó la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, con sede en Tunja. La nueva institución contaba con las siguientes facultades: Educación y Filosofía, Ciencias Económicas y Sociales, Filología e Idiomas, Matemáticas y Física, Biología y Química. El general designó como primer rector al doctor alemán Julius Sieber.

Los antecedentes de esta persona, nacida en Alemania en 1892 y fallecida en ese país en 1963, son muy interesantes ya que se trata de un pedagogo alemán elegido en su momento por el gobierno, en el marco de un plan que tenía el objetivo de jerarquizar el sistema educativo colombiano con profesores alemanes. Se debe señalar que entre 1924 y 1935 se encontraba trabajando en Colombia la segunda Misión Pedagógica Alemana, de la que participó Sieber, que tenía como objetivo mejorar el sistema de enseñanza, según lo encomendado por el gobierno nacional. La primera misión germana había estado entre 1872 y 1878. Al respecto, los investigadores hoy tienen ciertas dificultades para analizar el tema de la influencia alemana en la educación de Colombia, especialmente durante la etapa de preguerra y en los años durante los cuales se desarrollaba el mayor conflicto bélico que padeció la humanidad. Por ese entonces, los docentes alemanes, al momento de graduarse, hacían un juramento de lealtad al Führer, y estaban absolutamente imbuidos de la doctrina nazi. Inclusive las escuelas alemanas diseminadas por todo el mundo recibían libros de textos enviados por el Tercer Reich.

En 1938, con motivo de la celebración del aniversario 400 de la fundación de Bogotá, Hitler envió como presente nada menos que dos mil libros para la Biblioteca Nacional de esa ciudad. El regalo, como era de esperar, incluía una gran cantidad de material de propaganda del Tercer Reich, por ejemplo, *Mein Kampf* (Mi lucha), cuyo autor era el mismo jefe nazi. Entre otras obras, conformaban la donación el libro *Die Hitler Jugend* (La juventud de Hitler), de Baldur von Schirach, líder de las Juventudes Hitlerianas procesado en los juicios de Nüremberg. Había además libros de Theodor Soucek, fundador de una organización clandestina, llamada Hombres Lobos, que se dedicaba a cometer asesinatos y a ejecutar todo tipo de actos terroristas en Austria. También obras del filósofo Paul de Lagarde, «un delirante antisemita quien se refería a los judíos como "pestilencia" y sostenía que debían ser expulsados de Alemania y Austria».[5]

En referencia a los obstáculos que se encuentran para estudiar la influencia de los docentes germanos en la educación colombiana, especialmente durante la guerra, en su trabajo *Distantes y distintos: los emigrantes alemanes en Colombia 1939-1945* (Facultad de Ciencias Humanas, Bogotá, 2011) el investigador Enrique Biermann dice:

[…] durante este período ocurrieron hechos relevantes en muchos campos de la educación y de las artes, pero debido a la alianza política del presidente colombiano con el gobierno de los Estados Unidos, las fuentes y los registros que evidenciaban la influencia de los alemanes en el desarrollo de la política educativa colombiana, entre otros aspectos de notable importancia, fueron destruidos y, por lo tanto, los libros de consulta relacionados con el tema, que contienen datos precisos durante la Segunda Guerra Mundial, son escasos.[6]

El profesor Sieber fue contratado por la gobernación de Boyacá para ser rector de la Escuela Normal de Varones y para asesorar en la reforma educativa de dicho departamento. Lo contrató Rafael Bernal Jiménez, director de Instrucción Pública de esa región. Entre 1925 y 1928, el tío de Bernal, Miguel Jiménez López, cumplió funciones como embajador de Colombia en Berlín. Jiménez, fascinado por la «raza sajona», fue el encargado de buscar un profesor para la Escuela Normal de Tunja. El elegido fue Julius Sieber, quien asumió la tarea en 1926. La labor de Sieber fue muy destacada en el ámbito educativo desde donde, de modo incansable, buscó el perfeccionamiento de los docentes y del sistema de enseñanza. Con ese objetivo, impuso normas estrictas de organización y de orden, como por ejemplo multar con cinco pesos la llegada tarde de los maestros (en ese entonces, los que más que ganaban tenían un sueldo de cien pesos al mes). Durante el cumplimiento de sus funciones, ejerció un control personal sobre las clases y los profesores, mientras seguía con admiración los pasos que en su patria daba Adolf Hitler, líder del Partido Nacionalsocialista que en 1934 alcanzaría la cumbre del poder.

El presidente liberal Enrique Olaya Herrera abrió en la Universidad Nacional de Colombia una Facultad de Ciencias de la Educación, en 1931, de donde saldrían futuros directores y administradores de establecimientos de enseñanza media e investigadores de temas relacionados con la educación en Colombia.[7] Al respecto, los investigadores Diego Becerra Ardila y Olga Restrepo no tienen dudas respecto a la ideología y a las convicciones del profesor Sieber:

La Facultad [de Ciencias de la Educación], dirigida por Rafael Bernal Jiménez, un boyacense que había renovado la educación de este departamento, se abrió con las áreas de pedagogía e historia y geografía. Los profesores fueron traídos de la Escuela de Varones de Tunja, orientada por Julius Sieber, un profesor alemán católico y seguidor de Hitler, contratado por el tío de Bernal, el polemista político Miguel Jiménez López.[8]

Admirado y respetado por sus alumnos, quizá no tan querido por aquellos de ideología liberal, Sieber fue un personaje que dejaría su impronta en Tunja. En ese sentido, así se describen los sentimientos que despertó el profesor alemán en sus alumnos:

Todos los antiguos alumnos admiran todavía hoy su mística pedagógica, su disciplina y su sentido del orden. A fines de los años veinte, cuando los debates sobre la degeneración de la raza ocupaban los espíritus, el pedagogo alemán simbolizaba la constancia, el amor a la patria y al trabajo, el sentido práctico y la austeridad. Las anteriores virtudes hacían parecer al alma latina sentimental, idealista y superficial, la que no se salvaría sino uniéndose al alma germánica, ponderada y dueña de sí misma.[9]

Un alumno de Sieber describía así la Escuela Normal de Tunja: «Es este el taller en el que el espíritu alemán va dejando las huellas de su fortaleza creadora y va plasmando en la conciencia íntima de nuestra "indolencia" los relieves de una raza superior en todas las edades del mundo»[10].

Después de la creación de la Escuela Normal de Varones de Tunja, el gobierno pensó en la implementación de una institución femenina, utilizando el mismo método anterior, esto es, trayendo docentes de Alemania. Esta vez el embajador Jiménez seleccionó seis profesores, dos varones y cuatro mujeres, para el futuro Instituto Pedagógico Femenino.[11] Dirigidos por Franziska Radke, el grupo de pedagogos arribados de Europa se puso a trabajar en 1927, impregnados de la misma ideología que tenía el rector alemán: «Consciente como Sieber de su superioridad alemana, Franziska Radke formó a las jóvenes colombianas en el respeto a la cultura europea y germánica».[12]

Mientras Sieber ejercía la docencia en Colombia, la influencia de los profesores germanos, imbuidos de la ideología nazi, se hacía sentir, especialmente en las escuelas alemanas diseminadas por el país. Resulta innegable que, durante esos años, la enseñanza se iba cargando de una ideología común que se propagaba desde Alemania al mundo: la nacionalsocialista, con el precepto de la superioridad de la raza aria. Veamos un ejemplo: «En 1933 se conformó en la colonia alemana de Barranquilla un grupo local del NSDAP (Partido Nacionalsocialista), al cual se adhirieron también algunos profesores. El penúltimo Director del Colegio, Wilhelm Kaiser era miembro del Partido… En las fotos de la época se puede ver ondear la bandera nazi sobre el Colegio y cuadros con la cruz gamada y la efigie de Hitler».[13]

En la *Historia del Colegio Alemán* de Barranquilla, se reproduce una carta de Wolfgang Müller, un judío alemán, perseguido por los nazis, que durante esos años vivía cerca de dicha escuela. Al referirse a los docentes alemanes que eran enviados a otros países, lo hace en estos términos: «Es claro que el régimen nacionalsocialista enviaba al extranjero únicamente a los que eran absolutamente fieles adeptos y propagandistas de la ideología nazi…».[14]

En 1938, se desató un escándalo cuando el diario *El Tiempo* publicó un aviso en alemán titulado «Die Deutsche Kolonie in Bogotá» (La colonia alemana en Bogotá), que en su primera página decía: «La colonia alemana protesta fuertemente en contra de los ataques que vienen siendo publicados en el último tiempo en este periódico. La pobre escritura ha demostrado lo poco que quedaba de decencia en los ensayos. Estos hechos son propios de pequeños y vagabundos espíritus. Esta es la respuesta dada a la colonia alemana a sus sinceros esfuerzos en hacer amistades. Jamás olvidaremos».[15]

En medio de un clima de agresiones cruzadas entre los sectores pro-Aliados y aquellos simpatizantes de los nazis, sorprendió que el diario más importante del país publicara dicho aviso en alemán, destacado en la tapa y sin firma de personas o entidad alguna. De acuerdo con las investigaciones de ese momento, «parece que el que mandó publicar este aviso, y causó semejante "tormenta en un vaso de agua", fue el rector del Colegio Alemán de Bogotá».[16] Sobre el caso, y la responsabilidad de este, que involucraba al señor Kurt Risch, encargado desde 1937 de la rectoría del establecimiento educativo germano, un Anuario del Colegio Andino informa lo siguiente:

Él tuvo que dejar su cargo en 1939 y abandonar el país, debido a que se implicaba al colegio, y con esto al señor Risch como responsable de la Rectoría, en la publicación de un anuncio en alemán en la primera página de *El Tiempo*, el cual parecía una burla del periódico. *El Tiempo*, el periódico más importante del país, era de propiedad del

entonces Presidente de la República. Nunca se descubrió a los verdaderos autores del imperdonable[17] anuncio.

Volviendo al profesor Sieber, en 1935 es trasladado para trabajar en la Escuela Normal de Barranquilla, donde, como vimos antes, había un grupo importante de residentes germanos y de colombianos que adherían a la ideología nacionalsocialista. No es un dato menor, si se considera que en esos años «el grupo nacional colombiano del partido nacionalsocialista tenía su sede en Barranquilla», según se revela en un informe de inteligencia de la policía colombiana.[18] En pocas palabras: el corazón del partido nazi en Colombia estaba en esa ciudad. Allí Sieber se relacionó con Emil Prüfert, titular de la delegación del Partido Nacionalsocialista en Barranquilla. El profesor alemán se quedó en la costa un año ya que luego, posiblemente por órdenes de Berlín, regresó a su patria para residir en la Alemania nazi a partir de 1936.[19] Lo cierto es que Sieber, que tenía tres años menos que Hitler, se quedó en el Tercer Reich durante toda la guerra para luego regresar a Colombia.

Aquí se debe hacer una consideración. En 1936, cuando Sieber decide retornar a su nación, Adolf Hitler está en la cumbre del poder y ya ha hecho explícitas sus políticas, en particular para con los judíos. En esos años, ya nadie desconoce las metas que se ha fijado Hitler. Sieber parte a Alemania con antecedentes importantes respecto a su labor docente, con una vida profesional hecha y consolidada en Colombia y con un merecido reconocimiento en su actividad como directivo y pedagogo, sin problemas que lo aquejen y gozando de una buena condición económica. ¿Qué lo motiva a partir hacia la Alemania nazi?

Para ese entonces, solamente los germanos afines al nazismo volvían a su país mientras que, como contracara, muchos alemanes, horrorizados por el camino emprendido por el Führer, optaban por abandonar la patria natal. En realidad, el caso de Sieber no era un hecho aislado ya que, al igual que él, alrededor de seiscientos alemanes, residentes en Colombia, partieron para ponerse bajo las órdenes del Tercer Reich. Sieber permanece en la Alemania nazi durante toda la guerra ¿haciendo qué?, ¿cumpliendo qué funciones? «Cuando estalla la guerra, Sieber viaja a Alemania, mi padre nos contaba que era químico y que no se había alistado como soldado, sino que participó en la fabricación de bombas», me contó Rafael Bulla Pinto, cuyo padre, Ramón Bulla Quintana, trabajó codo a codo con el rector alemán desempeñándose como secretario general de la Universidad Pedagógica de Tunja a partir de 1954[20].

Lo que se conoce es que, tras la rendición de Alemania, debió permanecer dos años detenido, luego de ser apresado por los aliados, por las tareas realizadas a favor de Hitler y el movimiento nazi. La noticia de su detención llegó a Colombia y despertó la

compasión y sentimientos de ayuda por parte de funcionarios, profesores y alumnos: «Los alumnos de Sieber se encuentran tan ligados a éste, que cuando fue aprisionado después de 1945 por sus actividades nazis, le hacían llegar cada semana un paquete de alimentos por avión».[21]

Al respecto, el profesor Ocampo López agrega que al destacado pedagogo nazi, «mientras estaba preso, desde Tunja se le mandaba colaboración económica». Es probable que él pensara en volver a Sudamérica. Sieber recién puede retornar a Colombia tras su liberación, ocurrida en 1947, momento en el que miles de nazis cruzaban el Atlántico para escapar de Europa:

Aunque en Colombia hubo un corto período en el cual los alemanes fueron considerados personas no gratas para el desarrollo del país, fue un lapso de tiempo que no se prolongó largos años. Luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial, los alemanes retornaron a Colombia y se establecieron nuevamente creando grandes fábricas y empresas que en la actualidad se mantienen y se consolidan cada vez más. Con respecto a los profesores que desarrollaron su actividad académica en Colombia durante la Segunda Guerra Mundial, se puede concluir que su descendencia ha continuado hasta la actualidad con su labor pedagógica, destacándose por su labor académica, que incluye la herencia del pensamiento alemán orientada al ambiente colombiano.[22]

Al retornar a Colombia, junto con la mayoría de los cientos de alemanes que se habían ido al comenzar la guerra, a Sieber no le costó conseguir trabajo: en 1951, fue rector de la Escuela Normal Universitaria y luego, en 1953, fue designado por Rojas Pinilla como el primer rector de la Universidad Pedagógica de Colombia. Respecto a su vida familiar, él llegó primero a Colombia, y después su esposa y un hijo.

El empresario hotelero Carlos Julio Duarte, oriundo de Tunja, conoció a Sieber, aunque al momento de ser entrevistado por el autor aseguró no haber estado al tanto del pasado nazi del profesor. Duarte, de ochenta años, dijo: «Yo lo conocía a Sieber, y a su esposa, que era alemana, alta y bonita, se llamaba María Sieber. Primero llegó él a Tunja y luego, tiempo después, su esposa y su hijo, que se llamaba Ralf, que ya era grande. Tenían unas fincas en Armero donde cultivaban arroz». Recordó que «Sieber era bien alemán, alto, tenía la nariz como salidita, colorado, muy conocido en Boyacá».[23] Duarte, de adolescente trabajó en una pensión que Sieber compró en Bogotá, donde se reunían los nazis, y a la que habría concurrido Hitler, tal como veremos más adelante.

Es de destacar también la influencia directa del general Rojas Pinilla sobre la casa de altos estudios de su ciudad natal: «Como buen "maestro", egresado de la Escuela Normal de Varones de Tunja, Rojas Pinilla se propuso la creación de numerosas escuelas, colegios y universidades; creó, organizó y dio especial apoyo a la Universidad Pedagógica de Colombia con sede en Tunja, elevando a esta categoría a la antigua Normal Superior Universitaria de Colombia».[24]

Sieber nombró durante su rectorado a varios profesores alemanes como docentes de dicha universidad. Por ejemplo, a Franz Hanke, ingeniero agrónomo, recordado por ser un buen jugador de ajedrez, y al profesor de Historia Moderna, Tiberio Juhasz, entre otros. «Sieber trajo muchos profesores alemanes», recuerda Ocampo López, quien llegaría a ser decano en dicha institución.

Es llamativo que en el ejercicio de sus funciones, el rector Sieber, «curiosamente en 1954, expide la resolución que reconoce el escudo de la Universidad con un águila negra, similar al águila del Partido Nacional Socialista de Alemania. El águila representa poder y potestad».[25]

El águila es un símbolo muy antiguo y significativo en la heráldica alemana, desde antes de la fundación del Reino de Prusia, pasando por el Imperio Alemán y después por la República de Weimar. Luego, la simbología del águila fue utilizada por el nazismo, en distintos emblemas, para exaltar el nacionalismo del pueblo alemán. De acuerdo con la información oficial actual de esa institución educativa de Tunja, hoy Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC), los elementos que conforman el escudo de esa entidad representan lo siguiente:

—El águila: poder y potestad.

—Los tres ladrillos: proceso de edificación.

—Primer ladrillo: es la patria que debemos llevar con honor y muy en alto para reconocimiento de nuestra nacionalidad.

—Segundo ladrillo: ciencia, por cuanto la universidad se identifica profesional, ética y moralmente con el desarrollo intelectual de cada uno de sus integrantes.

—Tercer ladrillo: virtud, «la virtud hacer verdaderos sabios». En este triángulo se debe ubicar el origen pedagógico y científico de la UPTC.

—El triángulo equilátero: significa, en lengua egipcia, poder y energía; abajo del doble triángulo se encuentra un rombo que carga una especie de heraldo en latín «FVTVRVM AEDIFICAMVS», que significa el efecto de la ecuación.[26]

Sieber también implantó una bandera de la Universidad con dos cuadrados de color amarillo ocre y dos negros. En ese sentido, la explicación oficial relacionada con los colores de la bandera, indica:

—Ocre: en las tierras de Tunja, aparentemente áridas, brotó el primer grano de trigo.

—Negro: simboliza el pudor, la modestia, la discreción, la obligación por el servicio y protección de la patria soberana.

El texto oficial continúa señalando: «En el sentido heráldico, el color amarillo ocre simboliza riqueza, sol, soberanía, poder, democracia, constancia, virtud, justicia y esplendor.[27] El color negro simboliza prudencia, obediencia, sabiduría y ciencia».

Como se ve, Sieber creó para la Universidad una bandera y un escudo cargado de simbolismos, cercanos a la cosmovisión esotérica a la que eran tan afectos los intelectuales nazis.[28] A los antiguos egresados de la Universidad de Tunja se les entregaba, además del diploma, un anillo con el águila (más recientemente, se les comenzó a obsequiar un prendedor con el escudo, en vez del anillo). El anillo, que era de oro, tenía como motivo central la figura de una daga, con la empuñadura hacia arriba, rodeada por una serpiente en forma de seis. Un presente poco común para los egresados de una universidad.

Tras esta digresión —es necesario, para una mejor comprensión, armar, con distintos datos que apuntan al pasado nazi de Colombia, un cuadro de la situación de la época que permita entender las razones de la presencia allí de Hitler — y retornando a la investigación sobre el excanciller alemán, se puede establecer que, cuando él está en Tunja, Sieber es el flamante titular de esa casa de altos estudios.

Ahora bien, ¿ellos se conocían desde antes, cuando el destacado profesor residía en la Alemania nazi? El investigador Motta Vargas afirma que en Residencias Coloniales, el lugar citado en el documento de la CIA donde habría estado Hitler, se alojaban los

alemanes que Sieber conocía. En este caso, ¿podemos cambiar el término alemanes por nazis? ¿Se reunieron Hitler — el jerarca era amante de las cuestiones académicas y le encantaba discutir sobre los más variados temas intelectuales, desde las filosóficas hasta las científicas— y Sieber en esa ciudad colombiana? La respuesta a este último interrogante es que sí, y quien lo responde es nuevamente el profesor Ocampo López: «Hitler y Sieber se conocían de Alemania, así que cuando Hitler estuvo acá, en Tunja, se reunía con su amigo Sieber», dice con seguridad. Coincide con esa apreciación Ramón Bulla Quintana, citada anteriormente, quien le dijo a su hijo Rafael: «Si Hitler estuvo en Tunja, fue por su amistad con Sieber». Estos encuentros entre ambos — independientemente de donde se realizaran, ya que podrían haberse efectuado en algún inmueble de la zona urbana o en una finca de las afueras de la ciudad, tal como veremos más adelante— explican que en el círculo académico de la universidad fuera conocida la presencia del Führer en la región.

Es posible que Sieber les haya contado a los profesores alemanes nazis o, es más, puede ser que inclusive algunos de ellos hayan participado de esos encuentros. Luego esa información llegó a los alumnos, como en el caso de Ocampo López, quien estudiaba en esa casa de estudios, aunque, vale aclararlo, él supo la versión casi tres años después de que ocurrieran esos hechos. Ocampo López conoció personalmente a Sieber y lo describe como una persona de «estilo alemán, muy estricto, de una formación rígida y valores muy profundos, de alto estudio y de alta investigación». El presidente de la Academia Boyacense de Historia agrega que el rector de la universidad de Tunja «era un hombre respetado y la sociedad lo apreciaba mucho, y las autoridades también».[29] Claro que él, quizá por lo que transmitía la fortísima personalidad intimidante de Sieber, nunca se animó a preguntarle directamente si se había reunido con Hitler. La versión era tan conocida, con datos certeros, que se daba por cierta.

Otros estamentos que pueden haber sabido de la presencia del jefe nazi son el obispado de Tunja — el obispo era Ángel María Ocampo del Río, pariente de Ocampo López —, así como el gobierno nacional, Rojas Pinilla era el presidente, y el local, a cargo del alcalde militar teniente coronel Carlos Guillermo Hernández Conde, citado anteriormente. «El obispo seguramente sabía», deduce con cierta lógica López, acerca de la presencia de Hitler en Tunja, ya que nadie desconocía la cercanía y simpatía de los sectores religiosos con el nazismo. La información sobre la presencia de Hitler en Tunja les podía llegar a través de sus hombres involucrados con los nazis, posiblemente los más altos estamentos de la curia, o de curas ideológicamente activos, como por ejemplo el sacerdote alemán José Mosser, un cura salesiano carismático, que se volvió líder de los jóvenes de esa ciudad, fundó la Escuela de Música de Boyacá, la Liga de Voleibol de Colombia y fue el preparador físico de la Selección Colombia de fútbol de 1957.

Mosser fue una gran amigo de Julius Sieber y también del germano Eder, administrador de Residencias Coloniales. Era de Nüremberg y antes de su llegada a Colombia, en 1934, había sido piloto de la fuerza aérea de su país. Durante la Segunda Guerra Mundial, el cura cumplía funciones en el Colegio Salesiano Maldonado, de Tunja, y se recuerda que hacía sonar la campana de la escuela cada vez que llegaban noticias de que algún barco aliado había sido hundido por la armada germana. También fue conocido por preparar fantásticas exhibiciones de gimnasia con aros alemanes, que presentaban los alumnos, sujetos a una férrea disciplina en materia de educación física. El sacerdote, además de sus labores religiosas y docentes, mantenía una agitada actividad política y, por esta razón, además de estar en contacto con referentes conservadores y militares nacionalistas colombianos, frecuentaba la embajada germana en Bogotá.

En ese contexto, había entablado una relación de amistad con el secretario de dicha institución, Elois Guebauere (1902-1971), a quien visitaba en una residencia de Teusaquillo, propiedad de la legación alemana en Bogotá, donde vivía el diplomático. En una foto de la época, se puede ver a Guebauere y su esposa Helena junto al padre Mosser, los tres sonrientes, el cura en el medio de la pareja, sentados en un sillón, a cuyo costado se observa un árbol de Navidad. La foto fue tomada en 1954, según se puede leer al dorso de esta, en el interior de la mencionada propiedad oficial, ubicada en la carrera 15 n.º 33a-16, del barrio Teusaquillo, a solamente dos cuadras de una residencia donde se habría alojado Hitler en Bogotá, tal como lo veremos más adelante. La pregunta cae por su propio peso: ¿tenía un pasado nacionalsocialista el secretario de la embajada de Alemania Federal, país que, al menos formalmente, no era nazi?

Si realmente Elois Guebauere, funcionario de la embajada alemana en Bogotá, era nazi, esta condición no debería sorprendernos porque, para esos años, el embajador alemán en funciones en Colombia, Karl Schwendemann, tenía el mismo pasado, ya que había pertenecido a la estructura diplomática del Tercer Reich. En el epílogo de este libro veremos que estas designaciones realizadas por la República Federal de Alemania, que hoy nos pueden sorprender, de ningún modo eran excepcionales.

Hitler y la monja

Seguramente, en el ambiente religioso — Residencias Coloniales, donde se alojó Hitler, era un edificio ubicado frente al que entonces era el Palacio Arzobispal — fue conocida la presencia del jefe nazi. Es posible que ese conocimiento no solo lo tuvieran las máximas autoridades, sino también los estamentos inferiores. Por ejemplo, una monja

de ciento tres años, Rosenda Camargo, poco antes de morir en el 2008, confirmó a su familia que había visto al jefe nazi en Tunja.

—La abuela de mi marido dijo: «Yo conocí a Hitler» — recordó Carolina Daza Hurtado, al aludir a un breve relato que se dio en el contexto familiar y que nunca trascendió las paredes de su casa.[30]

Entrevistada en la localidad colombiana de Palpa, Boyacá, este fue parte del diálogo que ella mantuvo con el autor:

—¿Dónde estaba la abuela cuando vio a Hitler?

—Ella se crio en un convento de Tunja, era una monja. Cierto día, junto a otras hermanas estaban caminando por la plaza Bolívar, y allí estaba él. Y así vieron a Hitler, se lo cruzaron caminando.

—¿Cuándo pasó eso?

—En los años cincuenta.

—¿Qué aspecto tenía?

—Lo único que dijo, que yo me acuerdo, es que tenía puesta una ruana, pero nada más.

—¿En qué circunstancias contó esto?

—En una reunión familiar, estaba con sus nietos, en el 2008. Fue muy curioso, nos pareció ilógico, pero en realidad es lo que se rumorea de generación en generación, es lo que contaban los abuelos, que Hitler escapó y estuvo acá. Ella lo contó cuatro meses antes de morir, a los ciento tres años de edad.

—¿Entonces no lo vio solo ella, sino un grupo de hermanas?

—Sí, ellas eran varias.

—Lo habrán comentado en el convento, el relato podría haber llegado a oídos de sus superiores…

—Eso no lo sé.

—¿Su abuela estaba segura de que a quien vio era Hitler?

—Sí, no tenía duda.

—¿Y usted alguna vez relató a otras personas esta historia?

—No, es la primera vez que la cuento.

Al ser consultada por más detalles que podría haber relatado la abuela, relacionados con la presencia de Hitler, Carolina Daza Hurtado dice que no sabe mucho más, porque prestó poca atención a la narración, y porque tampoco hizo preguntas, al considerar en su momento que la historia resultaba inverosímil, al estar convencida ella de que el jefe nazi se había pegado un tiro en su búnker de Berlín.

Es importante destacar que, para esos años, con menos de 16 000 habitantes, Tunja era una ciudad casi clerical, donde tenían sus instalaciones una gran cantidad de instituciones religiosas, entre ellas, los conventos de monjas de clausura de El Tipo, y de Santa Clara, un refugio de ancianos administrado por las Hermanas Vicentinas, un colegio femenino dirigido por las Hermanas del Rosario, y otro de mujeres a cargo de las Hermanas de la Presentación. La Iglesia también tenía a su cargo el Hospital San Rafael y un asilo para «niños fenómenos», esto es, muy inteligentes. Además, estaban los conventos de los dominicos y franciscanos. Los jesuitas dirigían el colegio para varones José Joaquín Ortiz y los salesianos el establecimiento escolar Salesiano Maldonado, así como el Seminario de la Curia, donde estudiaban trescientos alumnos. Los fieles podían acceder a varias capillas e iglesias, destacándose la catedral Santiago de Tunja, ubicada frente a la plaza principal.

Pulido Villamil: «Hitler estuvo en Tunja»

Acerca de la presencia de Hitler en Tunja, Eduardo Pulido Villamil, el hombre que fue criado en un orfanato donde al parecer llegaban niños huérfanos alemanes, después de la guerra — tal como se vio en el sexto capítulo — le dijo a su hijo «Pelusa» que él sabía que Hitler había estado en Tunja. Cuando le contó eso, en los años sesenta, no era

conocida públicamente la historia de la presencia del jefe nazi en esa ciudad, historia que trascendió recientemente a partir de la desclasificación de los documentos de la CIA. Cuando el joven Galindo le preguntó a su papá cómo había obtenido aquel dato, este le contestó secamente que «esas cosas se saben, se saben». El hijo cree que su padre, sin que se supiera en su propia familia, frecuentaba círculos nazis que manejaban la información acerca de la presencia de Hitler en Colombia.

Pulido Villamil contó que en Tunja el jerarca nazi a veces vivía en esa misma ciudad y otras en una finca que estaba en las afueras, en una zona de sierras próxima al centro de esa localidad. No dijo, quizá porque no lo sabía o no quiso decirlo, exactamente en qué lugares vivía el jefe nazi cuando estaba en esa región.

En diálogo con el autor del presente libro, estas fueron las respuestas del hijo de Pulido Villamil sobre este tema:

—¿Usted le preguntaba a su padre sobre el destino de Hitler?

—Yo escuchaba, pero no le refutaba.

—Pero alguna pregunta le habrá hecho…

—Un día, en relación con los nazis, le pregunté ¿y después de la guerra qué? Él me respondió: «No le estoy diciendo que el tipo [Hitler] estuvo por acá, él tuvo que ver mucho con Laureano Gómez y toda esa gente». Fue cuando mi padre me mencionó a los chulavitas, ahí fue cuando me enteré de eso.

—¿Y qué le quedó en claro de los chulavitas?

—Que eran una organización paramilitar que se asemejaban a los soldados de las SA alemanas. El objetivo era acabar con los disidentes del gobierno conservador.

—Así que su padre estaba convencido de que Hitler estuvo en Colombia…

—Sí, decía que Hitler estuvo muy descaradamente por acá, haciendo lo que quiso.

—¿Y su padre cómo podía saber?

—Yo se lo pregunté y la respuesta fue esta: «De esto todo el mundo lo habla». Pero después, cuando hice mi investigación, me di cuenta de que, con esa respuesta, él lo que

había hecho era sacarme por la tangente, porque de eso no se hablaba, no se decía nada, no estaba en ningún libro de historia…

—¿Dónde y en qué año habría estado Hitler en Colombia, según su padre?

—Entre 1951 y 1953, en Tunja, tenía una casa en la ciudad y una finca protegida por custodios.

—O sea, durante el gobierno de Laureano Gómez…

—Sí, después con Rojas Pinilla le tocó irse.

—¿A dónde se fue?

—Mi padre decía que lo tenían protegido «en el sur», pero nunca habló de eso, tampoco de la muerte de Hitler.

Nido de Águilas

Durante mi visita a Tunja, tras descartar varias propiedades rurales que investigué, especulé con la posibilidad de que el jerarca nazi ocasionalmente hubiera residido en la casa del profesor Franz Hanke, mano derecha de Sieber.[31] El profesor Ocampo López y el empresario Duarte también coinciden en que ese debía ser el lugar — no había muchas más opciones similares — donde el jerarca nazi pudiera descansar en las afueras de Tunja. Pude llegar a esa gran casa, de paredes de material y tejas rojas, ubicada en la cima de un cerro desde donde se aprecia el hermoso paisaje de la región. Señalé antes que muchas opciones no había porque era la única residencia cercana a Tunja que tenía esa calidad de construcción, un tamaño importante (una edificación en dos plantas grandes) y una vista aérea del valle como las que tanto le gustaba al Führer. El edificio aún hoy contrasta con las viviendas de los campesinos de la zona, más chicas y de materiales más económicos. Un verdadero Nido de Águila colombiano, más pequeño que el de Berchtesgaden, que estaba en los Alpes de Baviera; salvando las diferencias entre ambos, este también es un refugio de montaña, pero ubicado en América. La finca donde vivía Hanke con su familia se ubica en la zona de Tufa.

El tren que recorría diariamente la distancia entre Tunja y Paipa, tenía como estación intermedia Tuta. Pero para llegar a la casa del profesor Hanke se debía ascender un cerro, el cual era posible recorrer en auto circulando por un camino de ripio, que es el mismo que existe hoy. El profesor Hanke fue cofundador de la Facultad de Agronomía (hoy Facultad de Ciencias Agropecuarias), de la cual fue decano.

Productos químicos

El empresario hotelero Carlos Luis Duarte contó que el profesor Hanke, mano derecha del rector Sieber, era titular de la carrera de Agronomía y que llevó a Paipa el Colegio Agropecuario, que por años funcionó bajo su dirección en dicha localidad.[32] Duarte piensa que es por esa razón que llegaban a ese pueblo grandes cajas de madera con productos químicos, procedentes de Alemania, que podrían ser pesticidas o fertilizantes. Es interesante saber que para ese entonces en Paipa había una «planta de sulfatos que era de la familia Gutiérrez», contó Duarte. También en la zona se realizaba extracción de azufre y mercurio. El hombre recordó que para ese entonces, en los años cincuenta, «al lado de la pileta municipal había alemanes realizando estudios» al parecer relacionados con los minerales que tenía el lugar.[33]

El rector de la Facultad de Agronomía, Jorge Iván Londoño, recuerda a Hanke por «su constancia, carácter y disciplina». El profesor alemán, amigo de Sieber, falleció el 2 noviembre de 2013, en Tuta, donde vivía. Al momento de realizarse la investigación, cuyos resultados se vuelcan en estas páginas, la viuda de Hanke, nonagenaria, se encontraba muy enferma, atendida por su hija en Bogotá. Supe esto recién llegué a la casa del profesor alemán ubicada en las serranías de Tuta, que estaba cerrada y deshabitada, cuando un vecino me comentó que la esposa del profesor, una colombiana llamada Carmen, estaba muy anciana y padecía una dura dolencia.

Toda la región que rodea Tunja se caracteriza por sus sierras, donde se encuentran alejadas poblaciones. Este tipo de sitio fue el elegido por los nazis para vivir, especialmente por aquellos que temían ser apresados. En esas zonas, alejadas del «mundo civilizado», se sentían muy seguros comenzando una nueva vida. En algunos casos, como en Villa de Leyva, ubicada a solo 38 kilómetros de Tunja, era un secreto a voces que se había instalado un grupo cerrado de nazis, tal como lo hicieron en otros poblados pequeños, quienes habían escapado de Europa al terminar la Segunda Guerra Mundial.

El historiador local Eduardo Malagón, al aludir a la presencia de Hitler en esa región, afirmó que «podríamos tener la certeza que sí estuvo, que permaneció un buen tiempo camuflado y escondiendo su apariencia para no generar inconvenientes». Al respecto, agregó que «en Tunja, Villa de Leyva y en otros lugares de Boyacá se asentaron alemanes de esa época, después de la Segunda Guerra Mundial, y que eran conocidos de Hitler, quien se comunicaba con el señor Phillip Citroen, un exsoldado nazi quien lo habría recibido en Boyacá».[34]

Hitler en Paipa

Hay noticias que a veces pasan desapercibidas, otras no son creíbles, y por esta razón rápidamente pasan al olvido. Estas pueden ser espectaculares pero, por considerarse fantásticas, pueden provocar inicialmente la llamarada con que se quema una paja seca, que al principio es fortísima y quema, pero al instante desaparece. Veamos ahora una de esas noticias atípicas, que en su momento podría haber sido calificada de inverosímil, ya que recoge el relato de la posible presencia de Hitler en los baños termales de Paipa, pueblo cercano a Tunja. Al parecer, en 1953 esa visita no pasó inadvertida para los visitantes que se encontraban allí, en ese lugar de descanso, quienes sospecharon que ese anciano que vieron en el bar de un hotel, donde ellos estaban hospedados, era sin lugar a dudas el jerarca nazi.

El rumor de esa presencia trascendió y llegó a los corrillos periodísticos, y el conocido cronista Felipe González Toledo se lo contó al gran público, quien lógicamente dudó de la historia que llegó a sus oídos por parte de algunos de los testigos que le aseguraron haber visto a Hitler.[35] Seguramente habrán existido ciertos interrogantes por parte de la dirección del diario *El Espectador*, donde trabajaba Toledo, y debe haber sido una decisión de tipo editorial autorizar la publicación de la mencionada nota, ya que la misma podría ser desacreditada por los lectores, con el consiguiente perjuicio respecto a la credibilidad de dicho diario. Posiblemente por esta razón, cuando editó la información, durante el verano de 1953, el periodista tomó con pinzas, y con cierta liviandad, el suceso, lo que se observa en la forma de redactar esa información. El tono empleado en el texto del artículo, que a continuación se transcribe, titulado «Hitler en los termales de Palpa», denota que González Toledo pensaba que ese suceso no podía ser verdad. Sin embargo, y a riesgo de que otro medio publicara la noticia, como buen periodista no dejó pasar por alto el rumor que, al parecer, llegó a sus oídos de boca de una de las personas que se alojaban en el hotel donde se vio a Hitler. Veamos:

Tan discretamente que apenas alguien notó que cojeaba, el caballero extranjero se acercó al bar, y cuando su presencia fue notada por la totalidad de los turistas que se agrupaban en el extremo del salón, ya había consumido más de la mitad de una botella de cerveza. El primero que lo vio, el que lo descubrió, el que alcanzó a notar que desde el primer momento cojeaba, algo murmuró al oído de su vecino y provocó un incontenible comentario, que bien pronto se generalizó y se comentó de boca en boca: ¡¡Es él!! ¡¡Claro que es él!! No acabó el pasajero de tomar la cerveza. La espuma del jarro no alcanzó a deshacerse antes de que él abandonara el bar. Petrificados por la sorpresa, los turistas lo vieron salir y abordar un carro de viejo modelo. El chofer, un criollo abrigado con ruana, puso en marcha el vehículo, y antes de que el grupo saliera del «*shock*», el antiguo vehículo había puesto cuatrocientos metros. Ni siquiera desapareció

tras una nube de polvo, porque aquello habría sido como cosa de novela. Simplemente, se alejó.

En esta primera parte del relato Felipe González Toledo ubica el lugar del incidente: un bar del hotel-balneario de Palpa. El curioso hecho al parecer ocurre a fines de enero de 1953 — la fecha de publicación es el 31 de ese mes— y le habría sido contado al periodista de *El Espectador* por algunos de los ocasionales testigos, o por terceros que se enteraron de aquel suceso, cuando se corrió el rumor de que Hitler había estado en Palpa. Lo cierto es que, de acuerdo con esa versión, Hitler estaba tomando cerveza en el mencionado bar, y al parecer se da cuenta de que es reconocido por la gente que estaba allí — se trata de un murmullo entre los ocasionales turistas, aunque nadie encara al jefe del nazismo para decirle o preguntarle algo—, y él, que se debe haber sentido muy observado, rápidamente sale y parte en un auto manejado por un chofer. Respecto a esto último, es cierto que el jefe nazi no manejaba y siempre era llevado por un conductor, tanto en Alemania, como en su exilio en Sudamérica. En relación con sus hábitos alimenticios, el Führer era vegetariano, acompañando sus comidas con agua mineral y no tomaba alcohol. Sin embargo, en ocasiones especiales pedía cerveza que era fabricada para él especialmente en Holzkirchen, un municipio rural en Baviera. En ese mismo sentido, una persona que estuvo con Hitler en la Patagonia argentina, Edgardo Ibargaray, me contó que en las dos oportunidades que se reunió con el jefe nazi, en los años cincuenta, ambos compartieron una cerveza.[36] Así que era probable que en Paipa pudiera estar tomando la misma bebida, pues era de su agrado. Continuemos con el texto de la nota:

El grupo, alegre y heterogéneo, apenas era una pequeña parte del pasaje de turistas que llenaban el hotel-balneario de Paipa. Un periodista vallecaucano que hace pocos años pasó a desempeñar brillante cargo público, pasaba unos días de descanso con su familia, y con el experiodista y su gente se agrupaban un ingeniero de la Siderúrgica de Paz del Río, un abogado con urticaria, un empleado en vacaciones, dos o tres comerciantes y un poco de señoras gordas. Y había por ahí, también, aunque parezca extraño, un médico reumático. Ciertamente, no todas las señoras eran gordas, las había esbeltas, y las unas y las otras habían pasado buena parte de la tarde bailando. Las unas, para adelgazar un poco, y las otras, para complacencia de los caballeros. A excepción, naturalmente, del médico reumático.

En esta parte del relato, González Toledo indica que el suceso ocurre durante horas de la tarde y describe a los turistas que estaban en el bar, de acuerdo con los datos que le da alguna persona, que posiblemente estuvo allí. En su crónica no da nombres propios de esos testigos, pero parece conocer el de algunos de ellos, aunque no los presenta, especialmente el del «experiodista vallecaucano», que en ese momento tenía

un cargo público. Si hace esa descripción de este funcionario, y excolega de él, es porque sabe el nombre de este testigo. ¿De quién se trataría? ¿Es posible que precisamente este hombre ignoto, sin perder su vocación periodística a pesar de haber cambiado de trabajo, sea quien le haya transmitido la información a González Toledo? ¿Cómo supo el cronista, por ejemplo, que allí había un médico, un abogado y un ingeniero — al margen de la desafortunada mención a «señoras gordas» —, si alguien de ese grupo no se lo contó? Sigamos viendo el relato publicado en el diario *El Espectador*.

Después del almuerzo, algunos de los turistas habían atraído el sueño de la siesta repasando el diario y habían entregado su atención, al menos mientras el sueño no llegaba, a enturbiar la vista y la mente a la traducción de «Hitler Seen Alive», sensacional artículo aparecido en una de las últimas entregas de la revista norteamericana «The National Police Gazette» y firmado por George McGrath. Pero la noticia de que Hitler está o estuvo en Colombia, no entorpeció la siesta de los huéspedes del hotel-balneario. Tan despreocupadamente recibieron la noticia los turistas, que ni siquiera la comentaron después de la siesta. Prefirieron dedicar el ocio al consumo lento de unos *whiskys*, y «ellos», por no haber más que hacer, accedieron a bailar con las señoras gordas. Finalmente, se formó un grupo en un extremo del salón, cerca del bar, pero cuando el experiodista y el abogado, el médico reumático y las señoras creían haber hablado de todo, no habían comentado el artículo de George McGrath.

En este tramo de la crónica, Felipe González Toledo dice que había por lo menos un ejemplar del periódico norteamericano *The National Police Gazette* en el hotel, específicamente la edición que en su tapa llevaba el título «Hitler is Alive», que se refiere al escape de Hitler hacia Sudamérica.[37] Puede ser que uno o varios ejemplares de dicha revista policial estadounidense — que se dedicó a presentar artículos relacionados al tema desde los años cuarenta a los setenta — estuvieran allí para lectura de los huéspedes del hotel. Otra posibilidad es que el periodista hiciera uso de una cuestionable licencia literaria, ya que se trata de una crónica y no de una novela, para decir algo que no era cierto (que estuviera allí esa revista), afirmación que, a modo de recurso para hilvanar su relato, le permite traer a colación los informes de un medio de prensa extranjero que llegó a asegurar que Hitler estaba en Colombia. Sea como fuere, el hecho de que estuviera o no en el hotel esa publicación no es un dato trascendente para esta historia. Sigamos ahora viendo el texto del artículo periodístico que da cuenta de la presencia de Hitler en Paipa:

No obstante, cuando el caballero extranjero y ligeramente cojo apareció en el bar como si la tierra lo hubiera brotado, ya había consumido la mitad de la cerveza, todos repitieron:

—¡¡¡Es él…!!! ¡¡¡Claro que es él!!!

Y al antiguo periodista, cuando el destartalado automóvil arrancaba, se le ahogó la voz y apenas si hizo oír lo que él quería que fuera un grito:

—¡¡Hitler…!! ¡¡Hitler!!

Era un hombre de estatura mediana, de aspecto severo, vestido de pantalón de lana y chompa. Su mirada era dura, inteligente y viva. Tenía un bigote de talabartero y el cabello alisado hacia abajo, y hacia la izquierda la dejaba a la vista solamente, un trapecio del rectángulo de la frente. Sin duda alguna, a pesar de que cojeaba ligeramente, era Hitler. Todos los huéspedes del hotel estuvieron de acuerdo en que aquel viajero era el Führer. No podía ser otro. ¿Lo conocían en el hotel? Los huéspedes se agruparon en el bar, donde todavía estaba el jarro de cerveza con espuma fresca. Pero el barman nunca lo había visto. Lo atendió despreocupadamente cuando con marcadísima pronunciación extranjera pidió la cerveza, y lo vio marcharse. Pero desde su puesto no vio el vehículo.

En estos párrafos los testigos describen la fisonomía de Hitler, que vuelve a ser, como en otras ocasiones, la misma que tenía, salvo los achaques de la edad, en la Alemania nazi: bigotito recortado y peinado alisado con un mechón. La misma que se observa en la foto sacada en Tunja, que se adjunta al documento de la CIA que hemos analizado en el capítulo anterior; circunstancia que obliga a volver siempre sobre la misma pregunta: ¿podía él andar paseando con la misma pinta que lo delataba, esto es, su característico bigotito y su forma particular de peinarse? Se ha dicho antes que, en circunstancias especiales, Hitler se dejaba su mostacho, es decir, en situaciones de aislamiento o en encuentros y reuniones donde se sentía muy seguro, casi a modo de demostrar su impunidad y hacer revivir a los suyos, a sus fanáticos simpatizantes, esa imagen característica suya cuando se encontraba en la cima del poder. Entonces, nuevamente el interrogante, ¿es posible que fuera así, mostrando su «antiguo» rostro y no aquel con el que escapó, sin bigote y pelado, a tomarse una cerveza a un bar, lo que implicaba casi con seguridad que fuera identificado? Si lo hubiera hecho, ¿sería consecuencia de algún estado psíquico particular por el que estaba atravesando en ese momento, ya sea por efecto de alguna enfermedad, o bajo el estímulo de estupefacientes o cualquier otra sustancia?[38] No lo sabemos, y quizá nunca tengamos una explicación, razón por la que por ahora nos atendremos a la descripción que dan los testigos.

Respecto a la dificultad de Hitler para caminar hay una coincidencia importante en la investigación, ya que un testigo que lo vio en 1953 en Argentina, Hernán Ancín, dice que casi arrastraba una de sus piernas.[39] En otro testimonio, citado en el próximo capítulo, el testigo también dice que el jefe nazi usaba un bastón. Estamos hablando de un hombre que tenía sesenta y cuatro años, con problemas de salud, y con cojera de una de sus piernas. Continuemos leyendo y analizando el texto escrito por el cronista González Toledo:

Según el artículo de la *Police Gazette*, Hitler está en la Antártica. Estuvo en Colombia, hace años, después de escapar del desastre nazi, y vivió en la Sabana de Bogotá. El artículo dice que desde hace mucho tiempo debe encontrarse en la Antártica, en el refugio de Doenitz le estaba preparando desde meses antes de la «operación tiniebla», pero no hay duda de que éste es Hitler. Puedo decir que lo conozco, porque fui decidido admirador y partidario suyo. Este es Hitler. ¿De dónde saldría? ¿Para dónde irá? ¿Por qué está cojo? A la última pregunta, con la cual el periodista puso transitorio fin a la explosión verbal de su sorpresa, respondió el médico creyéndose obligado:

—Quizás esté reumático. El ácido úrico tal vez…

—Pero no es posible —interrumpió la menos adiposa de las damas — que Hitler haya venido a curarse el reumatismo o a expulsar el ácido úrico en las aguas de Paipa, así, con el bigote de sus mejores tiempos y con el mechón diagonal. ¿No anda ahora de barba, dicen, y con el cabello echado hacia atrás?

En efecto, el Hitler que nos ofrece en fotografía el cronista de *Police Gazette* es un «*Herr*» con barba de candado, bigote largo y cabello peinado hacia atrás. Es una estampa de sabio germano bien distinta de la del viajero que hizo la brevísima entrada al bar del hotel-balneario. La observación de la dama, pues, no podía ser más acertada. ¿Por qué andaba sin barba y con el bigote recortado? El ingeniero, que parecía hasta ese momento ser el menos emocionado por la extraña sorpresa, opinó, también muy juiciosamente:

—Por lo que alcancé a leer, se dice que Hitler se refugió no solamente para salvar su vida, sino para esperar su nueva hora, ¿qué sabemos a dónde va esta tarde? Puede ser que hoy mismo, hace apenas unas horas, se haya quitado la barba, se haya recortado el bigote, y haya adoptado de nuevo su peinado característico, para darse a conocer.

—Y, de ser así —preguntó otra dama —, ¿por qué no se demoró con nosotros?

Nadie respondió la cuestión; la dama creyó haber dicho una necedad y para desplazar su pasajero aturdimiento se fingió distraída e interesada en algún detalle de su *toilette*.

En este tramo de la crónica, González Toledo, tras hacer mención a un artículo del *National Police Gazette*, describe un diálogo que habría ocurrido entre los ocasionales huéspedes que estaban en el bar luego de que Hitler se retiró de allí. ¿Quién es el que dice que conoció bien a Hitler, y que por esa razón no duda de que sea el jefe nazi quien estaba en el bar del hotel? Según el relato, el periodista-político que posiblemente transmitió los datos de lo ocurrido a Toledo. En el resto de la crónica que se reprodujo antes se entra en un terreno de dudas, ya que si bien podrían haber ocurrido los hechos que se describen, las posibilidades de reproducir en forma textual los diálogos que habrían mantenido entre sí los pasajeros del hotel, absortos por la presencia de Hitler, es prácticamente imposible. Así que Toledo los debería haber reconstruido a partir de lo que le contó su excolega, quien luego se desempeñó como político. Continuemos leyendo el texto del diario *El Espectador*:

El periodista hizo algunos recuerdos de la época gloriosa de Hitler; uno de los comerciantes lamentó sinceramente que Eva Braun hubiera muerto en un submarino y les hubiera hurtado la posibilidad de verla en traje de baño en la piscina de Paipa, y el abogado de la urticaria planteó la cuestión jurídica:

—¿Qué haría, por ejemplo, el alcalde de Paipa al identificar plenamente a Hitler en el personaje que estuvo hace un momento tan cerca de nosotros? Y el asunto fue largamente debatido. Sin duda, Hitler sería capturado y enviado a la prefectura de seguridad. Se le mantendría con las debidas consideraciones y se adoptarían medidas frente a las posibles manifestaciones públicas. Pasado el aturdimiento de las autoridades y atendido el clamor de los amigos del Führer, el personaje sería dejado en libertad, mediante algunas condiciones. Quizás se hospedaría en el «Hotel Continental», entonces, y mientras tanto el cable difundiría la noticia por el mundo entero. Acaso, los tribunales que todavía andan juzgando a los criminales de guerra solicitarían por las vías ordinarias la extradición. Pero, he ahí el punto delicado: ¿la extradición sería concedida? Interrumpido frecuentemente por el periodista, el abogado logró hacer una exposición sobre el problema propiamente jurídico de la extradición y citó casos. Citó, por ejemplo, el caso de La Marca. Aunque no se cumplió en la práctica, la extradición pedida por el gobierno italiano fue concedida mediante un trámite rápido. Quiso citar nuevos ejemplos el jurisconsulto, pero el periodista le arrebató definitivamente la palabra y se enfrascó en una disquisición política y filosófica que en resumen fue el paralelo de dos épocas diferentísimas dentro de una misma década. Y, en conclusión, nadie molestaría a Hitler. Por el contrario.

Definitivamente en estos párrafos Toledo, que como noticia únicamente tiene un dato sobre la posible presencia fugaz de Hitler en un bar del hotel de Paipa, al no disponer de más información, y con la necesidad de alargar la nota para que ocupe un espacio importante en el periódico, se dedica a mezclar informaciones y a ironizar. Así lo hace con el tema de Eva Braun, cuya presunta muerte en submarino fue una versión lanzada por las notas anónimas publicadas por el diario *El Tiempo*, tal como se vio en un capítulo anterior de este libro. También juega intelectualmente, y especula al lanzar la pregunta de qué harían las autoridades si lograran apresar a Hitler. Digo «juega», ya que en la crónica deja de ocuparse de la noticia concreta, esto es, de aportar datos más certeros sobre la presencia de Hitler en el hotel de Paipa. Sin poder abonar el tema con más información sobre ese suceso, González Toledo continúa escribiendo del mismo modo:

Hace unos cuantos años, tal vez no más de tres o cuatro, un corresponsal anónimo, desde Curazao, envió una carta a la prensa bogotana, carta por medio de la cual denunció la presencia de Hitler en una hacienda de la Sabana de Bogotá, y describió el itinerario de la fuga del dictador alemán, con la entrada a América por la península de La Guajira. Algún tiempo más tarde, Pachón de la Torre, adobó una leyenda semejante en «Dominical», complementada con la posible existencia de un aeródromo secreto en la región de Sumapaz. Recortes de estas publicaciones, con el correr de los años, llegaron a manos de George McGrath, el cronista de «Police Gazette», y en manos del periodista norteamericano, de imaginación muy inferior a la de Pachón de la Torre o la del ignorado corresponsal de Curazao, tomaron el valor de «documentos». Y por ahí anda Hitler. Hace dos días se echó al cuerpo un jarro de cerveza en Palpa, el «Munich 1953», según la sospecha de los tranquilos huéspedes del hotel-balneario. Por ahí debe andar porque al fin y al cabo se inmortalizó más que ninguna otra entidad humana de este medio siglo, y al ocupar de nuevo las páginas de diarios y revistas su dura estampa volverá a surgir aquí y allá, donde quiera que haya personas dispuestas a matar el tiempo como George McGrath o como los veraneantes del hotel de Palpa[40].

En estos últimos párrafos, Toledo se encarga de denostar y ridiculizar toda la historia que le han contado, incluyendo los datos que le suministró el testigo que le asegura haber visto a Hitler en Paipa. El periodista no fue a investigar al hotel de ese pueblo. En ese entonces, de haber ido, podía haber hablado con el barman, que citó en su crónica, y con el gerente y personal del hotel, así como con otros eventuales testigos. Quizá, hablando con los pobladores del lugar, hubiera podido averiguar más sobre el personaje que los testigos aseguraban que era Hitler, a quien vieron en el bar del establecimiento hotelero. Pero como él no creía que el jefe nazi hubiera podido escapar de Europa, nada hizo para obtener mayor información. Por otra parte, la noticia cayó en el olvido.

Pasarían más de sesenta años, en el marco de la investigación realizada para este libro, para que el relato cobrara sentido y volviera a tener vigencia. Más de medio siglo después, llegué a Paipa y comencé a investigar, en el lugar citado en la crónica, aquello que hubiera sido ideal haberlo investigado en 1953, cuando los testigos estaban vivos. El paso inexorable del tiempo nos dejó sin la posibilidad de entrevistar a varios de ellos. Sin embargo, para sorpresa del autor y tal como lo veremos, algunos de ellos fueron encontrados en el año 2017 y, muy entrados en años, pudieron narrar detalles de sucesos que protagonizó Hitler en Colombia.

Más testimonios

En Bogotá me reuní con el escritor Edwin Umaña, quien me dijo que su abuelo aseguraba que Hitler fue homenajeado en Paipa por el presidente Laureano Gómez, quien le habría ofrecido al jerarca nazi un almuerzo en su honor.[41] El relato de Umaña me impacto. En principio, porque el sitio del presunto homenaje está a unos cuarenta kilómetros de Tunja, ciudad elegida por Hitler durante su visita a Colombia, según el documento de la CIA que hemos analizado anteriormente. Si el trayecto Tunja-Paipa se realiza en auto, dura solamente unos cuarenta minutos de viaje; aunque antes, en los años cincuenta, se tardaba más debido al pésimo estado de los caminos de esa zona. Así y todo, indudablemente se trata de una distancia muy corta, incluso como para ir y volver en el día, si fuera necesario. Además, hay que destacar que en ambas localidades ya en esos años había pistas de aterrizaje y que también las dos comunas estaban comunicadas por una línea férrea que, mediante una combinación en la estación de Sogamoso, permitía unir el trayecto que va desde Bogotá hasta Acerías Paz del Río. El tren era el mejor transporte para llegar al lugar, según lo que opinan los antiguos pobladores. Por un lado, tenía frecuencia diaria; por otro, el convoy estaba conformado por tres categorías de vagones: primera, segunda y tercera. La primera era muy exclusiva y solo viajaban en ella personas que pudieran costear el valor del pasaje para acceder a ese vagón lujoso. Obviamente, eran muy pocos quienes viajaban en esa «clase ejecutiva» durante esos años. Y si Hitler y sus camaradas hubiesen querido movilizarse entre Tunja y Paipa en tren, ese vagón era el adecuado, ya que aseguraba el mejor nivel de calidad de los servicios, seguridad y discreción. Queda claro entonces la cercanía entre ambas localidades, así como las facilidades para movilizarse vía terrestre, pudiendo además, si fuera necesario, salir de la zona en avión en cualquier dirección, especialmente con los vuelos militares que podían llegar a la zona. Se usaban para entonces aviones D-C 3 que, debido a su gran versatilidad, podían aterrizar en las pistas de tierra de Tunja y Paipa. En relación con esta posibilidad, de que Hitler haya estado en Paipa, este es el texto de la entrevista que el autor realizó a Edwin Umaña:

—¿Cómo se enteró de que Hitler habría estado en Paipa?

—Esa historia la contaba mi abuelo, él se llamaba Cristo Umaña, era un campesino, también era músico. Él viajó mucho por la zona de Boyacá, un departamento de Colombia, que además se caracteriza por ser muy conservador. En aquella época, en los años cuarenta más o menos, le toca irse de La Uvita, un pueblo muy importante de Boyacá, que además es un centro religioso a donde mucha gente va por la Virgen. Él se va de esa zona y le toca irse casi al otro extremo del departamento, a un pueblo que se llama San Mateo, que queda al lado de una serie de pueblos que eran muy famosos por su radicalismo conservador, sitio del presunto homenaje.

—¿Qué pueblos?

—Esos pueblos eran Boavita, Chulavita (una vereda de Boavita) y Moavita. A esos lugares iban los líderes conservadores de esos momentos, en los años cuarenta y cincuenta, justo en la época de La Violencia, cuando se enfrentaban los líderes liberales y conservadores, y ellos iban a llevar armas a la gente y de ahí ellos se llevaron muchos hombres para formar grupos paramilitares que se llamaban Los Pájaros, para exterminar a los liberales. Era una zona muy radical de pensamiento conservador. Esos líderes, especialmente Álvaro Gómez, que en esos momentos era hijo del presidente de la República, Laureano Gómez, en su época eran nazis. Tenían un periódico que se llamaba *El Siglo*, donde escribían a favor de los nazis, antes de que los Estados Unidos diera la orden de que ya no se podía hablar bien de los nazis.

—¿Cómo fue la historia de su abuelo?

—Mi abuelo, él era liberal, hablaba de que en la zona de Guayatá, tanto en Chiquinquirá como en esa zona de La Uvita, Moavita, San Mateo, etc., había fincas de gente nazi, decía que había nazis. Mi abuelo contaba que los jóvenes rubios de toda esa zona eran hijos de los nazis que habían llegado después de la terminación de la Segunda Guerra. Además, contaba una historia acerca de que Hitler no había muerto, claro, eso nadie lo creía, y que había ido a una zona de aguas termales que se llama Paipa. Una zona muy importante, muy famosa porque en la época prehispánica era el lugar donde iba el cacique a tomar sus baños medicinales…

—¿Era un relato que se contaba en la familia?

—Era una historia que yo desde chico escuchaba en la familia que tenía origen en lo que contaba mi abuelo, a quien no conocí, pero yo escuchaba esa versión que repetía mi tío, Eulises Umaña, quien había compartido mucho tiempo con mi abuelo.

—Entonces, ¿su abuelo aseguraba que Hitler había estado en Paipa?

—Él había dicho que Hitler había estado en ese lugar porque estaba muy enfermo y se había ido allá, a estos baños, y que en ese lugar, en la zona de Paipa, le habían hecho un homenaje a Hitler, del que participó Laureano Gómez, en ese momento presidente, su hijo Álvaro Gómez, y una cantidad de gente, todos conservadores.

—¿Cómo se enteró su abuelo?

—Como él viajaba, era un campesino que viajaba, se enteró porque le contaba la gente. Él decía que lo llamaban a trabajar a muchas fincas que eran de nazis. En una de esas, cuando estuvo por Paipa, le contaron que Hitler había estado por allí, en las aguas termales, y que le habían hecho un almuerzo al que había venido el presidente Gómez. A él se lo contó gente que trabajaba en la finca donde le hicieron el almuerzo-homenaje.

—Laureano Gómez estuvo efectivamente como presidente en el período 1950-1951, pero después se enfermó y dejó de ejercer el cargo, ¿puede ser que el homenaje haya sido realizado después, mientras estaba de licencia por enfermedad?

—Sí, no sé la fecha exacta, lo que pasa es que en esa época la gente le decía «presidente» a Laureano, aunque por su enfermedad no estaba gobernando directamente; al otro que lo reemplazaba, Urdaneta, le decían «el designado».

—Un documento de la CIA dice que Hitler estuvo en Tunja en 1954, ese año el presidente era Rojas Pinilla…

—Sí, una posibilidad respecto al homenaje de Laureano es que Hitler haya estado antes de ese año en Paipa y que Laureano, aún con licencia por enfermedad lo haya homenajeado.

—¿Por qué razón Gómez le haría un homenaje a Hitler?

—Laureano Gómez era admirador de Hitler. En Bogotá él organizó una «Noche de los Cristales» en 1938, siguiendo el ejemplo de Hitler. En realidad, Laureano fue el poder en la sombra, desde que los conservadores retomaron el poder en el año 1946.

—Esa admiración del gobierno de Laureano Gómez a Hitler y al nazismo ¿cambió con el golpe de Rojas Pinilla?

—No, ese golpe de Estado no fue tan golpe. A Rojas lo ponen en una alianza de conservadores disidentes y liberales. A Rojas Pinilla le ruegan que tome el gobierno. Rojas Pinilla también era admirador de los nazis, fue uno de los militares más sanguinarios mientras Laureano estuvo en el poder. Rojas Pinilla no era muy diferente de Laureano. Lo que pasó es que Laureano se volvió un déspota y se ganó enemigos en su propio partido y por eso a Rojas Pinilla le piden que tome el poder.

—Había muchos alemanes en la zona de Paipa…

—Mi tío contaba que había muchos extranjeros, en aquellos años, viviendo por allá y buscando el tesoro escondido por los nativos muiscas, consistente en oro y esmeraldas, según la leyenda de El Dorado, que nunca fue encontrado.

—¿Le creyeron a su abuelo el relato sobre Hitler en Paipa?

—Eran historias que él contaba con miedo. En esa época nadie le creía, a mi abuelo lo creyeron loco, incluso la abuela, cuando contaba eso, lo mandaba callar.

—¿Qué opina del relato de su abuelo?

—Pues a mí antes me parecía raro, descabellado, pero ahora con la información que apareció en los libros lo veo diferente, ya no lo veo como una locura del abuelo.

El «señor blanco»

El abuelo de Umaña no fue el único que le relató a sus hijos y nietos sobre la presencia de Hitler en Paipa. Hubo otros, de cultura y procedencia diferentes, que también dijeron lo mismo. Veamos, como ejemplo, una narración más similar a la anterior:

—A mí me lo contó hace 35 años mi abuelo, pero lamentablemente hace cuatro que él falleció — aseguró Georg Alexander von Gutzmann, un colombiano de ascendencia alemana que vive en Bogotá.[42] Según esta narración, los abuelos de Gutzmann viajaban periódicamente a Paipa, y allí se enteraron de que el jefe nazi había estado en esa localidad.

—¿Cómo se enteró su abuelo?

—Hablando con la gente del lugar, y también con el dueño del hotel.

—¿Qué hotel?

—La verdad no lo sé, allá hay varios, no recuerdo si mi abuelo me dijo el nombre del hotel donde estuvo Hitler, si me lo dijo lo olvidé, yo era chico en esa época.

Raphael Gutzmann, el abuelo, había llegado a Colombia de bebé, junto con sus padres en la segunda década del siglo XX. Se formó como ingeniero y en 1936 fue contratado por la Organisation Todt, fundada por Fritz Todt, un eminente ingeniero miembro del partido nazi, para construir un sector de la Muralla del Atlántico. Permaneció en Alemania hasta 1940, tras lo cual regresó a Colombia. Fue en esos años cuando vio y escuchó, como todo el pueblo alemán, los discursos de Hitler. Al regresar a Sudamérica, lógicamente siguió todos los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial, preocupado por los destinos de su nación. Luego, cuando Alemania se rindió en 1945, desconfió al escuchar la noticia que aseguraba que Hitler se había suicidado. Por otra parte, en Colombia más de una vez intercambió opiniones y datos sobre el tema, en las tertulias con sus compatriotas, cuando a veces circulaban informaciones que aseguraban que Hitler estaba vivo en Sudamérica y que inclusive había estado en territorio colombiano. En la comunidad nazi que vivía en Colombia, esa información — Hitler no solo había escapado, sino que había visitado el país — era un secreto a voces.

Por eso Gutzmann no se sorprendió tanto cuando en Paipa escuchó los relatos que circulaban sobre la presencia del jefe nazi, ocurrida tiempo atrás, en los famosos baños termales. En esa localidad, más de una persona le contó a Gutzmann sobre aquella persona mayor «de tez blanca, y ojos azules, muy elegante, de buenas maneras, al que se le dificultaba hablar correctamente el español». Al personaje en cuestión los lugareños le decían «Don Adolfo» o «el señor blanco», sin que mencionaran, por desconocerlo, el apellido de ese extranjero cuya presencia les llamó la atención.

Pero si quedaba alguna duda acerca de quién se trataba, esta se despejó cuando el dueño del hotel, donde se alojaba Gutzmann, sin ningún tipo de rodeos, le confesó que en realidad el «señor blanco» era Hitler, quien había concurrido a ese establecimiento para darse baños termales. El hotelero le aseguró que el jerarca nazi no permanecía en ese hotel, pero sí usaba su piscina de agua termal. De acuerdo con los relatos de los

pobladores de Paipa, recogidos por Gutzmann, Hitler se alojaba en una finca de la zona, donde también estaban viviendo «una señora y gente más joven que él». El jerarca nazi y sus acompañantes nunca intercambiaba palabra con los campesinos y «así, tal como vino de un día para otro, desapareció sin despedirse de nadie», le contaron a Gutzmann. Respecto al propietario de la casa donde se alojaba Hitler, se dice que el dueño desapareció de Paipa cuando llegó «don Adolfo» y que nunca más se lo volvió a ver. Cuando Hitler se fue de esa localidad, la vivienda donde había estado residiendo quedó deshabitada.

—Esto se supo por tradición oral, todos los abuelos de esa época de allá (de Paipa) ya no están, los que vivieron eso ya están muertos, yo se lo escuché al relato de mi abuelo pero nunca más volví a oír esa historia.

Él estima que la presencia de Hitler en Paipa fue cerca de 1950, según los relatos de su abuelo, pero admite que no sabe el año exacto cuando el jerarca nazi estuvo allí para utilizar las termas de ese lugar.

El baño termal de Hitler

Antes de avanzar un poco más, veamos algunas características del sitio donde Hitler habría sido homenajeado por López Pumarejo, según el relato de Umaña, y donde habría tomado baños termales, según la narración de Gutzmann. Paipa es un municipio situado en el centro-oriente de Colombia, en la provincia de Tundama, del departamento de Boyacá. El sitio, famoso por sus aguas termales, se encuentra sobre la denominada cordillera Oriental de Colombia, a 2525 metros sobre el nivel del mar, y tiene una temperatura promedio anual de trece grados centígrados.

Paipa es una localidad antigua, fundada por los colonizadores españoles en 1602, cuando descubrieron las fuentes de aguas termales, que tienen excelentes propiedades terapéuticas. Un recurso acuífero geotérmico que, con fines medicinales, era utilizado desde antes de la llegada del hombre blanco por los nativos de la región. Durante el siglo pasado, los estudios científicos realizados confirmaron diversas propiedades curativas de las aguas termales de Paipa, las que comenzaron a ser explotadas, con una estructura muy precaria, a partir de 1938. Con el transcurso del tiempo se fue modernizando la infraestructura de alojamiento y de piscinas, se mejoraron los caminos

y se instaló el aeropuerto. La mayor cantidad de mejoras de la infraestructura en esa zona fue impulsada en los años cincuenta por el entonces presidente Rojas Pinilla.

Paipa, por sus características — en particular los datos sobre altura y clima, similares también a los de Tunja—, representaba un lugar ideal para que Hitler se sintiera cómodo. Esto porque el jefe nazi, por cuestiones de salud, prefería el clima fresco de la montaña, que era el que mejor le sentaba y no el del llano, más caluroso y sofocante. Ahora bien, ¿es posible que Hitler fuera a Paipa para darse baños termales? Si su visita ocurrió en los años cincuenta, era un sexagenario (había nacido el 20 de abril de 1889), con diferentes problemas de salud, sobre los que no nos explayaremos aquí — hay profusa bibliografía acerca de las dolencias que aquejaban al jefe nazi—, y con los achaques propios de la edad. Siguiendo esta lógica, quizá tentado por la fama curativa de las aguas termales de las que le habrían contado los nazis que vivían en Colombia, podría haberse traslado hasta allí para darse baños curativos. Pero, más allá de que realmente esa terapia le pudiera resultar beneficiosa, se debería investigar si a él, tan quisquilloso como era, le gustaría darse un baño termal. ¿Se sentiría atraído por esa posibilidad o era una práctica que rechazaba de plano, con esa tajante oposición que manifestaba cuando algo no era de su agrado? Las respuestas a esas preguntas las encontramos en su propio pasado ya que Hitler, desde muchos años antes de convertirse en Führer, gustaba de ese tipo de baños en la Selva Negra, en Alemania. Berchtesgaden, el área donde se ubicó el Nido del Águila, la residencia de montaña de Hitler, también era una zona termal, destacándose hasta hoy los complejos Watzmann Therme, en Berchtesgaden, y Rupertus Therme, en Bad Reichenhal. Es más, el Führer era un admirador de los baños termales que se habían construido en el Imperio Romano y, por esta razón, le había pedido al arquitecto Casar Pinnau el diseño de un complejo de termas, junto a un conjunto de edificios, en el eje norte-sur de Berlín.[43] Estas iniciativas como otras tantas, por el avance de la guerra, nunca se llegaron a concretar.

Y si buscamos antecedentes de posguerra, relacionados al mismo tema, en Argentina, Hitler vistió en 1949 a la familia Eichhorn, amigos personales y financistas del partido nazi, dueños del hotel El Edén, que tenía piscinas termales.[44] También en el mismo país el jerarca nazi disponía de un sector exclusivo en el hotel Viena, un *spa* ubicado en la provincia mediterránea de Córdoba, donde los huéspedes realizaban baños de fango. Resulta entonces plausible que el jerarca nazi haya hecho uso de los baños termales de Paipa, máxime si le habían dicho que allí podría aliviar algunas de sus dolencias.

Restaría saber si Hitler se alojó en esa comuna, y de ser así, ¿dónde lo hizo? ¿Viviría en una finca con otras personas, tal como lo contó el abuelo de Gutzmann? ¿Cuánto

tiempo estuvo allí? ¿Fue más de una vez? ¿Quién o quiénes lo acompañaban a las termas? ¿No habrá fotos de Hitler allí? ¿Quedarán testigos vivos de esa visita?

Un dato incierto es en qué fecha exacta estuvo Hitler en Paipa, ya que en los dos relatos mencionados no se da esa precisión, se habla genéricamente de los años cincuenta. Pero en la narración del abuelo Umaña se asegura que Hitler fue homenajeado en ese pueblo, por el presidente Laureano Gómez, quien habría ofrecido un almuerzo en su honor, dato que permite precisar por lo menos un período aproximado durante el cual se puede haber producido ese hecho. Gómez fue presidente colombiano desde agosto de 1950 hasta junio de 1953, cuando fue depuesto por el golpe de Estado del general Gustavo Rojas Pinilla. Parte de ese periodo, desde noviembre de 1951, no estuvo en funciones debido a problemas de salud, actuando en su lugar Roberto Urdaneta Arbeláez, quien lo reemplazó en su carácter de Designado Presidencial.[45] Más allá de esta situación, la gente continuó llamando presidente a Gómez durante el periodo que estuvo con licencia por enfermedad. Por ende, el homenaje a Hitler debería haber ocurrido entre agosto de 1950 y junio de 1953, y se podría especular que, de realmente haber ocurrido, fue más hacia esta segunda fecha, ya que es cuando más se había recuperado de sus problemas de salud, inclusive al punto que intentó volver a ejercer la presidencia, alertado de un posible intento sedicioso, tal como se vio en el tercer capítulo de este libro, sin lograr neutralizar el peligro que se avecinaba. Tras ser depuesto, fue expulsado del país y obligado a vivir en el exilio, razón por lo cual habría que descartar todo encuentro de él con Hitler en Colombia, tras la fecha de la revolución encabezada por Rojas Pinilla. En 1953 Hitler estaba en Argentina donde mantuvo reuniones con Ante Pavelic, el líder de la Croacia nazi, que había encontrado refugio en ese país, al amparo del presidente Juan Domingo Perón.[46] Así que si efectivamente el jerarca nazi estuvo una parte del año en Argentina, debe haber viajado a Colombia antes de que cayera Laureano Gómez, pues este le hizo un homenaje. Si el presidente colombiano fue depuesto en junio de 1953, entonces Hitler debió haber llegado antes de esa fecha. Lo que no sabemos es si, tras ese encuentro con Gómez, el jefe nazi se quedó en Colombia, lo que es posible, ya que los primeros informes de la CIA, relacionados a su presencia, datan de principios de 1954. Entonces es posible que Hitler, en esa oportunidad, haya permanecido más de un año y medio en Colombia porque los informes de la central de inteligencia estadounidense dicen que habría partido a fines de ese año, o principios de 1955. Restaría saber cuál era el hotel donde se podría haber alojado Hitler, si el jefe nazi optó en algún momento por ese tipo de alojamiento.

El empresario Carlos Julio Duarte, que administra un hotel en Paipa, cree que Hitler estuvo en Colombia[47] No es que se lo hayan contado, sino que él mismo lo vio en Bogotá, tal como lo veremos más adelante. Si bien da fe de la presencia del Führer en la

capital de Colombia, no sabe si el jefe nazi estuvo en Paipa, cree que es posible pero no tiene pruebas para demostrarlo. «Si Hitler estuvo en Paipa, si estuvo en un hotel, lo más seguro es que estuvo en el Termales, era lo más selecto. Fue un hotel interesantísimo por motivos, más que todo, de sus aguas termominerales», explicó. También dijo que «el hotel Termales era muy famoso, se hacían grandes fiestas y las reuniones sociales eran importantísimas».[48] Además contó que el mencionado establecimiento hotelero era el único de Paipa que tenía un bar. Este es un dato interesante si tenemos en cuenta que, según la nota de *El Espectador*, el jefe nazi fue visto tomando cerveza, en la barra de un bar.

El hotel Termales fue construido por el Estado en 1939 — alcanzó su apogeo en los años cincuenta con la visita de gran cantidad de extranjeros—, y uno de sus concesionarios fue Vicente Edes, el mismo que administró Residencias Coloniales, el hotel de Tunja donde estuvo Hitler, según los documentos de la CIA que se han visto antes. ¿Una casualidad? El autor recorrió las instalaciones del antiguo Termales que, salvo algunas ampliaciones, se encuentran igual que en la época en la que Hitler habría estado allí.[49] Hoy se puede apreciar el gran edificio, su gran pileta termal, sus jardines y su amplia terraza. También el bar donde el jerarca nazi habría tomado una cerveza. En aquellos años, el Termales tenía 42 habitaciones — tres *suites* presidenciales, una por cada piso— y una amplia terraza. La ornamentación, vajilla y muebles eran de primera categoría. Por ejemplo, se ha conservado un antiguo piano labrado, de colección, que estaba en el salón principal del hotel, enviado desde Alemania. Hitler practicaba piano y componía desde su juventud. ¿Habrá tocado alguna pieza en ese instrumento?

Respecto a la jerarquía del Termales, se puede citar como ejemplo su afamada gastronomía. Al respecto, Duarte contó que en ese establecimiento se desempeñó el chef italiano José Donandona, quien antes había servido al *Sha* de Persia, según explicó.[50] Recordó que en ese entonces «al hotel Termales llegaba mucha gente de la Segunda Guerra Mundial». También lo afirmaba el exbotones, Luis Molano, quien, al referirse a los visitantes europeos, decía que «desde el frente de guerra venían al hotel». Molano se quejaba de que esa gente le dejara la propina en moneda extranjera ya que, al igual que los otros empleados que recibían alguna gratificación por parte de los pasajeros, en Paipa no tenía donde cambiar esos valores por pesos colombianos. Otro detalle: frente al hotel, cruzando la calle, se puede observar la pista de aterrizaje de Paipa, inusual en esos años para un pueblo tan pequeño. Pero efectivamente desde esa época los visitantes, turistas o no, podían llegar en avión. Al arribar solamente tenían que caminar unos pocos metros para ingresar al Termales.

Ahora bien, se ha dicho que, al terminar el conflicto bélico, veteranos de guerra alemanes llegaban a Paipa. Podía ser que ellos conocieran que existía un país que se

llamaba Colombia, pero ¿Paipa?, un pueblo pequeño perdido en el centro del país sudamericano. ¿Qué motivaciones habría para que quienes habían sido ciudadanos del Tercer Reich llegaran allí para hospedarse en ese hotel? ¿Cómo se enteraron de su existencia en un sitio tan remoto? ¿Tanto había trascendido las bondades de las aguas termales… o se había convertido en un seguro y reconfortante punto de encuentro de los nazis fugitivos que deambulaban por el mundo?

Si bien inicialmente para esta investigación contaba únicamente con los documentos de la CIA, más una foto que quedó en manos de esa central de inteligencia, la aparición de los testimonios antes mencionados fortaleció la posibilidad de que efectivamente Hitler haya estado en Colombia en los años cincuenta. Por otra parte, se comenzaba a visualizar, en la medida que obtenía más datos, una organización, una estructura nazi, con el centro intelectual ubicado en Tunja, con el profesor Julius Sieber como cabeza. Pero todavía, con el camino a medio recorrer, no habían terminado de salir todas las sorpresas encerradas hasta ese momento en la caja de Pandora. Faltaban algunas que se contarán en el próximo capítulo. La hipótesis de que Hitler había estado en Colombia comenzaba tener sentido.

Capítulo XII

Hitler en Colombia

Se hacía llamar Don Eduardo, pero todos sabíamos que era Hitler.

ANA BEATRIZ AGUACIA, Bogotá 2017

Los testigos colombianos

Según los resultados obtenidos en la investigación que se presenta en este libro, especialmente los testimonios que a continuación pasaremos a contar, se puede afirmar que Adolf Hitler estuvo en Colombia después de haber escapado de Alemania. Respecto a su presencia en Tunja, esta se encuentra detallada en los documentos de la CIA que vimos precedentemente. Pero, además de ir allí, ¿visitó otras localidades? ¿En qué año? ¿Cuánto tiempo? ¿Estuvo en Colombia en más de una oportunidad? ¿Y qué hizo? ¿Con quién o quiénes se reunió? ¿Quedan testigos vivos que puedan confirmar su presencia en territorio colombiano? Estamos tratando de contestar estos interrogantes presentando documentos, fotos (como la que analizamos de la CIA), testimonios y testigos cuyos impactantes relatos veremos más adelante. Se trata de piezas nuevas de un apasionante rompecabezas que intentamos armar más de medio siglo después de ocurridos estos acontecimientos. Por supuesto que el tiempo transcurrido es una gran limitante, al que se suma el silencio del Estado, que no ha liberado la documentación oficial existente acerca de estos sucesos. De acuerdo con este intento de reconstrucción histórica, en primera instancia se podría afirmar que Hitler durante su estadía en Colombia mantuvo reuniones y visitó diferentes lugares, como por ejemplo Tunja y las aguas termales de Paipa, estas últimas para tratar su salud. También recorrió el país sudamericano, del que había escuchado hablar en Europa, para conocer esos sitios sobre los cuales tanto le contaron cuando todavía era el Führer del Tercer Reich. Además, para reencontrarse con antiguos camaradas que también hallaron refugio seguro tras cruzar el Atlántico.

Por esta razón, es posible que él haya estado en algunos de los lugares donde, después de la guerra, se radicaron los nazis, como Villa de Leyva o parajes poco conocidos como La Belleza, un pequeño pueblo de Santander, donde los alemanes que llegaron construyeron sus casas y vivieron alejados del mundo. La vereda en la que se radicaron allí se llamaba Berlín, igual que el pico de la montaña más alta de la zona que

en forma imponente se recorta en el azul del cielo.[1] En este caso, se sabe que «estas nuevas familias alemanas, que se establecieron alrededor de 1950 por una época corta en los sitios conocidos como "Alemania" y "El Caracol", entraron poco en contacto con los originales habitantes de La Belleza».[2]

¿Por qué razón estos extranjeros eligieron un sitio tan distante y bastante inaccesible para vivir? ¿Cuál era el pasado de esta gente? ¿Quiénes eran? El doctor Pedro Marín, autor de un libro sobre La Belleza, dice que de ese grupo de germanos los pobladores recuerdan al doctor cirujano Theodora Mellinger, que ejerció la medicina con los oriundos del lugar, y otro muy emprendedor de apellido Freizer (aunque esta pronunciación podría ser una deformación de Presse).[3]

Como en otros sitios de Colombia, la presencia de estos hombres rubios y de ojos azules llamó mucho la atención entre los lugareños, y la aislada vida de estos extranjeros, retraídos y con costumbres muy diferentes, produjeron sentimientos encontrados entre sus vecinos colombianos: «No solo sus costumbres del vestirse — pantalones cortos de gamuza — y del cocinar, sino también sus habilidades técnicas consideraban los Bellezanos […] tan extrañas como perfectas. Un gran aserrío mecánico y una casaquinta construidos por los nuevos habitantes hicieron surgir un tejido de mitos y leyendas que muy probablemente todavía hoy en día se dejarían rescatar y recopilar».[4]

Lo que ocurrió en La Belleza, la llegada inesperada de un grupo de alemanes, es un ejemplo que se repitió en varios parajes de diferentes partes del país. Los nazis que ingresaron a Colombia fueron miles, no sabemos exactamente cuántos, y se diseminaron por distintas áreas, desde parajes rurales hasta sitios urbanos. Ellos se ubicaron en Bogotá, Santander, Antioquía, Boyacá, Valle del Cauca y Pasto. También en Nariño y en Barranquilla, donde había una importante colonia germana desde antes de la guerra, entre otras localidades. He recibido datos de la llegada de nazis en los pequeños pueblos de Gachalá, Ubalá y Guateque, donde ya había alemanes que arribaron a Colombia después de la Primera Guerra Mundial. También en Samacá, cerca de Tunja, donde los germanos administraban una fábrica de textiles. Me llegó información sobre un grupo de nazis que se radicaron en el municipio de Roncesvalles, Tolima, en una zona donde no existían carreteras, entre otros lugares como Choachí y Junín en Cundinamarca. También Garagoa, Saboya y Macanal, Boyacá. Las historias de nazis relacionados con los lugares antes nombrados provienen en su mayoría de lectores que en forma espontánea quisieron colaborar con esta investigación. Este cúmulo de información deja entrever que un gran contingente de fugitivos nazis arribó a Colombia y que se distribuyó por todo el territorio nacional, desde las grandes

ciudades hasta sitios muy alejados y de difícil acceso, para vivir tranquilos hasta el fin de sus días.

Hasta en un convento

Respecto a los lugares donde los nazis buscaron refugio, hay un dato muy llamativo que merecería una investigación más profunda — acá inicialmente se menciona el tema — y la correspondiente explicación de las autoridades eclesiales, ya que involucra una institución católica. En el Convento de La Candelaria, de Ráquira, Boyacá, entre antiguas armas españolas, que se exhiben en anaqueles colgados de las paredes, se observan dagas nazis auténticas y una bayoneta también perteneciente al ejército de Hitler.[5] ¿Quiénes depositaron esas armas allí que, al menos al momento en que se realizó esta investigación en 2017, pueden ser vistas por los fieles que llegan al lugar? ¿Quién las recibió? ¿Quién decidió exhibirlas? Las versiones recogidas por el autor dan cuenta de que algunos nazis donaron esas armas cuando decidieron ingresar al mencionado convento para convertirse en monjes.[6] Las autoridades eclesiales son reticentes a revelar los nombres de quienes optaron por cambiar el uniforme nazi por los hábitos, ya que aducen que se trata de «datos reservados» de la Iglesia. «No tenemos ninguna información que dar» fue la respuesta que recibió uno de mis colaboradores en el convento de Ráquira por parte de un sacerdote cuando quiso indagar. ¿Ingresaron allí nazis buscados por la justicia para quedar así protegidos en un lugar donde nadie los ¡ría a buscar? Esta modalidad, utilizada para pasar desapercibidos, ¿se repitió en otros conventos colombianos? Este caso recuerda la famosa Ruta de los Conventos, en Europa, denominación con la que se nombró el camino subrepticio de escape que, tal como vimos en el cuarto capítulo, permitió huir a los nazis de Alemania, tras la derrota y caída del Tercer Reich. En ese caso, utilizaban como refugios temporarios monasterios u otras instalaciones religiosas, mientras los fugitivos avanzaban en un derrotero secreto que al final del recorrido le permitía llegar a puertos, españoles o italianos, donde embarcaban hacia Sudamérica. También sabemos que muchos nazis durante su fuga recurrieron al uso de la sotana, y a una identidad falsa como sacerdotes, para despistar a eventuales perseguidores. El uso de los hábitos para evitar ser identificados incluye al jerarca Martin Bermann, en parte de su periplo por Sudamérica y al mismísimo Adolf Hitler, cuando por unas semanas permaneció oculto en un monasterio en España, poco tiempo antes de embarcar en un submarino de gran autonomía que le permitiría cruzar el Atlántico, mientras los nazis le decían al mundo que el Führer se había suicidado.[7]

Hitler en El Castillo

Con este panorama de los nazis en la nación sudamericana, y tras haberse contado sobre la visita que hizo Hitler en Tunja, vamos a avanzar un poco más en la búsqueda de testigos que puedan brindar su testimonio acerca de la presencia del máximo jefe del nacionalsocialismo en otros sitios de Colombia.

Según un relato que recogí, Hitler visitó El Castillo, nombre popular que los pobladores dieron a una gran residencia perteneciente al general Jorge Martínez Landínez, ubicada en el municipio de Sesquilé, en Cundinamarca. El nombre del inmueble es El Cerezo. «Mi papá, José Manuel Sarmiento, me contó una vez que él vio fotos de Hitler que se tomó allí en El Castillo, una vez que [Hitler] estuvo de visita en ese lugar», contó Andrés Sarmiento, al referirse a la presencia del excanciller alemán en esa propiedad, después de la guerra.[8] El relato de Sarmiento, surgió en un contexto familiar porque él es sobrino de la esposa de Luis Martínez, hijo del famoso militar de piel morena, que admiraba a los nazis. Recordemos que el general Jorge Martínez Landínez, héroe de la guerra de los Mil Días, de joven había cultivado un sentimiento antinorteamericano, especialmente por haber perdido Colombia el canal de Panamá, como consecuencia de un plan urdido en los Estados Unidos, tal como se vio en el primer capítulo de este libro.[9] También, y esto es aún más importante, el general participó de la misión militar colombiana a la Alemania nazi en 1936, donde estableció contactos y relaciones con varios integrantes del Tercer Reich.

Vimos al comienzo de este libro el impacto que le provocó lo que vio en Alemania, especialmente los grandes actos políticos y las fastuosas paradas militares. Con inocultable admiración, luego recomendó a sus superiores copiar el estilo de formación militar de las escuelas y academias militares alemanas. Más allá de estas exteriorizaciones, es cierto que con razonable criterio y discreción, posiblemente porque Colombia se había acercado a los aliados, nunca se pronunció abiertamente a favor de la ideología nazi, aunque tampoco hizo lo contrario. Lo cierto es que los contactos que se generaron entre militares alemanes y colombianos durante esos años se mantuvieron durante y después de la guerra.

Si se establecieron relaciones amistosas entre militares alemanes y colombianos resulta lógico creer que al terminar el conflicto los germanos que escapaban de Europa fueran recibidos con los brazos abiertos por sus camaradas sudamericanos, ahora orgullosos de poder brindarles ayuda. Con estos antecedentes, parece creíble que Hitler visitara al general Martínez Landínez, cuando el jerarca nazi estuvo en Colombia aunque, al momento de ser escrito este libro, solamente contamos con el relato de Sarmiento. Claro que no es un detalle menor el hecho de que el testimonio se origine en

la misma familia del general Martínez Landínez en el momento en que el veterano militar colombiano le mostró al padre de Andrés la foto de Hitler en su propiedad El Castillo cuyos planos de construcción fueron traídos de Alemania.

Sopó y los fascistas

Hay varios relatos como el anterior que, debido a la tradición oral, se repiten y se refieren a la presencia de Hitler en Colombia. Por ejemplo, Julio César Peña Ayala contó que su padrino, Emiliano Ardila, hace varios años le dijo que el jefe nazi había estado viviendo en una finca ubicada en Sopó, un municipio del departamento de Cundinamarca, ubicado al norte de Bogotá. Peña Ayala relató:

Llegué a vivir a Bogotá en el año 1986. Una vez hicimos un paseo a las afueras de la ciudad, a un pueblo que se llama Sopó, y cuya característica es que se parece mucho a los Alpes suizos en verano. Queda a veinte minutos de Bogotá… Hubo un hecho que recuerdo con claridad: pasamos por una finca con muros de barro y ladrillos muy grandes, algo que no era usual para el paisaje. Y mi padrino, un hombre muy estudiado, me contó que en ese lugar estuvo hospedado Hitler.[10]

Peña Ayala quedó impactado por ese dato, especialmente porque Ardila era un hombre muy serio e instruido, según me aseguró. Por esta razón, nunca se le hubiera ocurrido que precisamente de la boca de su padrino escucharía una versión que contradecía la tradicional, aquella que aseguraba que Hitler se había suicidado en el búnker de Berlín, en 1945. Pero su padrino no solo le estaba diciendo que el jefe nazi había escapado, sino que además le aseguraba que había visitado dicha finca.

Que la gente, con base en la tradición oral, narre con naturalidad estas historias acerca de Hitler no es común en otros países, y obviamente que resulta muy llamativo que en Colombia se mencione que Hitler visitaba tal o cual lugar, sin ni siquiera tenerse en cuenta la versión del supuesto suicidio del líder nazi en el búnker de Berlín. Esos pequeños relatos en realidad están relacionados, a veces sin que lo sepan quienes los cuentan, a un contexto más amplio, a una historia diferente nunca escrita, a una realidad oculta que aflora al entrar en contacto con los ancianos de algunos pueblos, como por ejemplo Tunja y Paipa, donde efectivamente estuvo el jefe del nazismo. Este relato popular de la presencia de Hitler en Sopó, ¿es un eco que, rebotando en transcurso del tiempo, de generación en generación, transmite un hecho que realmente ocurrió?

Si se estudia el pasado, se puede comprobar que Sopó no fue una excepción respecto a la existencia de organizaciones de ultraderecha en Colombia, antes de que comenzara la Segunda Guerra Mundial. En ese sentido, sabemos que por el accionar de españoles radicados en la región, en lo años treinta allí funcionaba el denominado Centro Derechista, mientras la Guerra Civil se abatía sobre España, culminando en 1939 con la victoria de Francisco Franco, quien fuera apoyado por los nazis y por el fascismo italiano.[11] Este tipo de organizaciones falangistas se propagaron por casi todas las comunidades españolas de Colombia.[12] Dichos movimientos políticos, alimentados por el franquismo, fueron funcionales a los nazis: «La verdad es que tanto a italianos como japoneses, y sobre todo a los alemanes, las actividades de organizaciones españolas falangistas les eran muy útiles; ya en 1936 Hermann Goering había dicho que España era la llave de dos continentes y el secretario de Estado norteamericano se había expresado en el mismo sentido al afirmar que la Falange "era la punta de lanza de Hitler"».[13]

Sabemos que en Sopó en los años treinta habían germinado las ideas de la ultraderecha española, soporte ideológico que se había esparcido en varias localidades de Colombia, que varios años después dieron refugio a los nazis.

«*Hitler se puso un bigote postizo*»

Si en esta investigación hemos pasado de una sorpresa a otra descubriendo aspectos inéditos de la historia. Vamos a analizar ahora dos testimonios directos que aseguran que Hitler estuvo en Colombia. Al momento de publicarse este libro, ambas personas viven y son respetables colombianos que no dudan en afirmar que quien estuvo frente a sus ojos era el máximo jerarca nazi. Uno de ellos es el empresario Carlos Julio Duarte, citado en el capítulo once por sus conocimientos sobre la historia de Paipa, donde estuvo Hitler, según hemos visto antes. Duarte es un testigo relevante de esta investigación, ya que asegura haber visto al jefe nazi en Bogotá en los años cincuenta. Lo más interesante de su relato es que dice que en esa oportunidad Hitler usó un bigote postizo para participar de una reunión en la que Duarte, siendo muy joven, estuvo presente cumpliendo su trabajo de barman. A este respecto, asegura que él vio entrar a Hitler a un baño, en el edificio donde se hizo dicho encuentro, sin bigote, para luego salir pero con el clásico mostacho que utilizaba en Alemania. Luego, con ese bigote postizo, entró al recinto, donde lo esperaba un pequeño grupo de nazis. En esa sala fue saludado con honores, con el brazo en alto, y con fuertes gritos, ¡Heil Hitler!, emitidos por sus exultantes fanáticos, como si estuviera en el Tercer Reich.

Duarte, octogenario al momento de ser entrevistado, nació en Tunja, pero de pequeño vivió, junto con su familia, en Sativanorte, un municipio situado en la provincia del Norte, en el departamento de Boyacá. Luego los Duarte se mudaron a Tunja y posteriormente a Paipa, donde de pequeño ayudó a su madre con las tareas que ella realizaba en un restaurante del complejo de las piscinas municipales, cuyo concesionario era Antonio «el Che» Solórzano. Cerca de allí funcionaba el hotel Termales, el que fue visitado por el jerarca nazi, tal como lo vimos anteriormente. Luego, como Solórzano desarrollaba actividades comerciales en Duitama, un municipio ubicado en la región del Alto Chicamocha, departamento de Boyacá, toda la familia se mudó a esa localidad para trabajar allí.

En los años de La Violencia, la familia debió salir de Duitama, en ese entonces se temía que mataran a Solórzano por su extracción liberal, y algunos de los miembros del grupo se fueron a vivir a Tunja, mientras que otros se radicaron en Bogotá. La madre de Duarte se fue a trabajar a la pensión San José, ubicada en pleno centro de la capital de Colombia, que en ese entonces era propiedad del magistrado Indalecio Rodríguez, oriundo de Paipa. «Yo le ayudaba a mi mamá en los quehaceres en la pensión», señaló Duarte y recordó que ese alojamiento estaba ubicado en la calle 12, entre carreras 5 y 6, costado norte.

Esta historia comienza a tener un marco referencial importante debido a un suceso llamativo, que no puede pasar desapercibido: Rodríguez le vendió la pensión a Julius Sieber, el rector de la universidad de Tunja, amigo de Adolfo Hitler, vínculo sobre el que hemos hablado en el capítulo anterior de este libro. «Indalecio Rodríguez termina entregándole la pensión al señor Julius Sieber. Él [Sieber] compró la pensión San José. Era el fundador de la Normal de Tunja, era un hombre muy conocido en Boyacá, muy famoso», señaló. Recordemos que Sieber después de que terminó la Segunda Guerra Mundial y tras estar dos años detenido por los aliados, ingresó a Colombia; en 1951 fue nombrado rector de la Escuela Normal Universitaria y luego, en 1953, fue designado por Rojas Pinilla como el primer rector de la Universidad Pedagógica de Colombia. El reconocido profesor conoció a Hitler en Alemania y resulta lógico que cuando el Führer estuvo en Tunja se reuniera con el afamado rector de la universidad. Otro dato interesante a tener en cuenta es que el día del Bogotazo, 9 de abril de 1948, la pensión San José pareció gozar de inmunidad ante los ataques de edificios céntricos, a pesar de estar solamente a una cuadra de donde mataron al líder popular Eliécer Gaitán. Durante esa jornada, grupos organizados de atacantes, con bidones llenos de combustible, salieron con el objetivo de incendiar los edificios de esa área, al parecer en forma muy planificada.[14] Pero si bien en ese sector fueron quemados y destrozados otros inmuebles, los atacantes pasaron por alto la pensión San José, que no sufrió daños.[15]

Duarte asegura que, luego de haber estado allí Sieber, ese hospedaje lo administró otro alemán que se llamaba Arturo Tide. El mencionado extranjero había combatido en la Segunda Guerra Mundial en las filas alemanas y «de un día para otro apareció en Duitama», donde fue propietario de un alojamiento al que le puso su mismo nombre: Hotel Tide. Después de algún tiempo, estamos hablando de finales de los años cuarenta, Tide dejó su actividad hotelera en dicha localidad y se trasladó a la capital de Colombia. «No sé qué pasó, pero él [Tide] se fue de Duitama y después tomó la pensión en reemplazo de Julius Sieber, no sé si fue una negociación entre ellos o qué pasó, pero Tide se hizo cargo de la administración de la pensión San José», explicó Duarte.

Este recuerda al alemán como «un hombre fornido, alto y grande, almorzaba solo, siempre sentado en el mismo sitio, no se le conocía familia». Y sobre la labor que cumplía en ese lugar dice: «Yo tenía unos trece años en ese entonces. En esa pensión se alojaban los pilotos de Avianca, y las cabineras (azafatas) también, con sus vestidos, falditas, color azulito». Para ir cerrando el círculo de esta historia relacionada con la presencia de Hitler en Bogotá, cabe señalar que en esos años Duarte trabajaba en la pensión San José y atendía el bar donde, según cuenta, se reunían un puñado de alemanes, aunque nunca supo quiénes eran. Al respecto, explicó que Tide organizaba reuniones con extranjeros, al parecer todos germanos, con cierta periodicidad, que se volvieron casi rutinarias. Pero lo que ocurrió una noche le llamó mucho la atención, y a medida que fue creciendo cobró cada vez mayor conciencia de la importancia del suceso excepcional que le tocó presenciar en ese lugar, cuando era adolescente. Durante la entrevista, que a continuación se publica, Duarte respondió con emotividad y convicción sobre recuerdos que lo marcaron fuertemente, ya que asegura que en la pensión San José, en los años cincuenta, Hitler se reunió con los alemanes, que habitualmente se encontraban en el bar del citado hospedaje.

—¿Qué tareas hacía usted en el hotel?

—Yo ayudaba, limpiaba, hacía mandados y a veces atendía un pequeño bar, donde Tide hacía sus reuniones.

—¿Quiénes participaban de esos encuentros?

—Ahí Tide organizaba reuniones esporádicas con extranjeros, no puedo asegurar que todos fueran alemanes, que eran muy amenas.

—¿Eran siempre las mismas personas?

—Creo que generalmente sí, pero hubo una reunión que fue diferente. El señor Tide en alguna oportunidad hizo una que a mí me llamó la atención, aunque por la edad que yo tenía todavía no estaba muy vinculado con la historia.

—¿Cuántas personas eran en esa oportunidad?

—En esa reunión podríamos estar hablando aproximadamente de ocho a diez personas. Se hizo una mesa para ellos, yo atendía el bar en ese entonces. Yo los atendí y les serví *whisky* con sus hielitos, el *whisky* que teníamos era Johnny Walker, Sello Rojo, y eso era lo que ellos tomaban.

—¿Y qué le llamó la atención?

—Que llegó un hombre que nunca había venido antes, que no tenía bigote, y yo lo vi entrar al baño, y cuando salió tenía el mostacho de Hitler.

—¿Ese hombre entró solo al baño?

—Sí, entró solo, y después fue a la sala del bar donde estaban los alemanes reunidos.

—¿Usted pudo observar esto?

—Sí, vi todo. No entré al baño, pero lo vi cuando ingresó y salió de allí y fue al bar.

—¿Y qué pasó?

—Cuando entró [al bar] todos se pusieron de pie y empezaron a hacer el saludo nazi, y gritaban el famoso ¡Heil Hitler!

—Pero ¿eso era una parodia?, ¿como una broma?

—No, no… era todo muy serio, los alemanes lo saludaban gritando, y él permanecía de pie, erguido, en silencio, como asintiendo con la cabeza, hasta que se sentó, y empezó la reunión.

—¿Y usted qué hizo?

—Lo de siempre, puse los vasos en la mesa, con la botella de *whisky* y los hielitos. Eso para mí, por mi edad, pasó como una reunión normal, pero tiempo después, me llamaron la atención las fotos que ví de Hitler… ¿Por qué? Porque me di cuenta de que yo ví a ese señor en esa reunión en Bogotá.

—¿Qué recuerda de él?

—Que era igual a Hitler, vestía de saco, normal. Los rasgos eran iguales, también la estatura, no era muy alto, calculo que un metro setenta. También la forma del pelo, estaba digamos como corrido hacia un lado, la frente… Para mí era Hitler, era él.

—¿Era un hombre de qué edad?

—Estaba por más de los cincuenta…

—¿Y qué pasó luego?

—Después de los saludos la reunión siguió. Eran como las diez de la noche. Se quedaron ahí charlando en su idioma, pero no recuerdo otra cosa más.

—¿Estaba Tide en esa reunión?

—Sí, porque él era el anfitrión.

—¿Usted sabe el nombre de alguna otra persona que estaba en esa reunión?

—No, tampoco puedo confirmar si todos eran alemanes.

—¿Había más gente en esa sala?

—No, solo el grupo de ellos.

—¿Recuerda cómo se fue esa persona?

—No, no lo recuerdo.

—¿Este hombre volvió a la pensión?

—No, yo lo vi solo una vez.

—¿En qué año fue?

—Esto fue en los años cincuenta, tiene que haber sido en el cincuenta y uno o en el cincuenta y dos.

—¿Qué pasó luego con Tide y con el hotel?

—Yo al poco tiempo me fui para Boyacá, y después me enrolé en el ejército. De Tide no supe qué pasó. El hotel lo vendieron, en el lugar donde estaba hay ahora un edificio de parqueaderos.

—¿Usted está seguro de que esa persona era Hitler?

—Sí, no era solo por el bigotito, era su porte, la forma en que lo trataban, como lo saludaban… ¡le juro que esa persona era Hitler![16]

Si bien inicialmente el relato de Duarte suena un poco extraño, al ser analizado puede traer un poco de luz sobre el tema del famoso bigotito de Hitler. Durante mis más de veinte años de investigación sobre el exilio del jefe nazi en Sudamérica, pude constatar que las descripciones de los testigos difieren cuando describen a Hitler, respecto a si usaba o no su característico mostacho. En varios casos dicen que no: «casi pelado y sin bigote» es una descripción típica de quienes lo vieron en diferentes circunstancias. Esto lo afirma, por ejemplo, Hernán Ancín, el hombre que en Argentina fue testigo de las reuniones que concretaban Adolf Hitler y Ante Pavelic, quien fuera el presidente de la Croacia nazi durante la guerra. Para esos encuentros, el jefe nazi viajaba hasta la localidad bonaerense de Mar del Plata y Ancín, un testigo calificado debido al grado de cercanía que tenía con Pavelic, me aseguró que el canciller del Tercer Reich cuando estaba allí no tenía bigote.[17] Sin embargo, hay otras descripciones que dan cuenta de que sí lo usaba. Así lo describe, por ejemplo, doña Francisca, la mucama que atendió a Hitler cuando llegó a Argentina, procedente de Colombia, en el verano de 1955. Ella me contó que el jerarca nazi con el pelo muy corto y con su clásico mostacho.[18] Como las descripciones de los testigos que he entrevistado durante años no eran coincidentes, respecto al uso del bigote, llegué a pensar que a veces, cuando se sentía seguro viviendo enclaustrado en alguno de sus refugios o con motivo de reuniones con los suyos, se lo dejaba crecer, mientras que en otras oportunidades, por ejemplo cuando viajaba, dado que la posibilidad de ser identificado por terceros no deseados era mayor, se afeitaba. Claro que la descripción realizada por Duarte de un Hitler que llega sin bigote y se lo pone antes de participar de una reunión con los nazis nos ofrece una tercera posibilidad. Para los fanáticos de Hitler, el bigotito se había convertido en un sello distintivo característico de su carismático líder. Para sus aduladores, la imagen del Führer, al que idolatraban sin límites y con pasión, estaba completa con todo su poder y autoridad cuando lucía su mostacho. El jefe nazi lo sabía, de modo que podía reafirmar su imponente personalidad, en cada reunión privada realizada en Sudamérica, presentándose con el mismo rostro que había conocido todo el mundo cuando él era el jefe del Tercer Reich. Así que es probable que durante sus viajes

Hitler anduviera sin bigote, que se lo dejara crecer cuando permanecía largo tiempo en algunas de las residencias que usó como refugio, el casco de la estancia San Ramón o la mansión Inalco, en la Patagonia, y que usara uno postizo para encuentros ocasionales con los nazis, como el ocurrido en la pensión San José, según el relato de Duarte.[19]

La casa de Hitler

Si el lector piensa que ya no saldrá nada más de la caja de Pandora que hemos abierto al investigar para este libro, se equivoca de cabo a rabo. En las próximas líneas otra vez veremos aparecer con asombro, desde las profundidades de un tiempo no tan lejano, datos sobre la presencia en Colombia de aquel humilde pintor callejero de las calles de Viena que mediante una transmutación asombrosa se convirtió en el líder más poderoso de Europa. El hombre que tuvo en vilo a todo el mundo. ¿Alguien se lo podría imaginar viviendo en Bogotá? Hay que hacer un gran esfuerzo de imaginación para pensar que pudo haber sido un vecino más de la ciudad. De eso, precisamente de eso, se trata esta nueva historia. Avancemos.

La zona residencial de Teusaquillo fue inaugurada en 1927 y en poco tiempo se convirtió en la más elegante y distinguida de Bogotá, todo un símbolo de los años treinta, caracterizada por sus mansiones de estilo arquitectónico Victoriano. En ese entonces, la aristocracia bogotana se desplazó del denominado Centro Histórico, donde había vivido tradicionalmente, a sus grandes y fastuosas residencias construidas en Teusaquillo. Personas vestidas muy elegantemente, siguiendo los dictados de la moda europea, y los más modernos automóviles importados, transitaban por las tranquilas y seguras calles del barrio que fuera el elegido por lo más graneado de la sociedad capitalina. Allí vivieron varios presidentes y personajes como Enrique Santos Montejo, Laureano Gómez, Gustavo Rojas Pinilla, Jorge Eliécer Gaitán, Otto de Greiff y Mariano Ospina Pérez, entre otros. Por suerte, para rescatar la historia, en este caso relacionada con Hitler como a continuación veremos, la mayoría de estas casas se conservan en buenas condiciones, aunque algunas se han convertido en locales comerciales o edificios para oficinas.

Una de esas residencias marca un punto de inflexión en esta investigación, ya que algunos testigos afirman que en esa casa, que describiremos más adelante, Hitler vivió en los años sesenta. Y digo de inflexión porque hasta aquí, de acuerdo con los documentos y testigos presentados anteriormente, se puede afirmar que el jerarca nazi visitó Colombia casi a mediados de los cincuenta, con una estadía que podría haber durado más de un año, todo 1954 y posiblemente parte de 1953. Pero estos nuevos testigos aseguran que Hitler estaba allí, en Teusaquillo, en los sesenta, con lo cual se

abre una nueva hipótesis pues uno de los documentos de la CIA refiere que él había abandonado Colombia presuntamente a comienzos de 1955, para trasladarse a Argentina. Y doña Francisca, la mucama de la residencia Inalco, ubicada en la Patagonia argentina, me dijo que ella atendió al famoso personaje en el verano de 1955, lo que significa que, tras abandonar Colombia, el jefe nazi se fue directamente al sur de Argentina, donde está ubicado el inmueble citado.

Ahora bien, si es cierto lo que dicen los nuevos testigos, que a continuación se presentan, Hitler tendría que haber realizado un segundo viaje a Colombia, habiendo residido en esa oportunidad en una casona de Teusaquillo. Por los menos tres testigos aseguran que el jefe nazi estuvo en una casa de dos plantas y techo de tejas rojas, situada en la carrera 16 n.º 33-37, actualmente administrada por la Fundación Tomás Ruedas Vargas, relacionada con el colegio San Bartolomé, de los jesuitas, que reúne a exalumnos bartolinos.[20] Está cerca de allí la casa del general Gustavo Rojas Pinilla, habitada, al momento de realizarse esta investigación, por su hija María Eugenia «La Capitana», quien en 1954 visitó en Buenos Aires al presidente argentino Juan Domingo Perón. En esa oportunidad, ¿ella le llevaría algún mensaje secreto de su padre, en ese entonces primer mandatario, relacionado con la presencia de Hitler en Colombia, precisamente ese mismo año? Un interrogante a modo de especulación, una pregunta por ahora sin respuesta.

También se encuentra cerca de allí la residencia del presidente Mariano Ospina, quien estuvo en el poder entre 1946 y 1950. En 1939, su hijo Fernando adquirió una bandera nazi en Berlín, que ahora está en manos de un coleccionista. En la esquina de la casa donde presuntamente vivía Hitler funcionaba una sucursal de la Droguería 1950, cuyo dueño era un ignoto germano al que se lo recuerda junto con sus dos pastores alemanes. La droguería, cuyo edificio se conserva en perfectas condiciones al igual que la casa mencionada, estaba ubicada en la esquina de la calle 33 con carrera 16. «Era chico y yo iba a comprar a la droguería. Me acuerdo del dueño, que era un alemán que tendría unos 65 años, y de dos pastores alemanes que tenía», contó el general Belarmino Pinilla Contreras, cuya casa familiar estaba a una cuadra y media de allí.

Uno de los testimonios, respecto a la presencia del líder del nacionalsocialismo en la residencia de Teusaquillo, es el del piloto civil Eduardo Giordanelli, quien tenía 18 años cuando, según me aseguró, vio a un Hitler anciano afuera del inmueble, parado en la entrada exterior, casi en la vereda.[21] Don Eduardo, en ese entonces un adolescente, sabía que Hitler vivía allí porque se lo había contado su amigo Gonzalo Valí Sierra, seis años mayor que él, quien le aseguró haberlo visto al pasar frente a esa residencia. En ese momento Hitler estaba en el jardín de la casa, según contó el testigo. Cuando me

comentaron esta historia, que habría ocurrido en los años sesenta, traté de buscar evidencias y encontré a Giordanelli, a quien entrevisté en Bogotá.

—¿Cómo se entera usted de que en esa casa estaba residiendo Hitler?

—Mi amigo Gonzalo [Valí Sierra] me había dicho que lo había visto una vez allí, así que cuando pasaba caminando (por el frente de esa casa) yo tenía también la expectativa de verlo.

—¿Y usted lo vio?

—Sí.

—Cuando lo vio, ¿usted estaba solo?

—No, iba caminando por enfrente, con mi amigo Gonzalo.

—¿En qué fecha?

—Eso pasó creo que en el segundo semestre de 1964.

—¿En qué circunstancias?

—Él estaba parado en la puerta del jardín de la casa con su perro pastor alemán, que estaba acostado al lado.

—¿Él estaba allí quieto?

—Sí, tenía una mano [la derecha] por delante, como apoyada en la barriga, y la otra caída al costado del cuerpo. Miraba hacia la calle.

—¿Qué aspecto tenía?

—Estaba casi rapado, y los pelos que se veían estaban blanquecinos, también tenía su bigote característico, pero blanco. Estaba envejecido.

—¿Hitler estaba solo?

—Había dos custodios de civil, a pocos metros, a ambos laterales.

—En Teusaquillo, en las casas de personajes famosos, por ejemplo, los presidentes de Colombia, ¿era común que hubiera guardaespaldas?

—No, que yo sepa no, este es el único caso que conocí.

—¿Ese día había alguien más con Hitler?

—Afuera tenía un Mercedes negro, y en ese momento estaba el chofer limpiando el vehículo.

—¿Y qué hizo usted cuando lo vio?

—Íbamos con mi amigo caminando por enfrente y no nos detuvimos. Posiblemente nos faltó valor y seguimos caminando.

—Después de haberlo visto, ¿lo comentó con su familia u otras personas?

—Se lo comenté solamente a mi hermano menor.

—¿Cree que otras personas lo vieron?

—Que yo recuerde, Adriana Galindo, una vecina que vivía en el mismo edificio que yo. También algunos otros chicos del barrio decían que lo habían visto. Entre los jóvenes se había hecho como un juego pasar por allí para tratar de ver a Hitler.

—¿Usted está seguro de que ese hombre que vio era Hitler?

—Estoy totalmente convencido de que era él.

—¿Ustedes sabían quién era Hitler?

—Sí, inclusive yo vi que en su casa el papá de Gonzalo tenía una carta de felicitación de Hitler.

Esta última afirmación, acerca de una misiva firmada por el jefe nazi, enviada a Valí Sierra padre, de nacionalidad española, me impacto, aunque no pude conseguir más datos. Eduardo Giordanelli recordaba haber visto dicha carta, pero no sabía, o al menos no recordaba, de qué fecha era. Tampoco cuáles eran las razones para que Hitler felicitara a Valí Sierra. Él solo recordaba que esa carta realmente existió porque la vio

cuando se la mostró su amigo Gonzalo. A partir de esos datos, entramos en un terreno meramente especulativo: sabemos que Hitler le escribió a Valí Sierra padre, pero no tenemos ninguna información más al respecto, ¿era una carta escrita por Hitler antes o después de la guerra?, ¿existía algún tipo de relación entre ambos?, y si fuera así, entonces, ¿sabría el padre de Gonzalo que el jefe nazi estaba residiendo en su mismo barrio, esto es, en Teusaquillo? ¿Su hijo se habría enterado de esto por algún comentario de su progenitor y por eso tenía la certeza de que quien estaba allí era el jerarca nazi? No pude avanzar más con el tema de esa carta.

A Gonzalo Valí Sierra, el amigo de Giordanelli, quien podría dar alguna explicación al respecto y vive en los Estados Unidos, no pude entrevistarlo. Sí pude consultar, en cambio, a Adriana Galindo, la vecina de Giordanelli, quien también asegura haber visto a Hitler en la misma casa de Teusaquillo.

«*Sin que Hitler se diera cuenta, lo seguimos*»

Adriana Galindo vivía en el mismo edificio que Giordanelli y tiene el convencimiento de que en su barrio, Teusaquillo, a pocas cuadras de donde residía ella con su familia estaba viviendo Adolf Hitler.[22] Al respecto, me dijo que lo vio unas cuatro o cinco ocasiones y que inclusive en una oportunidad lo siguió discretamente unas cuadras con su esposo hasta que el jefe nazi entró a una entidad bancaria que estaba cerca. La descripción física realizada por esta testigo es similar a la efectuada por Eduardo Giordanelli: tez blanca, ojos claros y bigote «pequeño, como siempre lo usó». Recuerda que el hombre, «anciano pero no decrépito», se peinaba con raya al costado y cree que se teñía, con un color oscuro, para así taparse las canas. En este último punto discrepa con el recuerdo de Giordanelli, quien dijo que el presunto Hitler tenía canas visibles «blanco grisáceas».[23] Coincide con él respecto a cuál era la vivienda de Teusaquillo, donde habría residido el jefe del nazismo. Ella cree que vivía solo, «sin una compañera», llegando a ver que había personal de servidumbre que trabajaba en dicha residencia.[24] «Él vivía solo, con un ama de llaves, que usaba un uniforme azul y delantal blanco con encaje, y gente que le manejaba el carro», aseguró Galindo. Respecto a la vestimenta, ella se acuerda especialmente de «sus zapatos negros de charol», siempre brillantes, y de un abrigo largo que usaba color café. «A veces usaba sombrero y la última vez que lo ví tenía un bastón», aseguró la testigo. Galindo también explicó que «siempre comentábamos con mi marido el parecido con Hitler, era igual, era exacto, era evidente su figura, nos parecía muy impresionante. Cuando le contábamos a otra gente o a familiares, se reían de nosotros, nos decían: ¡pero si ese hombre está muerto!, ¿cómo va a estar en Colombia?».

Un día, cuando Galindo caminaba con su esposo por el barrio, lo vieron salir y decidieron seguirlo a una distancia prudencial.

«Estábamos caminando con el padre de mis hijos y lo seguimos, porque siempre teníamos la duda si realmente era él. Iba caminando con su bastón y entró al banco», señaló refiriéndose a una entidad bancaria cuyo nombre no recuerda, que estaba ubicada a unas cuatro cuadras de la residencia en la que vivía el presunto Hitler. Cuando le consulté a Galindo si en esa oportunidad el jerarca nazi no tenía custodia, ella me dijo que en realidad ese momento era muy intenso para ella, estaba conmovida mientras lo seguía, y que por esta razón le prestó atención solamente a Hitler. «Uno no estaba pensando en los guardaespaldas. Yo estaba mirándolo a él, si iba alguien caminando más atrás no lo sé, puede ser que tuviera gente alrededor», afirmó. Para Galindo, la presencia de Hitler en Teusaquillo no era conocida por los vecinos, con la excepción de algunos pocos, como Giordanelli. Para ella, el jefe nazi «estuvo viviendo un largo tiempo» en esa residencia, pero no puede precisar exactamente cuánto tiempo fue.

Pude hablar con Mauricio Dever, el esposo de Martha Restrepo, hija de Juan José Restrepo, el dueño de la residencia de Teusaquillo. El hombre, muy anciano, y con dificultades para comunicarse, me dijo escuetamente que la familia Restrepo alquilaba esa casa, desconociendo quiénes habían sido los inquilinos, según me aseguró.

Los indicios de que Hitler hubiera estado en Colombia en los años sesenta, más allá de su presencia en Tunja 1954, que hemos analizado antes, obligó a redoblar mis esfuerzos durante esta investigación para comprobar si esto realmente ocurrió. ¿Era posible que el jefe nazi hubiera retornado a Colombia a principios de los años sesenta? No bastaba para confirmar tamaña información con el testimonio de dos vecinos que dijeron que el jerarca nazi había estado viviendo en la casa de Teusaquillo. Era necesario ir más fondo, aunque esto parecía una tarea muy difícil, casi improbable de llevar adelante en pleno siglo XXI, cuando la mayoría de los posibles testigos seguramente habían fallecido. Pero la suerte nuevamente estuvo de mi lado.

En Bogotá, encontré a una anciana que me aseguró haber conocido a Hitler en 1961. No es que lo había visto de lejos, no es que ella sospechara de determinada persona con la cual nunca había hablado, como ocurrió con Giordanelli y Galindo. En este caso, la mujer sabía perfectamente que se trataba del jefe nazi e inclusive, más de una vez, pudo conversar con él, quien le confirmó que años antes había estado en Tunja. Para mi grata sorpresa, las figuritas más difíciles seguían apareciendo, el rompecabezas se iba armando y las fichas, a medida que iban encajando, demostraban que Hitler estuvo en Colombia.

«*Yo estuve con Hitler*»

Estando en Bogotá, Hitler en más de una oportunidad visitó el Instituto Médico Técnico Sanicol, un laboratorio ubicado en Bogotá, según me aseguró doña Ana Beatriz Pinzón Herrera.[25] En ese entonces, ella era empleada de esa empresa dirigida por el alemán Boris Beschiroff, con quien tenía una excelente relación que la convertían en una persona de gran confianza de su jefe. Según el relato de la mujer, de 88 años al momento de ser consultada, fue precisamente Beschiroff quien le reveló a un reducido número de empleados leales, entre los que ella se encontraba, que el anciano que de vez en cuando los visitaba, haciéndose llamar «Don Eduardo», en realidad era Adolf Hitler. De manera enfática, el dueño de la empresa les advirtió a sus subalternos que ellos debían guardar ese gran secreto y bajo ninguna circunstancia podrían revelarlo, imposición que se cumplió parcialmente, ya que el dato corrió como reguero de pólvora entre todos los empleados del laboratorio.

Según el relato de la testigo, a partir de marzo de 1960 el jefe nazi, que cumplía 71 años en abril, comenzó a visitar con cierta periodicidad las dependencias del Instituto Sanicol, donde mantenía largos encuentros con Beschiroff a solas en el despacho de este último. También recorrían todas las secciones de la empresa, que tenía más de un centenar de empleados, y dialogaban diversas cuestiones con los trabajadores.

Este relato, coincidente por la fecha en que transcurre con la historia de la casa de Teusaquillo, obliga a reconsiderar, en esta investigación, la hipótesis inicial basada en una sola visita de Hitler a Colombia, registrada en 1954 por la CIA y confirmada por los testimonios recogidos para este libro, que se han visto en los capítulos anteriores. De acuerdo con la documentación de esa central de inteligencia, en el verano de 1955 el jefe nazi partió de Colombia y retornó a la Argentina, lo que es compatible con la investigación propia del autor, que da cuenta de que en febrero de ese año Hitler llegó a la residencia Inalco, ubicada en la Patagonia. Pero los testimonios de los vecinos de la casa de Teusaquillo, a los que ahora debe sumarse el de la señora Pinzón Herrera —esta vez todos los relatos en forma coincidente aluden a Bogotá y no a Tunja, como los relacionados a la década del cincuenta —, suponen que el jerarca del nazismo estuvo en territorio colombiano también en los años sesenta. ¿Un segundo viaje a Colombia? ¿Por cuánto tiempo? ¿Con qué finalidad? Trataremos de contestar, aunque sea de modo parcial, algunos de estos interrogantes.

«Él se hacía llamar «Don Eduardo', pero todos sabíamos que era Hitler», reveló la mujer que trabajaba en Sanicol sin dudar y con la firme convicción de que el personaje que iba a las oficinas de esa empresa era el máximo líder del nazismo, tal como se lo había confirmado Beschiroff. Lo recuerda como una persona mayor «normal y muy

amable», que al principio usaba el clásico bigotito, pero que después se lo afeitó. La anciana aseguró que habló con Hitler en español, idioma que él parecía dominar muy bien, sin poder ocultar su fuerte acento extranjero. Ella contó que las visitas del líder nazi a Sanicol eran periódicas. Las conjeturas son ¿para qué iba allí el jefe nazi? ¿Iría debido a algunos problemas de salud que lo obligaban a utilizar medicamentos, que eran producidos por ese laboratorio, y además por la posibilidad de recibir en ese lugar consejos por parte de Beschiroff, o algunos de los médicos relacionados con el mencionado instituto?[26] ¿Sería simplemente para compartir su tiempo con Beschiroff, con quien lo unía una relación de amistad? ¿Estaría siguiendo de cerca los avances en la investigación del algún tipo de droga que se estaba desarrollando en Sanicol?

Laboratorios Sanicol

Las dependencias originales de Sanicol en los años cuarenta estaban ubicadas en carrera 16 entre calles 8 y 9, luego la firma se mudó a otro edificio, ubicado en la carrera 27 entre calles 11 y 12. Boris D. Beschiroff, el presidente de Sanicol, la persona a quien venía a ver Hitler, según el relato de la anciana, era al dueño de esta empresa. Este también aparece mencionado como representante de los Laboratorios Francia en los catálogos de esta última firma comercial radicada en Colombia. Durante esos años, como gerente de Sanicol figuraba formalmente Alfonso Álvarez y como secretario se desempeñaba Walter Blell. Durante la Segunda Guerra, tanto Beschiroff como Blell fueron incluidos en la lista negra elaborada por los Estados Unidos, en la que se mencionaban personas y empresas relacionadas con las actividades nazis, cuyos activos financieros fueron bloqueados.[27] En el mencionado listado se relaciona a Blell con la Compañía Colombiana de Máquinas Pfaff y a Beschiroff con la empresa Enrique Kausel y Compañía.[28] En ese entonces, y en el marco del Decreto n.º 1207 del año 1943, que ordenó la liquidación y expropiación de las empresas alemanas radicadas en territorio colombiano, se destaca el nombre de varias firmas germanas que se ocupaban de la elaboración de productos químicos, o que tenían laboratorios médicos, instalaciones que fueron expropiadas o cerradas por el gobierno colombiano.[29]

Sanicol se dedicó a la elaboración y producción de medicamentos, vacunas, vitaminas, jalea real y elementos para maquillaje y cosmética, entre otros productos. Además, en los años cincuenta la empresa estuvo vinculada a la importación de autos desde Alemania, en particular el legendario Escarabajo, el famoso modelo de la firma Volkswagen, según contó Pinzón Herrera.[30] Se trata del auto que en 1936, en la Alemania nazi, lanzó el ingeniero Ferdinand Porsche, y que el Führer quería poner al alcance de la clase trabajadora germana, hecho que quedó truncado con el inicio de la guerra.[31] Sanicol tenía relación comercial con farmacéuticas colombianas y con los

laboratorios Sanitas, de Chile.[32] También con la famosa firma farmacéutica alemana Boehringer Ingelheim.[33] Se trata de una conocida empresa de laboratorios que generó una gran polémica cuando, en 1954, contrató al nazi Fritz Fischer, después de que este fuera liberado de la cárcel. El doctor alemán Fischer había sido declarado culpable de crímenes de guerra y de lesa humanidad por haber realizado experimentos con seres humanos en el campo de concentración de Ravensbrück.

Sanicol funcionó como tal entre 1944 y 1964, cuando fue adquirida por la empresa AH Robins, una reconocida multinacional farmacéutica norteamericana, que en los años sesenta comenzó a expandirse rápidamente y a comprar laboratorios en distintas partes del mundo.

El pintor

Como dato anecdótico, se puede mencionar que Beschiroff tenía la misma pasión que Hitler: la pintura. Cuando él era niño visitaba el Museo de Bremen, su ciudad natal, donde quedó muy impactado después de recorrer la Sala Rembrandt de la mencionada institución. Beschiroff contaba a sus amigos que fue ese mismo día cuando decidió entrar a una academia para estudiar arte. Pero tal como le ocurrió a Hitler, quien no aprobó el ingreso a la Escuela General de Pintura, de la Academia de Bellas Artes, Beschiroff por diversos motivos tampoco pudo cumplir con esa meta y se dedicó a la química, concretamente a la producción de drogas farmacológicas.

En 1934, arribó a Colombia, en momentos en que el Führer se encontraba en la cúspide del poder. Fue un admirador del régimen nazi y, además de dedicarse a sus trabajos y a montar su propia empresa, se destacó por su pasión como coleccionista de obras de arte y también por su dedicación a la floricultura. En Colombia, los medios de prensa lo han mencionado a él y a su esposa Marina, casi exclusivamente por las contribuciones al mundo del arte y al de las orquídeas. El tres de marzo de 1998, por ejemplo, el Grupo G.G.W. explicó que «el legado de los cultivos de plantas ornamentales del señor Boris Beschiroff nos permitió a un grupo de amigos tomar la iniciativa de generar una empresa en la región del Tequendama, dedicada a la floricultura».[34]

También su nombre aparece cuando se agradecen sus importantes donaciones al Museo de Arte Moderno de Bogotá (Mambo). En tal sentido, se puede leer que «la colección de grabados internacionales del museo se nutre a partir de la donación realizada por el ciudadano alemán Boris Beschiroff y su esposa, con la entrega de 276 grabados entre 1978 y 1980. Para socializar este legado, el museo realiza en 1989 la

muestra El ojo de un coleccionista».[35] En 2005, en el museo mencionado se presentó una exposición con obras inéditas para el público. En el marco de dicha muestra, la viuda de Beschiroff, Marina, relató la historia de cómo su esposo da origen a este patrimonio. Al respecto, ella contó que:

desde niño, Boris acude al Museo de Bremen, hasta que un día su director lo invita a visitar la Sala Rembrandt y en ese momento decide entrar a una academia para estudiar arte. Sin embargo, se ve obligado a optar por otra carrera debido al reciente final de la Primera Guerra Mundial. En 1934, a sus 21 años, llega a Colombia e inicia su pasión de coleccionista. De sus viajes a Europa trae siempre una carpeta de grabados. Los más conocidos exponentes de esta colección son Max Ernst, Alberto Giacometti, Wassily Kandinsky, Oskar Kokoschka, Man Ray, Gerhard Richter, Marc Chagall, Lucio Fontana, René Magritte, Roberto Matta, Sigmar Polke y Joan Miró, entre otros.[36]

Prácticamente, no se encuentra ninguna mención pública que relacione a Beschiroff con los nazis y menos, obviamente, con Adolf Hitler. La única excepción es la publicación de su nombre en el listado de ciudadanos alemanes radicados en Colombia que fueron bloqueados por los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Respecto a su vida familiar, tuvo un primer matrimonio con Ana Villada, con quien se casó en Medellín. De esa unión tuvo un único hijo, Hernán Beschiroff Villada, que nació en 1935. Tras su separación de Villada se casó con Marina García, con quien no tuvo descendencia. Su nieta, Ingrid Beschiroff, me dijo que ella y su padre, hijo del primer matrimonio de Beschiroff, nunca supieron de la relación de Boris con Hitler. «Mi papá fue hijo único pero no se crio con mi abuelo, así que no tiene muchos datos, creo que él no sabe la historia [relacionada con Hitler]», me aseguró. Para corroborarlo, y ante mi insistencia, Ingrid le preguntó a su padre, quien dijo desconocer totalmente el tema. Este es el diálogo del autor con la nieta de Beschiroff:

—¿Usted conoció a su abuelo?

—Yo conocí a mi abuelo a los 17 años y tuve una buena relación hasta su muerte, pero no fuimos tan cercanos.

—¿Sabían que trabajaba en farmacéutica?

—Claro, mi abuelo fundó Sanicol y trabajó siempre en esa área.

—Usted dice que su papá no conoció la relación de Boris con Hitler…

—No lo supo, hubo muy poco contacto de mi abuelo con mi papá, él creció con mi abuela Ana y la relación con mi abuelo fue lejana.

—¿A usted su abuelo no le dijo que había estado con Hitler en Colombia?

—No, nunca me lo dijo.[37]

«*Yo hablé con Hitler*»

La señora que trabajaba en Sanicol contó que Hitler apareció por primera vez en esa empresa en marzo de 1960 cuando lo conoció bajo el nombre de «Don Eduardo», ya que así se hacía llamar el jerarca nazi, según ella explicó. «No es que nos parecía que era Hitler, era Hitler. En una reunión don Boris [Beschiroff] nos dijo: «Él es Hitler, pero por favor, todo el mundo lo conoce como Eduardo'. No es que nos pareció, fue don Boris el que nos dijo. Era el mismo de la guerra, pero en el año sesenta», aseguró la mujer. La testigo me reiteró su relato: «Mi jefe nos reunió y nos dijo que esa persona que venía era Hitler, pero que no lo podíamos decir… se hacía llamar Don Eduardo… pero todos sabíamos que era Hitler», agregando para mi asombro que «yo hablé con él». Al respecto, contó que más de una vez pudo dialogar con el jerarca nazi en español y, en ese sentido, dijo que Hitler se manejaba bastante bien con ese idioma, lo que le hizo pensar a ella que estaba desde algún tiempo en Colombia. La salvedad es que el canciller alemán había residido desde 1945 en Argentina, habiéndose familiarizado con el idioma en ese país desde esos años, quince en total contados desde esa fecha hasta que habló con Pinzón Herrera. Aseguró que durante 1960 Hitler concurría asiduamente al Instituto Médico Sanicol. La mujer dejó de trabajar en esos laboratorios en diciembre de ese año, porque iba a ser madre, y nunca más volvió a esa empresa. Luego de que se retiró, continuó teniendo relación con otras empleadas quienes le decían que «don Eduardo» seguía visitando a Beschiroff, aunque no sabe hasta qué fecha exactamente, según me explicó, en el contexto de la entrevista que a continuación se publica:

—¿Usted sabía que Hitler antes de llegar a Colombia estaba en Argentina?

—Sí, don Eduardo contó que él estaba en Argentina y el que lo recogió en Argentina fue don Boris [Beschiroff], y él fue quien lo trajo para Colombia y eso fue en el año 1959 o 1960, no me acuerdo bien.

—¿Cómo supo usted que don Eduardo era Hitler?

—Primero, porque Beschiroff nos contó a un grupo de empleados, pidiendo que no se lo dijéramos a nadie. Pero uno veía las fotos de él en el periódico… después él mismo [Hitler] me contó.

—¿Tenía bigote?

—Lo conocí con bigote, pero después al poco tiempo se lo quitó, era un bigote bonito, ni negro ni blanco, era medio mono.

—¿Y el pelo de la cabeza?

—Liso, un poquito moñito también, no tenía pelo negro, ni canoso, sino mono.

—¿Estaba encorvado o erguido?, ¿usaba bastón?

—Bien parado, era muy derechito, no usaba bastón.

—¿Hablaba español?

—Sí, claro, él hablaba cinco idiomas: alemán, inglés, francés, italiano y el colombiano.

—¿Con don Boris en qué idioma hablaban?

—En alemán.

—¿Usted habla alemán?

—No.

—¿Cómo llegaba Hitler cuando visitaba Sanicol?

—En carro, con don Boris.

—¿Siempre con don Boris? ¿Tenía chofer?

—Sí, siempre lo llevaba don Boris, que tenía un conductor. Creo que era un carro gris, como una camioneta, pero no me acuerdo muy bien. A veces paraban al frente y a veces abrían el portón del garaje para entrar, era un patio muy grande, como para cinco o seis autos.

—¿En esos años dónde estaba la empresa?

—En la carrera 27, entre calle 11 y 12, en el barrio Ricaurte.

—¿Hitler le parecía una buena persona?

—Sí, era buena gente.

—¿A qué iba Hitler a Sanicol?

—Don Boris lo llevaba y lo paseaba por toda la empresa. Recorrían los salones de empaque, inyectables, comprimidos, jarabes…, se la pasaban andando por todos lados.

—Pero ¿don Eduardo tenía algún cargo en la empresa?

—No, él era compañero de don Boris.

—¿Y don Eduardo se relacionaba con los empleados?

—Sí, él charlaba con todos, pasaba por todas las secciones conociendo, mirando cómo hacían todo.

—¿Esos empleados sabían que era Hitler?

—Sí, se fue sabiendo, porque uno le decía a otro, y así…

—¿Sanicol tenía muchos empleados?

—Sí, figúrese en Empaque había más de cincuenta empleados, en Inyectables unas 30 personas, y Comprimidos era otra sección.

—¿Había empleados alemanes?

—Sí, el que hacía las pastillas era alemán pero no me acuerdo del nombre, el ayudante era Enrique Avendaño, colombiano. También el que hacía los dibujos para las etiquetas de los jarabes era alemán, pero no me acuerdo cómo se llamaba ese viejo.

—¿Es posible que Hitler tuviera alguna enfermedad y por eso recurriera al laboratorio?

—No que yo sepa, se lo veía sano.

—¿Sabe dónde vivía Hitler?

—No, pero sé que se quedaba en la casa de don Boris, que era casado con doña Marina García. Ellos vivían en un apartamento, hacia el norte [de Bogotá], como en la 87 con la 7.ª.

—¿Estaba Binkele en Sanicol?

—Sí, es el que se encargaba de las pastillas.

—¿La persona que antes no se acordaba el nombre?

—Sí.

—¿Cómo era Binkele?

—Era un viejo que estaba en la sección Comprimidos. Alemán, alto, delgadito, medio mono, odioso… yo no lo traté nunca, él hacía las pastillas, era químico. Se la pasaba ahí.

—¿Y Binkele conocía a Hitler?

—Sí, don Eduardo me dijo que habían estado con él en Tunja, en 1954.

—¿Hasta cuándo Hitler frecuentó Sanicol?

—No lo sé, yo me retiré a fines de 1960, pero iba seguido [a la empresa] porque doña Lilia era mi madrina de matrimonio, y yo tenía amigas allá. Yo iba seguido y ellas me contaban que don Eduardo seguía yendo a Sanicol.

El Binkele que trabajaba en Sanicol y que don Eduardo le mencionó a Ana Beatriz se llamaba Eugenio. Era un personaje interesante que en Colombia fue conocido por su labor como astrólogo.

Parte de la historia de Binkele se encuentra en el perfil «Aventura del alemán Binkele en Colombia», publicado por Enrique Córdoba, en su sitio web El Marco Polo de bórica y en su blog personal desde 2012. En dicho texto, se cuenta que Binkele nació cerca de Heidelberg, Alemania, y se destacó siempre por su inteligencia. En el relato, lo presentan como un personaje multifacético que estudió química, trabajó en la industria

farmacéutica, tocaba piano, acordeón e hizo teatro. En Hamburgo, tuvo una fábrica que fue bombardeada durante la Segunda Guerra y eso le causó una fuerte depresión. La nota dice que una amiga, para animarlo, le recomendó que se fuera a descansar a Colombia y de paso le llevara un bote hasta Santa Marta. Así fue como el aventurero llegó a este continente. En dicha ciudad costera, se quedó el tiempo suficiente para esperar el arribo de Europa de su sobrino adolescente y de un carro MG. En este y acompañado de su familiar, viajó por tierra hasta Cali. Una travesía de más de 1200 kilómetros por vías en pésimo estado. En la capital del Valle del Cauca, se quedó y abrió un laboratorio con un paisano. Luego de un tiempo, viajó a Bogotá.

Intenté consultar a Lina Binkele sobre la vida de su padre, pero se mostró reticente a brindar información. Intercambiamos mensajes por correo electrónico y por WhatsApp mediante los cuales no mostró simpatía por la posibilidad de que publicara datos relacionados con su progenitor. El 27 de diciembre de 2017 me dijo que su padre «era suizo y de ahí el apellido», lo que contradice su propia afirmación de que era alemán en la nota que vimos antes, de la que ella es la fuente principal dada la amistad que la une con Córdoba. Cuando insistí con la posibilidad de escribir sobre la vida de Binkele, me contestó con un escueto «no es interesante», en clara demostración de que no estaba dispuesta a colaborar. Córdoba tampoco mostró interés en brindar más información y luego de cruzarnos unos correos eliminó la información de sus páginas web.

Lo cierto es que, siguiendo el relato publicado sobre su vida, se puede corroborar que en los años cincuenta él ya se encontraba en Colombia, razón por la cual se podría haber reunido con Hitler en Tunja, tal como se lo habría asegurado el jerarca nazi a doña Ana Beatriz.

Comenzamos esta investigación con casi nada en la mano. La situación ahora es diferente, luego de que hemos conocido distintos testimonios y verificado diferentes documentos de inteligencia. También hemos desempolvado antiguos artículos periodísticos e historias guardadas en el baúl de los recuerdos. Como si esto fuera poco, tuvimos la suerte de entrevistar testigos directos de la presencia de Hitler en Colombia. Nos falta analizar por qué el jerarca nazi viajó a ese país y en qué contexto internacional lo hizo. Trataremos de encontrar respuestas a esos dos interrogantes, lo que seguramente, como no puede ser de otra manera, nos deparará nuevas sorpresas.

Capítulo XIII

La Internacional Nazi

En su escondite en la Argentina, Adolf Hitler ha organizado una extendida red nazi internacional cuyas raíces están firmemente arraigadas en Alemania y cuyos tentáculos de intriga se extienden a El Cairo, Madrid, Roma y los Estados Unidos, donde los antiguos miembros de El Bund Nazi acechan como una Quinta Columna potencial.

THE NATIONAL POLICE GAZETTE, junio, 1953

La reconfiguración del mundo

Desde el comienzo de este libro hasta aquí hemos recorrido un largo camino, descubriendo aspectos del pasado generalmente ignorados por la historia oficial. Ahora vamos a avanzar un paso más en la búsqueda de la verdad tratando de encontrar algunas respuestas a un cúmulo de acertijos encadenados que parecen tener una sola lógica: cuando por fin se encuentra información y se puede responder a uno de ellos, aparecen nuevas y desafiantes preguntas. Intentaremos descubrir un poco más la verdadera historia que nadie nos ha enseñado, oculta por quienes fueron sus protagonistas.

Cuando Alemania se rindió en mayo de 1945, los dueños del poder mundial apretaron el botón *reset* y el mundo se reconfiguró en ese mismo instante como por arte de magia. Cambiando la inercia que venía acercándolos hasta ese momento, los Estados Unidos y la Unión Soviética, que habían sido grandes aliados durante la Segunda Guerra Mundial y cuyos ejércitos fueron determinantes para derrotar al Tercer Reich al clavarle la última y mortal puñalada en su corazón al tomarse Berlín, comenzaron a alejarse.

Tras la rendición alemana, Washington y Moscú no solamente se distanciaron, sino que comenzó un grado de tensión creciente como paso previo a la instauración de la Guerra Fría, que posteriormente enfrentaría a los bloques capitalista y comunista. Esto no era una sorpresa, ya que los estrategas sabían que ocurriría, y el mismo Adolf Hitler lo había vaticinado en más de una oportunidad. Es más, según trascendió públicamente, el Führer les había dejado claro a sus confidentes que su estrategia consistía en desaparecer de escena para desencadenar el conflicto entre el bloque

capitalista y el comunista: «Mientras yo viva no habrá conflicto entre Rusia, América e Inglaterra. Están unidos para destruirme. Si yo estoy muerto, no pueden permanecer juntos. Debe venir el conflicto. Y cuando llegue, yo tengo que estar vivo para guiar a los alemanes,para que se levanten de la derrota y lleguen a la victoria final. Alemania sólo puede pensar en la victoria si la gente piensa que yo estoy muerto».[1]

Sabiendo que esto iba a ocurrir, y antes de que Alemania firmara el armisticio, los nazis y los estadounidenses acordaron e instrumentaron un plan cuyo primer paso básicamente consistió en salvar a miles de hombres, desarrollos técnicos y científicos, divisas y oro, entre otras riquezas, para ponerlos a resguardo ante el apabullante avance del Ejército Rojo. Esto significó lisa y llanamente la puesta en funcionamiento de un programa de evacuación de personas y capital alemán hacia Occidente. El segundo paso consistió en reciclar esos recursos y ponerlos al servicio de la lucha contra el comunismo, objetivo en el que coincidían los nazis con los estadounidenses y sus aliados británicos, una estrategia que he explicado con detalles en mi libro *Los secretos de Hitler*. Ese plan se pudo implementar merced a una trama de acuerdos y complicidades que ha permanecido oculta por años.

Respecto a la transferencia de hombres hacia América, al principio de este libro hemos visto cómo funcionaba la red del obispo Alois Hudal vinculada a Colombia, entre otros países. La comprobada intervención de sectores del Vaticano para ayudar a los germanos en fuga tenía un sustrato ideológico común: los religiosos eran, al igual que los nazis, acérrimos anticomunistas y algunos simpatizaban por esta causa con los nacionalsocialistas y sus aliados europeos. Esta colaboración manifiesta nos lleva inevitablemente a la siguiente pregunta: ¿el papa Pío XII, que asumió el pontificado en marzo de 1939, unos meses antes de que comenzara la guerra, participó o avaló en silencio que la Iglesia se dedicara a salvar a los nazis cuando terminó la contienda? ¿Podían obispos como Hudal o sacerdotes como el croata Krunoslav Draganovic, citados en el capítulo IV, actuar sincronizadamente en esa dirección sin conocimiento de Su Santidad? Para los investigadores, está comprobada la actuación en ese sentido de Giovanni Battista Enrico Antonio Maria Montini, el futuro papa Pablo VI, quien se desempeñaba en la Secretaría de Estado de la Santa Sede y era asesor de Pío XII.[2]

Para ese entonces, Montini caminaba su propia cuerda floja, otorgando el apoyo del Vaticano a la operación de Draganovic para la fuga de nazi. No fue fácil mantener esa distancia, debido a los contactos personales que Montini tuvo durante la guerra con el clero croata y con los líderes de la Ustacha. Incluso el propio (Ante) Pavelic fue recibido por Pío XII el 17 de mayo de 1941, poco después que se instalase como jefe del gobierno títere de Hitler.[3]

En su libro *Impía trinidad*, los investigadores John Loftus y Mark Aarons recogieron testimonios de sacerdotes que aseguraron que Montini y Pío XII apoyaban la labor de Draganovic consistente en ayudar a los nazis, especialmente croatas en fuga. «Montini se puso en contacto con Draganovic muchas veces, pidiéndole que socorriese a determinadas personas en su nombre», explicó monseñor Milán Simcic, quien ayudó al cura croata en estas acciones. Según Simcic, Montini ayudó a Draganovic intercediendo ante diplomáticos extranjeros para obtener visados para los fugitivos.[4]

Por su parte, el sacerdote Vilim Cecclja, quien desde Austria le mandaba nazis al cura croata para que este a su vez los enviara a lugares seguros, dijo que Draganovic «tenía plenos poderes de la Santa Sede y no solo estaba encargado de los croatas sino de todos». Si Montini, tan cercano a Pío XII, participaba activamente de esta red de salvamento surge la duda planteada antes respecto al aval secreto o la participación activa del máximo jefe de la Iglesia católica en la misma operación. El tema sobre la responsabilidad de Pío XII en relación con la protección de criminales de guerra ha sido materia de acalorados debates desde que terminó la Segunda Guerra Mundial. Juega en su contra el accionar de su asesor Montini y las peticiones oficiales del Vaticano ante los aliados, conocidas recién en el 2002, para la liberación de nazis que habían sido detenidos o estaban a punto de ir a prisión:

Los *dossiers* británicos muestran que el Papa peticionó secretamente ante Washington y Londres por notorios criminales de guerra y colaboradores de los nazis. Estas intercesiones las hizo por escrito la Secretaría de Estado del Vaticano, una oficina que estaba bajo la directa supervisión personal de Pío XII y de monseñor Montini. Y, por lo menos en un caso, se intercedió en nombre del propio Papa.[5]

Para el investigador Uki Goñi, que encontró documentos que demuestran que el Vaticano ayudó a los fugitivos, el Papa no podía desconocer la protección a los nazis en instituciones eclesiásticas como Santa Maria dell'Anima y San Girolamo, «siendo doblemente imposible que pudiera ignorar el albergue provisto en su propio Instituto de Estudios Orientales».[6]

Se trata de un punto crucial en la búsqueda de la verdad porque se entiende que si la cabeza de la Iglesia católica estaba de acuerdo con ayudar a los fugitivos, seguramente casi todos los demás estamentos eclesiales podrían haber actuado en consonancia y sin restricciones para cumplir el mismo objetivo. De haber sido esto así, las mismas premisas que germinaron en el Vaticano podrían haber alcanzado, casi de modo inevitable, a las iglesias de los países receptores de los fugitivos, particularmente los latinoamericanos, donde la religión predominante es la católica.

Ni que hablar de naciones como Colombia, administradas por un Estado cuasi eclesial donde los documentos de la Iglesia llegaron a tener tanto valor como los del Estado, y la palabra de un obispo el mismo peso que la de un gobernador. Por supuesto, esto se habría potenciado si tanto la iglesia colombiana como el gobierno nacional hubieran coincidido con la premisa de dar un refugio seguro a los nazis. En ese marco y siguiendo esta línea de investigación, quizá se podría encontrar respuestas a algunos de los temas planteados en este libro como el de los misterios del orfanato de Los Alcázares, las actividades del padre Mosser y otros hombres de la curia colombiana, así como a la inquietante exhibición de armas nazis en el convento de Ráquira, entre otras cuestiones relacionadas con el clero nacional.

Inmigración masiva

Merced a gran cantidad de documentos desclasificados, hoy sabemos que miles de nazis llegaron al continente americano luego de haber terminado la Segunda Guerra Mundial, inclusive a los Estados Unidos donde arribaron no solo científicos alemanes —como pantalla y para que no fuera un escándalo se hizo público solamente que habían recibido a hombres de ciencia —, sino también propagandistas, agentes de inteligencia y militares, incluso criminales de guerra, que fueron reciclados y utilizados en el combate contra el marxismo amenazante.[7]

Después de la guerra, el FBI, la CIA y el ejército estadounidense contrataron al menos mil nazis como informantes y espías. El dato surge del estudio realizado por Richard Breitman, un experto en el tema del Holocausto que, con apoyo del gobierno de los Estados Unidos, pudo acceder a documentación oficial relevante. Por su parte, Norman Goda, historiador especializado de la Universidad de Florida, comprobó que «las agencias de Estados Unidos contrataron directa o indirectamente funcionarios policiales exnazis y colaboradores de Europa del Este, que eran manifiestamente culpables de numerosos crímenes de guerra», a sabienda de esos antecedentes penales.[8]

Muchos años después de que los nazis hubieran entrado a los Estados Unidos, en 1979 el Departamento de Justicia creó la Oficina de Investigaciones Especiales con el objetivo de detectar ciudadanos con pasado nazi en esa nación. A partir de ahí fueron ubicados más de trescientos, quienes fueron privados de su ciudadanía, deportados y se les prohibió el reingreso. En 2015, trascendió que exnazis cobraban pensiones en ese país. Ese año la Administración de Seguridad Social presentó un informe que indicaba que 130 presuntos criminales de guerra, guardias de las SS y otros personajes del Tercer Reich cobraron 20 200 000 dólares en prestaciones de la seguridad social, entre febrero

de 1962 y enero de 2015. Si bien la mayoría había fallecido, ese año se puso en vigencia una legislación denominada «No a la seguridad social para nazis», que quitó ese beneficio a cuatro ancianos que todavía percibían sus pensiones en los Estados Unidos.[9]

Del Tercer Reich a la OTAN

Este cuadro que se está describiendo es más amplio y sorprendente de lo que uno inicialmente se puede imaginar. Se dará un ejemplo, aunque habría una gran cantidad que también se podría citar para tener una acabada comprensión de la estrecha relación existente entre importantes referentes nazis con los norteamericanos. Se trata del caso de Adolf Heusinger, general y jefe de operaciones del ejército del Tercer Reich que luego sería agente secreto de la CIA y presidente del comité militar de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Una transmutación que, con alguna que otra variante, es similar a la de varios de sus camaradas, que sin renegar de su pasado nazi se pusieron al servicio del nuevo bloque occidental, que incluía a la Alemania de la posguerra.

Heusinger tuvo un papel fundamental en la planificación de la ocupación alemana de Austria y en la invasión de Polonia, Dinamarca, Noruega, Francia y los Países Bajos, alcanzando el rango de general de división. Un documento de la CIA asegura que Heusinger pudo estar implicado en crímenes de guerra, pues algunas de las órdenes que firmó enviaron a la muerte a varios presos políticos rusos y comandantes aliados.[10]

En los juicios de Nüremberg, el general se defendió asegurando que se había limitado a rubricar las órdenes que le transmitían sus superiores, y con ese argumento fue absuelto. Durante ese gran proceso judicial, donde se acusó y se condenó a jerarcas nazis, Heusinger «tuvo una actitud colaborativa» y trabajó como «asesor de investigación» para los estadounidenses. En 1947, ingresó a la organización de inteligencia que dirigía Reinhard Gehlen, exgeneral del ejército de Hitler contratado como espía por los norteamericanos. Con el transcurso del tiempo, Heusinger volvería a lucir el uniforme, ahora del nuevo ejército germano en una Alemania que, al menos formalmente, no era nazi: «En los años 50 el general decidió retomar su carrera militar en la República Federal Alemana y, aunque siguió siendo un "representante influyente de los intereses estadounidenses en la remilitarización alemana y la Organización Gehlen", poco a poco fue dejando sus labores en el servicio de inteligencia. Ahora bien, nunca dejó de ser un buen confidente de la CIA».[11]

En 1950, el canciller Konrad Adenauer designó a Heusinger como su principal consejero en asuntos militares. En ese gobierno, el general del Tercer Reich cumplió funciones en la Amt Blank, un departamento de Estado que en 1955 se convirtió en el ministerio de Defensa de la Alemania Occidental. Ese año, al ser restablecido el ejército alemán que había sido proscrito al terminar la guerra, fue nombrado teniente general y jefe del Consejo de Liderazgo Militar. En 1957, fue ascendido a general de ejército y fue el primer inspector general de esa fuerza (Bundeswehr). En 1961, fue nombrado presidente del Comité Militar de la OTAN, donde cumplió funciones hasta 1964, cuando se retiró.

En estas narraciones relacionadas con lo que ocurría con los nazis, debemos siempre tener presente la fecha de los acontecimientos internacionales, para así poder trazar un paralelo con la historia del máximo jefe nazi en tierras colombianas. Es un ejercicio necesario para comprender realmente qué estaba ocurriendo en el mundo. Por ejemplo, cuando el exgeneral del Tercer Reich era asesor del canciller Adenauer, en los años cincuenta, Hitler estaba en Colombia. Esto quiere decir que durante ese período, cuando el Führer se encontraba viajando por Sudamérica, los nazis no se habían retirado a sus cuarteles de invierno. No era un bando abatido que mordía el polvo de la derrota para siempre. Por el contrario. Mientras los de menor rango se sumaban subrepticiamente al ejército estadounidense, tal como se explicó antes, personajes importantes del Tercer Reich, como el mencionado Heusinger, asumían funciones de primera línea en la nueva Alemania y en organismos internacionales como la OTAN. Entonces, con ese cuadro internacional favorable, Hitler en Colombia podía caminar tranquilo porque Occidente estaba de su lado, lo que no quiere decir que el jerarca nazi volvía a ostentar mando o poder, sino que era respetado por sus antiguos adversarios con quienes, en definitiva, compartían la misma ideología anticomunista. La Unión Soviética era el verdadero enemigo por derrotar.

Ejército nazi

Pero hay más. No es solamente que los nazis fueron bienvenidos en los Estados Unidos, después de terminar la guerra, para sumarse a la lucha contra el comunismo, sino que también existía la necesidad de preparar la defensa de Europa occidental ante una eventual invasión soviética. Las tropas de Stalin instaladas en Alemania Oriental, país que quedó dividido en dos tras el armisticio, significaban una amenaza latente para el mundo capitalista. Con grandes líneas de crédito y financiamientos directos, los Estados Unidos implementaron el Plan Marshall para reconstruir rápidamente Alemania. A la vez, las autoridades avalaron en silencio que se formara un ejército nazi capaz de detener una invasión de los comunistas, o incluso para intervenir en caso de que se

desatara una guerra civil. En 1949, más de 2000 oficiales de la Wehrmacht y de las Waffen-SS formaron esa reserva que debía incluir unos 40 000 soldados, según se desprende de los archivos del Servicio Federal de Inteligencia (BND).[12]

La iniciativa fue dirigida por el excoronel nazi Albert Schnez, futuro inspector general del ejército alemán (Bundeswehr), según lo revela la documentación del BND.[13]

Los veteranos de la Segunda Guerra Mundial se unieron a este proyecto e incluso crearon un sistema de espionaje con el objetivo de vigilar a varios políticos y ciudadanos comunes que podrían identificarse con los comunistas. En los documentos aparecen declaraciones de Schnez que sugieren que el proyecto de creación de dicho ejército clandestino fue apoyado por Hans Speidel, futuro comandante supremo de la OTAN del Ejército Aliado en Europa Central en 1957, y por el citado Adolf Heusinger, que a su vez trabajaba para los norteamericanos, tal como se vio antes.

La iniciativa violaba restricciones impuestas por los aliados, pues estaban absolutamente prohibidas las organizaciones militares o «de tipo militar» germanas luego de que Alemania firmó la rendición. El ejército clandestino nazi se comenzó a formar en 1950 y fue ayudado por las donaciones de empresarios y de exoficiales nacionalsocialistas, entre otros alemanes. Un antiguo general de infantería, Anton Grasser, se ocupó del armamento. Si tuvieran que entrar en acción, los miembros del ejército clandestino podían recurrir a una gran cantidad de armas guardadas en los depósitos de la policía antidisturbios, lo que suponía acuerdos con autoridades de esa fuerza. En 1951, Schnez solicitó la ayuda de los servicios secretos de Alemania Occidental para financiar a su ejército a la vez que puso a dicha fuerza a disposición del gobierno:

En su búsqueda de financiación, Schnez solicitó la ayuda de los servicios secretos de Alemania Occidental en el verano de 1951. Durante una reunión celebrada el 24 de julio de 1951, Schnez ofreció los servicios de su ejército en la sombra a Gehlen — jefe del servicio de inteligencia — para «uso militar» o «simplemente como una fuerza potencial», ya fuera en un Gobierno alemán en el exilio o de los aliados occidentales. Una anotación en los documentos de la Organización Gehlen afirma que Gehlen y Schnez «habían mantenido durante mucho tiempo relaciones de carácter amistoso». El escrito también indica que los servicios secretos ya conocían la existencia de un ejército clandestino.[14]

Se debe aclarar que la citada Organización Gehlen fue una red de espías germanos organizada por las fuerzas de ocupación estadounidenses en Alemania, sobre la base de

las redes de inteligencia creadas por los nazis. El grupo de inteligencia se dedicó a espiar a los soviéticos, especialmente en la República Democrática Alemana, gobernada por los comunistas. Ese mismo año, 1951, el entonces canciller alemán Konrad Adenauer fue informado sobre este ejército nazi clandestino, pero no hizo nada al respecto. Solamente pidió que esa actividad fuera supervisada por la inteligencia alemana. En tanto la Organización Gehlen comenzó a transferir pequeñas partidas para ayudar a Schnez. Para el diario alemán *Der Spiegel*, «queda poco claro por qué el líder de la República Federal no reaccionó de forma más contundente contra una organización que mantenía fuertes lazos con los veteranos de las SS».[15]

Adenauer abogó por la formación del Bundeswehr, el nuevo ejército alemán a partir de 1955, y con el transcurso del tiempo los voluntarios de la organización militar de Schnez pasaron a convertirse en profesionales de la nueva fuerza germana. Con un ejército nacional que, luego de levantarse las restricciones impuestas por los aliados podía armarse hasta los dientes para contrarrestar cualquier agresión soviética, la organización de Schnez perdió sentido y con el paso del tiempo se disolvió.

En este marco de alianzas entre nazis y estadounidenses, con la anuencia y colaboración de la Iglesia católica, se produjo el arribo de nazis a Sudamérica y en particular a Colombia. A la llegada de exmilitares a ese país, algunos de cuyos nombres se mencionaron en el capítulo nueve, se suma un amplio abanico de personajes de todo tipo que buscaron vivir tranquilos en Colombia por el resto de sus días. Ese grupo de inmigrantes es muy amplio e incluye por ejemplo a parientes de jerarcas nazis, como los de Hermann Goering, jefe de la Luftwaffe, que se suicidó mientras esperaba la condena del Tribunal de Nüremberg, algunos de los cuales ejercieron la docencia en Colombia.[16]

También personajes como el intelectual alemán Karl Buchholz, muy conocido en determinados círculos sociales de Bogotá, quien administró su propia y exitosa librería, con siete sucursales, en dicha ciudad. Este hombre, mediante un contrato con el Tercer Reich, estuvo involucrado en la venta de arte robado por los nazis.

A comienzos de 1939, él [Buchholz] y otros tres expertos de arte firmaron con el Reich un contrato que los declaraba «comisionados» para promover y ejecutar la venta de más de 12 000 [luego fueron casi 20 000] obras de arte moderno, entre las que se encontraban trabajos de Pablo Picasso, Henry Matisse, Marc Chagall, Paul Klee y Max Beckmann, a cambio de una comisión fijada entre el 5 y el 25 por ciento. Además estaban obligados a mantener secreta la cuenta del Reich donde entraba el dinero de las transacciones y quedaban así involucrados, aunque fuera indirectamente, en lo que los historiadores hoy conocen como un «robo masivo y asesino».[17]

Según *Semana*, «casi seis años después de comercializar el arte robado de los nazis y después de visitar Argentina y Brasil, el librero se estableció en Colombia entre 1950 y 1951, según sus palabras, huyendo del comunismo». Buchholz, propietario de la librería que llevaba su apellido, organizó exposiciones de arte y editó la revista *Eco*, además de múltiples actividades sociales.[18]

Como vemos, el arco de inmigrantes arribados a Colombia, relacionados con el Tercer Reich, es grande e implica la llegada de personajes de distinta extracción como el húngaro Ferenc Vajta, que de funcionario pronazi y espía pasó a ser profesor y gestor teatral en Bogotá; o el comandante de las Waffen-SS Rudolf Rettberg, que se desempeñó en el *staff* de la química Celamerck S. A.; o Wolfgang Hinz, quien salió con una misión muy especial ordenada por Hitler en el búnker y terminó trabajando en Acerías Paz del Río, donde sufrió atentados por ser nazi; o el oficial negacionista Gunter Schwochau, quien tras llegar de Europa fue contratado para trabajar en el servicio de inteligencia del entonces presidente Rojas Pinilla. Como se dijo al principio de este libro, estos son solamente algunos ejemplos de la inmigración masiva de nazis a Colombia, con la salvedad de que a diferencia de Argentina, donde trabajó una comisión investigadora especialmente creada al efecto, no existe una cuantificación realizada por el Estado que permita establecer el número de esos inmigrantes tan especiales que llegó a territorio colombiano. Volviendo al contexto general, cuando Hitler llega a Colombia, además de estar protegido por el poder occidental, llega a una nación plagada de nazis y de simpatizantes criollos del nacionalsocialismo. Un territorio amigable para conocer y disfrutar.

Colombia y Corea

A fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta, los estadounidenses reclutaban fugitivos anticomunistas para entrenarlos con fines militares. Eran exmiembros de la SS y principalmente colaboradores nazis de naciones de Europa del Este como Lituania, Estonia, Croacia y Ucrania, muchos de los cuales eran buscados por crímenes de guerra. Se estima que unos 12 000 de estos hombres fueron llevados a los Estados Unidos, donde recibieron la ciudadanía tras cumplir cinco años de servicio militar. Varios fueron entrenados en Fort Bragg y posteriormente formaron las primeras unidades de Boinas Verdes (Green Berets), las fuerzas especiales del ejército de los Estados Unidos.

En 1950, estalló la guerra de Corea que enfrentó a los Estados Unidos con el ejército comunista de aquel país, apoyado por China y la Unión Soviética, y entonces se pensó en recurrir a contingentes de nazis si la situación internacional se agravaba y pasaba a

convertirse en una nueva guerra mundial. En aquel momento, Bonn y Washington habían considerado la posibilidad de, «en caso de que se produjera una catástrofe, reunir a los miembros de las antiguas divisiones alemanas de élite, armarlos y luego asignarlos a las fuerzas aliadas».[19]

Pero esta guerra no se generalizó y esa eventual convocatoria a exnazis nunca se llevó a cabo, aunque el hecho de que se la hubiera planteado en el más alto nivel de las potencias aliadas demuestra cómo se habían reacomodado las piezas del tablero internacional: los antiguos enemigos en el campo de combate ahora eran socios.

¿Y Colombia? A principios de la década del cincuenta gobernaba el conservador Laureano Gómez, acérrimo anticomunista. Cuando Gómez asumió la primera magistratura, el 7 agosto de 1950, anticipó que las fuerzas militares colombianas participarían de la guerra que se había iniciado el 25 de junio de ese año, cuando Corea del Norte invadió Corea del Sur:

Su propio anticomunismo, unido a su deseo de apoyar a la principal potencia anticomunista del hemisferio, Estados Unidos, fueron dos de las razones que hicieron que Laureano Gómez suscribiera con entusiasmo la acción policiva de las Naciones Unidas en Corea, propiciada por Estados Unidos. En su discurso inaugural, había prometido que Colombia se uniría a ese país en su esfuerzo por defender la soberanía de las naciones y la libertad y dignidad de los hombres que la tiranía comunista destruye.[20]

Tres meses después de asumir, Gómez envió a Corea la fragata Almirante Padilla para que se uniera a las fuerzas de las Naciones Unidas comandadas por los Estados Unidos y posteriormente, a comienzos de 1951, envió un batallón colombiano que se sumó al bando aliado en un conflicto bélico que duró tres años.[21]

Esa unidad militar no existía. Laureano Gómez, mediante el Decreto n.º 3927, creó el Batallón de Infantería n.º 1 Colombia, especialmente para enviarlo a la península coreana. Es de destacar que si bien el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas había instado a todos sus miembros a unirse, prestar apoyo y asistencia militar para luchar contra la amenaza comunista, Colombia fue el único país latinoamericano que envió tropas a esa guerra.

Hemos hecho hasta aquí un breve resumen de sucesos destacados para entender cómo se había reconfigurado el mundo tras la Segunda Guerra Mundial y cómo, a partir de ese momento, los exnazis trabajaban codo a codo con los norteamericanos. En ese nuevo mapa del mundo, la Colombia de Laureano Gómez hacía mérito para

destacarse como la principal aliada de los Estados Unidos en la lucha contra el comunismo. La ofrenda de los 163 militares colombianos muertos en Corea era la demostración cabal del compromiso del país sudamericano con ese objetivo.

Volviendo del contexto internacional a Colombia podemos decir que cuando Hitler llega a la nación sudamericana, no sabemos si esto es en 1953 o 1954, la guerra de Corea toca a su fin. Viaja en un momento en el que existe una distensión luego de haberse producido el primer conflicto bélico de gran envergadura, del que participaron varios países, después de la Segunda Guerra Mundial.

¿Qué hacía Hitler?

Es en ese periodo de la historia, con el mundo convulsionado por la guerra de Corea y con la velada amenaza de un holocausto nuclear, Adolf Hitler en secreto, no podía ser de otro modo, llega a Colombia. ¿Qué fue a hacer allí? Especulemos acerca de sus intenciones en el territorio colombiano.

Cuando «Pelusa» Pulido, el hijo del hombre que se crio en el orfanato de Los Alcázares, le preguntó a su padre qué había venido a hacer Hitler a Colombia en esos años, la contestación lo sorprendió, como nos ocurriría a cualquiera de nosotros que la hubiera escuchado. Eduardo Pulido Villamil le dijo: «Vino a ver cómo se rearmaba su ejército». Una respuesta incomprensible. En primer lugar, porque el ejército de Hitler había desaparecido en 1945, cuando el Tercer Reich firmó la rendición. Por otra parte, ¿qué tendría que ver esa aseveración con Colombia?

¿Pulido Villamil le respondía con una indescifrable metáfora a su hijo? ¿Fue una respuesta que al parecer no tenía lógica ni ningún sentido? o ¿al responder lanzaba una especie de acertijo incomprensible para la mayoría de la gente? Tratemos de encontrar una respuesta.

En este libro hemos vinculado a algunos nazis con Acerías Paz del Río, donde por lo menos la parte extractiva de esa gigantesca industria estaba en manos de los alemanes, según surge de testimonios de la época. ¿Ocupaban ellos cargos directivos?

En 1959, Hugo Salamanca Parra, cuyo padre dio alojamiento a un coronel nazi en fuga en Tunja, tal como lo vimos en el capítulo Vil, se vinculó a Acerías Paz del Río S. A. para hacer un curso teórico-práctico de «laboreo minero» dictado por ingenieros colombianos y alemanes. En esa oportunidad, tuvo un pequeño incidente, revelador de quiénes estaban comandando esa empresa:

Estando en uno de los frentes de trabajo, un ingeniero alemán llegó con voz de mando militar a pedir informes de lo que estábamos haciendo, y como aún no había pasado un mes de haberme retirado del Ejército le contesté en el mismo tono a sus requerimientos, por lo cual me dio la orden de presentarme en su oficina a primera hora del día siguiente. Mi jefe inmediato me dijo que lo más probable era que me iba a despedir por mi «altanería» y me informó que él era el jefe de todas las minas de esa empresa, que era un oficial retirado de las tropas alemanas y que había servido bajo el mando de Rommel en el Sahara[22].

Salamanca Parra asistió a la cita, a la que lo habían convocado en la Jefatura de Minas, pensando que lo podían dejar cesante, pero eso no ocurrió, y lo que inicialmente parecía ser por lo menos una llamada de atención, terminó siendo una charla sobre temas militares. Al respecto, recuerda que «todo el diálogo que tuve con el ingeniero jefe fue intercambiando opiniones de la organización y disciplina de los ejércitos alemán y colombiano, que son muy similares puesto que la fundación de la Escuela Militar del Ejército Colombiano, en 1907, fue asesorada por militares alemanes y chilenos formados por alemanes». La conversación terminó abruptamente cuando Salamanca Parra le preguntó al alemán sobre la contienda bélica que había significado la destrucción de Alemania:

Después de departir un par de horas le pregunté sobre la Segunda Guerra Mundial, a lo que respondió tajantemente que de eso no habláramos y dio por terminada la entrevista. Posteriormente intenté tocar este tema de la guerra con otros ingenieros alemanes y con todos obtuve la misma respuesta. Era un tema vedado. Es de anotar que, por su edad, todos los ingenieros alemanes que trabajaban allí, al terminar su adolescencia y a mayor edad, habían vivido esa guerra y muchos de ellos actuado militarmente en ella.[23]

—¿Cómo se llamaba ese hombre? — le pregunté a Salamanca Parra.

—Para no comprometer a nadie en este delicado tema, no le daré el apellido sino solo el nombre: Paul — me contestó, sin querer brindar más datos al respecto.

La presencia de Hitler en Tunja coincide con la fecha de inauguración de la producción de acero en 1954. Acerías Paz del Río era una empresa estratégica colombiana, en la que llamativamente tenía acciones la Pía Sociedad Salesiana.[24] La privatización total de Acerías Paz del Río fue decidida ese mismo año e implementada en 1955 por el presidente Gustavo Rojas Pinilla. Llama la atención que dicha

privatización haya sido realizada por un gobierno que se jactaba de ser nacionalista y que implemento en este caso un modelo de «monopolio privado de propiedad pública», según lo han calificado los especialistas.[25]

¿Capitales alemanes o testaferros de ellos adquirieron acciones de la acería? También en 1954 el gobierno creó por decreto la empresa estatal Indumil, Industria Militar, que abrió su primera planta con el nombre de General José María Córdova, para fabricar armamentos y municiones. Un año después se crea la Fábrica Santa Bárbara, que se constituyó en su segunda Unidad Operativa, con maquinaria y equipos para la fabricación de municiones de artillería para las fuerzas militares.

Tras la sugestiva e indescifrable respuesta de su padre Pulido Galindo, siempre tuvo la duda de por qué razón realmente Hitler estuvo en Colombia. Un interrogante que también hemos planteado en este libro sin llegar a una conclusión definitiva. Su progenitor le dijo que «Hitler vino para ver cómo se rearmaba su ejército», y no le quiso dar ninguna explicación más. Es lógico que Galindo, como cualquiera de nosotros en su lugar, se haya sentido desconcertado con esa respuesta. ¿A qué se refería con esa contestación? ¿A una cuestión concreta o a una alusión difícil de entender? Esto de conseguir armas se podría llegar a entender, si se asociara esa frase con Indumil, con la Fábrica Santa Bárbara y con Acerías Paz del Río, donde se podría obtener la materia prima para la fabricación de armamento. ¿Estaba Hitler en Colombia para garantizar a sus hombres armas o el acero para construirlas? ¿De ese tipo de negociaciones se trataba? Pero, de ser así, ¿para qué soldados leales a su causa? Porque recordemos que Pulido Villamil, aludiendo al jerarca nazi, dice «para su ejército». ¿Ejército de Hitler en los años cincuenta? *A priori*, la contestación del padre de Pulido, quien también le reveló a su hijo que el Führer había estado en Tunja, parece descabellada. Un verdadero disparate que no tiene sentido, a menos que recordemos qué ocurrió en el mundo cuando se apretó el inexistente y simbólico botón *reset* que reconfiguró el mapa político internacional, tal como se ha venido explicando hasta aquí.

¿Un ejército de Hitler de posguerra? ¿Un ejército nazi en esos años? Sí, en principio el constituido clandestinamente en la República Federal alemana a modo de previsión ante un eventual ataque de los comunistas, tal como lo hemos mencionado en este capítulo. Una fuerza constituida por oficiales y veteranos de la Wehrmacht, en contacto con la Red Ghelen de espías nazis al servicio de los estadounidenses. Seguramente Hitler estuvo muy atento a ese proceso de formación de esa fuerza creada en las sombras, pero que hoy sabemos que fue avalada en secreto por el canciller Konrad Adenauer.

¿La respuesta de Pulido Villamil respecto a un ejército hitleriano alude a estos hechos? ¿Al ejército clandestino nazi en Alemania? La extraña contestación a su hijo ¿es una alegoría imposible de comprender si no se conoce esa parte de la realidad que pocos sabían?

Por otra parte, contingentes de nazis pasaron a formar parte de las fuerzas estadounidenses para combatir a la Unión Soviética. Cabe mencionar que gran parte de las exportaciones de Acerías Paz del Río fueron para la fabricación de armas de la OTAN, uno de cuyos jefe fue el mencionado Adolf Heusinger, exgeneral de Hitler. Esas fuerzas aliadas tenían una coincidencia central con el jerarca nazi: el enemigo a vencer era la Unión Soviética y había que armarse en pos de ese objetivo. Entonces, ¿consideraba Hitler como «ejército propio» a las fuerzas de la OTAN?

Algo más. La creación y puesta en funcionamiento de la empresa Industria Militar Colombiana (Indumil) a mediados de los años cincuenta contó con el apoyo de la industria bélica alemana:

Después de la erupción del conflicto llamado «La Violencia» entre el poder estatal, los rebeldes comunistas y los campesinos armados en 1948, la empresa alemana Fritz-Werner, considerada de mala fama, apoyaba la creación del consorcio armamentista estatal «Industria Militar» (Indumil). En 1955 la empresa gubernamental de Geisenheim dotó las instalaciones de la fábrica «General José María Córdoba», ubicada en Soacha, cerca de Bogotá para la fabricación de fusiles Máuser. Documentos internos de Fritz-Werner prueban que para esto fueron transferidas provisiones exuberantes a cuentas suizas.[26]

¿Estaba Hitler también en Colombia por este tema? No lo sabemos.

Queda flotando una duda más: ¿es posible que la organización nazi se hubiera fortalecido en los años cincuenta y que inclusive ante la gravedad de la Guerra Fría — para muchos la antesala de una conflagración mundial — se pensara en reinstalar a Hitler en el poder? En ese sentido, en su edición de junio de 1953, *The National Police Gazette* advierte que «en su escondite en la Argentina, Adolf Hitler ha organizado una extendida red *nazi internacional* cuyas raíces están firmemente arraigadas en Alemania y cuyos tentáculos de intriga se extienden a El Cairo, Madrid, Roma y los Estados Unidos, donde los antiguos miembros del Bund Nazi acechan como una Quinta Columna potencial».

Luego de esta afirmación, la publicación estadounidense, especializada en temas policiales, aseguró haber encontrado evidencias de la «conspiración de Hitler para

volver al poder como Führer del Reich». Al respecto, el medio de prensa aseguró que existía un movimiento clandestino, denominado Internacional Nazi, conformado por los «5000 de los nazis más rabiosos», y que se había fijado 1957 como fecha tentativa de regreso de Hitler a Alemania. «Los documentos confiscados por agentes de inteligencia militar británica muestran que la Internacional Nazi fue organizada por alemanes con visión de futuro varios años antes de la última posición de los nazis en Berlín», señala la publicación.

También agrega que «John J. McCIoy, ex Alto Comisionado de los Estados Unidos en Alemania, fue informado por una fuente de Múnich sobre la existencia de la Internacional Nazi en Madrid, Roma y El Cairo, y transmitió su información a los servicios secretos aliados».

Hasta aquí se ha tratado de entender, utilizando conjeturas y especulaciones, así como información de la época, qué le insinuó Pulido Villamil a su hijo «Pelusa» cuando en forma intrigante le dijo que Hitler estaba en Colombia «para ver cómo se rearmaba su ejército».

Diplomáticos nazis en Bogotá

Quien lea el subtítulo precedente pensará que el texto hace referencia a los diplomáticos alemanes que se mantuvieron en Colombia hasta que ese país le declaró la guerra al Tercer Reich y se cerró definitivamente la legación alemana (la que se reabrió a principios de los años cincuenta en ese mundo tan diferente al anterior, tal como lo venimos destacando en este capítulo). Debería ser así, pero nuevamente aparece una sorpresa en estas páginas, escritas gracias a esa caja de Pandora que todavía permanece abierta y libera sus secretos permitiéndonos hacer una revisión de la historia oficial.

La primera pista que me llamó la atención sobre este tema surgió cuando en una foto de la época observé al padre Mosser, amigo del rector Julius Sieber y este a su vez de Hitler, junto a Elois Guebauere, funcionario de la embajada alemana en Bogotá, tal como se comentó en el capítulo once. La foto fue tomada en 1954 en la residencia oficial de la embajada alemana, asignada al diplomático en el barrio Teusaquillo. Casualmente, ese es el año en el que Hitler visita Tunja, según los documentos de la CIA que se han analizado en este libro. Por estas relaciones mencionadas antes, la pregunta surge casi naturalmente: ¿Guebauere era nazi? Y, de ser así, es obvia y casi inevitable la segunda pregunta: ¿en el cuerpo diplomático alemán de posguerra seguían trabajando funcionarios que habían pertenecido al Tercer Reich a pesar del mentado proceso de desnazificación impulsado por el gobierno de Konrad Adenauer?

Quien desde varios años se hace esta pregunta es la colombiana Andrea Rodríguez Oliva, que infructuosamente trata de conocer los antecedentes de su bisabuelo materno, el nombrado Elois Guebauere, pues ha enfrentado hasta hoy un invulnerable muro de silencio que no puede atravesar. Por lo que le han dicho en su familia, Rodríguez sabe que su antecesor llegó a Colombia casado con su bisabuela, Helena Rossel de Guebauere; y también que el arribo se produjo en 1947, en un navío procedente de Europa que desembarcó en Puerto Colombia.[27]

En su búsqueda de la verdad, también supo que su bisabuelo residió primero en Barranquilla, aunque no está muy claro qué actividades realizaba en esa ciudad. Por esos años, el nombre de Guebauere aparece, junto con el de un centenar de compatriotas, en un listado de «Liquidación de cuotas de indemnización de guerra de ciudadanos alemanes residentes en la Costa Caribe, 1946/1948».[28]

Se trataba del pago obligado de una sanción económica aplicada por el gobierno colombiano a ciudadanos y empresas alemanas, como consecuencia de la guerra. En esa planilla, figura con domicilio en Barranquilla, con un patrimonio de 5439 pesos, y consta que tiene un porcentaje de reducción del cincuenta por ciento en el valor por pagar de la cuota de indemnización de guerra, por tener hijos colombianos.[29]

Tras vivir en Barranquilla se mudó a Bogotá, donde a partir de 1953 trabajó en la embajada germana. Allí vivió en la mencionada residencia del barrio Teusaquillo, donde tuvo a su disposición un auto modelo Mercedes Benz de la legación diplomática en el que se movilizaba. Andrea Rodríguez Oliva no conoció a su bisabuelo, pero sí a Helena, su abuela a quien siempre le preguntó por la historia personal de sus antecesores. «Nunca me quiso hablar del pasado, siempre le preguntaba, hasta le ofrecí dinero si me contaba, pero siempre se negó a hablar del pasado», me contó en Bogotá la bisnieta de Guebauere.[30]

Lo que ella sí supo siempre (por datos verbales, pero nunca por documentos oficiales, a pesar de haberlos reclamado insistentemente, como veremos) es que Guebauere se desempeñó como secretario en la embajada alemana hasta su muerte, acaecida el 19 de octubre de 1971. En su búsqueda de la verdad, tampoco pudo encontrar objetos, documentos, diarios personales, agendas, o cualquier elemento que le ayudara a dilucidar quién fue realmente su bisabuelo y particularmente qué hizo en Alemania durante la guerra.[31]

En esta investigación pude encontrar la mencionada foto de Guebauere junto al padre Mosser, y eso disparó todas mis dudas. Con la foto en la mano, le pregunté a Andrea si en su familia sabían quién era ese sacerdote, el mismo que en Tunja, durante

la Segunda Guerra Mundial, festejaba haciendo sonar una campana cada vez que se enteraba de que los submarinos alemanes habían hundido un barco aliado.

Ella consultó entre sus familiares y obtuvo como respuesta que el peculiar cura había trabado una relación de amistad con su bisabuelo. También le dijeron que a Guebauere le gustaban mucho las bebidas alcohólicas y que era precisamente el padre Mosser quien de manera periódica le suministraba la provisión de estas. Pero no obtuvo ninguna información más. Está claro que se trata de un dato meramente anecdótico, que confirma la relación entre ambos pero no va al fondo de la cuestión que pasaremos a desarrollar.

Por ahora sabemos solo que el sacerdote simpatizante del Tercer Reich se reunía asiduamente con el diplomático alemán. La militancia ideológica de Mosser después de la guerra, cuando se reunía con Julius Sieber y frecuentaba referentes políticos colombianos, todavía está sujeta a una investigación más profunda, aunque por los datos que tenemos se puede presumir cuál era su pensamiento a ese respecto.

Lo cierto es que Andrea Rodríguez Oliva durante el 2017 estuvo haciendo gestiones ante la embajada alemana en Colombia para que le informaran sobre los antecedentes de su bisabuelo, habida cuenta de que había sido diplomático. La legación germana le contestó en forma escueta que no disponía de dato alguno sobre Guebauere — el más básico es la fecha de designación en el cargo y la de su baja —, porque la documentación oficial anterior a treinta años había sido destruida, según le aseguraron. La respuesta por lo menos es llamativa, ya que ella no solicitó documentación o trámites de particulares, sino por el registro de un diplomático que se desempeñó durante varios años, de 1953 a 1971, en la embajada alemana de Bogotá.

La bisnieta de Guebauere no quedó conforme con esa contestación e insistió. La respuesta formal le llegó el 19 de enero de 2018, por parte de la funcionaria Mónica Leal del Castillo, de la Sección Consular de la embajada alemana en Bogotá, en los siguientes términos: «La verdad he buscado tanto en el archivo electrónico como en el físico, por nombres y por fechas de nacimiento tanto del bisabuelo como de la bisabuela y lamentablemente no tenemos ningún registro de ellos. Si usted logra conseguir alguna pista más o haya algunos parientes que tengan la nacionalidad y podamos hacer algo, con gusto lo haremos. Por ahora lamento no comunicarme con mejores noticias».

Que el pedido de búsqueda de datos de un diplomático alemán no prospere y se le sugiera al requirente «conseguir alguna pista más» pareciera contradecir la tradicional y mentada eficiencia alemana. ¿Acaso no podía la embajada pedir esa información a la base de datos del ministerio de Relaciones Exteriores de Berlín? ¿No existe el registro de

diplomáticos nombrados en el extranjero? Y si realmente así fuera, ¿por qué razón la habrían eliminado?

Esta situación que a todas luces aparece poco común me motivó a averiguar los nombres y antecedentes de los embajadores designados en Colombia que se desempeñaron tras la reapertura de la embajada alemana en Bogotá. Sorprendentemente, encontré escollos para conseguir oficialmente estos datos que deberían ser muy sencillos de obtener. Me refiero al listado de embajadores y sus respectivos antecedentes. Un funcionario de la legación germana de Bogotá informalmente me dijo que obtener esos datos era «un poco complicado», con lo cual comencé a abrir más los ojos y a prestar atención, ya que me estaba encontrando con dificultades similares a las de Andrea Rodríguez Oliva, y esto claramente no era razonable para mí y debía tener un motivo que me obligaba a investigar.

El pasado que condena

Sin poder encontrar información oficial sobre el tema, recurrí a la búsqueda de datos de modo informal y fue entonces cuando comenzó a aparecer la punta de una historia, por demás interesante, que aquí se presenta. Si Elois Guebauere, diplomático de la embajada alemana en Bogotá después de la guerra, realmente era nazi, lo que no hemos demostrado, parece que este dato no sería una excepción en el cuerpo diplomático germano. Para esos años, el embajador alemán en Colombia, Karl Schwendemann, tenía un pasado vinculado a la Alemania nazi. Durante el Tercer Reich, este diplomático ejerció funciones inicialmente como jefe del Departamento de España en el Ministerio de Asuntos Exteriores. En 1939, trabajó en el Departamento Político del Ministerio de Asuntos Exteriores y desde 1941 en la embajada germana en Francia, ocupada por las fuerzas alemanas, donde dirigió el Departamento de Prensa. Antes de que terminara la guerra, cuando esa nación fue liberada por las fuerzas aliadas, fue detenido y desde el 29 de abril de 1945 estuvo confinado bajo un régimen de internamiento en Francia. El 13 de enero de 1953 Schwendemann fue enviado por el gobierno de la República Federal de Alemania a Colombia — para ese entonces, el presidente era Laureano Gómez — como embajador y el 7 de abril de ese año presentó su acreditación ante las autoridades nacionales.[32]

Llegó Hitler a Colombia cuando Schwendemann se desempeñaba como embajador. ¿Estaría este al tanto del arribo del jefe del nazismo? Ese mismo año es cuando el diplomático Guebauere es retratado junto al sacerdote Mosser, compañero de Julius Sieber, el rector universitario de Tunja amigo de Hitler. Schwendemann en 1956 dejó

sus funciones para jubilarse, su sucesor no sería menos que él respecto a su vínculo con el Tercer Reich.

Tras la partida de Schwendemann, asumió el cargo el nuevo embajador en Colombia, Ernst Ludwig Ostermann von Roth. En 1937, se había afiliado al partido nazi (carnet n.º 3810743) y llegó a tener el grado de teniente líder de las SS (n.º 156496). Durante el Tercer Reich, fue designado representante del Ministerio de Relaciones Exteriores en el Alto Mando del Ejército II, en 1941 fue segundo secretario de la embajada alemana en Washington y en 1944, Consejero de la legación nazi en Lisboa, Portugal.

Su sucesor en 1962 fue Anthon Mohrmann, quien cumpliría funciones hasta 1965. Mohrmann también había pertenecido a la estructura diplomática de la Alemania nazi, donde cumplió funciones en Bucarest, el Vaticano, Madrid, Kovno y Sofía. Al terminar la guerra, fue detenido por los soviéticos, quienes lo mantuvieron preso durante nueve años. Tras ser liberado, fue nombrado en 1954 como funcionario en el ministerio de Asuntos Exteriores de la República Federal. A mediados de julio de 1956, se le concedió el *agrément* como embajador de la República Federal Alemana en Bogotá.

Si realmente la nueva Alemania de posguerra hizo un proceso de desnazificación, ¿es posible que siguieran en funciones embajadores designados en su momento por Hitler mismo, e inclusive afiliados al partido nazi, como Ostermann? Habiendo sido así, ¿se ha esforzado la diplomacia alemana actual en ocultar estos datos? ¿Será esta la dificultad que tuvo que enfrentar Andrea Rodríguez para acceder a la información oficial sobre su bisabuelo? ¿Es por esta razón que he tenido verdaderos escollos a la hora de intentar obtener datos oficiales sobre el personal diplomático alemán asignado a Bogotá?

Además de estas dudas, me pregunté también si esos casos detectados en la embajada alemana, como los mencionados anteriormente, eran una rareza, una excepción que había ocurrido solo en Colombia. Y la respuesta a esa pregunta es que no.

El escándalo estalló en Alemania en 2011, cuando una comisión de historiadores, conducidos por el profesor Eckart Conze, describió a los diplomáticos del Tercer Reich como una «organización criminal». El estudio fue publicado en el libro *Das Amt und Die Vergangenheit* (El ministerio y el pasado), en el que los académicos dieron a conocer una conclusión terminante: «Los diplomáticos estaban al tanto de la política contra los judíos y tomaron parte activa en ella […] La cooperación en el exterminio en masa era una de las áreas de actividad del ministerio en toda Europa». Si la conclusión

mencionada sobre el pasado del cuerpo diplomático causó sorpresa, esta fue mayor cuando en el mismo libro se explicó que ocurrió en esa dependencia del Estado alemán después de la guerra:

Después de 1945, el ministerio de Exteriores de la República Federal ocultó a los excriminales nazis. Sucedió entre 1951 y 1955, etapa en la que Konrad Adenauer era canciller. Adenauer permitió que exmiembros del NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán) se quedaran en el equipo ministerial como diplomáticos, que ocuparon puestos en las embajadas de países árabes o latinoamericanos, donde era difícil que tuvieran que enfrentarse a ninguna persecución.[33]

Según el estudio académico conducido por el profesor Conze, a los personajes del cuerpo diplomático alemán relacionados por su pasado con el Tercer Reich los enviaban a embajadas de países árabes, asiáticos o latinoamericanos. Más claro que el agua. Los resultados de esa investigación realizada en Alemania parecen dar respuesta a todos los interrogantes antes planteados sobre la embajada alemana en Bogotá. Pero también dejan en claro que Colombia no era la excepción en la región: a mediados de los años cincuenta Werner Junker, un exmiembro del NSDAP y participante en las deportaciones desde los Balcanes, se convirtió en embajador de Argentina[34] y ejercería sus funciones sin problema alguno entre 1956 y 1963.

Durante eso años, en los países sudamericanos donde eran designados, a estos diplomáticos nadie los conocía y por lo tanto no quedaba en evidencia su pasado nazi. Y quienes sí los conocían eran sus propios camaradas, que habían escapado de Europa y también necesitaban ser protegidos por el silencio.

Norbert Freí, Peter Hayes y Moshe Zimmermann explicaron que durante la investigación académica realizada se analizaron 237 de las 397 personas que habían sido reclutadas para el nuevo servicio diplomático y se estableció que casi la mitad habían pertenecido al NSDAP.[35]

También detectaron que «de 1950 a 1954, el número de miembros del Servicio Superior (de Relaciones Exteriores) que habían pertenecido al NSDAP se elevó de 58 a 325, lo que aumentó el porcentaje de nazis a un nivel más alto que había prevalecido en 1937». Traducido a buen romance: en la diplomacia germana había más funcionarios de jerarquía que estuvieron afiliados al partido nazi después de la guerra que durante esta. Curiosamente, a partir de 1952 más de la mitad de estos nuevos funcionarios que habían ingresado tras la guerra no tenían experiencia diplomática.

Según los autores, después de que la República Federal adquirió la soberanía en 1955, el ministerio de Asuntos Exteriores «relajó aún más» las normas de ingresos de nuevos diplomáticos y «el número de exmiembros de la SS aumentó notablemente».[36]

De acuerdo con el estudio, a mediados de 1960 «la asignación de embajadas se convirtió cada vez más en una delicada tarea, debido al dudoso pasado de los funcionarios. Aquellos diplomáticos de alto nivel con historias "sin cargas" fueron a países que habían sido enemigos de la Alemania nazi o que habían sido ocupados por la Unión Soviética. Por su parte "aquellos con antecedentes políticos cargados se quedaron en Bonn" o fueron enviados a "América Latina o países árabes y asiáticos". Incluso los investigadores acusan el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán de "los esfuerzos elaborados para encubrir o de lo contrario proteger a los empleados implicados en crímenes de guerra" y denunciaron que esa política de encubrimiento "se extendió más allá de las filas de la Oficina de Asuntos Exteriores". En ese accionar, tendiente a encubrir criminales de guerra hasta 1969, estaría involucrada la Agencia de Defensa del Ministerio de Asuntos Exteriores Central Legal (Zentrale Rechtsschutz-Stelle)».

En la Alemania de posguerra, el ministerio de Relaciones Exteriores no solo sostuvo diplomáticos con pasado nazi, sino que se las ingenió para darle trabajo y encubrir a criminales de guerra.[37] De acuerdo con mis propias investigaciones, se llegó a mucho más: en la embajada alemana de Asunción del Paraguay los nazis fugitivos pasaban a cobrar sus pensiones, que se pagaban en forma encubierta, con fondos reservados destinados a ese fin.[38]

Pero el rol que cumplió el Ministerio de Relaciones Exteriores no parece ser ajeno a otras dependencias del Estado alemán de posguerra: el ministerio de Justicia de Alemania occidental fue administrado por nazis luego de la caída del Tercer Reich, incluso aumentó su número en esa dependencia, según lo reveló un informe publicado por el Ministro de Justicia de ese país, Heiko Maas, en 2016. Al aludir a los reveladores datos de la investigación realizada, el funcionario enfatizó que «es una novedad que casi ocho directivos de diez eran exnazis», y agregó que los juristas de la época nazi «continuaron cubriendo las injusticias del pasado y protegieron a sus excompañeros».[39]

En ese sentido, Maas dijo que esos funcionarios se dedicaron a impedir la llegada de los casos de criminales nazis a los tribunales de Alemania. Para realizar esas afirmaciones, el ministro germano se basó en los resultados de la investigación denominada *Expediente Rosenburg*, que reveló que desde 1950 a 1957 un 77 % de los directivos de la administración judicial eran exmiembros del partido nazi. «Unas 90

personas de 170 eran exnazis que ocuparon cargos directivos en el ministerio entre los años 1949 y 1970», precisó en la radio pública *Deutschlandfunk* la exministra de Justicia, Sabine Leutheusser-Schnarrenberger, quien encargó el estudio en el año 2012. En 1953, al menos el 72 % de los jueces del Tribunal Federal Supremo de Karlsruhe (suroeste), la mayor jurisdicción alemana, habían ejercido durante el nazismo, una cifra que ascendió hasta el 80 % en 1962, había informado ese año el semanario *Der Spiegel*, dato que motivó que las autoridades ordenaran la investigación del tema y que culminó en el *Expediente Rosenburg*.

Christoph Safferling, que codirigió el estudio, aseguró que el Ministerio de Justicia tenía la posibilidad de contratar jóvenes juristas de la naciente República Federal de Alemania, incluso pudo contratar abogados antinazis exiliados que retornaron a Alemania tras la derrota de Hitler, pero no lo hizo, ya que optó por quienes tenían un pasado ligado al Tercer Reich.

Con todo lo antes expuesto, se puede comprender por qué en Colombia fueron designados embajadores alemanes que habían trabajado para el Tercer Reich. En ese país, nadie les iba a preguntar por su pasado.

Epílogo

Hemos dado una vuelta más de tuerca para vislumbrar cómo quedó reconfigurado el mundo luego de que se apretó el botón *reset* tras terminar la Segunda Guerra Mundial y cómo esto incidió en Colombia. En ese contexto, hemos visto que miles de nazis emigraron a América y que fueron incorporados a estamentos militares y de espionaje, así como a ámbitos de investigación y a proyectos de desarrollo técnico y científico, especialmente en los Estados Unidos. Entre tanto, hombres destacados del Tercer Reich se distribuyeron en distintas estructuras de poder, incluso en organismos internacionales, como el caso del general Adolf Heusinger en la OTAN, antes citado. A la vez, la Alemania de posguerra, mediante sus mismas estructuras oficiales, encubría a los nazis, como hemos visto, en los casos del cuerpo diplomático y del Ministerio de Justicia de dicho país.

Es durante esos años que Hitler visita Colombia proveniente de Perú, según lo reveló en esta investigación el profesor Javier Ocampo López, presidente de la Academia Boyacense de Historia. Pero, ante esa información, cabría preguntarse: ¿hay testigos de la presencia del jefe nazi en Perú?

Sí. Los testimonios de su paso por esa nación fueron recogidos por el investigador Pedro Armengol Alva Quilcat, quien entrevistó a antiguos trabajadores de la empresa Casa Grande, propiedad de alemanes, que se dedicaba a la minería, petróleo, ganado — tenían más de 500 000 hectáreas de campo — y administraba una red de ferrocarriles. La compañía pertenecía a la poderosa e influyente familia Gildemeister. Su firma Sociedad Agrícola Casa Grande llegó a ser la mayor productora de azúcar de América y la compañía agrícola más grande del Perú.

Un extrabajador de esa empresa, el anciano Valdemar León Cabrera, entrevistado por Alva Quilcat, aseguró que Hitler permaneció un tiempo en El Casino, una vivienda que tenía Casa Grande en una hacienda de ese país y también en una residencia llamada Casa Lamot, de la misma sociedad, en la localidad de Sunchubamba. «Yo ví a Hitler dentro del autocarril», reveló Cabrera al referirse a un medio de transporte consistente en la carrocería de una camioneta que rodaba sobre vías. «Yo le ví la cara y era el señor Adolfo Hitler, estaba con sus bigotes, aquí estaba con bigotes. Donde más tiempo vivió fue en el anexo de Sunchubamba», aseguró el testigo y agregó que «ellos [los alemanes] eran muy herméticos, muy pocas personas accedían a ese caballero, yo intuía que no era oportuno preguntar y así eso pasó al olvido». Alva filmó en 2016 el testimonio de los pobladores Santos Cóndor, Humberto Silva y otros que coinciden con

el mismo relato. Alva me dijo que comenzó su investigación cuando un empleado de Casa Grande le reveló que había sido chofer de Hitler en Perú.

Durante su excelente pesquisa, el peruano entrevistó a Juan Quilicci Bravo, el hijo de un antiguo trabajador de la empresa de los Gildemeister. Al ser consultado por la presencia de Hitler, Bravo recordó que «mi papacito me contaba que el señor vivía acá en la casa nueva», refiriéndose a la residencia de Sunchubamba antes mencionada, propiedad de los mismos peruanos-alemanes. En su relato, el hombre asegura que pocas personas «podían verle la cara» al jerarca nazi, con excepción de algunos «gringos» que pertenecían al *staff* de la empresa. También se menciona que Hitler recibía invitados y platicaba con ellos en la sala de reuniones de la casona. La principal dificultad radica en saber cuándo y cuánto tiempo estuvo Hitler en territorio peruano, ya que los testigos más ancianos, por su menguada memoria, no pueden precisar exactamente esos datos. En ese sentido, Cabrera dijo que él lo vio a principios de los años cincuenta, aunque no puede fijar una fecha exacta. Cree que Hitler podría haber partido en 1953 o en 1954, ya que después el personaje que estaba escondido allí había desaparecido y se atenuaron todas las medidas de seguridad en la casona de Sunchubamba.[1]

El aporte de Cabrera respecto a la salida del jerarca nazi de Perú y su llegada a Colombia en esos años es coincidente con el relato del profesor Javier Ocampo López antes citado y se constituye en un aporte excepcional que permite engarzar en el tiempo ambas historias.

Según esta investigación, Hitler no estuvo en Colombia en 1945, tal como lo aseguraron tres anónimos publicados por el diario *El Tiempo* tres años después de esa fecha. Aparte de esas misivas publicadas por la prensa, no hay evidencia, documentos o testimonios que así lo confirmen. Esas publicaciones parecen haber sido utilizadas como un elemento distractivo para que las miradas del gran público no confluyeran en la Patagonia, donde realmente se había refugiado el jerarca nazi. No sabemos quiénes — ¿los servicios de inteligencia? — estuvieron interesados en publicar esas cartas que aseguraban que el Führer había residido en Colombia tras escapar de Europa.

Esta investigación demuestra que en cambio sí pisó esa nación sudamericana en los años cincuenta. Para corroborarlo, en este libro hemos analizado documentos y presentado diversos testimonios históricos así como testigos directos. A principios de 1955 Hitler regresó de Colombia a la Argentina y al poco tiempo partió hacia Paraguay, donde vivió algunos años protegido por el dictador Alfredo Stroessner. Pero en 1960 volvió a Colombia. Esto se desprende, en principio, del testimonio de la mujer que trabajó en el Instituto Sanicol y de los vecinos del barrio Teusaquillo. ¿Cuánto tiempo

estuvo? ¿Con quiénes se reunió? Un dato que llama la atención es que siempre habría mantenido vínculos con químicos de sangre germana. Es el caso de Julius Sieber, el rector de la Universidad de Tunja; Boris Beschiroff, el dueño de los laboratorios Sanicol, o Eugenio Binkele, quien se había dedicado a la industria farmacológica durante el Tercer Reich. Estas relaciones se dieron en el marco de un gran desembarco en Colombia no solo de nazis, sino de empresas químicas y farmacéuticas alemanas. Este es un dato que quizá habría que tener en cuenta en futuras investigaciones. Al respecto, la visita periódica del jerarca nazi en los laboratorios Sanicol en Bogotá es muy significativa. Una vez más, surgen nuevos interrogantes. ¿A qué se dedicó realmente en su segundo viaje? ¿Cuáles eran sus intereses? ¿Cuáles sus motivaciones? ¿Quiénes eran sus amistades? ¿Quiénes fueron sus protectores colombianos?

Hitler en Colombia en 1960. Ese es el título de otra gran historia, pero este libro no dispone de más páginas y se termina acá. La caja de Pandora sigue abierta y las sorpresas parece que seguirán apareciendo sin acabar.

ANEXO

La carta del arrepentido H.H.K.

Bogotá, el 21 de junio de 1948.

Sr. director:

En mi condición de arrepentido militante de las huestes de Hitler y Mussolini, quiero manifestar a Usted que son mis deseos confirmar plenamente las informaciones dadas por el señor Eudoro Llama Seltz, en carta publicada en su diario en el día de ayer. Pero ante todo quiero justificar en breves palabras el porqué de estos deseos, con la aclaración de que quien escribe esta carta no sabe hablar ni escribir bien el español y que por lo tanto deben ser excusadas las diferencias que pueda tener esta comunicación. En el año de 1932, cuando en la política europea (Alemania, Italia, Rusia y algunos países pequeños) predominaba una profunda ofensiva contra las democracias, muchos partidos criollos de la América Latina, especialmente los conservadores o anti-izquierdistas, propiciaron por todos los medios a su alcance, aunque parezca paradójico, con elemental discreción, para que esa política se desarrollara dentro de estos países. Basta con recordar los editoriales de cierta prensa de América del Sur, especialmente de Colombia, Ecuador, Argentina y Chile, de los años 1932 y siguientes, hasta el año de 1942. De 1932 a 1942 discurrió un decenio cargado de la sustancia más dramática que registra la historia. Era la lucha de la democracia contra la antidemocracia. Lucha que aún subsiste hoy, pero con otros caracteres. Fue entonces cuando Hitler ofreció a personas ingenuas industrializar la América. Quien escribe esta carta —europeo y asilado en la América desde el año 1939 por obra y arte de la buena suerte— fue enviado, después de habérsele especializado en la difícil y repugnante profesión de espionaje, a visitar en vías de observación varios centros americanos —Bogotá, Buenos Aires, Lima, Santiago, Río de Janeiro— en donde me puse al habla con los más altos personajes de la política criolla de los partidos simpatizantes con la causa nazi fascista. En una de esas entrevistas me falló el tacto, y ello valióme la orden terminante de regresar a Europa, so pena de ser muerto lejos de mi patria. Esta orden llegó a la América por intermedio de la embajada española en Buenos Aires en el año de 1940, pero como yo me encontrase en Santiago, un agente de esta embajada me la entregó en esa ciudad a los pocos días de haber llegado. Entonces me encontré con este dilema: regresar a Europa que seguramente implicaba un castigo de esos que se usaron

en las famosas purgas nazistas, o permanecer en América so pena de ser muerto por algún agente-compañero. Opté por este segundo término, y heme, por ello vivo aún. Desde el año 40 protesté de mi fe antidemocrática, y no se crea que fue solamente por el incidente que acabo de relatar, porque es de advertir que soy hijo de una carioca y de un alemán de recia ascendencia militar, unión esta que ha hecho prevalecer en mí la idea del valor de la personalidad humana que con tanto fervor defendía mi progenitora enemiga de las tendencias antidemocráticas y militares de mi padre. Valga esta explicación —hechas a grandes rasgos— como previa justificación a lo que a continuación voy a referir. En diciembre de 1944, cuando la conflagración europea llegaba a su término, tuve la fortuna de venir a Colombia mediante la ayuda de las autoridades brasileras de Manaos, después de haber estado huyendo, por las inhóspitas tierras amazónicas, de los agentes de Himmler que dieron en perseguirme a donde quiera que sentaba planta. Un buen día —el 1.º de febrero de 1945— estando en esta ciudad me sorprendió la visita de un alemán. Me informó dicho sujeto que bien me conocía él, que conocía y tenía pruebas de mis antecedentes de mi espionaje por la América, y me mostró un documento —de aquellos inconfundibles para mí y con las «señales» correspondientes de inequívoco espionaje— en el cual se le ordenaba que tratase conmigo la forma cómo podría ayudársele a Hitler y a otros a penetrar en territorio colombiano sin ser reconocidos ni vistos por nadie, agregándome, dicho sujeto alemán, que si yo no [sic] para probar mi labor de espionaje en América. Este chantaje, o yo no sé cómo llamarlo, en que se ofrecía arrebatarme mi tranquilidad, después de largos años de errabundez amarga y torturante y llena de sufrimientos indecibles, movió en principios mi ánimo en enrolarme nuevamente en los servicios de la causa nazi fascista. Así que, cumpliendo órdenes terminantes, me puse en comunicación con Z — agente de enlace número 16— a fines de febrero del año citado, y este me expuso sobre una carta geográfica colombiana los puntos posibles de penetración clandestina de Hitler, Martin Bermann y otros. Me refirió asimismo la ayuda del colombiano X — «agente de enlace número 5-Col»— con quien ya había convenido exactamente el plan «Zerst» sobre inmigración clandestina con base en el punto cardinal «W-Z-ph» que coincide exactamente con la parte más meridional-occidental del territorio colombiano. Posteriormente, por graves quebrantos de salud a consecuencia de enfermedades adquiridas en los climas amazónicos, tuve necesidad de internarme en una clínica de esta ciudad en donde permanecí hasta muchos días después de la fecha en que la cancillería alemana fue tomada por las fuerzas democráticas, y por consiguiente mi intervención en la in-taba [sic, faltan palabras en el original] mi colaboración correspondiente se procuraría por todos los medios hacer conocer de las autoridades colombianas aquellos documentos que ser-migración [s/c] de Hitler y Bormann a Colombia no llegó sino hasta donde dejo relatado anteriormente.

Lo anterior, señor director, estoy listo a comprobarlo en forma plena ante quien corresponda, dando los nombres propios de personajes colombianos con base en las siguientes condiciones:

1a. Que se tenga reserva, en cuanto fuera posible, mi nombre e identidad;

2a. Que la investigación se lleve a cabo dentro de la más estricta reserva, brindándome a mí las seguridades del caso para no ser víctima de asesinato; y,

3a. Que, en obsequio de la comprobación exacta de mis relatos, se me preste ayuda económica para poder viajar a Europa y unirme a los míos que se hallan en la zona adjudicada a Estados Unidos.

Debo advertir en cuanto a mí me toca, no tengo temor de comparecer ante las autoridades de este país ni ante las autoridades de las de ningún otro porque tengo pruebas suficientes que me acreditan como perseguido del régimen nazi fascista.

Puede usted, señor director, insinuar las bases en que pueda obrar yo para efecto de comprobar los hechos relatados en esta carta, los cuales podrán ser exactamente relacionados y comprobados con los denunciados por el señor Eudoro Llama Seltz en el diario de su propiedad.

De usted atento y seguro servidor,

H.H.K.

Galería



Se Halla Hitler en Bogotá?

— Una Fantástica Carta Llegada á EL TIEMPO —

Es enviada desde Aruba y pide cincuenta mil dólares por enviar pruebas y fotografías. Reside en una hacienda de la Sabana asiste con frecuencia a cine y está acompañado de numerosos técnicos. Encabezará la cruzada mundial contra el comunismo.

Sin querer originar ninguna leyenda y a título meramente informativo, publicamos a continuación la curiosa y original carta enviada a nuestra redacción por "Amigo, Amigo, Amigo", desde Aruba, y en que se inventa una curiosa historia a raíz de la desaparición del "Fuehrer" alemán; localizando lo en la tranquila Sabana de Bogotá, gozando de completa salud y dedicando sus ratos de ocio a asistir a los salones de cine de la capital. El texto de la comunicación es el siguiente:

Oranjestad, Isla de Aruba, 27 de abril de 1948.

Señor director de EL TIEMPO
Bogotá.
Muy distinguido señor:

Tengo el gusto en dar a usteds la más sensacional noticia que pueden dar en su leído y poderoso diario, en estos últimos tiempos y en esta hora neurálgica de la humanidad vacilante. HITLER SE ENCUENTRA EN BOGOTA

Está vivo, perfectamente sano y salvo, y no sufre de ninguna enfermedad hasta el presente. Hace sólo diez días lo he dejado en perfectas condiciones. Se pondrá al frente del mundo occidental, tan pronto se inicie el gran choque militar entre Rusia y los Estados Unidos de Norte América. Espera aún reunir un ejército de cinco millones de occidentales, para una cruzada general contra el velocheismo.

Si la guerra se inicia, dice: dos tercios de la humanidad presente pueden sucumbir, pero nos queda el espacio astronómico para extender a la humanidad vencedora por los caminos siderales en una supresión de grandeza y de paz perdurable".

Hitler aspira a la conquista de la Luna y de Marte, después del sometimiento completo de Rusia. Cree que es el único camino de distraer la emoción universal, para actuar en la novedad de una serie de descubrimientos interplanetarios, que marquen nuevos rumbos a la humanidad vicíada y enferma de sistemas culinarios incapaces de lograr el bienestar general.

Como datos especiales de la existencia de Hitler en Colombia en las vecindades de Bogotá, me permito dirles lo siguiente:

Desembarcó del submarino "U. V. Z." 1948 en Santa Honda, costa de la Guajira Colombiana, en la madrugada del 18 de julio de 1943 acompañado de seis hombres así: dos técnicos en radio y aparatos de precisión dos tenientes coroneles, uno de infantería y otro de artillería, un mayor de aviación y un experto en submarinos, todos en traje civil, disfrazados de paisanos, a la vez, fuera del equipaje en bolsas de hule, había dos bolsas de lona marrón, con billetes en dólares americanos, por cantidad de tres millones. Este dinero estaba a su vez camouflado con ropa de uso casero por encima y por debajo.

Al desembarcar en un recodo de la anchurosa y bella Bahía Honda, cuatro esforzados indios guajiros, esperaban en un punto especial para conducir los equipajes hacia lugares indicados. Dos agentes coordinadores habían venido con los indios. Los agentes coordinadores todo lo habían preparado ya de antemano y en las vecindades aguardaban caballos y más adelante, un camión de estaca. Los viajes se hicieron pensados, andando de noche gran parte y de día en las madrugadas. Después de acampar en las vecindades de muchas poblaciones unos dentro de ellas, se llegó a un puertecito del río Magdalena. De este puertecito se prosiguió el viaje en barcos de carga de la más pequeña clasificación del río, hasta llegar a otro puerto del departamento de Santander del Sur. Desde allí, viajando en tren, se llegó a Bucaramanga, con pasajes de tercera clase. De la capital de Santander, se consiguió otro camión de carga, comprado hasta Pamplona y desde esta ciudad se obtuvo automóvil expreso a Bogotá. Nunca nadie se alojó en hotel de ninguna clase, y los dos agentes coordinadores, conseguían los pasajes, los vehículos y las previsiones. Siempre se aguardaba el vehículo por la menos legua y media de distancia del barrio más apartado de un pueblo o ciudad.

Hitler va mucho a cine

Con el mejor propósito de observar los noticieros cinematográficos. Frecuentó desde su llegada los teatros de Bogotá.

Acostumbra usar sombrero y espejuelos, y al principio usó barba poblada que le daba la apariencia de un extranjero apático y de delicada salud.

Hitler frecuenta tres haciendas distintas, en las sabanas de Bogotá, y posee en una de ellas hacienda, suficientes caballos, postas y otros empleados, que nunca saben ni han sabido hasta el presente, con qué clase de personaje trabajan. De las tres haciendas una está arrendada, otra es de un "conservador" distinguido y ricachón y la otra es propia, comprada por mano de terceros. Con tres meses de anticipación a su llegada a la capital.

Hitler recibe todos los diarios principales de Colombia, más periódicamente el "The New York Times", y muchas revistas. Posee tres estaciones de radio clandestinas y no menos de cinco receptores en diferentes puntos estratégicos. Tiene en su hacienda propia, un bosque, donde ha constituído una especie de "montaña sagrada". Esta montaña tiene en verdad una eminencia de unos doscientos cincuenta metros de elevación sobre el terreno. Sus agentes coordinadores le han conseguido toda clase de aparatos mecánicos para asuntos de meteorología y bastante náutica. Casi nadie frecuenta este bosque, al que Hitler finge viajar para sólo asuntos de cacería.

Hitler no es conocido por su nombre ni mencionado como tal por ninguno de sus empleados. Sólo sus fieles servidores alemanes saben su verdadera identidad. Sus empleados lo conocen sólo como un minero amigo del bosque campesino y de la cacería". Yo sé una buena colección de rifles para cazar y dos magníficas carabinas alemanas. Tiene a su disposición muchos libros que le llegaron después de su arribo del submarino y algunos archivos que maneja en una gruta secreta en la montaña sagrada donde tiene lámparas especiales. Posteriormente a su arribo le llegaron cuatro técnicos más, algunos de los cuales son especialistas en bombas, mecánica y electricidad. Estos técnicos entraron por Venezuela, por la región del Táchira, y desembarcados también de submarinos.

El arribo de Hitler a Bahía Honda, se hizo en un convoy de tres submarinos, salidos desde Hamburgo, de una localidad bastante retirada del área de los bombardeos. Los tres submarinos tomaron dos veces combustible, desde submarinos tanques que ya estaban apostados a lo ancho o largo del Atlántico. Estos submarinos tanques, también poseen depósitos submarinos de combustible, en puntos cercanos a algunas islas del Atlántico y cerca de la costa colombiana que es muy solitaria: poseen más de treinta depósitos, muy estratégicamente guardados. Hay una clase de "empaque de prima", que más parecen grandes peces barrigones muertos, que un depósito de esencia. Estas bolsas de combustible son por lo tanto "blandas" y refractarias a un choque con destroyers o similares y otros implementos. De la misma manera hay alimentos concentrados bien protegidos así, como tapas a hermético.

Hitler posee cuatro bases submarinas a sus órdenes, con seis submarinos cada una. Y éstas a la vez alimentan un sistema de depósitos marinos de combustible suficiente y de alimentos y droga, que podrían resistir diez años y aun doce. Las bases están tan bien organizadas, que en cualquier momento dado pueden hacer una "cadena continental submarina", que rápidamente podrían poner a Hitler en Europa en perfectas condiciones.

Entre los personajes que tiene Hitler en Bogotá hay un emisario médico y cuentan con drogas como para abastecer a un hospital de primera con doscientos enfermos.

Entre los "agentes coordinadores" están el cuento, que se ha retirado hace sólo dos meses, y como no veo en Hitler a ningún personaje fatídico para la humanidad ni criminal como lo ha querido afirmar la prensa del mundo, más bien lo considero uno de los grandes genios del mundo, y no siendo alemán de origen, o de nacionalidad, tampoco por este motivo me propongo perseguirlo ni infamarlo.

Estoy sólo dispuesto a ganarme cincuenta mil dólares, por los reales comprimidos de esta grande y fantástica odisea, suministrando fotografías completas y datos concretos al periódico que me dirvera, con la única condición de no dar los nombres de las haciendas ni su localización precisa, a no ser que Hitler abandone a Colombia... Si estalla la guerra mundial nueva, entonces comprobaría con mucho gusto su último paradero. Pues no deseo que se la persiga, y sólo me propongo INFORMAR AL MUNDO de que el salvador occidental está vivo, y muy vivo, dispuesto a tomar su puesto de mando contra el comunismo que amenaza destruirse sobre el planeta en una horda avasalladora y sangrienta.

Por la prensa me daré cuenta de su oferta para el relato completo de todo, pero antes debe existir la "bonificación" inicial o retribución por este informe.

Muy atentamente,

Amigo, Amigo y Amigo.

Facsímil del periódico *El Tiempo* del 9 de mayo de 1948 con la carta de Amigo, amigo, amigo, en la que contaba el paso de Hitler por Colombia.

(Archivo particular)



Boris Beschiroff con sus empleadas de Sanicol en la época en la que Hitler visitaba el laboratorio en Bogotá.



(Archivo particular)

Ana Beatriz Aguacia, la empleada de Sanicol que conversó con Hitler en Bogotá. (*Archivo del autor*)



El piloto Gerhard Thyben recibió la Cruz de Hierro con Hojas de Roble por su destacada actuación durante la guerra. Llegó a Colombia y fue piloto de prueba de la Fuerza Aérea Colombia (FAC) y piloto comercial.

(Archivo particular)



Carlos Julio Duarte estuvo en una reunión en Bogotá en la que estuvo Adolfo Hitler y oyó las historias de la visita del líder nazi a Paipa.

(Archivo del autor)



Eduardo Pulido Villamil señalado en la foto con un lápiz. Su hijo cree que era un huérfano alemán traído de manera clandestina a Colombia. Mucho antes de que se revelara el archivo de la CIA contaba que Hitler había estado en Tunja en los años 50.



(Archivo particular)

La foto de Phillip Citroen y Adolfo Hitler en Tunja que está en los archivos de la CIA.



Rudolf Rettberg fue comandante de la Novena División Panzer SS Hohenstaufen que tuvo una destacada actuación en batalla en 1944. Fue premiado con la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro y la Cruz Alemana en Oro. En Colombia trabajó en la empresa Celamerck hasta su fallecimiento en 1981. En la foto aparece en un evento de la compañía con Inés Duque, su secretaria quince años.

(Archivo particular)



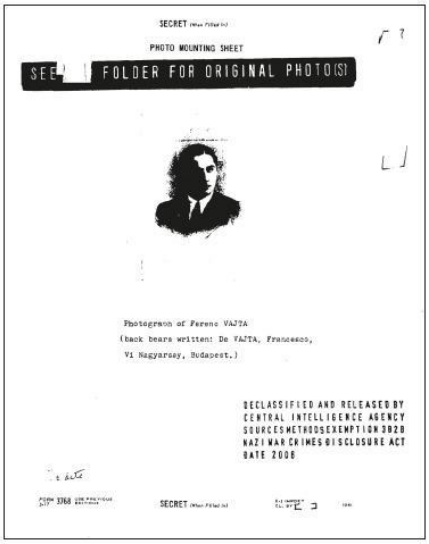
Gunter Schwochau peleó en el frente oriental durante la Segunda Guerra Mundial, trabajó en Acerías Paz del Río y en el Servicio de Inteligencia Colombiano (SIC) del general Gustavo Rojas Pinilla.

(Directo Bogotá)



Ramón Tovar Willmann con la bandera nazi que Fernando Ospina, el hijo del presidente Mariano Ospina Pérez, adquirió en 1939 en Berlín.

(Crédito: Liliana Toro)



SECRET (When Filled In)

PHOTO MOUNTING SHEET

SEE [redacted] FOLDER FOR ORIGINAL PHOTO(S)

Photogramm of Ferenc VAJTA
(back bears written: De VAJTA, Francesco,
Vi Nagyarsay, Budapest.)

DECLASSIFIED AND RELEASED BY
CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY
SOURCESMETHODSEXEMPTION 3B2B
NAZI WAR CRIMES DISCLOSURE ACT
DATE 2006

SECRET (When Filled In)

Primera página del *dossier* de la CIA sobre el criminal de guerra húngaro Ferenc Vajta.

Cuatro pilotos alemanes en Colombia, de izquierda a derecha: Waldemar Wübke, Herbert Wild, Herbert Boy y Gerhard Thyben.

(Archivo particular)



El general (r.) Pinilla señala en un mapa el punto en el que avistó en los años sesenta un submarino hundido, probablemente alemán, frente a la costa de La Guajira.

(Crédito: Liliana Toro)



El pedagogo alemán Julius Sieber que, según diversas fuentes, se reunió con Hitler en Tunja.

(Rectoría Escuela Normal de Varones de Tunja, cortesía de Julián Hozman Mora).



El general (r.) Belarmino Pinilla fue piloto de helicópteros y del avión presidencial de varios mandatarios colombianos. En los años sesenta conoció a Josef Mengele en Brasil. (*Crédito: Liliana Toro*)



Wolfgang Hinz recibió un sobre de manos de Adolf Hitler en el bunker en 1945. Tras la guerra llegó a Colombia y trabajó en Acerías Paz del Río, donde le hicieron un atentado. (*Gatopardo*)



El profesor Javier Ocampo López, presidente de la Academia Boyacense de Historia, se enteró de la visita de Adolfo Hitler a Tunja cuando estudiaba en esta ciudad.

(*Archivo del autor*)

Fuentes y bibliografía

Bibliografía

Aarons, Mark y Loftus, John, *Unholy Trinity: The Vatican, The Nazis, and The Swiss Banks*. Nueva York: St. Martin's Press, 1998.

Artucio Fernándes, Hugo, *Nazis en el Uruguay*. Montevideo: Edición del Autor, 1940.

Artucio Fernández, Hugo, *The Nazi Underground in South America. Parrar & Rinehart, Inc., 1942*.

Basti, Abel, *Bariloche nazi*. Bariloche: edición del autor, S. C., 2003.

Basti, Abel, *El exilio de Hitler*. Bogotá: Planeta, 2016.

Basti, Abel, *Hitler: el hombre que venció a la muerte*. Bogotá: Planeta, 2015.

Basti, Abel, *Tras los pasos de Hitler*. Bogotá: Planeta, 2014.

Basti, Abel. *Los secretos de Hitler*. Bogotá: Planeta, 2017.

Biermann Stolle, Enrique, *Distantes y distintos: los emigrantes alemanes en Colombia 1939-1945*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2011.

Bosemberg, Luis Eduardo, *La Alemania nacionalsocialista, la Scadta y la aviación colombiana en la década de 1930*. Bogotá: Kimpres S.A.S., 2005.

Braden, Spruille, *Diplomats and Demagogues. New Rochelle, Nueva York: Arlington House, 1971*.

Byrnes, James, *Speaking Frankly. New York: Harper & Brothers Publishers, 1947*.

Ceballos Nieto, Daniel y De Ceballos, Ingrid Müller, «La participación de los alemanes en el desarrollo de la educación en Colombia». En Mayr & Cabal (Eds.), *Presencia alemana en Colombia* (pp. 142-151). Bogotá, 1993.

Chase, Allan, *Falange. El ejército secreto del Eje en América*. La Habana: Ediciones Caribe, 1943.

Conze von Eckart, Norbert Freí, Peter Hayes, Moshe Zimmermann, *Das Amt und die Vergangenheit: Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik*. Munich: Blessing Verlag, 2010.

Correa Da Costa, Sergio, *Crónica de una guerra secreta*. Argentina: Record, 2004.

Davidy, Wise y Thomas B., Ross, *El gobierno invisible*. Buenos Aires: Hemisferio, 1966.

Parías Mendoza, Alberto, «Los alemanes en la aviación colombiana». En Mayr & Cabal (Eds.), *Presencia alemana en Colombia* (pp. 108-123). Bogotá: 1993.

Parías, Víctor, *Los nazis en Chile*. Ciudad de México: Wide Chance, 2000.

Fellgiebel, Walther-Peer, *La élite del Tercer Reich: los portadores de la Cruz de los Caballeros de la Cruz de Hierro 1939-1945*. (S. L), 2004.

Friedman, Max Paul, *Nazis & Good Neighbors. Nueva York: Cambridge University Press, 2013*.

Galvis, Silvia y Donadío, Alberto, *Colombia Nazi*. Bogotá: Planeta, 1986.

Galvis, Silvia y Donadío, Alberto, *El jefe supremo*. Bogotá: Planeta, 1988.

Gambini, Hugo y Kocik, Ariel, *Crímenes, mentiras, las prácticas oscuras de Perón*. Buenos Aires: Sudamericana, 2017.

Goñi, Uki. *La auténtica Odessa*. Buenos Aires: Paidós, 2009.

Helg, Aline, «La educación en Colombia 1946-1957», Capítulo 4. En Tirado Mejía, Álvaro (Dir.), *Nueva historia de Colombia* vol. VI (pp. 111-133). Bogotá: Planeta, 1989.

Helg, Aline, *La educación en Colombia 1918-1957: una historia social, económica y política*. Serie Educación y Cultura. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, Plaza & Janés Editores Colombia, S. A., 2001.

Henderson, James D., *La modernización en Colombia*. Antioquía: Editorial Universidad de Antioquía, 2006.

Hernández García, José Ángel, *La guerra civil española y Colombia. Influencia del principal conflicto de entreguerras en Colombia*. Bogotá: Universidad de la Sabana / Editorial Carrera 7.ª, 2006.

Hudal, Alois, *Die Grundlagen des Nationalsozialismus. Leipzig, Viena, 1937*.

Hudal, Alois, *Römische Tagebücher*. Graz: Stocker, 1976.

Kimbal, Warren, *Churchill & Roosevelt: the complete correspondence*. Princeton, N. J.; Princeton University Press, New Jersey, 1984.

Lauderbaugh, George M., «Bolivarian Nations: Securing the Northen Frontier», Capítulo 7 (pp. 109-125). En Thomas M. Leonard, & *John F. Bratzel (Ed.), Latín America During World War II. Maryland: Rowman & Littlefield Publishers INC, 2007.*

Levy, Jonathan, *The Intermarium: Wilson, Madison, & East Central European*. En línea: Dissertation.com. Buca Ratón, 2006.

Lozano, Álvaro, *XX: Un siglo tempestuoso*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2016.

Marín, Pedro, *Bajo el cielo azul de la belleza. La Suiza de Santander*. Bucaramanga: Publicistas Impresores Meron Ltda., 1993.

Martínez, Tomás Eloy, *Las vidas del general*. Buenos Aires: Aguilar, 2004.

Máximo, Gómez, *U-Boats del III Reich en Cuba*. Madrid: Entrelineas, 2009.

Naftaly, Timothy y Norman, Goda, *La inteligencia de Estados Unidos y los nazis*. Nueva York: Cambridge University Press, 2005.

Naím, Moisés y Tulchin, Joseph S. *Política de competitividad, desregulación y modernización en América Latina*. London: Lynne Rienner Publishers, 1999.

Ocampo López, Javier, *Creación y fundadores de la Universidad Pedagógica de Colombia*. Tunja: Editorial Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2003.

Ocampo López, Javier, *Rojas Pinilla, bibliografías*. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, Biblioteca Virtual del Banco de la República.

Patai, Raphael, *The Jews of Hungary: History, Culture, Psychology. Detroit: Wayne State University Press, 1996*.

Rauschning Hermann, *Hitler Speaks: A Series Of Political Conversations With Adolf Hitler On His Real Aims. T. Butterworth Limited, 1939 [Kessinger Publishing. 2006].*

Roland H. Ebel; Taras, Ray & D. Cochrane, James, *Political culture and Foreign policy in Latín America: case of Studies from circum-Caribbean*. New York: Ed. Suny Press, 1991.

Rom, Eugenio P., *Así hablaba Juan Perón*. Argentina: Peña Lillo, 1980.

Salamanca Parra, Hugo, Tunja y sus históricos secretos: Hitler. [Manuscrito]. 2017.

Simpson, Christopher, *Blowback: The first full account of America's Recruitment of nazis, and its disastrous effect on our domestic and foreign policy*. New York: Open road, 1989.

Tirado Mejía, Álvaro, «El gobierno de Laureano Gómez. De la dictadura civil a la militar», Capítulo 4 (pp. 81-104). En Tirado Mejía, Álvaro (Dir.), *Nueva Historia de Colombia*, vol. II, 1989. Bogotá: Planeta.

Tirado Mejía, Álvaro, *Rojas Pinilla: del golpe de opinión al exilio*, Capítulo 5 (pp. 105-125). En Tirado Mejía, Álvaro (Dir.), *Nueva historia de Colombia*, vol. II, 1989.

United States Department of State, *Blue book on Argentina; consultation among the American republics with respect to the Argentino situation*. Nueva York: Greenberg, 1946.

Wachtel, Joachim, *La historia de la Lufthansa*. Colonia: Deutsche Lufthansa Aktiengesellschaft, 1975.

Williamson, Gordon, *Las SS: instrumento de terror de Hitler. Madrid: Libsa, 2002*.

Wünschmann, Kim, *Before Auschwitz: Jewish Prisoners in the Prewar Concentration Camps*. Library of Congress Cataloging in Publication data, 2015.

Artículos periodísticos y trabajos académicos

Angulo, Ana María, «Conceptos pedagógicos alemanes en la educación colombiana: la Segunda Guerra Mundial y la actualidad». *Matices en Lenguas Extranjeras (MALE)*, n.º 1, 2007. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.

Becerra Ardila, Diego y Restrepo, Olga, «Las ciencias en Colombia: 1783-1990, una perspectiva histórica-sociológica». *Revista Colombiana de Educación*, n.º 26, 1993.

Bosemberg, Luis Eduardo, «Militares colombianos en la Alemania nazi, 1934-1937». *Memoria y Sociedad* 19, n.º 38 (2015): 44-58.

Bosemberg, Luis Educardo, «Alemania y Colombia, 1933-1939». *Revista del Instituto Iberoamericano VI*, 2006. Bogotá.

Cruz, Atehortúa y León, Adolfo, «El cuartelazo de Pasto». *Historia Crítica*, vol 37, pp. 148-169, 2009. Centro de Publicaciones Universidad de los Andes.

Deckert, Román, «Una historia de la violencia de armas alemanas en Colombia». Centro de Informaciones para la Seguridad Transatlántica (BITS). Berlín, agosto, 2007.

Garzón Ospina, Luz Alexandra, «Del abandono y la orfandad al cuidado y formación para la vida». Trabajo Social, n.º 19, pp. 87-100, 2017. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Izquierdo, Germán, «Los libros nazis de la Biblioteca Nacional». *Revista Arcadia*, mayo, 2016.

Mencía, Mario, «Fidel Castro en el "Bogotazo" (abril, 1948)». Revista *Bohemia*, abril, 1978.

Mendoza, Mario, «El portador del documento secreto de Hitler murió en Malambo, Colombia». CORREveDILE.com, 2015.

Motta Vargas, Ricardo (miembro de la Academia Boyacense de Historia), «El aporte educativo de los alemanes en Tunja». *Así Sucedió*. Mayo, 2017. Disponible en **http://www.asisucedio.co/el-aporte-educativo/**

Sanfilippo, Matteo, «Los papeles de Hudal como fuente para la historia de la migración de alemanes y nazis después de la Segunda Guerra Mundial». Comisión de Esclarecimiento de las Actividades Nazis en Argentina. Disponible en **http://legacy.ptwf.org/downloads/sanfilippopaperceana.pdf**

Scharnholz, Lars y Toro, Alexandra, «La influencia alemana en el proceso de industrialización en Colombia». *Apuntes*, 27(2y.60-77, julio-diciembre, 2014. Bogotá.

Sondern, Frederic (júnior), «Los últimos días de Hitler». *Selecciones del Reader's Digest*. 1977. Archivo Histórico del Banco de la República, Fondo de Estabilización. Administración Fiduciaria, Liquidación de cuotas, Aforos, 1946-1948.

Viloria de la Hoz, Joaquín, «Banco de la República en Barranquilla, 1923-1951». *Cuadernos de Historia Económica y Empresarial*, n.º 6, marzo, 2000. Centro de

Investigaciones Económicas del Caribe Colombiano, Banco de la República, Cartagena de Indias.

Zavala, Humberto, «Cuando la Segunda Guerra Mundial llegó a aguas venezolanas». Diario *La Izquierda*. Red Internacional. 16 de febrero, 2017.

Publicaciones periódicas

AFP, 10 de octubre, 2016.

Agencia United Press, 10 de junio, 1945.

Ámbito Financiero, 23 de abril, 1993.

BBC Mundo, Artur Wallace, 15 de agosto, 2012.

Clarín, 16 de enero, 2006.

Cromos 7 Días, 20 de marzo, 1972.

Cuadernos de Historia, Alfred López, 18 de septiembre, 2015.

Der Spiegel, 14 de mayo, 2014

El Confidencial, 10 de enero, 2016.

El Espectador, 15 de julio, 2014.

El Espectador, 31 de enero, 1953.

El País, 25 de mayo, 2014.

El País, 25 de mayo, 2014.

El País, España, 11 de mayo, 2008.

El Tiempo, 13 de noviembre, 1999.

El Tiempo, 14 de noviembre, 1976.

El Tiempo, 16 de septiembre, 1938

El Tiempo, 16 de septiembre, 1938.

El Tiempo, 21 de julio, 1940.

El Tiempo, 22 de octubre, 2000.

El Tiempo, 27 de octubre, 1939.

El Tiempo, 31 de marzo de 1944.

El Tiempo, 6 de febrero, 1950.

Fredonia Histórica, n.º 17. Presbítero Iván Gavina Correa.

Gatopardo, n.º 0, 1999.

La Nación, 30 de mayo, 2015.

La Razón, España, 14 de agosto, 2016.

La Vanguardia, España, 15 de mayo, 2008.

La Voz de Rusia, 26 de marzo, 2012.

New York al día, 22 de mayo, 1948.

Passauer Neue Presse, 13 de diciembre de 1949.

Semana, 23 de noviembre, 2011.

The New York Time, 26 de octubre, 1990.

The National Police Gazette, junio y julio, 1953

Time Magazine, 28 de mayo de 1945.

Sitios web

«Vereda Berlín de la Belleza. Historias sobre "Los Alemanes"». Disponible en**https://berlin-labelleza.blogspot.com.ar/2008/10/el-municipio-de-la-belleza.html**

Alvarado Godoy, Percy, *Descubriendo la verdad. Archivos desclasificados, verdades ocultas por los medios, las agresiones terroristas*. Disponible en***https://percy-francisco.blogspot.com.co/***

Castillo Monroy, Miguel Ángel, «Extranjeros en Tunja». *Croniquillas del Ocio*. Disponible en***https://croniquillasdelocio.blogspot.com.co/?view=flipcard***

Cinco Sentidos. Disponible en **https://www.viverocincosentidos.com/nosotros**

Gómez Álvarez, Máximo, «El incidente 3208: hundimiento del U-176». Disponible en http://u-boatsenelmarcaribe. blogspot.com.ar/2013/08/uboats-en-el-mar-caribe.xhtml

Manfredi, Alberto N., «Al finalizar la guerra submarinos alemanes llegaron clandestinamente a las costas bonaerenses y patagónicas». *Perón y la Tercera Posición. El IV Reich en la Argentina*. Disponible en**http://peronterceraposicion.blogspot.com.ar/2013/05/los-ojos-del-mundo-en-el-extremo-sur-de_29.html**

Museo de Arte Moderno de Bogotá. Mambo. *La Colección, Tomo 2*. Disponible en**http://anyflip.com/rsde/yirc/basic/151-200**

Ospina, Lucas, «La pureza de Erasmus Gerardo Reichel-Dolmatoff». *La Silla Vacía*, 30 de agosto, 2012. Disponible en**http://lasillavacia.com/elblogueo/lospina/35777/la-pureza-de-erasmus-gerardo-reichel-dolmatoff**

Zavala, Humberto, «Cuando la Segunda Guerra Mundial llegó a aguas venezolanas». Venezuela, 16 de febrero, 2017. Disponible en **https://www.laizquierdadiario.com.ve/Cuando-la-Segunda-Guerra-Mundial-llego-a-las-costas-venezolanas**

Archivos de videos

«Periodista le pregunta a hombre si él es Martin Bermann». En línea: **https://www.youtube.com/watch?v=7OxbKqSKhb4**

History Channel, «Hitler's Plañe», episodio ocho. *Hunting Hitler*. Serie televisiva, primera temporada. 29 de diciembre, 2015.

Programa «Más Allá», Canal RED +, 6 de agosto, 2017.

Quilcat, Pedro Alva, *Adolfo Hitler de paso por Casa Grande rumbo a Sunchubamba*. Studio Ismanui. (s. f.).

Rodrigo H. Vila, *Proyekt Huemul. El IV Reich en la Argentina*, Documental emitido por History Channel.

Entrevistas en Bogotá, Tunja y Paipa

Gerhard Thyben (júnior), Carlos Julio Duarte, Carolina Daza Hurtado, Mario Mendoza, general (r.) Belarmino Pinilla, Edwin Umaña, Julio César Peña Ayala, Javier Ocampo López, Esteban Anaya, Eduardo Giordanelli, Adriana Galindo, George von Gutzmann, Pelusa Pulido Galindo, Eduardo Londoño-Schimmer, Margarita Camargo, Marta Camargo, Liliana Gómez, Heidi Rettberg, Inés Duque, Roxana Wagner, Andrés Sarmiento.

Agradecimientos

Agradezco a todos los integrantes del grupo «Hitler en Colombia», conformado en Bogotá en 2017, quienes en forma voluntaria se dedicaron a buscar datos y testimonios, e inclusive en algunos casos a contar historias personales relacionadas con la trama de este libro. En particular, a Ricardo Motta Vargas, Ramón Tovar Willmann, Diego Pedraza Corredor, Andrés Beltrán Fletscher, Dalia Magdalena Beltrán Fletscher, Edwin Umaña, Claudia Delgado Aguacia, Juan Trujillo Cabrera, Georg Gutzmann, Édgar Armando Cuchia Galindo, Eduardo Londoño-Schimmer, Óscar Andrés Barrete Cruz, Julio Montoya Silva y Julio César Peña Ayala.

También quiero destacar los importantes aportes realizados por el general colombiano Belarmino Pinilla Contreras y por la licenciada Tatiana Andersen, y agradecer especialmente al editor de esta obra, Andrés Grillo, quien me brindó su apoyo permanente para que pudiera llevar adelante esta investigación, contribuyendo en todo momento con datos y material de primer nivel que han jerarquizado el contenido de este libro.

Si tiene información adicional sobre la visita de Adolfo Hitler a Colombia o sobre los personajes que aparecen mencionados en este libro, puede escribir al siguiente correo electrónico: abelbasti@gmail.com.



ABEL BASTI nació el 5 de julio de 1956 en Olivos, provincia de Buenos Aires; cursó sus estudios en la Escuela Superior de Periodismo — Instituto Grafotécnico —, y al graduarse se desempeñó como cronista en el diario *Clarín*. Radicado en Bariloche desde 1979, Basti se dedicó a reconstruir la historia de los nazis arribados a la Argentina. En esa ciudad del sur fue corresponsal de los diarios *Ámbito Financiero* y *La Mañana del Sur*, y de la agencia de noticias DyN (Diarios y Noticias). El autor publicó los libros *Bariloche nazi, Hitler en Argentina, El exilio de Hitler* y *Tras los pasos de Hitler*, y distintos ensayos sobre la presencia en Sudamérica de alemanes prófugos que huyeron de Europa al terminar la Segunda Guerra Mundial. También ha coordinado expediciones en el Atlántico Sur con el fin de encontrar los cascos hundidos de los submarinos utilizados por los nazis para escapar. Además, se desempeñó como investigador para documentales de televisión nacionales y extranjeros. Actualmente es director de *Periódico del Sur*.

Notas

[1] En los primeros años del siglo XX, los Estados Unidos invadieron abiertamente Cuba, México, Haití, Panamá, República Dominicana y Nicaragua. <<

[2] U-Boot, es la abreviatura del alemán Unterseeboot, que significa «nave submarina». En plural, U-Boote. Es la denominación dada a los sumergibles y submarinos alemanes desde la Primera Guerra Mundial. <<

[3] Durante esos sucesos pelearon para Colombia, en condición de voluntarios, los capitanes Olaf Bielenstein, Fritz von Donop, Johan von Oertzen, Hans W. von Engel, F. Tesseas von Heidebreck, Hans Kinderman, Karl Maringer, Alexander Mauke, Johan Ristiez, Helmuth Roeder, Fritz von Donop, Rudolf Starke, Hans Werner von Engel, Ludwig Graf-Schaesberg, Henry Grautoff, Hans Ditrich Hoffman y el teniente Helmuth Koening. También participaron los observadores y pilotos alemanes auxiliares, subtenientes Adolf Edler von Graere, Bodo von Kaull, Pall Mutter, Hans Himpe y Heinz Kutscha. <<

[4] Percy Alvarado Godoy, percy-francisco.blogspot.com.ar <<

[5] Silvia Galvis y Alberto Donadío, Colombia nazi. Bogotá: Planeta: 1986. <<

[6] Luis Eduardo Bosemberg, La Alemania nacionalsocialista, la Scadta y la aviación colombiana en la década de 1930. Bogotá: Editorial Kimpres S.A.S., 2005. <<

[7] Ibídem. <<

[8] El Tiempo, 27 de octubre, 1939. <<

[9] Lars Scharnholz y Alexandra Toro, «La influencia alemana en el proceso de industrialización en Colombia». Apuntes, vol. 27, n.º 2, Bogotá, julio-diciembre, 2014. <<

[10] «Germán Trade with Latín America in the Past Two Years». Informe del State Department, 1936, citado por Bosemberg en «Alemania y Colombia, 1933-1939», Iberoamericana VI, 2006. <<

[11] Luis E. Bosemberg, «Alemania y Colombia, 1933-1939». Iberoamericana VI, 2006. <<

[12] Ibídem. <<

[13] Ibídem, citado por Bosemberg. 3 de septiembre de 1936, en GSTA, Rep. 218, n.º 693, Korrespondenz mit Personen und Stellen in Kolumbien, 1936-1938. <<

[14] Enrique Biermann Stolle, Distantes y distintos: los emigrantes alemanes en Colombia 1939-1945. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2001. <<

[15] Wolfang Kiessling, citado por Enrique Biermann en Distantes y distintos: los emigrantes alemanes en Colombia 1939-1945. Bogotá: Universidad Nacional, Facultad de Ciencias Humanas, 2011. <<

[16] Biermann Stolle, Ibídem. <<

[17] Copia del documento en los archivos del autor. <<

[18] Bosemberg, Ibídem. <<

[19] En marzo de 1936, Hitler violó nuevamente el Tratado de Versalles al ocupar militarmente la zona de Renania. <<

[20] La guerra de los Mil Días fue una guerra civil disputada entre 1899 y 1902, en un principio entre el Partido Liberal y el gobierno del Partido Nacional liderado por el presidente Manuel Antonio Sanclemente. Este último fue derrocado el 31 de julio de 1900 por José Manuel Marroquín Ricaurte, representante del Partido Conservador, en alianza con el liberal Aquileo Parra. Desde entonces, y a pesar de dicha alianza, la guerra continuaría entre liberales y conservadores históricos. Estas hostilidades se caracterizaron por un enfrentamiento entre el ejército gubernamental (en un principio nacionalista, después conservador) bien organizado y un ejército de guerrillas. <<

[21] Nota de general Jorge Martínez a ministro de Guerra, 30 de mayo de 1936, rollo 2942, en AGMD. <<

[22] España sirvió como banco de pruebas para las nuevas fuerzas nazis y sus métodos, incluyendo el mencionado bombardeo contra Guernica, en abril de 1937, que causó la muerte de miles de civiles. <<

[23] En marzo de 1934, Hitler anunció que el ejército alemán se ampliaría a 600 000 hombres, esto es, seis veces el número estipulado en el Tratado de Versalles. También, que activaría una Fuerza Aérea militar (Luftwaffe) y que incrementaría el tamaño de la Marina (Kriegsmarine), violando con estas acciones el mencionado tratado. <<

[24] Faupel, entre 1921 y 1926, ejerció como consejero militar en Argentina. Luego fue nombrado inspector general de las Fuerzas Armadas Peruanas. Se desempeñó como primer embajador de la Alemania nazi en la España franquista. <<

[25] Luis Eduardo Bosemberg, «Militares colombianos en la Alemania nazi, 1934-1937». Memoria y Sociedad, 19, n.º. 38 (2015): 44-58. <<

[26] Faupel a Monatsschrift für Internationale Zeitungsforschung, 22 de octubre de 1934, en GSTA, Rep. 218, n.º 101, Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín, Präsidialsachen, Allgemeine Angelegenheiten, vol. 12, abril 1934-marzo 1937, Buchstaben G-Z. <<

[27] Carta a la Auslandsorganization, AO (Organización en el Extranjero del Partido Nazi), en adelante AO, 7 de febrero de 1935, en GSTA, Rep. 218, n.º 238, Prásidialsakten. <<

[28] Luis Eduardo Bosemberg, «Militares colombianos en la Alemania nazi, 1934-1937». Memoria y Sociedad, 19, n.º 38 (2015): 44-58. Cita de Spruille Braden, Diplómate and Demagogues (New Rochelle, Nueva York: Arlington House, 1971). <<

[29] Detalles de esas misiones se pueden leer en el artículo «Militares colombianos en la Alemania nazi, 1934-1937», de Luis Eduardo Bosemberg, Memoria y Sociedad, 19, n.º 38 (2015): 44-58. http://dx.doi.Org/10.11144/Javeriana.mys19-38.mean <<

[30] Martínez a ministro de Guerra, Referencia: «Informar sobre las actividades de la Comisión». Berlín, 16 de septiembre de 1936, rollo 2942, en AGMD. <<

[31] Ibídem. <<

[32] Informe al Sr. general Martínez. Berlín, 3 de mayo de 1936, teniente Horacio González, rollo 2942, en AGMD. <<

[33] Informe al general Jorge Martínez. Berlín, 27 de mayo de 1936, teniente Horacio González, rollo 2942, en AGMD. <<

[1] El Tiempo, 21 de julio, 1940. <<

[2] «Actividades Antinorteamericanas», Archivo del Departamento de Estado de los Estados Unidos, copia microfilmada en la sección de Publicaciones Oficiales de la Biblioteca Nacional de Caracas, Venezuela. <<

[3] A principios de los años treinta, antes de que Hitler asumiera el poder, el número de alemanes en el Brasil era de 700 000, en Argentina 220 000, en Chile 35 000 y en México 19 000. <<

[4] Silvia Galvis y Alberto Donadío, Colombia Nazi. Bogotá: Planeta, 1986. <<

[5] Ibídem. <<

[6] Laureano Gómez fue senador en los períodos 1931-1935 y 1939-1945, convirtiéndose en el máximo dirigente conservador. En 1936, fundó el periódico El Siglo, que mantuvo una línea de fuerte crítica a las políticas liberales. <<

[7] David Bushnell, «Colombia y la causa de los aliados en la Segunda Guerra Mundial», Credencial Historia, n.º 67, julio de 1995. <<

[8] A pesar de las restricciones impuestas, los nazis se las ingeniaron para seguir importando algunos recursos, por ejemplo, el platino colombiano, que era contrabandeado con destino a Alemania. <<

[9] La primera versión de la Lista Negra estadounidense — también hubo una británica — presenta un total de 1835 personas físicas y jurídicas radicadas en América Latina. La mayoría eran alemanes pero también se incluían a criollos o de nacionalidad italiana y japonesa. <<

[10] El Banco Alemán Antioqueño fue fundado en Bremen con un capital de 3 millones de marcos, equivalentes a 750 000 pesos colombianos. El 75 % fue aportado por socios alemanes y el 25 % restante por colombianos. <<

[11] En su autobiografía, publicada treinta años después de estos acontecimientos, Spruille Braden reveló que no había pruebas fehacientes de aeródromos clandestinos usados por los nazis, pero que no se podía desmentir a Roosevelt. Por esta razón, los norteamericanos trataron de crear pruebas en ese sentido, sacando fotos a algunas fincas de alemanes cuyos terrenos planos podrían ser utilizados para el aterrizaje de avionetas. <<

[12] El Fondo de Estabilización se creó a partir de un acuerdo alcanzado en 1935 entre el gobierno nacional y el Banco de la República. Mediante este se asignó hasta un millón de pesos con la finalidad de que esa suma le permitiera al banco la compra y venta de bonos del Estado, estabilizar su precio e influir en el mercado monetario. <<

[13] Joaquín Viloria de la Hoz, «Banco de la República en Barranquilla, 1923-1951». Cuadernos de Historia Económica y Empresarial, n.º 6. Centro de Investigaciones Económicas del Caribe Colombiano, Banco de la República, Cartagena de Indias, marzo, 2000. <<

[14] Humberto Zavala, «Cuando la Segunda Guerra Mundial llegó a aguas venezolanas». Diario La Izquierda. Red Internacional. 16 de febrero, 2017. <<

[15] Roland H. Ebel, Ray Taras & James D. Cochrane, Political culture and Foreign policy in Latín America: case of Studles from circum-Caribbean. Nueva York: Suny Press, 1991. <<

[16] Warren F. Kimball (Ed.), Churchill & Roosevelt: the complete correspondence. New Jersey: Princeton University Press, 1984. <<

[17] Máximo Gómez Álvarez, «El incidente 3208: hundimiento del U-176». Disponible en http://u-boatsenelmarcaribe.blogspot.com.ar/2013/08/uboats-en-el-mar-caribe.html <<

[18] NARA, National Archives and Records Administration, Washington. «Records Relating to U-boat Warfare, 1939-1945». Diario de Guerra del Eastern Sea Frontier. Abril de 1942. Capítulo I, «Situación Submarina», págs. 2-4. <<

[19] La autorización se fundamentó en «lo previsto en la Declaración XV de la Segunda Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas, aprobada por la Ley 20 de 1941». <<

[20] Nota de la Embajada de los Estados Unidos al Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia. FMRECO-EMBEEUU. C382, C511, FW, AGNC, 10 de enero, 1943. <<

[21] Silvia Galvis, «Peripecias de los nazis criollos: intentos golpistas en Colombia en los años de la Guerra Mundial». Credencial Historia, n.º 47, Colombia. <<

[22] Se trató de la segunda presidencia de López Pumarejo, ya anteriormente había gobernado el país durante el período 1934-1938, siempre como candidato del Partido Liberal. <<

[23] Informe del FBI enviado desde Colombia al jefe del organismo, J. Edgar Hoover, en julio de 1943. <<

[24] El Tiempo, 13 de noviembre, 1999. De acuerdo con el FBI, La Voz de Colombia estaba «estrechamente vinculada con el órgano del partido conservador El Siglo». <<

[25] Poder Ejecutivo Nacional, Decreto n.º 2643, 1943. <<

[26] La Gran Colombia fue una república que jurídicamente existió entre 1821 y 1831 conformada por la unión del Virreinato de la Nueva Granada, la Capitanía General de Venezuela, la Presidencia de Quito y la Provincia Libre de Guayaquil. La superficie correspondía a los actuales territorios de las repúblicas de Ecuador, Colombia, Panamá y Venezuela, así como otros que hoy son parte de Honduras, Perú, Nicaragua y Brasil. <<

[27] Los revoltosos tenían órdenes de respetar la vida y las propiedades de los extranjeros, con excepción de los judíos, con los que había que actuar sin ningún tipo de miramientos. <<

[28] De acuerdo con el coronel Luis Agudelo, se sumaron a la revolución el exministro de Hacienda, Alfonso Araújo, Carlos Arango Vélez y el general Eduardo Bónitto. <<

[29] El Espectador, 15 de julio, 2014. <<

[30] Ibídem. <<

[31] Silvia Galvis y Alberto Donadío, Ibídem. <<

[32] El Tiempo, 31 de marzo, 1944. <<

[33] Atehortúa Cruz y Adolfo León, «El cuartelazo de Pasto». Historia Crítica, vol. 37, pp. 148-169, 2009. Centro de Publicaciones Universidad de los Andes. <<

[34] En Colombia, el cargo de designado presidencial correspondió a la persona encargada de sustituir al Presidente en caso de falta temporal o absoluta de este. Existió entre 1843 y 1991, con algunas interrupciones. <<

[35] Atehortúa Cruz y Adolfo León, Ibídem. <<

[36] Lane a DE, 821.00/7-2444, RG 59, NA, 24 de julio, 1944. <<

[37] Wiley a DE, 821.00/7-745, RG 59, NA, 24 de julio, 1944. <<

[38] Silvia Galvis y Alberto Donadío, Ibídem. <<

[39] Ibídem. <<

[40] Departamento de Marina a DE, 821.00/6-245, RG 59, NA, 2 de junio, 1945. <<

[1] Abel Basti, El exilio de Hitler. Bogotá: Planeta, 2016. <<

[2] Es materia de discusión — algunos autores sostienen que sí; otros, que no — si Perón conoció personalmente a Mussolini. Ver Hugo Gambini y Ariel Kocik, Crímenes Mentiras, las prácticas oscuras de Perón. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2017. <<

[3] Abel Basti, Tras los pasos de Hitler. Bogotá: Planeta, 2014. <<

[4] Cámara de Diputados de la Nación, Diario de Sesiones. Buenos Aires, 18 de mayo, 1938. <<

[5] Esta denominación cobrará importancia a partir de 1945, ya que corrió el rumor de que Hitler había escapado a la Antártida, lo que llevaba a pensar, erróneamente, que esa denominación era exclusivamente para el Polo Sur. <<

[6] Libro azul, Departamento de Estado de Estados Unidos, 1946. <<

[7] La autenticidad del mapa está cuestionada, ya que el agente británico Ivar Bryce admitió haberlo creado, de acuerdo con lo que declaró en sus memorias, «You Only Live Once», publicadas en 1975. Al parecer, el mapa que motivó el discurso de Roosevelt era una adaptación de Bryce de otro real que había estado en posesión del agente nazi Godofredo Sandstede — jefe de la Auslandsorganisation en Argentina —, quien distribuyó varias copias en Buenos Aires. Bryce trabajó para William Stephenson, el jefe de la Coordinación de Seguridad Británica (BSC), una unidad que tenía sede en la ciudad de Nueva York. <<

[8] El 21 de julio de 1946 Villarroel fue derrocado por una turba, que lo sacó del Palacio de Gobierno para posteriormente arrastrarlo mientras era apuñalado y golpeado. Tras asesinarlo, su cadáver fue colgado en la plaza Murillo, en La Paz, junto con el de tres de sus colaboradores. <<

[9] Abel Basti, 2014, Ibídem. <<

[10] Se trata de una serie de entrevistas realizadas en el exilio de Perón en su casa de Puerta de Hierro, en Madrid. La primera tuvo lugar en junio de 1966, y luego se sumaron otras cuatro, entre el 26 y el 29 de marzo de 1970. <<

[11] Eugenio P. Rom, Así hablaba Juan Perón. Argentina: Peña Lillo, 1980. <<

[12] Tomás Eloy Martínez, Las vidas del general. Buenos Aires: Aguilar, 2004. <<

[13] AHBR. Bogotá, Banco de la República, «Memorándum para el Ministro de Hacienda y Crédito Público». Bogotá, 23 de febrero, 1948. <<

[14] La reversión al Estado colombiano de la Concesión de Mares, el 25 de agosto de 1951, dio origen a la Empresa Colombiana de Petróleos S. A., que asumió los activos revertidos de la Tropical Oil Company. Gómez creó el Banco Popular, organizó la Empresa Colombiana de Petróleos — luego Ecopetrol — y el Ferrocarril del Magdalena. En el ámbito oficial, creó los ministerios de Minas y Petróleos, y el de Fomento. También comenzó la construcción de los oleoductos entre Puerto Berrío y Medellín, y entre Bogotá y Puerto Salgar. Además, amplió en tres mil kilómetros las carreteras del país. <<

[15] La guerra de Corea fue librada entre 1950 y 1953 entre la República de Corea (Corea del Sur), apoyada por los Estados Unidos y la Organización de las Naciones Unidas, contra la República Popular Democrática de Corea (Corea del Norte), apoyada por la República Popular China, con ayuda de la Unión Soviética. Colombia aportó tres fragatas y un batallón de infantería, sumando unos 4750 efectivos durante todo el conflicto. Cuando el 27 de julio de 1953 terminó esa guerra, las bajas colombianas sumaban 196 muertos y desaparecidos, y más de 400 heridos. <<

[16] Javier Ocampo López, Gustavo Rejas Pinilla, Bibliografías. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, Biblioteca Virtual, Banco de la República. <<

[17] Ibídem. <<

[18] En Centroamérica la situación era similar. Gobernaban: en Panamá el coronel José Antonio Remón Cantera, en Nicaragua el general Anastasio Somoza García y en Cuba el coronel Fulgencio Batista Zaldívar. En República Dominicana, gobernaba Héctor Bienvenido «Negro» Trujillo Molina — posteriormente designado «Generalísimo», con uso de uniforme y grado —, quien estuvo al frente del poder como títere de su hermano, el tirano Rafael Leónidas Trujillo Molina (el general Rafael Trujillo fue presidente entre los periodos 1930-1938 y 1942-1952 y gobernó de forma indirecta durante los periodos 1938-1942 y 1952-1961, valiéndose de presidentes títeres, como en el caso de su propio hermano). En Haití, el general Paul Eugéne Magloire. Entre tanto, en 1954 en Guatemala una Junta Militar apoyada por la CIA derrocó al presidente,

general Juan Jacobo Árbenz Guzmán, acusado de comunista, y le entregó el poder al coronel reaccionario Carlos Castillo Armas. <<

[1] Hudal envió de regalo a Hitler un ejemplar de su libro con la dedicatoria «Al arquitecto de la grandeza alemana». <<

[2] La Ceana —conformada por expertos nacionales y extranjeros — fue creada por el gobierno argentino mediante el Decreto n.º 390 del 6 de mayo de 1997. La comisión pudo determinar que por lo menos ciento ochenta criminales nazis ingresaron a la Argentina, luego de haber terminado la Segunda Guerra Mundial. <<

[3] Hudal, previo expurgar documentos, legó a su colegio miles de piezas documentales que, al momento de ser examinadas por Sanfilippo, nunca habían sido inventariadas. La mayoría de las cajas contienen documentos de los años veinte y treinta, y sobre la Segunda Guerra Mundial. Las posteriores a 1945 permiten reconstruir la actividad de Hudal respecto a la ayuda que proporcionó para la fuga y protección de los nazis en el exilio. <<

[4] Juan Maler, Frieden, Krieg und «Frieden». Bariloche: Verlag Maler, 1987. En ese entonces, el papa era Pío XII y el monseñor Giovanni Battista Montini se desempeñaba como subsecretario de Estado (tiempo más tarde, se convertiría en el papa Pablo VI). <<

[5] Hudal Alois, Römische Tagebücher. Graz: Stocker, 1976. <<

[6] Draganovic era un sacerdote con un oscuro pasado, relacionado con los campos de concentración croatas, del régimen del ustasha Ante Pavelic, aliado de Hitler. <<

[7] Ese inmueble de la Iglesia estaba ubicado en Via Piave, n.º 23. <<

[8] Uki Goñi, La auténtica Odessa. Buenos Aires: Paidós, 2009. <<

[9] Ibídem. <<

[10] Matteo Sanfilippo, Los papeles de Hudal como fuente para la historia de la migración de alemanes y nazis después de la Segunda Guerra Mundial. Comisión de Esclarecimiento de las Actividades Nazis en Argentina (s. f). <<

[11] Ibídem. <<

[12] Ibídem. Sobre la Assistenza en Génova, HP 27, abril de 1948. Archivo Hudal. <<

[13] Abel Basti, Tras los pasos de Hitler. Bogotá: Planeta, 2014. <<

[14] Nord Press, 6 de diciembre, 1949. <<

[15] Passauer Neue Presse, 13 de diciembre, 1949. Por esos tiempos, también se hizo público que la Cruz Roja, en colaboración con hombres de la Iglesia, estaba ayudando a los fugitivos al entregarles pasaportes, sin investigación previa de quienes recibían esos documentos. <<

[16] HP 25-26, HP 41, HP 44-47, 67-72, HP75. <<

[17] Sanfilippo. Ibídem. 13-8-1949, Sede Central de la IRO en Roma, HP 24, agosto de 1949, y HP 35, febrero de 1950. <<

[18] Hudal falleció en 1963, en Grottaferrata, una ciudad de la provincia de Roma. Trabajó hasta sus últimos días tratando de lograr una amnistía para los nazis. <<

[19] Acusado de traicionar a Hitler y de haber participado de movimientos subversivos que tenían como propósito asesinar al Führer, Canaris fue ejecutado, el nueve de abril de 1945, en la horca por los nazis en el campo de concentración de Flossenbürg. <<

[20] Formalmente, Kopps fue contratado en la biblioteca de la Casa Generalizzia de la orden de los salvatorianos. <<

[21] Presbítero Iván Gavina Correa, Revista Fredonia Histórica, n.º 17. <<

[22] 5 de abril de 1948, Von Kurtz, HP 27, abril de 1948. Además de médico, Von Kurtz efectivamente fue profesor de inglés y educación física en el Liceo de Fredonia. Años después, regresaría a Alemania. Datos aportados por Antonio Estrada Saldarriaga. <<

[23] Ibídem, Sanfilippo. Carta de Mahler, 14 de mayo de 1948, HP 27, mayo de 1948. <<

[24] 22 de mayo de 1948. Mahler, HP 27, junio de 1948. <<

[25] 23 de junio, 1948. HP 27, junio de 1948. <<

[26] A pedido de la fiscalía de Frankfurt, en 1960 la policía alemana comenzó a rastrear a Paulmann Schoof en Chile, donde se había radicado con su familia, en el marco de una causa por homicidio contra «Beyer, entre otros», en la que se pedía su «detención urgente». La hija del exjuez de la SS, Úrsula, comunicó al fiscal que su padre había

fallecido en 1958. Este magistrado nazi fue el padre del empresario germano-chileno Horst Paulmann, fundador y presidente del holding chileno Cencosud. <<

[27] 21 de diciembre, 1948. HP 39. <<

[28] Reinhard Kopps — nacido el 29 de septiembre de 1914 en Hamburgo — usó los nombres falsos Hans Mahler, Juan Maler y Hans Raschenbach. Abel Basti, Ibídem. <<

[29] La revista mensual Der Weg era producida por inmigrantes alemanes que encontraron refugio en Buenos Aires. Era propiedad de la Editorial Durero, y sus responsables eran Eberhard Fritsch, Reinhard Kopps y Dieter Vollmer. Los autores más destacados que participaron fueron Gerhard Bohne, Sven Hedí, Werner Beumelburg, Wilfred von Oven, Otto Skorzeny, Johann von Leers, Alois Hudal, Hans Rudel y Rudolf Hess, entre otros. <<

[30] 8 de abril de 1949, Maler, HP 41. <<

[31] Nota publicada en los diarios Ámbito Financiero y La Mañana del Sur, 23 de abril, 1993. <<

[32] Acusado de ser dirigente del movimiento neonazi, Kops aseguró a la prensa que «mi jefe es (Erich) Priebke», aludiendo a un excapitán de las SS que también vivía en Bariloche. En ese caso, la justicia italiana pidió y consiguió su extradición, ya que sobre Priebke se mantenía pendiente una causa por la denominada «matanza de las Fosas Ardeatinas», perpetrada por los nazis en Roma, poco antes de terminar la Segunda Guerra Mundial. Priebke fue juzgado en Italia y condenado a reclusión perpetua que cumplió hasta su muerte, acaecida en 2013, en una residencia privada, debido a su avanzada edad. <<

[33] HP 25, noviembre de 1949. <<

[34] Kim Wünschmann, Befare Auschwitz: Jewish Prisoners in the Prewar Concentration Camps. Library of Congress Cataloging in Publication data, 2015. <<

[35] Ibídem. Hecht era protestante, convertido al judaísmo, razón por la cual en la propaganda nazi, que justificaba su detención, lo llamaban «el judío Hecht». <<

[36] 16 de diciembre de 1949, Pontificia Commissione di Assistenza, HP 25, diciembre de 1949. <<

[37] HP 23, 19 de abril de 1948. Ver también Revisiting the National Socialist Legacy, Oliver Rathkolb. <<

[38] Karl Hans von Kurtz a Hudal, carta sin fecha. HP 27, marzo de 1948. <<

[39] Matteo Sanfilippo, Los papeles de Hudal…, Ibíd. <<

[40] Ibídem. <<

[41] Respecto a las menciones a Colombia, constan en las cartas enviadas por Karl Hans von Kurtz (de Fredonia y después de Medellín) y por Juan Maler. HP 27, abril de 1948; HP 44; HP 69 y HP 73. Varios solicitantes no mencionan países de preferencia. Algunos pocos optaron por quedarse en Europa, eligiendo España, Gran Bretaña o Suiza. Hubo también solicitudes para Canadá y los Estados Unidos, así como para Sudáfrica y Australia. <<

[42] Ibídem, Sanfilippo. 27 de mayo de 1950, Maler, HP 44; lo de septiembre de 1950, Dr. Maler (Olivos, FCN GEM), HP 44; 19 de septiembre de 1950, Maler, HP 44; 11 de septiembre de 1950, HP 44. <<

[43] Dos de mayo de 1950, Von Kurtz, HP 44; y veintitrés de febrero de 1950, Von Kurtz, HP 44. <<

[44] 12 de julio de 1958, Von Kurtz, HP 69, Korrespondez 1958; y 26 de septiembre de 1958, Von Kurtz, HP 73, sobre azul [1957-1960]. <<

[45] HP 70, fase. 196. Carta sin fecha, Hudal anotó que la respondió a «Umberto» el 16 de mayo de 1961. <<

[46] Bahía Cochinos fue escenario, entre el 17 y 19 de abril de 1961, de la primera intervención militar contra el gobierno cubano presidido por Fidel Castro. Mil quinientos exiliados cubanos, entrenados por los Estados Unidos, invadieron el territorio, pero en menos de 72 horas fueron vencidos por el ejército cubano. El presidente Kennedy tuvo que admitir que su gobierno había organizado la invasión. <<

[47] La Alianza para el Progreso (APP) fue diseñada por los Estados Unidos «para el desarrollo económico, social y político de América Latina». La propuesta fue presentada en la reunión de la OEA realizada en Punta del Este (Uruguay) y fue aprobada el 17 de agosto de 1961. El objetivo era evitar que se repitiera otra Cuba, esto es, un Estado controlado por el comunismo, en territorio latinoamericano. <<

[1] Documento de la CIA, Despacho n.º QPLW-384. <<

[2] Documento de la CIA, Referencia: DB-2922, 31 de enero, 1947; DB-4407, 16 de mayo, 1947, documentos al despacho de la embajada de Madrid, 3 de noviembre, 1947. <<

[3] «Me deporté de los Estados Unidos», nota escrita por Ferenc Vajta. Incluida en el Reporte: TLB-1174 de la CIA, 14 de agosto de 1950. <<

[4] Históricamente, Hungría es un país católico con una minoría protestante. Dos tercios de la población es católica y casi una cuarta parte es protestante. Los principales grupos protestantes son la iglesia reformada calvinista húngara y la iglesia luterana húngara. <<

[5] «Me deporté de los Estados Unidos», nota escrita por Ferenc Vajta. Incluida en el Reporte: TLB-1174 de la CIA, 14 de agosto de 1950. <<

[6] Se trata del último emperador de Austria, rey apostólico de Hungría y rey de Croacia y Bohemia, entre 1916 y 1919, conocido como Carlos I de Austria, IV de Hungría y III de Bohemia. Al asumir el poder en Hungría, el almirante Horthy impidió la restauración del rey Carlos IV de Habsburgo, el mismo citado antes, quien lo intentó en vano. Abandonó sus intenciones de tomar el poder al no contar ni con respaldo popular, ni militar, y además con objeciones internacionales (Francia e Inglaterra se opusieron). <<

[7] La Triple Entente al comienzo de la guerra estuvo integrada por Inglaterra, Francia y el Imperio Ruso, y luego se agregó Serbia, Italia, los Estados Unidos y el Imperio del Japón, entre otros países. <<

[8] A partir de la independencia de Austria, la composición étnica del país quedó constituida en un 90 % por los húngaros. Otras etnias presentes eran alemanes, serbios, eslovacos, rumanos y gitanos. <<

[9] «Me deporté de los Estados Unidos», nota escrita por Ferenc Vajta. Incluida en el Reporte: TLB-1174 de la CIA, 14 de agosto, 1950. <<

[10] Dos años después de su fundación, el Partido de la Voluntad Nacional fue ¡legalizado por su radicalismo violento y continuó funcionando en la clandestinidad. En 1939, fue reconstituido como Partido de la Cruz Flechada, bajo el modelo explícito del partido nazi alemán. <<

[11] «Me deporté de los Estados Unidos», nota escrita por Ferenc Vajta. Incluida en el Reporte: TLB-1174 de la CIA, 14 de agosto, 1950. <<

[12] Horthy llegó a anunciar la rendición de su país a los soviéticos, pero los nazis revirtieron rápidamente esa situación. Por un lado, tomaron el Castillo de Buda, donde se constituía el gobierno húngaro, y, por el otro, secuestraron al hijo de Horthy. Al conocer la captura de su descendiente, Horthy se retractó de su declaración de rendición, que había hecho pública, y dimitió. <<

[13] Para resolver el «problema judío», Eichmann permaneció en Budapest desde abril hasta diciembre de 1944. Diario La Vanguardia, España, 15 de mayo, 2008. <<

[14] Carta de Vajta al honorable François E. Walter, presidente del Subcomité de la Casa de Inmigración, enviada desde Bogotá, 26 de junio, 1950. <<

[15] Comunicación secreta de la CIA A-6824527. Carta del comisionado Argyle R Mackay al senador Pat McCarran, 10 de marzo, 1952. <<

[16] La corona húngara de San Esteban es una diadema considerada como una joya sacra. Perteneció a Esteban I, rey de Hungría, único soberano santo, que fue canonizado por el papa Gregorio III en 1038. Tras treinta años de litigio, en 1978, el gobierno de los Estados Unidos devolvió a Hungría la Corona de San Esteban. <<

[17] Ver reportaje a Habel en Abel Basti, Los secretos de Hitler. Bogotá: Planeta, 2017. <<

[18] El 13 de febrero de 1945 el Ejército Rojo tomó la capital de Hungría tras la rendición de las tropas defensivas. <<

[19] Miklós había desertado del ejército húngaro y se había pasado al bando soviético. El 21 de diciembre de 1944, una asamblea provisional húngara — de la cual participaron representantes de los partidos Comunista, de los Pequeños Propietarios, Socialdemócrata y de los Ciudadanos — nombró un gobierno interino encabezado por Miklós, que permaneció activo hasta las elecciones del 15 de noviembre de 1945. Entre tanto, Szálasi, junto con su gabinete y miembros del Parlamento, el 29 de marzo de 1945 escapó de Hungría, instalando un gobierno en el exilio en Alemania. <<

[20] Las directivas a Himler le fueron dadas por Justice Jakson y por el general Donovan. Comunicación secreta de la CIA, A-6824527, al senador McCarran, 10 de marzo, 1952. <<

[21] Comunicación secreta de la CIA A-6824527. Carta del comisionado Argyle R. Mackay al senador Pat McCarran, 10 de marzo, 1952. <<

[22] Raphael Pata!, The Jews of Hungary: History, Culture, Psychology, Wayne State University Press, 1996. <<

[23] Al terminar la guerra, Viena fue dividida como Berlín en cuatro zonas de ocupación — francesa, británica, norteamericana y soviética —, lo mismo que ocurrió con todo el territorio del país. <<

[24] Documento de la CIA, Referencias: DB-2922 del 31 de enero, 1947; DB-4407 del 16 de mayo, 1947; despacho de la embajada de Madrid, 3 de noviembre, 1947. <<

[25] Comunicación secreta de la CIA A-6824527. Carta del comisionado Argyle R Mackay al senador Pat McCarran, 10 de marzo, 1952. <<

[26] Documento de la CIA, Despacho n.º QPLW-384. Referencias: LISB-749, 14 de enero, 1954 (info:SBOGO, SMAOR); ROGO-309, 15 de enero, 1954 (info: SLISB, SMAOR); DIR-34506, 15 de enero, 1954 (info: SMADIL SBOGO); LISB-752, 19 de enero, 1954 (info: LMADH, SBOGO). <<

[27] Carta de Vajta al honorable François E. Walter, presidente del Subcomité de la Casa de Inmigración, enviada desde Bogotá, 26 de junio, 1950. <<

[28] Del interrogatorio a Vajta en Roma. Documento de la CIA, Memo: PIRA-669, 13 de mayo, 1947. <<

[29] Carta de Vajta al honorable François E. Walter…, Ibíd. <<

[30] Documento de la CIA, Referencias: DB-2922 del 31 de enero, 1947; DB-4407 del 16 de mayo, 1947; despacho de la embajada de Madrid, 3 de noviembre, 1947. <<

[31] Documento de la CIA, Referencias: DB-2922 del 31 de enero, 1947; DB-4407 del 16 de mayo, 1947; despacho de la embajada de Madrid, 3 de noviembre, 1947. Al citar a «Hapsburg», el documento posiblemente se refiere a Otto von Habsburgo, quien promovió la restauración de la casa real de los Habsburg que él integraba. Fue uno de los primeros defensores de la integración europea y adversario tanto de los nazis como de los comunistas. <<

[32] Quien le facilitó una reunión con el jefe de gobierno italiano fue el diputado democratacristiano Fausto Pecorari. Interrogatoria a Ferenc Vajta en Roma, PIRA-669. 13 de mayo, 1947. <<

[33] Documento de la CIA, Despacho n.º QPLW-384. Referencias: LISB-749, 14 de enero, 1954 (info: SBOGO, SMAOR); ROGO-309, 15 de enero, 1954 (info: SLISB, SMAOR); DIR-34506, 15 de enero, 1954 (info: SMADIL SBOGO); LISB-752, 19 de enero, 1954 (info: LMADH, SBOGO). <<

[34] Documento de la CIA, Referencias: DB-2922 del 31 de enero, 1947; DB-4407 del 16 de mayo, 1947; despacho de la embajada de Madrid, 3 de noviembre, 1947. <<

[35] Interrogatorio a Ferenc Vajta en Roma, Memo: PIRA-669, 13 de mayo de 1947. <<

[36] Ibídem. <<

[37] Uki Goñi, La auténtica Odessa. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2009. <<

[38] Documento de la CIA, PIRA-669, 13 de mayo, 1947. <<

[39] Ibídem. <<

[40] Documento de la CIA, Referencias: DB-2922 del 31 de enero, 1947; DB-4407, 16 de mayo, 1947; despacho de la embajada de Madrid, 3 de noviembre, 1947. <<

[41] Jonathan Levy, The Intermarium: Wilson, Madison, & East Central European. [En línea] Dissertation.com. Buca Ratón, 2006. <<

[42] Ibídem. <<

[43] Si bien no se da el nombre de la fuente, el testigo era compañero universitario de Vajta, y luego se desempeñó como secretario general de la Liga para la Federación Danubiana en Budapest. Documento del FBI, Memorando para el director, desclasificado y publicado por la CIA, Exención de Métodos de Fuentes 3B 2B, 2006. <<

[44] Documento de la CIA. Serie n.º IKE-wn, 15 de marzo, 1948. <<

[45] Documento de la CIA, Sobre Ferenc Vajta en España. Fecha de información: 1943-1947. Referencias: DB-4407, 16 de mayo, 1947; DB-2922, 31 de enero, 194; Despacho de la embajada en Madrid, 3 de noviembre, 1947. <<

[46] Jonathan Levy. Ibídem. <<

[47] Carta de Vajta al honorable François E. Walter, presidente del Subcomité de la Casa de Inmigración, enviada desde Bogotá, 26 de junio, 1950. <<

[48] Desde el MI6, Intermarium estuvo bajo influencia de Stewart Menzies y desde los servicios franceses del comandante Wifred «Biffy» Dunderdale, su segundo Tom Greene y Charles Ellis. Stephen Dorril, MI6: Inside the Covert World of Her Majesty's Secret Intelligence Service. New York: Touchstone, 2002. <<

[49] Ibídem. <<

[50] Documento de la CIA, Despacho n.º QPLW-384. <<

[51] Christopher Simpson, Blowback: The first full account of America's Recruitment of nazis, and its disastrous effect on our domestic and foreign policy. New York: Open road, 1989. <<

[52] Stephen Dorril, Ibídem. <<

[53] Carta de Vajta al honorable Francis E. Walter, presidente del Subcomité de la Casa de Inmigración, enviada desde Bogotá, 26 de junio, 1950. <<

[54] Sobre los nazis que emigraron a los Estados Unidos, ver Abel Basti, 2016, Ibídem. <<

[55] Documento de la CIA, Serie n.º TKE-336, 15 de marzo, 1948. <<

[56] Comunicación de la CIA A-6824527, al senador Pat McCarran, 10 de marzo, 1952. <<

[57] Carta de Vajta al contralmirante Roscoe C. Hillenkoetter, Reporte n.º TLB-1174 de la CIA, Anexo 3, 14 de agosto, 1950. <<

[58] Comunicación secreta de la CIA, A-6824527, al senador McCarran, 10 de marzo, 1952. <<

[59] Ibídem. <<

[60] Ibídem. <<

[61] Comunicación del comisionado Argyle R Mackay al senador Pat McCarran, Documento de la CIA A-6824527, 10 de marzo, 1952. <<

[62] Informe de la CIA, Reporte n.º TLB-1174, Carpeta Local n.º 26, Secreto, Bogotá, 14 de agosto 1950. Acto de Divulgación de Crímenes de Guerra Nazi, desclasificado en 2006. <<

[63] Ibídem. <<

[64] Ibídem. <<

[65] Carta al honorable François E. Walter, presidente del Subcomité de la Casa de Inmigración, Washington D. C. Bogotá, 26 de junio, 1950. <<

[66] Documento Secreto de la CIA, n.º de Reporte: TLB-1174, Bogotá, 14 de agosto, 1950. <<

[67] «Elementos extranjeros en Colombia» — Ferenc Vajta —. Ref: TLB-1174, (VHM/gam) Cy. To Wash, 11 de septiembre, 1950. <<

[68] Documento secreto de la CIA. Reporte n.º TLB-259. Fuente Controlada Americana, Bogotá, 29 de noviembre, 1950. <<

[69] Ibídem. <<

[70] Documento secreto de la CIA, Reporte; TLB-1366, Fuente Americana Controlada, Bogotá, 16 de abril, 1951. <<

[71] Ibídem. <<

[72] Ibídem. <<

[73] Documento de la CIA, TLB-1366, Bogotá, 16 de abril, 1951. <<

[74] Documento de la CIA, Despacho n.º QPLW-384. <<

[75] Reporte n.º TLB-1174 de la CIA, Carta al contralmirante Roscoe C. Hillenkoetter. Anexo 3, 14 de agosto, 1950. <<

[76] Documento de la CIA, Despacho Oficial TLB-W-1041, Bogotá, 4 de abril, 1952. <<

[77] Documento de la CIA, Despacho n.º QPLW-384. <<

[78] Documento de la CIA, Despacho n.º TLB-1690, 22 de abril, 1952. <<

[79] Ibídem. <<

[80] Ibídem. <<

[81] Documento de la CIA, Despacho n.º HLB-137, 23 de enero, 1953. <<

[82] Ibídem. <<

[83] Documento de la CIA, Despacho n.º QPLW-vaí, sin fecha. <<

[84] Jonathan Levy, Ibídem. <<

[85] Ibídem. <<

[86] Clarín, 16 de enero, 2006. <<

[87] Ver Abel Basti, 2016, Ibídem. <<

[88] Frederic Sondern (júnior), «Los últimos días de Hitler». Selecciones del Reader's Digest, 1977. <<

[89] Agencia United Press, 10 de junio, 1945. <<

[90] La carta original puede ser consultada en la Truman Library y en los US National Archives & Records Administration (NARA). <<

[91] James Byrnes, Speaking Frankly. New York: Harper & Brothers Publishers, 1947. <<

[92] Documento del FBI, 8 de mayo, 1947. <<

[93] Departamento de Estado, Correspondencia de Jonathan Levy con la Secretaría de Estado y Embajada de los Estados Unidos en Bogotá. Referencia: Investigación de crímenes de guerra, 1.º de octubre, 1979. Correspondencia de Levy con Magda Ortiz, director USCIS FOIA, 25 de julio, 2005. <<

[1] Entrevista con el autor, Bogotá, Colombia, 22 de octubre, 2017. <<

[2] Colombia era un Estado confesional, autodenominado «País del Sagrado Corazón». Las consagraciones católicas se homologaban a los respectivos registros y estados civiles. <<

[3] La denominación formal de Parque los Alcázares fue impuesta recién en el año 2009. <<

[4] Para determinar la ubicación exacta de esas dos instituciones, Galindo recurrió a la Fundación Candelaria, que le aportó datos específicos. <<

[5] El colegio San León en 1952 se trasladó al barrio de San Miguel y cambió su nombre por el de Escuela Hermano Miguel. <<

[6] Entrevista por internet, 18 de noviembre, 2017. <<

[7] Marco Aurelio Vila durante la Guerra Civil española combatió como voluntario en el Regimiento Pirenaico n.º 1. Al término del conflicto fue condenado a muerte por su accionar como encargado del Estado Mayor de la División 45. En 1939 logró escapar de España y, tras pasar por otros países, se radicó en Colombia. <<

[8] Luz Alexandra Garzón Ospina, «Del abandono y la orfandad al cuidado y formación para la vida». Trabajo Social, n.º 19, pp. 87-100, 2017. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. <<

[9] Los nombres de Morton y Adelhson trascendieron públicamente cuando la fábrica de su propiedad fue asaltada, noticia que fue divulgada por el diario El Tiempo, en su edición del 29 de noviembre de 1959. <<

[10] Desde sus orígenes, a fines del siglo XIX, Puerto Colombia funcionó como terminal marítima de Barranquilla. Fue el puerto más importante de Colombia durante las primeras cuatro décadas del siglo XX. <<

[11] Álvaro Lozano, XX Un siglo tempestuoso. Madrid: La esfera de los libros, 2016. <<

[12] Alfred López, Cuadernos de historia, 18 de septiembre, 2015. <<

[13] El País, España, 11 de mayo, 2008. <<

[14] La Lebensborn Eingetragener Verein o Asociación Registrada Lebensborn fue una organización cuyo objetivo era expandir la raza aña. Lebensborn proveía de hogares de maternidad y asistencia financiera a las esposas de los miembros de las SS y a madres solteras. También administraba orfanatos y programas para dar en adopción a los niños. Se la acusó de ser la organización que recibía a miles de menores que, por sus características raciales compatibles con los de la «raza aña», los nazis habían secuestrado en los países ocupados por el Tercer Reich. <<

[15] Las Hermanas del Niño Jesús Pobre llegaron a Colombia en 1937 por una invitación que consideraron providencial, ya que en aquel entonces la política hitleriana las obligó a dejar los colegios que tenían en Alemania. Inicialmente, a Colombia llegan cuatro religiosas procedentes de Alemania: las hermanas Klara Alfonsa, Franziska Romana, Anna Aloysiana y Josefa Christine. <<

[16] Silvia Galvis y Alberto Donadío, Colombia Nazi. Bogotá: Planeta, 1986. <<

[17] El general Pinilla es integrante de las siguientes organizaciones: Academia Nacional de Historia Militar de Colombia, Sociedad Bolivariana de Colombia, Academia militar Antonio Nañño, Academia Santa Teresa, Academia de la Sociedad de los Caballeros de la Corte de Carlos V (Madrid), Academia de Historia Santa Isabel (Budapest, Hungría), Caballero de la Orden San Gregorio Magno, del Vaticano, Instituto Sanmartiniano, y Academia de la Historia Aérea. Fue piloto del papa Pablo VI en su visita a Colombia. También piloto personal de los presidentes Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), Misael Pastrana Borrero (1970-1974) y Alfonso López Michelsen (1974-1978). Fue embajador colombiano en Hungría. <<

[18] Entrevista de Abel Basti al general Belarmino Pinilla Contreras. Bogotá, 24 de octubre, 2017. <<

[19] Entrevista del periodista Esteban Cruz a Roberto Tovar Gaitán, programa Más allá, Canal RED +, 6 de agosto, 2017. <<

[20] Entrevista del periodista Esteban Cruz a Felipe Cabezas, programa Más allá, Canal RED +, 6 de agosto, 2017. <<

[21] Nota de respuesta de la Armada de Colombia a Abel Basti, de la Jefatura de Operaciones Navales, Armada Nacional, con fecha 28 de noviembre, 2017. <<

[22] Entrevista a Francisco Caló en Abel Basti, Bariloche nazi. San Carlos de Bariloche: edición del autor, 2004. <<

[23] Abel Basti, Tras los pasos de Hitler. Bogotá: Planeta, 2016. <<

[24] Ibídem. <<

[25] Entrevista de Abel Basti al general Belarmino Pinilla Contreras. Bogotá, 24 de octubre, 2017. <<

[1] Cromos 7 Días, 20 de marzo, 1972. <<

[2] Ibídem. <<

[3] DiFilm, «Periodista le pregunta a hombre si él es Martin Bormann». Disponible en https://youtube.com/watch?v=7OxbKqSKnb4 <<

[4] Sobre lo que ocurrió realmente con Martin Bormann, ver Abel Basti, Los secretos de Hitler. Bogotá: Planeta, 2017. <<

[5] Esa zona montañosa antiguamente era conocida como el Brazo del Diablo, y se decía acerca de ella que «salían luces y se le atribuían poderes sobrenaturales». <<

[6] Vahas comunicaciones del autor con Luis Efraín García Ramírez durante 2017. <<

[7] Los alcaldes de Tabio en ese entonces eran designados por la Gobernación de Cundinamarca. Eran funcionarios que iban a vivir a ese pueblo y alquilaban el hotel El Caribe para alojarse. <<

[8] Entrevista del autor a Margarita Camargo. Tabio, 26 de octubre, 2007. <<

[9] El Tesoro de la juventud fue una obra popular que se consolidó como referente cultural en el público infantil y juvenil de América Latina. Sus veinte tomos contienen la adaptación de la enciclopedia The Book of Knowledge, editada por el estadounidense M. W. Jackson en 1910. <<

[10] Entrevista del autor a Marta Camargo. Tabio, 26 de octubre, 2007. <<

[11] Entrevista a Liliana González, Tabio, 26 de octubre, 2017. <<

[12] «Los secretos más íntimos de Hitler». La Razón. España, 14 de agosto, 2016. <<

[13] Hugo Salamanca Parra, Tunja y sus históricos secretos: Hitler. Manuscrito, 2017. <<

[14] La actual dirección del predio es calle 26 n.º 7-24, pero la casa antigua fue destruida en 2011. <<

[15] Ibídem, Hugo Salamanca Parra. <<

[16] Diálogos del autor con Hugo Salamanca Parra, durante 2017. <<

[17] Ver Abel Basti, Hitler: el hombre que venció a la muerte, Bogotá: Planeta, 2015. <<

[1] Abel Basti, El exilio de Hitler. Bogotá: Planeta, 2016. <<

[2] La División de Correlación de Relaciones Exteriores manejó el enlace con el FBI y el OSS — Oficina de Servicios Estratégicos, antecesora de la CIA — y proporcionó apoyo al Departamento de Estado y al Servicio Exterior de los Estados Unidos. <<

[3] John Edgard Hoover fue un funcionario muy influyente que jugó un papel decisivo en la fundación del FBI en 1935, permaneciendo como su director durante treinta y siete años. <<

[4] Documento del FBI, 3 de agosto, 1948. Este documento se refiere a notas publicas por El Tiempo de Colombia y Nueva York al Día, de los Estados Unidos, publicadas durante del mes de mayo de ese mismo año. <<

[5] Wernher von Braun está considerado como uno de los más importantes diseñadores de cohetes. En la Alemania nazi fue el jefe de diseño de las bombas voladoras V-2, y en los Estados Unidos estuvo a cargo de la creación del cohete Saturno V, que llevó el hombre a la Luna, entre otros proyectos. <<

[6] Documento del FBI, 3 de agosto, 1948. Este documento se refiere a notas publicadas por El Tiempo de Colombia y Nueva York al Día, de los Estados Unidos, publicadas durante el mes de mayo de ese mismo año. <<

[7] Ibídem. <<

[8] Ibídem. <<

[9] Hitler y los animales, Serie El «otro» Hitler. Ediciones Bau: Barcelona, 1976. <<

[10] Ibídem. <<

[11] En el documento del FBI, el traductor aclara que falta de ser adjuntada la página 18 del semanario Nueva York al Día, donde el artículo continúa, razón por la cual no se pudo hacer la traducción del final del texto relacionado con la carta. Quien resumió el artículo para el FBI fue la empleada Rosa de Offenbacher, según consta en el mismo documento. <<

[12] Ibídem. <<

[13] Además de presidente, Santos ejerció varios cargos públicos, tales como ministro de Relaciones Exteriores, embajador de Colombia ante la Sociedad de Naciones, ministro

plenipotenciario en Europa, gobernador de Santander, ocupó un escaño en la Cámara de Representantes y fue presidente del Senado. Se casó con Lorenza Villegas, hermana del fundador del diario. Es tío abuelo del presidente Juan Manuel Santos Calderón que asumió dicho cargo en 2010. <<

[14] Documento del FBI, 3 de agosto, 1948. Este documento se refiere a la carta publicada por El Tiempo en su edición del 20 de junio de 1948. <<

[15] Documento del FBI, 3 de agosto, 1948. Este documento se refiere a la carta publicada por El Tiempo en su edición del 20 de junio de 1948. <<

[16] Nariño es uno de los treinta y dos departamentos de Colombia, y su capital es San Juan de Pasto. Está ubicado en el extremo suroeste del país, limitando al norte con Cauca, al este con Putumayo, al sur con la República del Ecuador y al oeste con el océano Pacífico. El departamento recibe su nombre del prócer de la independencia y presidente Antonio Nariño. <<

[17] Documento del FBI, 3 de agosto, 1948. Este documento se refiere a la carta publicada por El Tiempo en su edición del 20 de junio de 1948. <<

[18] La batalla de las Ardenas (Ardennenoffensive) fue una gran ofensiva alemana, lanzada por Hitler el 16 de diciembre de 1944 en la región montañosa de las Ardenas de Bélgica, Francia y Luxemburgo. El Führer había depositado sus últimas esperanzas en derrotar allí a los Aliados para revertir el avance del enemigo en el Frente Occidental, pero no lo consiguió al ser derrotadas totalmente las fuerzas germanas. <<

[19] Documento del FBI, 3 de agosto, 1948. Este documento se refiere a la carta publicada por El Tiempo en su edición del 20 de junio de 1948. <<

[20] Un piloto de pruebas, el Oberleutnant Eisermann, registró en su bitácora de vuelo que había volado uno de los prototipos de Ju 390 en febrero de 1944. Fotografías de dos de estas aeronaves en vuelo sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial. Después de la contienda, el ministro de Armamentos de Alemania, Albert Speer, aseguró que un Ju 390 hizo un largo vuelo transpolar al Japón ese mismo año. <<

[21] La referencia del documento del FBI dice: «Posible escape de Adolf Hitler hacia Argentina». En este mismo, se asegura que Hitler tendría disponible la posibilidad de huir en un avión nazi realizando un vuelo «sin paradas de 7376 millas», que le permitiría unir en forma directa Berlín con Argentina. Posiblemente la inteligencia aliada tuvo información respecto a los vuelos secretos que habían realizado los Ju 390 y

de ahí la advertencia lanzada por el FBI, respecto a la autonomía de esos aviones y a la posibilidad de que alguno de ellos fuera utilizado por Hitler para escapar. <<

[22] Documento del FBI, 3 de agosto, 1948. Este documento se refiere a la carta publicada por El Tiempo en su edición del 20 de junio de 1948. <<

[23] Abel Basti, 2016, Ibídem. <<

[24] Documento del FBI, 3 de agosto, 1948. Este documento se refiere a la carta publicada por El Tiempo en su edición del 20 de junio de 1948. <<

[25] Martin Bormann se convirtió en el hombre más influyente del Tercer Reich, manejando el poder detrás de bambalinas, en su función de secretario privado de Hitler. Oficialmente fue dado por muerto en Berlín, en momentos en que escapaba del búnker. Sin embargo, las investigaciones realizadas por el autor, especialmente en Argentina, demuestran que sobrevivió y que vivió en Sudamérica (Ver Abel Basti, Los secretos de Hitler. Bogotá: Planeta, 2017. <<

[26] Abel Basti, 2017, Ibídem. <<

[27] El submarino alemán U-234 se entregó en el puerto de Portsmouth, Estados Unidos, el 13 de mayo de ese año, cinco días después de la rendición del Tercer Reich. Había partido del puerto noruego de Kristiansand. <<

[28] Al término de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos llevó a trabajar a instituciones académicas y entidades militares estadounidenses a unos mil seiscientos científicos alemanes. Algunos de ellos habían tenido responsabilidad directa en crímenes cometidos durante el Tercer Reich, incluso hubo varios que fueron juzgados, como Arthur Rudolph o Walter Domberger, pero en esos casos las autoridades estadounidenses procuraron su absolución. Von Braun fue acusado públicamente por la muerte de prisioneros, mano de obra esclava, en las fábricas militares nazis y por los daños ocasionados por los cohetes V-1 y V-2, que él había diseñado. El científico se comprometió a trabajar para los norteamericanos a cambio de que no fuera perseguido por esos sucesos, logrando así que no se le abriera ningún proceso penal en su contra. <<

[29] Documento del FBI, 3 de agosto, 1948. Este documento se refiere a la carta publicada por El Tiempo en su edición del 20 de junio de 1948. <<

[30] History Channel, «Hitler's Plañe», episodio ocho, Hunting Hitler. Serie televisiva, primera temporada. 29 de diciembre, 2015. <<

[31] El término «sierpe» (del latín serpens) es un sinónimo, actualmente en desuso o descontinuado, para referirse a una serpiente o culebra de gran tamaño. <<

[32] History Channel, Ibídem. <<

[33] Los Procesos de Nüremberg (Nüremberger Prozesse) fueron emprendidos por iniciativa de las naciones aliadas para determinar y sancionar las responsabilidades de dirigentes, funcionarios y colaboradores del régimen nacionalsocialista durante la Segunda Guerra Mundial. Se desarrollaron en la ciudad alemana de Nüremberg entre el 20 de noviembre de 1945 y el 1 º de octubre de 1946. <<

[34] Documento del FBI, 3 de agosto, 1948. Este documento se refiere a la carta publicada por El Tiempo en su edición del 20 de junio de 1948. <<

[35] Se conoce como Conferencias Panamericanas, Conferencias Interamericanas o Conferencias Internacionales Americanas, una serie de reuniones con los ministros de Relaciones Exteriores de los países de la región en el marco de las ideas del panamericanismo. Estos eventos se realizaron entre 1889 y 1954. <<

[36] La IX Conferencia Internacional Americana reunió a veintiún Estados, adoptó la Carta de la Organización de los Estados Americanos (OEA), el Tratado Americano de Soluciones Pacíficas (Pacto de Bogotá) y la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre. En la misma Conferencia, se aprobó el Convenio Económico de Bogotá, en el que se propuso fomentar la cooperación económica entre los Estados americanos, pero que nunca entró en vigencia. <<

[37] Documento del FBI, 3 de agosto, 1948. Este documento se refiere a la carta publicada por El Tiempo en su edición del 20 de junio de 1948. <<

[38] En el juicio, algunos testigos dijeron que Roa Sierra no había sido el asesino, como por ejemplo lo afirmó Jorge Padilla — que iba a ir almorzar con Gaitán —, quien vio al autor de los disparos y aseguró que su rostro no coincidía con el de aquel hombre. En 1978, treinta años después, la justicia colombiana sentenció que el asesino había sido Roa Sierra, asegurándose que era esquizofrénico y que había actuado solo y por motivos personales. Al descartar la justicia que hubiera autores ideológicos del crimen, los tribunales pusieron punto final al caso. <<

[39] Diario El Tiempo, 14 de noviembre de 1976. El relato fue grabado por Carlos Franqui, comandante de la Sierra Maestra, director de Radio Rebelde, de Cuba y

posteriormente del diario Revolución, de La Habana. El principal contacto del peronismo con los estudiantes fue el general Molinah, quien había viajado a Cuba. <<

[40] Mario Mencía, «Fidel Castro en el Bogotazo». Revista Bohemia, abril, 1978. <<

[41] Ibídem. <<

[42] Los integrantes de los Chulavitas inicialmente fueron reclutados en enclaves conservadores del nororiente del departamento de Boyacá, para defender, durante el Bogotazo, al gobierno del presidente Mariano Ospina Pérez. Cumplida esa misión con éxito, luego fueron usados para enfrentar a los Cachiporros, que eran las guerrillas utilizadas por los liberales. <<

[43] Cuando asume como presidente el general Gustavo Rojas Pinilla, mediante un golpe de Estado, apoyado por liberales y conservadores, ordena formalmente a la policía neutralizar a los Chulavitas. Este grupo entonces pasa a llamarse «Los Pájaros», teniendo el mismo objetivo y apoyado por sectores del mismo gobierno. Los Pájaros utilizaban matones a sueldo, pagados por oligarcas conservadores. <<

[44] Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) es un grupo guerrillero de inspiración marxista-leninista que formalmente se fundó en 1964. Inicialmente estuvo bajo el comando de Pedro Antonio Marín (alias «Manuel Marulanda Vélez» o «Tirofijo») hasta su fallecimiento, por causas naturales, en marzo de 2008. <<

[45] David Wise y Thomas B. Ross, El gobierno invisible. Buenos Aires: Hemisferio, 1966. <<

[46] El Tiempo, 22 de octubre, 2000. El investigador Paul Wolf, quien se dedica a buscar información sobre la participación de las agencias secretas norteamericanas en diversos países, en 2005 solicitó la desclasificación de los documentos de la CIA relacionados con el caso del crimen de Gaitán, sin éxito. Wolf cree que, en efecto, la central de inteligencia norteamericana tuvo una participación importante en los sucesos del 9 de abril. <<

[47] El Tratado de Bogotá, también llamado Tratado Americano de Soluciones Pacíficas, impuso la obligación general a los signatarios de resolver sus conflictos a través de medios pacíficos. También se les obligó a agotar los mecanismos regionales de solución de los asuntos antes de acudir al Consejo de Seguridad de las Naciones. <<

[48] La Voz de Rusia, 26 de marzo, 2012. <<

[49] El bloqueo de Berlín (Berlin-Blockade) se realizó mediante el cierre de las fronteras que compartían el Reino Unido y los Estados Unidos con la Unión Soviética, en el territorio alemán ocupado. Esta medida adoptada por Stalin afectó la zona oeste que estaba ocupada por los Estados Unidos, el Reino Unido y Francia. El bloqueo se desarrolló entre el 24 de junio de 1948 y el 12 de mayo de 1949. <<

[50] Documento del FBI, 3 de agosto, 1948. Este documento se refiere a notas de El Tiempo de Colombia y Nueva York al Día, de los Estados Unidos, publicadas durante del mes de mayo de ese mismo año. <<

[51] Ibídem. <<

[52] Ibídem. <<

[53] The National Police Gazette, junio de 1953. Desde 1951 ese medio comenzó a publicar notas relacionadas con el escape de Hitler y su vida en el exilio en Sudamérica. <<

[54] Respecto al modelo del U-1048, era tipo VIIC/41, una versión ligeramente modificada del exitoso VIIC, y tenía básicamente el mismo diseño del motor y su misma potencia. El armamento era el mismo, con cinco tubos de torpedo (cuatro en la proa y uno en la popa). La mayor diferencia entre ambos modelos fue que el tipo VIIC/41 tenía un casco de presión más fuerte que les daba la posibilidad de ir a más profundidad para evadir ataques (120 mt operacional y con un máximo de profundidad de 250 mt). <<

[1] Si bien el plan de evacuación nazi funcionó casi a la perfección, algunos científicos alemanes fueron detenidos por los soviéticos y puestos a trabajar para el régimen de Stalin, especialmente para el desarrollo de la bomba atómica rusa. (Abel, Basti. Los secretos de Hitler. Bogotá: Planeta, 2017). <<

[2] Al terminar la guerra, Barbie fue protegido y empleado por los servicios de contraespionaje del Ejército de los Estados Unidos (CIC), para los que trabajó en Alemania entre 1947 y 1951. Ese año, ante el pedido de extradición de Francia, huyó a Bolivia, previo paso por la Argentina, donde arribó en 1955. Durante la dictadura del general Barrientos, que tomó el poder en 1964, Barbie fue nombrado gerente general de la estatal Compañía Transmarítima Boliviana, que actuaba como pantalla del tráfico de armas. Barbie — que usaba el apellido falso Altmann — fue amparado por las sucesivas dictaduras de Hugo Banzer (1971-1978) y de Luis García Meza Tejada (1980-1981), formando parte de los golpes de Estado que llevaron a esos dictadores al poder. De esa época data su credencial como teniente coronel ad honorem del Ejército, con una

foto en la que se lo puede ver con el uniforme militar de Bolivia. En 1982, la situación de Barbie se complicó al llegar al poder el gobierno democrático del presidente Siles Suazo, de centro izquierda, quien deportó al criminal nazi a Francia, donde fue juzgado en 1987 y condenado a cadena perpetua. Cumpliendo su pena, falleció en prisión en 1991 de leucemia. <<

[3] Se trataba de camiones con la caja de atrás cerrada herméticamente, a donde llegaban los gases del motor a través del caño de escape que desembocaba en ese compartimiento. De este modo, mientras el camión transitaba, eran asesinados los prisioneros que viajaban en el vehículo. <<

[4] El periódico francés Le Monde publicó en 1974 que Rauff estaría trabajando para los servicios secretos de Pinochet, involucrado en torturas y asesinatos de opositores al régimen. En tanto, un informe de la CIA sugiere que Rauff habría trabajado en el ministerio del Interior de Chile. En 1963, la Corte Suprema de ese país rechazó la extradición, solicitada por Alemania, al fallar que la causa por los crímenes que se le imputaban había presento. Según la historia oficial, este nazi falleció de un paro cardíaco en Santiago de Chile, el 14 de mayo de 1984, aunque existe la versión de que se trató de una falsa muerte para despistar a sus perseguidores. <<

[5] Uki Goñi, La auténtica Odessa. Buenos Aires: Paidós, 2002. <<

[6] Arcadia, n.º at, artículo escrito por Camilo Jiménez Santofimio, 15 de agosto 2012. <<

[7] BBC Mundo, Artur Wallace, 15 de agosto, 2012. <<

[8] Tras recibir su Ph. D. de la Universidad de Pittsburgh, en 1993, y completar un posdoctorado en la Universidad de Calgary, Oyuela-Caycedo se estableció en Gainesville, en la Florida, para trabajar como docente e investigador. <<

[9] lasillavacia.com «La pureza de Erasmus Gerardo Reichel-Dolmatoff», Lucas Ospina, 30 de agosto, 2012. <<

[10] La eugenesia defiende la mejora de los rasgos hereditarios mediante diversas formas de intervención manipulada y métodos selectivos de humanos. Hitler tomó la idea de la higiene racial (Rassenhygiene) de Francis Galton, que a finales del siglo XIX quería mejorar la especie humana realizando cruces selectivos entre los que consideraba aptos, impidiendo que se reprodujeran los no aptos. <<

[11] Si bien generalmente se le atribuye la nacionalidad austríaca, Reichel-Dolmatoff, su padre, era checo, por lo cual Reichel-Dolmatoff tuvo la nacionalidad checa. <<

[12] Arcadia, n.º at, artículo escrito por Camilo Jiménez Santofimio, de agosto. <<

[13] Otto Strasser — hermano de Gregor, también dirigente nacionalista— tenía posiciones más radicales que las de Hitler, a quien consideraba demasiado moderado, en especial en su política económica, complaciente con el capitalismo industrial. Los hermanos Strasser dirigieron el ala izquierda del NSDAP — donde inicialmente también militaba Joseph Goebbels— hasta 1930, cuando Otto fue expulsado del partido. Gregor, en marco de los conflictos que mantenía con los jerarcas Himmler y Göring, fue asesinado en 1934. <<

[14] Paul Rivet es el autor intelectual de la teoría multirracial u oceánica, que sostiene que el poblamiento de América es consecuencia de migraciones procedentes de Australia, Asia, Polinesia y Melanesia. <<

[15] Al parecer, si bien se formó en la antropología, no existe constancia de que Reichel-Dolmatoff haya alcanzado un título universitario en esa u otras carreras. <<

[16] En 1945, Reichel colaboró con el Instituto de Etnología y Antropología de Colombia, y luego fundó el Instituto Etnológico del Magdalena (y Museo), en Santa Marta. En 1964, creó el primer Departamento de Antropología de Colombia — que él mismo dirigió — y el primer programa de pregrado en Antropología en la Universidad de los Andes, en Bogotá. <<

[17] Diálogos de Abel Basti con Mario Mendoza en Bogotá durante 2017. Grabación del reportaje de Mendoza a la viuda de Heinz en los archivos personales del escritor colombiano. <<

[18] Mario Mendoza, «El portador del documento secreto de Hitler murió en Malambo, Colombia», CORREveDILE.com, 2015. <<

[19] Ibídem. <<

[20] Ibídem. <<

[21] El general Rojas Pinilla fue un militar, ingeniero civil, que tomó el poder tras un golpe de Estado contra el presidente Laureano Gómez. Gobernó desde el 13 de junio de 1953 al 10 de mayo de 1957. <<

[22] Gustavo Rojas Pinilla fue el quinto hijo de seis hermanos de la familia conservadora formada por el coronel Julio Rojas Jiménez y Hermencia Pinilla Suárez. Nació el 12 de

marzo de 1900 en Tunja, donde vivió sus primeros años, también lo hizo en Villa de Leyva y en Arcabuco, Boyacá. <<

[23] Mario Mendoza, Ibídem. <<

[24] Ibídem. <<

[25] «Historia de un nazi no converso», entrevista realizada por Simón Posada Tamayo, publicada por la revista Directo Bogotá, Pontificia Universidad, carrera de Comunicación Social, diciembre 2013. <<

[26] Simón Posada Tamayo, Ibídem. El Servicio de Inteligencia Colombiano [s/c], donde trabajó Steinke, fue creado por el general Rojas Pinilla en 1953 y funcionó hasta 1960, cuando fue reemplazado por el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS). <<

[27] Simón Posada Tamayo, Ibídem. <<

[28] Ibídem. <<

[29] Entrevista C.O. con el autor realizada por internet, Punza, 5 de mayo, 2017. Municipio de Cundinamarca. <<

[30] Reportaje a Londoño-Schimmer, Bogotá, 24 de octubre 2017. <<

[31] La historia de Industrias Estra se inicia con la llegada del alemán Erwin Strauss a Colombia en 1939, como representante comercial de una empresa que exportaba diversos productos de cristal y cuero. En 1953, Strauss fundó Industrias Estra S. A., dedicada a la producción de plásticos. Strauss trajo el Plastisol, goma para fabricar pelotas y balones de juguete, e importó la primera máquina de rotación para elaborar pelotas de vinilo. <<

[32] Obtenido de vahas comunicaciones por correo electrónico con la señora Alexandra Wagner hasta enero de 2018. <<

[33] En 1938, Hitler decretó que el SS-VT no era ni parte de la policía ni del ejército (Wehrmacht) alemán, sino una fuerza militar a disposición del Führer. Al año siguiente, las SS-VT estarían involucradas en la invasión alemana de Polonia, y hacia 1940 se habían convertido en el núcleo de las Waffen-SS. <<

[34] James T. MacGhee, «In the shadow of the elite: the 9th SS Panzer División Hohenstaufen». Globe at War, 31 de enero, 2013. <<

[35] El entrevistado es el hijo único de Gerhard Thyben, quien se desempeñó como miembro de la Junta Directiva del colegio alemán de esa ciudad. Al igual que su padre, es piloto, también paracaidista y ferviente entusiasta de la aviación. <<

[36] Las Juventudes Hitlerianas (Hitlerjugend) fueron establecidas por el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán (NSDAP) en 1926 para crear un sistema de adiestramiento militar, para los jóvenes alemanes, en el marco de la ideología nazi. Las Juventudes Hitlerianas se dividieron en tres secciones, con objetivos muy concretos: la «Motor-HJ», para la mecánica de vehículos; la «Mahne-HJ», dedicada a la actividad naval; y la «Flieger-HJ», especializada en aviación. <<

[37] Comunicación con Thyben júnior, 18 de diciembre, 2017. <<

[38] Ibídem. <<

[39] Thyben en Argentina se casó con una mujer alemana, viuda de un oficial del ejército alemán. Su primer esposo había caído en Stalingrado, al mes de haberse casado. El tío de la mujer la había recibido y ayudado en Buenos Aires. <<

[40] Sobre la inmigración de nazis a la Argentina, ver Abel Basti, Tras los pasos de Hitler. Bogotá: Planeta, 2014. <<

[41] La Jagdgeschwader 54 Grunherz (JG 54) fue una de las más prestigiosas alas de combate de la Luftwaffe, alcanzando su esplendor en el Frente Oriental. Se estima que sus pilotos derribaron 9600 aviones enemigos. <<

[42] Avianca Aerotaxi fue una aerolínea, fundada en 1948, subsidiaria de Avianca, que operaba bajo una modalidad no regular. <<

[1] Abel Basti, Tras los pasos de Hitler. Bogotá: Planeta, 2014. <<

[2] Abel Basti, Ibídem. <<

[3] El Tiempo, aviso publicitario editado el 6 de febrero de 1950. <<

[4] Sobre el particular, ver Basti, Abel, El exilio de Hitler. Bogotá: Planeta, 2016. <<

[5] La Convención sobre Imprescriptibilidad de Crímenes de Guerra y de Lesa Humanidad fue aprobada en 1968 por la Asamblea General de las Naciones Unidas. <<

[6] El juicio de Nüremberg duró desde el 20 de enero de 1945 hasta el 13 de febrero de 1946. <<

[7] En 1950, Alemania Federal resolvió aumentar el plazo de prescripción a veinte años, a los que se añadieron diez más en 1969. En otros países, que podían reclamar por Hitler, se mantuvo en diez años. <<

[8] Las actas de defunción asentaron oficialmente la muerte de Adolf Hitler el día 30 de abril de 1945 a las 15:30 horas, mientras que a Eva Braun la declararon fallecida el mismo 30 de abril de 1945, dos minutos antes de su marido (a las 15:28 horas). <<

[9] Para ese entonces, el director de la CIA era el famoso Allen Welsh Dulles, quien ejerció ese cargo entre 1953 y 1961. Entre las operaciones más famosas en las que participó se encuentran los golpes de Estado en Guatemala e Irán y la denominada Operación Paperclip, que permitió la transferencia de miles de nazis — científicos, técnicos y militares — desde Alemania a los Estados Unidos al terminar la Segunda Guerra Mundial. <<

[10] Al terminar la Segunda Guerra Mundial, gran cantidad de nazis pasaron a trabajar para los Estados Unidos, tanto en los ámbitos militares, técnicos, de espionaje y científicos. <<

[11] Los agentes norteamericanos no tuvieron otra opción que hacer fotocopias de la imagen, la que luego sería enviada a sus superiores, esto permite concluir que si el original todavía existe está en manos privadas, ya que la CIA no se quedó con dicho material. <<

[12] En 1920, representantes de compañías extranjeras interesadas en invertir en ferrocarriles persuadieron a los belgas de crear la Société d'Étude Belgo-Colombienne, en 1921 y la Société Nationale de Chemins de Fer en Colombie, en 1923, bajo la dirección de Renné van Meerbeke, por muchos años diplomático de Bélgica en Bogotá. Entre tanto, en Antioquía inversionistas belgas se vincularon con la construcción del Tranvía de Oriente de Medellín a Marinilla. A partir de entonces, comenzó lentamente a desarrollarse la red de ferrocarriles de Colombia. <<

[13] En 1948, por iniciativa del gobierno colombiano, bajo el nombre de «Empresa Siderúrgica Nacional de Paz de Río» se había iniciado la explotación de las minas de hierro y carbón en Boyacá. Cuando Hitler se reunió con Citroen en Tunja, estaba comenzando con el proceso de producción de acero. <<

[14] En la nota escrita a máquina se menciona el apellido Schhttelmayor, que habría usado Hitler, pero además se agrega la palabra Schuttelmeyer con una lapicera o pluma. <<

[15] Solicitud de Abel Basti presentada ante el Departamento de Inteligencia y Contrainteligencia del Ejército de Colombia, 4 de mayo 2017. <<

[16] Nota del Departamento de Inteligencia y Contrainteligencia del Ejército de Colombia, firmada por su jefe, coronel Carlos Augusto Estupiñán Aponte, fechada el 4 de mayo de 2017. <<

[1] Miguel Ángel Castillo Monroy, «Extranjeros en Tunja». Croniquillas del Ocio. 3 de marzo, 2015. Disponible en https://croniquillasdelocio.blogspot.com.co/?view=flipcard <<

[2] Ricardo Motta Vargas (miembro de la Academia Boyacense de Historia), «El aporte educativo de los alemanes en Tunja». Así Sucedió. Mayo, 2017. Disponible en http://www.asisucedio.co/el-aporte-educativo <<

[3] El nombramiento de Hernández Conde fue mediante decreto n.º 18 del 19 de enero de 1954, firmado por el gobernador del departamento, Alfonso Tarazona. <<

[4] Debido al color de sus uniformes, se denominó «Camisas Negras» a los integrantes de la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional, un cuerpo de milicias de la Italia fascista que después consiguió ser una organización militar. <<

[5] Germán Izquierdo, «Los libros nazis de la Biblioteca Nacional». Revista Arcadia, mayo, 2016. <<

[6] Pasajes de Biermann citados en Angulo, Ana María, «Conceptos pedagógicos alemanes en la educación colombiana: la Segunda Guerra Mundial y la actualidad». Matices en Lenguas Extranjeras (MALE), n.º 1, 2007. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas. <<

[7] Diego Becerra Artilla y Olga Restrepo, Las ciencias en Colombia: 1783-1990, una perspectiva histórica-sociológica. Disponible en www.docentes.unal.edu.co <<

[8] Ibídem. <<

[9] Escuela Normal Superior de Tunja, Boyacá, Colombia. R. Bernal, Tunja, 1931. Citado en Helg, Aline, La educación en Colombia 1918-1957: una historia social, económica y

política. Serie Educación y Cultura. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, Plaza & Janés Editores Colombia, S. A., 2001. <<

[10] Ibídem. <<

[11] Los docentes eran Franziska Radke, Richard Ostermayer, Gertrud Füssiers, Carolina Schmitz, María Hasebrick y Hans Huber (M.E.N. Memoria de 1927). Ibídem. Radke, al igual que Sieber, había estado antes en Colombia, trabajando como docente, pero regresó a la Alemania nazi en 1935 y retornó en 1952. <<

[12] Conversación con Magdalena Briceño de Achury, y M.E.N. Memorias de 1926 a 1941. Ibídem. <<

[13] «Historia del Colegio Alemán Barranquilla», citado en Biermann Stolle, Enrique, Distantes y distintos: los emigrantes alemanes en Colombia 1939-1945. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Bogotá, 2011. <<

[14] Ibídem. La carta fue fechada el 13 de julio de 1994. <<

[15] El Tiempo, 16 de septiembre, 1938. <<

[16] Ibídem. <<

[17] Anuario Colegio Andino, 87/88, p. 55. <<

[18] Informe del jefe del Departamento de Investigaciones de la Policía Nacional, Arturo Vallejo Sánchez, a la Dirección General de la Policía, 13 de enero de 1942. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores. <<

[19] Javier Ocampo López, Creación y fundadores de la Universidad Pedagógica de Colombia. Tunja: Editorial Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2003. <<

[20] Comunicaciones con Rafael Bulla Pinto por internet durante marzo de 2018. <<

[21] Aline Helg, Ibídem. Conversación con Pedro Antonio Perilla, diciembre de 2017. <<

[22] Ana María Angulo, Ibídem. <<

[23] Entrevista del autor a Carlos Julio Duarte, Paipa, 23 de octubre, 2017. <<

[24] Rojas Pinilla hizo sus primeros estudios en Tunja, en el Colegio de las Hermanas de la Presentación, y los secundarios en la Escuela Normal de Varones de Tunja, donde obtuvo el diploma de normalista superior; sus compañeros lo llamaban cariñosamente «Tatayo». Javier Ocampo López, Rejas Pinilla, Gustavo. Bibliografías. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, Biblioteca Virtual del Banco de la República. <<

[25] Ibídem. <<

[26] Texto tomado del sitio web oficial de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (http://www.uptc.edu.co/). La palabra «ecuación» viene del latín aequatio, aequationis, que significa nivelación, igualación o repartición igual de algo. <<

[27] La heráldica es anterior al funcionamiento de los sistemas democráticos actuales. Por esta razón, el hecho de que el color ocre los represente es una interpretación reciente. <<

[28] Ver Abel Basti, Los secretos de Hitler. Bogotá: Planeta, 2017. <<

[29] Cuando Rojas Pinilla dejó el poder, esto es, en 1957, Sieber abandonó el cargo de rector de la Universidad. <<

[30] Entrevista del autor, Paipa, 21 de octubre, 2017. <<

[31] El nombre completo del profesor era Franz María Plus Hanke Seifert, nacido el 3 de diciembre de 1925 en Patschkau, Alemania. <<

[32] Entrevista a Carlos Julio Duarte, presidente del grupo D'Acosta. Hoteles y Resorts, Paipa, 23 de octubre, 2017. <<

[33] Entrevista realizada en Paipa, 24 de octubre, 2017. El lugar donde los alemanes estaban realizando trabajos de prospección es donde hoy se levanta el hotel Los Lanceros. Esas tareas podrían haber sido dirigidas por el mismo Hanke, cuya especialidad era la edafología, una rama de la ciencia que se encarga de evaluar, estudiar y comparar los suelos. <<

[34] RON Radio, 31 de octubre, 2017. <<

[35] Felipe González Toledo (1911-1991) fue redactor en los diarios El Liberal, La Razón, El Espectador, El Tiempo y la revista Sucesos. Se le recuerda como autor de crónicas policiales sobre los crímenes que conmovieron a la sociedad de Bogotá en los años cuarenta. <<

[36] Abel Basti, Tras los pasos de Hitler. Bogotá: Planeta, 2014. <<

[37] La primera edición del National Police Gazette que llevó en tapa el título «Hitler is alive» fue la correspondiente a diciembre de 1951. Este título, y otros similares, se repitió en otras ediciones que fueron publicadas durante un periodo de casi treinta años, que incluyeron informes especiales referidos al escape del jerarca nazi. En 1953, la revista norteamericana dio por cierto que Hitler había estado en Colombia. <<

[38] Según vahas investigaciones, Hitler era afecto a algunas drogas. <<

[39] Abel Basti, 2014, íbidem. <<

[40] Diario El Espectador, 31 de enero de 1953. <<

[41] El ingeniero Edwin Umaña Peña se graduó como profesional en Estudios Literarios en la Universidad Javeriana de Bogotá y Máster en Creación Literaria en la Universidad de Sevilla, España. También se recibió como Cineasta, especializado en guion, en la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños. <<

[42] Reportaje del autor a Von Gutzmann, entrevistas por chat, Bogotá, 2017. <<

[43] A partir de 1938, el arquitecto Casar Pinnau (1906-1988) trabajó en la renovación del Palacio Presidencial de Berlín que fue preparado para recibir a Benito Mussolini. También estuvo involucrado en el proyecto del edificio de la nueva cancillería de Hitler, diseñada por Albert Speer, entre otras obras del Tercer Reich. <<

[44] Abel Basti, Ibidem, 2014. <<

[45] En Colombia el cargo de designado presidencial, persona encargada de sustituir al primer mandatario, existió entre 1843 y 1991, con algunas interrupciones durante ese período. <<

[46] Respecto a los encuentros realizados entre Hitler y Pavelic, ver Abel Basti, 2014, Ibidem. <<

[47] Entrevista a Carlos Julio Duarte, Paipa, 23 de octubre, 2017. <<

[48] Cuando Duarte era un niño, su madre trabajó no en el hotel Termales, sino en uno que formaba parte del complejo de las aguas termales públicas, cuyo concesionario era Eduardo Zolórzano. Él allí iba a ayudar en las tareas que hacía su progenitora. <<

[49] El Termales hoy lleva el nombre de Hotel Colonial. <<

[50] Donandona posteriormente instaló su propio restaurante en Santa Marta, según recordó Duarte. <<

[1] Información aportada por Jorge Manuel Acosta Salazar. <<

[2] Ver el libro Bajo el cielo azul de La Belleza. La Suiza de Santander, del Dr. Pedro Marín, 1993. <<

[3] Ibídem. En el cementerio alemán de Bogotá el autor encontró dos lápidas con ese apellido: la de George Freese (1897-1961) y la del coronel Luis Presse (1892-1972). <<

[4] Blog personal, https://berlin-labelleza.blogspot.com.ar/2008/10/el-municipio-de-la-belleza.html <<

[5] Allí se puede apreciar una daga NSKK (Nationalsocialistichen Kraftfahr Korps), una de oficial de policía, una bayoneta de gala de suboficial del Heer, y otra daga de oficial de la Luftwaffe. También una bayoneta belga 1924, y una bayoneta de fusil Cárcamo WWII italiano. Además, una bayoneta de pica y una de fusil Lebel. Datos aportados por el coleccionista Ramón Tovar Willmann. Fotos de las armas en los archivos del autor. <<

[6] El origen del convento se remonta a 1597, cuando un grupo de ermitaños construyó una capilla dedicada a la Virgen. Fue fundado en 1604, lo que lo hace el más antiguo de Colombia. El 15 de diciembre de 1876 fue abierto oficialmente como casa noviciado, con carácter de perpetuidad. Pertenece a los padres agustinos recoletos. <<

[7] Abel Basti, El exilio de Hitler. Bogotá: Planeta, 2106. <<

[8] Entrevista por internet, 2 de noviembre, 2017. <<

[9] Cuando se declaró la separación de Panamá de Colombia, en 1903, Martínez se opuso enfáticamente y calificó abiertamente de cobardes y de traidores a los militares que no combatieron el hecho, avalando con esa actitud la secesión. Inclusive renunció a su grado de general, que le había conferido el presidente Marroquín, e ingresó a la política activa como parlamentario. <<

[10] Entrevista a Julio César Peña Ayala por internet, 13 de junio, 2017. <<

[11] José Ángel Hernández García, La guerra civil española y Colombia. Influencia del principal conflicto de entreguerras en Colombia. Bogotá: Universidad de la Sabana, Editorial Carrera 7a. (s. f.). <<

[12] Ejemplo de la existencia en Colombia de movimientos falangistas son: en Boyacá la Falange Nacionalista, en Bucaramanga la Legión de Extrema Derecha, y en Antioquía el Haz de Juventudes Godas así como el Haz de Mujeres Godas. <<

[13] Allan Chase, Falange, el ejército secreto del Eje en América. La Habana: Ediciones Caribe, 1943. <<

[14] Entrevista de Abel Basti al general Belarmino Pinilla Contreras, Bogotá, 24 de octubre, 2017. <<

[15] La inmunidad que tuvo la pensión San José fortalece la hipótesis de que el Bogotazo fue organizado por la CIA, en conjunto con los nazis, con la intención de que Colombia rompiera relaciones con la Unión Soviética, como se ha comentado anteriormente. Si los edificios que habrían de ser destrozados estaban previstos en una prolija planificación, resulta razonable que no se incluyera la pensión donde se reunían los nazis. <<

[16] Entrevista de Abel Basti a Carlos Duarte 23 de octubre, 2017, video filmado, archivo del autor. <<

[17] Abel Basti, Tras los pasos de Hitler. Bogotá: Planeta, 2014. <<

[18] Entrevista filmada en 2016, archivo del autor. <<

[19] En la foto obtenida por CIA, sacada durante un encuentro de Hitler con el ex SS Phillip Citroen, se le ve con su clásico bigotito (ver capítulo X). <<

[20] Juan José Restrepo fue el propietario de esa residencia, identificada catastralmente con la nomenclatura era. 16 n.º 33-37. Restrepo era comerciante y tenía almacenes: uno ubicado en la era. 14 n.º 12-26, teléfono 42 40 46, y una sucursal en la era. 15 n.º 12-81, teléfono 43 79 76. También un depósito en la era 13 n.º 8-32. Teléfono 46 17 93. En las páginas amarillas de la época, sus locales figuran como «Ferretería Bogotá» con el eslogan comercial: «Toda clase de materiales de construcción extranjeros y nacionales a precio sin competencia». <<

[21] Entrevista del autor, Bogotá, 17 de octubre, 2017. <<

[22] Entrevista del autor, 18 de octubre de 2017. <<

[23] Respecto al pelo del jerarca nazi, Catalina Gamero, quien atendió personalmente a Hitler en Argentina en 1949, me dijo que a veces el jefe nazi usaba una peluca. Ver Abel Basti, 2014, Ibíd. <<

[24] Si bien los relatos de Giordanelli y Galindo son bastante coincidentes, hay una discrepancia respecto a la fecha de la presencia del supuesto Hitler en esa casa. Giordanelli dice haberlo visto una vez en 1964, Galindo dice en cambio que lo vio varias veces pero algún tiempo después, sin poder precisar la fecha exacta. <<

[25] El nombre actual de la señora es Ana Beatriz Aguacia Delgado. <<

[26] Entrevistas realizadas a doña Ana Beatriz y a su hija Claudia Delgado Aguacia, 2017 y 2018. <<

[27] The Proclaimed List of Certain Blocked Nationals. Revisión III, August 10, 1942. Promulgated Pursuant to Proclamation 2497 of the President of July 17, 1941. United States Government Printing Office. Washington, 1942. <<

[28] Según el sitio web de genealogía Historia de Valdivia, Chile (https://historiadevaldivia-chile.blogspot.com.ar/2014/02/familia-schneider.html)Boris Beschiroff se casó con Emile Holzapfel, con quien tuvo una hija llamada Maya, y esta contrajo nupcias con Heinrich Karl Martin Werner Kausel Schneider. Así que habría existido una relación familiar entre los Beschiroff y los Kausel. <<

[29] Las empresas afectadas de ese sector fueron: Sociedad Química Schering Colombiana, Química Bayer Weskott y Cia., Instituto Bhering de Terapéutica Experimental Ltda., Industria Química Colombiana (Anilinas Alemanas) y Compañía Colombiana de Colorantes. También los siguientes laboratorios de drogas y productos químicos de patente alemana: Química Schering, Merck Colombia, Química Bayer Weskott, Instituto Bhering, además la Compañía Colombiana de Máquinas Pfaff. <<

[30] En el año 1952 la Comercializadora Buraglia trajo a Colombia los primeros Escarabajos. <<

[31] Ferdinand Porsche fue un ingeniero austríaco, fundador y diseñador de la oficina de estudios automovilísticos alemana Porsche. Fue el creador del Volkswagen Tipo 1, popularmente conocido como Escarabajo. En 1937, Hitler le concedió a Porsche el Premio Nacional Alemán de las Artes y las Ciencias. <<

[32] El laboratorio Sanitas fue creado, en los años veinte del siglo pasado, por médicos profesores de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, y su puesta en funcionamiento fue consecuencia de la labor que, como funcionario de Salud, desplegó Eduardo Cruz-Coke Lassabe, médico y político chileno, perteneciente al partido conservador. Funcionó como un primer laboratorio clínico destinado a la investigación y al diagnóstico de múltiples enfermedades. Inicialmente se trabajó en el desarrollo de métodos para la identificación de gérmenes patógenos y para la medición de factores bioquímicos. <<

[33] Esta empresa germana se inició fabricando sales de ácido tartárico (que junto con el bicarbonato, citrato y otras sales conformaban la denominada «droga blanca»), que eran adquiridas por las farmacias y que también tenía aplicación en la tintura de telas. Posteriormente empezaron a usar bacterias para producir ácido láctico en cantidades comerciales. El siguiente paso consistió en fabricar píldoras y extraer alcaloides de las plantas, tales como la morfina y la codeína. Luego comenzaron a fabricar productos cardiovasculares y respiratorios, entre otros. <<

[34] Cinco Sentidos, (s. f.). Disponible en https://www.viverocincosentidos.com/nosotros. <<

[35] Museo de Arte Moderno de Bogotá. Mambo. La Colección, Tomo 2. Disponible en http://anyflip.com/rsde/yirc/basic/151-200 <<

[36] Ibídem. <<

[37] Entrevista a Ingrid Beschiroff por internet, 17 de enero, 2018. <<

[1] «Adolf Hitler, en el búnker de Berlín», Time Magazine, 28 de mayo de 1945. <<

[2] El papa Pío XII eliminó el cargo de secretario de Estado, función que pasaron a cumplir los cardenales Domenico Tardini y Giovanni Montini. <<

[3] Uki Goñi, La auténtica Odessa. Buenos Aires: Paidós, 2009. <<

[4] Mark Aarons y John Loftus, Unholy Trinity: The Vatican, The Nazis, and The Swiss Banks. Nueva York: St. Martin's Press, 1998. <<

[5] Uki Goñi, Ibidem. La primera petición escrita del Vaticano es de agosto de 1945 cuando se pidió a los Aliados por miles de croatas ustachas que huían del régimen comunista de Yugoslavia, bajo el poder del mariscal Tito, con destino a Italia.

Yugoeslavia puntualmente reclamó ante el Vaticano sin suerte por criminales croatas ocultos en el Instituto de Estudios Orientales, de la Iglesia católica, ubicado en Roma. <<

[6] Ibidem. <<

[7] Acerca de las transferencias de nazis a los Estados Unidos, ver Basti, Abel, El exilio de Hitler. Bogotá: Planeta, 2015. <<

[8] The New York Times, 26 de octubre, 1990. <<

[9] La Nación, 30 de mayo, 2015. <<

[10] El documento de la CIA sobre Heusinger fue hecho público en 2006 debido a la instrumentación de la Nazi War Crimes Disclosure Act. <<

[11] El Confidencial, 10 de enero, 2016. <<

[12] Estos documentos, que pertenecían a la Organización Gehlen, el anterior Servicio de Inteligencia, fueron encontrados por el historiador Agilolf Kesselring, mientras investigaba para el BND. <<

[13] A finales de los años cincuenta, Albert Schnez trabajó junto al ministro de Defensa Strauss, y luego fue jefe del Estado Mayor bajo el mandato de Willy Brandt. <<

[14] Diario El País, 25 de mayo, 2014. <<

[15] Der Spiegel, 14 de mayo, 2014. <<

[16] Se mantendrán en reserva los nombres de los parientes del jerarca Hermann Goering residentes en Colombia. <<

[17] «Karl Buchholz y su pasado entre sombras», Revista Semana, 23 de noviembre, 2011. <<

[18] Ibídem. <<

[19] Diario El País, 25 de mayo, 2014. <<

[20] James D. Henderson, La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965. Antioquía: Editorial Universidad de Antioquía, 2006. <<

[21] El Batallón Colombia sirvió junto con la Séptima y la Vigésimo Quinta divisiones de la Infantería del Ejército de los Estados Unidos. Prestó servicio desde 1951 hasta 1954. De los 5100 soldados colombianos que participaron de la Guerra de Corea se registraron 639 bajas de combate distribuidas entre 163 muertos en acción, 448 heridos, 28 prisioneros que fueron canjeados y 47 desaparecidos. <<

[22] Hugo Salamanca Parra, Tunja y sus históricos secretos: Hitler, 2017. Erwin Johannes Eugen Rommel (1891-1944) fue uno de los más famosos mariscales de campo alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. <<

[23] Salamanca Parra, Ibídem. <<

[24] Cuando se creó la sociedad Acerías Paz del Río, las acciones que no estaban en manos del Estado, es decir la minoría, eran detentadas por personas físicas, el departamento de Boyacá, 66 municipios boyacenses y varias empresas que estaban radicadas en Colombia. Entre estas se encontraban: Cementos Samper, Compañía de Cemento Portland-Diamante, Gaseosas Boyacá S. A, Empresa Siderúrgica del Muña Ltda, Almacenes de Acero Ltda., y la Compañía Sámaca. Entre los inversionistas privados se destaca la Pía Sociedad Salesiana, una reconocida congregación religiosa católica, fundada por San Juan Bosco, dependiente del Vaticano. <<

[25] Moisés Naím y Joseph Tulchin, Política de competitividad, desregulación y modernización en América Latina. London: Lynne Rienner Publishers, 1999. <<

[26] Román Deckert, «Una historia de la violencia de armas alemanas en Colombia». Artículo publicado por el Centro de Informaciones para la Seguridad Transatlántica (BITS), agosto, 2007. <<

[27] Durante esta investigación no se pudo acceder a documentación que indique en qué fecha exacta se reabrió dicho puerto que estuvo clausurado durante la guerra. <<

[28] En 1944, el gobierno designó al Fondo de Estabilización como único administrador fiduciario de los bienes alemanes en Colombia. En la costa Caribe administró los bienes de unos 550 ciudadanos de los países del Eje. Entre abril de 1946 y junio de 1948, el Fondo de Estabilización liquidó las cuotas de indemnización de 115 ciudadanos alemanes con intereses en la región Caribe, de los cuales 104 estaban radicados en Barranquilla. <<

[29] Archivo Histórico del Banco de la República. Fondo de Estabilización - Administración Fiduciaria, Liquidación de cuotas, Aforos, 1946-1948. <<

[30] Entrevista del autor, Bogotá, 21 de octubre, 2017. <<

[31] Después de que su esposa falleció, en 1969, Guebauere se casó con Luz María Daza. Transcurridos dos años, al fallecer Guebauere, esta mujer — que no tiene relación con Andrea Rodríguez Oliva — conservó todas las pertenencias personales de su difunto esposo. <<

[32] Tobías Bringmanm, Handbuch der Diplomatie 1815-1963: Auswärtige Missionschefs in Deutschland. Múnich, 2001. <<

[33] El País, 2 de enero, 2011. <<

[34] Conze von Eckart, Norbert Freí, Peter Hayes, Moshe Zimmermann, Das Amt und die Vergangenheit: Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik. Munich: Blessing Verlag, 2010. <<

[35] Ibídem. <<

[36] Ibídem. <<

[37] Ibídem. <<

[38] Abel Basti, Tras los pasos de Hitler, Bogotá: Planeta: 2014. <<

[39] AFP, 10 de octubre, 2016. <<

[1] Pedro Armengol Alva Quilcat, «Adolfo Hitler de paso por Casa Grande rumbo a Sunchubamba». Perú: Studio Ismanui. Archivo de video (s. f.). <<